

FERNANDO DE LA LUZ

# ¿Quién vive?



# *¿Quién vive?*

Fernando de la Luz

*A mi querido pueblo de Altotonga: hogar, casa, lugar de inspiración y vena literaria, sitio mágico, mi “Tierra Húmeda”, y a todos sus habitantes esta recreación histórica de la vida de un prócer, de un hijo de Altotonga, héroe en toda la extensión de la palabra que nos debe llenar de orgullo porque trascendió y entregó su vida a las mejores causas de la patria y a sus paisanos.*

*A Malena y Alejandro*

*A Malena, Magdalena Cortés Guzmán, y a Alejandro Guzmán Ramos, tataranietos del general y presbítero Francisco Javier Gómez Bello, con afecto y mi agradecimiento sincero.*

*A María Eugenia y Esther, mis hijas; a mis nietas: María Gabriela, María Fernanda, María Esther y Adriana; a mis nietos: Luis Fernando y Guillermo de la Luz, y a mis yernos: Luis Guillermo y Salvador Gabriel, mi amada e imprescindible familia.*

*A Amritzia Toledano Montelongo, mi entrañable y querida amiga, quien de manera solidaria, durante horas y horas a lo largo de los ocho años de gestación de esta novela, me ayudó a revisarla y corregirla.*

*Agradezco la entusiasta participación Ana Lizbeth Maximiliano Mosco, por su minucioso y excelente trabajo de formación electrónica; a mi querido nieto, Luis Fernando Castañeda Bello, el haber ido al antiguo “Castillo de San Carlos de Perote” hoy conocido comúnmente como la fortaleza de San Carlos, a realizar una serie de fotografías para la ilustración y portada y a mi estimado y entrañable amigo, Ricardo Venegas Gómez, compañero de mil batallas, artífice del diseño, por su portada y cuidado en la edición de la presente novela.*

Bajó la niebla,  
la misma que sube y baja  
arrastrada por el aire  
que la sacó de su cauce  
desde el fondo del río,  
del lago, del mar,  
cuando el sol en el cenit  
la hizo vapor  
y la puso a flotar.

La misma que arrastró consigo  
los recuerdos del tiempo y  
trajo, de las tierras bajas,  
aromas de marismas.

Adormilada en su regazo,  
remontó la cordillera tierra adentro  
hilando sus redes de viento  
salpicadas de rocío,  
descendiendo lentamente sobre nuestras  
conciencias  
para dejarnos,  
en una bocanada húmeda y fría,  
historias que contar...

## Uno

Martes 21 de marzo de 1843

—¿Quién vive? —preguntó el celador en la espesura de la niebla y su voz se esfumó en el silencio.

El valle, majestuoso y prolongado, se extiende sin límites al encuentro de las tierras bajas. Una delgada capa de bruma viste de mansedumbre al paisaje, asomándose, entre peñascos y zacate, los esquivos montículos de arena gris que eructó el volcán y que el viento, de cuando en cuando, cambia de ubicación para guardar los secretos de los senderos y extraviar en un laberinto interminable al enemigo. Aquí no hay mojonera que resista el paso inevitable del viento y la monotonía del terreno lo apaña todo en un manto gris que cubre el horizonte; solo y majestuoso, del lado derecho, el cerro del Pizarro se alza en el silencio del amanecer. A lo lejos, un suave zumbido arrastra las madejas de breñales y huizaches que, enlazados, jueguetean por el llano borrando a su paso las pisadas furtivas y los cascos de los caballos. Sólo el viento deambula por aquellas soledades mientras deja escapar las notas dolientes de su flauta al escurrirse entre magueyes, cactus e izotes; sopla y con él los recuerdos fluyen refrescando la memoria.

¿Por dónde llegó? Nadie a ciencia cierta supo, cuando lo vieron ya estaba ahí, al pie del foso, frente a la puerta, con todo y el mozo de estribo que cargaba consigo un gran morral con todos los ornamentos y utensilios de su ministerio, confundiéndose con la opacidad de su propia sombra en medio de aquel ambiente oscuro y escurridizo, donde se desplazaban de manera vertiginosa las ráfagas de lluvia menuda vestidas de blanca neblina, como dóciles bailarinas a merced del viento.

Aquella madrugada en que la primavera sólo entró de facto, la lluvia arreció por espacio de tres horas y al terminar, la niebla procedente del norte, de la región de Altotonga, cubrió todo el valle y avanzó con rapidez por entre los torreones de piedra que destilaban su humedad hacia el foso azolvado de arena que se tragaba los goterones de agua sin dejar rastro y sin hacer ruido; sólo el viento frío y persistente que había llegado hacia veinte días no cesaba de soplar y se escurría por las rendijas de las chozas aledañas a la fortaleza de San Carlos.

Una luz mortecina chisporroteaba dentro de una farola que pendía de uno de los torreones y apenas dejaba ver la silueta de un hombre que caminaba por la parte superior de la fortaleza a manera de rondín; de repente, como quien avista algo a lontananza, se detuvo y a través de la espesa bruma adivinó las figuras de dos jinetes.

—¿Quién vive? —de nueva cuenta preguntó el celador, ahora con más fuerza y esta vez, su voz atravesó la espesa niebla más allá del puente levadizo y sus palabras fueron escuchadas entre el frío viento que soplababa del norte.

—El cura coadjutor de Altotonga —respondió con voz grave y sonora para hacerse escuchar aquel jinete que, montado en un potro tordillo porcelano, se sacudía con fuerza el capisayo<sup>1</sup> que le protegía de la lluvia y se acomodaba su sombrero de palma, mientras el corcel vaporizaba su cansancio a través de sus ollares, resoplando con fuerza al repiquetear sus cascos sobre las losas de la calzada del puente y aquellos “¿quién vive?” lo remitieron de inmediato a las inmediaciones de Boquilla de Piedras el jueves 12 de diciembre de 1816, y pres

entes aquellas imágenes le removieron los recuerdos de veintisiete años atrás.

—¿Quién vive? —gritó Francisco Javier Gómez, y uno a uno sus hombres respondían: “Yo, Tomás; yo, Joaquín; yo, Plácido; yo, Cutberto; yo, Simón”, y así hasta contar treinta, de los treinta y cinco que habían venido; el resto, los otros cinco, yacían mezclados con los nacionales y, promediando la edad de los caídos, apenas frisaban los diecinueve años.

Desde el 18 de noviembre habían salido ya casi oscureciendo para no ser vistos, y por el camino de las cuevas pronto pasaron Atzalan y se enfilaron hacia Alseseca. La cita era el 22 de noviembre en un paraje dieciséis leguas al sur de Nautla; dejando la ranchería de Plan de Arroyos, a la izquierda, se movieron con gran acierto hacia la derecha, al oriente, para alcanzar la zona aledaña a Misantla esquivando la sierra se enfilaron hacia donde nace el Barlovento, un punto cercano a Palma Sola; iban ganosos cuesta abajo y el camino se les hacía ligero al encuentro de las fuerzas del comandante Carlos de Llorente, con quienes se iban a integrar en las inmediaciones de El Morro, ya en la costa como refuerzo para desmantelar una fortificación donde se guardaba armamento y municiones que adquirirían los insurreccionados en pos de la independencia, también conocidos como “los nacionales” por quienes les combatían. Los refuerzos incluían algunos destacamentos de Teziutlán, Jalacingo, Atzalan y Tlapacoyan, que por diversas circunstancias habían sido comisionados a otros puntos y con los cuales nunca se encontraron; además, un correo los había alcanzado dándoles la instrucción de que permanecieran alejados de las inmediaciones de Misantla, dentro de los llanos de la meseta interior hasta nuevo aviso; pues la población permanecía en poder de los nacionales desde 1812 y podrían ser sorprendidos. Al final, después de haber permanecido ahí por varios días, en

---

<sup>1</sup>Prenda tejida con palma que hace las veces de impermeable.

compañía de dos guías y un sargento de las fuerzas de Llorente acantonadas en Tuxpan que prestaba los servicios de inteligencia y era buen rastreador porque conocía la región como la palma de su mano, decidieron proseguir su camino tierra adentro para no ser vistos, guardando siempre una distancia prudente y caminando de manera paralela al litoral; llegaron solos porque se consideró que para los requerimientos del ataque y el número de rebeldes que según información fidedigna permanecían resguardando el pequeño fuerte aledaño al puerto, treinta y cinco hombres eran más que suficiente y éstos, aunque nuevos en el oficio, tenían la ventaja de ser leales a la corona porque entre ellos no había ningún nacional indultado.

Boquilla de Piedras, objetivo escogido para la triunfal batalla, había sido recuperada por los nacionales apenas ocho días antes, el 4 de diciembre, después del tercero golpe que les asestara el 24 de noviembre el comandante José Antonio Rincón, donde se había destacado el joven capitán realista Antonio López de Santa Anna y Pérez Lebrón, quien a todas luces se desenvolvía de manera independiente como si no formara parte del mismo contingente realista, pues apareció de repente a bordo de un ligero bajel del correo que hacía la ruta Veracruz-La Habana; hábilmente había convencido a su capitán para aquella intrépida incursión y tras la victoria, no vio motivo para permanecer en el lugar e ignorando abiertamente las órdenes de su superior decidió regresar a rendir cuentas a su cuartel de Boca del Río, donde su destacamento residía de manera habitual.

Los nacionales, al acecho y a salto de mata, pues en la batalla del 24 de noviembre habían perdido a su jefe, el coronel Villapinto, se habían replegado y mantenido a la expectativa en las regiones aledañas al pequeño puerto, como estrategia deliberada para no ver aún más mermadas sus fuerzas y tener que enfrentar otra incursión realista de casi trescientos soldados que sabían se dirigían hacia ellos con la finalidad de cerrarles el paso hacia el norte y capturar a Guadalupe Victoria, a quien suponían ahí de camino al encuentro previsto con Francisco Javier Mina en tierras de la Nueva Santander; una vez retirados éstos y dejado el lugar bajo el resguardo de muy pocos hombres, retomaron la plaza con facilidad. La movilidad y estrategia de los distintos contingentes en pugna era desconcertante, en menos de 15 días Boquilla de Piedras, en poder de los nacionales, había sido tomada violentamente por las fuerzas realistas y nuevamente recuperada por aquéllos.

El pequeño puerto de cabotaje, conocido desde la época prehispánica y consignado en el Códice Misanthla como Ayotlán “lugar de tortugas”, más que un poblado, era un enclave dedicado específicamente al tráfico de armas que la guerra de independencia había propiciado, y

el caserío disperso de chozas de bejuco y palma aparecía y desaparecía a voluntad de los fuertes nortes que periódicamente lo azotaban de noviembre a mayo. Ese día, desde temprano, la brisa constante y el ambiente húmedo y pegajoso le imprimieron un toque distintivo al escenario; el sol en el cenit marca la hora del ataque, mientras algunos filibusteros, ya de partida, se internan mar adentro. Llegó la hora, y entre disparos de mosquete, asalto a mano armada y el estallido de un barril de pólvora, que desde una catapulta improvisada lanzaron los intrépidos y temerarios soldados de la compañía de Altotonga, irrumpieron en el campamento de los nacionales, donde el ajetreo de contar el parque y empacarlo los había abstraído de la realidad circundante, además de que a esa hora no esperaban a nadie; bueno, un descuido de los vigías a cualquiera se le iba y los recién llegados, nuevos en el oficio, estaban ansiosos de acción. El desconcierto, ave de buen augurio, les dio la victoria y espada en mano se trenzaron en la lucha. “¡Clávasela con fuerza!, ¡déjelas ir!, ¡sin miedo!; aquí no hay cupo para los cobardes o los indecisos. Disparen, que no les tiemble la mano, son ellos o nosotros; con energía, duro, duro, el golpe tiene que ser contundente, entírraselo bien, no le des oportunidad a que te lo contesten porque entonces serás hombre muerto” —arengaba el teniente Gómez a sus compañeros con el afán de infundirles ánimo; él mismo se desconocía en estos menesteres y no sabía de dónde sacaba fuerzas. Y sin pensarlo, atravesó a un soldado con su espada y lo dejó clavado en la arena; al infeliz le brotaba sangre a borbotones por un costado y se murió con los ojos abiertos. De pronto, su pasada inclinación por el sacerdocio removió su lado compasivo e hizo su aparición en el momento menos indicado: ¿Por qué?, ¿por qué tenía que morir tan joven, casi un niño, para defender una plaza tan codiciada? ¡Lástima!, tendría dieciséis años y todo un futuro por delante, no así el destino; esto de la guerra no le estaba gustando nada y lo peor, matarse entre gente de la misma comarca, de la misma región, raza y creencias.

Mientras anonadado hacía un gran esfuerzo para evitar este tipo de razonamientos a la hora de la batalla, meditaba estas cosas con el estómago revuelto, en segundos giró sobre sus talones y apenas alcanzó a esquivar una lanza que pasó rozándole la oreja derecha; sacando con fuerza la espada enterrada en su contrincante muerto, con escalofrío se dio cuenta de que aún respiraba y exhaló un profundo suspiro al momento de sacársela; de inmediato, en una exhalación, con su espada le cercenó el brazo al negro que había tratado de ensartarlo en su lanza, al mismo tiempo que con la mano izquierda disparaba su pistola; después de todo en estos casos ser ambidiestro era una gran ventaja. Todo sucedía en milésimas de segundo y lo mismo

había que saltar que tirarse al piso o hacerse el muerto. ¿Para qué y a honra de quién? ¿Del rey? Estaba muy lejos para pelear por él y lo peor de todo es que ya había muerto muchísima gente en esta guerra: miles y miles de soldados del ejército virreinal, cientos de miles de nacionales y mucha más gente de los pueblos y ciudades del centro del país, inocentes que morían acribillados como moscas, mujeres violadas sin compasión en el asalto a los pueblos y nada cambiaba. Habían venido hasta acá, a las entrañas mismas de la costa de Barlovento, a combatir nada menos que a un fantasma que andaba a salto de mata y era experto en escabullirse y refugiarse en cuevas recónditas: Guadalupe Victoria, pero ni con él ni con sus seguidores se toparon jamás.

Tenía apenas diecisiete años, recordaba, cuando estando en el Seminario Menor en Puebla se supo del estallido violento en Dolores, San Miguel el Grande y Guanajuato; también se hablaba del señor Miguel Hidalgo y Costilla y varios clérigos más que andaban metidos en la rebelión, quienes, como dignos émulos de los bárbaros, arrasaban todo a su paso y asesinaban a diestra y siniestra sembrando el terror. El asedio y toma de la Alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato, había sido un verdadero holocausto, se decía, donde habían sido sacrificados todos sus ocupantes. Como escarmiento a esta masacre, al ser fusilados los líderes de esta primera insurrección habían colgado sus cabezas en cada una de las cuatro esquinas de la Alhóndiga de Granaditas, en aquella infortunada ciudad. Dos años más tarde se hablaba de ello con insistencia y cierta preocupación, tal vez por la cercanía de la ciudad de Puebla con los territorios donde se movían las huestes de don José María Morelos y Pavón y sus lugartenientes, don Mariano Matamoros, cura de Jantetelco, y don Hermenegildo Galeana; se comentaba también el orden y la disciplina que reinaban en esos ejércitos, especialmente los comandados por el padre Matamoros. Tiempo después, cuando a fines de diciembre de 1815 apresaron a Morelos, lo juzgaron y fusilaron, la cosa se había calmado un poco, como que la guerra se estaba acabando y las noticias que corrían de boca en boca dejaban en claro que el gobierno no estaba dispuesto a tolerar más insurrecciones, sobre todo estando al frente del virreinato don Félix María Calleja.

Entre la infinidad de folletos, hojas sueltas, panfletos y algunos ejemplares raros del *Despertador Americano*, *El Sud*, *El Pensador Americano*, *El Ilustrador Nacional* y *El Correo Americano del Sur*, considerados como piezas de acceso muy restringido aptas sólo para personas con muy amplio criterio, que guardaba en sus anales la biblioteca del seminario, recordó que en alguna ocasión en que de manera furtiva se introdujo a ésta a altas horas de la noche, pudo hojear y enterarse de importantes testimonios escritos, como *Los Elementos Constitucionales*, de Ignacio

López Rayón, y *El Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana*, que hablaba de libertad, de un gobierno democrático y de la organización de un gobierno republicano; algo había captado y entendido del porqué de estas guerras tan cruentas en que estaban enfrascados. También en su provincia, Veracruz, existían varios párrocos comprometidos con la guerra de independencia, lo sabía de buena fuente, y hasta Altotonga habían llegado las noticias de la lucha que sostenían el padre Juan Moctezuma y Cortés, de la región de Zongolica, y el padre Mariano de la Fuente y Alarcón, párroco del pueblo de Maltrata, pero oriundo de Atzalan, de ahí cerquita de Altotonga; casi su paisano, podría decirse.

Vaya enredo en el que estaban metidos porque ahí, en ese momento, o matas o te matan. ¡Qué dilema! La ley de la selva, de la sobrevivencia; pero, en fin, no había lugar para las cavilaciones, había que darle duro y ganar, a eso habían venido cruzando las montañas, la selva, los pantanos, arriesgándolo todo para dejar muy en alto el nombre de los Libres de Altotonga, y su flamante teniente lo sabía. Cuando se presentó como voluntario en marzo de 1816, el capitán Zamora le preguntó: —¿Tienes los cojones bien puestos?, ¿sabes golpear duro, dar fuertes puñetazos? Lo demás se aprende con el tiempo, es cosa de entrenamiento, pero el carácter, o lo tienes o no sirves para esto; aquí tienes que ser chingón porque esto de la milicia no es cosa de mujeres y aun así, las hay que harían mejor papel que muchos hombres; además, tienes que tomar en cuenta que no siempre estaremos destacamentados aquí en el pueblo, habrá ocasiones en que salgamos lejos si la superioridad nos lo pide y tendremos que afrontar peligros inimaginables.

Y hoy, a más de nueve meses de pertenecer orgullosamente a la compañía de los Libres de Altotonga, la guerra se presentaba descarnada, incoherente y cruel, en una realidad aislada donde nada se conseguía de inmediato y mucho menos se reflejaba en los pequeños pueblos y villas de aquella región serrano-costeña del centro norte de la provincia de Veracruz.

De entrada, al lanzar ellos algunas antorchas encendidas con brea ardieron todas las chozas de palma y bajareque, y desde la empalizada, al pie de los manglares, un grupo de rebeldes parapetados disparaba con certera puntería sobre ellos, que agazapados entre los médanos esquivaban las balas y urdían la estratagema adecuada para caer sobre el pequeño fuerte, donde, para su sorpresa, unos cuantos resistían el ataque. Dando un largo rodeo por el estero, Francisco Javier y diez de sus hombres se situaron al otro lado de la empalizada, y aventando con fuerza otro barril de pólvora con una mecha larga encendida hicieron estallar el considerable arsenal que ahí se guardaba; todo explotó en segundos sacudiendo la zona entera, que de repente se vio encendida en una llamarada gigante donde aquella pirotecnia improvisada iluminó de más el ya

de por sí soleado día, dejando sin vida a quienes lo defendían con éxito al principio. Después del estallido vino la calma y un silencio hueco con olor a azufre se cernió sobre los cuerpos mutilados que, desperdigados por la playa, la habían impregnado de sangre como símbolo inequívoco de la victoria y, por qué no, también de la derrota. Un viento tibio venido del mar arrinconó contra los manglares el hedor a muerte; sólo los cangrejos husmeaban en el horizonte mientras arriba en el cielo, con el preludio de la tarde, los zopilotes revoloteaban.

Los sesenta y cinco integrantes de las milicias urbanas virreinales, que apenas en marzo de ese año de 1816 se habían alistado en el villorrio deseosos de preservar la integridad de sus familias y cuidar de la seguridad de su pueblo, estaban ansiosos por entrar en acción, aunque jamás hubieran participado en batalla alguna; del total, sólo treinta y cinco hombres, al mando del teniente Gómez Bello, se habían aventurado, a petición de los militares de carrera, más allá de sus casas, lejos, hasta la costa, en auxilio de los destacamentos regulares del ejército virreinal, para cortar el abastecimiento de armas que de manera regular entraba por ese pequeño puerto, célebre precisamente por eso; era la primera vez que salían más allá de las veinte leguas de su pueblo.

Salvo el capitán Zamora, quien los comandaba y había pertenecido al regimiento de dragones de la reina, todos eran prácticamente hijos de familia; lo mismo eran hijos de comerciantes acomodados, como Francisco Javier, que desempeñaban un oficio en el pueblo, como herreros, sastres, albañiles, agricultores, carpinteros, boticarios, panaderos y jornaleros en general, quienes, ayudados por alguien que los patrocinaba, se habían inscrito a esta peculiar milicia. Ellos mismos o su patrocinador, según el caso, tenían que hacerse de su rifle, pistola, sable, machete o lanza, y por supuesto, de su caballo, si no, ¿cómo estarían en igualdad de circunstancias que los integrantes del ejército regular? No, el caballo era indispensable y les daba la connotación de verdaderos guerreros, de hombres de a caballo; ya lo decían los refranes que circulaban entre la tropa: *A caballo van los hombres, en mula los alcahuetes, en burro los más ojetes y los pendejos a pata*. Y el otro: *Caballo, pistola y mujer, buenos o no tener*. Todos procuraban montar caballos, potros o yeguas; las mulas las dejaban para transportar la carga y el avituallamiento necesario, como municiones, alimentos, agua y las utilísimas carpas de campaña, y uno que otro burro a falta de mulas o machos; nadie quería ser etiquetado de alcahuete u ojete, mucho menos de pendejo, así que si no había forma de tener una buena montura mejor ni se alistaban.

Dos horas de asedio, tiroteo y las estruendosas explosiones de pólvora bastaron para que este pequeño contingente de noveles guerreros, venidos de las tierras altas cercanas a los

valles del altiplano, debutaran con buenas cuentas en su haber. Para ser su primera batalla el balance les era favorable; cinco muertos eran nada comparados con la desolación que habían sembrado en el bando contrario.

—¿Por qué, Dios mío, por qué? —se escuchaba como un murmullo generalizado, y moviendo la cabeza sin consuelo alguno, todos, incluso los que habían salido con algunas heridas, se dieron a la tarea de cavar y cavar fosas en la arena, entre más profundas mejor, y al unísono, como un acto de caridad acordado de manera solidaria, decidieron darle sepultura no sólo a los suyos, que eran los menos, sino a todos los del bando contrario, que escasamente llegaban a veinte, entre los que había niños y niñas de ocho años, hijos de un matrimonio de esclavos fugitivos que hacían pie de casa a quienes custodiaban aquel desventurado fortín, que funcionaba como bodega para la pólvora y las armas que desembarcaban con cierta frecuencia lo mismo piratas jamaiquinos que comerciantes de Nueva Orleáns y traficantes ingleses, y servía de mesón para aquellos insurgentes que continuamente se aventuraban hasta la desembocadura del río Pánuco. El fuerte desprotegido fue presa fácil, pues el grueso del contingente insurgente, una vez recuperado el lugar y descargado el armamento y la pólvora que esperaban, había partido con Victoria al frente hacia Tuxpan en busca de noticias frescas de la aventura que Francisco Javier Mina había emprendido en Londres a instancias de fray Servando Teresa de Mier, y hasta donde sabían se encontraba ya en los litorales de la provincia de la Nueva Santander, abajo de la desembocadura del río Bravo.

Cinco muertos no eran muchos, pero ¿y el sargento Santiago? A todo esto, ¿dónde estaba Santiago? —Se vino con el grupo que rodeamos el estero y después de la explosión ya no lo volví a ver —comentó Francisco Javier—. Si fue con nosotros, debería estar aquí, ahí siempre estuvimos a salvo de las balas y cuando la explosión fue total, nos guarecimos entre el bosque de palmeras; de no ser así debo entender que se quedó frente a la línea de fuego, pues tenía verdaderos deseos de entrar en acción. Busquémoslo entre los muertos y hagamos bien el recuento.

Hecho esto, sólo arrojaba la cifra de cuatro: los hermanos Méndez, los hijos del panadero; Refugio Martínez, el herrero, y Apolonio Juárez, aparcero originario de Champilico. ¿Y Santiago? ¿dónde estaba?

El estero, ¿sería posible?, pensó, y en segundos peinaba palmo a palmo el tramo recorrido tanto por tierra como por agua. ¡Qué mala jugada!, venir de tan lejos para morir ahogado, se dijo Francisco Javier, y la mera verdad había una explicación de peso para el hecho y todo apuntaba

hacia allá: no sabía nadar. ¿Y si alguno de los lagartos que habían visto en la laguna ya había dado buena cuenta de él? No, Dios permitiría que no, porque ¿qué iba a ser de la pobre de su madre y de sus hermanos, para quienes Santiago era todo su sustento? Además, se lo había encargado personalmente a él, que era su primo y le llevaba con cuatro años, pues Santiago se había alistado con la ilusión de que una vez que causara alta en la milicia urbana, luego accedería al ejército virreinal de planta, donde los sueldos de los oficiales no eran nada despreciables. De pronto, entre los gruesos tallos del manglar vio el cuerpo exhausto de Santiago que yacía enredado entre ramas y raíces, aunque a su favor tenía el hecho de que al iniciarse el asalto la marea estaba en franco descenso. Tal vez, tal vez no estaba del todo ahogado, pero no había que cantar victoria. Lo cargaron hasta la playa y ahí, dándole respiración de boca a boca, se dio el milagro: logró respirar después de arrojar varias bocanadas de agua salada; medio muerto todavía, vivo a medias, respiraba con dificultad tirado sobre un petate al inicio del atardecer.

—Hay que hacerle una parihuela y llevárnoslo en este momento, lo mismo que a nuestros cuatro difuntos. ¿Qué dirán nuestras gentes si los dejamos acá, lejos de su camposanto y de las tumbas de sus mayores? —les comentó el joven teniente Gómez—. Ánimo, muchachos, somos veinticinco los que salimos ileños, sin herida alguna y entre todos podemos lograrlo; en dos jornadas llegaremos a Altotonga y que se adelanten dos vigías para preparar a las familias de nuestros malogrados compañeros.

Antes de sepultar a los caídos del bando contrario, Francisco Javier ya había pensado en pronunciar una oración y encomendarle las almas al Señor, pidiéndole de rodillas perdón. Perdón por haber venido a matar hermanos: criollos, mestizos, mulatos y negros, pero hermanos al fin. Vaya entrada a la guerra, vaya bautizo de fuego en la carrera de las armas, si se hubiera quedado en Puebla, en el Palafoxiano, ya casi fuera sacerdote y no estaría aquí en medio de esta infamia a la que llamaban guerra en defensa de la paz, del orden establecido, de la tranquilidad. ¿De quién?, ¿la tranquilidad de quién?

—Tú no sirves para la milicia, Francisco Javier —solía repetirle con insistencia su padre, don Pedro Gómez, cada vez que tenía oportunidad—. Para la milicia yo, siempre fui todo un hidalgo; por eso abandoné Málaga, crucé el océano y conquisté estas tierras para ustedes, siempre triunfador, vencedor y la gente me respeta, me teme, porque sé imponerme, mandar. Tú no, hijo mío, no tienes alma de hidalgo, de soldado, más bien de rezandero, y si para eso estabas predestinado te hubieras quedado en Puebla, que finalmente tu hermano Pedro, como mayor

que es, ya me ayuda desde hace un buen tiempo con los asuntos de la casa, del comercio, de las tierras, del ganado; hasta de tu madre y de tus hermanas se encarga cuando no estoy.

Parece que lo estuviera viendo, de pie junto a su gran retrato al óleo presidiendo el salón principal. Su padre, altivo y prepotente, por quien los indígenas y campesinos de la zona sentían el mayor de los desprecios y a quien apodaban el “gachupín colorado”, por los sacos y chaquetas de paño color grana que eran sus prendas favoritas, siempre en su papel de señor de horca y cuchillo. A su madre, todo lo contrario: la servidumbre entera la adoraba y entre los peones de la hacienda, varios de ellos eran sus ahijados. ¡Pobre!, pensaba cuando recordaba lo que le habían contado de él: una niñez en la orfandad total lo empujó hasta las costas de Nueva España y no tenía más amigo y fe que el dinero, por eso le gustaba el comercio; compraba barato y vendía caro y no le importaba pasar por encima de quien fuera con tal de lograr sus fines y amasar una considerable fortuna. En el pueblo nadie le igualaba: las mejores tierras, las mejores casas, la tienda mejor surtida, el ganado mejor, todo era de él y sin embargo —su madre siempre le comentaba— era un hombre solitario que a fuerza de trabajo se había labrado un porvenir; no tenía parientes, ni lejanos ni cercanos, ni aquí en Nueva España ni allá en España, porque aparte de ser hijo natural y haber sido negado por su padre, una vez consolidada su fortuna y posición tuvo necesidad de comprar hasta los blasones que ostentaba para presumir de prosapia y abolengo, pues en Málaga la peste había terminado con toda la familia de su madre y había tenido que inventarse un linaje, pues de hecho su condición de bastardo le había acarreado ciertos problemas en Atzalan, cuando al solicitarla en matrimonio le exigieron un certificado de limpieza de sangre, mismo que sorteó poniendo como obstáculo para cumplir en tiempo y forma la enorme distancia entre las provincias de Málaga y Veracruz.

De verdad qué fastidio tener que aguantar las recriminaciones de quien lo había engendrado y todo por haberse inclinado por el sacerdocio desde niño y oponerse al trato déspota e inhumano que les daba a los peones de la hacienda. ¿Por qué se ensañaba con él, por qué, Dios mío?, se cuestionaba una y otra vez. ¿Por recriminarle su comportamiento con la gente humilde y los indígenas?, ¿por haberse ido a estudiar a Puebla en contra de su voluntad y luego dejar los estudios a medias? Su padre tenía que entender que si había regresado a Altotonga lo había hecho motivado por la situación de la guerra y su preocupación por ellos, su familia. Una cosa era que tuviera interés en ayudarlos y sumarse a las tareas de la defensa de su pueblo, y otra, la renuncia a sus estudios en el seminario, adonde pensaba, en un futuro no lejano, regresar. Era natural, cualquier joven inquieto lo haría y él no era la excepción. Y otra era la tozudez de su

padre, empeñado en estarle recordando cosas amargas, cuestiones por ventilarse, pero como fuera, pensaba, no resultaba nada agradable que el recuerdo de las desavenencias entre ambos se entrometiera en medio de la escaramuza que había cobrado varias vidas de manera injusta, mucho menos habiéndose él decidido a abrazar el camino de las armas por complacerlo; realmente el hostigamiento de su padre hacia él era injusto, lo sabía, pero también tenía claro que así era y no cambiaría nunca, pareciera que disfrutaba el hecho de estarlo molestando. Pero por qué le recriminaba cosas que no venían al caso, como la de que lo suyo no era la milicia sino el clero, cuando su madre le decía que su padre siempre había sido de la opinión de que Pedro, el hijo mayor, fuera militar y él, el menor, se consagrara a Dios. Además, esto de Boquilla de Piedras nada tenía que ver con su deserción temporal del seminario. ¡Qué cosas! En aquellas aciagas circunstancias prefería invocar la memoria de su santa madre, que siempre lo tenía presente en sus oraciones, lo aguardaba con ansia y le daba ánimos para todo lo que emprendía; pensándola, apretó con su mano derecha la imagen de su medalla de plata de la virgen de Guadalupe que ella le había impuesto y por arte de magia los malos augurios se esfumaron.

Terminadas las fosas era menester enterrar a los muertos y todos los integrantes de la compañía estuvieron de acuerdo en que el indicado para hacer la oración era Francisco Javier, como él ya lo había pensado, por su preparación y los años que había cursado en el Colegio Clerical de San Pablo, de los llamados Colegios Palafoxianos de Puebla. —Si alguien sabe rezar eres tú, Francisco —le dijo Cutberto—, y si vamos a rezar, si vamos a pedir por el eterno descanso de estas pobres almas hay que hacerlo ya, aunque pienso que en realidad la plegaria debería ser por todos nosotros, que aún seguimos aquí y hemos dado muerte a estos infelices que no se lo esperaban, mucho menos las pobres criaturitas.

—Pues lo que haya que hacer hagámoslo ya, porque el tiempo se nos viene encima, no vaya a ser que el estruendo de la pólvora haya sido escuchado muy lejos y los hombres que resguardaban esta guarnición regresen y su superioridad numérica nos anique —y poniéndose de rodillas todos, Francisco Javier, muy en su papel de jefe, dio inicio a aquel extraño rito, en el que una partida de integrantes de las milicias urbanas virreinales daban cristiana sepultura a sus contrincantes insurgentes: “Dios todopoderoso, misericordioso, acoge en tu santo seno a estas almas que te enviamos, Señor; discúlpanos, Señor, hemos violado tu cuarto mandamiento y olvidado tus santas enseñanzas; apartándonos de tu camino hemos pecado, porque está visto que éste no es el camino de la paz ni de la reconciliación; no, aunque nos hayan mandado a combatir hasta acá argumentándonos que veníamos a defender la paz y tranquilidad de nuestros

hogares, no Señor, ¿qué mal habían cometido estas criaturas para merecer esta muerte tan infame, tan innecesaria?, ¿a qué tirano estamos sirviendo?, ¿de quién estamos salvando la honra?, ¿de reyes espurios en tierras extrañas, a más de mes y medio de navegación? Perdónanos, Señor, por haber venido a cometer este atropello, y llévate contigo las almas de estos hombres, mujeres y niños y de nuestros cuatro compañeros que ofrendaron su vida en pos de la defensa de sus seres queridos, de sus tierras, de su pueblo, adonde los hemos de llevar para darles cristiana sepultura, amén”.

El silencio se hizo total, cada uno podía escuchar con claridad su propio resuello mientras el aire movía con suavidad las palmeras y comenzaban a verse las estrellas. A lontananza, Venus brillaba en un cielo mitad azul, mitad rojizo y se escurría por el suelo un olor a quemado, a pólvora, a refriega apagada. En medio del silencio, tras la oración, ya de salida hacia las tierras altas, el llanto cristalino de una criatura irrumpió con fuerza al final de la empalizada que aún ardía y se había convertido en una enorme brasa avivada por el aire. —¿Quién vive?, ¿hay alguien ahí? —preguntó Francisco Javier con voz fuerte, mientras, inspeccionaba con cautela el lugar en compañía de dos de sus hombres. No lejos del destruido fortín, una joven mujer tendida de lado entre unos arbustos, herida de muerte, sostenía a una niña recién nacida en su regazo, quien infructuosamente trataba de succionar leche de aquellos pechos todavía tibios mientras la sangre que manaba de su espalda se mezclaba con la arena. “¡Piedad, buen hombre, piedad! Salve a mí hijita, salve a la criatura, sálvela por caridad”, exclamó con voz apagada aquella joven mujer de tez muy blanca y cabellera pelirroja, y sin poder responderle por la serie de sentimientos encontrados que se agolparon en su corazón al contemplar la escena, le apretó la mano con fuerza en señal de aceptación y al permanecer ahí, arrodillado a su lado en espera del desenlace, pudo percibirse de sus finas facciones y del verde intenso de sus ojos; no llegaba a los dieciocho años y la guerra la arrancaba de su pequeña. ¿Quién sería?, ¿cómo se llamaba? En aquellas circunstancias era difícil saberlo; al expirar le cerró los ojos con sus manos y levantó del suelo a la niña.

Ya de noche, antes de partir, hubo que cavar una fosa más. Decidió enterrarla lejos de las demás sepulturas, al pie de una robusta haya que, cosa curiosa, había enraizado de manera sorprendente muy cerca de los médanos de la playa y se erguía con majestuosidad como atalaya desafiante. Antes de darle sepultura al malogrado y bello cuerpo, le desprendió del cuello una resplandeciente medalla de plata con la imagen de la virgen de Guadalupe, que de inmediato le fue familiar. “Es igualita a la mía”, musitó despacio, y al santiguarse con ella pudo leer en el

anverso de la misma, sobre el borde, el nombre de Esmeralda a un lado del versículo 20 del Salmo 147, *NON FECIT TALITER OMNINA TIONI*. Por unos instantes la comparó con la suya y comprobó que en realidad eran idénticas, tenían la misma fecha, 1794; después se la guardó en la bolsa de su chaqueta.

¿Quién sería el esposo de esta bella mujer?, se preguntaba y no daba crédito a que una criatura tan bella estuviera abandonada en este recóndito fuerte y más aún que hubiera tenido a una bebita tan linda. ¿Estaría el esposo entre los muertos sepultados? A juzgar por los cuerpos regados después de la explosión, le parecía que no; unos eran muy jóvenes y otros, la mayoría, eran negros, mestizos y mulatos y dos o tres indígenas puros; no, ninguno de ellos pudo haber sido su marido. ¿Dónde estaba el padre de esa preciosa niña, ahora responsabilidad suya?, se cuestionaba. Y ya para amortajar bien el cuerpo, desprendió del dedo anular de la mano izquierda de aquella hermosa mujer la argolla matrimonial que ostentaba, la cual debía, con seguridad, contener algún indicio del padre de la pequeña; la colocó con sumo cuidado en una bolsa que por dentro tenía su chaqueta, haciéndose la promesa de guardarla con todo recelo hasta que la niña creciera y poder entregársela junto con la medalla, pues ahora le pertenecían a ella.

Después de cavilar y cavilar, cavó la fosa a cierta distancia de las demás, lo bastante profunda para que los animales de rapiña no la desenterraran, dado lo suelto de la arena, delimitándola con una serie de ramas de palmera para que se notara bien el sitio, pensando en cómo hacer visible la sepultura y dejar una huella indeleble que fácilmente identificara el esposo de esta desdichada mujer, que en la flor de la vida dejaba de existir de una manera tan cruel, tan inservible para nadie. ¿A honra de qué y de quién? Qué pena, qué situación tan terrible y desoladora. Y así fue como sobre el tronco de la haya grabó una cruz con su nombre y la fecha del triste suceso; una vez hecho esto se dio a la tarea de moldear con una pala la tierra y arena hasta formar un túmulo que no dejara duda de que eso era una tumba.

Al terminar, de pie, aspiró una profunda bocanada de aire que le supo salobre; sus grandes ojos negros comenzaron a sollozar en silencio y su barbilla, notoriamente partida, temblaba levemente tratando de contener aquellas lágrimas, mientras sus ensortijados cabellos color caoba se movían al compás del viento enmarcando su afable rostro de óvalo suave, nariz recta y labios delgados de sonrisa pronta, que le daban un aire de frescura y jovialidad que acentuaba su negro lunar en la mejilla derecha y lo distinguía de los otros muchachos, además de la blancura de su piel, su buena estatura y su atlética figura, que denotaban su buena crianza y la holgura de su posición económica. Recién había cumplido los veintitrés años el pasado 4 de

octubre y sin embargo podía pasar por un joven de diecisiete. Bien se lo decía su madre, doña Francisca Bello: “Eres *tragaños*, mi hijito, y con esa carita sonriente se te resbala el tiempo que pasa en vano, y mira que siendo de buena talla, a ti te queda ese dicho campirano muy de las gentes de acá de nuestro rumbo: ‘caballo chiquito, siempre potrito’”.

—Joaquín —preguntó Francisco Javier a uno de sus soldados, ya con la niña en brazos—, ¿qué día de la semana es hoy?

—Jueves, mi teniente; la fecha, 12 de diciembre de 1816 —dijo con certeza el hombre—. Tan lo tengo presente, que lamento no estar en Altotonga para la celebración, la misa, la verbena, el palo encebado y las carreras de listones. ¡Lástima!, ya será el próximo año. —Sí, si es que Dios nos presta vida —asintió Francisco Javier—; por lo pronto, de ésta ya nos salvamos.

Como obedeciendo una orden, con la niña en brazos se encaminó hasta la orilla del mar y, cogiendo un poco de espuma del agua salada, con la mano le hizo la señal de la cruz sobre la frente y en voz baja musitó: *En el mar surgió la vida y a su lado el Señor te la ha dado a ti y tu madre me ha confiado su más grande tesoro: tú; Dios te guarde, pequeña.* Y santiguándose le pidió al creador que le diera la fortaleza necesaria para cumplir con esa sagrada misión que acababa de aceptar. Dándole un beso a la niña se dirigió hacia su caballo, se acomodó con todo y ella, y espoleándolo con suavidad se internó por los senderos por donde habían llegado al amanecer. “Guadalupe, te llamarás Guadalupe, naciste en su día y ella te salvó”. Y haciéndole un guiño a la pequeña aceleró el paso, al tiempo que la luna llena les iluminaba el camino.

Habiendo realizado dos escalas obligadas, casi sin parar y al borde del colapso, todos derrengados después de veinticuatro horas seguidas de camino, llegaron a las afueras de Santa María de Tlapacoyan y decidieron acampar en la margen derecha del río Alseseca, justo al lado de una casona solariega aledaña a unos corrales cercados con madera repletos de cabras, donde una familia numerosa, por lo que se veía, además de criar gallinas y guajolotes elaboraba queso, producto de primera necesidad en la región y muy cotizado en el mercado. Quien en realidad requería de la mayor atención dentro de aquel maltrecho grupo de soldados era Guadalupe, la pequeña de escasas veinticuatro horas de nacida.

—¿Soldados aquí, en mis tierras, al lado de mi hogar, a honra de qué? —musitó desde el pórtico de su casa Matilde, una matrona entrada en años que pronto se dio cuenta de la situación y advirtió, tras el sudor y la mugre, la juventud de aquellos rostros maltrechos que se dormían parados. Francisco Javier se adelantó y con toda cortesía se presentó y le explicó a aquella buena mujer la situación en que se encontraban, y cómo, ya de regreso, habían decidido acampar sin

antes pedir la venia de los dueños de aquellos terrenos, sobre todo porque se habían dado cuenta de que podían no ser bienvenidos. —Disculpe su merced el atrevimiento, ¿podría darnos posada? —le dijo Francisco Javier, saliendo a su encuentro con una sonrisa franca y una pequeña reverencia.

—Pero hombre, eso se da por sentado, muchacho —le contestó la mujer y abriendo sus grandes ojos, sorprendida al verlo, le preguntó: —Oye, ¿no me irás a decir que has ido a la guerra con una criatura de brazos?

—No, no sólo de brazos, doña, sino recién nacida.

Y tras las explicaciones de en qué condiciones se había hecho cargo de la niña, Matilde cogió a la pequeña con ternura y después de revisarla minuciosamente se dio cuenta de que, además de un buen baño, la criatura necesitaba comer. Mientras en una palangana de madera le dio un refrescante baño, le encargó a uno de sus hijos que ordeñara una de las cabras y mezclando la leche con una infusión de hierbabuena y manzanilla, se las ingenió con un viejo cuerno de vaca pulido con diminutas perforaciones en la punta que guardaba en su alacena, el cual dejaba filtrar el tibio líquido que la pequeña deglutió sorbo a sorbo, como si supiera que de ello dependía su supervivencia. —A esta muñeca hay que conseguirle una nodriza o habilitar dos o tres cuernos de vaca para pasarlos por agua hirviendo y desinfectarlos, y tener a la mano cera de colmena para sellar la punta cada vez que deje de mamar —expresó Matilde con autoridad y conocimiento de causa—. Yo podría conseguirle una nodriza, lo único difícil es que la mujer no vive aquí; bueno —rectificó—, no vive tan cerca.

—¿Dónde, buena mujer, dónde vive esa nodriza? —terció el teniente Gómez mostrando interés, mientras contemplaba embelesado cómo aquella hermosa pequeña bebía la leche que con tanto amor le proporcionaba Matilde y se aferraba a la vida. —¡Huy!, vive en la congregación de Alseseca, cercana a la villa de Atzalan; ¿sabe?, es mi ahijada y acaba de dar a luz a un varoncito hace cosa de quince días y tiene mucha leche, tanta, que se le inflaman los pechos porque el pequeño le chupa muy poco.

—¿En Alseseca?, ¿cerca de Atzalan? —expresó sorprendido Francisco Javier—. Nosotros somos de Altotonga, vamos para allá, doña Matilde, no sea mala, acompáñenos para que nos recomiende.

—No, hijo, cómo crees, ¿y quién cuidará de mis críos? ¿No ves que todavía tengo dos menores de cinco años y mi marido falta desde hace dos? Aquí me las arreglo yo sola con mis chamacos mayores, que son quienes me ayudan, y además acabo de regresar de allá; yo la atendí

de su parto y tú ya quieres que vaya de vuelta. ¿Y mi casa, el queso, mis hijos? —le replicaba Matilde, cargada de razones.

—Ándeles, anímese, yo me comprometo a llevarla y traerla y no me voy a dar por mal servido; hasta le prometo obsequiarle un par de cabras de muy buena raza, *Toggenburg*, de las que mi padre tiene en su finca. Anímese, no sea malita, Guadalupe se lo agradecerá eternamente —le decía el joven teniente, que lucía desaliñado y ojeroso—. Oiga, y pasando a otra cosa, ¿no habrá aquí en el pueblo gavillas de insurgentes, de alzados?

—No, hijo, no, aquí sólo están los de la milicia del pueblo. Y a todo esto, no todos, porque una partida salió rumbo a San José Acateno a traer unas mulas que les prometieron; Jacinto, mi hijo mayor, se alistó con ellos y por eso sé que salieron, pero regresan hoy por la noche, sólo quedan el cabo y unos cuantos; los otros están frances, de licencia, porque apenas hace un mes tuvieron un enfrentamiento con unos alzados en Plan de Arroyos. Ya ves, aquí primero todos éramos insurgentes y luego, con eso de los indultos y tanta matazón, la gente se cansó, pues lo mismo nos chingaban los del ejército que los alzados, hasta que se creó la milicia urbana de Tlapacoyan. A mi difunto marido lo asesinaron esos malditos alzados que dizque luchan por la independencia, la libertad y son puras mentiras, patrañas, lo único que son es una sarta de bandidos infames que asesinan por gusto, roban, violan; sabrá Dios a dónde vamos a llegar con tanto desorden. Como dice el señor cura, *matar por matar no es efecto de barbarie, sino de malignidad* —comentaba Matilde con tristeza al recordar tantos acontecimientos tristes, tantas muertes inútiles—. Así que ustedes también son de la milicia, ¿y de dónde vienen tan ultrajados, heridos? ¿De muy lejos?

—Sí, somos parte de la milicia urbana de Altotonga, pero nos comisionaron a llevar a cabo una acción militar en Boquilla de Piedras y de allá venimos.

—¿De Boquilla de Piedras, hijo? Eso está por la costa, según sé es adelante de Vega de la Torre, es un pequeño puerto de cabotaje; no muy lejos realmentede aquí. ¿Y cómo se animaron a dejar desprotegido su pueblo? Además todos ustedes se ven rete tiernitos, de a tiro jovencitos —y mientras hablaba y hablaba los miraba con ojos de madre, compasiva.

—No, sólo fuimos treinta cinco, casi la mitad, los otros se quedaron en Altotonga, y cumplido nuestro cometido ya vamos de regreso, pero no quisimos parar hasta sentirnos más o menos seguros y cerciorarnos de que nadie nos seguía; aquí podemos decir que ya nos sentimos como en casa y si usted no se opone, quisiéramos descansar un buen rato. Sólo se nos adelantaron dos soldados y el sargento Santiago, que llevan la encomienda de llegar luego porque

transportan a cuatro compañeros que murieron en el ataque al fuerte de Boquilla de Piedras y peligra que se descompongan sus cuerpos.

—¡Ave María purísima! —dijo Matilde santiguándose—, pobres criaturas. ¿Y qué tienen que andar ustedes tan lejos? Esos trabajos déjenselos al ejército, para eso le pagan, esa es su función. Mira, yo encantada de que se queden aquí, cerca del río, pero habrías de ir al pueblo y solicitarle a la autoridad que los auxilien con algunos víveres; yo voy al día y aunque quisiera, como ayer fue día de plaza y día de la virgen, gracias a Dios vendí toda la producción que tenía de queso y algo de piloncillo de un trapiche que tengo por el rumbo de Novara; pero si se avienen a los frijolitos, algunos huevos, tortillas y salsa que puedo ofrecerles, con mucho gusto los acepto. Pero ve, preséntate, que sepan que están aquí en santa paz, ya ves luego cómo es la gente, no faltará quien vaya con el chisme al señor cura o al juez y luego hasta manden tocar las campanas como alarma, con eso de que contingentes van y vienen, ya no sabe uno ni qué pensar; por eso cuando los vi llegar me fui con tiento y cuando llegaste tú con la criatura en brazos me dije: pero si son unos chamacos todos y traen unas caras de no haber dormido hace dos o tres días.

—Pues no anda tan errada, doña —le dijo Francisco Javier, al tiempo que le agradecía su hospitalidad y sus consejos.

—Y a todo esto, ¿de qué familia de Altotonga eres?, a lo mejor la conozco o por lo menos he oído hablar de ella, pues mi esposo, Raimundo Salazar Méndez, que en paz descanse, era peninsular, español. Por cierto, hacía tratos con un comerciante de allá muy adinerado de nombre Pedro Gómez, oriundo de Málaga, quien, según me contaba, compraba muy bien el ganado cebado. Según platicaba mi marido, ese Pedro Gómez es algo especial, muy adinerado, sí, pero con una fama de canijo y cabrón para tratar a la gente, en particular a sus criados, y no se diga de los naturales, porque no los puede ni ver; bueno, dicen, o mejor dicho, decía mi difunto esposo. ¡Ah!, y además, qué teuento, ese tal Pedro es tan rico, tan rico, que aquí en Santa María de Tlapacoyan renta o usufructúa, a la mala, creo, porque no es de él, una de las haciendas más grandes que existen en la región; dicen que sus tierras llegan hasta Nautla, ¿cómo ves? Esas tierras formaban parte de la famosa Hacienda de Larios y Malpica. Yo ni lo conozco, o mejor dicho, creo que sí lo vi en una o dos ocasiones nada más, el que tenía tratos con él era mi difunto marido. A la propiedad de la que te hablo ahora se le conoce como San Joaquín El Jobo y está aquí muy cerca, mis tierras lindan con ella. Ahí mero comienza El Jobo —dijo señalándole una vereda que serpenteaba el camino, paralela al río—; tiene una serie de construcciones y casonas muy bonitas, bueno, hasta una iglesia precisamente dedicada a San

Joaquín, ¿te imaginas?, además de grandes extensiones de tierra sembradas de caña de azúcar. Hacen piloncillo y aguardiente, que es lo que más se vende, también tiene sembradíos de tabaco, por cierto de muy buena calidad, y la casa principal es amplia y muy bonita, lástima que no la habite nadie; como los dueños, dueños, los legítimos, viven hasta Teziutlán y son muy chamacos —a los que cuidan y que precisamente les paga ese señor Gómez del que te platico—, les importa muy poco. Ah, pero fíjate, como ya te decía, ese Pedro Gómez es tremendo, el tipo es muy audaz, él tiene aquí pegado a mis tierras otro rancho, que bien podría ser una hacienda, al cual llama “El Encanto”, cercano a la hermosa poza que queda aquí a un pasito, lleno, repleto de puro cedro y caoba. Esas tierras se las vendió mi difunto marido y colindan con las nuestras, pero él explota El Jobo como si fueran tierras de su propiedad, pero dicen algunos por ahí, los más enterados, que les paga renta a los hijos o nietos del difunto don Francisco de la Torre. ¡Ve tú a saber si sea cierto!, con lo canijo que es; dicen que cuando viene nunca avisa, llega de improviso y en más de una ocasión les cayó por sorpresa a sus criados, que aserraban varios árboles de manera clandestina; como quien dice “los agarró con las manos en la masa”. Cuentan que en una ocasión mató a tres abigeos que se llevaban el ganado para San José Acateno. Él viene poco, pero tiene tres caporales que son el mismo diablo. Ciento día, hace ya casi ocho años de esto que teuento, cuando no había nada de guerras ni gente alzada, ni el alboroto que reina hoy en día —comenzó a platicarle Matilde con lujo de detalles, pues una vez que comenzaba a hablar no había quien la parara—, acompañé a mi esposo a Altotonga a cobrar unas cuentas y a dejar unos novillos, pero a la hora de la hora ni llegué, me quedé en casa de una comadre que tengo en Atzalan.

—¿Su marido era ganadero? ¿Y usted por qué se dedica nada más a las cabras?

—Mi marido se dedicaba a todo: comerciante, agricultor, ganadero, tracalero, a todo, y tenía buena mano para los negocios, pero muerto él, los ranchos están abandonados, mis hijos todavía son chicos y el mayor, como ya te dije, se alistó con “los libres” de aquí, por lo menos para tener cierta protección; ya vendrán —le respondió Matilde con simpatía, con el ánimo de seguir haciéndole plática—. Oye, pero no has contestado mi pregunta, ¿de qué familia eres?

—No me lo va a creer, doña Matilde —le dijo sonriendo Francisco Javier—, soy Gómez, hijo del mismísimo diablo, del Pedro que usted mencionó.

—Santo cielo, qué bueno que no hablé mal de él, ¿o sí? A lo mejor ya metí la pata. Bueno, yo sólo sé lo que contaba mi difunto marido, también él era tremendo con sus peones —dijo la mujer sonriendo de manera pícara, tapándose con las manos la cara, que se le puso roja roja

como manzana—. Pero tú estás muy joven, ¿cuántos años tienes? —dijo de manera apresurada y nerviosa al percatarse que había hablado de más—. Pues en aquella ocasión que te platicué, cuando me quedé en Atzalan, un jovencito como de dieciocho años, muy apuesto por cierto, de nombre Pedro y que dijo ser hijo del señor Pedro Gómez, llegó con unos mozos para arriar el ganado; tú le das un aire, pero él tenía el cabello rubio, ¿será acaso tu hermano? Todo esto que te platico ya hace buen rato que sucedió, pues entonces yo tenía pocos años de casada —dijo Matilde exhalando un suspiro.

—Bueno, entre Pedro y yo hay una diferencia de doce años y ciertamente él tiene el cabello muy rubio; tanto así que parece platinado, como si tuviera canas y apenas acaba de cumplir treinta y cinco años. ¿Cómo ve, doña, nos parecemos mi hermano y yo, o sólo tenemos un aire de familia? Y dígame —agregó de manera insistente y a bocajarro Francisco Javier—, ¿acaso se habla mal de mi padre?

—No, hombre de Dios, ¿cómo crees? —se apresuró a contestarle al tiempo que se santiguaba para exorcizar los malos pensamientos—. Tú no te preocupes, hijo, todos los peninsulares tienen algo de hidalgos y de conquistadores; siempre conservan ese dejo de superioridad mal entendida y por el simple hecho de haber nacido allá creen que su palabra es la única que tiene validez, y aunque hayan llegado, como decimos aquí, “con una mano atrás y otra adelante”, se sienten superiores; lo que sí hay que reconocerles es que son unos burros para el trabajo, y tratándose de hacer fortuna, de verdad saben cómo hacerla. Por cierto, tiempo después de la visita a Atzalan que te platicué, tu hermano Pedro venía con frecuencia por acá a hacer los cobros de la madera que vendía el capataz y en dos ocasiones, cuando aún vivía mi marido, comió con nosotros. Precisamente él fue quien en nombre de tu padre vino a recibir las tierras de El Encanto. Y a todo esto, ¿por qué no llegaste a San Joaquín El Jobo si tú eres casi el patroncito? Ahí la casa es muy amplia, tienen hasta una iglesia como te decía y los árboles, frondosos, enmarcan bellamente los alrededores de las casas; tiene un buen pozo y en los potreros cercanos abunda el pasto para las bestias, pues no hace mucho, tu padre en persona, creo, sacó el ganado ya cebado para el rumbo de Teziutlán.

—No, doña, no crea que no lo pensé, pero como yo he venido una sola vez a esa finca no conozco muy bien el camino, y además el capataz que está de encargado es un tipo agrio, no me llevo con él —le contestó Francisco Javier sin ocultar una pequeña sonrisa en los labios que le provocaba el hecho de ver a aquella mujer angustiada al percatarse de que había hablado de más.

—Esta linda criatura que te ha traído la guerra —dijo de manera enfática, tratando de cambiar el hilo conductor de la charla— ya comió y se ha quedado profundamente dormida, déjame que la acueste en mi cama y tú date un baño y descansa, que la mañana se va, la cocina está vacía y ustedes no han comido. Si traen algo de bastimento y quieren calentarlo pueden tomar leña, de ésa que está estibada, ya después me parten una poca a mí para reponer los palos que utilicen.

Y diciendo esto la mujer se metió a la casa con la niña en brazos y se decía para sí: *qué chiquito es el mundo, qué chiquito*, y qué bueno que no había continuado externando opiniones negativas de don Pedro, porque bien que se acordaba de lo que le comentaba su marido: “Este Pedro, mi paisano, no es mala persona, pero con los indios y campesinos es bien cabrón, al grado que le dicen, según sé, ‘el gachupín colorado’, y soltó una risita burlona al acordarse. Matilde recostó a la niña mientras Francisco Javier y algunos compañeros se dirigieron hacia el río en busca de un chapuzón que les volviera el alma al cuerpo, para después de comer algo caliente tirarse una siesta hasta el amanecer y ganarle la carrera al sol porque debían apurar el paso, pues de ahí en adelante la subida constante a las tierras altas era pesada y tenían el compromiso de llegar a tiempo para que, reunida la compañía completa, pudieran rendirles las merecidas honras fúnebres a los compañeros caídos en Boquilla de Piedras, los primeros héroes del contingente los Libres de Altotonga.

De madrugada, Francisco Javier, ya de camino rumbo a Altotonga, se despidió de Matilde y le suplicó que se quedara con la niña unos días; él, después de los funerales que les aguardaban a la llegada, regresaría por Guadalupe. Además, sabía bien que ahí, con esa mujer y en medio de una familia estable, estaría bien por lo pronto y se evitaría los fríos del invierno, ya en puerta. El alimento que de manera diligente le preparaba Matilde parecía haberle caído bien, ya con calma buscaría a la nodriza o le pediría a su madre que se hiciera cargo de ella. —Yo regreso, doña, no vaya a creer que le voy a dejar a usted el compromiso de la niña; no, eso no, de ninguna manera —le aseguró—, sólo deme tiempo, quince días a lo sumo y regreso por la niña; no me daré por mal servido y no crea que se me ha olvidado lo de las cabras.

—Ve con Dios, que aquí te esperará tu criatura —le dijo—, porque es tuya y no se te olvide que te la encomendó nuestra Madre Santísima de Guadalupe en su aniversario; las cosas no pasan así porque sí, por algo pasan, por algo —y dándole la bendición lo vio partir al frente de sus hombres.

Por el camino, Francisco Javier cavilaba la enorme responsabilidad que tenía frente a él al haber recogido a Guadalupe, a quien, cuando fuera mayorcita, tendría que contarle lo sucedido ese 12 de diciembre de 1816, cuando asaltaron el fuerte de Boquilla de Piedras y en el que nadie, pese a lo acordado, se presentó como refuerzo del ejército virreinal. De haber habido quien resguardara el fuerte tal vez hubieran sucumbido todos, pensaba ensimismado mientras su caballo avanzaba pesadamente la subida hacia Alseseca. Lo que más le podía era la muerte de cuatro de sus hombres, y más que sus hombres, cuatro de sus amigos, con quienes había convivido desde niño y a quienes de verdad apreciaba. Ellos ya se habían marchado y habían dado la vida por lo que creían era una causa justa, pero él se repetía una y otra vez: “¿causa justa para quién, para qué?”. Y mientras, pensaba lo que estarían sintiendo los padres de sus amigos, porque ya a esas horas, se decía a sí mismo, los cuerpos debían haber sido entregados a sus familiares y por más que se contenía, que trataba de hacerse el fuerte, no podía ocultar su tristeza, sus ojos lloraban sin cesar.

Qué escena aquella, cinco días antes haber visto partir a los hijos llenos de entusiasmo rumbo a la batalla, con la esperanza de que fuera la última al destruir aquel reducto de abastecimiento de armas y municiones, y ahora, en plena madrugada, se presentaba el sargento Santiago Agapito con los cuerpos de los muchachos envueltos en sendos petates sobre el lomo de una corpulenta mula barcina: Víctor del lado izquierdo y Francisco del derecho. El padre, acostumbrado a madrugar por su trabajo, se topó con ellos al abrir el zaguán de la panadería; la madre se enteró mucho después, una vez que el panadero, habiéndose despachado una botella entera de aguardiente, se dio el valor de aceptar el hecho y de comunicárselo a quien les había dado la vida.

—Quiero verlos, Pancho, quiero verlos —insistió aquella mujer, joven aún, desecha por dentro pero llena de entereza—; lo bueno es que los niños están dormidos todavía y no se enterarán por ahora, no quiero que sus hermanitos los recuerden así, amortajados en un petate y sucios del viaje. Dentro de nuestra tragedia el Señor ha sido benévolos con nosotros al enviarnos este invierno tan frío, pues así mis niños podrán durar un poco más con nosotros sin que se descompongan sus cuerpos, yo los voy a arreglar y a vestir para que se vean guapos y todo el que quiera venir a verlos los contemple como eran —y al tiempo que decía esto, la pobre mujer rompió a llorar y en su desesperación abrazaba a uno y luego a otro, y con todo su amor de madre limpió las heridas que ambos tenían en el pecho—. ¿Por qué, Dios mío, por qué? ¿Por qué, Señor? —repetía sin cesar—. Tantas ilusiones acariciadas, ¿para qué? —poco a poco se fue

calmando y de buena gana aceptó un vaso de aguardiente que le ofreció su marido y un té de hojas amargas que una buena vecina le preparó.

Don Pancho, ayudado por algunos familiares, tendió los cuerpos de los muchachos en dos catres que tenía en el cuarto donde guardaban la leña y su mujer, solícita, en la cocina puso a calentar dos grandes peroles de cobre con agua. —Los voy a bañar —le dijo— y los cambiaré con ropa limpia como lo hacía cuando todavía los bañaba yo para mandarlos a la escuela y a la doctrina.

A Víctor no le gustaba el agua fría, a Francisco sí, y armándose de valor, tratando de contener las lágrimas que le escurrían hasta el suelo, uno a uno los bañó y frotó sus cuerpos con un paño suave mojado con agua caliente impregnada de esencia de rosas de castilla que ella misma preparaba durante la primavera .

—Mis niños, mis niños —se decía a sí misma en voz alta, moviendo la cabeza en señal de reclamo y a la vez de resignación—. Toda una vida de sacrificios, de privaciones, de anhelos por alcanzar, ¿para qué Señor, para qué?, ¿acaso no merecían mis hijos la suerte de sus compañeros de armas que salieron ileños?, ¿por qué a ellos, por qué? Y en segundos, su corazón de madre recorría los distintos momentos felices en la vida de sus hijos. Ellos, recordaba, desde el principio se alistaron como voluntarios, nadie los obligó y nada los amedrentó, ni sus lágrimas, para que no se alistaran. Su padre estaba orgulloso de ellos y con gusto había contratado a dos jóvenes para que los suplieran en la panadería, pues los dos, junto con su padre, hacían gran parte del pan que consumía el pueblo. Una vez que los hubo bañado y ungido con loción y aceite, don Pancho le ayudó a vestirlos y en el portal de la casa improvisaron un pequeño altar, donde expusieron los cuerpos para recibir las condolencias de los vecinos. Víctor y Francisco eran ahijados de bautizo de don Pedro Gómez y de doña Francisca Bello de Gómez, los padres de Francisco Javier, y apenas iban a cumplir dieciocho años el 23 de diciembre.

—Nacieron el día de Santa Victoria Virgen, por eso, al primero que nació de los gemelos le pusimos Víctor y al segundo, el nombre de mi esposo, Francisco —comentaba Zenaida, la afligida madre, que tuvo que explicarles a sus hijos pequeños lo que les había sucedido a sus hermanos en aquella descabellada guerra.

Ese día, los ayudantes de Pancho y dos de sus hijos menores, los más grandecitos, uno de trece años y el otro por cumplir los quince, hornearon por partida triple pues había que ofrecer galletas, polvorones, quesadillas y hogazas de pan con pulque, miel y queso de cabra al pueblo entero, que los acompañaría en el duelo. El cuerpo de Cuquito Martínez, el herrero, lo habían

pasado a dejar a Talixco, en las inmediaciones de la Hacienda de Santa Cruz, donde vivía con su muy anciana abuela, quien nunca se percató de lo sucedido; los vecinos se encargaron del cuerpo y lo velaron en la capilla del lugar.

Ya casi amaneciendo los restos del cuerpo de Apolonio Juárez llegaron a Champilico, ante la consternación de quienes bajaban a Altotonga a misa de siete bajo la tupida lluvia de un fuerte norte que acentuaba el frío e hizo que todos sacaran de sus casas los capisayos, guardados tras los prolongados soles del estío que habían secado las mazorcas dentro del totomoxtle mismo, pues ahí, como en toda tierra húmeda, la costumbre era doblar la caña sobre el surco en lugar de amogotarlo en montones y dejar secar las mazorcas. Una procesión solemne se improvisó y acompañó al cuerpo del bueno de Apolonio hasta la entrada de su casa. El frío arreció y arreció tanto que la niebla bajaba en forma de escarcha; así pudieron, durante dos días más, celebrar los funerales de todos con calma, habiendo decidido la comunidad entera que a los cuerpos de los cuatro caídos en el asalto al fuerte de Boquilla de Piedras se les diera santa sepultura en el espacioso atrio de la pequeña capilla de Santa María Magdalena de Altotonga, que hacía las veces de camposanto para la cristiana sepultura de los fieles.

Antes del entierro, en la fría mañana del lunes 16 de diciembre de 1816, los cortejos de los cuatro difuntos desfilaron a través de la loma: el de Apolonio, proveniente de Champilico, se unió al de Refugio, que venía desde Talixco, y el de los hermanos Méndez subió hasta la loma para encontrarlos y bajar desde ahí en procesión hasta el templo, donde el párroco de Atzalan hubo de oficiar la misa al aire libre ante la imposibilidad de que cupiera tanta gente, pues asistieron no sólo del pueblo, sino de las congregaciones y rancherías circunvecinas. Al descender los ataúdes a sus respectivas fosas un lamento plañidero inundó el ambiente estremeciendo los sentimientos de los cientos de almas congregadas ahí, quienes unidas en oración encendieron sus velas al momento que una copiosa nevada vestía el paisaje de blanco, como rito de purificación por el eterno descanso de aquellos cuatro héroes que Altotonga aportaba a la pacificación de la región en aras de frenar un poco tanta sangre derramada. La pequeña campana del templo repicaba a duelo y sus notas se confundían con los sonidos emitidos por las campanas de las capillas vecinas de la Asunción, al final de la loma, la del Señor Santiago al sur, en la parte alta, y la de Santa Cruz, cercana a Talixco, que de manera coordinada tañían a duelo sin cesar como póstumo homenaje a los caídos; el ambiente triste y melancólico que este constante tañer impuso, duró más de dos horas y media para luego perderse en la prematura oscuridad de una tarde al final del otoño.

Después del novenario y pasadas las navidades Francisco Javier bajó a Tlapacoyan como lo había prometido, no sin antes pasar a Alseseca a preguntar por la posible nodriza, argumentando que iba recomendado por doña Matilde, y quedó en traer a la pequeña a la vuelta. En ese viaje se hizo acompañar de Juan Cástulo, un niño indígena huérfano de la congregación de Juan Marcos que había crecido en su casa y era ahijado de su madre, doña Francisca, para que le ayudara con las dos mulas donde, en sendos huacales, viajaban las cabras prometidas. A Matilde le dio mucho gusto ver al teniente Gómez y le sorprendió lo importante que era para este joven militar el cumplimiento de la palabra empeñada.

—Aquí están las cabras, doña, son tres y están preñadas, parirán para febrero y además le he traído este cabrito para que lo críe y lo deje para garañón, así le cubrirá a todas sus cabras y mejorará la raza de su hato, ¿qué le parece? —le decía Francisco Javier mirándola fijamente a los ojos—. Cuando se lo prometí hace más de quince días no me creyó, ¿verdad? Y ahora, ¿qué le parece, le gustan los animales?

Matilde sonrió y abrazándolo le dijo: —Pero hijo, no era necesario, yo de mil amores cuidé a esta criaturita, que es un ángel. No sabes, aquí mis hijos todos se han encariñado con ella y se pelean por ordeñar a “la serrana”, la cabra que amamanta a tu hija.

—¿Mi hija? —reparó de inmediato Francisco Javier, sorprendido—. Oiga, pero si yo ni me he casado ni nada.

—¿Acaso se necesita ser casado para tener hijos? —repuso Matilde con cara de pícara—. Pero tu situación es otra y este angelito te lo mandaron Dios y la Virgen Santísima, así que es tu hija, te guste o no, y vete acostumbrando a ello. ¿Oquieres que la niña con el tiempo se entere de que tú fuiste el oficial que encabezó el asalto al fuerte de Boquilla de Piedras donde murió su madre al apenas nacer ella? Yo mejor me haría a la idea desde ahorita de que la niña es propia, tu hija; total, a ti te la entregó su madre al morir, según me has platicado, ¿o no? Bueno, entonces acéptala como tal.

—Y todos los testigos que tengo de cómo fueron las cosas, ¿usted cree que no hablarán, que no contarán lo que pasó y así se construya tal vez, con el tiempo, hasta una leyenda sobre cómo llegó la niña a mi vida? —replicó Francisco Javier con cara de asombro.

—Pero para qué alegamos eso en este momento, mejor pasa, ven, te vas a sorprender ahora que la veas —le dijo la mujer animándolo a entrar, y tomándolo del brazo lo llevó hasta la cama—. Esta criaturita es de una hermosura que no tienes idea, mírala, cerciórate con tus propios ojos —y cargándola, la puso en sus brazos.

Realmente la pequeña era hermosa, tenía el cabello pelirrojo y los ojos se adivinaban que serían de un verde intenso. “Como los de su madre”, pensó Francisco Javier y un sinfín de emociones encontradas le nublaron los ojos. Boquilla de Piedras se hizo presente: la refriega, los muertos, el encuentro con la niña cuando la recogió del suelo junto al regazo de su madre, el entierro apresurado de la misma junto a un promontorio de tierra rojiza al pie de un haya gigantesca, donde con su navaja hizo una cruz sobre la corteza del tronco y con dos gruesos palos de mangle y una cuerda improvisó la cruz que clavó justo arriba de la sepultura. Llorando, la estrechó contra su pecho y la niña, como si supiera de quién se trataba, le dedicó una mirada expresiva, dulce, agradeciéndole que no la hubiera olvidado.

—Sabe, eh, sabe con quién está —le decía Matilde—. Ah, y otra cosa, ya no vas a necesitar una nodriza, te vas a llevar a “la serrana” porque su leche le ha caído de maravilla y ya te preparé tres juegos de cuernos, lavados, hervidos y todo, para que la amamanten sin problema; también llévate este frasco con cera de colmena para que tapes la punta del cuerno una vez que la niña haya comido. Ya tu madre te ayudará y te enseñará a cuidarla, que más bien creo que será ella quien se hará cargo de Guadalupe, ¿no te parece? Mira, muchacho —le señaló Matilde en tono solemne—, yo no soy pitonisa ni nada que se le parezca, pero una cosa sí te digo: fuiste a la guerra y saliste premiado, porque este angelito que te confió su madre al morir, será para ti y los tuyos bálsamo y alegría en tiempos aciagos.

Se hizo un silencio que rompió el llanto de Guadalupe reclamando alimento y Matilde, de inmediato, habilitó todo: ella misma ordeñó a “la serrana” y mezclando la leche tibia con la infusión de manzanilla y hierbabuena, más una cucharadita de miel de abeja, le dio a Francisco Javier el cuerno ya listo y lo instruyó en cómo alimentar a su hija, que por lo pronto tendría que hacer este ritual cada cuatro horas y a medida que fuera creciendo írselo espaciando y aumentando la ración.

—Ah, se me olvidaba algo muy importante, jovencito —le dijo Matilde muy circunspecta, al tiempo que depositaba en sus manos una cajita de madera—; aquí va el ombligo de esta señorita, ya está bien seco, se desprendió solito y la niña ya no necesita más curaciones ahí; eso sí, lo que es muy importante es que durante un mes esté muy bien fajada. Te puse en la ropita que logré juntar de mis hijas cuando eran pequeñas, varios fajeros y dos docenas de pañales, unos de manta de cielo, de puritito algodón, y otros de paño afelpadito, además de varias mantillas de trama de lana y algodón para que esté siempre bien abrigada, estamos en invierno y allá donde ella va a vivir hace mucho frío en estos meses, ¿o no?

La mujer hablaba y hablaba, daba instrucciones y explicaba con sumo cuidado hasta el más mínimo detalle. —Tú, aunque vives con tu madre y tendrás hermanas, me imagino, no sabes de estos menesteres, así que pon atención. Y a todo esto, te preguntarás: ¿y para qué me dio el ombligo de la niña esta señora? Pues aunque te suene extraño es muy importante que cuando llegues a tu casa, en un terreno cercano a la misma, en un jardín, por ejemplo, deposites la cajita que te he dado como símbolo de vínculo o dependencia con la tierra, con nuestra madre naturaleza y así ella, cuando sea grande, reconocerá a Altotonga como su tierra, se sentirá de ahí y establecerá ese preciado vínculo que nos hace querer el lugar donde está enterrado nuestro ombligo; cuando tenga sus propios hijos hará lo mismo y les infundirá el amor por su tierra. Te parecerán extrañas todas estas recomendaciones, en especial, la de enterrar el ombligo, pero si no lo haces así la niña nunca se sentirá de ahí. Además hay que decírselos ya grandecitos, que sepan que su ombligo ha sido enterrado en la tierra donde viven.

Era admirable contemplar a Matilde disertar sobre todas esas cosas y sentir la enjundia con que las decía, cómo le salían del alma, no en balde estaba entregada a cuidar y hacer producir esa tierra donde sus padres habían enterrado su ombligo. Eran muchas instrucciones, consejos, recomendaciones para un joven de su edad, pensaba Francisco Javier, quien aún no se había comprometido con ninguna mujer y que por el momento no pensaba casarse, amén de la inquietud que le rondaba por regresar al seminario. Hasta altas horas de la noche charló de manera amena con aquella matrona que el destino había puesto en su vida y más que eso, en el sendero de Guadalupe, a quien no obstante las azarosas circunstancias de su nacimiento y la prematura orfandad en que había quedado, su madre del cielo, su patrona, de quien llevaba el nombre, le allanaba el camino y la vida parecía sonreírle.

Salió muy de madrugada con Guadalupe en brazos, “la serrana” en un huacal y Juan Cástulo y los enseres para la alimentación de la niña en la otra mula. Hicieron una escala obligada en Alseseca para que comiera Guadalupe y almorcizaran ellos y a medio día divisaron la Hacienda de Santa Cruz, al pie del lomerío suave de Talixco. El sol caía a plomo sobre los mogotes de maíz perfectamente alineados sobre los surcos, como soldados esperando órdenes, mientras el aire seco del sur se colaba hasta las entrañas mismas del totomoxtle secando la mazorca, que cada día que pasaba estaba más lista para la pizca. Sería un fin de año muy soleado, pensó Francisco Javier al contemplar el cielo aquel de un color azul intenso y sin ninguna nube; mientras siguiera el viento del sur y las heladas cubrieran de candelilla la tierra no habría nortes y el nuevo año prometía buenas cosechas; el tiempo tendía a estabilizarse. Una bocanada de aire

le advirtió el dulce aroma del pan recién hecho, que le sacó un suspiro involuntario y le produjo una amplia sonrisa, que de manera inusitada le fue devuelta por la pequeña Guadalupe, que en la seguridad de sus brazos parecía advertir la proximidad de lo que sería su casa y de quienes serían sus parientes cercanos. Su madre los esperaba para hacerse cargo de la niña mientras a él le aguardaban varias batallas y enfrentamientos armados por venir, porque el país apenas estaba entrando en el surgimiento de su propio destino y aquel baño de sangre en Boquilla de Piedras había sido sólo el inicio de una batalla por ganar ya que a diario le plantearía nuevos retos la vida.

¿Estaría su padre en casa?, se preguntó Francisco Javier ya en las inmediaciones de la hacienda. En el sepelio de sus compañeros fue el gran ausente, para variar; un viaje de negocios lo había llevado a Huamantla y en todo el tiempo que él permaneció en la hacienda, hasta antes de regresar a Tlapacoyan por Guadalupe, nunca volvió. Siempre estaba fuera emprendiendo algo o se perdía por buenas temporadas en sus viajes periódicos a Veracruz a traer mercancías o en sus largas estancias en El Jobo, donde llegaba a permanecer por espacio de dos meses, al punto que se rumoraba que ahí tenía una joven mulata por amante. Si no estaba en casa, cómo lo iba a recibir, ya su madre le relataría toda la aventura de Boquilla de Piedras, sabría lo de la niña; éstas y más cuestiones le inquietaban a medida que se acercaba. Al pasar frente a los macheros advirtió que no estaban los potros que solía montar su padre y cuando faltaban los dos era señal inequívoca de que andaba de viaje, pues siempre que salía lejos se llevaba los dos animales para cambiar de cabalgadura y los alternaba en sus largas jornadas. ¿Dónde andará?, se cuestionó Francisco Javier y una sensación extraña se apoderó de su cuerpo. ¿Le habría sucedido algo durante su ausencia y su madre se lo ocultaba? Ya eran muchos días de estar fuera para alguien que gustaba de pasar las fiestas decembrinas en familia, pensó, pero pronto sus dudas se disiparían.

—Te ves bien, hijo, te queda, serás un buen padre cuando tengas los tuyos —le dijo doña Francisca, su madre, parada en el pórtico de la casona—. Quién te iba a decir que la guerra te haría padre de sopetón, porque esta preciosidad ya estaba de Dios que estuviera bajo tu custodia. Eres afortunado, hijo, de todos los muchachos que marcharon a Boquilla de Piedras cuatro murieron y otros salieron mal heridos, pero tú, sólo con rasguños y magulladuras, recibiste esta bendición del cielo. Hay que cuidar mucho este tesoro —y tomando a la niña en sus brazos le dio un beso a su hijo en la mejilla y uno a la niña en la frente, y con él del brazo se introdujo hacia los amplios corredores, donde se les unieron Pedro, su hijo mayor, y sus dos hijas, Soledad

y Rosario; por fin la familia volvía a estar completa, unida, aunque no por mucho tiempo. Bueno, casi, porque el jefe de la casa estaba fuera.

—Tu padre aún no llega y después de una ausencia de más de quince días he recibido una carta procedente de Huamantla, donde me dice que apenas llegó, una fuerte afección respiratoria lo tumbó en cama y convalece en casa de sus amigos los Bretón —le dijo doña Francisca a Francisco Javier, al leer en sus ojos la inquietud de no ver a su padre en casa—. Me ha dicho en esa misiva que no hay de qué preocuparse, que de peores enfermedades ha salido airoso y que pronto se nos unirá para las festividades de los Reyes Magos. Como ves, genio y figura hasta la sepultura. Y por cierto, te sorprenderá, pero por el único que me pregunta es por ti, ya habrá tiempo de que te muestre su carta. Y hay algo más a lo que no darás crédito: con el paquete que envió hay una envoltura de cuero que viene destinada a ti y sobre un trozo de pergamino, de su puño y letra, tu nombre con esa caligrafía inconfundible de tu padre; yo no lo podía creer cuando la tuve entre mis manos, no lo podía creer, te la daré mañana, con calma, pues ahorita lo que tengo es hambre, después de todo creo que aún hay tiempo para cenar, ¿o no?, ¿o acaso no te has percatado de cuál es el santoral del día de hoy? Bueno, de lo que queda del día de hoy —dijo Francisca con cierta nostalgia, al momento que lanzó un profundo suspiro—. Hoy es San Silvestre, hijo, es martes 31 de diciembre y a este 1816 sólo le quedan unas cuantas horas, así que dispongámonos a cenar como Dios manda en compañía de tus hermanos; ya Pedro fue a sacar del horno las piernas de cerdo y de cordero y mandó a dos arrieros por unos pastelillos a la panadería de mis padres Francisco y Zenaida, que se empeñaron en obsequiarnos no obstante lo reciente de su pena y lo grande de su dolor. Yo les dije que se vinieran a cenar con nosotros y trajeran a los pequeños y quedaron de avisarme; tus hermanas se están encargando de los últimos detalles de la cena; pero antes, tendremos que dar gracias al Señor por todos los beneficios recibidos en este año, en especial el hecho de que hayas regresado sano y salvo de tu primera misión militar al frente de ese pequeño grupo de muchachos que fueron a exponer sus vidas y de los cuales lamentamos tanto, tanto que aún no lo creo, los cuatro decesos acaecidos. Ah, se me olvidaba decirte también —le comentó su madre a Francisco Javier— que he invitado al joven vicario de aquí de Atzalan, de la parroquia de San Andrés, el padre Marcos Valderrama, a quien tú conoces bien, a que nos acompañe a cenar y será él quien nos ayudará a hacer la oración de acción de gracias.

—¿Hoy es San Silvestre?, ¡qué barbaridad! y yo ignorante hasta del día en que vivo —le contestó Francisco Javier a su madre, quien absorta, contemplaba a la pequeña Guadalupe, a

quién aquél sostenía entre sus brazos—. Hoy cumple mi pequeña diecinueve días de nacida; Apolonio, Refugio y los gemelos, Víctor y Francisco, cumplen diecinueve días de haber fallecido y yo, en estos diecinueve días, he vivido los días más intensos de mi vida, al grado de que, ahora sí, me siento mayor —y estrechando a la pequeña contra su pecho comenzó a sollozar sin poder contener las lágrimas—; perdón, perdón, los hombres no deben llorar.

—¿Y quién ha inventado tal cosa, hijo mío? ¿Quién? ¡Dime! —expresó Francisca con voz airada—. Tú llora todo lo que quieras, porque eso significa que adentro, en lo más profundo de tu ser, de tu corazón, hay sentimientos, principios, así serás más hombre de verdad —y tomando a su hijo cariñosamente por los hombros, cambió la plática, dedicándole una mirada de ternura a la pequeña.

—Realmente esta criatura es muy hermosa, nada más hay que verla; los padres deben haber sido muy bien parecidos —comentó doña Francisca, dirigiéndole una mirada de ternura a la pequeña—. Y además —agregó—, debe pender de muy buena cuna, pero de hoy en adelante ostentará nuestros apellidos y habrá que bautizarle como buena cristiana. Y tú y yo, hijo mío, seremos los padrinos y juntos afrontaremos con gusto la alta responsabilidad que ello implica, y habrá que hacerlo de inmediato, no vaya a ser que tus deberes te reclamen y te lleven lejos de aquí por una buena temporada.

—Mire, madre, por ahorita no lo creo, aquí en los alrededores todo está tranquilo, sobre todo después de las batallas que libró en contra de los nacionales el teniente coronel Fernando Miyares, que fue quien dispuso, antes de marcharse a España, que la misión más importante de las milicias de las poblaciones de Papantla, Teziutlán, Jalacingo, Atzalan, Perote, las Minas, Misantla, Las Vigas, Xalapa y sobre todo en las cercanías de Zempoala, sería la de vigilar y crear un cerco efectivo para frenar la comunicación de los nacionales de los llanos de Puebla con los nacionales de Papantla comandados por Olarte, y de quienes controlan los accesos a Tuxpan, Nautla y Boquilla de Piedras, en especial, por donde reciben armas y todo tipo de pertrechos del extranjero. Acuérdese que precisamente nuestra misión consistió en eso —le comentó a su madre Francisco Javier, despreocupado, a sabiendas de que al menos en los tres o cuatro meses por venir no habría ninguna acción de guerra en la región—. Figúrese, ahorita de lo que están muy pendientes es del arribo del vasco Francisco Javier Mina, quien viene con una expedición de filibusteros desde Inglaterra, y quien quiere recibirlos para que refuerzen sus maltrechos contingentes es Guadalupe Victoria; precisamente por eso en Boquilla de Piedras nosotros no lo encontramos, se había marchado a Tuxpan y qué bueno que fue así, imagínese qué hubiéramos

hecho nosotros solos, porque nos dejaron solos, nunca nadie de la región de Misantla o Nautla nos auxilió. Dios estuvo de nuestro lado, porque aunque diezmadas, las fuerzas de Victoria nos hubieran aniquilado por completo ya que nos superaban en número y experiencia, ¿no cree?—siguió comentándole a su madre—;además, como lo supe después, ya que a mi llegada me lo comunicó el capitán Zamora, si ya el comandante José Antonio Rincón y el capitán López de Santa Anna, gentes muy allegadas al gobernador José García Dávila, habían reconquistado el sitio para dejarlo al día siguiente, no entiendo; ése fue su error, no dejar un contingente considerable ahí y luego permitieron que nosotros, ignorantes de todo lo que estaba sucediendo, llegáramos a matar gente inocente, que es la que siempre muere en estas guerras fratricidas; ahora bien, nosotros tampoco nos quedamos. Y venir a ver, ¡para qué!, ya todo mundo comenta que Boquilla de Piedras está en manos de los nacionales cuando algún cargamento está por llegar, fuera de eso no les interesa más. Ah, pero este capitán realista sí que es hábil, madre —siguió narrándole Francisco Javier—; según el guía que se nos unió cerca de Misantla, Santa Anna llegó a bordo de un barco del correo, de esos a los que llaman “bajeles”, con un piquete de hombres; al grueso de su gente la había enviado con antelación bordeando la costa, sabedor de que él, por mar, los alcanzaría fácilmente; ¡qué audacia de tipo, ¿no?—le dijo, al tiempo que le daba un beso en la frente—. No se apure, madre, nos vamos a dedicar en cuerpo y alma a organizar el bautizo de Guadalupe, ya verá que todo saldrá muy bien.

Un oloroso aroma a frutas y a canela inundó el amplio salón contiguo al comedor de la casa donde charlaban Francisca y su hijo, señal de que el ponche estaba listo y las viandas dispuestas para aquella ocasión en que, por primera vez, Pedro Gómez faltaría a presidir la mesa; no era cualquier fecha, era un fin de año, de un año en que los ánimos guerreros de las maltrechas fuerzas de los nacionales parecían haber comenzado a calmarse y las políticas de amnistía del virrey daban frutos al interior del país. Con Francisca a la cabecera, el padre Valderrama, Pedro, Francisco Javier, Soledad, Rosario y todos los sirvientes y mayordomos de la casa dieron inicio a la oración de acción de gracias y se dispusieron a cenar, dejando en el otro extremo de la cabecera de aquella gran mesa la silla vacía de Pedro Gómez Larrañaga, comerciante próspero, dueño y señor de las haciendas de Santa Cruz; San Luis, en Mecacalco; El Encanto, en Tlapacoyan, y arrendador de los terrenos de San Joaquín El Jobo, también en las cercanías de Santa María de Tlapacoyan; su ausencia se notaba.

## Dos

Miércoles 1 de enero de 1817

Terminada la cena y la sobremesa, ya bien entrada la madrugada, no creyó prudente insistirle a su madre en la cuestión de la carta; estaría cansada y además, su reiteración lo iba a delatar frente a sus hermanos de que estaba inquieto y deseaba con ansiedad tener en sus manos aquel documento, ya que en sus 23 años de existencia su padre jamás había demostrado el menor interés por él, salvo la ocasión en que de niño estuvo a punto de morir de pulmonía después de una larga cabalgata de Teziutlán a la hacienda, en que les había llovido sobremanera. Francisco Javier, por olvido, no había llevado consigo ni gabán ni capisayo alguno, y él, padre desconsiderado e imprudente, había dejado a su hijo a merced de las inclemencias del clima, sin reparar en que le podría hacer daño; no le procuró ningún cobijo y cuando llegaron a Santa Cruz, el chamaco, entonces de ocho años, ardía en fiebre. Qué tiempos aquellos, se repetía a sí mismo, al tiempo que la obsesión aquella le martillaba la cabeza y no lo dejaba dormir.

—¿Una carta para mí?, se repetía una y cien veces Francisco Javier, incrédulo todavía de que su padre, el orgulloso Pedro Gómez, se hubiera atrevido a vencer sus miedos y decidido a escribirle. Con Pedro, su hermano, había más que una total complicidad en todo, sólo bastaba con que cruzaran un par de miradas y entre ellos estaba todo arreglado; pero con él las cosas siempre habían sido distintas. Sin pensarlo más, a la mañana siguiente, presuroso, dejando en brazos de su hermana Soledad a la pequeña Guadalupe, se dirigió a las habitaciones de su madre antes de que a ésta, como lo sabía bien él, le diera por salirse a misa hasta el pequeño poblado de Atzalan, porque en la capilla aledaña a la hacienda sólo había misa los sábados a mediodía. Para su beneplácito la encontró y le suplicó que le hiciera el favor de entregarle esa misiva que le inquietaba tanto, al grado de no dejarlo dormir. Su madre, afanada en los preparativos del bautizo, hurgaba en el fondo de un baúl en busca de unas telas que había traído consigo de su último viaje a Veracruz; acababa de regresar del vecino pueblo de Atzalan, donde se había entrevistado con el párroco del templo de San Andrés.

—¿Y se puede saber, señora, que es todo ese desparpajo de telas y lienzos sobre su cama? Creí que no la iba a encontrar —le dijo con suavidad Francisco Javier, tratando de no sobresaltarla.

—Pues todo ese desparpajo de telas que ves servirán para hacerle un ropón a Guadalupe ahora que la llevemos a bautizar, y tendrá que ser pronto, pues las criaturas crecen con rapidez

cada día que pasa y tú no pareces tener prisa en ello. Ya te lo dije, cualquier día tus deberes te sacan de casa y a esta niña le van a salir cuernos igual que a “la serrana” para complacencia del diablo, y eso de ninguna manera me parece bien. Ah, y por poquito y no me encuentras, acabo de llegar.

—No le digo, madre, con usted no se puede, ¿qué hace tan temprano levantada? Y no crea que no lo pensé, yo creí que no estaba, pero ya me había olvidado que se levantara tan temprano, casi madrugó. Y a todo esto, ¿no quedamos que el bautizo de Guadalupe aguardaría hasta el retorno de papá? —replicó Francisco Javier sorprendido—. Y habrá que explicarle todo lo relacionado con la niña, que en tanto no sepamos del paradero de su verdadero padre llevará mis apellidos, espero que no le incomode que por lo pronto lleve el Bello como segundo apellido, igual que yo —agregó, dándole a su madre un beso cariñoso en la frente.

—Bueno, sí, eso lo sé y así será, pero la confección de una prenda tan importante lleva tiempo y si no me doy prisa, con tanto quehacer en la casa, cuando me dé cuenta tu padre llegará de improviso, como acostumbra, y como siempre reclamará mi atención día y noche, ya lo conoces; debo tomar providencias, sobre todo si llega en plan de convalecer unos días más. Ah, y ahora que mencionas a tu padre, en el segundo cajón de la derecha del bargueño que está en el pequeño cuarto de al lado está la carta de que te hablé, y para que veas que está intacta, tal y cual la mandó él, puedes constatar que aún conserva el lacre con todo y sello. Desconfiado como él solo. Pedro, Pedro. ¿Por qué serán así de desconfiados los hombres? Y tú eres igual, ¿a poco me creías capaz de no entregarte la carta? Entonces, ¿para qué desde ayer por la tarde que llegaste procedente de Tlapacoyan te hablé de que había una carta para ti? No, todos los hombres son igual de desconfiados; bueno, al menos los de esta familia —y sonriendo de buena gana, le plantó un beso a su hijo en la mejilla y se fue camino a la cocina para disponer el almuerzo, pues el día estaba ya bien avanzado. Y eso que ella se había levantado desde las seis de la mañana para llegar a Atzalan a misa de siete.

Aunque deseaba abrirla y enterarse de su contenido cuanto antes, Francisco Javier se armó de paciencia y con toda la parsimonia del mundo, poco a poco fue desenredando aquellos delgados hilos de cáñamo que rodeaban el grueso envoltorio de cuero; con un pequeño cincel desprendió el lacre, rompió los sellos y sacó el esperado documento, colocándose entre su camisa y el grueso chaleco de paño que le protegía del frío. Salió de la casa y a pie se enfiló hasta la ribera del arroyo y se fue a sentar al grueso tronco del vetusto encino donde acostumbraba pasar largos ratos abstraído en la lectura. La carta le quemaba el pecho. Entre resuellos sofocados

la sacó y una vez sentado en medio de aquel paisaje invernal, donde el sol de la mañana derretía los finos copos de escarcha y comenzaba a secar los cientos y cientos de mogotes de maíz aún sin cosechar que crujían con el aire frío del norte, poco a poco, introduciendo su mano al interior de su chaleco, sacó aquel pergamino de papel color crema, donde con esmerada caligrafía se podía leer: Para el teniente Francisco Javier Gómez Bello, mi querido hijo.

Mi muy querido hijo, mi muy querido hijo, murmuró con insistencia Francisco Javier de manera imperceptible, y un leve temblor de sus labios, de sus orificios nasales, de sus mejillas subió hasta que penetró con fuerza a sus ojos, de donde trajo consigo un caudal de lágrimas que amenazaban mojar la carta al influjo del aire fresco que soplaban ahora de sur a norte y se llevaba la niebla que ya cubría gran parte del paisaje. Las lágrimas se convirtieron en llanto y dio rienda suelta a sus impulsos reprimidos por años y a todas las emociones que había vivido en este diciembre de 1816. Tardó en sosegarse y carta en mano, decidió caminar hacia Talixco por la calzada empedrada que unía a la finca con aquel rústico y pintoresco caserío en que habitaban varios de los peones de la hacienda, inclusive algunos familiares de Juan Cástulo, su inseparable sirviente y amigo, quienes habían llegado a vivir ahí procedentes de la Congregación de Juan Marcos. Ya bajo el gran arco de cantera labrada que sirve de dintel al grueso portón de madera que da acceso a la hacienda, se sentó sobre una banca de piedra y con calma, desplegó aquellas finas hojas de papel de lino llenas de una exquisita caligrafía que denotaba la experiencia de todo un amanuense especializado, donde cada grafía estaba dibujada con especial sentido estético; en verdad aquella carta, aparte de ser eso, constituía todo un bello documento plástico.

### *Carta a mi hijo Francisco Javier Gómez Bello*

Viernes 25 de diciembre de 1816, ciudad de Huamantla

*Mi muy querido hijo Francisco Javier:*

*En mi lecho de enfermo, ya convaleciente y gracias a la generosidad y hospitalidad de la familia Bretón, desde esta su casa en la ciudad de Huamantla, después de doce días con sus largas noches de insomnio, donde tu imagen no se apartó de mis pensamientos ni un instante, hoy viernes 25 de diciembre, Navidad, con la claridad y lucidez que da la luz del día, teniendo como fondo en mi ventana el bello paisaje nevado de la Malinche, te escribo*

*estas letras invocando, antes que nada, tu perdón por mi actitud hosca e indiferente hacia tu persona por tanto tiempo, tanto, que no recuerdo momentos gratos a tu lado, salvo los de tu primera comunión y los días de angustia que pasé junto a tu cama cuando la pulmonía aquella, consecuencia de mi torpeza y descuido, estuvo a punto de arrebatarde de nuestro lado.*

*La tarde del pasado jueves 12 de diciembre, en que acudí a un rancho que tiene el señor Bretón en las faldas de la Malinche, donde cría valiosos ejemplares de ganado ovino y caprino con la intención de escoger algunos y llevarlos a Santa Cruz, mi caballo fue mordido por una serpiente de cascabel, lo que motivó que éste relinchara de improviso y me tirara al suelo. Al golpearme con una piedra al caer me abrió la cabeza, perdí el conocimiento y sangré bastante; de no haber sido por el joven José María Bretón, que me acompañaba, no sé qué habría pasado. De inmediato me llevó de regreso a casa de sus padres, donde un médico me atendió con esmero y dio cuenta también de mi avanzada bronquitis, candidata a convertirse peligrosamente en pulmonía; en ese momento me metieron en la cama y pidieron el auxilio de una solícita monjita del convento cercano a su casa para que se ocupara de mí. Todo sucedió la mañana del jueves, temprano, pues habíamos quedado de dar la vuelta para la hora de la comida; ya a esa hora yo me debatía en la gravedad de mi accidente, complicado con el enfriamiento que había sufrido en el camino antes de llegar a Huamantla.*

*A tu madre sólo le di cuenta de mi enfriamiento y de que guardaba cama por instrucciones del galeno; del accidente no le avisé nada en lo absoluto. Pero lo que realmente te quiero contar, hijo mío muy querido, es lo que me sucedió mientras dormitaba en aquella vigilia de la fiebre y el golpe. En la somnolencia de los días aquellos, fríos por cierto, como son esas tardes de finales del otoño y barruntos del invierno, con aire del norte y nubosidad abigarrada en el cielo, entre sueños, hijo mío, adormilado, desde la primera noche y todas las subsecuentes tuve esta revelación: vi con claridad cómo te desenvolvías en el campo de batalla e infundías ánimo en el espíritu de tus compañeros. Despues una gran explosión nubló mi vista y luego apareciste de nuevo, ya montado en Tecopaguas, con una hermosa niñita en brazos; entonces una voz que me hablaba a la derecha de la cabecera de mi cama me dijo: “Este es tu hijo Francisco Javier, al que siempre has hecho a un lado, y por él, por sus constantes plegarias abogando por ti y por tu salvación, esta mañana, cuando podías haber muerto, la Divina Providencia detuvo tu destino”. Más tarde, cuando entraba la noche, esa misma frase se repetía en mis oídos: “Por él la Divina Providencia detuvo tu destino”, y así hasta el amanecer. Posteriormente, como a los tres días, hubo un día nada más, no recuerdo la fecha, en que mi habitación se llenó de niebla, densa como la que suele subir en Altotonga todas las tardes, al grado de que tuve frío, mucho frío y le pedí a la monjita que me atendía que me pusiera otras cobijas. Le decía con insistencia que cerrara la ventana, que por qué había dejado que entrara tanta niebla, y ella me miraba con ojos de asombro: —¿Cuál niebla, don Pedro, cuál? Es su imaginación, la fiebre que le sube, eso es todo —me decía la monjita—. De repente la niebla se hizo más clara, casi bruma, y de ésta, como fantasmas*

*dolientes, fueron surgiendo infinidad de gentes que cantaban y llevaban veladoras encendidas, cantaban canciones tristes y muchos de los hombres y mujeres lloraban. Era mucha gente y salían de todos lados. Pronto me di cuenta de que se trataba de un entierro porque unos jóvenes cargaban en hombros cuatro féretros y la gente continuaba desfilando junto a mí; los podía tocar casi, sabes, y lo que más me desconcertó es que vi cómo lloraban mi compadre Pancho y mi comadre Zenaida, los dueños de la panadería, y junto a ellos estaban tú y tu madre. Los vi con mis propios ojos, te lo juro, hijo; como ya te dije, casi los podía tocar. Y todo sucedía frente a mi ventana.*

*Tú sabes bien que yo no soy ni he sido nunca religioso, me acerco y voy a los rosarios y a misa a instancias de tu madre, Francisca, mi bella esposa, quien siempre reza por mí y me acerca al Señor, aunque yo no quiera; siempre he pensado que con que ella rece por mí yo estoy del otro lado. Sin embargo, esa visión de mi sueño que no acabo de comprender, y mucho menos esa imagen tuya, la guerra, la explosión y esa criatura en tus brazos, mis compadres, tu propia madre, me han hecho reflexionar, me han cimbrado profundamente y he vuelto a llorar la muerte de mis padres como cuando era un chaval; recordé el año de la peste en Málaga y toda la tragedia que me sacó de mi tierra para traerme a estos nuevos lares de promisión y riqueza, y ahora, ahora que ya he consolidado una fortuna y pensaba trabajar menos, introduciéndolos a tí y a Pedro en mis negocios, se presenta esta guerra mal habida que ya lleva seis años y amenaza con no terminar nunca; no sé qué hacer, no sé qué vamos a hacer todos. Por eso te escribo, Francisco Javier, para que me expliques qué está pasando, por qué he tenido esas visiones o premoniciones, no sé cómo llamarlas y no me las puedo explicar; sólo tú, mi querido hijo, podrás hacerlo, pero antes de que me expliques nada, ahora que yo llegue lo único que quiero es tu perdón, tu perdón porque ahora sé que Él, el Señor, te tiene en gran estima porque siempre has sido un alma buena, amante del prójimo y consagrada a la oración. Perdóname, hijo, perdóname por haber dudado de tí, pronto llegaré y podré abrazarte.*

*Te quiere tu padre*

*Pedro Gómez Larrañaga*

Anonadado, sin dar crédito a lo que acababa de leer, se quedó un buen rato con la mente en blanco, simplemente aspirando el aire de la mañana, y poco a poco fueron desfilando por su memoria, al azar y sin orden de aparición, varios pasajes de su vida en los que el protagonista principal era la figura de su padre, y no era precisamente un actor agradable, mucho menos las historias. Uno a uno desfilaron los recuerdos, como hojas que el estío arranca de las ramas de los árboles, y vino a su memoria la tarde aquella en que se interpuso entre Juan Cástulo y el látigo

de cuero que blandía su padre para asestarle varios latigazos, enfurecido porque un descuido del peoncito había provocado que se salieran varias ovejas de un corral donde iban a ser esquiladas, porque un comprador de lana venido de San Juan Xiutetelco aguardaba para llevársela, pues tenía varios pedidos de cotones. Al descargar el primer latigazo le alcanzó una pierna y el segundo se lo asestó en la espalda, con tal fuerza que lo hizo caer; pero, aun así, en esas circunstancias, no chistó ni se quejó; por el contrario, le gritaba a su amigo “corre, corre”, quedándose él solo a desafiar la furia de su padre que, como sucedía con frecuencia, había perdido los estribos. La salvación en situaciones como ésta siempre era su madre, la dulce doña Francisca, quien además velaba por sus ahijados y protegidos, como era el caso de Juan Cástulo.

Ante los gritos desaforados de Pedro, una de las molenderas de la hacienda que había bajado hasta el arroyo a lavar su nixtamal corrió a la casa grande y le avisó a su patrona que don Pedro, enfurecido, había agarrado a su hijo a latigazos; ella corrió a la zona de los corrales y enfrentó a su marido, de tal manera que le quitó el látigo y lo retó a que le diera a ella si es que era tan macho; el pobre hombre bajó la guardia y, montándose en su caballo, a galope tomó camino del pueblo hacia la casa que tenían a un costado de la capilla de Santa María Magdalena, donde despareció durante dos días. Ese proceder ya lo tenía bien conocido su mujer, pues al volver le buscaría la cara y siempre regresaba con algún presente para ella y sus hijas; a él, recordó, más de tres meses le tardaron en sanar las heridas de los verdugones que su padre le dejó en la espalda con el látigo; su madre, de manera amorosa, le aplicaba fomentos de árnica y lo llenaba de ungüentos.

Ésos eran los recuerdos que tenía de su padre: sus desplantes con la servidumbre en la casa, con los peones en el campo; lo más feo de todo eran las actitudes que asumía con quienes solía celebrar convenios de aparcería para siembra de papa y alverjón, siempre viendo la ventaja por delante, exigiéndoles más cantidad de almudes y arrobas. Él nunca había visto con buenos ojos estos convenios leoninos y entendía el odio a que se hacía acreedor su padre entre los campesinos e indígenas, a quienes, por el simple hecho de serlo, los despreciaba sin más ni más. También sabía y era consciente de lo que su madre sufría con ese proceder, aunque al fin su devota esposa lo disculpaba arguyendo que en él todo era disciplina; criado en la cultura de la supervivencia, todo debía realizarse a la perfección y no había espacio para el fracaso, mucho menos para la equivocación. *El que se equivoca en estos tiempos se muere*, a manera de lema repetía Pedro Gómez con frecuencia. Eso sí, tratándose del diezmo era el primero en pagar con creces y se los exigía a todos sus aparceros y peones. “Con la Iglesia hay que estar bien, no se puede

jugar con el de arriba”, solía repetir y les insistía a sus hijos que cuando él faltara, esa sería una de las obligaciones sagradas con la que habría que cumplir mejor.

Con el pergamo en la mano, sin saber qué hacer o qué decir, caminó de regreso a la casa grande, rumiando las escenas que su padre le había descrito en la carta. ¿Cómo era posible que él hubiera tenido todas esas visiones sin haber estado en el lugar y en el momento preciso en que sucedieron los hechos? Y lo que era inconcebible, y por lo pronto él no lo podía aceptar, era esa frase lapidaria que le retumbaba en los oídos a Pedro Gómez: “Por él la Divina Providencia detuvo tu destino”. Eso era inaudito, ¿quién era él para que por su intercesión su padre se salvara de morir esa tarde? Aceptar que eso era cierto era tanto como caer en el pecado de soberbia, era incurrir también en el pecado de temeridad y eso no lo podía ni debía aceptar como buen hijo de Dios, como ex seminarista. ¿No estaría detrás de todo esto la mano de Luzbel? El demonio era hábil, lo sabía bien, y más de una vez lo había tentado, le había aconsejado que renegara de su padre, como la tarde aquella en que éste se desbarrancó y milagrosamente cayó en una saliente de piedra y no al vacío; lo animaba a que lo empujara en vez de ayudarlo a salir, incluso le decía: “Mátalo, todo mundo sabrá que fue un accidente, al fin y al cabo nadie lo quiere, sólo tu madre, que parece estar ciega”. ¿Pero a quién iba a recurrir en estas circunstancias aciagas de duda, de incertidumbre? Entonces se acordó del venerable padre Faustino, un anciano y santo varón que vivía en una ermita casi en la cima del cerro de Chinautla, en las cercanías de Teziutlán, quien, curiosamente, por azares del destino era oriundo de Málaga igual que su padre y lo conocía bien; había tratado a la madre de éste cuando apenas era un niño y vivía en España. Se decía que el padre Faustino andaba cerca de los cien años y siempre gozaba, como hombre santo, de la presencia de Dios. Su padre, el mismísimo Pedro Gómez, lo había llevado a presentárselo cuando él, a la edad de 13 años, había decidido ingresar al seminario en Puebla.

—Te servirá conocerlo —le dijo en aquella lejana ocasión—, es un hombre santo y su consejo no está de más, él nos dirá si en realidad tú tienes madera de sacerdote, si sirves para ese oficio, porque a tus imberbes trece años, hijo mío, dudo que sepas lo que quieras cuando no has corrido mundo, ni conocido mujer alguna, ni sufrido lo que yo pasé cuando tenía tu edad.

Al reconstruir aquella visita, casi olvidada en su memoria, recordó que esa vez el anciano ermitaño le obsequió una medalla de san Benito Abad, que su madre guardaba desde entonces. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado ese encuentro y todo lo que ahí se había hablado? Pronto trajo a su memoria escenas memorables de esa reunión y con claridad se acordó que le

habían llevado de obsequio varias gruesas cobijas de lana y tres zaleas de borrego. Cómo pasa el tiempo, pensó. Eso fue en la primavera de 1806, hacía ya más de diez años. ¿Viviría el santo padre Faustino, como solía llamarlo la gente? ¿Viviría? Su madre debería saberlo, ella tenía familiares en Teziutlán y también buenas amigas; habría que preguntárselo, sin duda ella sabría algo, y de paso le pediría que le entregara la cajita aquella que le diera a guardar hacía ya más de diez años. ¡La medalla!, pensó con detenimiento. Ah, ¿y a honra de qué se la había obsequiado el anciano sacerdote? ¡Claro! Cómo había podido olvidarlo, si ese había sido el motivo principal de aquel peregrinar hasta la cima del cerro, desde donde en días claros y limpios a lontananza se divisaba el mar, inmensa lista azul que recortaba el paisaje en forma de óvalo; sí, hasta su padre le dijo a bocajarro al santo varón:

—Hemos venido, mi querido y respetado padre Faustino, a que le saque usted el demonio a este chamaco —recordó que le mencionó—; figúrese que desde las fiestas pasadas de Noche Buena, en la escuelita parroquial de Atzalan, al señor cura se le ocurrió escenificar una pastorela y este joven fue escogido para que representara a Luzbel; imagínese, padre, en qué cabeza cabe representar al chamuco, y luego él que es tan rezandero. Desde entonces tiene pesadillas, pues una costurera le tuvo que confeccionar el traje de diablo con todo y cuernos, una pata de gallo y otra de caballo, ¿cómo ve, padre? —le decía Pedro al padre Faustino—. Yo se lo dije a su madre, pero mujer, ¿cómo le dan a este niño ese papel? Y mire, ahora nos sale con que tiene pesadillas, con que lo tienta el diablo y mil cosas más. Yo pienso que lo único que tiene es algún mal aire que le dio y está espantado. Y —agregó— como también está ahorita en la etapa en que su cuerpo está sufriendo cambios, pues ya dejó de ser niño, está en plena pubertad, padre, usted me entiende; todo eso que siente cree que es pecado. Sabrá Dios qué catequista o seminarista insensato le ha metido esas cosas en la cabeza.

Y Pedro hablaba y hablaba ante la complacencia del padre, que le tenía cariño por ser su paisano, haberlo conocido desde niño y, en cierta forma, haberlo ayudado él mismo, allá por 1778, a venir a Nueva España.

—¡Qué barbaridad!, ¿cómo se le pueden olvidar etapas tan cruciales de la vida de uno así nomás porque sí? —repetía Francisco Javier en voz alta, al tiempo que movía la cabeza y se sacudía el cabello de la frente en señal de extrañeza.

Diez años se habían pasado tan pronto y en todo ese tiempo él había recorrido varios lugares, viajado, estudiado en Puebla, visitado la ciudad de México en dos ocasiones, una con sus padres y otra acompañando nada más a su madre y a sus hermanas; había estado en el puerto de

Veracruz en compañía de Pedro, su hermano, para recoger unas mercancías que su padre había encargado a España; además de la reciente incursión bélica a Boquilla de Piedras.

De niño, estaba cierto, jamás sufrió de alucinaciones y lo que menos padecía eran los miedos a algo; no, él nunca tuvo miedo de nada y una vez hecha su primera comunión, menos, pues frecuentaba la eucaristía cada vez que asistía a misa en compañía de su madre y sus hermanos; su padre rara vez los acompañaba, de no ser que se oficiara una misa en la capilla cercana a la hacienda, hasta Atzalan o Altotonga; a él le daba mucha flojera y siempre urdía alguna excusa para zafarse del compromiso y que su mujer no le reprochara nada. Cuando salió de Luzbel, aparejado a la representación le surgió la inquietud de ahondar un poco en tan siniestro personaje y el párroco y el vicario de Atzalan no fue mucho lo que le pudieron decir o explicar, de no ser que era la encarnación del mal, del pecado, de la concupiscencia, y trataban de explicárselo a través de las historias de santos como San Francisco de Asís, San Benito Abad, Santa Escolástica, San Ignacio de Loyola y San Pascual Bailón, además de contarle el relato de la división y sublevación en el cielo de los ángeles malos comandados por Luzbel, que sucumbieron ante el triunfo del arcángel Miguel; pero aunque no lo entendía del todo, sí tuvo más conciencia del personaje y había ocasiones, en especial cuando su padre lo molestaba, que aquél entraba en acción y le aconsejaba a manera de conciencia, de pensamientos y hasta le decía de manera directa que lo matara o hiciera algo para deshacerse de su progenitor.

Una ocasión en que su padre bajaba de prisa las escaleras de la casa grande y él iba detrás, sintió claramente cómo alguien lo empujó a manera de que cayera encima de su padre y éste se golpeara en alguno de los escalones: “Empújalo, que se resbale y tal vez se mate, ¿no te daría gusto?”, le dictaba en su conciencia y él, haciendo un esfuerzo, se dejó caer de lado librando el cuerpo de su padre para no lastimarlo. O “No seas tonto, cuando le ensillen el caballo aflójale los cinchos para que al cabalgar aprisa se caiga”. Así como aquella vez en que, al estar a punto de irse a un voladero y caer de milagro en el quicio de una cornisa natural de piedra, el demonio lo instaba a que no lo ayudara, le sugería que lo dejara ahí. En otra ocasión, dentro de los macheros donde duermen y comen su pienso las mulas y caballos de la hacienda, se desprendió una viga y le lastimó el brazo izquierdo a su padre, por poco le cae en la cabeza; ese día, a él le dio un ataque de risa y fue tal su hilaridad que tuvo que salirse aprisa antes de que su padre se percatara que festinaba el hecho. Después justificó su salida intempestiva del lugar arguyendo que había ido por ayuda.

Poco a poco, todos los recuerdos que tenía relegados a voluntad en relación con las desavenencias con su padre se fueron haciendo presentes, en especial aquéllos donde según él la mano del diablo era obvia; cuando pensaba que lo había dejado en paz, regresaba con mayor astucia y fuerza, pues esas visiones, sueños y mensajes estaban muy claros, algo había de raro y no le gustaba que lo que parecía olvidado, retoñara y le causara desasosiego, no sólo a él sino a toda la familia. En todo esto tenía que ser muy cauteloso, hermético y poco comunicativo.

Algo tenía que hacer con el contenido de esa carta, pensó mientras caminaba hacia la casa grande y rumiaba en su cabeza la posibilidad de remontar el cerro de Chinautla en busca del padre Faustino, un poco cavilando en lo que haría ante la inminente llegada de su padre. Por lo pronto, el sorprendido fue él, pues su madre, a quien planeaba encontrar y pedirle la cajita aquella con la medalla, había salido hacia Altotonga en compañía de Pedro y de su hermana Rosario; Soledad cuidaba a Guadalupe, con quien se había encariñado en pocas horas. ¿Qué debía hacer?, pensó, primero un poco desconcertado, pues había considerado llevar consigo la medalla y preguntarle a su madre qué sabía respecto al padre Faustino, y ni lo uno ni lo otro pudo concretar. Eso lo desanimó, pero aun así decidió tomar el camino de las caballerizas, una vez que hubo cogido de su armario una gruesa capa de lana y metido en una bolsa de lona una muda de ropa. Ya para salir de la casa, después de estar un rato con Guadalupe y Soledad, le dijo a ésta: —Si para la noche no estoy de vuelta, no se preocupen, unos asuntos propios de las milicias urbanas virreinales me llevan a las inmediaciones de Teziutlán; nada de vida o muerte, una simple visita de rutina —le especificó—, así que si me tardo o no regreso luego no estén haciendo conjeturas. Le avisas a mi madre y te encargo a la pequeña Guadalupe; de seguro mañana estoy de regreso —agregó, apretando el paso en busca de su caballo.

Juan Cástulo ensilló dos caballos, hizo un envoltorio con una docena de quesos de leche de cabra, algunos tlacoyos de alverjón y frijoles negros, dos botellas de vino de nogal y una de aguardiente, y lo aguardó para acompañarlo adonde su amigo decidiera ir. Él, dispuesto como siempre, jamás preguntaba adónde, sólo lo seguía fielmente.

Por el camino Francisco Javier le fue dando vueltas al asunto y retomó su estancia en el seminario, las pláticas con sus maestros, con sus condiscípulos; de pronto, reparó que en esos días todas aquellas visiones y pesadillas en torno al demonio habían desaparecido. Tal vez la asistencia a misa diario, los rosarios, los mismos estudios y, desde luego, la frecuencia con que recibía el sacramento de la eucaristía, tenían algo que ver con el alejamiento de las tentaciones. Ahora que su vida había dado un vuelco de trescientos sesenta grados, teniendo en su haber la

muerte de varios seres humanos, almas como la de él o cualquier cristiano, ¿qué sucedería? Por eso, la visita que estaba a punto de realizar, se decía a sí mismo, era crucial, sobre todo porque aquel santo hombre, tan cerca del Señor, con poderes sobrenaturales, con dotes de profeta, le ayudaría sin duda. Le ayudaría a descifrar todos sus temores y a alejar de él para siempre los pensamientos del maligno, de ese enemigo tenaz y astuto que, según se podía dar cuenta, estaba dispuesto a llevarlo a sus filas y a no dejarlo en paz. Era increíble el nivel de audacia y hasta dónde era capaz de llegar este siniestro personaje, reflexionaba en silencio; tendría que sacudírselo y como precaución ya no mencionaría más su nombre, nunca más.

Al llegar hasta las puertas de la pequeña ermita y capilla que habitaba el buen padre Faustino, se sorprendió al ver que todo estaba igual desde la última vez que lo había visitado en compañía de su padre y lo más asombroso de todo era que el viejo presbítero estaba igualito, el tiempo no pasaba por él, se conservaba idéntico. Es el olor a santidad lo que lo conserva así, pensó Francisco Javier, después de manifestarle la alegría que le daba volver a verlo. Su sola presencia le infundía paz y le daba una confianza absoluta de que sus problemas y sus dudas se iban a terminar. Al bajarse del caballo se postró de manera humilde a los pies del anciano y le dijo: “Impóngame sus manos, padre, y déme su bendición, para que por su intersección mis pecados sean perdonados porque mis manos están teñidas de sangre, padre, el seminarista dejó de serlo y me he convertido en soldado”.

—Te esperaba, muchacho, te esperaba, sabía que venías hacia mí y sé de tus inquietudes y sobresaltos. Dios nuestro Señor no te reclama nada, eres un soldado compasivo y los motivos que te llevaron a tomar las armas están más que justificados en estos tiempos de guerra civil, de gobiernos sin rumbo, de ideas que surgen por abrirse paso entre todo ese tejido social descompuesto, porque las ideas, así como ves, también tienen su tiempo y éste es de cambio, de nuevos aires, así que tú no te desanimes, ya te indicará el Señor sus caminos y te dirá cuándo debes volver a él; todo a su debido tiempo —le decía el padre Faustino mientras le imponía las manos y le daba su bendición.

—Satanás, Luzbel, Lucifer, el chamuco, el demonio, el diablo, como le quieras llamar, la encarnación misma del mal, hijo, no descansa nunca y se enfoca en especial en contra de aquellos que como tú, siendo hombres justos, honorables y bien portados en los menesteres de la carne, de la castidad, viven una vida recta, como debe ser y cumplen con los mandamientos de la ley de Dios y los de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y rara vez cometan pecado

ni con el pensamiento, con éhos precisamente se ensaña el demonio —le repetía el anciano padre Faustino, al tiempo que se santiguaba.

—Padre, no me diga esas cosas, ¿quién soy yo para que por mi intersección la Divina Providencia haya decidido salvarle la vida a mi padre? ¿Quién soy yo, padre, quién soy yo? —repetía con insistencia Francisco Javier, angustiado, esperanzado, en busca de una respuesta sabia que apaciguara sus inquietudes y desasosiegos—. Yo no soy ningún santo, padre Faustino, bien sabe Dios que no lo soy, ¿cómo es posible que mi padre diga esas barbaridades de mí e invente esos pensamientos o sueños, que más parecen inventados por el demonio que inspirados por Dios? Usted lo conoce bien, ahora que regrese le voy a decir que me acompañe para que usted hable con él y le haga ver que no es prudente que escriba esas cosas. ¿Qué pensarán de mí si alguien se entera y lee esa carta?

—¿Podrías leérmela tú mismo, hijo?, yo casi no veo y a estas horas no sé dónde dejé mis antiparras —le suplicó el padre Faustino a Francisco Javier.

—¿Leérsela, padre? ¿Yo a usted? ¿Esa carta? Si lo que menos quiero es verla, pero en fin, porque usted me lo pide lo intentaré, porque no sé qué tantas veces he llorado desde que la leí la primera vez.

Y con toda la paciencia del mundo, Francisco Javier se la fue leyendo línea por línea, con buena entonación y las debidas pausas, y una vez que hubo terminado se estableció un silencio tal que podían escuchar mutuamente la respiración y los latidos acompañados de los dos. Francisco Javier, expectante, miraba sin vacilar a su interlocutor y éste, con la mirada perdida, parecía escudriñar en el horizonte alguna interrogante y miraba hacia arriba como buscando una respuesta del cielo. Los minutos pasaron e impávido, el padre Faustino parecía estar en estado de éxtasis, hasta que pasados algunos minutos se decidió a hablar.

—¿Sabes una cosa, hijo?, conozco a tu padre desde que era niño, conocí a Rosalba Larrañaga, su madre e intercedí ante el arrogante de su padre, quien lo desconocía e incluso lo negaba, y puedo decirte que la familia de tu abuela, la madre de Pedro, era como mi familia; yo lo traje a Nueva España, huérfano, olvidado, ávido de amor, de comprensión; sí, siempre fue muy atravesado, intrépido, valiente, hábil para los negocios, toda una máquina para hacer dinero, pero nunca ha sido mentiroso ni jamás ha declarado en falsedad ante nadie. Lo que él te dice, lo que te cuenta de su visión y esa voz misteriosa, si él lo dice es cierto y además, ¿por qué crees tú que una situación así sólo puede ser obra del demonio? ¿Tan poco vales, eres tan poquita cosa o tal vez un pecador empedernido que tus plegarias no valgan a los ojos de Dios? ¿Acaso no

estuviste tú en el seminario en Puebla por espacio de casi cinco años? ¿No te enseñaron ahí que Dios es amor, que Jesucristo murió en la cruz por salvarnos, para que quedáramos absueltos de todas nuestras faltas? ¿No vino acaso Jesús a redimirnos por nuestros pecados? ¿No dice la parábola del hijo pródigo que habrá más regocijo en el cielo por un pecador arrepentido que por cien justos? Entonces, ¿de qué te extrañas?, ¿quién eres tú para cuestionar los designios del Señor? Tú le temes al pecado de soberbia, de temeridad, sin embargo, estás incurriendo en el pecado de incredulidad, le estás negando a Dios su omnipotencia. ¿Cómo iba a saber tu padre que tú, su hijo más pequeño, con el que siempre ha tenido diferencias y que nunca ha vacilado en hacerle ver sus errores, todos los días reza por él, le pide al Señor, por la intercesión de su Santa Madre la Virgen María, que cambie, que lo proteja, que se acerque a él? ¿Cómo? Dime. Ahora bien, esa visión que tuvo del asalto al fuerte de Boquilla de Piedras, tu imagen a caballo con esa criatura que menciona, como lo soñó, lo vio, ¿alguien se lo pudo contar? ¿Y las escenas desgarradoras del entierro de los cuatro muchachos que sucumbieron en ese asalto al fuerte? Te vio a ti y a tu madre, a sus compadres, y todo sucedió, fue cierto, nada de lo que te describe en la carta ha sido inventado, ¿o sí? ¿Hay algo ahí de falsedad, de delirio? Nadie más que tú puede saberlo, porque tú lo viviste momento a momento y sabes que así fue. No, mi querido Francisco Javier, tienes que reflexionar, meditar honda y profundamente este acontecimiento, este reencuentro que el Señor les ha concedido a ti y a tu padre, ¿no crees? —le decía el padre Faustino con vehemencia, haciéndole ver las cosas.

—No quieres cometer el pecado de soberbia y estás siendo soberbio, no quieres cometer el pecado de temeridad y estás siendo temerario, y bien sabes, porque te lo habrán enseñado en el seminario, que quien peca por temeridad está pecando en contra del Espíritu Santo. ¿Y quiénes somos para pecar en contra del Espíritu Santo? No, hijo, ahí estás mal, recapacita, arrepiéntete y abre tu corazón e inteligencia, que los vas a necesitar ahora que hables con tu padre—. Y mientras el anciano sacerdote le hablaba se fue tranquilizando.

—Ven —le dijo—, pasa, aunque mi cabaña es muy humilde hay cabida para ti y este muchacho que te acompaña, porque esta noche te vas a quedar conmigo y compartiremos el pan y la sal, que mañana te esperan grandes sorpresas que el Señor te tiene preparadas —le decía el padre Faustino mientras mantenía su mano firme sobre la cabeza de Francisco Javier—. Entra, descansa, ya veremos este muchacho y yo qué preparamos para cenar porque luego hay que dormir bien, para que al amanecer podamos recibir al Señor a la salida del sol. Desde aquí y en esta época del año en especial, ya verás, la vista es hermosa y se siente una sensación

indescriptible al ver en el horizonte cómo esta brillante estrella, centro de nuestro universo, va haciendo acto de presencia. Es tal la emoción que se experimenta cuando asoman sus primeros rayos y lentamente va surgiendo entre las montañas, que el llanto nos gana, caemos de rodillas y comenzamos a orar ante la magnificencia del Señor. Yo, mientras hay buen tiempo y la niebla no tapa el horizonte, todos los días me levanto antes de que amanezca, cuando allá abajo toda la humanidad duerme y es tiempo de rezar por ella, entono mis oraciones de Maitines como preludio de la hora de Prima. Hay que orar por las almas, porque todos volvamos a nacer en la resurrección de Jesucristo, por que vuelva la luz que se llevaron las Vísperas —y diciendo esto, introdujo a Francisco Javier y a Juan Cástulo al interior de su cabaña, donde el fuego jamás se apagaba y el crepititar de las brasas llamaba la atención e iluminaba de manera tenue aquel austero pero acogedor recinto.

—Hace frío —musitó Francisco Javier, como velado mensaje para que Juan Cástulo le hiciera entrega al venerable fraile de las dos botellas de vino de nogal y la garrafa de aguardiente que habían traído consigo para la ocasión. El fiel amigo y compañero entendió la alusión a la temperatura y le hizo entrega al padre de los presentes traídos desde Altotonga.

—No se hubieran molestado, hijos —agregó sorprendido el padre Faustino, al tiempo que Juan Cástulo se dirigía hacia el rústico brasero, donde, sobre un gran comal de barro, puso a calentar varias tortillas y en un renegrido sartén, curado por el tiempo y el fuego, vertió aceite de oliva que traía consigo en una pequeña botellita; con cuidado fue colocando los quesos de cabra para que se asaran lentamente, según la receta de su madrina doña Francisca, para luego espolvorearlos con orégano.

—Traje salsa de molcajete y unos chiles manzanos de la huerta de Santa Cruz, no sé si su merced los podrá comer —dijo Juan Cástulo respetuosamente dirigiéndose al anciano sacerdote, quien, ayudado por Francisco Javier, en pequeños cuencos de madera saboreaba poco a poco el vino de nogal.

—Esto es más de lo que yo como por la noche, hijos —agradeció el padre Faustino a sus jóvenes visitantes—. Yo sólo puedo ofrecerles unos pedazos de pan con conserva de zarzamora que guardo para estas ocasiones, pero ustedes se han molestado demasiado por mí, se los agradezco infinitamente, ya el Señor los recompensará —y en silencio, de manera frugal, fueron degustando el queso asado de cabra, las tortillas, los chiles y la salsa que aderezaba a la perfección aquella rústica merienda campesina.

La noche sin luna acentuó la presencia de las estrellas y el constante soplar del viento los envolvió en una modorra anodina que los hizo caer en un profundo sueño hasta las cinco de la mañana, a tiempo para escalar unos cuantos metros hasta la cima del cerro desde donde presenciarían la salida del sol. En compañía del padre Faustino darían principio a la oración de Maitines, como parte del Laudes, y permanecerían ahí hasta bien entrada la hora de Prima porque en invierno amanecía un poco más tarde, aunque desde ahí, a esa altura, no había nada que estorbara la vista en el horizonte. La mañana fría, con un leve viento del sur, apuntaba a una jornada soleada llena de calor humano, y apenas levantados, los tres, a paso lento, con cautela, en la penumbra del amanecer emprendieron el pequeño recorrido hacia la cima. El padre Faustino, de manera inusitada, animoso y con paso seguro, firme, caminaba adelante con sorprendente agilidad; los años no eran obstáculo para él, lo importante era comenzar el día haciendo oración y había muchas causas por las cuales era importante elevar a Dios sus plegarias. Francisco Javier y Juan Cástulo no daban crédito al vigor de aquel casi nonagenario sacerdote benedictino que había decidido consagrar su vida a la oración.

Ya en la cumbre, Juan Cástulo hizo una fogata que el viento movía a capricho y les proporcionaba algo de calor según se colocaran, mientras el padre Faustino comenzó a entonar himnos y a recitar la liturgia de las horas. A lontananza, los primeros rayos del sol aparecieron entre las montañas del oriente resaltando el azul del cielo y tiñeron de rojo escarlata el horizonte, que poco a poco fue incrementando su intensidad; en segundos, una explosión de rayos naranja posicionó al sol, que asomó tres cuartas partes de su circunferencia. La vista era maravillosa y de inmediato los tres, postrados en oración, en especial Francisco Javier y Juan Cástulo, experimentaron esa sensación de plenitud en perfecta sincronía con el creador. Todo quedó atrás, en ese momento no existía otra cosa que tres almas fundidas con su hacedor y el sol era a su vez detonante y testigo mudo del milagro de identidad con el Todopoderoso. Pasados los momentos de plenitud vino la calma y la meditación se llenó de un silencio absoluto, donde sólo el viento zumbaba suavemente camino del mar.

Ya de regreso en la ermita, antes de la hora de “Tercia”, habiéndose despedido del santo hombre aquel, no sin antes haber degustado algo de tasajo, queso de cabra y algunos tlacoyos, el padre le suplicó que no se fuera todavía. —Tu visita ha sido un acierto, hijo mío, pero lo será más aún si aguardas un poco, nada más a la hora de Sexta, y verás que no miento. ¿Qué me dices, hijo, te quedas?

Y Francisco Javier, sin prestar mucha atención a lo que el padre le decía, inquieto, tuvo una premonición; sin pensarlo más salió de la cabaña y enfiló sus pasos camino del bosque, y dirigiendo su vista hacia el sendero por donde llegaron el día anterior, alcanzó a ver cerro abajo a un jinete que, espoleando su caballo, se apresuraba a llegar. Un presentimiento cruzó por su mente y cerrando los ojos murmuró: “No, no puede ser, Señor, sería algo inverosímil, máxime estando yo aquí en compañía del padre Faustino, pero si es tu voluntad, hágase lo que has decidido”. Y sin dejar de mirar hacia abajo se dirigió hacia el sacerdote y le preguntó: —Padre, ¿la sorpresa que me esperaba el día de hoy será la que viene cabalgando camino de la ermita?

Un leve temblor en el rostro, que luego se apoderó de todo su cuerpo, lo hizo encaminarse al encuentro del jinete que a cada momento se acercaba más y más y del cual podía ya estar seguro de su identidad. Cuando lo tenía a cien metros de distancia reconoció aquel hedor putrefacto que siempre despedía al hacerse presente, como el día en que se le apareció en el seminario retándolo para que dejara la carrera del sacerdocio. De repente, aquella mañana luminosa se tornó sombría y una bruma nauseabunda que lo cubría todo se desparramó por el suelo. La visibilidad se tornó difícil y dentro de esa oscuridad resplandecía aquel jinete que minuto a minuto se acercaba más y más. Francisco Javier, precavido, sacó de su montura un crucifijo de madera que siempre lo acompañaba a todas partes y, metiendo su mano al pecho, cogió con fuerza su medalla de plata, encomendándose a la virgen: “Aquí voy, madre y señora mía”, pronunció con voz grave y segura como muestra de templanza.

—¿Quién te ha llamado, inmunda y pestilente bestia? Yo no te invoqué, sería lo último que haría en mi existencia, aléjate de mí por el poder de nuestro señor Jesucristo y su santísima madre la Virgen María, te lo ordeno.

—¡Tú! ¿Quién eres tú, remedio de sacerdote desertado, para desafiarme y hablarme de esa manera? Sabes quién soy, ¿verdad? Lo sé, sé que sabes quién soy y desde hace rato presentiste mi llegada; eres hábil, tienes ciertos poderes e intuición, lástima que no te decides a ser mi discípulo, pero eso no te da derecho a hablarme a mí de esa manera, a mí, tribuno de mil legiones —y soltando una sonora carcajada vociferó Lucifer, quien montado sobre un corcel negro desafía las leyes de la naturaleza y rozaba el suelo por arriba de la yerba; su eco retumbó por todo el lugar como malévolas ondas sonoras que perforaban los oídos—. Tú me has nombrado, tú me has invocado. ¿Y ahora preguntas quién me ha llamado? ¿No fui yo quien escribió la carta que te mandó tu padre, según tú? Entonces, ¿por qué preguntas, osado mortal, si todos tus males y congojas son obra mía? ¿Por qué? ¿Por qué? —y los porqué se multiplicaron formando un eco

estridente que chocaba con las rocas de la montaña—. Jajaja, jajajaja —reía aquella encarnación del mal personificada como un gigantesco jinete, ataviado con una gran capa color grana y pieles de animales salvajes sobre su espalda; era tal su corpulencia que desbordaba sus ropajes y sobre el rostro negro profundo, un antifaz dorado que le ocultaba los ojos sólo dejaba ver su descomunal bocaza, que reía de manera sarcástica—, soy yo, Francisco Javier, soy yo, el artífice de tus miedos, de tus pensamientos concupiscentes, de tus crímenes de guerra, ¿o no?

Y de repente, de la nada, se vieron nítidas y frescas las escenas aquellas de la explosión en Boquilla de Piedras, apareció el negro fornido al que Francisco Javier atravesó con su lanza, los niños que perecieron en la explosión, el fuerte en llamas; Esmeralda, la madre de Guadalupe, en medio de un charco de sangre; los soldados jovencitos acribillados por las balas del destacamento de los Libres de Altotonga; toda aquella maldita escena se volvía a repetir. La guerra descarnada hacía acto de presencia en medio de aquella oscuridad repentina.

—Ésta no es la visión que tuvo el viejo de tu padre desde su cuarto de enfermo en Huamantla; no, éstas son escenas de muerte y tú eres el responsable. ¡Ve lo que has hecho! ¡Admira tu obra, soldadito de utilería! —le replicaba Lucifer con voz socarrona, al tiempo que se reía de manera estentórea y su figura se desplazaba a velocidad vertiginosa de un lado a otro del bosque—. Me ves y no me ves, alcánzame soldadito. ¡Qué tal!, nunca te imaginaste que vendría, que te tenía preparada esta coartada. Y a todo esto, tu vetusto protector, ¿dónde está? Que venga, que me dé la cara, quiero verlo, él que presume que me combate a diario, que venga. ¿Adónde están sus dotes de profeta? ¿Por qué no te previno, amigo, por qué?

Francisco Javier, petrificado, comenzó a sudar helado y no daba crédito a todo aquello que estaba sucediendo; Juan Cástulo, su fiel amigo, agazapado bajo un árbol a la salida de la cabaña, rezaba en voz alta y le imploraba a la madre del Señor que terminara esa pesadilla y que salvara a su amigo de tan abominable enemigo.

—Vete, infeliz demonio, por el poder del Espíritu Santo te lo ordeno, regresa a tus infiernos, de donde nunca debes salir, porque sólo sales para causar daño. Vete, te lo ordeno por el poder de nuestro señor Jesucristo —volvió a arremeter Francisco Javier blandiendo su crucifijo como escudo en contra del maligno.

Éste seguía avanzando en actitud desafiante y arrastró por el suelo al pobre de Juan Cástulo, que no supo en qué momento su cuerpo quedó suspendido a gran altura. —¡Mira lo que hago con tu acompañante, soldadito de utilería! —le decía enseñándole su garganta a manera de fauces de bestia de donde salían lengüetas de fuego—. ¿Reconoces esos cuerpos, soldadito,

los reconoces? Míralos bien, ellos no tuvieron tu suerte. Tú fuiste quien los animó a enlistarse, para desgracia de ellos y de sus familias; fíjate bien, son Apolonio, Refugio y los gemelos Víctor y Francisco, ¿los recuerdas? Acabas de estar en su sepelio y cómo lloraste ese día, semejante hipócrita. Ya no eres el santo seminarista rezandero, eres un hijo de la guerra, un soldado que mata y siembra destrucción, un ser humano despreciable que sólo busca la aceptación de su padre y para ello renunció a todos sus valores y principios —y de nuevo comenzó a carcajearse de manera sonora.

Francisco Javier permanecía erguido con el crucifijo en su mano derecha y con la izquierda apretaba contra su corazón la medalla de la virgen de Guadalupe, mientras exclamaba: “Sálvame, señora mía, sálvame, que esta bestia infame desaparezca para siempre de mi vida, para siempre, señora, para siempre”.

—Soldadito —volvió a arremeter el demonio—, ¿ya saben en tu casa por qué te fuiste del seminario?, ¿por qué te expulsó el padre rector?, ¿lo saben? ¿Por qué no se los cuentas? Platícales cómo te introducías de noche a la biblioteca y reproducías todos los escritos de los insurgentes para difundirlos entre tus compañeros y los hacías circular entre los seglares también; eras un informante de los insurgentes, admirador de Morelos, Matamoros y López Rayón, e hiciste circular entre tus compañeros y tus informantes en Puebla el manuscrito del *Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana*. ¿Por qué no se los has dicho? No seas hipócrita, no te regresaste porque los extrañaras, no, regresaste porque te corrieron y que eso te haya valido para que no te encarcelaran como disidente y mira lo que has hecho, cobarde, venir a combatir a quienes admirabas, jajajajaja, eres un pobre soldadito de utilería, bien uniformado con el dinero de tu padre, jajajajaja, el santito seminarista, mira en qué has acabado.

—Yo te conjuro, bestia inmunda, a que por el poder de nuestro señor Jesucristo desaparezcas, deja ya de decir sandeces, de calumniar, de hacer escarnio de mis actos. ¿Quién eres tú para hacerlo, quién? Sólo el Señor tiene la potestad para hacerlo, sólo Él —le replicó Francisco Javier de forma enérgica, al tiempo que de manera angustiada invocó el auxilio del padre Faustino.

El venerable ermitaño, que aparentemente había retrocedido, de prisa se dirigió a la ermita, sacó un gran disco de metal, como si fuera una gran medalla confeccionada para descansar sobre un altar, y cargando una pesada vasija de cobre le pidió a Juan Cástulo, quien yacía en el suelo todo arañado, que le ayudara por favor, pues para él era mucho peso.

—Aquí estoy, Querubín maldito —le espetó de frente al demonio—, te esperaba, no creas que no te esperaba, te conozco tan bien que me sé todas tus tretas y mañas y aquí no caben tus embustes y acertijos. Vete, Satanás, demonio inmundo, ángel caído, por el poder de nuestro señor Jesucristo y la intercesión de nuestro santo padre San Benito Abad yo te conjuro a que desaparezcas. ¡Vete!, deja en paz a estos muchachos que han sido elegidos por el Señor y gozan de su complacencia. ¡Vete!, perverso enemigo —y metiendo una gran rama de pino en la vasija de agua bendita comenzó a esparcirla por todo el campo, al momento que decía: “Tinieblas del mal, apártense y dejen que pase la luz del Señor”.

En ese momento, aquella bruma pestilente desapareció y los rayos del sol, reflejados en aquella gran cruz de plata en forma de medalla, como ardiente centella fulminaron la macabra figura del jinete, que desapareció en un instante sin dejar rastro. Todo quedó en calma, la vida retomó su curso y el pasto calcinado por el maligno reverdeció de inmediato como señal de pacto con el Altísimo. Francisco Javier, exhausto, con el rostro consumido por el esfuerzo, sollozaba en silencio tirado sobre la yerba.

—Descansa, hijo, descansa, el Señor te sonríe, está contigo, te ha puesto esta prueba y has salido victorioso —le dijo el padre Faustino poniendo sus manos sobre su cabeza, al momento que entonaba una plegaria—. Ven tú también, hijo mío —le dijo a Juan Cástulo, y tomándolos a ambos de la mano los condujo hacia la pequeña ermita, donde juntos comenzaron a hacer oración. El sol avanzaba entre la hora de Tercia y Sexta, cercano al mediodía.

Camino a la ermita, Francisco Javier, armándose de valor, con voz entrecortada le dijo al padre Faustino: —Pero padre, ¿pues no que el Arcángel Miguel había metido a ese maldito por más de mil años en un calabozo para que nos dejara en paz? ¿Por qué, padre, por qué? ¿Acaso ya se escapó? ¿Por qué me persigue así, con tanta saña? ¿Qué he hecho yo para merecer esta prueba? ¿O no es así, padre Faustino? ¿No es San Juan Evangelista, en el Apocalipsis, en el capítulo 20, titulado “La derrota definitiva del dragón”, versículos 1 y 2, si mi memoria no me falla, quien dice que se apresó al dragón, la antigua serpiente —que es el diablo y satanás— y se le encadenó por mil años? ¿No es él quien lo dice, padre? Sí, San Juan, que estando en la isla de Patmos escribió ese libro revelador ya casi al final de su vida. Sí, ¿verdad? Pero ahora caigo en cuenta que a lo mejor ya pasaron más de mil años, ¿o no? San Juan escribió el Apocalipsis en el siglo primero después de Cristo, imagínese, padre Faustino, ya pasaron más de 1,700 años desde entonces, estamos comenzando ya el año 1817, seguramente esos mil años a los que hace referencia ese texto sagrado ya pasaron y lo soltaron de nuevo para que tiente a tanta gente impía,

malvada, ¿no lo cree así, padre? —preguntaba con ansia Francisco Javier a su anciano interlocutor, quien lo veía con ojos de misericordia ante su ingenuidad y desconcierto.

—Como bien dices, hijo mío, en el Apocalipsis está asentado lo que acabas de recordar con bastante precisión —le respondió el padre Faustino, deteniendo el paso—. Se ve que cuando estuviste en el seminario tuviste acceso a las Santas Escrituras, poco usual en novicios tan jóvenes, pues has de saber que no es lícito ni está permitido que todo mundo lea la Biblia; no porque sea malo, no, no me malinterpretes —agregó el anciano sacerdote—, sino porque hay que tener la sapiencia y la madurez para hacerlo y no desvirtuar lo que ahí se dice; todo lo que has dicho está bien, hijo, pero el Apocalipsis es un libro revelador, simbólico y profético y lo que ahí se dice, lo que tú has mencionado, todavía no ha sucedido, será algún día, sólo los designios de Dios nos lo revelarán; eso que con tanta ansiedad has pronunciado no ha sucedido, sucederá en el final de los tiempos, hijo, ¿me entiendes? Así que lamento desilusionarte, sí, el diablo anda suelto, pero el Señor nos ha dado muchas armas para combatirlo y unas de ellas, tal vez las principales, son la oración y el buen proceder, y como tú eres un alma buena y virtuosa, te enfrenta el malvado de esa manera. Dios, en ocasiones, permite que los hombres seamos tentados, pero bueno, por ahora trata de olvidar este penoso percance y acompáñame a hacer oración.

Y dicho esto, los tres entraron en la pequeña ermita y de manera devota y contrita cada uno de ellos dio gracias al Señor por haber vencido al enemigo.

Estaban todavía en la capilla orando cuando a la hora de Sexta, antes de entonar el *Angelus*, un niño de escasos doce años interrumpió la liturgia. —Padre, padre, un señor que está al pie del cerro empezando a subir, me ha mandado a que le traiga este recado y me ha dicho que espere su respuesta y baje para que él sepa lo que tiene que hacer.

—Vaya, vaya, Jacinto, ¿qué nuevas te traen por aquí? No vienes desde las navidades. Y además, ¿por qué vienes solo? ¿No te he dicho que es peligroso que te aventures así nomás por el monte, no ves que puede haber algún lobo o gato montés o alguna serpiente de cascabel te puede morder y te puedes llevar un buen susto? No me gusta que vengas solo, cuando vengas, debes hacerlo en compañía de tus hermanos mayores o con tu padre, como sueles hacerlo siempre.

—Lo sé, padre, lo sé, usted disculpe, es que ese señor tiene prisa; además me ofreció unas buenas monedas por el servicio y si algo hace falta en mi casa es dinero y mire usted, aquí estoy, no me pasó nada.

Y tomando el mensaje el buen sacerdote se dispuso a darle lectura acomodándose sus antiparras de frente al sol, pues entre más luz tuviera, su visión mejoraba notablemente. Al leer el mensaje, dio gracias a Dios, se lo guardó entre las mangas de su hábito y le dijo a Jacinto:

—Ve pues y dile a ese caballero que puede subir, que lo estoy esperando. Ah, y no te irás solo, de regreso le voy a pedir a Juan Cástulo que me haga el favor de acompañarte; de subida no te pasó nada pero no hay que jugar con la buena fortuna, que por aquí últimamente ha estado medio escasa —y haciéndole un guiño a Francisco Javier, los invitó a los tres, incluido Jacinto, a entonar el *Angelus*. Una vez terminada la oración, Jacinto, armándose de valor y tragando algo de saliva, le dijo al padre Faustino: —Si quiere que le haga ese favor, si me tiene confianza, déjeme ir solo, ya no soy un niño; eso sí, no estaría mal que Juan Cástulo me prestara su mula y así voy y vengo rápido.

—Ah, que chamaco este, todavía me condiciona y pone en tela de juicio mis decisiones —exclamó el padre Faustino—, aunque pensándolo bien, creo que es lo mejor, pues si te acompaña Juan Cástulo no podré darle ninguna sorpresa a mi visitante —agregó, aceptando la proposición de Jacinto—. Éste partió feliz de montar aquel brioso animal y pronto se perdió en el bosque, mientras Francisco Javier, Juan Cástulo y él decidieron tomar un descanso a la sombra de un gran encino.

—Esto que nos ha sucedido hoy no debe trascender fuera de nosotros tres, eh, y te lo digo para que se lo hagas saber a Juan Cástulo, que tal parece que enmudeció con el susto; no es para menos, si yo, que a diario lidio con ese maldito, me vi apurado a la hora de echarle el agua bendita, imagínate a él, un alma tan cándida y buena. Pero fuera del susto, de la impresión que nos causó, no puede hacer más: almas bautizadas y confirmadas en su fe son templos del Espíritu Santo en contra de quienes nadie puede, ni siquiera el malévolos Luzbel, que va por el mundo esparciendo su semilla del mal. Ahora que recuerdo, antes de que te fueras al seminario yo te regalé a ti, a tu madre y a tu padre, así como a tus hermanos, la medalla de nuestro padre san Benito Abad, y por lo que veo, no la portas contigo y quién sabe si la conserves; ésa en especial que les di hace ya más de ocho años, estaban bendecidas por nuestro Prior General que vive en Roma, y en sí misma la medalla es un exorcismo, por eso debes traerla siempre y con la cruz hacia el frente; verás, aquí en la ermita tengo todavía dos de esas medallas, que ahora que regrese Juan Cástulo se las voy a imponer. ¿Y la medalla?, ¿qué hiciste con ella? Hay que traerla siempre, siempre, y jamás quitársela. Sabes, es una medalla muy milagrosa que data del siglo XII y qué

mejor arma contra el maligno que la cruz en donde murió nuestro señor Jesucristo por redimir nuestros pecados.

—Ay, padre, si supiera todo lo que me ha sucedido en este último mes del año ya por concluir, si usted supiera. Y mi intención al venir a verlo era traer mi medalla, pero resulta que mi madre, quien la guarda en su ropero, estaba fuera de casa y yo no quise esperar —se apresuró Francisco Javier a contestarle—; además, ¿usted cree que yo me iba a imaginar todo esto que ha pasado? Nunca, jamás. ¿Quién me iba a decir que estaba yo invocando al enemigo? No cabe duda que la vida le tiene reservado a uno duras lecciones y aun así no entendemos, padre, no entendemos.

—¿Ves lo que sucede por no traerla puesta? Si yo se las di era para que las trajieran puestas, no para que las guardaran en el ropero, sobre todo habiéndoles yo explicado la conveniencia de portarla. Claro que no basta con traerla, hay que ser congruente con la fe, portarse bien, hacer buenas obras, vivir como un verdadero cristiano; eso es lo más difícil para toda esta humanidad que se dice cristiana y que en nada actúa como tal, ¿no crees, hijo? —le comentó el anciano presbítero, y encaminándose a la ermita, sustrajo de una pequeña urna las dos últimas medallas que le quedaban de las que trajo consigo cuando llegó de España, hacía ya más de cuarenta años.

—Ven, te voy a explicar su significado para que no te quede duda de la importancia de portarla y sobre todo que entiendas, como ya te lo he dicho y se lo hago saber a todos mis fieles devotos de San Benito, que la medalla en sí es una oración activa, te protege a cada instante todos los días de tu vida —le aclaró el anciano sentándose a un costado de la entrada de la ermita—. En el madero vertical de la cruz trae cinco letras y en el horizontal otras cinco, confluyendo en ambas la letra “S”, que representa el verbo ser o estar en su acepción de “Sea”; las primeras letras dicen *Crux Sancta Sit Mibi Lux*, que significa “La santa cruz sea mi luz”, y las segundas, *Non Draco Sit Mibi Dux*, que quiere decir “No sea el demonio mi guía”. Luego, siguiendo el sentido de las manecillas del reloj hay catorce inscripciones de letras iniciales que conforman cuatro oraciones: *V.R.S., N.S.M.V., S.M.Q.L. y I.V.B.*, también en latín, que de derecha a izquierda dicen *Vade Retro Satanas*, “¡Apártate, Satanás!”; *Numquam Suade Mibi Vana*, “No sugieras cosas vanas”; *Sunt Mala Quae Libas*, “Maldad es lo que brindas”, y por último *Ipse Venena Bibas*, “Bebe tú mismo el veneno”.

—Cuentan que en una ocasión San Benito, quien acostumbraba siempre bendecir sus alimentos antes de comerlos o beberlos, al bendecir una copa de vino que se iba a tomar, ésta se

rompió y el líquido se derramó como advertencia de que el vino estaba envenenado; de ahí parte la tradición de estas frases y palabras que conforman la medalla —relataba el padre Faustino a Francisco Javier, quien prestaba atención y permanecía pálido y desencajado a consecuencia de aquel desafortunado encuentro—. Vas a tener que ser muy fuerte, hijo, perseverar en la oración y estudiar a fondo, de manera profunda, teología y filosofía; debes afianzar tus convicciones y conservarte siempre limpio, de corazón abierto y puro al servicio del prójimo ante la presencia de Dios. El Señor siempre te protegerá de toda acechanza de este maldito enemigo; ya lo viste ahorita, le permite en cierta forma que te tiente, pero nada más, el Señor sabe qué clase de alma eres y está y estará contigo, no importa las pruebas que te ponga; eres una criatura de su agrado, lo sé, hijo, lo sé, aunque el enemigo jamás se cansará de rondarte, de molestarte; es su naturaleza maligna y perniciosa, pero tú saldrás victorioso —y diciendo esto, el anciano, un poco inquieto ante la tardanza de Jacinto y Juan Cástulo, se puso de pie y se encaminó hacia fuera de la cabaña, no sin antes recomendarle a Francisco Javier que dormitara un poco, que se recuperara de lo acontecido y sin decir más, salió a ver si divisaba a los muchachos en compañía de la persona que esperaba con ansia.

—Veo que eres un hombre de palabra, Pedro, todo un caballero andante, pues ayer dormías en Huamantla y ahora ya estás aquí conmigo; pareciera que en vez de en caballos normales volaras en pegasos a través de los cielos —expresó el anciano sacerdote, satisfecho de que su antiguo pupilo y protegido, ahora convertido en todo un señor de horca y cuchillo, tuviera palabra, y más complacido todavía porque ni Pedro sabía que su hijo se encontraba adentro ni Francisco Javier se imaginaba que la sorpresa que le había anunciado el padre Faustino fuera su padre en persona.

—No podía fallarle, padre —balbuceó Pedro Gómez, emocionado de ver a su antiguo mentor, vital y de pie—. Creí que no llegaba y como el mensajero que envié me dijo que no había subido hasta acá, que sólo se había informado con la familia de leñadores que habitan al pie del cerro si usted todavía vivía o no, me entró la duda y le comentó, me sentí muy mal nomás de pensar que no lo fuera a encontrar, pero felizmente ya veo que goza su merced de cabal salud y eso me alegra sobremanera, porque espero que le hayan dado mi recado, ¿o no?

—Sí, hombre, sí que me lo han dado y hasta pensé: ¿pero qué ocurre? ¿Por qué Pedro viene procedente de Huamantla y no de Altotonga?, me dije a mí mismo, y vaya que me preocupé: ¿será que este hombre sigue teniendo problemas con los gobernadores indígenas de la zona totonaca de Altotonga y ha tenido que irse a refugiar a Huamantla? Lo pensé, sí, lo pensé,

y conociéndote, sé que eres capaz de eso y más, no sé cuándo vas a entender que tienes que cambiar tu proceder para con los indígenas y tus peones, porque un día de estos vas a tener una revuelta interna en tu propia hacienda, ya verás, y eres tú el del problema, porque Francisca, tu mujer, es un ángel —le decía el padre Faustino, cargado de razones, moviendo la cabeza en señal de enfado—. Oye, ¿qué clase de recado es ese que me enviaste? “Padre Faustino, me urge verlo, necesito su consejo, voy para allá, llego casi enseguida del mensajero, cuando mucho un día después, estoy en Huamantla. Lo quiere y respeta como siempre: Pedro Gómez”. Y de no ser porque el buen hombre del leñador ensilló su caballo y subió en el mismo momento que le dejaron el mensaje, hubieras llegado tú con el mensaje en la mano y qué tal que yo no hubiera estado, porque hay ocasiones en que salgo a visitar a algún enfermo hasta el mismo Teziutlán o la villa de Chinautla y cuando eso sucede, pernocto por allá hasta dos días. Pero bueno, me callo, no te haré más reclamos, hijo, bienvenido, bienvenido —y sin más le dio un fuerte abrazo y lo invitó a que entrara a la cabaña. Ya en la puerta le dijo a bocajarro, interponiéndose entre él y la casi oscuridad que reinaba en el interior, donde se podía escuchar el crepitar de las brasas encendidas del rústico fogón, que a la vez que calentaba aquellas dos únicas piezas le daba un toque de calidez al ambiente: —Pedro, sé a qué vienes, qué te mueve para haber realizado una jornada de varias leguas sin descanso, e hiciste bien en venir porque la Divina Providencia, que es toda sapiencia, ha querido que la respuesta a tus inquietudes esté aquí esta mañana para que todas tus congojas se disipen—y diciendo esto se volvió hacia Francisco Javier, quien dormitaba sobre un camastro, y le dijo parafraseando, claro está que en género masculino, las últimas palabras que Jesús en la cruz le dijo a Juan y a María: *Hijo, he aquí a tu Padre; Padre, he aquí a tu Hijo*, y en ese momento un silencio contenido se expandió por el interior de aquella pieza, donde dos espíritus en conflicto se encontraron de frente. Pedro, impávido y sin saber qué hacer, qué decir, anclado en medio de la cabaña, se frotaba los ojos con los puños apretados como queriendo despertar de un sueño, pues aunque deseaba con ansia abrazar a su hijo y contarle y preguntarle tantas cosas, la sorpresa era tal que pensó que ésta era otra de sus visiones y estuvo a punto de desvanecerse a causa de un vahído. Francisco Javier, levantándose con cierta pereza y desgano, producto de tantas situaciones y vivencias inesperadas en menos de 72 horas, puesto que dos días antes apenas había llegado procedente de Tlapacoyan, al incorporarse alcanzó a sostener a su padre, que había trastabillado, y teniéndolo sostenido por los brazos, sin soltarlo, lo atrajo hacía sí con cariño hasta que se fundieron en un prolongado abrazo, entre sollozos al principio y después en franco llanto, que los embargaba a los dos y por momentos cimbraba

aquel rústico recinto que se hacía eco de los recuerdos presentes y los reproches reprimidos; abrazados, sin mirarse a los ojos, permanecieron largo rato y podían sentir las palpitaciones de su silencio entre suspiros largos que poco a poco fueron ahogando los sollozos.

—¿Cómo está usted, papá?, ¿ya se siente mejor? Estuvo a punto de caerse y las piernas le flaqueaban —le murmuró al oído Francisco Javier a su padre, quien permanecía callado y había comenzado a sudar, aún sostenido de los brazos por su hijo—. ¿Se siente mejor, papá?, creo que sería conveniente que se sentara usted aquí en el catre y descanse, no me diga nada, no se preocupe por favor por nada, lo importante es que se recupere, ya habrá tiempo de sobra para charlar y comentar la de cosas que nos han sucedido —y tomándolo del brazo lo ayudó a que se recostara, tapándolo con un cotón que traía consigo.

Pedro, agotado por el recorrido sin parar desde Huamantla hasta ahí y estupefacto por el inesperado encuentro con su hijo, se quedó profundamente dormido por espacio de varias horas, obligando a todos a permanecer ahí hasta el día siguiente. El bastimento y las provisiones que le habían traído de obsequio al santo varón se consumieron esa noche y al día siguiente, y ya después de un tardío almuerzo, al filo de las once de la mañana, los tres, Pedro, Francisco Javier y Juan Cástulo, se dispusieron a bajar de la montaña camino a Altotonga, no sin antes haber recibido las bendiciones del padre Faustino, quien por un lapso de tres horas, desde muy temprano, había charlado con su protegido espiritual y viejo amigo, quien de manera periódica recurría a él en sus crisis existenciales y de manera constante se preocupaba por hacerle llegar a su anciano mentor alimentos y dinero para su subsistencia personal y el cobijo de algunas obras de caridad, que con su ayuda solventaba aquel monje benedictino que parecía arrancado de alguna estampa medieval de aquellos estereotipados anacoretas que se la pasaban orando toda la vida y servían de pararrayos a la ira del Señor, según creía Pedro fervientemente, y prueba de ello, se decía a sí mismo convencido, ahí estaba él, irreverente, mal portado, sádico y petulante con sus peones, explotador, la viva imagen de un encarnizado encomendero, y aun así el Señor lo bendecía a diario, pues cuanto negocio caía en sus manos fructificaba y el dinero le llegaba en demasía.

Estando en Huamantla y tras las visiones y premoniciones que lo habían postrado en cama, se hizo la firme promesa de acudir adonde el padre Faustino, pues a su entender no le quedaban ya muchos años de vida activa; sus enemigos eran muchos y tenía tiempo ya de venir cavilando la idea de entregarles a sus hijos varones el manejo de sus ranchos y haciendas; él pensaba que tenía que tomarse algunos años para saldar cuentas con Dios y reparar toda una

serie de entuertos y desaguisados que había provocado por varios lados. A eso había venido al cerro de Chinautla, a reconciliarse con el Altísimo y, por la intersección de su amigo, lograr el perdón y el sosiego a toda una vida llena de retos y desafíos. Francisca, su mujer —se decía a menudo él—, tenía derecho a gozar de unos años de tranquilidad a su lado. Pero, ¿qué hacía aquí Francisco Javier en compañía de su mozo de estribo? Eso le intrigaba, pero a no ser que su hijo le contara algo él jamás preguntaría nada.

Una vez que se hubieron despedido del anciano ermitaño, en sus monturas, ensimismado cada quien en su muy particular mundo de pensamientos, iniciaron el descenso rumbo a Santa Cruz por el camino de San Juan Xiutetelco, dejando de lado Jalacingo al tomar un atajo que los conduciría directo a la Calzada de Texacaxco, a escasos metros del entronque con la Calzada de Talixco. Durante el trayecto, en algunos tramos donde el lomerío era suave y se extendía por largos trechos, las bestias se deslizaban a galope tendido para avanzar con rapidez y recuperar el tiempo que perdían en las calzadas empedradas con piedra bola de río, donde las herraduras marcaban el ritmo de un trote acompasado y ligero. Nadie hablaba; en silencio, Pedro encabezaba la marcha, detrás de él, Francisco Javier, luego Juan Cástulo y dos mozos, que montados en sendas mulas arriaban la recua que tras Pedro llegó procedente de Huamantla y aguardó a que bajaran al pie del monte.

—Son mercancías para la tienda de abarrotes de Altotonga y algunos encargos de tu madre —le dijo Pedro solícito a su hijo cuando éste se sorprendió al ver las treinta y siete mulas y machos que bien cargados avanzaban con ligereza.

—Son muchas bestias, padre, y todas bien cargadas —replicó Francisco Javier al contemplar tanto animal—. ¿Todas éstas llevaba usted cuando partió hacia Huamantla? Me llama la atención porque sé que a usted no le gusta llevar tanto animal, y con tanto robo y atraco por el camino, se expone, padre —le insistió—. Oiga, y cuánto arriero, padre, ¿usted contrató a toda esa gente?, ¿no son muchos?

—Sólo los suficientes para llegar a Altotonga, hijo, y después los emplearé en El Jobo, están dispuestos a quedarse y lo mejor de todo es que no son indios, son criollitos del altiplano, rancheros caídos en desgracia con esta guerra que tiene paralizado todo. Mira —agregó Pedro—, lo de bien cargadas es cierto, pero la gran mayoría trae granos: maíz amarillo, alverjón, cebada y avena, y ya ves que son sacos de dos quintales y cada bestia carga hasta quince arrobas, así que por eso me gustó esta mulada, porque son grandes y aguantan mucho peso; y fíjate bien, en realidad son dos recuas —siguió diciendo Pedro—; de las treinta y siete mulas, todas de gran

alzada, diecisiete son alazanas y veinte son coloradas y cada recua tiene su propia mula madrina. Ahora observa bien cómo se hace un buen negocio —le comentó Pedro a su hijo—, tú me dirás si tengo o no razón; de los granos que traigo, en especial el maíz amarillo y el yahuit, con el que se hacen esas tortillas deliciosas que echan las molenderas de la hacienda, los que lo siembran prefieren que la semilla provenga de otras tierras, en especial de las regiones altas, como son todas esas llanuras y valles a los pies de la Malinche, y la prefieren porque así no se degenera el grano; acá, con la humedad, los tiempos de germinación y cosecha abrevian y a los cultivos no los alcanzan las heladas tempranas de noviembre, y yo, sabedor de todo esto, traigo el grano que allá compro por quintales o arrobas a precio de mayoreo y aquí lo vendo al menudeo por almud, pues ya ves que nuestros campesinos siembran por tarea, y dependiendo del número de tareas que siembren me compran uno o dos almudes de grano y ahí está la ganancia, porque aparte del precio que obviamente le gano, hay quienes requieren de dos almudes y medio y de acuerdo con la capacidad del cajón, la ganancia siempre es buena.—y al acotar todo esto, reía de buena gana—.¿Soy o no soy buen comerciante, hijo? En esta vida hay que saber sacar ventaja.

Después de esta anécdota, en que le demostraba a su hijo que él sí sabía hacer cuentas y acrecentar los bienes, prosiguió con el recuento y explicación de la carga que traían las mulas.—Lo demás son artículos de jarcería y talabartería para la tienda de Altotonga y algunas telas que tu madre me encargó para ella y tus hermanas —le decía muy animado, con ganas de charlar y charlar, como si quisiera recuperar el tiempo perdido de esa difícil relación padre-hijo que por años se había dado—, y algodón egipcio para la confección de nuestras camisas y ropa interior —continuó—, pues los Bretón tienen una buena tienda de telas en Huamantla; tanto, que a tu madre y a tus hermanas les compré unas sedas chinas de las que trae la Nao de Manila, unos juegos de peinetas de carey, y a tu madre un abanico y un prendedor de perlas. ¡Ah!, y lo que será todo un acontecimiento y quiero que guardes el secreto hasta que se llegue el día, un Cristo de marfil para el oratorio de la casa, mismo que entronizaremos en la celebración de la Santa Cruz, el próximo 3 de mayo.

—Ahora bien, ¿tú crees que yo llevé toda esta cantidad de bestias cuando partí de Altotonga hacia Huamantla? No, cómo crees, esa clase de locuras yo no suelo hacerlas. ¿Te imaginas la de sospechas que eso hubiera despertado? Si así devenida hubo que pasar inspección en dos retenes para mostrar qué clase de carga llevaba. ¿No ves que hay un cerco en toda la región para evitar el tráfico de armas provenientes de Boquilla de Piedras? Éstas se las compré a los señores Bretón una vez hecho el trato de la mercancía; son animales jóvenes, bien comidos

y nos servirán en la hacienda, ya ves que últimamente no han llegado a la región ni mulas, ni machos, ni burros procedentes de Zacatecas y con tanta revuelta y alzados por todos lados, yo creo que como van las cosas nos quedaremos sin bestias de carga y los fletes se van a encarecer, además de que nadie quiere arriesgarse a andar por los caminos —hablaba animado Pedro con su hijo; aunque el tema no era muy interesante, rompía la tirantez que se sentía entre ellos y la curiosidad de saber a qué habían ido ambos y cómo es que habían coincidido en la ermita del padre Faustino—. Ya le decía yo a Pedro, tu hermano, que deberíamos de echar a andar un criadero de mulas y machos en Mecacalco o en las tierras bajas de San Joaquín; las vegas de los ríos “Bobos” y “Las Truchas” se me hace que son buenas tierras para eso y hace calor, total, con una buena yeguada y dos o tres burros manaderos se levanta rápido un buen criadero, sólo hay que conseguir yeguas de muy buena alzada, como esas que utilizan en el ejército.

Francisco Javier lo escuchaba a distancia y para poder entablar una charla duradera y que cuando se terminara el tema de las mulas no se hiciera otra vez el silencio, apuró el paso y se le emparejó a su padre, cabalgando desde ese momento uno junto al otro hasta llegar a la hacienda.

—A ver si tú, ahora que te has enrolado en esto de la milicia, conoces a algunos oficiales, de preferencia peninsulares, que deseen vender al mejor postor alguna que otra yegua —le decía Pedro a su hijo—; con esto de la guerra y tanto alzado, sé de buena fuente que por Veracruz ha entrado buena caballada para fortalecer a los ejércitos virreinales, ojalá y hubiera oportunidad de conseguir algunos caballos: uno aquí, otro allá, poco a poco se puede ir haciendo uno de buenos animales; para los negocios hay que tener olfato, ¿no crees? —le explicaba animado Pedro a su joven hijo, deseoso de que se diera la oportunidad de hablar sobre la carta que le había enviado desde Huamantla, la cual pareciera que no hubiese recibido pues todavía no le comentaba nada al respecto ni se daba ninguna coyuntura, y a menudo se cuestionaba si le hablaría o no de ello, por eso había tratado el tema de la milicia mezclado con el asunto de las mulas. Como decía a menudo Francisca, su mujer, había que meter la aguja para sacar hebra, pero por lo que se veía este mozalbete era duro de pelar. Ni modo, se repetía, de tal palo tal astilla, para qué preocuparse, todo se daría a su tiempo.

Al llegar a la ermita del Señor de la Compasión, un nazareno amarrado a un poste, semejando que acababa de ser flagelado con todo y corona de espinas, en la encrucijada del camino hacia la comunidad de Tezahuapan, al fondo de la barranca, ante la estupefacta mirada de Pedro, que no daba crédito a lo que veía, Francisco Javier detuvo el paso, se apeó de su montura y, de rodillas, comenzó a orar en silencio.

—¿Te sientes bien, hijo? —le preguntó Pedro, y ante la ausencia de respuesta bajó también él de su montura y se encaminó hacia su hijo, quien de forma imperceptible, como si fuera un susurro, oraba de manera intensa y dejaba escapar de sus ojos un torrente de lágrimas. Sorprendido, quiso abrazarlo, estrecharlo entre sus brazos y pedirle que le perdonara como lo había escrito en la carta, pero no sabía, no estaba acostumbrado a pedir perdón y más ante la presencia de los peones y arrieros que los acompañaban. De pronto, de manera instintiva, dirigiéndose a Juan Cástulo le dijo: —Muchacho, síguete hasta la hacienda y guíá a esta gente para que descance y las bestias beban agua y coman algo de pienso, que no han disminuido el trote desde que salimos de Chinautla. ¡Ah!, y si la patrona te pregunta algo, dile que luego llegamos y que vea que las molenderas comiencen a echar tortillas y cocinen parte del tasajo que va en la carga, pues los arrieros y peones tienen que comer.

El fiel mozo de estribo de Francisco Javier asintió con la cabeza y apretó el paso, enseguida toda la mulada lo siguió, pues él iba montado en la madrina principal, una mula alazana inquieta y pajarera, y pronto desaparecieron en lo alto de la colina, dejando a padre e hijo solos al pie de aquella vetusta ermita, cuidada con esmero por los vecinos del lugar.

—¿Te sientes bien en verdad, hijo? —insistió Pedro ya angustiado, y sus palabras se fueron deshaciendo al influjo del viento que se encajonaba en la cañada. Francisco Javier, suspendido en el tiempo, absorto en sus plegarias, lloraba aún más fuerte hasta que, abrazado del nazareno, poco a poco fue cesando el llanto y una paz interior se apoderó de su ser.

—Estoy bien, padre, estoy bien, no se preocupe usted, nunca antes había experimentado esta sensación de alivio, de beatitud, de comunión conmigo mismo, con el Señor, con todo lo que me rodea, pero en especial con usted, padre, con usted —y viéndose de frente, ambos se traspasaron con la mirada.

—Nunca me hubiera imaginado que usted pudiera escribirme una carta de esa naturaleza, padre, nunca, y además tan reveladora que me hizo volver a vivir lo que había sucedido escasos días atrás. Todo fue como usted lo describió, a tal grado que me cimbró de pies a cabeza y no daba crédito a las líneas que leía —le dijo Francisco Javier a su padre, quien lo escuchaba sin chistar, temeroso de que salieran a relucir los resentimientos y le fuera a reclamar algo. En ese momento Pedro pensó tantas cosas, tantas, que hasta dudaba ya de lo que había escrito y le mortificaba que alguna frase suya, alguna sentencia pudiese haber lastimado a su hijo y que en ese momento se lo fuese a echar en cara—. Lo que sucedió en Boquilla de Piedras, así como lo describió así fue; lo mismo los sentidos funerales en Altotonga, que aún duran con esto de los

duelos los nueve días, los cuarenta, los padrinazgos de cruz y todo el ritual de que gustan nuestras gentes —comentó Francisco Javier—. Pero lo que yo nunca hubiera imaginado es que llegaría el día en que se sincerara conmigo y me dijera que me quiere, que me ama; yo de cierta manera lo intuía y hasta me decía a mí mismo: él me quiere a su manera, ni modo que no me quiera, soy su hijo, sangre de su sangre, lo que sucede es que su carácter no se presta para una relación amigable; sin embargo, cuando reflexionaba sobre la diferencia de trato que mantiene con Pedro, mi hermano, me desilusionaba y realmente me sentía mal, muy mal, pero esta carta, padre, vino a despejar mis dudas y le agradezco infinitamente esta oportunidad de acercarme a usted —y sin dejar de hablar, obedeciendo a sus impulsos, lo abrazó con fuerza y permanecieron así largo rato.

—Me bajé del caballo, padre, porque sentí el llamado del Señor, sentí la necesidad de abrazar a ese bendito nazareno que desde niño me conforta y llena de paz, de darle las gracias por todas sus bendiciones, por haber salido ileso del ataque a Boquilla de Piedras, por la llegada de Guadalupe a mi vida, por su carta, por haber permitido que fuera yo encarado por el mismo satanás y darme el valor suficiente para resistir sus embestidas, y por este encuentro maravilloso que tuvimos en el cerro de Chinautla, que yo nunca me hubiera imaginado, bajo la mirada protectora del padre Faustino, y por tantas y tantas cosas con que me ha favorecido a lo largo de mi vida. Hace tiempo, cuando iba a la escuela de párvulos con las monjitas en Atzalan, una tarde nos trajeron hasta acá y así conocí esta imagen —le platicaba Francisco Javier a su padre, quien lo observaba con detenimiento, absorto, y se congratulaba al ver la mansedumbre y sencillez con que éste se desenvolvía, y reflexionaba que tal vez la profesión de su hijo, lo suyo, era el sacerdocio, no la milicia, a la que se había adherido sólo por complacerlo—, que según dicen la trajeron unos señores de apellido Fernández, quienes, procedentes de Santiago de Cuba, viajaban desde el puerto de Veracruz a Teziutlán. Al llegar a este sitio la imagen se hizo pesada, pesada y no hubo quien pudiera moverla; entonces, esta familia decidió construirle la ermita y con mucha frecuencia lo visitan; bueno, sus descendientes, pues hay quien asegura que esto sucedió allá por el 1750, pero hay quienes afirman lo contrario o dan otra versión: que no vino de Cuba, sino que esa imagen llegó procedente de Xalapa una vez que los padres jesuitas fueron expulsados en 1767, durante el reinado de Carlos III, pues estaba en la iglesia del Beaterio o en la de San José; en fin, el caso es que yo lo frecuento desde antes de que hiciera mi primera comunión y creo que bien merece estar en una iglesia, como seguramente lo estuvo, y no aquí, al paso del camino.

—¿Tú crees, hijo? —interrumpió Pedro—. ¿Crees que todas las gentes de las comunidades circunvecinas que lo veneran no se molestarían si alguien intentara moverlo de aquí? Ya ves cómo son de supersticiosos nuestros paisanos, y más los indígenas; son cerrados, necios. Es cosa de planteárselo al párroco de Atzalan, a lo mejor se interesa y él se encarga de hacer todas las diligencias.

—No, padre, cómo cree usted, es nada más una inquietud mía que tal vez a futuro se pudiera llevar a cabo; por el momento coincido con usted, no creo que a las gentes de por aquí les guste esa idea, yo lo digo en función de la imagen, que es bellísima, de un realismo conmovedor y mire que ha de tener más de cien años; tan sólo aquí debe llevar casi setenta años. No, yo lo digo por eso, merece un altar, no una ermita y venir a ver, padre, a lo mejor yo sería de esos vecinos que se opondrían a su traslado, ¿no cree?, pues yo vengo seguido a visitarla cuando estoy por aquí.

—No nada más tú, ya que lo confiesas te voy a ser sincero —le dijo Pedro a su hijo—, yo también vengo seguido y me gusta reflexionar algunas cosas con él; incluso cuando tengo que tomar alguna decisión difícil se la comento, y verás, vengo más a la ermita que a misa, aunque tu madre a menudo me regaña por eso. ¿Y sabes una cosa, hijo? Esto que te voy a decir lo vengo meditando de tiempo atrás, desde hace más de dos años. En cierta forma yo me siento culpable de que tú hayas dejado el seminario y creo que esa decisión la debes reconsiderar, evaluar a conciencia, y perdóname por no habértelo dicho en la carta, pero creí conveniente hacerlo ahora —le comentó Pedro a su hijo, que perplejo, no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Por qué su padre hablaba hasta ahora, por qué durante años dejó que creciera esa barrera que los apartaba? ¿Por qué del porqué? Todo esto era difícil de entender y más le parecía este último mes del año que acababa de pasar, en que había vivido con tal intensidad que sentía, a sus 23 años, como si su vida hubiera transcurrido en un devenir plano, amorfo, como si apenas hubiera cobrado conciencia de la trascendencia de sus actos.

—Usted nunca me forzó a nada, padre, insinuaba, sí, hacía algunos comentarios, pero nada más. Y ante mi vocación, con lo único que conté siempre fue con el apoyo irrestricto de mi madre; cuando se trataba el tema usted guardaba silencio, lo que yo siempre interpreté como dice el adagio: “el que calla otorga” —le comentaba Francisco Javier a su padre, quien dispuesto a borrar todo vestigio de malos entendidos se esforzaba porque la relación con su hijo varón menor, de ahora en adelante fuera de lo más apacible y por el camino del buen entendimiento.

—Mira que eres hábil, muchacho, pero piénsalo de todos modos, piénsalo bien, que esta guerra va para largo y si has decidido entrarle como lo has hecho, que ya hasta tu bautizo de sangre has tenido, piénsalo bien.

—Bien dice que fue mi bautizo de sangre, porque en realidad aquello fue una carnicería a mansalva, pues quienes debieron tomar cartas en el asunto no lo hicieron y nos mandaron a nosotros sin ninguna preparación o experiencia alguna; ya ve, el capitán Zamora nos mandó solos, a sabiendas de lo que pudiera suceder y ya vio lo que pasó, no necesito contarle nada, todo lo sabe y lo presenció de manera prodigiosa, de acuerdo con los designios de Dios —le decía Francisco Javier a su padre, quien lo animaba a regresar al seminario—. Ahora, padre, después de todas estas experiencias, de haber conocido la muerte de cerca y tener la pena de presenciar la muerte de amigos muy queridos, de mujeres y niños inocentes, creo que soy indigno de abrazar las órdenes sacerdotales con las que había soñado toda la vida: por lo menos en un par de años estoy cierto que no volveré a Puebla, al seminario, aunque esta guerra fratricida e inútil, como usted la llama, no sé cuándo termine. En el momento que nos enlistamos al regimiento de los Libres de Altotonga, cuando nos invitaron a participar, todos pensábamos que sería difícil, que había riesgos que correr, pero pensábamos que lo importante era defender nuestro pueblo de algún ataque de bandoleros o fuerzas insurgentes dispuestas al saqueo, a violentar nuestros hogares, a quemar nuestras cosechas; no que iríamos a asesinar a gente inocente que cuidaba unas cuantas cajas de parque y unos barriles de pólvora.

—¿Tanto así te marcó esa primera incursión en la milicia? —preguntó Pedro a su hijo—. Yo creo que debes superar el mal sabor de boca que te dejó esa acometida, la carrera de las armas, el ejército como profesión; cierto que es arriesgado, pero es toda una carrera con ascensos y canonjías, grados, uniformes, prestigio; debes pensarlo bien, un oficial siempre es respetado y tiene un lugar en la sociedad; claro está que un sacerdote también y venir a ver, tú te debates entre las dos profesiones más socorridas en estas tierras y en estos tiempos, ya ves cuánto sacerdote se ha involucrado en esta guerra, al grado de que los señores Hidalgo, Morelos y Matamoros, entre los más destacados, eran curas de pueblo y se convirtieron en caudillos.

—Tiene razón, padre, tiene razón, pero por ahora son tantas las cosas que me han sucedido, tantas, que debo hacer, como se dice, un alto en el camino y repensar mi vida —comentó Francisco Javier a su padre, al tiempo que tomaba providencias ya para reiniciar su camino—, además de que ahora tengo la responsabilidad de una niña preciosa que me confió su madre al morir y de cuya muerte, en parte, soy responsable; por lo menos yo así lo siento, aunque

haya quien piensa que esos son gajes del oficio de la guerra. Y como verá, ya siendo padre de familia no puedo ser sacerdote. Ahora que conozca a la niña le va a encantar, realmente es una criatura angelical —y diciendo esto, animó a su padre a que tomara su montura de nuevo y salvaran la empinada cuesta que los separaba de la colina, desde donde se avistaba la Hacienda de Santa Cruz.

Al divisar las primeras colinas de la hacienda, Pedro detuvo su montura y aspirando una gran bocanada de aire exclamó: —Ahora sí la vi cerquita.

—¿Qué vio cerquita, padre? —preguntó Francisco Javier, intrigado.

—La muerte, muchacho, la muerte, qué va a ser, esa pulmonía ya mero me carga; ya me imaginaba que me iban a enterrar en el malpaís y nunca más contemplaría mis tierras —profirió con fuerza y ánimo a la vez, esbozando una franca sonrisa de triunfo—. Menuda sorpresa se van a llevar tu madre y tus hermanos al vernos regresar juntos a la hacienda, ¿no crees? —le dijo Pedro a su hijo—. ¿Sabía tu madre acaso dónde andabas? Porque tú, si lo sabré yo, eres el amo de lo inesperado —volvió a decirle Pedro.

—Bueno, tanto como saber dónde andaba, no, no lo creo, sólo le dejé un recado con Soledad, mi hermana, de que había tenido que salir a hacer unas diligencias relacionadas con mi encargo de teniente de la milicia urbana del pueblo —le respondió Francisco Javier, un poco en tono de sorna—. Bueno, yo creo que eso de hacer cosas de manera inusual o inesperada es de familia —se apresuró a contestarle Francisco Javier—. Mi madre es igual en cierto sentido, no me despedí de ella ni le pude avisar hacia dónde me dirigía porque no estaba en casa y, como es su costumbre, nunca dice adónde va. Y usted es igual, padre —hizo hincapié Francisco Javier—. Recuerdo las dos ocasiones en que lo acompañé antes de irme al seminario a Puebla, una de ellas a Veracruz y la otra a El Jobo; nunca me dijo adónde íbamos y siempre tenía que empacar mi ropa en la penumbra de la madrugada sin saber cuándo regresaríamos o por dónde nos iríamos. Si algo tengo presente es que jamás recorría el mismo camino o sendero. Inclusive para ir de la hacienda a Altotonga o a Atzalan cambiaba la ruta según la ocasión o la hora del día, siempre desconfiado, dudando de todo el mundo; genio y figura, hasta la sepultura, padre, y usted es quien me critica por ser el amo de lo inesperado —concluyó Francisco Javier con una franca sonrisa.

Ese día, al compás del galope, a Francisco Javier le pareció descubrir a un ser humano diferente en la persona de su padre: platicador, alegre, incluso hasta simpático, pero aun así no alcanzaba a descifrar la incógnita de ese precipitado viaje de Huamantla al cerro de Chinautla; tal

vez en los días por venir habría tiempo de sobra para aclarar una y mil cosas que siempre se quedaban a medias o sólo se insinuaban, situación que enrarecía la relación entre ambos. Antes de tomar la Calzada de Talixco en la bifurcación del camino hacia Texacaxco, pensó que dado que las hostilidades entre padre e hijo se habían terminado, era preferible de una vez por todas dejar todo aclarado; cualquier duda sólo serviría para volver a enfriar su relación y antes de que se arrepintiera le soltó a bocajarro la pregunta:

—¿Padre, por qué la urgencia de viajar de Huamantla a Chinautla? Usted nunca se imaginó que yo estaría aquí, ¿verdad? —le preguntó Francisco Javier a su padre, quien sorprendido por las preguntas detuvo el paso y retrocedió para emparejarse con su hijo. — Ciento, hijo mío, cierto, y has dicho bien, por qué la urgencia, y créeme, nunca pensé que me harías esa pregunta y mucho menos que yo te narraría lo que a continuación te contaré; sí, tenía urgencia de llegar ante ese santo varón para que me iluminara porque temía por tu vida, por tu salud espiritual; yo presentía que un gran peligro te acechaba y tenía la certeza de que sería el día de ayer. Yo lo sabía muy bien, no me pregunes por qué, pero lo sabía, lo había soñado, porque al igual que a mí, al pasar de los veintitrés años el malvado se ensañaría contigo, se acercaría a ti como lo hizo contigo y trataría de comprarte, de ofrecerte poder y riquezas, por eso quise alcanzar el consejo de mi viejo mentor, el padre Faustino; gracias a Dios no pasó a mayores y al verte ahí dentro, en la penumbra de la cabaña, descansé, supe que estabas bien y que si algo sucedía ahí estaba yo para enfrentarlo juntos. Al día siguiente el padre Faustino me contó a detalle todo por lo que pasaron y que gracias al Altísimo superaron la visita de tan inmunda bestia. Por eso yo siempre me opuse a las catequistas en Atzalan, cuando eras un niño y salías en las pastorelas que escenificaban en la parroquia, que se empeñaban en que tú fueras Lucifer. ¡Imagínate qué manera de tentar al maligno! Pero sólo yo sabía el porqué. Esto que te platico es una vieja maldición que se cierne sobre mi familia desde muchos años atrás y recae sobre el segundo hijo varón de un descendiente de Alonso Gómez, mi chozno, justo varón que lo desafió en la Málaga de 1640 al colaborar con un sacerdote en el exorcismo de una pobre mujer a quien poseía —le comentó Pedro a su hijo, que atento y sin poderlo entender lo escuchaba, mientras sentía que un sudor helado le escurría por la espalda al recordar aquel sombrío encuentro con el enemigo.

—Esto que te he confesado —agregó— debe quedar entre nosotros dos nada más, ¿me entiendes?, a nadie se lo debes platicar, mucho menos a tu santa madre, que no tiene porqué angustiarse por ese tipo de maldiciones. Esto lo sabes tú, el padre Faustino y yo, nada más, y

mira que el padre no te comentó nada, ni una palabra salió de su boca y así debe permanecer, en secreto, que tu boca se cierre y tu corazón olvide esa aparición maligna. La tradición familiar asegura que esa maldición se romperá cuando un descendiente de Alonso Gómez en línea directa no engendre a un segundo hijo varón o no tenga hijos varones.

—¿Y por qué tiene que ser el segundo hijo varón, padre?, ¿por qué? —le preguntó intrigado Francisco Javier.

—Porque el buen Alonso Gómez Sarabia, mi chozno, era el segundo hijo varón de su padre y precisamente recién había cumplido los veintitrés años cuando participó en el exorcismo aquel que le acarreó, a él y a nosotros sus descendientes, tan funesta maldición; ¿me entiendes ahora, hijo, me comprendes? —le decía Pedro a su hijo—. Y mira que para mi desgracia yo fui, aunque bastardo, el segundo hijo varón de mi padre, pues con su esposa sólo tuvo un hijo varón que falleció a los siete años y después puras mujeres, creo que cuatro, ya ni lo recuerdo. Mi padre jamás me reconoció ni me vio con buenos ojos, el apellido lo obtuve gracias a los buenos oficios del padre Faustino, quien lo conocía y abogó por mí ante mi abuela, pero si por él hubiera sido, ni el apellido me daba; de parte de él no tuve más herencia que esta maldita maldición y al demonio no le importó que yo fuera bastardo, le bastó con que fuera el segundo hijo varón. ¡Vaya jugarretas que nos acarrea el destino!, ¿no crees? Cuando tú naciste mi felicidad no fue plena, para mí fue un día triste y maldiije una y mil veces a la partera cuando volteó jadeante y toda llena de sudor, cogiéndote de los pies para mostrarte, me sonrió y me dijo: fue niño, patrón, fue niño. Qué desdichado fui a partir de ese 4 de octubre de 1793, nada más de pensar en que algún día se cumpliría tan fatídica condena. Cuando ingresaste al seminario accedí en realidad con gusto e hicimos aquel viaje a Chinautla con tu madre y hermanos, te has de acordar, porque después de ese viaje viajamos tu madre, tú y yo a Puebla a dejarte al seminario; entonces pensaba que ahí estarías más protegido que en ningún otro sitio y sobre todo tendrías más armas para protegerte en contra del maligno. Y venir a ver, dejaste el seminario y yo nada más contaba los días en que se fuera a presentar esta situación; ahora sé muy bien, hijo mío, que eres un elegido de la Divina Providencia y que pese a esta temible maldición que se cierne sobre los Gómez, tú saldrás adelante y ya le demostraraste a ese infeliz de lo que eres capaz, todo me lo contó el padre Faustino. Y por lo que se refiere a Juan Cástulo, no te preocupes, yo sé que ya habrás hablado con él al respecto, porque además de venerar a tu madre, su madrina, a ti te tiene una devoción total, si lo sabré yo, que cuando te castigaba de pequeño me miraba con unos ojos de odio. Y te decía —agregó Pedro—, yo sé bien que la Divina Providencia te protege porque esa voz

misteriosa que estaba detrás de la visión que tuve durante mi convalecencia en Huamantla, la que te narré en mi carta, claro me dijo que yo me había salvado gracias a tus oraciones, a tu intercesión —y mientras hablaba con vehemencia, el sol del mediodía le llenaba el rostro de sudor e iluminaba la mirada; por fin descansaba, pensó, al haberle contado a su hijo todo aquello que por años trajo guardado y que, paradójicamente, los había distanciado.

Al terminar de hablar Pedro, Francisco Javier, taciturno, tomó su medalla de san Benito y besando respetuosamente la cruz se santiguó y abrazó fuertemente a su padre. —Ahora si ya no me cabe la menor duda del amor que me profesa, padre, Dios lo bendiga —le dijo a su progenitor con los ojos colmados de lágrimas y la emoción contenida—. Vámonos, que se hace tarde y nos esperan, no vayan a pensar que nos ha sucedido algo, en estos tiempos que corren uno nunca sabe— y juntos comenzaron a avanzar uno al lado del otro.

El trayecto de Texacaxco a la hacienda fue rápido; por la calzada se escuchó el ladrido de los perros, que gustosos salían a recibir a sus amos y alertaron a los criados y a la familia entera de su regreso.

—¡Mira a quién te he traído! —le dijo Francisco Javier a su madre, que solícita salió al pórtico de la casa a recibirlos.

—La verdad es que yo ya no entiendo nada —exclamó Francisca un poco desconcertada—. Primero te vas tú y Soledad no me dijo nada en concreto; luego me llega un recado de tu padre con un arriero, que me dice que los esperara a comer hoy a los dos. Y a todo esto, ¿adónde andaban los dos, por qué llegan juntos si vienen de lugares distintos?, creo yo. ¡Qué enredos!, por lo menos de una cosa sí estoy cierta: hoy, por primera vez en mucho tiempo, la familia está completa. Desmonten, lávense un poco y quítense el sudor del camino que la comida aguarda y la mesa está puesta, y a mí no me gusta esperar.

Y tomando a cada uno por el brazo, subió los escalones de la entrada y los introdujo hasta el comedor de la casa, donde en un gran recipiente de porcelana humeaba un delicioso chilate de carne de cerdo flanqueado por floreadas vasijas de peltre repletas de arroz blanco y lentejas guisadas con chorizo y dos grandes canastos con tortillas hechas a mano de maíz yahuit.

—¿Chilate ahora, mujer? —preguntó Pedro sorprendido—. ¿Me quieres decir de dónde has sacado elotes tiernos en pleno invierno?

—Pedro, tu hijo, acaba de llegar anoche de El Jobo y trajo consigo un canasto de elotes tiernos, calabacitas y unos quesos de cabra que le manda a Francisco Javier doña Matilde

Bárcenas; te has de acordar de ella, la viuda de Raimundo Salazar Méndez, tu paisano —le platicó animosa Francisca a su marido.

—¿Matilde, la viuda de Raimundo? ¿Y qué tiene que ver Francisco Javier con esa mujer, Francisca, si podría ser su madre o su abuela, no? —dijo de manera pícara Pedro a su esposa.

—Nada, hombre, nada, la buena mujer es su amiga y mira que se ha portado de maravilla con nuestro hijo; cuando bajes a Tlapacoyan deberías de pasar a saludarla —le dijo Francisca a su marido—. Ya Francisco Javier te contará a su debido tiempo, porque ahorita vamos a comer, todo por lo que ha pasado, al grado de que agárrate fuerte por la noticia que te voy a dar —le comentó a Pedro haciéndole un guiño con el ojo derecho y sonriéndole de manera maliciosa— : este joven por aquí se va a la guerra y de regreso, de sopetón, nos ha hecho abuelos, ¿cómo ves? Y sin casarse siquiera.

—Pero mamá, ¿que está usted diciendo? —exclamó Francisco Javier, todo ruborizado y sin saber qué decir.

—Pero hijo, ¿por qué te ruborizas?, es sólo una broma de tu querida madre y además estamos en familia, de lo cual debo hacer hincapié —expresó el buen Pedro Gómez Larrañaga, al verse rodeado del cariño de su familia—. Lo de la pequeña ya me lo has platicado y sólo quiero agregar que Dios, en sus designios, nunca se equivoca y el haberte dado a esta pequeña, dentro del infortunio en que nació este angelito, ha sido porque así lo quiso él y tú fuiste escogido para guiar sus pasos. Y quiero que tengas la certeza —agregó en ese momento— que nosotros, tu familia, tu madre, tus hermanos y yo estamos felices, compartimos esa sagrada responsabilidad que adquiriste y te apoyaremos siempre —y levantando su copa de vino, hizo un brindis por el bienestar y felicidad de la pequeña.

—Ah, y ya me contarás tus cuitas con la buena Matilde, una matrona en toda la extensión de la palabra. ¿Y qué tal habla, conversa? No le para la boca en horas, ¿verdad, hijo? Es genial la mujer, genial —dijo Pedro sin poder contener una risita maliciosa—, tan genial que engorda sus rebaños de cabras en mis tierras.

—Bueno —terció Francisca en la plática—, no tiene la culpa el indio sino el que lo hace compadre.

—¿Yo, mujer?, ¿yo indio? —dijo Pedro—, mejor te contesto con otro refrán, a tí que te gustan tanto: “En el arca abierta hasta el justo peca”.

Todos soltaron la risa y el gran comedor se llenó de murmullos y una plática animada que, trepándose por los techos de bóveda, le dio a aquel gran salón un ambiente de fiesta que hacía tiempo no se respiraba en la Hacienda de Santa Cruz.

## Tres

Viernes 4 de enero de 1980

Era cerca de la una de la tarde cuando saliste de Jalacingo rumbo a Altotonga, bajo una lluvia tupida. La visibilidad era nula, no se podía ver a más de tres metros, y al bajar por una prolongada pendiente y entrar en la curva, la camioneta derrapó y de plano te saliste de la carretera. Quedaste más allá de la cuneta, en pleno bosque; de milagro no te pasó nada. Por fortuna tu vehículo quedó en pie, y tú, aparentemente, estabas bien; todo había sido en cuestión de segundos. Fuera del susto ahí no había pasado nada. Habría que tratar de alcanzar la orilla de la carretera y pedir auxilio. ¿Pero cómo?, con ese diluvio, imposible. Y había que hacerlo a la brevedad pues corrías el peligro de inundarte, ya que habías caído en una hondonada hacia donde descargaba la cuneta sus aguas. Ahora sí la habías hecho, pensaste, ¿quién te ayudaría en medio de aquella tormenta que a mitad de la tarde oscureció el cielo? En ese momento, la cara sonriente de un hombre joven se asomó por el parabrisas y te hizo la señal de que bajaras un poco la ventanilla de la *pick up* para que pudieras escucharlo. “Buenas tardes, ¿desea que lo ayude?”, expresó con voz educada. “Yo conozco bien el terreno y aquí luego está un antiguo vado de pura piedra maciza por donde pasaban las carretas que sale unos cien metros camino arriba y ahí podrá subirse a la carretera de nuevo, ¿le parece, amigo? Yo sólo lo empujaré un poco en la subida para que no vaya a derrapar por la lama y el musgo que se acumulan; lo demás es fácil, el terreno es firme, su camioneta trae buenas llantas y es alta, y con suerte, rápido sale usted de este embrollo”.

Y vaya que era un todo un embrollo, asentiste con la cabeza y le agradeciste a Dios y a todos los santos por el ángel que te habían enviado. ¿De dónde habrá salido este hombre? Era un hecho que conocía bien el terreno y por lo visto el agua fría y la humedad no le afectaban para nada, pues iba bien provisto de un grueso capisayo de palma y un amplio sombrero del mismo material; tú, atónito, decidiste seguir sus instrucciones, él por delante. Con serenidad te fue indicando por dónde conducir el vehículo, pasaron el vado y al salir de éste se puso atrás de ti; ante tu asombro, poco a poco fue empujando el vehículo hasta dejarlo arriba de la carretera, sobre el acotamiento, que en ese lugar era amplio. Ya arriba, bajaste la ventanilla de la *pick up* y no sabías cómo agradecerle todo lo que había hecho por ti. “Oiga, ¿lo llevo a alguna parte?, está usted completamente mojado y le va a hacer daño. ¿Por qué no vamos aquí cerca, a Atzalan, a tomarnos un aguardiente, un amarguito o una copa de Olispa de hierbas? Nos vendría de

maravilla a los dos, a mí para el susto y a usted para esa ensopada. Sirve que usted se seca, ahí alguien nos proporcionará algunas frazadas, ¿le parece?”.

Y al extenderle la mano para saludarlo, él, de manera cortés, te hizo una leve reverencia y te sonrió con sus grandes ojos negros enmarcados en dos cejas perfectamente delineadas. Te llamó la atención lo cerrado y partido de su barba, lo blanco de su piel y en especial la melena corta de su quebrado cabello, un poco revuelto por el aire y la lluvia. Lo invitaste a pasar a la camioneta y él de manera amable te lo agradeció y expresó: “No se preocupe, por favor, estoy acostumbrado a estas lluvias y a peores, además el capisayo destila agua por todos lados, al igual que mi sombrero, y le mojaremos su automóvil; yo en realidad no me he mojado un ápice”. “¡Cómo cree!, si la humedad penetra hasta los huesos y no sólo llueve, sino que avienta en forma de ventisca; no se preocupe, este es un vehículo de trabajo, sus vestiduras son de plástico y el agua se escurre, súbase por favor y una vez arriba, para que no se moje, aviente a la batea el capisayo y el sombrero y asunto arreglado”, dijiste. Ante tu insistencia, accedió y se sentó en el asiento del copiloto; vestía una camisa gruesa de algodón de color azul claro, de cuello redondo con la botonadura de lado, a la altura del hombro izquierdo, y unos pantalones amplios de color azul marino que a simple vista parecían ser de gabardina gruesa y le llegaban a media pierna, donde un listón rojo los ceñía arriba de la pantorrilla; a manera de cinturón llevaba un ancho ceñidor tejido de lana color gris que le daba un aire antiguo a todo ese atuendo. De hecho, lo pensaste y estuviste a punto de preguntarle por su original vestimenta, pero preferiste ser discreto.

“Este hombre parece una estampa sacada de algún arcón del siglo XIX, sobre todo por el cintillo con que se recoge el pelo atrás del cuello, pues en realidad lleva melena corta”, murmuraste bajito; “o a lo mejor es uno de esos hippies trasnochados que viven en la ranchería de La Florida, que están habilitando unos telares para producir ropa de algodón y ayudar a los lugareños”, pensaste, a lo que él, como si te adivinara el pensamiento y tuviera la habilidad para leerte los labios, aun estando tú de perfil, te dijo sonriendo: —¿Le parece curiosa mi indumentaria, señor?—. Te ruborizaste todo y enseguida respondiste: —¡No, qué barbaridad!, no me haga caso, no, curiosa no, me parece práctica pero fresca a la vez para esta época del año, ¿no cree? —le dijiste todo turbado y sorprendido porque nunca pensaste que te hubiera escuchado.

—Dice usted bien, amigo... perdone, pero a todo esto no nos hemos presentado — balbuceó un poco y como que tartamudeó, lo que tú aprovechaste para presentarte: —Fernando,

me llamo Fernando Bello y soy de aquí de Altotonga—le dijiste—, y le estoy muy agradecido por su gentileza y el hecho de que en medio de esta tormenta me haya auxiliado como lo hizo. ¡Imáginese!, yo, en ese instante, pensé que mi camioneta se iba a quedar ahí en ese hoyo y que iba tener que recurrir al auxilio de una grúa para sacarla y usted, en un abrir y cerrar de ojos, me puso sano y salvo sobre el acotamiento.

—No tiene nada que agradecerme, Fernando —te contestó—, yo andaba por aquí desazolvando los caños por donde corre el agua para regar los pastos del potrero, pero ya la Divina Providencia, como usted verá, nos hizo el milagro de que lloviera a cántaros. Por eso precisamente traigo esta indumentaria, además de mis huaraches, mi sombrero de palma y el capisayo para protegerme de la lluvia; el frío a mí no me hace, figúrese, diario me baño con agua fría del arroyo. Ah, y perdón lo desatento que soy: Julián Bello para servirle.

—¿Bello? ¿Se apellida usted también Bello, como yo? —le preguntaste intrigado.

—Sí, mi padre es de los Bello de Altotonga y platica que es un apellido avecinado aquí desde el siglo XVII —te explicó con precisión.

—A lo mejor hasta somos parientes, buen hombre —le respondiste sonriendo ampliamente—. Puede ser, puede ser, las piedras rodando se encuentran, ¿no cree? —te dijo, y ahora el ruborizado era él; bajó la cabeza y adoptó una actitud meditabunda, como si sus pensamientos volaran muy lejos de ahí; hablaba poco, sólo asentía con la cabeza a todo lo que tu decías. “¿Le preocupa algo, Julián?”, le preguntaste. —No, nada, cómo cree, sólo estaba haciendo memoria para recordar dónde dejé el azadón y mi pala, para mañana, Dios mediante, recogerlos donde los dejé —te contestó mirándote fijamente a los ojos, y en ese momento te contagió toda una sensación de paz y tranquilidad.

De inmediato aceleraste rumbo a Atzalan. Ya en el camino comentaste que buscarían tomarse el aguardiente en la Casa Pasos, frente a la iglesia de San Andrés; él asintió con la cabeza y te lo agradeció: “Muy amable”, te dijo, “no se hubiera molestado, conozco el lugar y sirven un exquisito vino de nogal”, agregó.

—Ya en Atzalan —le dijiste —voy a dejar el carro en la calle de al lado; aquí como es el paso de camiones pesados le pueden dar un golpe, ya me pasó en una ocasión —y con toda paciencia te echaste de reversa para estacionarte lo mejor posible—. Siempre escojo este lugar, con ésta será como la quinta ocasión en que me pongo aquí y curiosamente nunca me he tomado el tiempo necesario para leer lo que consigna esa placa de metal en la pared, ¿lo puede usted creer? —le comentaste, dirigiéndole una mirada afable, misma que te fue correspondida y

nuevamente asintió con la cabeza y te sonrió con la mirada—. No me lo vaya a tomar a mal —le comentaste sin pensarlo dos veces y de manera directa—, sabe, tiene usted una mirada muy transparente, muy limpia y mira con una profundidad que intimida a cualquiera, lo había pensado antes —le insististe con vehemencia; él se sonrojó de nuevo y bajó la mirada al piso, tú te mortificaste todo y meditaste que el comentario había estado fuera de lugar, pero ni modo, ya lo habías hecho y en lo que cerrabas y te bajabas del carro tu acompañante se fue y no supiste ni por dónde, lo buscaste calle arriba y calle abajo, por el atrio de la iglesia y nada. ¡Qué raro!, pensaste. ¡Lástima!, ni siquiera le pregunté dónde vive, debí haberlo llevado hasta su casa así como estaba de empapado. ¡Pobre hombre!

—Oiga, ¿no vio hacia dónde se fue la persona que venía conmigo? —le preguntaste a un parroquiano que fumaba afuera de la Casa Pasos al momento en que te estacionaste—. “No, amigo, ahora que lo pregunta, yo no vi que se bajara nadie, sólo usted, por eso me intrigó verlo que divisaba calle arriba y calle abajo e incluso se atravesó al atrio en busca de algo o alguien; me extrañó un poco”.

Qué raro, pensaste, de verdad que no lo entiendo. Y anonadado por todo por lo que habías pasado, entraste en la cantina y sobre el mostrador pediste una copa de Olispa, después otra y otra más. “No puede ser, no puede ser; no lo soñé, fue verídico, el individuo ése me ayudó a salir de la endemoniada rehoya en que caí y ahora resulta que se esfumó; no puede ser”, le comentaste al señor Pasos, conocido por todos con el sobrenombre de “Pasitos”, de cariño. “Así pasa luego, creemos firmemente que vimos algo o pasamos por una situación determinada y todo se reduce a un recuerdo. Y con el tiempo no sabemos a ciencia cierta si lo vivimos realmente, lo imaginamos o lo soñamos; a mí me pasa seguido y ya no me preocupo. Pero no se mortifique, a lo mejor al rato aparece su amigo, ya verá; ándele, anímese, tómese otro amarguito, que le caerá bien”. “No, muchas gracias, más bien me caeré pero de la banqueta si sigo tomando”, le respondiste, y los dos se rieron de buena gana.

—Por cierto, quisiera preguntarle sobre algo que le había yo comentado a mi compañero desaparecido; ésta es como la quinta vez que me estaciono justo enfrente de una placa de metal, que obviamente debe contener alguna información interesante, porque de no ser así no estaría ahí tan bien puesta —le comentaste al señor Pasos.

—Ah, ésa es la placa de un ilustre antepasado mío, el Dr. Daniel Guzmán Gómez, nacido aquí, en esa casa, allá por el año de 1849, si es que mal no recuerdo, porque yo soy malísimo para las fechas —te contestó cortésmente—. Fue médico, radicaba en la ciudad de Puebla y vaya que

tuvo una larga historia, tan larga que aquí nos podríamos pasar horas usted y yo platicando sobre mi ilustre pariente —volvió a decirte al momento que te servía una copa más de Olispa y te advertía: “Ésta va por mi cuenta, la casa invita”.

En ese momento, al fondo, dentro de un cuadro de madera desvencijada y con el vidrio estrellado, divisaste la litografía de alguien que, a tu entender y no sabían por qué ya habías visto en algún lugar, había sido elaborada a partir de una pintura de esa persona, con motivo de las fiestas del centenario de la independencia, pues lo decía en la parte superior del cartel: “Fiestas del Centenario”; te acercaste y al estar frente a ella te quedaste pensativo porque al mirar la parte de atrás tenía la siguiente leyenda: Gral. Francisco Javier Gómez, prócer de la consumación de la independencia nacido en Altotonga, Ver. Adornada con laureles y listones con los colores de la bandera, la litografía, algo raída y manchada por los hongos que la humedad había producido en más de sesenta años de estar en el mismo sitio y en el mismo marco, no se veía del todo bien; y le preguntaste, para salir de dudas, a Pasitos: “Oiga, ¿quién es este señor?”. “Cómo que quién es”, te respondió el señor Pasos, interesado en el tema, usted mismo lo acaba de leer, estaba observando, “pues nada menos que el general Gómez, héroe de la consumación de la independencia nacido y criado aquí en Altotonga; de él era la Hacienda de Santa Cruz y sus tierras abarcaban parte de los municipios de Altotonga, Atzalan y Jalacingo. Precisamente este general era el abuelo del personaje de la placa de metal por la que me acaba usted de preguntar; aunque él no era mi pariente, pues la liga con el doctor Guzmán Gómez viene por su papá, José Juan Guzmán Pasos”.

“No puede ser, no alcanzo a comprender, pues entre lo que me pasó hace un rato, la lluvia, mi acompañante y las copas de Olispa, todo me da vueltas, pero este personaje de la litografía, se lo podría jurar, me recuerda a alguien, siento que me es muy familiar, es más, creo conocerlo”. “Pudiera ser, hombre, pudiera ser, con eso que dice que le es familiar; lo cierto es que él era de aquí, de este rumbo, y sus descendientes aún habitan en la región; pudiera ser que lo esté confundiendo, se me figura que usted le quiere hallar parecido con alguien a como dé lugar, con eso que no acaba de entender cómo se le desapareció su acompañante, no me vaya a decir ahora que le encuentra parecido con él; pero ya le dijo don Remigio, el señor que encontró usted en la acera fumando sus 'Delicados', que con usted no venía nadie”. “¡Ay, Pasitos!, ya no sé ni cómo me llamo. Y por cierto, ahora que mencionó usted la Hacienda de Santa Cruz yo tengo que ir a ese lugar, me urge investigar algo. ¿Conoce usted al encargado, sabe quién es?”. “No, la verdad no, creo que la ex hacienda era propiedad primero de un policía de caminos,

¡imagínese si no les dará el negocio!, y luego él se la vendió a un señor originario de Tabasco y nada más”.

Incrédulo, sin saber qué pensar ni lo que estaba sucediendo, te despediste del anciano cantinero y al doblar la cuadra hacia donde habías dejado estacionado tu auto, te fuiste derechito hasta donde se encontraba la placa de metal y leíste con detenimiento: *En esta casa nació el Dr. Daniel Guzmán Gómez, hombre ilustre.* ¿Gómez?, pensaste, ¿será familiar del general Gómez? Claro, rectificaste de inmediato, te lo acababa de explicar el señor Pasos, qué memoria la tuya. Bueno, habría que apurarse y tratar de llegar a la ex hacienda. Mientras manejabas, ya con lluvia menuda nada más, pensaste en voz alta: “En estos pueblos tan antiguos, a cada paso encuentras un personaje, escuchas una historia”.

Al llegar al entronque de la desviación a Atzalan con la carretera que va de Altotonga hasta Teziutlán dudaste de lo que ibas a hacer, te quedaste pensativo y al observar con detenimiento el calendario de tu reloj de pulsera, decidiste meter reversa y aventurarte por el caminito que conduce a la entrada de la ex Hacienda de Santa Cruz, pues siendo viernes sabías que al día siguiente saldrías para Veracruz porque te habían convocado, al igual que a todos los presidentes municipales de la entidad, a la celebración del aniversario número sesenta y cinco de la promulgación de la Ley Agraria del 6 de enero de 1915, a cargo de Venustiano Carranza, y no regresarías hasta el lunes, ya que habías decidido pasar a las oficinas del canal de televisión “4+” en Xalapa a hacer la aclaración de lo que te traía molesto, por la falta de seriedad y ligereza con que armaban un programa. Solo y con un enredo de pensamientos e ideas entraste en las instalaciones, pues el zaguán estaba abierto de par en par, al momento que saludaste a dos peones que arreaban tres mulas cargadas con zacate segado del potrero, que al caminar arrastraban tras de sí el ruido característico de la yerba mojada sobre la superficie empedrada de los patios. Con la cara afable y risueña, de manera ceremoniosa, al unísono los dos repitieron: “Buenas, ciudadano”, mientras el agua escurría de sus capisayos y limpiaba el lodo de sus pies.

—Hola, muchachos, buenas tardes, ¿estaré el encargado?

—Sí, sí está, pase usté, ciudadano —te respondieron de inmediato—. Es aquel señor de tejana y botas vaqueras, el que trae el cuete en el cinto —dijo el más chaparrito—; se nombra Conrado, ése es, vea usté.

—Gracias, muchas gracias, son ustedes muy amables —y les tendiste la mano en señal de agradecimiento, a lo que ellos sólo rozaron la palma de tu mano en señal de respeto y de

buenas gana se encaminaron hacia los pesebres para picar el zacate que luego rociaron con algo de melaza.

—¡Conrado! Hola, ¿cómo estás? Nos conocemos, ¿verdad? Sí, claro, tú fuiste el primero de los contribuyentes de la región en ir a pagar los derechos del fierro marcador del ganado, ¿o me equivoco?

—No, tiene toda la razón; vaya que es usted buen fisonomista, pues sólo nos vimos unos segundos cuando entró usted a la tesorería y le dio algunas instrucciones a Conchita, la tesorera, sobre los cobros de contribuciones en las congregaciones.

—Estás en lo cierto, Conrado, así fue. ¿No te importa que te hable de tú? —le propusiste—. Yo lo prefiero, pues al fin y al cabo nos trataremos con cierta regularidad porque yo también soy socio de la Asociación Ganadera local; además, estarás de acuerdo conmigo en que no seré presidente municipal toda la vida, ¿no?, eso sólo dura tres años y se acabó, ¿de acuerdo?

—De acuerdo pues.

—Te extrañará mi visita, en especial a estas horas de la tarde, cuando más se les junta el trabajo, pero figúrate que ayer, ya noche, viendo el canal “4+” de Xalapa, de repente aparecieron unas tomas de Santa Cruz y una voz explicaba, al momento que la cámara presentaba unas vistas de esas instalaciones, en especial de aquellos paredones como ruinas —y con la mano los señalaste—, que esta hacienda había sido propiedad de don Guadalupe Victoria, y lo afirmaban con tal vehemencia que a mí no me pareció que se afirmara una cosa así con tanta certeza como si de verdad hubiese sido cierto. ¿Tú sabes algo?, porque hasta donde yo sé, la hacienda que perteneció a don Guadalupe Victoria se llama El Jobo y está muy cerca de Tlapacoyan; ésta, Santa Cruz, según se sabe o por lo menos la tradición así lo recuerda, o era de la familia Guzmán, originaria de aquí de Atzalan, o de don Pedro Gómez, un español muy rico, padre por cierto de Francisco Javier Gómez, a quienes muy pocos en el pueblo, salvo algunos maestros cultos y personas a quienes les gusta indagar en la historia de su región, reconocen como prócer del movimiento de independencia. Sus restos están sepultados en la iglesia de Santa María Magdalena, aquí en Altotonga, bajo un pilar, a un lado del altar dedicado a la Santísima Trinidad. ¿Lo sabías acaso?

—La mera verdad yo no estoy enterado de nada de eso, sé del nombre de ese señor, Francisco Javier Gómez, porque así se llama la congregación en que está situada la ex hacienda, o mejor dicho el casco, pero yo ni soy de aquí, soy de Tabasco, y por lo que sé mi patrón, el que

la compró, tampoco es de aquí, no sé nada; el otro día vinieron unas personas de Puebla y me pidieron permiso para entrar al camposanto que está por la entrada de Talixco, anduvieron buen rato husmeando por las tumbas y apuntaban todo en una libretita. Una señora muy bonita, de cierta edad, por cierto muy distinguida y arreglada, estaba interesada en saber si aquí estaba enterrada su bisabuela, una señora de nombre Manuela Gómez, y creo que la encontró, así como la tumba de un señor que en vida se llamó José Juan Guzmán Pasos, quien resultó ser el esposo de la señora Manuela Gómez y, por consiguiente, su bisabuelo. No sé a qué tantos otros personajes buscaban; yo me limité a darles el permiso para que entraran y sólo los acompañé en silencio sin hacer ningún comentario; después de esas personas nadie más ha venido a preguntar nada, hasta ahora que aparece usted; perdón, tú. Pero ahora que me acuerdo, hace cosa de un mes vinieron unos reporteros y camarógrafos de la televisión de Xalapa y me pidieron permiso para hacer unas tomas, sobre todo de la parte más vieja del casco, donde estaba la casa original de la hacienda. Ah, y también del camposanto. Estuvieron largo rato filmando pero no hicieron preguntas, y aunque las hubieran hecho, yo no hubiera podido decírselas.

—Oye, y tu patrón, teniendo tantos ranchos en Tabasco, ¿por qué vino a comprar una hacienda hasta acá?

—Pues no me crea mucho, pero dicen que los papás de su esposa o eran de aquí o vivieron aquí hace ya muchos años; el suegro de mi patrón ya está muy viejito y se apellida Rodríguez, es dentista, aunque ya no ejerce como tal. Lo debe de conocer, vive en el pueblo y es muy amigo de la tesorera, tanto, que ella tiene aquí, en unas galeras en la parte de atrás, una engorda de pollo con la anuencia de él y cuando viene doña Concha, en varias ocasiones la acompaña el doctor Rodríguez; le habría de preguntar a él, a lo mejor sabe algo de lo que me pregunta.

—¿En qué quedamos, no nos íbamos a tutear?

—Bueno, sí, pero es que se me hace difícil hablarte de tú siendo el presidente municipal.

—No, hombre, por eso ni te fijes, ahorita soy y mañana no, además el hábito no hace al monje, así que acostúmbrate a hablarme de tú. Dices bien, le voy a pedir a Conchita que me presente al doctor Rodríguez, a ver si él sabe algo. Bueno, Conrado, me despido y que no sea la última vez que nos vemos, ya vendré por aquí en otra ocasión con más calma. Oye, antes de que me vaya y ahora que lo dices, ese doctor Rodríguez del que me hablas ha de ser el mismo del que me platicaba mi padre, dice que vivían en una casa de ahí de “La Palma”, precisamente en la que ahora es propiedad de don Óscar Domínguez, mi vecino de enfrente. Sí, ese debe ser,

pero debe de ser un hombre de bastante edad, eh; aunque mi padre cuenta que en ese entonces era muy joven y muy buen dentista, no cabe duda que estamos hablando del mismo hombre.

—Pero, ¿no gustas pasar? Con tanta charla y a la intemperie estás bien mojado, la niebla no respeta y menos el chipi chipi; una taza de café o un chocolate de mi tierra con una copita de brandy te vendría bien y sirve que conoces la casa y te presento a mi señora y a mi niño; a mi señora le queda muy sabroso el chocolate y ahorita, con la leche recién ordeñada, quedará mejor; pásale, hazme el favor, total ya es tarde y seguimos la plática adentro. ¿Qué me dices, aceptas mi invitación? Sirve que mi mujer te platica de los aparecidos que se ven por los patios en la noche, en especial cuando sube la parrazón<sup>1</sup> y lo cubre todo de blanco. Que te cuente cómo ve al hombre ese montado sobre una mula, sí, figúrate, montado en una mula pero al revés, con la cara hacia la cola y con los ojos vendados; imagínate qué locura y qué disparate, yo no le creo ni un céntimo. Y luego dice que otro hombre, vestido como si fuera clérigo o monje o algo así, sale a su encuentro y se escucha que llora, se lamenta y cuando la niebla se hace más espesa se pierden en lo oscuro de la noche; ella dice que ya los ha visto como tres veces y yo la animo y le digo que se arme de valor y les pregunte dónde dejaron enterrado el dinero, pero mi mujer se enoja, me dice que son cosas serias, que son almas en pena que murieron muy lejos una de la otra y en diferentes años y que tenían un parentesco muy cercano; bueno, eso dice ella, que cree mucho en eso de los espíritus y no sé cómo le haga para hacer esas suposiciones. Ya en una ocasión la vino a visitar de Comalcalco una prima suya que le hace a eso del espiritismo y es hasta médium, creo, y según yo, ella es la que hizo todas esas deducciones, pues afirma que esas apariciones o visiones están relacionadas con las vidas atormentadas de esas personas que murieron a destiempo. ¿Cómo ves? ¿Verdad que están de no creerse esas historias? Pero pasa, por favor, que a mí no me para la boca y al paso que vamos, con esta humedad tú lo que vas a necesitar no es una copita o un chocolate, sino una friega de alcohol después de un buen baño de agua caliente.

—Jajaja, sí, creo que tienes razón, pero ya será en mi casa.

—Pero pase, su merced, merezca usted, por caridad de Dios, como dice el padre Gabriel Magaña, de aquí de Atzalan —dijo Conrado en son de guasa, y abriendo la puerta se encaminaron hacia la estancia, donde la chimenea caldeaba e invitaba al relajamiento. Era tarde, viernes, llovía, y en aras de tu investigación pensaste que bien valía la pena un rato de esparcimiento con aquella

---

<sup>1</sup>Niebla muy espesa.

familia que te acogía con beneplácito y hospitalidad; en especial, querías escuchar de viva voz de la esposa de Conrado esas historias de ultratumba que nunca estaban de más para acrecentar tu acervo cultural sobre la región, y luego, a la hora de la sobremesa, tener algo novedoso que contar.

—Hola, mucho gusto, soy Rebeca —te dijo la esposa de Conrado extendiéndote la mano de manera afable, invitándote a sentarte—. ¿Gusta un poco de chocolate? —y sonriendo con los ojos agregó: —¿Con leche o con agua? Lo hay de las dos formas.

—Qué pena, nada más he venido a dar lata —mencionaste.

—Nada de eso, qué bueno que nos visita y que podemos servirle en algo. Como somos nuevos acá en la región, y además vivimos dentro de la finca, lejos del pueblo, es difícil relacionarse. Yo salgo poco y como nuestros niños son muy pequeños aún, realmente cuando salimos es para ir de compras al pueblo los domingos, un rato a misa, y cuando el tiempo lo permite, nos descolgamos al parque a saborear un mantecado o un rico helado de limón, que son mis preferidos. Conrado, de lunes a viernes lleva a nuestra pequeña hija al jardín de niños que está enfrente del parque; él la lleva y la recoge y aprovecha para ver algunas cuestiones de medicinas para el ganado, ir al banco y algunas otras cositas por ahí que nunca faltan, por eso sale más a menudo. Pero siéntese, por favor, que ahorita mismo le traigo el chocolate, y le voy a traer con leche y con agua para que escoja el que más le apetezca, ¿le parece? —siguió diciendo aquella mujer pelirroja de ojos verdes, que de manera amigable no dejaba de hablar con ese peculiar tonito del tabasqueño, que en ella era más notorio que en su marido. “Pareciera que platica con muy poca gente”, pensaste, y al acomodarte en una cómoda butaca cubierta con una blanca zalea de borrego que invitaba al descanso, te sentiste a gusto.

—Bonita casa —comentaste—, es de estilo inglés, ¿verdad? Muy clásica, pero debo entender que esta construcción es relativamente reciente, ¿o no? Porque me imagino que la casona original de la hacienda, la de fines del siglo XVIII o principios del siglo XIX, son los paredones que se ven al fondo.

—Sí, claro, esta casa es de los años cuarenta, creo —terció Conrado, que afanoso ayudaba a Rebeca a servir el chocolate.

—¿Y este delicioso pastel de dónde salió? —preguntaste al tiempo que aspirabas su rico aroma, que mezclado con el del chocolate inundaba la estancia y siendo principio de año caldeaba el ambiente como presagio de Reyes, festividad en puerta—. Me parece que con atenciones como

éstas tendré que venir más seguido a visitarlos —dijiste, al tiempo que saboreabas el espeso chocolate y la plática se volvía más amena a cada minuto.

Entre tazas de chocolate, rebanadas de pastel, risas y el golpeteo constante de la lluvia contra los cristales del ventanal de la sala, el ambiente se tornó, más que cordial, familiar y hasta pensaste que te hacían falta tu esposa y tu hija al lado. En medio de aquel apacible confort hogareño y charla animosa, de manera imperceptible se fue haciendo un silencio expectante, dejó de llover y la niebla cubrió por completo el ventanal de la estancia, al que iluminaba la opaca luz de un farol exterior que, ante la mirada atónita de todos, se apagó al romperse en mil pedazos y esparcise los vidrios por el suelo.

—Qué raro, alguien le arrojó una piedra o alguna de las tejas mal puestas se desprendió y le cayó encima —reflexionó Conrado en voz alta.

—¿Una piedra? ¿Aquí adentro y a estas horas? ¡Imposible! —dijo Rebeca, algo nerviosa—. Se va a ir la luz, así sucede cuando llueve de esta manera.

—Sí, lo raro es que llueva así en pleno invierno, debe ser un norte muy fuerte éste que está azotando —dijiste, terciando en la plática para aminorar cierta tensión que comenzaba a sentirse en el ambiente.

Al caer un fuerte rayo que iluminó toda la estancia y cimbró los cristales, la oscuridad total se enseñoreó de todo el espacio, sólo el crepitar del fuego en extinción de la chimenea se dejaba escuchar mientras poco a poco, de menos a más, el sonido sonoro de los cascos de varios caballos repiqueteando sobre baldosas de cantera se metió de lleno y atravesó por en medio de aquella gran pieza; sólo se podía apreciar el resplandor de las exigüas llamas de los leños. De pronto, en toda la estancia se comenzó a percibir un peculiar olor a caballos sudados y a monturas de cuero mojadas, mientras el resoplar de los ollares de las cabalgaduras se escuchó con nitidez y pudiste sentir el calor del vaho de los animales sobre tu rostro. En el claroscuro de aquel suceso inédito, reflejada sobre una gran pared encalada apareció la sombra de un gran corcel con su jinete encima, que se proyectó en el momento que relinchaba con fuerza, y se escuchó un grito espantoso que los ensordecío a todos. Tronó con fuerza de nueva cuenta y la lluvia volvió a azotar los vidrios del ventanal, al momento que aquella oscuridad total cedió un poco ante el embate de cientos de relámpagos que iluminaban la noche. En ese instante supiste lo que era el sudor helado y recordaste aquel antiguo adagio de “me tentó la muerte chiquita”. Realmente sí sudaste; los demás, no supiste ni les preguntaste nada. Todo sucedió en segundos. Cómo, no lo supiste. Se quedaron pasmados, viéndose a los ojos unos a otros; sólo Rebeca se

incorporó y se perdió por las escaleras rumbo a la recámara de los niños, quienes dormían plácidamente y no se había enterado de nada.

—Ya ves, ahora sí no tienes excusa, Conrado, para no creerme, para hacerte el loco cuando te platico que aquí a diario se escuchan ruidos raros, se ven sombras extrañas, se siente un ambiente pesado y no sólo tú lo has oído, también el señor presidente municipal, que nos acompaña, se pudo percatar de todo —dijo Rebeca al bajar de revisar la recámara de sus hijos.

—Pero mujer, qué va a pensar nuestro invitado, que no te escucho, que me hago el loco. No, tan sólo hace un momento, antes de entrar, que él mismo te platicue lo que le estaba yo diciendo acerca de los ruidos y los aparecidos. ¿Ciento o no? —dijo Conrado, interpelándote.

—Sí, Rebeca, no sólo me ha contado todo eso, sino que ahora yo, al igual que ustedes, he sido testigo de este fenómeno o alucinación, o no sé cómo llamarlo.

—¿No te platicué yo de la señora que vino de México a visitar el panteón particular que está en el camino de la entrada por Talixco y buscaba las tumbas de una tal Manuelita Gómez de la Torre y de un señor de nombre José Juan Guzmán Pasos, que por cierto sí están ahí sepultados? —te preguntó Conrado—. Pues bien, esa señora se llama Magdalena Cortés Guzmán y, por cierto, hasta sus datos me dejó; vive en Cuernavaca y ella me platicó que siendo niña, cuando venía de vacaciones a la hacienda, una tarde lluviosa como ésta, estando todos reunidos en la sala de la casa grande, que ahora está en ruinas, escucharon clarito el sonido de los cascos de unos caballos, tal cual lo escuchamos hace rato, y pensaron que sería su tío Carlos Ríos en compañía de alguien más, pero éstos nunca llegaron, cosa que les dio mucho miedo. Cuando me lo contó yo la escuché con atención y respeto, pero me reservé el hecho de creerle o no, y mira, quién me iba a decir que yo mismo en persona lo iba a escuchar; y esto que ella me contó sucedió —según me dijo— hace más de setenta años. Así que aquí, por lo que se ve, siempre han ocurrido cosas raras, paranormales. Lo curioso es la coincidencia de que hablando de ese señor por quien me viniste a preguntar, sí, de Francisco Javier Gómez, hayan sucedido estas cosas y hayamos podido oír lo que escuchamos hace unos minutos.

—Sí, hombre, de no creerse todo esto, sobre todo que en lo que menos estábamos pensando fue lo primero que se hizo presente, como si estos personajes ya fallecidos hace muchísimos años se presentaran o trataran de decirnos algo, ¿no creen? —agregaste ya a punto de despedirte.

—Qué pena que haya sucedido todo esto —terció Rebeca ofreciéndote un pedazo de pastel para tu esposa y tu hijita, y en un termo bien cerrado, el espeso y rico chocolate—.

También le he puesto unas tabletas de chocolate para que se lo preparen en casa —agregó gentilmente aquella joven mujer.

—En realidad yo ya me iba cuando Conrado me invitó a pasar y no me arrepiento, pues el chocolate y el pastel están riquísimos, y además me voy hasta con itacate. Muchas gracias por todo, Rebeca, a ver cuándo nos devuelven la visita en el pueblo y así tener la oportunidad de que conozca a mi esposa —y diciendo esto, te pusiste de pie y Conrado te acompañó hasta el patio a tomar tu automóvil.

Te despediste ya en la puerta de la hacienda; la neblina era tal, que encendiste los faros de niebla para medio ver aquel camino empedrado que conducía a la carretera. “Vaya tarde”, pensaste, y eso que a mediodía, cuando saliste rumbo a Jalacingo a recoger una certificación de un documento en el juzgado, creíste que era cosa de media hora. Primero lo del contratiempo en la carretera, que te sacó de la misma y de plano te lanzó al arroyo, y el hombre que te auxilió, del cual sólo supiste su nombre y dejaste entrever la posibilidad de que podría ser tu pariente, y quien finalmente desapareció misteriosamente. Después, el incidente del ruido de los caballos dentro de la casa con todo y su peculiar olor, ¡qué cosas! De alguna manera el personaje de Francisco Javier Gómez comenzaba a hacerse notar y a cada indagatoria en torno suyo iba arrojando claves nuevas, pistas, datos que antes jamás hubieras imaginado. Al llegar a tu casa y guardar la camioneta en la cochera tomaste del asiento el pedazo de pastel, el termo y las tabletas de chocolate, y al hacerlo, te percataste de lo mojados que estaban el asiento y el tapete del lado del copiloto; entonces decidiste echar un vistazo a la parte de atrás del vehículo y, ante tu sorpresa, el capisayo y el sombrero de palma estaban ahí. “Caray”, murmuraste, “entonces no lo soñé. ¿Adónde se fue este buen hombre? Ya aparecerá, y habrá tiempo de devolverle sus pertenencias y agradecerle de nueva cuenta su ayuda”.

—¿Hay alguien ahí?, ¿hablas con alguien acaso? —preguntó tu esposa—. No, mujer, con nadie, no hagas caso, soy yo, que ya hasta hablo solo —de inmediato metiste el brazo a la batea, sacaste el capisayo y el sombrero y los dejaste recargados sobre un pilar, escurriendo, para que se secan.

## Cuatro

Miércoles 17 de agosto de 1825

Exhausto tras varias agobiantes jornadas, sin haber dejado de cabalgar por más de cuatro días desde que saliera del pequeño puerto de pescadores de Alvarado enclavado entre el río y las aguas estuarinas de aquella fértil región, donde había permanecido por más de seis meses organizando una guarnición que custodiara los intereses de los lugareños de la zona, y satisfecho, al frente de algunos de sus soldados, integrantes todos del batallón de Tres Villas que comandaba, después de haber salvado las cuarenta y dos leguas de camino divisó a lo lejos los pequeños torreones del majestuoso castillo de San Carlos de Perote, de donde todavía era el gobernador con licencia, y apretando el paso, pronto cruzó el puente levadizo que lo colocó a buen resguardo del calor de un día de agosto a pleno sol del mediodía, donde el aire parecía haberse detenido para hacer más sofocante el reseco y calcinado paisaje donde las lluvias se habían retirado y la canícula se estaba alargando. A la izquierda, en lo alto, el cofre de Perote desafiaba majestuoso el paisaje donde termina el bosque; a la derecha, el cerro del Pizarro se dejaba ver de manera tenue ante el influjo de la calina, que tras reverberantes espejismos asomaba su contorno. Por fin había llegado, se sentía en casa.

Cinco días atrás, un somero y lacónico correo dentro de un pergamo ladrado le urgía a regresar y a presentarse en el fuerte: “Coronel Francisco Javier Gómez Bello, al recibir esta encomienda, sírvase, sin excusa ni pretexto, ponerse en marcha y reintegrarse al castillo de San Carlos de Perote, donde recibirá instrucciones precisas sobre el motivo por el cual ha sido llamado con esta premura”. ¿Qué pasaría?, rumiaba durante los largos trayectos y hacía toda clase de conjeturas: ¿acaso estaba en peligro la joven república, recién inaugurada el pasado 10 de octubre de 1824?, ¿habría algún connato de asonada del taimado Antonio López de Santa Anna? ¿Por qué lo habían mandado llamar con tanta premura? Y sobre todo, sin mayores explicaciones; pero la firma y sello del general José Joaquín Herrera eran suficientes para que él se pusiera en marcha sin dudar un ápice de que aquel asunto era de suma urgencia. El mismo Herrera se había tomado la molestia de escribirle unas letras de manera informal al margen de la encomienda ladrada, donde le explicaba que él, dos días después, partiría hacia Puebla y que quien le transmitiría las instrucciones de la ordenanza y el asunto para el cual había sido requerido con tal urgencia sería el coronel José María Jarero Ruiz, su entrañable amigo, correligionario de la batalla de la defensa de Córdoba en mayo de 1821, y que sería también él quien cubriría su nueva

ausencia de la guarnición de San Carlos, pues intuía que de seguro el alto mando le tenía encomendada una nueva misión lejos de ahí.

Ojalá, pensó para sí, pudiera solicitar una licencia de siquiera ocho días para trasladarse a Altotonga; ansiaba partir con su familia algunos momentos, pues tenía ya casi un año que sólo tenía intervalos de ocho días de licencia como máximo por tres o cuatro meses de servicio; tenía ganas de estar en su casa, en su pueblo, con los suyos, especialmente con Guadalupe, su pequeña hija; aunque con su padre se había cruzado de manera fortuita en Puente del Rey, cuando camino a Alvarado se lo topó proveniente de Veracruz; regresaba a Altotonga cargado de mercancías con dos recuas de mulas. Aquel encuentro, recordó de inmediato, había sido agradable y al viejo Pedro se le veía vital, fuerte, mandón, inquieto como siempre y haciendo planes como de costumbre, y para asombro de Francisco Javier traía consigo, como si fuesen mercancías adquiridas, una veintena de fornidos negros que había contratado en las inmediaciones del puerto; curiosamente, cada uno de ellos traía su propia montura.

—Qué necesidad tienes tú de andar de arriba para abajo por estos polvorientos caminos, exponiendo la vida a razón de qué, para beneficio de quién —recordó que le dijo mientras comían unos trozos de jamón serrano, pan y queso de cabra, acompañados con una bota de vino que compartieron como antaño—. Este 4 de octubre que viene cumplirás treinta y dos años y aún permaneces soltero, ¿que no piensas casarte, formar tu propia familia?, ¿o acaso abrigas todavía la inquietud de la vida sacerdotal? Tu madre te extraña, Guadalupe, tu pequeña hija, también, aparte de que te necesita; no se te olvide que le hiciste una promesa a su madre moribunda y ese juramento lo hiciste tú, no tu madre, ni tus hermanas, ni yo, y aunque la queremos muchísimo y es la luz de nuestras vidas, ella te extraña. Además, a mí me haces mucha falta en el despacho de los negocios. Pedro, tu hermano, lleva ya casi dos meses postrado, pues tú mismo te percataste de que su salud no era la mejor en las pasadas navidades y los médicos no nos dan un diagnóstico adecuado; por consiguiente, con él ya no cuento para que viaje a El Jobo y a El Encanto y me temo que esas tierras están un tanto descuidadas. Hace falta un hombre en la casa cuando yo no estoy, ya sabes que yo soy el eterno viajero y disfruto andar de aquí para allá comprando y vendiendo, haciendo negocios, ya ves, hasta tu madre me ha puesto el sobrenombre de “don Pedro el tracalero”.

El encuentro fue breve pero entrañable, pensó en aquel momento, y si lo hubiera planeado no habría salido así de bien, tanto que en ese momento lo invadió la nostalgia; estuvo tentado a regresar con su padre y acarició la idea de solicitar su baja del ejército, de hacer planes

para ayudarle; sobre todo, le inquietó la larga enfermedad de su hermano, pues una postración de más de dos meses apuntaba a la gravedad del caso.

—¿Han consultado buenos médicos, padre? —le preguntó Francisco Javier preocupado por Pedro, su hermano.

—Claro, sí por eso no hemos parado, lo llevamos ya hasta Teziutlán en una parihuela y queríamos traerlo a Perote, a la fortaleza, pues ya ves que el hospitalito que ustedes tienen ahí cuenta con una fama bien ganada de buenos médicos, pero al no estar tú, nos dio pena molestar a quien no conocemos —le contestó de inmediato su padre.

—Padre —le inquirió Francisco Javier ya para despedirse—, ¿qué locuras son éstas de traer a nuestras tierras una partida de negros?, ¿acaso ahora se ha vuelto usted esclavista?, ¿sabe usted bien si en realidad son libertos? No vayan a ser prófugos de las haciendas cañeras de la zona de Córdoba y se va meter usted en serios problemas, hay hacendados que pagan por el rescate de estas gentes. No conforme con haberse ganado la mala fama de acérrimo enemigo de los indígenas de la zona, ahora agrega usted a sus desatinos a esta partida de negros. ¿Para qué, padre, para qué? El clima de nuestra tierra no les sentará bien, ellos pertenecen a la tierra caliente, a las haciendas y beneficios de caña; nuestras tierras, la niebla, el chipi chipi no son para ellos; pero en fin, usted y sus ideas. Además, a mí me preocupa una situación en especial —agregó Francisco Javier en tono de sentencia, tratando de darle solemnidad a sus palabras—, ¿sabe usted acaso si estas pobres gentes son católicas como nosotros? Muchos de ellos no olvidan las costumbres de su nativa África y en especial sus creencias y ritos paganos, practican cultos con algo de magia e imploran la ayuda de deidades ajenas a la verdadera religión, se puede usted meter en problemas, padre —le insistía con vehemencia—. ¡Imagínese!, con lo intolerantes que son los vicarios o el párroco de Atzalan, qué irán a decir de estas pobres criaturas que, por lo que veo y escucho, hablan su propio dialecto entre ellos y el castellano medio lo mascullan nada más.

—Ya sé por dónde vas, hijo mío —le contestó sin inmutarse, y cosa curiosa, esa vez no le molestó el reclamo; al contrario, lo tomó en forma de guasa—. Oye, yo no soy esclavista, eh, con todo y que el flamante gobierno de don Guadalupe Victoria, tu amigo, por cierto, no ha hecho nada al respecto. Date cuenta, esa famosa Constitución que acaban de promulgar el pasado 4 de octubre de 1824, sí, ésa de la que tú y yo platicamos el fin de año pasado, nada dice de acabar con la esclavitud. ¿Qué clase de leyes son esas? ¿No que ese hombre, Victoria, era nacional? ¿Fue de los que lucharon siempre y nunca aceptaron el indulto? ¿Sí o no? Entonces,

¿qué le pasa? Bien sabrá que el difunto Miguel Hidalgo había abolido la esclavitud y él, ¿por qué no?, ¿a quién le tiene miedo?, ¿a los texanos?, ¿a los hacendados cañeros que reclutan esclavos? —insistía Pedro ante su hijo, quien en silencio escuchaba sus razonamientos y en el fondo sabía que lo que expresaba era totalmente cierto y denotaba lo enterado que estaba su padre de todos esos asuntos que se debatían en la joven república—; pero si es por eso, no, no te preocupes, éstos no son esclavos, son de la región cercana a Amatlán y todos son libertos o como se les diga, pues todos compraron su libertad, incluso algunos de ellos dicen que combatieron en Córdoba allá por mayo de 1821, tal vez hasta conozcas a algunos de ellos —dijo riéndose de buena gana—. No, éste es un grupo de trabajadores que se especializa en el cultivo de la caña, tanto es así, que inclusive algunos traen consigo los “pies para la siembra” y me aseguran que de muy buena cepa, de la región de Córdoba; pienso que de esta manera podríamos incursionar en el cultivo de la caña. Ya ves, el aguardiente es un excelente negocio; nadie se resiste a un buen trago. Y una vez elaborado lo puedes guardar y, por qué no, producir un buen ron, como lo hacen en Cuba o en Puerto Rico; por cierto, ahora que he estado en el puerto ya encargué algunas barricas para añejarlo. Ya ves, en todo estoy, todo lo preveo; además —agregó—, prefiero dos docenas de estos negros a la bola de indígenas haraganes que lo único que hacen es crear líos. Oye, y por cierto —volvió a decirle a su hijo—, no creas que éstos cobran barato, se venden caro los rufianes. Y otra cosa, hijo —expresó con firmeza—, por mí que tengan la religión que quieran, eso no me importa, si saben o no rezar, es problema de ellos; lo que me interesa es que sepan trabajar, no rezar —dijo en tono de sorna ya para despedirse y agregó—, a mí los curas esos borloteros me tienen sin cuidado. Ya ves el famoso curita ese de apellido Flández, allá por los años de 1818 y 1819, ¿qué tal con él?, todo el tiempo que tuvimos el “cólera morbus” en la región y que muchos indios se morían como moscas, él encerrado a piedra y lodo en el Curato, ni para ayudar a bien morir salía; de no haber sido por el heroico vicario don Marcos Valderrama, que se desvivía por atender a tanta gente moribunda arriesgando su propia vida, mucha gente se hubiera muerto sin el auxilio de algún cura; pero en fin, hijo, tú deja de mortificarte, eres demasiado aprensivo.

Y agregó en tono solemne: —No te preocupes, si no saben rezar ya se encargará tu santa madre de enseñarles —le dijo sin poder disimular la risa, dándole un fuerte abrazo de despedida, ya para subirse a su caballo—. Menos mal que el padre Valderrama todavía permanece entre nosotros, es un santo ese hombre, se me figura de la talla de mi querido padre Faustino —y

picando suavemente las espuelas de su caballo, al frente de toda su gente comenzó a avanzar; más parecían una partida de milicianos que un grupo de campesinos y comerciantes.

Ya avanzado el grupo, Francisco Javier subió a su caballo y se le emparejó al paso para alargar un poco más aquel encuentro fortuito y sin pensarlo dos veces, aprovechó la ocasión para decirle que ya era tiempo que desistiera de seguir usufructuando las tierras de El Jobo.— Vaya usted con cuidado, padre, no se eche más enemigos encima de los que ya tiene y entréguele a esa familia De la Torre, de Teziutlán, sus tierras, no se vaya usted a meter en un problema o lo vayan a demandar esas gentes —le dijo Francisco Javier al momento que, emparejándose caballo con caballo, lo atrajo hacia él, le dio un fuerte abrazo y besó respetuosamente su mano. Su padre, su padre, siempre el mismo, ¿cuándo cambiaría? Con él, lo difícil era protegerlo de él mismo.

—Tú siempre con tus cosas, hijo, y tus suspicacias, les crees más a las gentes chismosas de la región que a tu propio padre; tú todavía ni nacías, hijo, cuando yo ya trabajaba esas tierras, el mismo don Francisco de la Torre de Paral, asturiano de buena cepa, me involucró en el cultivo de la caña de azúcar y tabaco en sus tierras y me dijo que las cultivara, que las aprovechara y de suyo me las rentó; yo religiosamente le pagaba con cargamentos de aguardiente y piloncillo que le hacía llegar hasta Teziutlán; entre el viejo y yo siempre hubo una buena amistad y camaradería y sabía, en el fondo, que yo protegería ese legado para sus hijos y nietos —le dijo de manera terminante a su hijo—. Ya estoy grande, soy un hombre mayor para que no sepa lo que hago y cuáles son mis compromisos, ¿no crees? Le dijo ya un tanto malhumorado.

—No, padre, no lo tome así, es sólo un consejo porque me preocupo por usted y como dice el dicho: el que mucho abarca poco aprieta, pero no se mortifique usted, ya no insistiré en ese tema, se lo prometo. —Y rumiando esa preocupación, aparte de la enfermedad de su hermano, se dio la vuelta, se integró a su compañía y reinició su marcha hasta llegar a las tierras de sotavento, donde permaneció por casi seis meses y medio hasta que llegó la impronta misiva que lo trajo de regreso.

—José María, qué sorpresa encontrarte aquí, ¿qué te trae por estos lares? —le expresó sonriente, al momento que se bajaba de su montura y le daba un fuerte abrazo a su amigo.

—¿Pero acaso no sabías que yo estaba acá? —le dijo un poco extrañado el coronel Jarero Ruiz, quien había presenciado cuando el general José Joaquín Herrera le anexaba la nota.

—No, mi querido amigo, hasta donde yo sabía tú estabas comisionado en Xalapa directamente por instrucciones del general José Joaquín Herrera, en una misión un tanto delicada, pues te tocaba vigilar de cerca, sin hacerte notar, los movimientos del coronel Santa

Anna, que hasta donde sabemos, por ahorita está recluido en su hacienda de Manga de Clavo al cuidado de sus múltiples intereses personales, tramando sabrá Dios qué cosas, pues no tardando lanzará alguna proclama o encabezará algún pacto, que es muy su estilo —le expresó Francisco Javier con conocimiento de causa—; incluso, fíjate amigo, yo hasta venía pensando que a lo mejor este llamado a que me presentara yo aquí estaba relacionado con ese personaje non grato, bueno, por lo menos para quienes le somos leales al presidente Victoria y seguimos las instrucciones del general Herrera. Pero ahora que te encuentro, me da mucho gusto, pues reencontrar a amigos como tú siempre es agradable, no obstante la inquietud que me embarga ante este llamado a que me presentara de inmediato aquí, al castillo, sin más explicación que preséntese y que ya aquí se me darían las instrucciones pertinentes, porque por lo que me he enterado mi general Herrera ya no está, me lo acaba de comunicar mi primo, el capitán Rodrigo Bello Toscano. ¿Cómo ves, mi querido Chema, sabrás tú el porqué de este llamado tan de improviso, tan apresurado?

—Mira, mi querido Francisco Javier, tanto como saberlo, no; yo, al igual que tú, ignoro de qué se trata y por qué tanto misterio, la única instrucción que me dio mi general Herrera es que te entregara esta valija de cuero, que tú debes conocer porque pertenece a la Estafeta de Atzalan, de la cual eres el depositario o a quien el correo se la ha dado en usufructo; el monograma y el sello son tuyos, los reconoces, ¿verdad? —le dijo el coronel José María Jarero Ruiz de manera solemne y conspicua al momento de entregársela.

—Claro que la reconozco, amigo, como bien dices, trae mi monograma estampado en el cuero y yo guardo el pergamo que me acredita como el depositario, firmado nada menos que por el Administrador General de Correos de toda Nueva España, don Andrés Mendivil de Amirola, para tu conocimiento gran amigo de mi padre —le comentó Francisco Javier haciendo alusión a la estafeta.

—Ah, ahora entiendo, con lo difícil que es conseguir esas concesiones —y de manera discreta esbozó una sonrisa maliciosa y agregó—, pero ahora ese señor que mencionas de nombre tan elegante ya no debe tener ninguna influencia en el correo, ¿no crees, amigo? Ya no vivimos en la Nueva España, Francisco Javier, despierte usted, coronel —y al decirle esto, soltó la risa que ya no pudo contener—. ¿Qué pensaría nuestro amigo el presidente Guadalupe Victoria de esta digresión tuya, amigo? ¿Acaso eres de los nostálgicos que añoran los viejos tiempos? Pero aun así, debes de conocer gente importante en la administración del correo y deberías de recomendarme o conseguirme una concesión como esa para San Andrés Tuxtla, mi

tierra natal —le dijo José María todavía a manera de guasa, y complacido de haber hecho reír a su amigo y hacerle olvidar por momentos ese llamado urgente a presentarse que lo traía preocupado.

—¡Qué cabeza la mía, Chema! Discúlpame ahora sí. ¡Qué error tan garrafal!, ¿verdad? Sólo a mí me suceden estas cosas, me ha de haber hecho daño el sol del camino, pero no te preocunes, conozco muy bien a don José María Beltrán, el nuevo Administrador General de Correos de la flamante república mexicana —y diciendo esto, él tampoco pudo contener la risa.

—Bueno, pero volviendo a mi encomienda de hacerte entrega de esta valija —le dijo José María— hay algo en lo que mi general me hizo mucho hincapié: “Dile a nuestro dilecto amigo, el coronel Gómez Bello, que por favor se introduzca en la capilla del castillo y una vez ahí, él solo, abra la valija”

—¿Y por qué tiene que ser dentro de la capilla, amigo?

—Eso sí lo ignoro, mi querido coronel Gómez Bello, a lo mejor la información que vas a recibir requiere cierto grado de meditación, de silencio, qué sé yo —le contestó José María y lo encaminó hacia la capilla.

Ya para entrar en ella, Francisco Javier reparó en el hecho de que si lo que le entregaban era la valija de su propia estafeta, la urgencia y las noticias de las que se iba a enterar definitivamente nada tenían que ver con asuntos oficiales o de la milicia y le dijo sin cortapisas:

—¿Sabía el general José Joaquín Herrera el contenido de la valija que me entregas? —le espetó frente a frente mirándolo a los ojos.

—Eso sí no lo sé de cierto, Francisco Javier, de toda esta situación, yo lo único que te puedo decir es que de paso hacia Puebla y proveniente de Xalapa, llegar aquí era escala obligada y pensé que sería grato saludarte a ti y al general Herrera, sin adivinar yo que tú te encontrabas hasta Alvarado y estabas al llegar y que el general Herrera, justo en el momento de mi arribo, debía partir hacia la ciudad de México con premura. Y encontrándome yo aquí, en ese momento tal vez cruzó por su mente que al no estar él a tu llegada yo era la persona indicada para hacer tal diligencia, ¿no crees? —le respondió angustiado el coronel Jarero Ruiz—, y me pidió que permaneciera un par de días para esperarte, pues en realidad él tenía entendido que llegabas hasta pasado mañana; ya veo que cabalgas aprisa.

Ya para entrar a la capilla, Francisco Javier palideció por completo y pensando que le iba a dar un vértigo, se recargó sobre uno de los gruesos muros aledaños a la capilla, al momento

que trastabillaba; de no ser por el coronel Jarero Ruiz, quien de inmediato lo sostuvo firmemente con sus manos, se hubiera dado un golpe.

—¿Te sientes bien, amigo, te sientes bien de verdad?, creo que ese viaje tan precipitado te ha hecho daño o por lo menos no te ha sentado bien —le dijo José María sobrecogido al ver la expresión de angustia de su amigo, quien de improviso cerró los ojos con fuerza y comenzó a balbucear: “*no puede ser, no puede ser*”.

—¿Qué es lo que no puede ser, Francisco Javier, qué es, de qué hablas? —le insistió José María al verlo en ese estado deplorable—. Espérame aquí, no te muevas, voy de inmediato al hospital para que el médico de turno te examine, tú estás mal, amigo, muy mal —y diciendo esto se perdió entre los corredores del castillo. Francisco Javier, débil y sin acertar qué le estaba sucediendo, poco a poco se fue controlando y no daba crédito a lo que estaba viendo en la entrada de la capilla.

—¡Padre Faustino!, es usted, ¿verdad?, ¡es usted! ¿Qué sucede, padre, qué sucede? —repetía atónito al contemplar la figura del anciano sacerdote que le sonreía amablemente y con una mirada de ternura parecía decirle, advertirle: “*La valija contiene tres cartas, hijo, sólo extrae de ahí la que te ha escrito tu madre, las otras dos déjalas ahí, no las saques, sólo retira la que te ha enviado tu madre*”. Más que hablarle se comunicaba con él a través del pensamiento, nunca antes le había sucedido algo así o había tenido una experiencia de esa naturaleza; lo veía, casi lo podía tocar y sin embargo sabía perfectamente que el anciano padre Faustino, por voluntad divina, había venido a comunicarse con él, a protegerlo y a advertirle algo que no acababa de entender. “*Me comprendiste, hijo, me comprendiste, haz lo que te he dicho al pie de la letra y descansa sobre el muro la valija, anda, entra y entérate de cuáles han sido los designios del Señor, ya adentro, tu entendimiento decidirá qué hacer*” —volvió a decirle aquella misteriosa forma de comunicación, de expresión, sobre todo, él lo sabía, de un santo varón que había alcanzado la gracia de Dios y gozaba ya de la vida eterna. Sin pensarlo dos veces, abrió la valija y extrajo una serie de papeles en los que de inmediato reconoció las letras de su madre y de Soledad, su hermana, y para su asombro, una carta de su padre, la que reconoció al leer el destinatario, su nombre, las líneas de letras tan parejitas, escrito de puño y letra de su padre con una plumilla gruesa, con el consabido lacre que acostumbraba. Con esa carta ya serían dos las que recibía de parte de su padre: la primera, al llegar de su incursión de Boquilla de Piedras y ésta, que precedida de tanto arcano y circunstancias, le angustiaba el solo hecho de verla entre los otros mensajes cuidadosamente acomodados. De inmediato pensó en Pedro, su hermano;

sabía que estaba delicado de salud, su mismo padre se lo había comunicado en su breve encuentro en Puente del Rey, pero ignoraba que su estado fuera tan crítico.

¡Pedro!, pensó y se le rodaron las lágrimas al tiempo que un temblor inusual se apoderó de todo su cuerpo sin poderse controlar, ¿será posible? Y sobreponiéndose a todas aquellas conjeturas se fue calmando y decidió, como se lo acababa de aconsejar la presencia del padre Faustino, extraer sólo la misiva de su madre, que por lo abultada que se veía era la más grande. Y mientras depositaba la valija en el suelo llegó el coronel Jarero Ruiz con el médico, dispuesto a llevárselo al hospital; al verlo repuesto, con mejor semblante, le aconsejó que se dejara examinar por el galeno, sería cosa de unos minutos y entonces podría introducirse en la capilla.

—José María, de verdad ya me siento bien, no sabes cómo te agradezco todo esto que has hecho por mí, es una pena que te cause yo molestias —le dijo a su amigo, agradecido por sus mortificaciones.

—¿De verdad te sientes mejor? —le preguntó de nuevo José María—, de ser así, el doctor y yo aguardaremos aquí hasta que salgas y ya después, yo sería de la idea, es más, insisto, en que te dejes revisar y descansas un poco, las jornadas que has recorrido son extenuantes, amigo, no cualquiera las resiste. ¡Mira que tienes buena condición!, pero nunca hay que abusar, si lo sabré yo —y una vez ahí, con sumo comedimiento lo ayudó a entrar, cerró la puerta y se retiró, dejándolo solo en medio de un silencio absoluto bajo las zigzagueantes llamas de una luz mortecina de dos desgastadas velas.

“Bueno, ya estoy aquí, por lo menos daré gracias al Señor por este apresurado viaje y me dispondré a ver de qué se trata todo este asunto”, susurró en silencio mientras se santiguaba y buscaba acomodo entre las rústicas y apolilladas sillas y reclinatorios, justamente frente a la imagen de san Miguel Arcángel, patrono no sólo del castillo, sino del pueblo de Perote. “¿Qué será?, ¿de qué se trata?, ¿por qué tanto misterio?”, se cuestionaba una y otra vez en silencio. ¿Por qué aquí, adentro en la capilla? Tal vez sería muy serio y requeriría de recogimiento y oración lo que en breve desvelaría, pero por qué lo de dejar la valija afuera con las otras dos cartas, su valija, la misma que le trajo las noticia frescas de Puebla sobre el Plan de Iguala en marzo de 1821. ¿Por qué?, ¿por qué la presencia del santo varón, el padre Faustino? Bien sabía él que hacía tiempo había fallecido y que su padre en persona había subido hasta la ermita en el cerro de Chinautla a darle sepultura, como habían sido sus últimos designios.

Finalmente, después de un rato de meditación y una vez que se hubo habituado a la escasa luz del lugar, se acercó a una ventana que permanecía cerrada para abrirla y contar con más claridad, desplegó la carta y con avidez contenida comenzó a leerla lentamente.

***Carta a mi querido hijo el coronel Francisco Javier Gómez Bello***

*Hacienda de Santa Cruz, a lunes 18 de julio de 1825*

*Mi querido Francisco Javier, yo, tu madre, hubiera querido ser la última persona en el mundo en tener que darte esta infiusta noticia que nos tiene a todos en la familia sumidos en el más profundo dolor y desconcierto: tu padre, nuestro querido Pedro Gómez Larrañaga, nos ha dejado para siempre por voluntad propia, desafiando al Altísimo al tratar de quitarse la vida infructuosamente, pues en su intento no logró su cometido, porque al aventarse a un profundo barranco por la zona de Alseseca, después de rodar río abajo lleno de moretones, se atoró con unos troncos que flotaban a la deriva y su cuerpo encalló entre las piedras y la arena; sangrando y aún con vida, fue recogido por Yabuko, uno de los trabajadores negros que había traído consigo en su último viaje a Veracruz, del que tú, mi querido hijo, tenías noticias porque él mismo me lo platicó.*

*¿Qué sucedió?, ¿por qué te digo todo esto? Cuando llegó de ese viaje ni yo, ni tus hermanas, ni Guadalupe, ni Pedro tu hermano nos encontrábamos en la hacienda, yo lo vi hasta fines de abril, ya de vuelta de El Jobo y de no sé qué tantas partes y lo vi muy mal, cansado y con el rostro desencajado, como si arrastrara algún padecimiento de tiempo atrás; tan mal lo vi que le dije: “¡Pedro, tú estás enfermo!, de verdad que te ves muy mal, ¿qué te ha pasado?, ¡cuéntame! Con eso de que no te he visto para nada desde hace tiempo, ignoro qué tienes, pero ese semblante que traes es el de un moribundo”. Y terco, como de costumbre, me respondió: “No es nada, mujer, no es nada, sólo es cansancio, ya verás que después de un buen baño y un prolongado descanso me cambia el semblante”. Pues curiosamente después de cinco días en cama con fiebre, escalofríos y una respiración agitada, con el auxilio del médico don Rubén Hinojosa, de Teziutlán, que la Providencia Divina trajo a nuestras puertas, pues pasaba casualmente a hacernos una visita de cortesía después de un viaje que había hecho a la hacienda de Los Molinos, salió adelante, se recuperó y volvió a ser el mismo de siempre. El doctor Hinojosa le dijo que se había salvado de milagro: “Usted –le dijo– fue a pescar por ahí, no sé en dónde, nada menos que el ‘vómito negro’, pero su fortaleza lo salvó. Cuídese, don Pedro –le hizo hincapié el doctor–, usted ya no está para andar como chamaco empeñado en tanto viaje y exponiéndose a enfermedades como ésta. Por esta ocasión la brincó, pero la*

*próxima vez será mortal, se lo aseguro, porque luego estas enfermedades dejan serias secuelas en el corazón y en el mal de orín; cuídese, hombre, y descanse”.*

*Todo esto que teuento sucedió a fines de abril como te estaba yo diciendo, pues cuando él volvió a mediados de marzo de Veracruz, después de que tuvo el encuentro contigo en Puente del Rey a mediados de febrero, según me dijo, regresó a la región de Jamapa a contratar otro contingente de 15 trabajadores más, entre negros y mulatos, y después de pasar por aquí nada más a descargar y a cargar mercancía, se fue para El Jobo al día siguiente. Ese día, como Pedro tu hermano se sentía mejor, decidió ir al Barrio de Santiago, arriba de Altotonga, a pasar el día con los hermanos franciscanos del lugar; yo tampoco estaba en la hacienda, había ido a Jalacingo, junto con tus hermanas y Guadalupe, a pasar el fin de semana con mis amigas las señoritas Villegas, así que sólo me dejó un recado donde me decía con su habitual parquedad que había llegado bien, se iba a Santa María de Tlapacoyan, a El Jobo y a El Encanto, estaría por allá de quince a veinte días, pues hacía tiempo que no iba y sabría Dios cómo andarían las cosas por allá. Y esos quince o veinte días se prolongaron hasta fines de abril, ¿te imaginas? Tus hermanos, Lupita y yo teníamos casi tres meses de no verlo; con mayor razón, aparte de su enfermedad, yo lo encontré avejentado y en muy mal estado.*

Vómito negro, meditó Francisco Javier sentado en esa incómoda banca que crujía con el solo hecho de que él se moviera o estirara. Y poniendo la carta sobre sus piernas, interrumpió su lectura y estuvo haciendo acopio de las veces que él había estado expuesto a tan terrible enfermedad al auxiliar a compañeros suyos que fatídicamente habían perdido la vida a causa de ella, y de cuáles eran los síntomas más significativos; sí, lo sabía, el vomito negro o fiebre amarilla de las partes bajas, insalubres y pantanosas hacía estragos entre la población de la costa, no en balde los ciudadanos adinerados del puerto de Veracruz, en especial los ricos comerciantes españoles, con suma frecuencia durante los terribles veranos emigraban a Xalapa en busca de mejor clima, y sobre todo libre de enfermedades; muchos de ellos incluso vivían ya en Xalapa y sólo se desplazaban al puerto a la llegada de navíos de España u otros países lejanos. Su padre, pensó, no era la primera vez que visitaba el puerto y lo hacía en cualquier época del año, era de por sí un aventurero innato, inquieto y por cierto de muy buena salud, era, como decía su madre, “todo un roble”, ¿qué le habría pasado? Y sin pensarlo dos veces, a manera de intuición murmuró en voz baja: los negros, los negros esos, sí, seguro que alguno iba enfermo y lo contagió, por ahí debe de andar el problema; además, de inmediato recordó que entre el grupo aquel de trabajadores de color algunos llevaban amarrados con un cordel monos aulladores o saraguatos, y hasta donde él sabía, había médicos que afirmaban que esos animalitos eran portadores de la

enfermedad del vómito negro. ¿Será posible?, se dijo encogiéndose de hombros, dispuesto a retomar la lectura de aquella extensa carta, ¿será posible que todo esto haya sucedido y yo ausente, lejos?, murmuró cogiéndose la cabeza con fuerza. Bien se lo decía yo a mi padre durante nuestro casual encuentro en febrero, ¿para qué lleva usted a esos negros a la hacienda?, el clima les hará daño, ellos son originarios del trópico, tienen otras costumbres, no se van a hallar en Altotonga, salvo que los llevara usted a Mecacalco o para abajo, a Tlapacoyan. Y mira, volvió a decir, para allá los llevó al fin de cuentas, vaya jugadas que nos depara el destino. Y cogiendo de nuevo la carta entre sus manos prosiguió su lectura con ansiedad para conocer a fondo aquel triste desenlace.

*Ya a principios del mes de junio, una vez repuesto y de mejor semblante, aunque no del todo, pues yo me daba cuenta de que tu padre no era el mismo, algo no andaba bien, aparte de sus males; un día se levantó de prisa, ensilló su caballo y con Yabuko en otro caballo, salieron a galope; sólo alcanzó a decirme que por el camino de Tepozoteco se tenía que encontrar con una partida de arrieros que le traían desde las lejanas tierras de Amatlán de cañas, allá por las cercanías de la villa de Córdoba, cientos de tallos de caña de azúcar para sembrarlos en las vegas de los ríos Truchas y Bobos, allá por el rumbo de Mecacalco, donde había adquirido unas tierras para sembrar los brotes de caña, reproducirlos y con el tiempo producir aguardiente de calidad y por qué no, me había dicho, un buen ron. Ese día ya no regresó, sólo me avisó con un arriero que por el camino de Juan Marcos y el sendero de Tatempan había bajado a Mecacalco a organizar la siembra de la caña. Ocho días después regresó y yo lo volví a ver muy decaído, incluso ojeroso, y de plano, ya molesta, lo metí en la cama y le preparé unos baños calientes de pies, pues los traía hinchados hasta los tobillos y se veía abotagado. —Oye —le pregunté—, tú traes mal de orín, ¿verdad? —y bajando la mirada me confesó que sí y no sólo eso, con los ojos vidriosos, llenos de agua, me dijo: “Me estoy muriendo, Francisca, me estoy muriendo!”. Qué momento aquel, de inmediato le hice beber varias infusiones de hierbas de las que utilizamos aquí para esos casos y de algo le sirvieron porque comenzó a orinar y los pies y los tobillos se le fueron desinflamando poco a poco. Mandé traer de Teziutlán al doctor Hinojosa, quien después de revisarlo minuciosamente y platicar con él, me llamó a mí aparte, lejos de nuestra recámara y me dijo que el virus del vómito negro le había vuelto, y más que eso, aseguró el doctor: “Yo creo que nunca le desapareció desde la otra vez, lo que sucede es que él es muy fuerte y trata de sobreponerse a todo y no guardó el debido reposo, su umbral del dolor es muy alto, pero aun así —me insistió— ya tiene afectados los riñones y su respiración sofocada indica una lesión grave en el corazón; así como lo veo, doña Francisca, a su esposo le quedan, cuando mucho, ocho días de vida”. Al terminar de decírmelo, tu padre, furioso, irrumpió en el cuarto donde el doctor y yo platicábamos sin darnos cuenta que nos había seguido, pues no obstante las súplicas de tus hermanas, que no lo dejaban incorporarse, se puso de pie y nos siguió para escuchar todo e increpar al pobre doctor Hinojosa, que apenado no*

*sabía qué hacer o qué decir. Tu padre, sacando fuerzas no sé de dónde, nos encaró a todos y alzando la voz nos dijo: “¡Yo no me muero en la cama!, ¿me oyeron?, ¡eso jamás!”. Y de inmediato ordenó que ensillaran su caballo, se vistió y salió a galope rumbo a Atzalan; detrás de él salió Yabuko en otro caballo y varios de los peones los siguieron hasta el mismísimo barranco de Alseseca, desde donde no acierto a entender si se aventó de manera temeraria con las consecuencias que ya te relaté o, simplemente, desbocado su caballo no lo pudo contener.*

*Después de ese tremendo golpe y las heridas que se había infligido al caer desde esa altura y ser arrastrado por el agua, sobrevivió de manera milagrosa cuatro días más entre la vida y la muerte; ese mediodía, Yabuko y varios de los peones lo trajeron en una parihuela que improvisaron en el momento y el doctor, gentilmente, permaneció con nosotros ayudándolo a bien morir. Él, en su lecho de muerte, con la mirada fija en el vacío, en no sé qué que lo aterraba, sólo balbuceaba a media voz y decía: “¡Francisco Javier!, ¡Francisco Javier!, ¡no te dejes!, triunfa sobre el infame ese, véncelo y vengame, hijo, vengame, que ese infame no se salga con la suya”. Y se calmaba por ratos, permaneciendo estático, con una respiración imperceptible por horas; fueron días de agonía y sin embargo, de dónde, no sé, Dios me dio fuerzas para resistirlo todo y afrontar la situación. Ya en el cuarto día de su agonía, el miércoles 29 de junio, día de san Pedro y san Pablo, santoral y cumpleaños de tu padre, de madrugada, a la hora que yo me había separado de su lecho para traer unas mantas y secarle el sudor que le escurría por la cara, al regresar me sorprendí de verlo tranquilo, con el rostro sonriente y sosteniendo entre sus manos una medalla de nuestro padre san Benito Abad, y a los pies de su cama, la apacible presencia del padre Faustino. Abí estaba, gentil y amoroso, y le tomaba los pies entre sus manos. Yo sabía bien que él ya había fallecido, tu padre me lo comunicó en su momento; ninguno de nosotros supo a ciencia cierta en qué momento apareció, pues todos los ahí presentes lo vimos, no fue sólo una figuración mía, no, ahí estaba junto a tu padre el que toda la vida fue su mentor, su guía, su consejero, y así tu padre, con el rostro transformado, con una sonrisa de beatitud que le iluminaba la cara, tranquilo, poco a poco se fue yendo hasta que expiró, yo le cerré los ojos y le di un beso en la frente; en ese momento, al dirigir la mirada hacia donde estaba el padre Faustino, me sonrió y ante mi sobrecogimiento y estupor, su figura se fue desvaneciendo dejando un grato olor a bosque, a pino.*

*Al proceder a vestir a tu padre ya muerto para trasladarlo al salón principal de la casa para velarlo, al sacudir su chaquetón de paño color vino que tanto le gustaba, cayó la carta que te pongo en la valija, dirigida a ti, lacrada como él lo acostumbraba hacer; no tengo idea de cuándo te la escribió ni en qué circunstancias, sólo respeto su voluntad, porque conociéndolo, sé bien que su deseo era que llegara a tus manos, hijo mío.*

*Con todo mi amor, tu madre  
Francisca Bello viuda de Gómez*

Sin moverse de su banca, de un hilo, como petrificado, leyó la continuación de la carta aquella que con tanto misterio había llegado a sus manos y recordó que precisamente ese miércoles, 29 de junio, día de san Pedro y san Pablo, estando en el pequeño caserío de Alvarado, pensó mucho en su padre y en su hermano; del primero, se decía a sí mismo, es su santo y su cumpleaños; de su hermano sólo era su onomástico, pero los extrañaba a los dos por igual, sobre todo sabiendo que Pedro estaba enfermo. También le inquietaba su padre, pues conociéndolo sabía de lo que era capaz y más después de su encuentro en Puente del Rey, cuando se enteró de sus intenciones de llevar negros a trabajar a sus tierras, de sembrar caña de azúcar para producir aguardiente y de transformar todo aquel entorno con el ánimo de obtener grandes ganancias y consolidar sus propiedades para beneficio de su familia. Ese día asistió a misa temprano y encomendó a su padre y a su hermano a su santo patrono, ignorando lo que a varias leguas de distancia sucedía en Altotonga.

Quiso llorar, pero el nudo que se le hizo en la garganta era tal que por momentos pensó que se asfixiaba; poco a poco se fue calmando y cayó de rodillas frente a aquel pequeño altar en que san Miguel Arcángel parecía sonreírle, y adivinaba que le susurraba al oído: “Todo salió bien, Francisco Javier, todo salió bien, tu padre salió bien librado y ahora descansa en el seno del Señor, ten fe, ten confianza, Dios está contigo”. Y con el cuerpo entero temblando, de nueva cuenta tomó la carta que aún sostenía con su mano izquierda y volvió a repasar los renglones donde su madre le narraba cómo el padre Faustino había ido en auxilio de su padre y lo había ayudado a morir en paz. Qué dicha que ese santo varón, fallecido años atrás, haya cumplido la promesa que le había hecho a su abuela paterna allá en la lejana Málaga, de cuidar como buen mentor a su hijo, a quien se llevaba consigo a las tierras de la Nueva España.

Qué cierto es que para Dios no hay imposibles, pensó, pero lo que no acababa de entender era el porqué de las palabras de su padre, que le retumbaban en la cabeza una y otra vez: “¡Francisco Javier!, ¡Francisco Javier!, ¡no te dejes!, triunfa sobre el infame ese, véncelo y véngame, hijo, véngame, que ese infame no se salga con la suya”. Eso lo dejaba inquieto, no obstante la aparición y presencia del padre Faustino que su madre le describía en la carta, además de la visión que él personalmente había tenido antes de introducirse en la capilla y leer la carta de su madre, pero ¿por qué esa insistencia del santo varón de que nada más entrara a la capilla con la carta de su madre?, ¿por qué?, ¿por qué? Eso no lo entendía. ¿Y si hubiera roto las reglas y la hubiera leído primero, qué habría pasado? ¿O era acaso esa la carta de un muerto, de un

fallecido?, ¿la habría escrito él realmente? Nada era coherente y los mensajes, más que subliminales, reales, directos, sí, pero más que extraños por venir de quien venían. ¿Por qué?, ¿a qué obedecían entonces? Su madre le decía claro que la carta había aparecido en el saco de paño preferido de su padre y que no había dudado en agregarla a la valija al verla lacrada y sellada, y por otro lado, su madre no hacía mención para nada de la tercera carta, la de su hermana Soledad, y el mismo padre Faustino, en su recomendación, le indicó que sólo extrajera la carta de su madre; aunque sí le decía que la valija contenía tres cartas, nunca le dijo de quién eran las otras dos, ¿por qué? Él se dio perfectamente cuenta de quiénes eran por la letra, los sellos y las envolturas de cuero y ahí, en medio de esa incertidumbre, sin dudarlo dos veces tomó la decisión de partir de inmediato para Altotonga. “La carta de mi padre, al ya no estar él, tendré que leerla frente a su tumba”, se dijo a sí mismo.

Ya afuera de la capilla, con mucha entereza, buscó al coronel Jarero Ruiz, quien de inmediato le entregó la valija, sorprendido de que la hubiera dejado afuera. Le agradeció todas sus atenciones y tras enterarlo del fallecimiento de su padre y comunicarle que se iba a Altotonga, le pidió que fuera el amable conducto para hacerle llegar al general Herrera su solicitud de una licencia formal para ausentarse de sus responsabilidades militares por espacio de quince días; le dejó entrever que si su presencia era requerida y los servicios a la nación necesarios, estaba disponible a cualquier hora y en cualquier momento.

Partió sin ayudantes ni acompañantes militares, sólo Juan Cástulo, su fiel amigo, se fue con él. Ya de camino, rumiando el asunto de la muerte de su padre, recordó que en la valija también aguardaba la carta de Soledad, su hermana, la que al igual que la de su padre no había abierto, y se cuestionaba también cuál sería la noticia o qué le querría decir su hermana, quien no era afecta a escribir, y sobre todo a sabiendas de que su madre ya lo había hecho. ¿Para qué dos cartas?

¿Sabría su madre que Soledad también le había escrito?, se dijo, intuyendo que en todo esto de las tres cartas algo había de raro, de misterio; la respuesta era obvia y la deducía de la misma carta de su madre; ella no sabía que su hija también le había escrito. Y sin pensarlo dos veces, en cuanto llegó al caserío de Estanzuela detuvo el paso, se apeó del caballo y alejándose de la vereda por donde transitaba, se orilló un poco y buscó la comodidad de un gran tronco que se encontraba tirado, para sentarse. Al sacar la carta, perfectamente resguardada por una envoltura de cuero de cabra con sus iniciales grabadas a manera de fierro marcador de ganado, lacrada y con el sello de la Estafeta de Atzalan, se dio cuenta que ésta había sido depositada de

manera directa en la oficina de correos y ostentaba la fecha martes 19 de julio de 1825, a diferencia de la de su madre, que no tenía fecha ni visos de haber sido depositada en la oficina; debió haberla mandado con alguno de los mozos a la casa del encargado de la oficina, el buen José Cabañas Pasos, para que le hiciera el favor de enviarla al castillo de San Carlos, a Perote, con la debida urgencia; además, la envoltura de cuero de cabra en que Soledad había envuelto su carta, él personalmente se la había obsequiado a sus hermanas y hermano con la súplica de que cuando hubiera algo importante que comunicarle, en la oficina de correos ya sabían que esa carta tendría que irse de inmediato y, de acuerdo con lo usual en esos casos, la carta le llegaría de inmediato. Todo aquello le pareció algo enredado y sin demora la abrió y comenzó su lectura.

***Carta a mí querido hermano Francisco Javier Gómez Bello***

*Hacienda de Santa Cruz, a martes 19 de 1825*

*Mi querido Paco, yo sé cómo has de sentirte después de haber leído la carta que te escribió mamá, pues es de esperarse que ésa haya sido la primera que leíste; su impacto debe haber sido demoledor, hermano, y no es para menos, pero quiero que sepas que me he visto obligada a escribirte estas letras para contarte toda la verdad sobre los sucesos acaecidos aquí en la hacienda y en Altotonga en tu ausencia. Si bien es cierto que mamá te ha narrado gran parte de lo que ha pasado, no todo lo que te dice sucedió tal cual ella te lo cuenta y sin mayor preámbulo quiero ponerte al tanto; ella, nuestra querida madre, como madre que es, no ha querido darte todos los detalles y ha preferido ocultarte algunas cosas para no comprometerete como hijo de Pedro Gómez y como militar de alto rango. Yo, contrariamente a mi manera de ser, y tú me conoces, hermanito, me atreví a busmear la carta que mamá te escribió en un descuido que ella tuvo cuando se enfascó en la cocina con los preparativos de la confección de tamales, galletas y otras frituras para obsequiar a quienes nos acompañan en los rezos; la dejó encima de su cama y para mí fue fácil echarle un ojo, y he llegado a la conclusión de que debido a su inmenso amor de madre prefirió ocultarte algunas cosas. Eso sí, lo de que encontró la carta dirigida a ti, así fue, estaba en el chaquetón de paño que tanto le gustaba a papá, pero de eso a que te haya contado todo lo que ha sucedido hay un abismo de distancia.*

*Cuando nuestro padre regresó de Veracruz, ciertamente no había nadie en casa, ni aquí en la hacienda ni en las casas de Altotonga; Pedro, como se sentía mejor, también había salido e incluso se quedó por allá, en el barrio de Santiago, como dos o tres días. Papá, como traía algunas mercancías para la tienda, hizo una parada*

*en el pueblo y al grupo de negros que traía consigo lo dejó frente a la capilla de santa María Magdalena, justo enfrente del camposanto; imagínate lo que esto provocó, nuestras gentes no están acostumbradas a contemplar de cerca a personas de color negro y pronto se esparció por todo el pueblo el rumor de que don Pedro Gómez había traído consigo a varios demonios negros a perturbar la paz y tranquilidad de quienes descansaban en el cementerio. Hubo quienes lo consideraron como una blasfemia y una falta de respeto a los habitantes del pueblo, pues junto con sus bestias pisoteaban las tumbas de sus antepasados y seres queridos sin ningún respeto, y sobre todo, argumentaban que éstos iban contagiar al pueblo de la terrible enfermedad del vomito negro, que nuestras buenas gentes asocian con ellos, y como todavía perdura entre la gente la penosa experiencia de la epidemia de cólera, pues su recuerdo está fresco y tú bien sabes cómo diezmó a la población, no faltó gente mal intencionada que propalara toda una serie de comentarios y chismes en ese sentido.*

*Eso fue sólo el principio, y mira que papá no demoró mucho tiempo en descargar la mercancía y continuar su camino hasta la hacienda. Allá, al llegar, también impactó la presencia de los negros entre los peones y algunos de ellos huyeron despavoridos. En El Encanto, e incluso en las afueras de Santa María de Tlapacoyan, no fue menos la reacción de las gentes al contemplar la llegada de los negros; luego, en lugar de haberlos dejado allá los trajo consigo de regreso e hizo que lo acompañaran en su viaje a Mecacalco y de nueva cuenta regresaron aquí a Santa Cruz. Nuestra madre, preocupada por esta situación, le pidió pues que por qué no los mandaba a El Jobo de planta, pues además ahí el clima les sentaba más, aquí los pobres siempre tenían frío y entre sus pertenencias no traían ropa adecuada para este clima, al grado que hubo que aprovisionarlos de cobijas, mantas, unos buenos sarapes y unas abrigadoras cotorinas. Pues como te decía, nuestra madre se preocupaba de todo lo que se rumoraba lo mismo en Altotonga que en Atzalan: que si eran una partida de brujos, que si eran hijos del demonio, que si practicaban la magia negra, que si les faltaban al respeto a las mujeres; luego inventaron que habían violado a dos jovencitas que se bañaban en el río y un sinfín de patrañas, pues en realidad, fuera de su aspecto negro y corpulento, estos individuos resultaron buenas personas, al grado de que una partida de ellos acompañaron a Pedro nuestro hermano al Barrio de Santiago y ayudaron a los padres franciscanos de ahí a techar la capilla con vigas nuevas que ellos mismos aserraron cerca de San Miguel Tlalpoalan, en un predio que tiene nuestro padre por ahí; el trabajo que hicieron en la capilla quedó precioso, pues no se conformaron con poner las vigas, sino que como dos de ellos son ebanistas, las barnizaron y no sabes lo contentos y agradecidos que estaban los hermanos franciscanos con Pedro y con los negros. Pero volviendo a la petición y sugerencia de nuestra madre, papá se opuso y dijo que había decidido que anduvieran con él, que de ese momento en adelante serían algo así como su escolta en virtud de la serie de asaltos y robos que se estaban presentando en los caminos y a la pérdida misma de cabras y borregos en la hacienda; y nos confió que días antes de emprender su viaje a Veracruz, una tarde que se aventuró por la zona de Juan Marcos en compañía de dos de sus peones a rastrear unas reses que dizque se habían escapado, pero*

*más bien se habían robado, se topó con el gobernador indígena, quien además de estar en estado de ebriedad y acompañado por veinte hombres, lo ofendió, retándolo y amenazándolo de que se cuidara, que ya estaban hartos de que él siguiera comprando más tierras y acaparara sus bosques, pues los estaba dejando sin sus tierras comunales y que además era un mal hombre, pues en lugar de contratarlos a ellos para que trabajaran en la hacienda, prefería traer cuadrillas de trabajadores de otros lados dejándolos a ellos sin trabajo. Esa ocasión nos dijo que sintió temor, que se sintió rodeado por todos ellos y tuvo que hacer varios disparos al aire para amedrentarlos y regresar a galope hasta salvar una distancia considerable; “por eso me gusta que me acompañen”, nos hizo hincapié en esa ocasión que te platico.*

*Un día que nuestro padre bajaba de Altotonga a Atzalan por el camino de Las Cueras, curiosamente acompañado sólo por dos peones de aquí de la hacienda porque él pensaba regresar a Altotonga, pues nada más iba por una carga de maíz que esperaba de El Jobo, ya de regreso, en compañía de más peones y una recua de mulas con el maíz a cuestas, lo interceptaron varios indios de la zona de Juan Marcos que habían asistido a una reunión con su gobernador, y envalentonados, lo amarraron después de golpearlo, lo montaron a una mula pero al revés, con la cara hacia la cola del animal, y le vendaron los ojos, llevándoselo no sé hacia dónde; ante esta inusual situación, algunos de los peones que le acompañaban lograron huir y nos dieron aviso en la hacienda. En ese momento, sin pensarlo dos veces, Abuso, el más grande y fornido de los negros, quien le había cogido aprecio a nuestro padre y siempre andaba con él, y a quien ese día mi padre le había dicho que se quedara a descansar porque al día siguiente se irían para Mecacalco, además de que su esposa y sus pequeños hijos acababan de llegar de Amatlán con un grupo de seis negros más, cargando dos pistolas y un mosquete, aparte de su gigantesca guaparra cuidadosamente afilada, salió a buscarlo con todos los negros de su cuadrilla y los peones que habían dado aviso. Lo encontraron por el camino hacia Chichicapa, con la turba enardecida que lo jalaba e insultaba, y justo en el momento en que habían decidido colgarlo de la rama de un gran encino, Yabuko, disparando a diestra y siniestra y blandiendo su guaparra, descabezó a más de cinco, hirió a varios y se los arrebató; gracias a eso, nuestro padre llegó con vida aquí a la finca, muy adolorido de tanto golpe y con una fea herida de machete en la pierna izquierda, pero con vida. ¡Pobre!, lo hubieras visto, llegó como santocristo, todo molido de los palos que le dieron; de milagro no lo mataron, este hombre y sus benditos negros llegaron a tiempo. En el pueblo luego se corrió la voz de que lo habían matado los indios por ser un patrón cruel y despiadado y por despojarlos de sus tierras; otros decían que porque lo habían visto haciendo brujería y platicando con los monos que traían consigo algunos negros y que también lo habían visto por el rumbo de las cuevas, adonde acudía con los negros a celebrar ritos paganos y a invocar a no sé qué espíritus demoniacos; todo sucedió tan rápido, tan de improviso, que nunca hubiéramos creído que estas gentes de Juan Marcos fueran así. No cabe duda de que alguien los envalentonó y les*

*dijo que el viejo Pedro había traído a la región la desgracia al invocar a espíritus malignos; Dios quiera que no haya sido ningún clérigo hipócrita o algún catequista mojigato de los que abundan por aquí.*

*Esa noche, después de que lo rescataron, todos los negros montaron guardia alrededor de la casa de la hacienda y con antorchas iluminaban los caminos aledaños; nuestra madre guardó silencio y aunque denunció los hechos en Jalacingo y en el mismo Altotonga a las autoridades, mandó con dos mensajeros avisar al castillo de San Carlos de Perote todo lo que había sucedido y de ahí, ignoro a quién se haya dirigido ella, enviaron a treinta soldados al mando del teniente Efrén González López, oriundo de Jalacingo, a quien de sobra conoces, a resguardar la hacienda y estuvieron por espacio de veinte días; se retiraron luego de los funerales de nuestro padre, quien sobrevivió al linchamiento todavía más de quince días. Todo lo demás que nuestra madre te contó, de que él se quiso privar de la vida, fue cierto, pero todo a raíz de ese bochornoso incidente con los indios, a los que todavía no sabemos quién los pudo incitar a cometer tal tropelía. Sí, nuestro padre tenía muchos enemigos, en especial los indios no lo querían, pero en el fondo era un buen hombre, claro, a su modo y también ayudaba a mucha gente. Después del fallido linchamiento, cuando parecía que su recuperación era una realidad, se le presentó lo del vómito negro, que fue lo que lo movió a huir de la casa, débil y convaleciente como estaba, para despeñarse por el rumbo del arroyo de Alseseca; lo demás ya nuestra madre te lo detalló en su carta, sólo que yo quería, hermanito, ponerte al tanto de la realidad de todo lo que ha sucedido durante tu ausencia para que ahora que vengas, con serenidad trates de apaciguar esta fea situación; y entiende a mamá, no te contó cómo en realidad fueron las cosas para no mortificarte y además, qué gamábamos, tú a tantísimas leguas de distancia; menos mal que Pedro, nuestro hermano, bastante mejorado de sus males, a la muerte de papá tuvo a bien llevarse a Mecacalco a los negros y evitar así alguna venganza y acallar tanto chismes y malentendidos. Él permanece por allá, está bien y dice que las cosas en Mecacalco marchan como a papá le gustaba que se manejaran los asuntos de esa hacienda, tan poco trabajada. Aguardo tu regreso, hermanito, tranquilo y no te sorprenda nada ni nadie que te quiera llenar la cabeza de historias malas y distorsionadas, porque hartas son las versiones que se corren por esos caminos de Dios. No quiero terminar estas letras sin que sepas que la hermosa Guadalupe, tu preciosa hija, a quien yo siempre llamo Lupita de cariño, se portó de maravilla en toda esta serie de feas situaciones por las que hemos pasado. Nuestra madre, Rosario y yo procuramos mantener a la niña al margen de todos estos revuelos en que se vieron atrapadas la hacienda y nuestras vidas y nunca la dejamos sola; o estaba con ella Rosario o yo, o nuestra madre cuando se lo permitía papá, pues ya ves que él, tratándose de que lo atendieran, no permitía que nadie lo hiciera de no ser nuestra madre, y todo el tiempo que estuvo en cama, tu adorada hijita, para beneplácito de nuestro padre, le hacía compañía y ayudaba a darle su chocolate o atole a su querido Papá Pedro, como ella le decía. Lupita está bien, con el duelo natural por el que todos hemos pasado, pero bien; lo que sí no le consuela es el que no estés a su lado, pues vaya que te extraña tu pequeña hija. Ansiamos abrazarte pronto todos, nos haces falta.*

*Te quiere tu hermana  
Soledad Gómez Bello*

Apenas había terminado de leer la carta de Soledad cuando de un promontorio rocoso al fondo del camino emergieron a la distancia tres recuas de mulas que subían procedentes de Santa María de Tlapacoyan y para su sorpresa, doña Matilde en persona, acompañada por tres de sus hijos varones, encabezaba aquella partida de bestias, arrieros y mercancías que transitaban con destino a la hacienda de Los Molinos, según palabras textuales de aquella mujer de carácter que no cesaba en sus actividades y luchaba a brazo partido, no sólo por conservar lo que le había heredado su difunto marido, sino por acrecentarlo en beneficio de su numerosa prole.

—Mi joven amigo —le dijo sorprendida al ver a Francisco Javier de sobrio uniforme militar republicano, totalmente distendido sobre un añejo tronco de encino, todavía con el pergamino de la carta de Soledad en la mano, el cual se apresuraba a enrollar, quien atónito, sin poderlo creer, le sonrió de manera franca a aquella valiente mujer de grata memoria que se aventuraba lejos de su hogar en busca de los recursos pecuniarios que requería para su manutención, la de sus hijos y la de sus fincas, dispuesto a incorporarse para saludarla—, tantos años sin verte, sin saber de ti y de tu hermosa criatura del Señor. ¡Qué ingrato eres!, ¿qué malas caras viste en Tlapacoyan que jamás volviste?

Y tomándolo con afecto por la cabeza, le plantó un beso en la mejilla y sosteniéndole el rostro con sus dos manos, lo veía sin cesar con sus bellos ojos garzos.

—¡Doña Matilde!, ¿usted en persona, a caballo y a pleno sol del mediodía? ¿Qué hace por estos lares? ¿A dónde va tan apurada y con tanta carga? Si hasta parece una caravana —y sin pensarlo dos veces se dejó besar y estrujar, al tiempo que él también le daba un beso en la frente y sujetaba con su mano el freno de aquel caballo de buenas carnes y gran alzada que montaba como correspondía a una dama, sobre una cómoda silla provista de una especie de barra a manera de estribo donde podía apoyar sus pies, enfundados en unos botines de grueso cuero cuyas botonaduras le cubrían hasta media pierna—. ¿Le ayudo a descender, mi querida señora? —le preguntó Francisco Javier—. Tanto tiempo sin vernos amerita la ocasión, ¿no le parece?

—Por supuesto, hijo, y como ya es después del mediodía, nada me complacería más que aceptaras comer con nosotros —le dijo, al momento en que con la ayuda del joven coronel se

bajaba del caballo—; y mira, precisamente veníamos pensando en buscar un lugar para apearnos, encender lumbre y disponernos a calentar nuestros alimentos, pues salimos muy de madrugada de Alseseca y ya hace hambre. Y cuando vi esta pequeña explanada —prosiguió— me dije, lástima, ya está ocupada, pues a la distancia no acertaba a saber quién o quiénes eran; ya estaba de Dios que nos encontráramos y comiéramos juntos, ¿no crees?

—Claro que acepto, y con mayor razón si me convida de ese rico queso de cabra asado que usted prepara; hace buen rato que no lo pruebo, mucho menos estando en Alvarado, donde creo que ni conocen el queso —dijo en tono jovial, con dejos de nostalgia, procurando sobreponerse al cúmulo de noticias negras que venía recibiendo desde la mañana en el castillo de San Carlos de Perote, merced a las cartas que habían llegado, y sobre todo manteniendo la calma y ahogando un sínfin de emociones encontradas; menos mal que la presencia de esta maternal mujer lo remitía a recuerdos agradables de nueve años atrás.

—Pues pa' luego es tarde, mi joven coronel —comentó animosa la mujer al ver las tres estrellas en los galones de la chaqueta de su amigo, apremiando a sus hijos a que desmontaran; los arrieros que la acompañaban de inmediato encendieron el fuego, hicieron una hornilla rústica con varias piedras del camino y colocaron encima un grueso comal de fierro; pronto, de unos huacales sacaron varias cazuelitas de guisados, adobos, tortillas y el esperado queso de cabra fresco, que crepitaba sobre el fierro caliente y despedía ese olor inconfundible que avivaba el hambre, olvidada desde el temprano amanecer en Las Vigas, población desde la que había partido Francisco Javier todavía con luna.

—Te noto triste, hijo —le dijo la perceptiva mujer, al momento que le preparaba un taco de queso de cabra—. Pero mira, si aquí está contigo el imprescindible Juan Cástulo, ¡qué barbaridad, muchacho, no te había reconocido con ese uniforme! La vez que te conocí, cuando llevaste las cabras que me obsequió tu patrón, no portabas uniforme, se te ve bien, muchacho, muy bien, enhorabuena —le dijo al fiel ayudante, compañero y amigo de Francisco Javier, quien jamás se separaba de él y siempre estaba al pendiente de todo y parecía husmear y hasta adivinar si alguien venía o los seguía a distancia por el camino—. Pero a ti te sucede algo —volvió a decirle la mujer, ya un poco angustiada al darse cuenta que a Francisco Javier se le comenzaban a rodar las lágrimas—, yo insisto, este corazón de madre no se equivoca.

Y tomándolo del brazo se internó con él en el pequeño bosque cercano, al influjo de una leve brisa que había comenzado a soplar, y abrazándolo fuerte lo dejó que llorara en su regazo por espacio de varios minutos.

—Lo sé todo, mi niño —le dijo con voz suave y entrecortada—, en estos pueblos, ahora sí como reza el refrán, se sabe todo como reguero de pólvora. Tienes que ser fuerte, sobre todo cuando llegues a tu casa y te encuentres con tu madre y con tus hermanas, porque a Pedro, tu hermano, lo dejé visto en Tlapacoyan la tarde de ayer en que salí rumbo a Alseseca. Él me puso al tanto de todo y no sabes cuánto lo siento, la muerte de cualquier ser humano es una pérdida irreparable, pero cuando ésta se cierne sobre un ser querido, como lo es el caso de tu padre, duele más y la herida tarda en sanar. Llora, llora todo lo que quieras y saca toda la sensibilidad de que eres capaz, no te guardes nada, échalo todo fuera y así el restañamiento de las heridas vendrá junto con la calma. Él ya descansó y así como llevó una vida azarosa, llena de sobresaltos, de proyectos que emprender, de constantes viajes, finalmente Dios le concedió morir en los brazos de tu santa madre y rodeado de tus hermanos; el destino quiso que tú no estuvieras ahí, pero tenlo por seguro, él si te tuvo en su corazón al momento de fallecer, ¡porque vaya que te quería!, eras su constante preocupación, muchacho —y sin dejar de hablarle al oído lo sostuvo entre sus brazos, recargados sobre un grueso pino, durante varios minutos, hasta que los sollozos y suspiros acompasados de Francisco Javier se fueron acallando y recobró la calma.

—Ni una palabra más al respecto —murmuró la mujer—; yo de regreso pasaré a ver a tu madre y a tus hermanas, te lo prometo; ahora no pasé porque traigo apuro de hacer una entrega de tabla de cedro en la hacienda de Los Molinos y por lo que veo, el norte y la lluvia me vienen carrereando y no quiero que se mojen las tablas, se enhuecarían y quedaría mal con mi pedido.

Una vez que hubieron comido todos, Matilde, con dos de sus hijos al frente, echó por delante las mulas que transportaban la tabla y ella permaneció unos momentos más haciendo compañía a Francisco Javier en lo que los arrieros levantaban las cosas y apagaban el fuego. Ya para despedirse, arriba ya de su caballo le dio un gran beso y le dijo: —Nos vemos a mi regreso, que será leve, no tardando, daré la vuelta el sábado, que muero de ganas por volver a ver a tu hijita, debe ser ya toda una niñita muy hermosa, pues si mi memoria no me falla, este 12 de diciembre cumplirá nueve años —y al decir esto golpeó levemente con su fuete las ancas del caballo y éste apresuró el paso y detrás de ella el resto de los arrieros que la acompañaban. Francisco Javier todavía permaneció un buen rato en aquel pequeño remanso de bosque donde la niebla, cuajada de gotas de rocío, comenzaba a caer al suelo sobre la hojarasca de encino y las piñas de los pinos, generando un creciente goteo que sonaba plácidamente y avivaba los sentidos, dejando percibir el inigualable olor a tierra mojada preñada de resina.

El furtivo encuentro con doña Matilde, providencial, le ayudó a desahogarse y a meditar durante todo el camino cómo sería su encuentro con su madre, con sus hermanas y en especial con su adorada hija, a la que ansiaba ver más que a nadie. Todo o casi todo se había dicho o comentado, nada había que añadir ni hacer más grandes las heridas, su padre llevaba ya más de cuarenta y ocho días descansando en el Señor; su madre, conociéndola cómo era, debía de estarse sobreponiendo, sobre todo para darle buena cara a su hijo más pequeño, a él, a quien había decidido no decirle toda la verdad hasta que las heridas hubieran cicatrizado, sin saber ella que ya Soledad, la gran confidente de Francisco Javier desde niños, lo había puesto al tanto de todo. Debía ser prudente, amoroso, discreto y no revelar ni a una ni a otra lo que ya era de su conocimiento y sentía su corazón. El tiempo, con el devenir de los días, las semanas, los meses y los años, sería el mejor bálsamo para el alivio, mas no para el olvido, pues éste sí traería la pérdida de la memoria y sin ella la muerte entera los enterraría a todos y el viento se llevaría los recuerdos, que no deberían de pasar, sino de permanecer en todas las buenas conciencias.

Al llegar a la hacienda, como si supieran de su inminente arribo, su madre, sus hermanas, Guadalupe, su pequeña hija, y un buen número de trabajadores y peones del campo lo esperaban frente al monumental arco de cantera labrada que sostenía las dos hojas del gran zaguán de madera de encino tallada que se abrían para dar paso a la propiedad de los Gómez y que había mandado construir el propio Pedro Gómez Larrañaga, ahora difunto, para darle majestuosidad y señorío a la entrada que, tras una larga calzada de losas de cantera flanqueada por fresnos, encinos y piñones, conducía al interior de los grandes y vetustos muros que circundaban la gran casa, rodeada de trojes, bodegas, cobertizos, caballerizas, corrales y una serie de viviendas para la servidumbre, todo al abrigo de esa gran muralla interior; incluso un canal por donde circulaba el agua del río, todo protegido para descanso y seguridad de sus moradores. Lo primero que llamó su atención fue el gran moño morado, a manera de crespón, que pendía guindado de lo alto del arco y cobijaba, en señal de luto y respeto, el escudo de armas de la familia; al llegar, ya pardeando la tarde, se apeó de su montura, de la cual se hizo cargo Juan Cástulo, y corrió al encuentro de su hija, de su niña, quien echándole los brazos al cuello lo estrechó con fuerza como para que nunca más se ausentara tanto tiempo de casa. Fueron largos minutos de alegría, sollozos y suspiros los que acompañaron aquel encuentro tan deseado, que se repitieron con todas y cada una de las mujeres de la casa, sin separarse de su lado la pequeña Guadalupe, quien radiante de alegría lucía sus rubios cabellos al influjo de los rayos del sol que parpadeaban atrás de las colinas cercanas, en el poniente de la hacienda.

—¡Hijo mío! —le susurró su madre al oído tomándolo del brazo izquierdo, porque el derecho Guadalupe se había hecho el firme propósito de no soltarlo; se fueron caminando por la calzada en dirección a la entrada de los muros interiores y ya para llegar, le señaló el lugar donde se estaba construyendo una pequeña capilla a manera de ermita y sin poder contener las lágrimas le dijo: —Aquí está, hijo, aquí quiso quedar y me hizo prometerle que construiríamos aquí un cementerio familiar para él y para los que después le sigamos.

Todos se detuvieron y Francisco Javier pudo observar que en la parte superior de un promontorio de tierra, cuidadosamente apisonado con piedras redondas de río y lleno de plantas y flores, reposaba una pequeña cruz de madera que tenía escrito con buena caligrafía: *Pedro Gómez Larrañaga. Málaga, 29 de junio de 1760; Hacienda de la Santa Cruz, 29 de junio de 1825.*

—Ya pasaron los cuarenta días de rigor para levantar la cruz, hijo —le comentó su madre acariciándole el rostro con ternura al verle triste y con la mirada vidriosa, con ese llanto contenido de dolor que le ahogaba—, pero como todos estuvimos de acuerdo en que el padrino de cruz ibas a ser tú, decidimos aguardar tu regreso y por eso nos encontraste a todos congregados a la entrada de la hacienda, para que hoy mismo, aunque ya casi está oscureciendo, nos hagas el favor de hacer el levantamiento de la cruz y deposites en su lugar otra cruz de madera que deberá permanecer ahí hasta que se hagan bien las losas de cantera y el monumento que le vayamos a poner —prosiguió diciendo doña Francisca al tiempo que le daba instrucciones a uno de los peones para que se asomara al camino de Atzalan a ver si ya venía el padre Marcos Valderrama para que bendijera la nueva cruz.

—Le pedí al padre Marcos que nos hiciera el favor de acompañarnos —le explicó a su hijo—, no tienes idea de lo maravilloso que es este santo hombre y lo bien que se ha portado con nosotros en estos aciagos días de luto y dolor; él nos hizo todas las ceremonias del funeral, desde la misa de cuerpo presente que llevamos a cabo en la parroquia de San Andrés, aquí en Atzalan, hasta el entierro, los nueve días de rezos posteriores y lo más importante —agregó—, la bendición y santificación de los terrenos donde está sepultado, porque eso sí, el mismo padre Valderrama me hizo hincapié en el hecho: “Primero es menester santificar el lugar para que repose en un lugar consagrado al Señor”, y así se hizo.

Francisco Javier, anonadado, sin saber qué decir ni qué hacer en medio de tantas emociones encontradas, asintió con la cabeza a todo lo que decía su madre y abrazándola con fuerza, rompió a llorar en silencio ante el respeto y estupor de quienes presenciaban aquella escena del regreso del hijo menor de la familia, que había sido el gran ausente en aquellos días

de triste memoria. A casi cincuenta días de la muerte del patrón, la casi totalidad de los trabajadores de la hacienda se habían congregado de nuevo en torno al difunto, algunos en compañía de sus familias, y una vez terminada la luz del día, en medio de esa tarde calurosa de agosto, encendieron cientos y cientos de veladoras que cintilaban a merced del tenue viento que soplaban en consonancia con el cielo cuajado de estrellas en una noche sin luna. Una vez que llegó el padre Valderrama comenzaron los cantos, los rezos y entronizaron la nueva cruz, que contenía la misma inscripción sobre la madera; dejaron cientos de veladoras ardiendo e hicieron un caminito hasta la entrada de la casa, donde les aguardaba a todos los presentes, a todos los que habían concurrido al levantamiento de la cruz, un refrigerio a base de atole de maíz, tamales, buñuelos y una copa de aguardiente para los varones adultos y alguna que otra señora ya de edad que se permitían esa libertad, más por la edad que por su condición de género.

—Madre, y a todo esto, ¿cómo es que usted supo que yo llegaba hoy, precisamente hoy en la tarde? —le dijo Francisco Javier, sorprendido de ver todos aquellos preparativos.

—Ya ves, hijo mío, Dios hace milagros y la intuición femenina no falla —le contestó serena dirigiéndole una sonrisa de complicidad a Juan Cástulo, quien al momento se ruborizó todo y no hallaba el momento de escabullirse.

—No cabe duda que en estos caminos hay muchos pajaritos y más que eso, madre, agoreros que predicen el futuro —le contestó a su madre, con una amplia sonrisa que rompió la sensación de duelo de esa noche.

—No, hijo, no te enfades con mi ahijado —le dijo su madre al instante—, él sólo fue el instrumento del Señor; en la fortaleza o castillo de San Carlos de Perote, como le llaman ustedes los militares, había una persona ya con instrucciones precisas del general Herrera de avisarme en cuanto tú llegaras por esos lares y así fue; Juan Cástulo sólo confirmó que ese mismo día llegarían, que no pernoctarían en el castillo.

—Pues sí, no sé qué sucede conmigo que no ato cabos, madre, y ahorita precisamente que lo veo, lo entiendo todo —le respondió Francisco Javier a su madre moviendo la cabeza en señal de incredulidad, al darse cuenta quién había sido la persona encargada de avisar sobre su llegada; era lógico, más que obvio y sonrió de buena gana.

—¿Qué ves o a quién ves o de qué me hablas? —preguntó Francisca, sorprendida.

—Pues de Rodrigo, madre, de Rodrigo mi primo; él estaba a la entrada del castillo, a un lado del foso, cuando traspasé el puente y a él le pregunté precisamente dónde podría yo encontrar al general Herrera, informándome de inmediato que el general había partido hacia

Puebla y que de momento estaba de encargado el coronel Jarero Ruiz, y ahora que lo estoy viendo aquí, entre los familiares cercanos que nos acompañan, todo tiene lógica; debo de entender que él llegó desde temprano, pues en el castillo no lo volví a ver —le aclaró a su madre y se dispuso a saludar a todos los parientes que de Altotonga habían venido a participar en el levantamiento de la cruz.

Los rezos siguieron a los cánticos ya dentro de la casa y una vez terminados los misterios dolorosos de ese Santo Rosario dedicado al patrón, poco a poco las buenas gentes aquellas procedentes de Talixco ahí luego, de Texacaxco, de Tezahuapan, de Altotonga, de Atzalan y hasta del lejano Barrio de Santiago, ya bien entrada la noche se fueron despidiendo y formando pequeños grupos según el lugar de donde habían venido; se acompañaban para sortear, con la ayuda de algunas teas de resina y linternas de velas de cera, las veredas hasta sus casas; los que vivían dentro de la hacienda se acomodaron a levantar todo y a dejar limpio el lugar de hojas de tamales y de jarritos de barro que debían de lavarse cuidadosamente para el próximo rezo. Francisco Javier, en compañía de su madre, despidió hasta la última persona y encamino al padre Marcos Valderrama hasta la capilla de la Santa Cruz, vecina de la hacienda, donde aledaño a la sacristía tenía un par de habitaciones como el vicario coadjutor de Atzalan que era. Mientras, dentro de la casa, en las habitaciones de Soledad y Rosario, Guadalupe, con la sonrisa reflejada en sus labios, dormía de manera profunda, feliz, porque su padre había vuelto después de casi siete meses de ausencia. La noche cuajada de estrellas cintilaba a intervalos de oriente a poniente y de norte a sur, y en la espesura de la oscuridad las luciérnagas iluminaban los senderos húmedos de rocío al cobijo de los aires tibios del sur que auguraban días de lluvia por venir que apaciguaría la sed de la tierra y las necesidades de la siembra, porque ese año la temporada de aguas se había retrasado en exceso y la canícula, en cuanto llegara, amenazaba con tardar largo rato.

Ya en sus habitaciones, mientras se quitaba las botas y estiraba las piernas, Francisco Javier repasaba la azarosa y pesada jornada de ese día, que había comenzado en el mesón de don José en el pueblo de Las Vigas a las cuatro de la mañana; al revisar su reloj de bolsillo se dio cuenta de que iban a dar las doce de la noche. Diecinueve horas sin parar era una larga jornada, ¡y qué jornada!, pensó para sí mismo, al tiempo que contemplaba la gruesa leontina de oro, regalo de su padre al igual que el reloj, que saliendo de la bolsa y cayendo hacia abajo de manera elegante realzaba la chaqueta de su uniforme. Su padre, su padre, quién se lo iba a decir, recordó el encuentro en Puente del Rey en el mes de febrero, fue la última vez que se vieron. Se recostó y

enfundado en un camisón de franela, echándose encima un grueso cobertor de lana, se quedó profundamente dormido.

Al día siguiente le amaneció tarde y nadie intentó despertarlo antes de tiempo. Su madre ya les había dicho a sus hijas y a la pequeña Guadalupe que no lo fueran a despertar, pues el cansancio y la pena que cargaba eran manifiestos y tendría que reposar lo suficiente, sólo así podría recuperarse y comenzar a ayudarle a ella en el manejo de los asuntos de las haciendas y negocios que, por espacio ya de casi dos meses, no estaban lo debidamente administrados. Despertó pasadas las dos de la tarde en medio de una copiosa lluvia que se había enseñoreado de la región apenas comenzada la mañana, nadie le hizo ruido y las gruesas cortinas de lana, además de las maderas que se cerraban tras los grandes ventanales, prolongaron la oscuridad por horas y lo aislaron del bullicio de la casa. Cuando despertó y se talló con fuerza los párpados, no acertaba a distinguir nada a su alrededor y de pronto no supo ni dónde estaba ni qué había pasado, sólo sentía ante sí el peso del gran cobertor de lana que lo cubría todo y lo inmovilizaba, pero el cansancio de días de cabalgar lo invitaba a seguir acostado; poco a poco sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y comenzó a escuchar el ir y venir de su madre, su hija y sus hermanas, que en voz baja cuchicheaban y se preguntaban si ya despertaría. De inmediato, todo lo acontecido desde el día que había recibido el mensaje de que debía presentarse en Perote, y en especial lo sucedido el día anterior, se le agolpaba en imágenes disímbolas que iban y venían; de manera pausada fue tomando conciencia de todo lo acaecido y decidió que lo primero que tenía que hacer era dar muestras de que ya había despertado.

—Estoy despierto, madre, pase, pasen todas —exclamó de manera clara, al momento que con la punta de su sable logró entreabrir las pesadas guardas de madera de la ventana que le quedaba cerca, con todo y las cortinas; entonces, la poca luz del mediodía brumoso le hizo reconocer las dimensiones de su recámara, así como la serie de objetos que le rodeaban—; pasen por favor, pasen, no se detengan que hoy, por lo que veo, me amaneció muy tarde.

Guadalupe fue la primera en entrar, abriendo la puerta de par en par y detrás de ella, con un candelabro de mano de cinco velas, su madre iluminó toda la pieza y dirigiéndose hacia una esquina, hizo descender el gran candelabro anclado al techo para encender una a una las velas y darle total claridad a aquella recámara en verdad acogedora que había permanecido cerrada durante mucho tiempo.

—Hágase la luz, hijo, ¿cómo amaneciste?, ¿descansaste? —lo saludó su madre, mientras Guadalupe, de un brinco, se subió a la cama de su padre y se acurrucó con él—. Querrás darte

un buen baño, hijo, ya el agua está bien caliente y todo está dispuesto en el cuarto de baño: la tina limpia, las mantas y toallas para que te seques, así como ropa cómoda y una bata gruesa — le dijo su madre, quien acercándose le dio un beso en la frente mientras él permanecía abrazando a su pequeña hija, que lo interrogaba acerca de los lugares a donde había ido y le decía que ella todas las noches le pedía a Dios y a la Virgen que lo cuidaran y pronto se lo trajeran de regreso. Doña Francisca, al contemplar aquella escena y escuchar la vocecita de la niña, que llena de ilusión platicaba con su padre, se enterneció a tal grado que el llanto le ganó y mejor salió de la pieza para dejarlos a ellos solos, tenían tanto de qué platicar —se dijo a sí misma y se encaminó rumbo al cuarto de baño a supervisar que el agua caliente estuviera lista y fuese lo suficiente para que se llenara la tina.

Finalmente, después de una larga y amena charla con su pequeña Guadalupe, ambos se quedaron profundamente dormidos al arrullo de la modorra del mediodía y del inicio de una tarde lluviosa de agosto. El olor a especias y a comida recién preparada que salía de la cocina y se colaba por todos los corredores y pasillos de la casa los despertó y Francisca le recordó de nueva cuenta a su hijo que era la tercera vez que calentaban el agua, a lo que él, solícito, se aprestó a dirigirse al cuarto de baño al que hacía tiempo no entraba. En esa ocasión le pareció algo cambiado y se asombró al descubrir en el centro una gran pila de cantera recubierta de azulejos de talavera de Puebla en tonos de amarillo, rojo y azul que realzaban la belleza de la misma. Vaya, pensó de inmediato, hasta que habían construido una pila digna de la casa, sobre todo si la comparaba con las grandes cubetas de madera calafateada que utilizaban antes. Aunque no era tan amplia; más bien era de sobria elegancia castrense, era más acogedora y conservaba mejor el agua caliente.

Primero, sobre una tarima de madera prefirió bañarse a jicarazos utilizando los tradicionales zacates para restregarse el cuerpo, auxiliado por el tradicional jabón de lejía; los polvos, sales y otras exquisitezcas que utilizaban las mujeres de la familia, los dejó para la nueva pileta que, además de elegante y bonita, era de gran tamaño en realidad y podía estirar las piernas y sumergirse por completo. Una vez que se hubo afeitado la barba y restregado el cuerpo a conciencia se metió en ella sólo por espacio de unos minutos, pues el hambre apremiaba y no podía hacer esperar a su madre, a sus hermanas y a la pequeña Guadalupe, que sin duda habrían almorcizado a buena hora y ya pasaban de las cuatro de la tarde. Se vistió y pronto se hizo presente en el comedor para no hacerlas esperar demasiado tiempo; todas lo aguardaban expectantes y

las viandas comenzaron a circular y los ricos aromas de la comida se esparcieron por el gran comedor de la casa.

—Se nos está olvidando lo principal, familia —dijo doña Francisca, haciéndose escuchar en su papel de la matrona de la casa—, ya se están sirviendo la comida y aún no hemos dado gracias a Dios. Ahora, como corresponde —dijo dirigiéndose a Francisco Javier, quien a propósito no se había sentado en la cabecera que usualmente ocupara su padre—, la oración la tienes que dirigir tú, el hombre de la casa —y obedeciendo a su madre, Francisco Javier, un tanto turbado por la encomienda que le acababan de dar, de manera sencilla se persignó, dio gracias a Dios por los alimentos que iban a recibir, por su bondad, por haberlo traído sano y salvo de regreso a casa e imploró, para todos, la resignación cristiana por la partida de su padre.

La pequeña Guadalupe se incorporó de su silla y acercándose a su padre le acarició la barba con cariño y le plantó un beso en la mejilla. —Está suavecita, suavecita y qué bien huele, papi —le dijo la pequeña, sorprendida al ver a su padre perfectamente rasurado y peinado como de costumbre, se regresó a su lugar, al lado de su abuela, a quien en realidad daba el trato de mamá Francisca.

—¿Vas a dejar vacío el lugar de tu padre, hijo? —le preguntó su madre—. Lo correcto, al ya no estar él, es que lo ocuparas tú, ¿no crees?

—No, mamá, en todo caso ese lugar le corresponde a Pedro, mi hermano, quien hasta donde yo sé está en El Jobo. Y a todo esto, ¿cuándo regresa? —preguntó Francisco a su madre.

—Oye, pues mira que estás enterado de todo, porque ahora que recuerdo yo no te había comentado nada al respecto de nuestro buen Pedrito, que ciertamente permanece en El Jobo, y tú ya lo sabes —le comentó su madre sorprendida.

—Mamá, además de que fue el gran ausente en el levantamiento de la cruz, ni usted ni mis hermanas me hicieron algún comentario acerca de mi hermano; yo lo sé de boca de doña Matilde, a quien me encontré cuando venía hacia acá; ella se dirigía con algún cargamento de madera a la hacienda de Los Molinos y por eso sé que Pedro está allá —aclaró Francisco Javier de inmediato para acallar cualquier suspicacia y que su madre sospechara que alguien más le había escrito sobre los trágicos acontecimientos recientes que eran el motivo de su presencia ahí en ese momento—; pero dejemos ese asunto para después que la comida se enfriá y yo hice tiempo que no disfrutaba de un chilposo de res como éste, buen provecho —y diciendo esto, todos comenzaron a comer y lo que pudo ser el inicio de un pequeño incidente familiar molesto se disipó por completo.

Ya durante el transcurso de la comida Francisco Javier preguntó a su madre sobre el estado de salud de su hermano, pues hasta donde él sabía estaba muy enfermo, incluso le comentó a su madre que había sido su padre, durante su encuentro en Puente del Rey, quien le había informado de todo.

—Mira, hijo, han sido tantas las cosas que nos han sucedido a raíz de que tú partiste hacia Alvarado, que tendremos que sentarnos con calma a platicarlas, sobre todo porque hay situaciones de las que tú tienes que estar enterado. Antes era distinto, tú con suma frecuencia ibas y venías de aquí a Perote y en cierta manera estabas al tanto de la situación de los negocios y las tierras, pues tú mismo padre te enteraba, pero ahora, en especial después de que él murió, hay muchas cosas que yo como mujer no puedo afrontar de igual manera y en parte ésa es la razón por la que Pedro permanece en El Jobo; discúlpame por no decírtelo luego, pero fueron tantas las emociones encontradas con tu llegada que apenas hoy trataré de poner en orden mis pensamientos, discúlpame, por favor —le dijo su madre, en realidad mortificada de que su hijo fuera a pensar que se le ocultaba algo; ahora bien, la estancia de Pedro en El Jobo, ella lo sabía bien, era para mantener alejados a los trabajadores negros de Altotonga y Atzalan y evitar alguna represalia en contra de esas buenas gentes, que lo único que habían hecho era proteger o tratar de proteger hasta donde se pudiera la vida de su patrón. También le preocupaba la otra cara de la historia que ella deliberadamente no le había confiado.

—No se apure, madre, no se mortifique, yo sólo lo decía porque Pedro es el mayor de los hermanos y si a alguien corresponde el honor de sentarse en la cabecera de la mesa es a él, quien además lleva el nombre de nuestro querido padre, lo demás son trivialidades, como lo de que si Rodrigo o Juan Cástulo le avisaron de mi llegada. Y a todo esto, Juan Cástulo por qué no está sentado a la mesa con nosotros —preguntó Francisco Javier al no ver a su inseparable amigo.

—El salió desde temprano a Juan Marcos, me dijo que se enteró que su abuelita estaba enferma y le iba a llevar unas yerbas e infusiones para sus dolores de reumas, me aseguró que daba la vuelta hasta mañana temprano y que como tú estarías cansado y querrías disfrutar de tu hijita, de tu casa, de mamá y recuperarte del viaje me avisó a mí —terció Rosario, quien había permanecido callada—. Ah, y no se fue hasta que te dejó el agua hirviendo de caliente para que te bañaras —agregó—; él, como de costumbre, levantándose se fue a bañar al río.

—Ah, siendo así no hay problema, ya me había preocupado, pues pensaba que habían asimilado ya las costumbres de la gente esa de alcurnia que frecuentan y que suelen mandar a los

ayudantes y sirvientes a comer a la cocina —les comentó Francisco Javier, soltando una fuerte carcajada que ahora sí distendió y relajó el ambiente por completo.

Terminada la comida, ya bastante tarde, casi se juntaba con la merienda ligera que solían tomar al filo de las seis y media o siete de la tarde, más en esta época de verano en la que el sol se ponía después de las ocho y media de la noche; obviamente, esa tarde no habría merienda y lo que se acostumbraba tomar a esa hora formó parte del postre de la comida: una rica tarta de manzana con algunos dulces de leche y frutas cristalizadas acompañados de un apetitoso y espumoso chocolate, más algunas piezas de pan del horno de sus entrañables compadres Francisco y Zenaida, los padres de los gemelos Víctor y Francisco fallecidos en el trágico asalto al fuerte de Boquilla de Piedras, quienes los habían acompañado el día anterior, como tanta gente, en el levantamiento de la cruz.

El tiempo lluvioso y la niebla hicieron que esa tarde en especial fuera fría y como consecuencia de ese clima la familia decidió recogerse en sus habitaciones. Los cinco —doña Francisca, Rosario, Soledad, Guadalupe y Francisco Javier— decidieron saborear la tarta, el chocolate y el pan en el acogedor costurero de Francisca, la ahora viuda de Gómez, que como en pocas ocasiones se sentía arropada, segura, con la presencia de su hijo menor. Y como lo acostumbraran a diario, los invitó a que la acompañaran a rezar el Santo Rosario en memoria del recién finado que los había reunido esa tarde; en su interior lamentaba la ausencia de su hijo mayor, Pedro, y en realidad le preocupaba su estado de salud, pues lo sabía, era consciente, Pedro no estaba del todo bien, ojalá y el clima de El Jobo le ayudara un poco a erradicar sus males. Y no pudiendo ocultarlo lo hizo manifiesto. —Extraño a Pedro, vuestro hermano —dijo dirigiéndose a todos sus hijos— .Ojalá y pronto se nos una, sería bueno y creo que eso haré a primera hora, mandar a un mensajero a El Jobo para avisarle que estás aquí —le dijo a Francisco Javier, a lo que éste estuvo de acuerdo.

—Sí, madre, sería muy bueno que lo haga usted regresar y ya estando aquí, yo personalmente lo llevaré a Perote a que lo revisen bien los médicos del hospital del castillo, en verdad son muy buenos galenos y siempre cuentan con algunos medicamentos que no donde quiera se consiguen.

Hechos estos comentarios, dio comienzo el Santo Rosario y una atmósfera de tranquilidad y resignación se respiraba en aquella habitación, donde a diario Francisca pasaba algunas horas del día entregada a su pasatiempo favorito: la confección y el bordado de prendas de vestir.

Al terminar el rezo, Francisco Javier, cariñoso, se despidió de su madre, de su hijita y de sus hermanas, se encaminó hacia el gran corredor, afuera de la casa, y se instaló en una mecedora al abrigo de los espaciosos portales que circundaban la vivienda, donde la vista era espléndida. Para su sorpresa, la lluvia y la niebla habían cedido al cálido viento del sur que dejaba al descubierto una noche cuajada de estrellas, y entre el lomerío y la huerta aledaña una elaborada red de luciérnagas cintilaba en la oscuridad. Sacó un puro que llevaba consigo en un paquetito que le habían obsequiado durante su estancia en Alvarado y con minuciosidad, poco a poco lo fue desenvolviendo, lo encendió y se dispuso a fumarlo en medio de los cientos de recuerdos e ideas que se agolpaban en su mente.

¡Vaya puro!, ¡delicioso!, y no le pide nada a los hechos en Cuba, murmuró para sí, satisfecho de ese momento de descanso en la tranquilidad de la noche. Quince días de licencia se me hacen pocos, meditó, para la infinidad de cosas que hay que arreglar, enderezar y aclarar y que además no pueden esperar ni dormir el sueño de los justos.

De pronto le vino a la memoria la grata figura del señor Piñeiro, su maestro de latín y filosofía en el seminario de Puebla; siempre le decía: "Francisco Javier, hijo, no duermas el sueño de los justos, que ellos ya descansan en paz y tú tienes mucho que estudiar". ¡Qué tiempos aquellos!, musitó y una leve sonrisa se escapó de sus labios en recuerdo de su querido maestro. No sería mala idea regresar al seminario, pensó, de haber seguido ahí ya sería sacerdote y hasta tendría su propia parroquia, ¡qué cosas!, pero así era la vida; sin embargo, ahora tendría que encarar una serie de retos que no admitían tregua y requerían de férrea disciplina, además de hacerlos compatibles con sus obligaciones en el ejército. Y en Santa Cruz, El Jobo y las tiendas en Altotonga, Atzalan y Jalacingo el quehacer era constante y exhaustivo, más aún en materia contable y de finanzas, que es ahí donde él dudaba que las cosas marcharan bien, pues de sobra sabía que su difunto padre era un torbellino, actuaba, subía y bajaba por la región, pero en cuestión de finanzas era en extremo desordenado y las gentes que tenía encargadas de esos menesteres, a su parecer daban mucho que desechar y él no las tenía como honradas; pero cuando en vida de su padre opinaba al respecto, éste siempre lo callaba y le decía: "Siquiera concédeles la gracia de la duda", y ahí acababa la discusión.

Bueno, pero lo verdaderamente apremiante, se dijo a sí mismo, era traer a Pedro de El Jobo, donde su estancia no tenía razón de ser, toda vez que esas tierras no eran de ellos y muerto su padre, habría que platicar con los herederos de don Francisco de la Torre sobre el asunto; ahora, lo que urgía era traerlo primero para que lo valoraran los médicos del hospital del castillo

de San Carlos de Perote y acto seguido, para que lo ayudara con el manejo de las cosas, era mucha responsabilidad para él solo. Además, ya en Perote aprovecharía para ampliar su licencia, ojalá y el general Herrera regresara pronto, estaba seguro de que él si se la concedería; en cambio, el general Manuel Gómez Pedraza, el cascarrabias del Ministro de Guerra, lo más seguro es que se la negara; de suyo, le molestaba la cercana amistad que guardaba con el presidente Guadalupe Victoria. En fin, pensó, había muchas cartas sobre la mesa, la cuestión era saber jugarlas.

Frente a la poltrona donde fumaba su puro, en una mesa de mimbre donde usualmente había una especie de cazuelita con las tradicionales peritas de anís que elaboraban en las dulcerías de Altotonga y eran además de un delicioso bocado dulce, especiales para refrescar el aliento, creyó divisar en la parte de debajo de la mesa, que tenía dos entrepaños con algunas figuras de cerámica de Puebla, una especie de legajo de papeles todos encimados que llamó poderosamente su atención. ¿Será posible?, dijo en voz baja y un ligero temblor en los labios que iba en aumento lo estremeció por completo al sentir cómo una especie de garras o manos ásperas, rugosas y ardientes lo sujetaban por el cuello alzándolo a una altura considerable del piso como queriendo estrangularlo, y ante su infructuoso manoteo entró en pánico al contemplar a esa bestia que despedía un fétido olor; le faltó el aire y cuando aquella lo soltó se derrumbó por el suelo pegándose en la frente con un costado de la mesa, mientras un hedor nauseabundo de vísceras putrefactas prevalecía sobre el plácido olor a jazmín y gardenias que inundaba la noche. Sintió dolor y una sensación de abandono se apoderó de su cuerpo entero, que quedó tendido en el corredor por varios minutos; sin fuerzas, balbuceó de manera imperceptible un “ayúdame, Dios mío, no me abandones” y trastabillando, sin pensar, se incorporó lentamente y estirando la mano cogió el fajo de papeles y los atrajo hacia él. “Pero cómo llegó hasta aquí?, se supone que lo dejé en la valija de cuero, adentro de mi ropero”. Para broma era más que serio el hecho, era totalmente aterrador, meditó, y en medio de aquel viento cálido del sur, en pleno verano, sintió un frío estremecedor; tomó la carta que le había escrito su padre, levantó el puro del suelo, lo dejó sobre un cenicero, y mientras se introducía en la casa pudo observar cómo entre las hiedras de las altas bardas un par de ojos descomunales, como centellas sangrantes, lo observaban, desafiándolo con ese vaho pestilente que inundaba la terraza. Ya adentro, se cercioró de que en todas las puertas y ventanas estuvieran colocadas las tradicionales palmas del Domingo de Ramos; le dolía la cabeza por el golpe, aquella experiencia, sin duda, había sido aterradora.

El frío arreció y no podía controlar el temblor que lo recorría de pies a cabeza y un sudor helado descendió por su espalda, cimbrándolo todo; de inmediato vino a su memoria la escena

aquella, cuando al salir de la cabaña del padre Faustino en Chinautla presintió algo extraño que le oprimía el pecho con fuerza. ¿Será posible que me haya sucedido esta horrible pesadilla?, se cuestionó persignándose con devoción, mientras apretaba fuertemente con su mano derecha la cruz de madera del rosario que salía de la bolsa de su pantalón, al tiempo que se revisaba el cuello; todo parecía indicar que no presentaba rasguños ni cicatrices. Una fuerte sensación que le oprimía el pecho y le causaba una ansiedad indescriptible le hizo perder el equilibrio por momentos y pensó que le iba a dar un vahído, pero armándose de valor abrió el ropero para cerciorarse; sí, la valija ahí estaba, mas no la carta que traía en su mano y había puesto sobre la cama para abrir el ropero; sí, ya había cumplido veinticuatro horas de haber llegado a su casa y conocido la tumba de su padre, y la promesa que se había hecho al salir de la capilla del castillo de San Carlos de Perote seguía en el aire, no la había cumplido, pero ¿cómo había aparecido esa carta entre los papeles de la mesa de mimbre? Alguien la habría sacado y disimuladamente se la habría puesto ahí para que la leyera, al darse cuenta que fumaba su puro en el corredor; sí, ¿pero quién?, ¿por qué la carta había aparecido en ese lugar? ¿Sería su madre o alguna de sus hermanas, Soledad acaso, a la hora de acomodarle su ropa limpia mientras él se bañaba?

No, eso no tenía explicación lógica y de inmediato lo asoció con la aparición del padre Faustino el día anterior por la mañana en Perote. ¿Por qué el padre no quería que introdujera la valija a la capilla?, ¿por qué?, ¿por qué? Y tomando un rosario con la imagen de la virgen de Guadalupe que tenía en un cajoncito del bargueño de madera laqueada donde guardaba sus cosas de valor y sus recuerdos, comenzó a rezar, introdujo la carta en uno de esos cajones enredándole a manera de cordel el rosario de madera que traía en la bolsa de su pantalón, mientras se decía a sí mismo: “De esta manera no se moverá de aquí ni me seguirá por toda la casa”, al tiempo que, sorprendido y lleno de temor, contempló cómo la carta se movía con fuerza en el fondo del cajón, como si alguien adentro opusiera resistencia y se rebelara contra el rosario que la sujetaba. Todo esto lo cimbraba entero, en especial la nada grata sensación de que alguien lo vigilaba y de reojo, en varias ocasiones creyó percibir una sombra que lo seguía con insistencia. Para revertir un poco esta horrible pesadilla que estaba viviendo, con la ayuda de Juan Cástulo, que por fortuna nada más había ido a Talixco a visitar a sus padres, prendió todos los candelabros de su recámara y pasillos aledaños para evitar el reflejo de varias sombras que adoptaban figuras disímbolas, extrañas, que le ponían la piel de gallina. Con el otro rosario en mano caminó hacia el pequeño oratorio de la casa y ahí, postrado de rodillas sobre el reclinatorio que a diario utilizaba su madre, permaneció largo rato haciendo oración y colocándose el rosario a manera de medalla

entró en su recámara, encendió una veladora ante la imagen de la virgen de Guadalupe y se dispuso a dormir haciéndose el firme propósito de que en cuanto se levantara acudiría a la tumba de su padre a leer esa carta que ya le quemaba las manos, sin apartar de su mente la desagradable idea de que en todo ese turbulento misterio estaba la mano del enemigo, el mismo que había encarado en los primeros días de enero de 1817y que segundos atrás había tratado de intimidarlo, de sobajarlo, al tomarlo por el cuello en el corredor de la casa; pero esta vez no lo agarraría desprevenido ni lo sorprendería de nuevo, de sobra conocía sus jugarretas y estaba consciente de que lo tentaría en cuanto él bajara la guardia o perdiera la fe en el Señor. Esa noche, Juan Cástulo, como fiel escudero, sobre unas mantas se tendió a los pies de su cama a esperar la llegada del nuevo día.

A la mañana siguiente, sin haber podido realmente conciliar el sueño, pero tras haber trazado todo un plan que debía llevar a cabo a la brevedad, se levantó antes del alba y de inmediato encendió varias velas benditas en el camino de la casa al recién construido cementerio familiar, a semejanza de como lo habían hecho la tarde en que levantaron la cruz. Pronto, con la ayuda de Juan Cástulo el sendero se vio iluminado; a cada tramo de cinco metros colocó cruces de palma bendecidas el Domingo de Ramos y en la entrada a la capilla en construcción puso un gran arco, también de palma bendita, que colocaban cada año en la Ermita del Señor de la Compasión, en el camino hacia Tezahuapan, tomando el gran recipiente de bronce lleno de agua bendita con que el padre Valderrama había bendecido la cruz y a los que ahí se habían congregado. En compañía de Juan Cástulo, se armó de valor y se encaminó hacia la tumba de su padre; en el firmamento todavía no despuntaban los rayos del sol, sólo una tenue claridad de un azul violáceo enmarcaba el amanecer de aquel 19 de agosto del año del Señor de 1825. Ya frente a la tumba, al romper el lacre y deshacer los sellos, la carta, entre sus manos y ante su estupor, ardió como yesca seca, se consumió y un humo pestilente escapó de su interior buscando altura, al momento que se escuchó el gemido lastimero de alguna fiera herida; aterrados, con la respiración contenida, Francisco Javier y su fiel amigo se vieron a los ojos sin acertar qué hacer o qué decir y como obedeciendo a un llamado superior, Francisco Javier, sin perder la calma, sacó la Biblia que traía consigo y la abrió en el libro de Ezequiel, capítulo 29, versículo 12, y con voz firme comenzó a decir: Mira, infeliz bestia, lo que el Señor dice de ti: *Eras un modelo de perfección, lleno de sabiduría y hermosura perfecta. Estabas en el Edén, en el jardín de Dios, adornado con piedras preciosas: granate, topacio, diamante, ópalo, berilo, amatista, zafiro, rubí y ónix; de oro labrado eran tus aretes y colgantes, desde el día en que fuiste creado. Eras un querubín protector de alas extendidas; yo te había puesto*

*sobre las montañas de Dios, caminabas entre piedras de fuego. Intachable era tu conducta desde el día en que fuiste creado, hasta que apareció en ti la maldad. Al prosperar tus negocios te llenaste de violencia y pecados. Entonces yo te expulsé de las montañas de Dios, y a ti, el querubín protector, te hice desaparecer de entre las piedras de fuego. La belleza te ensorbeció, el esplendor echó a perder tu sabiduría. Yo te arrastré por tierra y te convertí en objeto de burla para los reyes. Has cometido muchos delitos y has comerciado injustamente, profanando así tus santuarios; ahora haré que brote de ti un fuego que te devore; te reduciré a cenizas en medio de la tierra ante quienes te contemplan. Todos los pueblos que te conocían se quedarán asombrados por ti; serás motivo de espanto y desaparecerás para siempre. Para siempre, ¿me oíste?, para siempre; dice el Señor que te ha reducido a cenizas en medio de la tierra. No te temo, Satanás, no te temo; deja ya de inmiscuirte en mis cosas y deja que mi padre descanse en paz. ¿Me escuchaste, bestia inmunda? Nunca, nunca más volveré a temerte; al contrario, seré tu adversario más enconado y permaneceré siempre fiel al Señor, a quien tú osaste desafiar, temerario querubín.*

En ese momento, mientras Francisco Javier increpaba a la bestia en aquel amanecer, el cielo relampagueaba por doquier y salían lenguas de fuego en el horizonte, donde a lontananza se veían caer en el abismo inmensas sombras que devoraban la tierra. Asombrado y sin dar crédito a lo que sus ojos estaban contemplando, sin perder tiempo Juan Cástulo tomó el agua bendita y la vertió sobre las cenizas esparcidas en el suelo; en ese instante, sobre una de las losas de cantera aparecieron dos hojas de pergamino escritas con la acostumbrada caligrafía de Pedro Gómez, que de inmediato reconoció y levantó Francisco Javier del suelo.

—¡Es la carta, Juan Cástulo, la carta! ¡La carta de mi padre! —le decía Francisco Javier emocionado a su amigo, sorprendido que de aquel montón de cenizas hubieran emergido esas hojas como si las acabaran de escribir.

—Es un milagro, Francisco Javier, un milagro —exclamó Juan Cástulo, sorprendido de lo que había presenciado y de que el miedo, sus temores previos a aquella especie de ceremonia luctuosa tan especial se hubieran disipado al encenderse la carta y escucharse aquel infernal aullido que se perdió en medio del suave viento del amanecer.

—Sí, mi querido amigo, tienes razón, esto ha sido un verdadero milagro que nos ha concedido el Señor —le respondió Francisco Javier, asintiendo con la cabeza en señal de certidumbre—. Deja que las velas se consuman como acción de gracias, sólo recoge las cruces y el arco, que aquí es tierra bendita y mi padre descansa en paz.

—¿No vas a leer la carta, amigo? —le inquirió Juan Cástulo.

—Sí, claro, eso voy a hacer a su debido tiempo; ahorita, lo verdaderamente importante es acudir a la santa misa que está a punto de oficiar nuestro amigo el padre Valderrama, debemos darle gracias a Dios que expulsó a esos demonios nauseabundos que se habían apropiado de la carta de mi padre y que pretendían sentar sus reales en nuestro hogar. Vamos, Juan Cástulo, apúrate, que para que nos valga la misa hay que escucharla completa —le decía mientras le pasaba el brazo izquierdo por el hombro y con la jarra de agua bendita en la mano derecha caminaban aprisa hacia la capilla de la Santa Cruz, al otro lado del río.

La lectura de la carta hubo de esperar hasta bien entrado el día, cuando Francisco Javier, previo a la comida, se decidió a hacerlo al interior de su recámara; ahí, su padre únicamente le contaba que la experiencia con los negros y mulatos había sido satisfactoria, que los negocios no marchaban todo lo bien que él hubiera deseado “pero, sin embargo, no me puedo quejar”, le decía, y agregó algo que para él fue revelador y le hizo reflexionar seriamente que su padre presentía su fin y el de su hermano Pedro, a quien definitivamente veía muy enfermo.

Para mi querido hijo el coronel Francisco Javier Gómez Bello

*“Mi querido hijo, ésta no es propiamente una carta, o por lo menos no tan larga como las que acostumbro, es algo así como diría don Quijote, “una misiva”; sólo te quiero comunicar que han sucedido muchas cosas desde que nos vimos en Puente del Rey, los negocios no marchan lo bien que yo quisiera, mi relación con los indígenas es cada día más tensa y su gobernador prácticamente es mi mayor enemigo e instigador en mi contra; la idea de haber traído a los negros y mulatos ha sido formidable porque ellos solos sacan el trabajo de cinco indios haraganes, pero en fin, así las cosas. Las haciendas y los negocios en breve van a reclamar tu presencia, yo no me he sentido nada bien y la salud de tu hermano Pedro tampoco mejora, él se da ánimos pero yo sé que está mal, muy mal, ya un médico me dijo que tiene serios problemas en el corazón, algo así como que lo tiene muy crecido y se fatiga, por eso a él le está mejor permanecer en Santa María de Tlapacoyan, por la altura, donde tu amiga, la buena de doña Matilde, nos hace la caridad de ver por él; no lo digo mucho para no mortificar a tu madre y tus hermanas. He hecho ya los arreglos con el juez y notario en Jalacingo para que las propiedades pasen a tu nombre, las tiendas se las dejo a tus hermanas y a tu madre, de hecho ellas las administran, sólo te he escrito estas letras para suplicarte que debes volver, pensar en tu familia y dejar ya esa vida errante de militar que sólo te aleja de los tuyos, nos haces falta, tanto a tu madre como a mí y en especial a la pequeña Guadalupe, que es el ángel de nuestras vidas. Regresa, hijo, por favor regresa que a este viejo de tu padre no le queda mucho tiempo, me siento cansado y he tenido que seguir luchando en contra del despreciable demonio que a cada rato me tienta y no me deja en paz, al*

*grado que se ha valido de los monos que traen los negros para hablarme, ¿te imaginas cómo la paso yo? Tú ten fe y defiéndete de ese maldito, mantenlo alejado de tu vida, tú que estás llamado a estar más cerca de Dios, permanece siempre en el Señor y nada te pasará. Tu padre que te quiere*

*Pedro Gómez Larrañaga*

*Hacienda de Santa Cruz, Altotonga, estado de Veracruz*

Ciertamente la carta no era larga, pero sí muy reveladora, su lectura lo trajo taciturno y pensativo todo el día y se cuestionaba una y otra vez qué pretendía el enemigo con infiltrar su maldad e iniquidad dentro de un simple envoltorio cuidadosamente doblado, lacrado con bastante pasta y sellado al alto calor para que nadie lo abriera sin denotar que había sido violado, sobre todo cuando para él no había artimaña o estratagema que no pudiera urdir dentro de la malignidad de su ser, ésa era su naturaleza y para eso existía. Bueno, lo que sí le quedaba claro era que el objetivo era él, ni dudarlo. Muerto su padre él era el segundo hijo varón susceptible de ser poseído, y lo sabía; en pos de ese fin el demonio jamás desistiría, siempre estaría al acecho y por eso la obsesión de su padre de que se cuidara, se protegiera y se mantuviera cerca del Señor. Haciendo a un lado este tipo de reflexiones, que indudablemente lo acosaban, habría que darle la vuelta a esa página y preocuparse por comenzar a poner en orden los papeles, acudir al notario y revisar a conciencia las cuentas y los libros, pues él recordaba que existía por ahí una deuda pendiente con unos comerciantes de Teziutlán que había que saldar o renegociar y, en última instancia, vender, deshacerse de algunas tierras si no las podía atender como era debido; indudablemente tendría que ir hasta Santa María de Tlapacoyan a aclarar el usufructo de las tierras de El Jobo, y tal vez vender la hacienda de El Encanto a su antigua propietaria, doña Matilde, su amiga, y aprovechar para traerse a su hermano, como ya lo había pensado, aunque lo expresado por su padre de que la altura le hacía daño a Pedro lo dejó pensativo.

Quién le iba a decir que después de nueve años de bonanza, de negocios prósperos tanto en la Hacienda de Santa Cruz como en todas las tierras de su propiedad, a semejanza de los relatos bíblicos a los que era tan afecto y consultaba seguido las vacas flacas se comieran a las vacas gordas y finalmente Satán se hubiera salido con la suya: le ganó la batalla a Pedro, aunque nunca lo hizo suyo, por más tropiezos que le ponía. En ocasiones su padre, segundo hijo varón y padre a su vez de un segundo hijo varón, era más diablo que el mismo diablo, su destino así estaba marcado, vaya paradoja —meditaba Francisco Javier de camino a Jalacingo, donde

firmaría y protocolizaría los documentos relativos al préstamo por veintisiete mil pesos plata, sin réditos y a dos años, que a cambio de una hipoteca remediaría los males que les aquejaban. La vida le había dado tales reveses que de milagro no había perdido la fe y sereno, conservaba la cordura; realmente Guadalupe, por cumplir nueve años, y las férreas y ejemplares figuras de Francisca, su madre, y de Soledad y Rosario, sus hermanas, llenas de templanza y entereza, lo mantuvieron en sus cabales. La milicia le había sido favorable y tras la epopeya de la consumación de la independencia había escalado hasta el grado de teniente coronel y luego a coronel, y sus habilidades y buenas diligencias le concedieron la dicha de gozar de la amistad y cercanía del general Guadalupe Victoria, a la sazón presidente de la República; por fin el país parecía caminar por la senda correcta y sus servicios como militar eran bien vistos por quienes sabían de su lealtad, disciplina y entrega a las mejores causas de aquel inmenso territorio llamado México.

## Cinco

Martes 8 de enero de 1980

Todo el fin de semana rumiaste el programa de televisión del “4+” sobre Guadalupe Victoria y la ex Hacienda de Santa Cruz que hacía del primer presidente mexicano el dueño de la mencionada propiedad, y durante tu recorrido por la exposición ganadera de Ylang Ylang, en Boca del Río, a la que asististe con los 210 presidentes municipales como parte del protocolo para hacerle un quórum apropiado al ciudadano gobernador ante la inminente llegada del presidente de la República, trataste de entablar diálogo con algunos operarios de la televisora estatal, sin éxito, porque era tal tu encono que no querías saber quién había sido el responsable de ese oprobioso guion, sino quién te la pagara; afortunadamente ninguno de los camarógrafos te hizo caso, estaban demasiado ocupados y tú, al contemplar los distintos animales que se exhibían, poco a poco fuiste calmando tus ímpetus e hiciste grupito con otros alcaldes para ir a degustar unos buenos cortes de carne de ganado charoláis y así comer de una buena vez, pues en punto de las cinco de la tarde tenías otro evento, pero éste era hasta el centro del puerto de Veracruz y había que apurarse, pues lo presidiría el mismísimo presidente de la República.

Ya en el acto protocolario de la celebración del sesenta y cinco aniversario de la promulgación de la “Ley del 6 de enero de 1915” por Venustiano Carranza, en el patio central del Palacio Municipal, al terminar, para tu sorpresa, te presentaron con el ilustre maestro José Luis Melgarejo Vivanco, amplio conocedor de la historia veracruzana y en especial de la región de la sierra centro norte del estado, donde Altotonga ocupa un lugar destacado. Vaya coincidencias de la vida, pensaste en el momento en que te lo presentaron, rápidamente urdiste toda una estrategia para tener una entrevista con el connotado maestro y no se te dificultó invitarlo a cenar en compañía del presidente municipal de Martínez de la Torre, el arquitecto Antonio Rodríguez Baranda, que al igual que tú recién había tomado posesión como alcalde y con quien habías hecho una buena amistad.

En la cena, la charla amena e ilustrada del maestro Melgarejo Vivanco transcurrió sin prisa y, poco a poco, el tema central se enfocó a los primeros años del movimiento de independencia, a la figura de don Guadalupe Victoria, a características geográficas en general de la región y, de entrada, el maestro te sorprendió al obsequiarte un ejemplar de la revista *Cronos*, donde te mostró una pequeña síntesis biográfica de Altotonga de la autoría del maestro David Ramírez Lavoignet; le agradeciste efusivamente su atención y te dispusiste a escucharlo.

—¿Sabía usted, señor presidente municipal, que Altotonga es un puerto fronterizo? —te interpeló.

—¿Un puerto? —contestaste y en segundos tus recuerdos volaron a tu infancia en los años cincuenta cuando tu padre, en la Sierra Madre Occidental en el estado de Durango, te explicaba lo que era un puerto entre las montañas.

—Sí, un puerto, obviamente es un puerto en lo alto de la sierra cuya ventana mira hacia el mar, pues desde ahí no hay nada que impida el paso de las nubes o las tormentas que se generan allá en el litoral. Entre la cordillera, de repente se abre un hueco, un corte y la vista desde ahí en los días claros o las noches limpias es maravillosa. Seguramente ya habrá observado cómo se divisan las luces de todos los pueblos y ciudades de la llanura costera del Golfo, como Tlapacoyan o Martínez de la Torre, o cómo zigzaguean los mecheros de los pozos petroleros en la lejana Poza Rica.

—Sí, claro, de hecho, las más de las noches los contemplo desde la terraza de atrás de la casa de mis padres en Altotonga, es un espectáculo increíble. Y en meses pasados, durante mis giras de campaña, el panorama era extraordinario: desde las congregaciones de San José Buenavista y Ricardo Flores Magón se podían tocar las luces de Martínez de la Torre y casi escuchar el bullicio de la ciudad en la quietud de la noche. De niño —agregaste animado por lo cálido e interesante de la charla— mi padre me enseñó por qué se le llamaba puerto a un sitio que no estaba ni en el mar, ni en río o lago alguno, sino en lo alto de la cordillera, cuando pasábamos largas temporadas en la Sierra Madre Occidental, en los límites de los estados de Durango y Sinaloa.

—¿Y qué hacía usted tan lejos, hasta Durango y Sinaloa? ¿No es acaso oriundo de Altotonga? —te preguntó el maestro, sorprendido.

—Bueno, maestro, ésa es una larga historia. La verdad es que mi padre y todas mis raíces por el lado de su apellido, Bello, son de Altotonga y se remontan, hasta donde yo sé, más allá del siglo XVIII. Lo que sucede —agregaste con vehemencia— es que mi padre es ingeniero civil y se dedica a la construcción de carreteras, y fue trazo y construcción de él la carretera Durango-Mazatlán que inauguró el presidente Adolfo López Mateos el 20 de noviembre de 1960. Y no porque la haya dirigido mi padre, maestro, pero la obra fue un portento de ingenio y trabajo de técnicos mexicanos, además de la belleza incommensurable de esas montañas. Y precisamente ahí fue cuando yo escuché de labios de mi padre hablar del puerto del Madroño, el puerto del

Alazán o el puerto de Loberas. Precisamente desde este último, a más de mil quinientos metros sobre el nivel del mar, se puede apreciar el faro del puerto de Mazatlán, que de manera intermitente deja ver su potente luz: era observar desde un puerto en lo alto de la montaña la luz proveniente de un puerto en el Pacífico. Cómo ve, maestro —le dijiste viéndolo fijamente a los ojos, emocionado por aquel recuerdo de infancia que, al abordar él el tema de los puertos en las cordilleras, te había remitido a los años que viviste en esa región, de 1948 a 1961.

—Pues precisamente, mi amigo —te comentó el maestro José Luis Melgarejo Vivanco—, del estado de Durango era originario don Guadalupe Victoria, quien después adoptó a nuestro estado, Veracruz, como suyo, pues aquí realizó todas sus correrías en la época de la lucha de independencia; posteriormente, después de haber dejado la presidencia de la República en 1829, regresó acá a su hacienda de El Jobo, en las inmediaciones de Santa María de Tlapacoyan, como se le conocía entonces a la actual ciudad de Tlapacoyan, cabecera del municipio del mismo nombre.

—¿Verdad que El Jobo es el nombre de la hacienda que poseía don Guadalupe Victoria acá en Tlapacoyan, no en Altotonga, como afirmaron en un programa de televisión del “4+” hace días? Yo cuando lo vi me quedé estupefacto, no daba crédito a lo que veía y escuchaba, sobre todo al afirmar con aquella seguridad, como si tuvieran la certeza histórica sobre algo de lo que no estaban seguros.

—Bueno, señor presidente municipal, eso es el pan de todos los días con esa gente improvisada, que no tiene empacho en afirmar cosas o armar historias cuando en realidad lo que no saben es historia, ¿no cree? —te comentó el maestro dejando escapar una risita burlona mientras saboreaba una rica champola de guanábana.

—Ya lo creo, maestro —le respondiste.

—El que sí creo que era nativo de Altotonga era el general Francisco Javier Gómez, quien en el último tercio de su vida se hizo sacerdote, por cierto amigo y colaborador cercano de Victoria, del que se sabe poco y se investiga menos, pero ciertamente es un personaje importante que vale la pena desenterrar de las páginas de la historia. Con eso se puede hurgar en la historia de la región, a la que, de alguna manera, también pertenece el ilustre jurisconsulto don Rafael Martínez de la Torre, cuyos apellidos llevan el municipio y ciudad que gobierna aquí nuestro buen arquitecto —dijo el maestro, dirigiéndole una sonrisa al presidente municipal de Martínez de la Torre.

—Debería un día de estos, maestro, acompañarnos a Altotonga y a Martínez de la Torre para que diera unas pláticas sobre la historia de nuestros pueblos a la mayoría estudiosa. A maestros, alumnos y personas a quienes les gusta la historia les interesaría sobremanera que usted fuera y nos instruyera ampliamente, con esa sal y pimienta con que aderezá usted su charla, con una de sus conferencias —expusiste en tono coloquial exaltando las dotes del maestro, con sobrada razón conocido y apreciado en la región.

—Sí, maestro, háganosla buena, por favor; así como dice aquí mi querido Fer, eso sería buenísimo —terció el presidente municipal de Martínez de la Torre—. Sirve que nos ilustra sobre cómo se formó Paso de Novillos.

La cena transcurrió en un ambiente tranquilo y de cordialidad y el ilustre maestro, historiador reconocido y gente sencilla al extremo —en ese momento Coordinador de Zonas Indígenas y Deprimidas del gobierno del estado—, los estuvo instruyendo sobre la región y, más en concreto, sobre Altotonga, población por la que se notaba que Melgarejo Vivanco tenía cierto aprecio y donde, a decir de él, tenía buenos amigos.

—Oiga, mi estimado alcalde, antes de que se me olvide, por favor no me vaya a confundir con Luis Melgarejo Hernández, conocido líder sindical del magisterio, a quien por cierto seguido celebran sus paisanos con comilonas en aras de que les obsequie plazas de maestro para sus hijos —y diciendo esto, soltó una sonora carcajada—. Por cierto, hablando de Altotonga, yo tengo un excelente amigo que es oriundo de ahí y curiosamente es homónimo del coronel Adalberto Tejeda, quien fuera gobernador del estado en dos ocasiones, la primera de 1920 a 1924 y la segunda de 1928 a 1932 —te dije muy animado el maestro—, pero él se llama Adalberto Tejeda Martínez. Es un joven muy inquieto, inteligente; creo que está por terminar la licenciatura en Ciencias Atmosféricas aquí en la Universidad Veracruzana. Ah, y además escribe, tiene una prosa sensacional y es colaborador del periódico “Punto y Aparte”, de Xalapa. Tal vez usted lo conozca.

—Oiga, qué coincidencia —le respondiste—, pues da la casualidad que sí lo conozco, es mi amigo y vecino, gran conversador y ciertamente tiene una prosa estupenda, en días pasados me obsequió una carpeta con varios cuentos de su autoría y son magníficos, hay uno en especial que me intriga mucho y lo disfruto cada vez que lo leo: *El encendedor*. Hasta el nombre me parece fantástico. Yo a diario charlo con sus papás, Evita y don Teodomiro, lindas personas. Y por cierto, a lo mejor sí es pariente lejano del coronel Tejeda, pues según sé esos Tejeda son de Jalacingo, aunque el papá de nuestro amigo es originario de una congregación cercana a

Altotonga, de Texacaxco; creo que en alguna ocasión abordamos el tema de ese parentesco y sólo quedó en suposiciones —finalizaste.

—Fíjese nada más qué chiquito es el mundo —te comentó el maestro—. Cuando vaya a Xalapa —agregó— avíseme y con mucho gusto nos tomamos un café, invitamos a Adalberto Tejeda, nuestro común amigo, y seguimos platicando sobre Francisco Javier Gómez, quien hasta donde yo sé falleció en Xalapa. Luego, con mucha posterioridad, sus restos fueron trasladados al templo de Santa María Magdalena, donde aún están, según tengo entendido, ¿o me equivoco? En eso usted mejor que nadie puede decirme, pero de lo que no estoy muy seguro es de las fechas, que si mi memoria no me falla una es en el año de 1837 y la otra en 1904. Obviamente, esta última se refiere a la fecha en que sus restos fueron trasladados de Xalapa a Altotonga. Además, en torno a todo esto parece que había por ahí una seria duda en relación con la verdadera fecha de su muerte —mencionó, y de inmediato les ofreció a ambos una tarjeta personal con sus datos.

—Sí, maestro, las fechas que usted señala son las correctas —le dijiste y agregaste lo siguiente—; yo mismo lo he constatado la semana pasada, cuando se exhibió el tan citado programa de televisión. La placa está ahí, en la base de una columna, y me imagino que los restos también; pero una cosa sí le aseguro, maestro, nadie, o casi nadie, por no despreciar el recurso de la duda, se interesa por el tema o sabe algo acerca de él; es como cuando uno se acostumbra a que vive en la calle de Galeana esquina con Ocampo y jamás repara en que el primero se llamaba Hermenegildo, era oriundo de Tecpan, estado de Guerrero, y fue uno de los más importantes lugartenientes de don José María Morelos y Pavón; y que el segundo se llamaba Melchor y fue uno de los próceres de la Reforma más cercanos a Benito Juárez, que participó de manera destacada en la elaboración de las Leyes de Reforma. Jamás lo pensamos, lo decimos en automático y nada más y así ha de pasar con los habitantes de la congregación de Francisco Javier Gómez. Así se llama y lo dan por hecho y jamás se ponen a pensar que esa hacienda, pegada a Talixco, la famosa Hacienda de Santa Cruz, a lo mejor fue propiedad de él. Tampoco saben que se distinguió como un luchador en la época de la consumación de la independencia, así son las cosas desgraciadamente. Y todavía que lleguen estos jovencitos del “4+” y siembren la duda de que ésa era la hacienda de don Guadalupe Victoria, ¡jimágínesel! La gente que vio el programa ya tiene la certeza de que ésa es la verdadera historia del lugar —acabaste de hablar y no dejabas de mover la cabeza y gestricular en señal de enfado.

—Así son las cosas, mi estimado presidente municipal, nomás fíjese, lo que no habré visto y escuchado yo en más de treinta años de maestro e investigador en nuestro estado. Pero no desespere, yo le aseguro que no tiene caso que los visite, mejor hágales llegar una carta firmada por su cabildo donde se haga el reclamo y extrañamiento de manera comedida, atenta, invitándolos a que hagan un nuevo programa con un guion adecuado. Créame, se lo agradecerán y quedará usted en buenos términos con ellos, acuérdese que es mejor un buen arreglo que un mal pleito. ¿Qué le parece? Ah, y se me olvidaba platicarle una anécdota muy importante — agregó—. Ahora que hablamos del gobernador Tejeda, fue él quien expidió un decreto de que en todo el estado de Veracruz no debían existir nombres de tipo religioso, en especial para comunidades, pueblos o rancherías; por eso la congregación de Santa Cruz, ahí en su municipio, ahora se llama Francisco Javier Gómez; le quitó un nombre de carácter religioso para ponerle el nombre de un sacerdote, qué cosas, ¿verdad?—te dijo el sabio maestro, cerrándose un ojo al momento que se despedía y se marchaba entre las calles del puerto, donde el frío aire del norte comenzaba a soplar.

El maestro tenía razón, pensaste, para qué detenerte en Xalapa, mejor madrugarías al día siguiente para Altotonga y le ganarías al norte que estaba entrando e iba a saturar el tramo del camino entre Acajete y Las Vigas de espesa niebla. Lo mejor era organizar una conferencia en el Palacio Municipal o en el salón de actos de la secundaria con la presencia del maestro Melgarejo e invitar a un gran número de las fuerzas vivas del pueblo para que se ilustraran un poco, tratando de sembrar la semilla de la inquietud y lograr que, por lo menos, los estudiantes y algunos líderes de las organizaciones populares se interesaran por el tema. Cómo es posible que las más de las veces vayamos por el mundo sin saber dónde estamos parados, meditaste, y te fuiste al hotel, donde literalmente devoraste el texto plasmado en *Cronos* y confirmaste que invitar a gentes como el maestro Melgarejo a dar una conferencia en Altotonga o al mismo Ramírez Lavoignet, de quien acababas de terminar de leer su artículo, sería lo mejor para despertar el interés por la historia local; él era el hombre indicado. Mañana sería otro día, y sin pensarlo más te quedaste profundamente dormido.

Al día siguiente, tras un recorrido de tres horas sin contratiempos, llegaste a Altotonga y después de desayunar en tu casa enfilaste para el Palacio Municipal. Iban a dar las doce del día y el reloj del templo de Santa María Magdalena, una a una fue dejando caer sus ladinas campanadas como constancia del hecho: mediodía. Te bajaste de la *pick up* y al hacerlo, escudriñaste entre los asientos un buen número de papeles sueltos, documentos, folletos, la invitación al evento,

revistas y algo que llamó tu atención: un pedacito de cartulina amarilla de centímetro y medio cuadrado perfectamente cortado, con el número 2640 delineado cuidadosamente con tinta china. ¿Y este papelito?, pensaste. Se parece a los números de control de calidad que luego traen algunas prendas de ropa de vestir cuando las compras. ¿Será? Te hizo gracia y cogiéndolo lo pusiste dentro de la revista *Cronos* a manera de separador, precisamente en el artículo sobre Altotonga, y poco a poco fuiste subiendo las escaleras; al pasar frente a la oficina de la tesorería, escuchaste:

—¿Ya de regreso? Se hubiera quedado usted aunque sea otro día —te dijo admirada doña Concepción Cabañas Herrera, la señora tesorera del Ayuntamiento.

—Sí, Conchita, hay mucho qué hacer, lo que hace falta es tiempo —le respondiste—. Ah, y a propósito, a ver qué día me acompaña a Santa Cruz y platicamos un rato con Conrado y Rebeca, lindas personas, eh; además, no me había dicho usted que las conocía bien y que la finca es del suegro del doctor Rodríguez.

—Cuando quiera vamos, cómo no, son gentes muy hospitalarias y hacen un queso riquísimo —apuntó Conchita con su sonrisa característica.

—Iremos pronto, se lo prometo, y también quisiera, si ello fuera posible, que me acompañara a casa de don Francisco Pasos a Atzalan, para pedirle por favor que nos obsequie o preste un cartel muy viejo que tiene en su negocio con la imagen de Francisco Javier Gómez.

—¿De quién? —te preguntó incrédula mirando por encima de sus lentes.

—De Francisco Javier Gómez, Conchita —le respondiste.

—Y yo que creía que ese era nada más el nombre de la congregación; así que ahora entiendo, la congregación lleva el nombre de alguien, ¿verdad? —te dijo asombrada.

—Claro que lleva el nombre de alguien y ese alguien, para su información, llegó a ser un general muy afamado nacido aquí en Altotonga, prócer de la consumación de la independencia, sacerdote después, tengo entendido, y dueño de la Hacienda de Santa Cruz, por eso la congregación lleva su nombre. A partir del 23 de septiembre de 1932, siendo gobernador del estado don Adalberto Tejeda Olivares, se prohibió por medio de una circular que las congregaciones, rancherías, escuelas, hospitales y demás sitios o edificios públicos llevaran nombres de tipo religioso o denotaran la creencia en algún credo; entonces la congregación de Santa Cruz dejó de llamarse así para pasar a ser Francisco Javier Gómez, aunque el decreto, en este caso, finalmente no sirvió de nada porque le quitaron el nombre de connotación religiosa para ponerle el nombre de un presbítero católico, ¿cómo ve? —le explicaste, mientras te

observaba interesada—. Y no vaya a ser que ese ya de por sí deteriorado cartel se acabe de destruir y entonces no sepamos ni cómo era, ¿no cree?

—Sí, me parece muy buena idea, usted siempre pensando en todo.

—Bueno, por lo menos debemos intentarlo y tratar de recuperar su memoria, pues yo le aseguro que son muy pocas las personas que al pasar frente a la casa de la familia Amorós, por ejemplo, saben que ahí nació Francisco Javier Gómez a fines del siglo XVIII, y existe una placa en la mera esquina que asienta el hecho que nadie conoce. ¿Ha visto usted alguna vez esa placa, Conchita?

—La mera verdad no, no tenía ni idea siquiera de que en esa casa hubiera nacido tal persona, y eso que soy muy amiga de don José Luis Amorós y de Angelitos Herrera, su esposa —contestó poniendo cara de sorprendida.

—Ya ve, nadie sabe nada y lo peor de todo es que ni siquiera se interesan por saber, por preguntar. Dirán, total para qué, ¿no cree? Ya ni en las escuelas les enseñan bien historia a los niños y mucho menos civismo. ¿Qué país estamos construyendo? Habrá que empezar a preocuparse en serio si queremos que nuestros hijos tengan conciencia del lugar donde viven, de la historia que los rodea, de los recursos naturales y de tantas cosas que nos son indiferentes y pasan inadvertidas; por eso tenemos que ir a Atzalan.

—Sí, yo le recuerdo, ya verá, no se me va a olvidar. Y por lo pronto, ahora que vaya a comer me voy a fijar muy bien en esa placa de la que me habló.

Sin dejar de caminar, asentiste con la cabeza antes de entrar a la oficina. Ya adentro, sentado frente a tu escritorio hiciste sonar el timbre, que de inmediato hizo entrar a Cristina, la secretaria del ayuntamiento, eficiente y amable mujer de modales finos y fácil palabra, quien con una expresión afable en su mirada te preguntó: “Se le ofrece algo, licenciado”. —Sí, Cristy, hágame el favor de decirle a doña Natalia que si es tan amable de venir un segundo acá a mi oficina; yo sé que está muy ocupada, pero dígale que no la voy a distraer mucho tiempo —le dijiste y ella, solícita, fue y vino de inmediato con la misma doña Natalia en persona.

—¡Vaya, Cristy, éste sí que es servicio de entrega inmediata! Pásele, doña Natalia, pásele y póngase cómoda, sólo la voy a entretener unos minutitos y podrá regresar a sus labores, que ya sé que si alguien tiene trabajo en este ayuntamiento es usted, con los cientos y cientos de actas que tiene que elaborar, pasar a máquina y lo que es peor, asentar en los libros, de su puño y letra, acta por acta con todos los detalles, sin omitir ninguno, y luego estar al pendiente de que las mecanógrafas no cometan errores.

—Dígame, para qué soy buena —te dijo la mujer ya entrada en años, en bastantes años, de ojos despiertos e inquisitivos que a través de unas viejas antiparras parecían descifrar tus pensamientos.

—Doña Natalia, usted, recién había tomado yo posesión del cargo de presidente municipal, me dijo que en la caja fuerte que tenían en la oficina del Registro Civil había una serie de escrituras y documentos concernientes a las donaciones de los terrenos donde está ubicada esta casona que aloja al ayuntamiento, el parque que tenemos aquí enfrente y otras propiedades —le dijiste con toda cortesía como correspondía a sus canas—, ¿habría manera de verlos, de poder hojearlos?, porque sería interesante saber en qué época se adquirieron, quién estaba al frente del ayuntamiento cuando se hicieron las escrituras o quién, si es que no se compraron como creo que fue, hizo tales donaciones a la comunidad.

—Desde luego, nada más deme tiempo de terminar de asentar los datos de tres parejas que tiene usted que casar, porque son personas que vienen de muy lejos, desde la Congregación de Las Truchas, y creo que lo quieren invitar a la comida que ya tienen preparada, pues son dos hermanas y una prima las novias, oriundas de esa congregación —te dijo la buena mujer.

—Claro, doña Natalia, claro, con mucho gusto, en cuanto tenga listos los documentos y los testigos, hágalos pasar, creo que este salón es lo bastante amplio no para tres bodas, sino hasta para veinticinco —le dijiste con una amplia sonrisa al momento que comentaste —: además, yo no me perdería un mole de boda triple por nada del mundo. Ya algo me había dicho de esa comida mi amigo don Hugo López e incluso ellos querían que yo los fuera a casar al salón donde va a ser la fiesta; yo le aclaré que eso no lo haría yo, que si se querían casar por el civil tendrían que acudir al Palacio Municipal, como lo hacen al asistir al templo cuando se casan por la iglesia, ¿no cree? —le recalcaste a doña Natalia, haciéndole un guiño a manera de complicidad y agregaste—: ¡Ah!, y cuando se trate de bodas muy “pomadosas”, de mucha alcurnia, que se les haga poca cosa venir a casarse aquí, a la casa del pueblo, el costo será el doble y usted, en mi representación, irá a casarlos a su casa, ¿cómo la ve? Claro, y cobre usted también sus honorarios. El cobro por los servicios lo hace la tesorería del ayuntamiento, lo otro es una gratificación para usted; imagínese, eso de que soliciten que los case uno en la noche, en su casa, y en ocasiones de ribete hasta en domingo, no, no es posible; pero usted tiene mi anuencia para hacerlo para que no se sientan ofendidas algunas familias a las que les gusta eso —le dijiste, condescendiendo con la anciana, quien sabías que en ese tipo de ceremonias se ganaba unos centavitos extra nada despreciables y que esa práctica se había hecho costumbre.

—Oiga, pero volviendo a lo de las escrituras, sí me urgen, eh, porque el gobierno federal nos va a financiar la reconstrucción de este inmueble que se gotea todo y vamos a acondicionar la parte posterior de la Escuela Esperanza Zambrano para los muchachos de la Escuela Nocturna de Bachilleres; por favor encárguele a Elías que vea lo de la caja fuerte y si no la pueden abrir, porque ya tenga los años de los años sin abrirse, háblenle al maestro René Traconis, él se las abre, en ese tipo de menesteres y trabajos ingeniosos él es el experto —le suplicaste a doña Natalia, al tiempo que le indicabas a Cristy que te pasara la lista de la audiencia de esa bulliciosa mañana del mes de enero.

Con la lista en tus manos, el nombre de Rubén Fuentes, reportero del canal de televisión “4+”, llamó poderosamente tu atención y de inmediato le preguntaste a Cristy cuánto tiempo tenía el señor Fuentes haciendo antesala, a lo que ella te respondió que más o menos media hora; decidiste hacerlo pasar en primer lugar. —Nada más avíseme cuando doña Natalia esté lista con los contrayentes para proceder al casamiento de esas tres parejas —le especificaste e hiciste hincapié—; pero me avisa, Cristy, esté con quien esté, usted nunca interrumpe.

—Buenos días, señor presidente municipal, me presento: soy Rubén Fuentes, de TV “4+” y vengo recomendado por el maestro Melgarejo Vivanco, quien me pidió que acudiera yo a verlo para la realización de una serie de reportajes históricos sobre varios personajes nacidos aquí en Altotonga, como por ejemplo el general Francisco Javier Gómez —dijo, extendiéndote su tarjeta de presentación.

—¿Viene usted recomendado por el maestro Melgarejo Vivanco? ¿Se puede saber, si no es indiscreción, cuándo y a qué hora le sugirió o pidió a usted don José Luis que me viniera a ver? —le preguntaste al sorprendido reportero en cuanto se presentó.

—Ayer por la noche. Estaba yo todavía en el estudio cuando me llamó por teléfono y después de sermonearme largo rato, me pidió que viniera yo a verlo y de paso ofreciera disculpas por la trasmisión de un programa de televisión que obviamente usted ya vio y huelga seguir ahondando sobre el caso —te dijo de manera coloquial, esbozando una risita de complicidad, en el entendido de que tú ya estabas enterado del caso o habías sido tú quien había denunciado los errores históricos del reportaje sobre la Hacienda de Santa Cruz.

¡Vaya, vaya, con el querido maestro Melgarejo!, sí que es veloz y no se anda con rodeos, pensaste para ti mismo, tratando de disimular y que no te ganara la risa.

—¿Ya almorcó? —le preguntaste de inmediato, y ante su respuesta negativa te pusiste de pie y lo convidaste a hacerlo—. Vamos, amigo Fuentes, véngase usted, vamos a almorzar, lo

invito a un típico desayuno altotonguense en el corazón de este pueblo, “la plaza”, como llamamos aquí al mercado; lo voy a llevar a desayunar a la fonda de doña Esther Méndez para que almuerce un rico chilposo de res o de pollo, según apetezca —y ante la sorpresa de Fuentes, pronto los dos se vieron en plena calle camino del mercado, mientras la brisa menuda de aquella llovizna persistente les mojaba el rostro y les hacía apretar el paso.

—Amigo Fuentes, ha de decir “este señor no está bien de la cabeza, apenas me presento me saca de la oficina y me trae a almorzar al mercado en medio de la lluvia” —le dijiste sonriendo en el momento que se instalaban en dos bancas dentro de la fonda—. Precisamente ayer tuve la oportunidad de conversar con el maestro Melgarejo Vivanco, hombre simpatiquísimo y de gran talento, y entre otras cuestiones, platicamos de lo que tú mismo me acabas de decir; perdón, ya te estoy hablando de tú, ¿no te molesta que lo haga? —le dijiste en ese instante—. A mí también háblame de tú —agregaste—, luego hasta se me olvida cómo me llamo porque todo mundo me dice licenciado y ahora que soy presidente municipal, las gentes de las congregaciones se dirigen a mí de manera muy solemne, me llaman “ciudadano”. ¡Imagínate, así se me va a olvidar mi nombre! Entonces, ¿de acuerdo?, ¿nos hablamos de tú? —le dijiste al tiempo que te ganó la risa—. Pero volviendo a lo que estábamos, mi intención no era reclamarles nada en el canal, ni a ti ni a nadie; tal vez más adelante les iba a llamar por teléfono y hasta había pensado hacerles una visita, pero ya veo que el maestro se me adelantó, y de qué manera.

—Bueno, el maestro es así, lo conozco bien, lo aprecio mucho y él a mí, creo, y es mi gran consejero, además de que en este caso me advirtió que quería conocer el guion y lo que íbamos a decir en ese programa filmado en Altotonga, porque él no estaba seguro de que Victoria hubiera visitado esa hacienda; lo peor de todo es que falseamos la información y hasta nos aventuramos a decir que esa era su hacienda y que ahí había vivido por temporadas, sin más respaldo histórico que los dimes y diretes de no sé quién —te confesó Rubén Fuentes con cierta gracia y desenfado, y agregó—: y para colmo lo viste tú, a quien por cierto no tuvimos ni siquiera la atención de informarte como autoridad municipal ni nada; de verdad, qué pena, Dios mío, y luego pláticas con don Luis. No, pues eso fue el acabose; me ha puesto una santa regañada, y para muestra, heme aquí.

El frío comenzó a arreciar y apenas iba a dar la una y media de la tarde; entre pláticas amenas y el ir y venir de la gente, los chilposos de res, picositos e hirviendo, acompañados con unas suculentas tortillas recién hechas, caldearon el día y Rubén Fuentes dejó de temblar y entró en calor.

—No sabes cómo te agradezco la atención que has tenido en venir a verme, la franqueza de tu manera de ser y la posibilidad de filmar algunos programas más sobre el tema y algunos otros en el corazón de la sierra, rumbo a la congregación de Mecacalco, donde se está construyendo una carretera que comunicará a todas las congregaciones que están del otro lado del río de Bobos —le dijiste entusiasmado al joven Fuentes y hasta agendaron todo un nuevo recorrido por la Hacienda de Santa Cruz, incluyendo una visita al cementerio privado que existe dentro de ella—. Ah, y a lo mejor hasta nos ayudas a hacer un programa de los fantasmas y aparecidos de la región.

—¿En serio? ¿Lo dices en serio? —te replicó Fuentes—. Sería fabuloso, a mí siempre me ha interesado ese tema, rescatar todas esas leyendas que se tejen en los pueblos y se conocen solamente por la rica tradición oral.

—No, no me hagas caso, sólo estaba bromeando, aunque luego sí pasan cosas que no nos explicamos. Pero acompáñame para que conozcas parte de los documentos que encierran la historia del municipio y que estaban por mostrarme cuando tú llegaste.

Una vez degustado aquel opíparo almuerzo, cortaron vuelta y se dirigieron al Palacio Municipal de nueva cuenta, caminando ahora sí aprisa porque la lluvia arreciaba, y rápidamente llegaron hasta tu despacho, donde ya sobre el gran escritorio de madera descansaban varios pergaminos, libros y juegos de escrituras amarillas por el tiempo y roídas por el olvido.

—¿Qué le dije?, ¿qué tal que tan sólo son unas cuantitas? —te dijo sonriente doña Natalia, que acomodaba sobre tu escritorio los documentos que le habías solicitado, y tomando uno tal vez de los más antiguos, te lo dio en la mano—. Éste es la donación del terreno sobre el cual fue construido el Palacio Municipal; es vieísimo, figúrese, tiene más de ciento treinta años y lo donó el entonces presbítero Francisco Javier Gómez, a la sazón vicario de aquí de Altotonga.

—¿Ese señor no era militar?, ¿coronel o general? —intervino el joven reportero del “4+” de Xalapa, quien al escuchar el nombre le sonó conocido.

—Sí, claro, dices bien, primero fue militar y ya después ingresó al seminario —le dijiste a Rubén Fuentes, quien fascinado hurgaba en todos esos documentos centenarios; de pronto, él encontró otro pergamino firmado por el mismo Francisco Javier Gómez.

—¡Mira! —te dijo estirando el brazo con el pergamino en la mano—, aquí dona un terreno de considerables dimensiones.

—Sí, jovencito, así es —intervino doña Natalia, interesada en el tema—. Se trata de la donación del terreno que ahora ocupan el parque, las calles aledañas y algo del actual atrio del

templo de Santa María Magdalena, que por cierto —acotó la anciana—, parte de eso era antes panteón.

En eso, doña Natalia, de manera comedida, de nueva cuenta interrumpió y dirigiéndose a ti te dijo: “Los papeles de los tres matrimonios de que le hablé están listos; los contrayentes, sus padres y los testigos aguardan afuera a que los haga pasar”. —¿Son muchas gentes? —preguntaste—, porque no me gustaría que se estropearan todos estos papeles que debo revisar con detenimiento —agregaste y te quedaste pensando unos segundos—. Ah, ya sé, vamos al salón de actos, en el otro extremo de esta gran galería, donde está puesta una mesa con mantel verde, sillería y flores para la conferencia de esta tarde del antropólogo Carlo Antonio Castro, quien viene a presentar su libro *Siluetas*, donde destaca el cuento “Lupe la de Altotonga”; por cierto, no ha de tardar en llegar y le invité a comer. Pero vamos, si ahí se llevan a cabo los matrimonios no pasa nada, se van a ver mejor con todo y las flores; total, la ceremonia no dilata gran cosa.

—¿Al salón dice usted? —te replicó doña Natalia con una risita burlona—. ¿Y no les vamos a cobrar un extra por el arreglo y las flores?

—No, en nombre de Dios, doña Natalia, ¿cómo cree usted que yo haría eso? —le dijiste poniendo una actitud muy adusta.

—No, no se crea, es broma —te respondió la anciana encargada de la oficina del Registro Civil—. Lo que sucede es que se va a correr la voz de que los atendemos muy bien aquí y ahora todos querrán venir a casarse al Palacio Municipal y se me va a acabar mi chambita de irlos a casar a sus casas —y diciendo esto soltó una buena carcajada, te tomó del brazo y se encaminaron hacia el salón de actos; sólo alcanzaste a hacerle señas a Fuentes y decirle que luego volvías.

Ya ahí te sorprendiste al ver a todo mundo muy de traje y vestidos para la ocasión, en especial a las tres chicas vestidas de novia en toda forma, y dirigiéndote a doña Natalia le dijiste:

—Oiga, ¿y por qué no me dijo que esto era en grande, eh? ¡Qué penal, van a pensar que soy un desatento. ¿O sea que vienen de la iglesia? —le preguntaste.

—No, apenas van para allá, el señor cura no los casa si antes no se han casado por el civil, eso siempre es así —te informó la anciana encargada del Registro Civil, con esa mirada pícara que la caracterizaba, con sus clásicas antiparras detenidas en el extremo de la nariz y a punto de caérsele.

—Vaya, menos mal que el señor cura coopera con las finanzas municipales, pero allá les deben cobrar más caro, ¿no? —le respondiste de plano, bromeando de manera franca. Una vez

celebrada la ceremonia de aquel triple matrimonio y leída a los contrayentes la Epístola de Melchor Ocampo, cuál sería tu sorpresa al ver que entre los testigos se encontraban Conrado y Rebeca, a quienes habías conocido en tu reciente visita a la Hacienda de Santa Cruz y te habían acogido en su casa durante aquella lluviosa tarde del viernes 4 de enero pasado.

—¿Ustedes por aquí? —les dijiste—. Mira que esto es una verdadera sorpresa, precisamente estaba yo pensando en ir a verlos para presentarles a un joven reportero del canal de televisión de Xalapa, del “4+”, que casualmente está por aquí, y con este encuentro me ahorraron la vuelta hasta Santa Cruz.

—Sí, Rebeca, mi esposa, es muy amiga de dos de las novias, pues son educadoras ahí en el jardín de niños donde va nuestra hijita, y yo conozco al papá de ellas, pues me ha vendido algunas toneladas de piloncillo que yo introduzco en Tabasco —te dijo Conrado dándote un fuerte abrazo y preguntándote con cierta extrañeza por qué tú habías casado a los novios, a lo que le contestaste que en el estado de Veracruz, el presidente municipal, en especial en los pueblos y ciudades pequeñas, era el encargado del Registro Civil—. Bueno, pues celebrados los casorios estos, ahorita nos atravesamos a la iglesia para la ceremonia religiosa, que por mucho durará un poco más de una hora y luego, en lo que te desocupas, te vienes a la comida con nosotros, que casualmente será en la hacienda; ahí tenemos un gran salón y Rebeca y yo se los hemos ofrecido a los contrayentes. Te aseguro que se va a poner muy buena la fiesta, pero sobre todo la comida, que está buenísima; sé que te va a gustar. Además, tú eres aquí la máxima autoridad, tú los casaste, ¿por qué no nos has de acompañar? Un rato de sano esparcimiento no le cae mal a nadie, ¿no te parece?

—A mí la mera verdad me da pena, ustedes fueron testigos, son amigos de las novias y del papá de una de ellas, pero yo, ¿qué vela toco en ese entierro? —le respondiste a Conrado queriéndote zafar—. Además, aquí en mi oficina está el joven reportero que te había dicho, y por si eso fuera poco, tengo que atender al maestro Carlo Antonio Castro, que viene a presentar un libro, evento al que por cierto estás cordialmente invitado, y lo estoy esperando para llevarlo a comer; incluso le encargué a doña Lupita Martínez comida para cuatro personas y no la puedo cancelar, estoy muy complicado, mi querido Conrado, de verdad, aunque quisiera no puedo —volviste a insistir.

—Vamos, hombre, querer es poder, preséntame al joven reportero y a lo mejor hasta lo conozco, ha de ser de los que vinieron a filmar el otro día que te dije —te argumentó Conrado,

animándote a ir—; y al señor antropólogo que va a venir, también te lo llevas a la hacienda, yo sé que le gustará conocerla —agregó—. Entonces, ¿qué dices?, ¿nos vamos?

—Oye, ¿y si nos espantan como el viernes pasado, en que tu esposa me invitó ese delicioso chocolate y el pastel? —le comentaste en son de guasa—. Yo, por cierto, seguido me acuerdo de ese incidente y por más vueltas que le doy al asunto no le encuentro explicación, menos mal que desde ese día he dormido bien —terminaste diciéndole, al tiempo que le cerrabas el ojo.

—Pues a lo mejor el espantito se hizo presente porque tú estabas ahí, quién no te asegura que los convocas con eso de que andas bien interesado en la vida de ese señor y todos los misterios que lo rodean —te contestó de inmediato Conrado, esbozando una risita burlona—. Bueno, entonces ¿en qué quedamos?, ¿te animas o no? —te insistió.

—Mira, si en media hora llega el maestro Castro y Rubén no trae otro compromiso, que tenga que volver al canal, qué sé yo, allá te caigo y ni nos despedimos, allá nos vemos —le dijiste y rápidamente abandonaste el salón camino a tu oficina, donde ya te esperaba Conchita, la tesorera, para la firma de unos oficios que necesitaba llevar temprano al día siguiente a Xalapa.

Ya en tu oficina, Rubén seguía abstraído consultando los documentos y te presumió que había leído los decretos en que se elevaba a Altotonga a la categoría de villa en el año de 1881 y a la categoría de ciudad en 1931. Le firmaste los oficios a Conchita, quien, de manera solícita, te pidió permiso para ausentarse pues también iría a la comida de la boda. “Vaya, parece que todo mundo se va a Santa Cruz”, comentaste, a lo que ella repuso: “Ya me dijo don Conrado que lo invitó pero que usted está muy ocupado; anímese, licenciado, anímese, se va a poner bueno aquello”, y diciendo esto se despidió.

—¿Cómo ves, Rubén? Nos invitan a la comida de los matrimonios que acabo de celebrar hace rato. ¿Te interesaría ir a la hacienda? ¿No tienes que llegar a determinada hora a Xalapa? Yo sólo aguardo la llegada del maestro Castro y también le haré extensiva a él la invitación. ¿Qué dices, me acompañas? —le preguntaste, deseando que no aceptara por compromisos en su trabajo pero, para tu sorpresa, accedió de buena gana.

—Yo soy materia dispuesta, sobre todo tratándose de una comida y en ese lugar; sirve que me presentas al administrador, que es con quien me ibas a presentar, ¿o no es así? —te dijo Rubén—. Y a todo esto, yo debo conocer a ese señor —agregó—, pues no hace ni un mes que filmamos ahí. ¿Acaso el encargado o administrador de la hacienda se llama Conrado?

—El mismo, tú lo has dicho —le repusiste de inmediato—. Cómo es el mundo de chiquito, hace un momento estaba acá al lado en el salón donde fueron los casamientos y hasta me comentó que a lo mejor te conocía; bueno, ahora nada más falta esperar a que llegue el maestro Castro y que con este clima no se vaya a dilatar. Ojalá que en la hacienda se les haya ocurrido prender una gran chimenea o fogata donde va a ser la comida, porque con este frío nos vamos a tullir y habrá que beberse antes un buen aguardiente de Mecacalco para el desempance pues todavía traigo el chilposo de res atravesado, lo que menos tengo es hambre —le comentaste a Rubén, mientras cuidadosamente ibas acomodando en una estantería amplia, a manera de portaplanos, todos los documentos que por la mañana te había traído doña Natalia.

—Cristy, ¿a qué hora está programada la presentación del libro? —le preguntaste a tu secretaria, justo en el momento en que te avisaba que el maestro Carlo Antonio Castro acababa de llegar.

—A las cinco de la tarde, licenciado —te contestó.

—¿A las cinco? ¡Ah, buena hora! Porque más tarde ya está oscuro, sobre todo en esta época del año; bueno, yo lo pienso así, y tenemos tiempo para cenar —repusiste de inmediato—, a mí lo que me preocupa es que no se le haga demasiado noche al maestro para su regreso a Xalapa, pues con este norte la carretera se pone muy pesada, sobre todo por la neblina. Oye, Rubén, perdona que lo preguntes: ¿traes contigo equipo, o sea, cámara, grabadora y todas esas cosas que utilizan ustedes los reporteros?

—Sí, claro, siempre cargo el equipo en mi carro por aquello que pudiera ofrecerse, ¿por qué? —te preguntó.

—Pues porque estoy contemplando la posibilidad, ya que estás aquí y si no dispones otra cosa, que nos eches una manita y nos grabes lo de la presentación del libro que, como ya te había dicho, será a las siete de la noche, ¿crees que se podría? Además, si se hace noche no te apures por el hospedaje, contamos con un confortable hotel, de nombre por cierto “Vistahermosa”, que tiene también un excelente restaurante.

—Claro, yo encantado, y si quien va a presentar no se opone, adelante y muchas gracias por la hospitalidad —te contestó bastante animado y dispuesto.

Vaya, vaya, la de cosas que se han dado este día, si me las hubiera propuesto concretar no se habrían dado, pensaste mientras divagabas un poco antes de bajar a la planta baja del Palacio Municipal a recibir al maestro Castro, quien en ese momento se bajaba de su auto.

—Ah, Cristy, antes de que se me olvide, hágame un gran favor, llámele por teléfono a doña Lupita Martínez y dígale que si estoy a tiempo para cambiar la comida por cena y que agregue dos cubiertos más, seríamos seis personas —le pediste a tu secretaria con cierta premura, sobre todo para no quedar mal con esa linda señora que siempre, en todos los compromisos del ayuntamiento, te auxiliaba.

—Espéreme, no se vaya, ya la tengo en la línea y de una buena vez le digo qué me dijo —te pidió Cristy al verte decidido a bajar las escaleras camino de la calle—. Que no se preocupe usted, que con mucho gusto lo espera por la noche —te dijo Cristy, complacida de que la hubieras esperado.

Hechos los saludos y las presentaciones de rigor, el maestro Castro y dos acompañantes que traía consigo, Rubén, tú y la buena de doña Natalia, quien también había sido invitada a la comida y esperaba a que un alma caritativa la llevara hasta la congregación de Francisco Javier Gómez, se fueron en dos automóviles camino de la Hacienda de Santa Cruz. Mientras manejabas, sobre el tablero de tu *pick up* nuevamente te llamó la atención aquel pedazo de cartulina amarilla perfectamente cortado a manera de un rectángulo con el número 2640.

¿Qué hacía ese papelito ahí si tú lo habías metido dentro de una revista? “¡Qué barbaridad! , ya no sé ni dónde dejo las cosas, ¿de dónde habría salido?”, reflexionaste, porque hasta donde recordabas, en la mañana, al llegar al Palacio Municipal, lo viste por primera vez y asumiste que a lo mejor venía con la serie de papeles que fuiste acumulando durante tu viaje ese fin de semana. En ese instante decidiste dejarlo ahí y no moverlo por el momento. “A ver si ahora no aparece en otro lado”, pensaste, “aunque sí estoy seguro de haberlo metido en la revista *Cronos*”, murmuraste en voz baja. “Todo puede ser, a lo mejor pensé meterlo nada más y finalmente no lo hice”. Y rascándote la cabeza decidiste, a tu regreso de la comida en el casco de la Hacienda de Santa Cruz, buscar el papelito metido en la revista. “A lo mejor no es uno solo, sino son dos; ya lo veremos, ya lo veremos”, concluiste, moviendo la cabeza.

Ya en la hacienda, al llegar, luego luego Conrado reconoció a Rubén Fuentes y platicaron un poco de aquellas filmaciones, tú les presentaste al maestro Carlo Antonio Castro y una vez hechos los saludos pertinentes a los recién casados y a sus familiares, así como a algunas otras personas conocidas de la región, la comida transcurrió sin contratiempos en el jardín aledaño al salón. Ya a la hora del pastel y los brandies, de pronto la niebla cubrió todo el entorno, no se podía distinguir nada a más de treinta metros de distancia. —Ojalá y se mantenga así nomás — comentaste respecto a la niebla—, aunque esté tupida pero que no llueva; es preferible a que se

suelte un chipi chipi persistente y ahora sí, como dice el refrán, nos aguade la fiesta. Bueno, a los novios —corregiste—, ¿no creen?

—Sí, lo más probable es que esté así nada más, como dicen aquí, “aparrao” —comentó el maestro Carlo Antonio Castro—, estos nublados son característicos de fines del otoño y principios del invierno y favorecen muchísimo a la floración de las matas de café, pues entre las cañadas y laderas se tiende hasta el mismo suelo. En Mexcalteco, congregación de aquí de la sierra de Altotonga, de donde es originaria la protagonista de mi cuento *Lupe la de Altotonga*, a esta niebla la llaman “blandura” —comentó el maestro haciendo alusión al libro que presentaría por la tarde— y en lugares como éste, de más altura sobre el nivel del mar, de clima más frío —agregó—, propician la aparición de ciertas variedades de hongos, como los codiciados hongos “tecolcoscas”, que bien pudieran pasar por trufas. Yo sé bien que aquí la gente de las comunidades sale a buscarlos debajo de la hojarasca de los encinos, pues para ellos representa un ingreso de dinero extra ya que en el mercado son muy cotizados.

—Bueno, y comerlos son una delicia —afirmaste—, ya en mole, ya en tamales o en escabeche, ni a cual ir de las preparaciones; estos hongos “tecolcoscas”, como bien dice el maestro Castro, son únicos.

—Oigan, ¿y por qué no continuamos la charla en el salón?, el fuego ya está encendido y un buen vinito de nogal, un cognac, un aguardiente de aquí de la sierra de Altotonga o un oporto no nos vendría mal —les dijo Conrado en compañía del papá de las novias, invitándolos a pasar al salón.

—Me parece bien la idea —asentiste, y al ver tu reloj agregaste de inmediato—, aunque nosotros nos tenemos que marchar ya luego pues tenemos el compromiso de acompañar al maestro Carlo Antonio Castro a la presentación de su libro, que es a las siete de la noche, y debemos llegar antes para ver cómo van los preparativos; aunque ya todo estaba listo, siempre es conveniente revisar todo y yo quisiera que aquí nuestro amigo Fuentes le hiciera para el canal “4+” una entrevista al maestro Castro.

—Bueno, ustedes pasen un ratito, por favor —les dijo Conrado de manera vehemente—, no se me vayan a negar o rehúsen mi invitación, que sólo los distraeré un poquito; es sólo un brindis, pero muy especial, porque en honor a tan distinguidos invitados voy a abrir una botella de cognac *Napoleón* reserva de 1802, que curiosamente encontré en una cava abandonada u oculta, la verdad no sé. Yo andaba hurgando por ahí, por la parte vieja de la casona original de la hacienda, y de repente me sumí como tres metros, la duela de madera podrida se deshizo bajo

mis pies y de milagro no saqué más que raspones y el susto. Ya recuperado y habiéndome acostumbrado a la poca luz que entraba en aquella oquedad, me encontré cuatro botellas y sólo una traía una nota, como si fuera pergamino, algo se alcanza a leer porque ya está muy borrado y lleno de moho, y dice algo así como: *Verano de 1826, recuerdo del matrimonio de la señorita Manuela de la Torre García Nieto y el señor...* y ya no se puede distinguir más, aparte de que la letra está muy “garigoleada”, se ve que fue hecha con un estilógrafo o una de esas plumas antiguas. Ah, pero les aseguro que el cognac está de maravilla, ya me tomé una y se los aseguro, eh, de no creerse, esas botellas tienen ahí más de 154 años.

—Vaya, ha hecho usted todo un descubrimiento antropológico, o por lo menos histórico, amigo Conrado —le dijo el maestro Castro al joven administrador y encargado de la hacienda, quien eufórico y entusiasmado narraba su descubrimiento—. Le advierto que de esas botellas ha habido mucho plagio y hay quienes se dedican a fabricarlas recién envejecidas para incautos, pero las suyas tienen el plus de ese pergamino y el descubrimiento de esos pasadizos —concluyó el maestro.

“Esto se pone más que interesante”, reflexionaste para ti solo; incluso te apartaste momentáneamente del grupo arguyendo que ibas al baño y adoptaste una actitud meditabunda. No es fortuito que se den todos estos hechos, ese famoso programa del canal “4+” te lanzó a la búsqueda de algo de lo que ya no estabas seguro; que ésa no era ni había sido nunca la hacienda de Guadalupe Victoria, estaba claro; que ésa había sido la propiedad de Francisco Javier Gómez, todo mundo en la región, por lo menos los conocedores de algo de historia, lo sabían y a ti te quedaba claro, pero ¿de dónde y cómo te había surgido esa obsesión? Y qué con la desaparición de Julián Gómez Bello el viernes 4 de enero, previo a tu partida a Veracruz, y las visiones y hechos inexplicables que habías presenciado en compañía de Conrado y Rebeca, los papelitos esos con un número en tu camioneta, la coincidencia de que conocieras al ilustre maestro Luis Melgarejo Vivanco, la llegada de Rubén Fuentes a instancias del perspicaz maestro Melgarejo? Todo, todo, iba encajando como en un rompecabezas. Cuando te diste cuenta, ya Conrado, con una copa de ese famoso cognac en la mano, te había tomado del brazo y te atrajo otra vez hacia el grupo del que te habías separado.

—¿Pasa algo, Fernando? —te preguntó algo sorprendido—, ¿acaso te molestó lo que dije?, ¿no debí de haberlo dicho?, ¿o qué sucede? Me preocupa verte así, amigo.

—No, hombre, cómo crees, sólo estaba pensando respecto de algunos pendientes que tengo y de que ya era hora de regresar a Altotonga, pues ya mero son las cinco de la tarde —le

respondiste de inmediato—. No me hagas caso y venga esa copa, que hay que brindar, y además, certificar la calidad de ese misterioso brandy de más de 154 años, no vaya a resultar un vil tepache o vinagre.

—Oye, antes de irnos yo quiero conocer el camposanto particular que existe aquí en la hacienda, acuérdate que me lo prometiste —te dijo Rubén Fuentes.

—No, mira, ya se nos hizo muy tarde, de verdad te prometo que la próxima semana, si vienes el jueves, caminamos hasta el camposanto y le pedimos a Conrado que nos acompañe; además, no vaya a ser la de malas y nos pique alguna víbora por ahí y con esta neblina al ras del suelo el lugar ese debe estar de lo más tétrico, ¿te parece?

Se tomaron las copas, el cognac resultó excelente y ya arriba de los vehículos emprendieron el regreso al pueblo a vuelta de rueda en medio de una niebla total. Antes de llegar a la carretera, por el camino de acceso a la hacienda todavía, por el espejo retrovisor divisaste a Julián, con todo y capisayo y sombrero de palma, que te sonreía de manera franca; te frenaste en seco, dejaste el motor andando sin velocidad, pusiste el freno de mano y, de manera intempestiva, te bajaste de la camioneta para saludarlo: “Julián, Julián”, le gritaste, “qué andas haciendo con esta niebla tan cerrada, ¿qué pasó ese día que llegamos a Atzalan?, ¿por qué te fuiste sin avisar?”.

—Sí, verdad, qué pena con usted —te dijo sin dejar de caminar, alejándose aprisa de ti hacia la parte alta del potrero que ya la niebla comenzaba a cubrir—; ese día, en cuanto me bajé de su camioneta—siguió diciéndote—, corrí cuesta arriba como desaforado, pues figúrese que en ese momento me acordé que había dejado abierta una compuerta del caño de riego y por poco se inunda todo el campo, por eso me fui de forma tan intempestiva. Mil perdones nuevamente y ahorita, para variar, voy de prisa, señor, de prisa; en otra ocasión habrá tiempo de que charlemos, además, lleva usted su camioneta llena de personas que lo acompañan, no se apure, no es que no me quiera detener, la verdad sí llevo prisa, yo lo buscaré, no se le olvide, ¡lo buscaré, eh!

Y diciéndote adiós con el brazo extendido se perdió al fondo del potrero, entre el hato de vacas que caminaban hacia la ordeña de la tarde. “¡Qué lástima!, me hubiera gustado platicar con él”, murmuraste y te subiste a la camioneta de nuevo. —Perdón por haberme detenido así de brusco, es que alcancé a divisar por el espejo a un conocido —les dijiste a tus acompañantes— , pero me ganó, no pude alcanzarlo, siempre es así de escurridizo.

—Yo no vi a nadie, amigo —te replicó de inmediato Rubén Fuentes.

—Tú no lo viste, pero yo sí —le contestaste en el momento que te subías a la cinta asfáltica de la carretera federal para enfilarte hacia Altotonga.

—¿No se te figuraría o lo confundiste con alguien parecido? Luego estos campesinos son tan similares entre sí y hasta se mimetizan con el paisaje —te dijo Rubén de nueva cuenta.

—¿Estás insinuando que no vi nada, que la imagen del espejo retrovisor fue simplemente una alucinación? ¿Y qué con el Julián de cuerpo entero que a lo lejos se despidió de mí alzando su brazo y se perdió entre las vacas? ¿Tampoco vi las vacas, amigo? —le dijiste con una sonrisa burlona mirándolo a los ojos—. Mejor nos apuramos a llegar, porque entre tanta discusión y la niebla se nos hace tarde y nos espera la presentación del libro *Siluetas* del maestro Carlo Antonio Castro, con quien por cierto —recordaste en ese momento— querías platicar de su amistad y cercanía con la ya difunta gran escritora Rosario Castellanos, a quien conociste en unos cursos de verano en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y de quien eras asiduo lector. Discúlpame, Rubén, si me porté de manera brusca o fui desatento —le dijiste—, pero te juro que no veo visiones ni ando detrás de fantasmas. Y volviendo a lo que te pedí hace rato, ¿podrías hacerle la entrevista al maestro Castro y de paso promocionas al municipio en tu reportaje? Lo otro, lo de ir al camposanto ese como te lo prometí —seguiste diciéndole—, seguro que lo hacemos y ya verás que de suyo será muy interesante esa visita, porque con ese pedazo de pergamino que venía adherido a la botella tendremos que buscar en las tumbas el nombre de esa mujer, aunque —aclaraste— yo estuve alguna vez ahí hace ya mucho tiempo y no recuerdo haber visto ese nombre entre las lápidas de las tumbas ni en la sección de gavetas.

—Claro que sí, ya sabes que soy materia dispuesta y no te preocupes por la entrevista, ahorita mismo saco mis fierros y me pongo de acuerdo con el maestro —expresó Rubén haciéndote un guiño, en señal de “ahí muere todo”.

—¿Amigos? —le dijiste esbozando una amplia sonrisa, y te encogiste de hombros en señal de extrañamiento contigo mismo por haberte exaltado con el joven reportero que te había contradicho y quien en realidad era una bella y fina persona. “A lo mejor Rubén tiene razón, tal vez sólo creí ver lo que quería ver y, como ando obsesionado con el tema, se me figuró ver a Julián”.

En el salón de actos estaba todo dispuesto y, para tu sorpresa, una hora antes de que diera comienzo la presentación el lugar estaba casi lleno. Revisaste que el equipo de sonido funcionara bien, que las lámparas dieran suficiente luz para la lectura de los textos y que la mesita donde se expenderían los libros estuviera decorosamente puesta, así como la mesa principal, donde estarían el autor y los presentadores; solicitaste al maestro Bruno Villalobos Alfonso, director de la Escuela Secundaria “Porfirio Aburto Aparicio”, quien sería uno de los

interlocutores en la presentación, algunas sillas de las que usualmente utilizaban en los actos y eventos de su escuela, porque era tal la cantidad de gente que seguía llegando que con las que disponía el ayuntamiento no serían suficientes.

Dejaste a Rubén entrevistando al maestro Castro, a Conchita la tesorera y a todos los muchachos que la auxiliaban recibiendo a las personas que iban llegando, y de paso le preguntaste si ya tenía el vino tinto de rigor para ofrecerlo al término de la presentación. Al entrar a tu oficina, de manera inusitada y ante la desaparición de la niebla, ya con los últimos rayos del sol poniente filtrándose por la ventana, divisaste sobre tu escritorio la revista *Cronos* que habías depositado ahí en la mañana y de inmediato la hojeaste con premura; ante tu asombro, cayó al suelo el pedacito de cartulina perfectamente cortado con el número 2640, que precisamente habías colocado ahí a manera de separador. Entonces pensaste: ¿cuántos de estos cartoncitos hay y qué significa ese número?

La presentación del libro resultó todo un éxito; no era para menos, su autor, hombre versado en los usos y costumbres de la región, con una prosa llana y fluida repleta de bellas imágenes, narraba con la ingenuidad de una muchacha campesina la cotidianidad de la vida de una niña de doce años que, a su vez, representaba y podría ser todas las niñas de la región, del mundo, pensaste. No cabe duda que hay temas universales y éste era uno de ellos. Después de la firma de autógrafos y de despedir hasta el último asistente al evento, se encaminaron hasta la casa de Lupita Martínez, quien les tenía ya preparada una deliciosa cena a base de chilatele de pollo, que por la hora y lo tupido de la niebla se apetecía. Todo el día el aire iba y venía y como consecuencia de ello había ocasiones en que la niebla llegaba hasta el piso mojándolo todo, y otras en que, agazapada, se retraía hacia las partes bajas del pueblo, al decir de sus habitantes, a la parte norte del mismo, para subir y bajar todo el día, pero ya a esas horas de plano se había enseñoreado de la noche.

—Esto huele delicioso —comentó el maestro Carlo Antonio Castro.

—No, maestro, eso no es nada, espere a que lo pruebe y saboree el fino toque que le da el epazote, aliñado con ese chile seco que es único; bueno, en Xalapa también lo conocen —añadiste—, pero éste, le aseguro, es especial y más como lo prepara aquí Lupita —le dijiste al maestro y a sus acompañantes al momento que les presentabas a doña Guadalupe Martínez, linda señora poseedora de los ojos verdes más bellos del pueblo.

La cena transcurrió con calma y la animada charla se alargó hasta las doce de la noche; al salir a la calle, Altotonga los sorprendió una vez más con sus inesperados cambios de clima: el

cielo, cuajado de estrellas en una noche sin luna, había arrinconado hasta el fondo, más allá del pueblo de Atzalan, a las nubes, la niebla y el frío; un aire cálido venido del sur soplaba con suave influjo y despejaba el camino para quien quisiera viajar de noche. En ese momento, no obstante tus apreciaciones de que debían quedarse y de que en el hotel los cuartos les aguardaban, ellos tomaron la decisión de partir; tras despedirse de ti y darte las gracias, el maestro Castro y sus acompañantes, y Rubén Fuentes por su parte, en sendos carros se enfilaron hacia Xalapa en una noche totalmente despejada, situación que finalmente tú agradeciste porque así te irías a tu casa y con razón entendiste su decisión; una noche fuera de casa, sin haberla previsto y traer consigo lo necesario para el aseo personal, no es siempre lo mejor, pensaste; pocas noches como esa, que invitan a viajar y generan confianza en quienes conducen. “¡Vaya jornada!”, le comentaste a don Leonardo Aburto, el comandante de policía que solícito te auxiliaba en este tipo de menesteres; por fin había que ir a descansar, ya mañana sería otro día. Y subiendo a tu vehículo enfilaste hacia tu casa, sin dejar de darle vuelta a un sinfín de pensamientos de todo lo que había sucedido en catorce horas.

## Seis

Domingo 19 de marzo de 1826

Esa mañana salió casi de madrugada, los gallos aún no cantaban y los brotes y retoños de muchas plantas en el camino eran la mejor muestra de que la primavera estaba por llegar; el letargo del invierno se esfumaba y los primeros rayos del sol los sorprendieron llegando a San Juan Xiutetelco, a unas cuantas leguas de su destino, Teziutlán. A medida que se aproximaba a la población donde debería recibir el importe de un considerable préstamo que estaba seguro sacaría de apuros económicos a su familia, delineaba en su memoria el afable rostro de la joven que sería su esposa y que no podía apartar de sus pensamientos. Ella sería una bendición para todos en su familia, en especial para Guadalupe, se decía a sí mismo, aunque a veces dudaba si su madre y sus hermanas estarían de acuerdo, ya que las tres tácitamente se consideraban sus madres, en especial Soledad, que vivía dedicada a la niña desde el día en que entró por el arco de cantera de la hacienda.

Cuando la conoció, a principios del mes de noviembre de 1825, se llamaba Jesusa; la primera vez que la vio fue durante una comida campesina en Chinautla, en la finca de los primos de ella, los De la Torre, curiosamente amigos entrañables suyos, en especial Pablo, quien había sido su condiscípulo años atrás durante su estancia en el seminario de Puebla. Lo habían invitado a pasar unos días en compañía de su madre, doña Francisca, de sus hermanas Rosario y Soledad, y de su hijita, Guadalupe, para que todos disiparan un poco sus penas y dejaran de lado, por dos o tres días, los recuerdos de los aciagos días de fines de junio y mediados de octubre de ese 1825, en que fallecieran, primero, don Pedro Gómez, y posteriormente Pedro Gómez Bello, el hijo mayor de la familia Gómez Bello. La recordaba bella, llena de gracia y donaire, de palabra fácil y dotada de una voz privilegiada para el canto, tanto, que en aquella ocasión habían pasado una inolvidable velada en la que él la acompañó al piano, instrumento que dominaba desde sus años mozos en el seminario. Al día siguiente, decidido, habiendo hablado con ella y teniendo su consentimiento, intempestivamente se la había pedido en matrimonio a su madre, a lo que ésta, sorprendida, le replicó que no fuera tan de prisa, que a ella le gustaría que se conocieran y trataran más, al grado que desde ese día llevaba grabada la respuesta de doña María Rita: “¿Por qué tanta prisa, coronel, no sabe usted, buen mozo, que hay más tiempo que vida? Altotonga no está lejos, venga a visitarnos pasadas las navidades y entonces hablaremos, que por el momento, tanto Jesusa como sus hermanos y yo guardamos luto por el todavía reciente fallecimiento de mi

querido esposo y lo guardaremos hasta que se cumpla, ahora en mayo, el año de su deceso. Entiéndame, coronel, yo sé quién es usted, su familia y sé también de sus posesiones, no en balde su señor padre, don Pedro Gómez, amigo de Domingo, mi difunto marido, cultivó durante mucho tiempo nuestras tierras; no me malinterprete, en especial si mi hija le ha entregado su corazón; quiero decir que está usted gratamente correspondido y eso es lo importante, deme tiempo, deje que pase nuestro luto y entonces hablamos". Y ante aquella respuesta, amable pero contundente, decidió insistir días más tarde, una vez pasadas las fiestas navideñas, como se lo había pedido aquella buena señora; pero eso sí, a partir de ese momento no desistiría en su intento de contraer matrimonio.

Pese a sus insistencias de visitarla a fines de diciembre, por un motivo u otro no se le había concedido verla, no obstante que el 14 de aquel diciembre había sido la misma doña María Rita García Nieto quien había recibido el dinero que él, como apoderado de Guadalupe Victoria, le había entregado para los sucesores de don Francisco de la Torre en la notaría del lugar; en aquella fecha, él guardó las formas y ni siquiera intentó preguntar por Jesusa, además de que sabía que días más tarde tendría que viajar a la ciudad de México a entregar cuentas; eran tiempos de mucha prisa y primero estaba el cumplimiento del deber y sus compromisos. Ese día, domingo 19 de marzo, precisamente en el santoral de San José, se sorprendió cuando a tres meses de haberla conocido, y sin proponérselo esta vez, la vio entrar por la puerta del juzgado en Teziutlán con su fe de bautizo en mano, acompañada por su madre, doña María Rita García Nieto viuda de De la Torre, y por varios notables del lugar, sobre todo por ser domingo, día inusual de trabajo en un juzgado. Al encontrársela, se ruborizó todo y no sabía ni qué decirle o cómo iniciar la plática; comenzaron a cruzar por su mente las miles de excusas que un caballero podía esgrimir para justificar su ausencia, involuntaria, cierto, pero al fin y al cabo ausencia, pues su imprevisto viaje a la ciudad de México en los primeros días del año lo habían mantenido alejado de la región; en ese momento no se le ocurrió nada más que quitarse el quepí, hacer una pequeña flexión de cabeza y saludar cortésmente a todos, pero en especial a ella, quien con una afable sonrisa se le quedó mirando a los ojos y lo turbó más de lo que ya estaba.

—Pero si es el coronel Francisco Javier Gómez Bello, mamá, ¿te acuerdas de él? —dijo la joven sin inmutarse, dirigiéndose a su madre—. ¿Te acuerdas, mamá? —insistió.

—Buenos días, señora —dijo balbuceando Francisco Javier—, buenos días, Jesusa —agregó de inmediato y volvió a hacer una flexión con la cabeza de manera cortés—, esto sí que es una sorpresa, tantas veces que he intentado visitarlas y venir a encontrármelas aquí, no lo

puedo creer, ya Dios nos ha puesto en este camino, bien dicen que el domingo es el día del Señor y hoy me ha concedido la gracia de verlas.

—Coronel, qué agradable encuentro; bueno, agradable e inesperado —comentó doña María Rita, vestida de riguroso negro como correspondía a su luto, al igual que su hija, que no le quitaba la vista de encima a Francisco Javier, quien sin saber qué hacer, nervioso, después de saludar se hizo a un lado para que pudieran caber todos en el recinto, que de hecho no era un lugar espacioso. En ese momento, el juez, después de haber saludado también a los recién llegados, de manera comedida se dirigió a Francisco Javier.

—Coronel, le debo una atenta disculpa, señor, el día en que concertamos esta cita yo no tenía prevista la amable visita de doña María Rita y de su hijita, la señorita De la Torre García Nieto, y le suplicaría que me dejara desahogar los asuntos que las traen a este juzgado —dijo refiriéndose a ellas— y de inmediato, una vez resueltos, estaría con usted, si me lo permite —le dijo de manera amable el juez, quien también se sorprendió de la visita de las damas en domingo; culpó a su amanuense del hecho de que se hubieran empalmado las dos citas, sobre todo considerando que Francisco Javier venía procedente de Perote y había hecho el viaje especial para formalizar un préstamo acordado con anterioridad con sus amigos los señores De la Torre; para no tener que solicitar una licencia especial e informar a sus superiores, le había solicitado al juez que su cita se diera un domingo, día franco por lo general en el castillo de San Carlos de Perote, de donde era el gobernador en turno.

—¡De ninguna manera, su señoría, proceda usted! Yo aguardo con mucho gusto a que atienda usted a las damas —de inmediato accedió Francisco Javier, cuadrándose a la manera militar y haciendo una leve reverencia respetuosa ante la presencia del juez.

Aquel encuentro fortuito le hizo recordar los días tan agradables que había pasado en la finca de sus amigos De la Torre, su declaración amorosa a Jesusa y la petición de mano a su madre, todo a fines del mes de noviembre de 1825. Ese año definitivamente no había sido bueno para él y su familia, lo pensaba y meditaba una y otra vez; primero la muerte de su padre, luego el desenlace de la larga enfermedad de su hermano y, consecuentemente, su fallecimiento, sus complicadas y obligadas licencias en la milicia y, por si fuera poco, el viaje que a principios de año había tenido que emprender a la ciudad de México a petición especial del señor presidente de la República, su entrañable amigo el general Guadalupe Victoria. Tenía la sensación de que en los recién pasados meses, los últimos de 1825 y los primeros de 1826, los diferentes acontecimientos de su vida se venían sucediendo de manera muy precipitada y en ocasiones no

había oportunidad ni para reflexionar ni para echar una mirada con detenimiento a todo aquél entorno que lo envolvía; realmente la vida se iba muy de prisa y su destino, incierto para él a su muy peculiar modo de ver las cosas, se le iba de las manos, pero ciertamente en estos últimos meses había logrado concretar tres cosas, arreglos o logros, como él les decía, que le devolvían la fe y las ganas de seguir luchando por el bienestar de su familia y afianzar el patrimonio heredado de su padre; pero lo mejor que le había sucedido de esas tres cosas era, sin lugar a dudas, haber conocido a Jesusa de la Torre García Nieto, con quien tenía la certeza de que se casaría muy pronto una vez que ella le diera el sí definitivo y doña María Rita concediera su anuencia, una vez pasado el luto de rigor. Los otros dos logros, muy importantes también para su felicidad y tranquilidad, eran: uno, el desenlace favorable e inesperado de su visita a la ciudad de México, en la que había podido decirle la verdad sobre la existencia de Guadalupe a su verdadero padre, su entrañable amigo el coronel José María Jarero Ruiz, a quien desde junio de 1821 había estado a punto de confesárle la existencia de su hijita, la cual él desconocía, y que estaba por llegar a Perote en esos días; y dos, el préstamo por los veintisiete mil pesos plata, que se había ido retrasando por una u otra causa, razón por la que había venido a Teziutlán en este bendito domingo de marzo.

Qué curiosas eran las cosas, sobre todo tratándose de las mujeres, pensaba; a él nunca se le hubiera ocurrido posponer su casamiento por el doble luto que llevaba en su corazón. Todas las situaciones generadas a raíz de las muertes de su padre y de su hermano se habían venido solucionando de una u otra forma y la cuestión financiera se afianzaría con el préstamo que sus amigos, los jóvenes De la Torre, le habían hecho por veintisiete mil pesos plata, a dos años y sin réditos, a cambio de las hipotecas de las haciendas de Santa Cruz y El Jobo, las cuales vencerían el 14 de diciembre de 1827, pues así rezaba el documento que había suscrito con ellos en Jalacingo precisamente el 14 de diciembre de 1825, del cual solicitaría una prórroga por cuatro meses más puesto que los dineros le serían entregados casi cuatro meses después, además del riesgo que representaba andar cargando por los caminos esa cantidad de plata. Su presencia en Teziutlán, ese día y a esa hora, era para hacerle la entrega efectiva del dinero que debería transportar de regreso a Santa Cruz con sumo cuidado, pues la cantidad era considerable; para el caso se había hecho acompañar de un selecto grupo de soldados de toda su confianza y esperaba que su presencia ahí no causara suspicacias, pues nadie, salvo la honrosa persona del juez, sabía que quienes le habían prestado el dinero, moneda tras moneda lo habían depositado

en el juzgado para que quedara constancia del hecho, además de que ya la hipoteca había quedado formalizada desde el pasado diciembre.

Había que hacer pagos, liberar pagarés y, en especial, darle liquidez a los negocios ahora que se iniciaba la temporada de siembras en el altiplano y se aproximaba la cosecha en las tierras bajas y cálidas de las regiones de Tlapacoyan y Mecacalco, donde la explotación de la madera de cedro y de caoba pagaría de suyo el cuantioso empréstito en que se habían hipotecado las tierras. Sabía que era menester apuntalar los negocios que su padre había adelantado, como terminar la siembra de caña en las riberas de los ríos Las Truchas y Bobos, organizar las fincas de café, todavía experimentales, pues el cultivo de tan codiciadas plantas era nuevo no sólo en la región, sino en el país, y reorganizar la cría de cabras y la producción de queso, que había demostrado que era redituable. De las tiendas, bien surtidas como las había dejado su padre, los negocios caminarían bien bajo la supervisión de su madre y sus hermanas, y para las tierras en Mecacalco y San Joaquín, en Yabuko, el fiel capataz negro de su padre, había encontrado un excelente administrador, trabajador, eficaz y honrado, no en balde su padre le tenía toda la confianza; ahora sólo le quedaban por planear dos viajes, uno a Veracruz y otro a Huamantla, para liquidar dos líneas de crédito que su padre tenía abiertas en esas plazas y a las que nunca había dejado de pagar, situación que hablaba bien de la solidez económica de todo aquello que su padre emprendía.

Terminadas sus diligencias en el juzgado, antes de su regreso a Perote vía Santa Cruz, en Teziutlán le dedicó unos minutos a Jesusa ya en su casa, una vez que ella también hubo terminado a buena hora sus asuntos en el juzgado. Una vez ahí, en el pórtico de la casa, de manera inusual, no como correspondería a una señorita como ella y debido en parte también a la prisa que él llevaba y al cargamento que celosamente portaba en varias valijas de cuero reforzado, la entrevista, breve pero cordial, se llevó a cabo en el pequeño despacho que por años había utilizado el difunto don Domingo Antonio de la Torre, luego luego a la entrada de la casa. Él volvió a comunicarle sus serias intenciones hacia su persona, su deseo manifiesto de casarse con ella en cuanto fuera posible y se echaran a andar los preparativos, no sin antes advertirle que regresaría en dos semanas, pues necesitaba solicitar una licencia de una semana para poder estar de visita con calma y esperar ahí su ansiada respuesta. Además, le comunicó que él, como miembro activo del ejército, de acuerdo con la norma tenía que solicitar permiso a la superioridad para contraer matrimonio; se despidió no sin antes prometerle que pronto, muy pronto, tendría noticias suyas.

De camino a la Hacienda de Santa Cruz no cabía de gozo y no cesaba de idear e imaginar planes a futuro; de hecho, lo sabía, la boda tendría que celebrarse en Teziutlán, lugar donde residía Jesusa, y él y su familia deberían trasladarse al lugar al menos dos días antes de la ceremonia. Había que pensar en los padrinos de velación, en el vestido y en tantas y tantas cosas, pero antes que nada, y se decidió a hacerlo, claro, con la anuencia de doña María Rita y de Jesusa, iniciar los trámites ante el alcalde de Teziutlán para solicitarle un “certificado de limpieza de sangre” que garantizara la buena conducta de la familia de su prometida, que le exigiría de seguro el Ministerio de Guerra pues era lo acostumbrado, más tratándose de un coronel como él.

No habían pasado todavía los quince días de haber estado en Teziutlán, de haber tenido ese segundo encuentro con la joven a quien de hecho consideraba ya su novia, cuando decidió, a través de un correo personal, enviarle a Jesusa la que sería la primera de muchas cartas que desde ese momento iba a recibir de quien se proponía hacerla su esposa. Para ella, la sorpresa, además de grata, fue impactante, pues aunque lo había deseado desde lo más profundo de su alma, jamás lo externó, pero su corazón le decía que si aquel caballero tenía buenas intenciones hacia su persona le escribiría, y debía procurar estar atenta a esa coronada suya, no fuera ser que alguien interceptara su carta o llegara cuando ella no se encontrara en casa; felizmente, ese día, al estar barriendo la entrada, ya lista para irse a la parroquia de nuestra señora de la Virgen del Carmen, a donde como todos los sábados acudía como devota voluntaria a enseñar la doctrina a los niños, un sargento respetuoso y gentil paró frente a su domicilio y en su propia mano le entregó la ansiada carta que su ilusión de enamorada le decía que llegaría. De manera amable, agradecida porque le hubieran llevado la carta hasta la puerta de su misma casa, le pidió a aquel joven sargento de las confianzas del coronel Gómez Bello que por favor aguardara un poco para que él mismo, de vuelta, llevara la respuesta.

—De mil amores se lo suplico, joven —le dijo toda sonrojada al sargento que le había traído la carta y lo hizo pasar hasta la cocina de la casa—. Tendrá usted hambre, ¿verdad? —le dijo haciéndole un guiño a su tía, quien era la que se encargaba de la cocina—, descanse un poco por favor y almuerce bien, aquí mi querida tía Domitila lo atenderá y en menos de lo que usted se imagina le preparará un suculento almuerzo; todavía es temprano, acaban de dar las diez de la mañana, así que almuerce usted por favor, sargento... —y como titubeó al no saber el nombre de su interlocutor, él cortésmente agregó:

—Rodríguez, señorita, Joaquín Rodríguez Arzate, sargento de caballería para servirla a usted, y como en estos casos, correo de mi coronel Gómez Bello, a quien sirvo en este tipo de

diligencias, necesarias muchas veces —le dijo de manera caballerosa y sonriente el joven oficial, que por lo que se veía no pasaba de veinte años—; estoy a sus órdenes señorita, para eso me mandó mi coronel y me dio instrucciones precisamente en ese sentido, de que si a usted se le ofrecía algo o tuviera usted el gusto de contestar de inmediato su carta, yo aguardara —le dijo de manera desenvuelta, como que ya estaba acostumbrado a este tipo de encomiendas, sobre todo en el ejército, donde seguramente llevaba y traía mensajes con urgencia.

Una vez que hubo dejado al sargento Rodríguez Arzate a buen recaudo en la cocina con la complicidad de su tía Domitila, hermana de su madre, con la carta entre sus manos se escabulló hasta el antiguo saloncito que por mucho tiempo fue el despacho de su difunto padre, don Antonio de la Torre, y cerrando el pestillo de la puerta se sentó en uno de los sillones donde precisamente había platicado con Francisco Javier la última vez que se vieron, una vez que ambos se habían desocupado de sus asuntos personales en el juzgado aquel domingo 19 de marzo, no tan lejano todavía. La impaciencia le hacía sudar las manos y pronto se percató de que su pretendiente usaba un sobrio papel pergamo membrado con su monograma grabado y que la carta venía sellada y lacrada con sumo cuidado. ¡Huy, qué elegancia de caballero!, pensó, y con precisión rompió el sello, hizo a un lado el lacre y poco a poco desenvolvió con cuidado aquellas dos hojas que hacían latir su corazón de prisa, las manos le temblaban y, por fin, comenzó a leer con detenimiento.

Sábado 1 de abril de 1826, Castillo de San Carlos de Perote

Señorita Jesusa de la Torre García Nieto:

Mi muy apreciada y distinguida Jesusa, te sorprenderá que estas letras que te escribo desde lo más profundo de mi corazón, inspiradas en la nostalgia de los días en que te conocí y en el inesperado gozo que experimentó mi alma el pasado domingo 19 de octubre, al volverte a ver después de casi tres meses de angustia y ansiedad por no saber de ti, lleguen antes que yo, como te lo había prometido en la breve conversación que tuvimos, pero quiero, antes que nada, sin faltar a las buenas costumbres, que me otorgues la licencia de hablarte de tú—como podrás darte cuenta me he tomado tal atrevimiento—, y que me dejes abrirte mi corazón a través de estas líneas

que te escribo, porque considero que mis pensamientos y mis más íntimos sentimientos fluyen mejor a través de la palabra escrita y no me ruboriza la presencia de tu bella persona.

Nunca te lo había expresado hasta ahora –no obstante que tuve la osadía de pedirle tu mano a tu señora madrea fines del pasado año, a escasos días de haberte conocido–, que mis sentimientos hacia tu persona son sinceros y auténticos y jamás imaginé que el enamoramiento repentino fluyera por mi sangre así de rápido, yo creía que eso era cosa de los poetas y los escritores, de gentilhombres como don Miguel de Cervantes y Saavedra o el afamado dramaturgo inglés William Shakespeare, que con su Dulcinea o Julieta le robaran el corazón a sus correspondientes galanes; después de haberte conocido, entiendo el intelecto de estos escritores y sé que no mentían cuando hablaban de ese enamoramiento tan repentino, tan puro, tan entregado; yo sufro de ese enamoramiento por ti, amada mía, y desde el momento en que te conocí me dije: “con esta bella doncella me tengo que casar”, y desde ese momento tu rostro no se aparta de mis pensamientos; mi imaginación recorre tu rostro a cada instante y cuando te percibo, esté donde esté, mi corazón se llena de alegría.

Yo sigo aquí en el Castillo de San Carlos de Perote, soy el gobernador del mismo y como mis obligaciones son muchas para con mi alta responsabilidad, me permití solicitar una licencia de quince días sin goce de sueldo para que los emolumentos que no percibiré, que constituirán un ahorro para el Ministerio de Guerra, ayuden a que me sea otorgada tan ansiada licencia a la brevedad posible de parte de mis superiores. Pronto tendrás noticias mías, mi amada Jesusa, y pronto también podremos sentarnos a charlar, a conversar sobre tantas cosas que seguramente me querrás preguntar y que yo, amada mía, responderé sin cortapisas; porque quiero que sepas que si bien es cierto que mi enamoramiento fue repentino, mi amor no será fugaz ni pasajero, será para siempre; por eso, desde el primer momento que te vi supe que tú eras la felicidad de mi vida y no me arrepiento de que tu señora madre haya podido pensar que soy un caballero apasionado o arrebatado, no, de ninguna manera, yo sé que ella lo pudo haber pensado y estaría en su legítimo derecho como madre sensata y amorosa, pero no te inquieten ni te mortifiquen esas cosas, yo te amo, Jesusa, desde el momento en que te conocí.

¿Y sabes una cosa, amor mío?, yo tengo la confianza de que mi amor es correspondido por tu hermosa persona, a la que aguardo volver a ver en una o dos semanas más; sólo permaneceré aquí en mi puesto, al frente de mis obligaciones, hasta recibir la aprobación de mi solicitud de licencia. No sabes con qué ansiedad la espero, tanta, que desearía que esa esperada comunicación oficial volara cual paloma mensajera y llegara pronto a mis manos para así yo volar

hasta Teziutlán y encontrarme contigo de nueva cuenta. Dale mis respetos a tu señora madre y tú recibe el amor y la admiración de quien te quiere sinceramente y desea hacerte su esposa.

Francisco Javier Gómez Bello

Al terminar de leer la carta, después de un largo suspiro y de tener la mente en blanco por unos instantes, se dio a la tarea de releer algunas líneas; no cabía de gozo por el hecho de que su admirado pretendiente hubiera decidido hablarle de tú en lugar de usted y no hacer más difícil la fluidez de una amena conversación. Sí, ella también lo supo desde el primer instante en que sus miradas se cruzaron, cuando su primo Pablo los presentó allá en la finca de Chinautla de los De la Torre, a finales del otoño de 1825; lo de ellos fue amor a primera vista y ante enamoramiento de esa naturaleza, tan afín, tan espontáneo, tan sincero, no había más que doblegarse a los deseos mutuos de sus almas. En dos ocasiones más volvió a repasar línea por línea y cada vez que las leía de nuevo le parecían más románticas, más apasionadas y una sensación de felicidad la invadía por completo; pero habría que contestar esa carta, pensó de inmediato para sí, de seguro Francisco Javier debería estar aguardándola con expectación, tanta, que cuando ella recibió su carta de manos del sargento Rodríguez creyó adivinar en su mirada la pregunta obligada que, por cortesía hacia una dama como ella, el joven correo se guardó, pero de seguro él, su amado pretendiente, le ha de haber dicho al sargento Rodríguez: “No regreses sin una respuesta” o “espérate hasta que la señorita De la Torre te dé una carta para mí”. Y así, Jesusa imaginaba una y otra vez lo que Francisco Javier podría haberle dicho a su subalterno, tratando de recrear las posibles situaciones que se habían dado. ¡Ay, las mujeres!, ¡las mujeres!, ¡cómo somos las mujeres!, se repetía una y otra vez hasta que la serenidad le volvió al cuerpo y buscando un canutillo, tintero y papel, de los que su difunto padre utilizara con frecuencia en ese pequeño estudio que utilizaba en vida, se puso en forma a contestar aquella carta que por esperada no era menos deseada y había venido a corroborar que el lenguaje de dos enamorados fluía desde lo más profundo de los sentimientos de dos almas gemelas que entraban en comunicación, aun a la distancia de varias leguas de por medio o días sin saber nada una de la otra.

¿Qué le diría de entrada? Que esperaba esa carta con ansia porque su presentimiento de mujer enamorada se lo decía, porque además, nunca, aun habiéndosele declarado y solicitado a

su madre su mano, le había escrito o dejado misiva alguna, aunque ciertamente, a finales del mes de diciembre la buscó en varias ocasiones y estuvo a las puertas de su casa a tocar pero nadie le dio razón ni de ella ni de su familia; aquella búsqueda había sido infructuosa pues su madre, presintiendo que esto iba a suceder, que el joven coronel iba a buscar a su hija, se la llevó de Teziutlán por dos meses hacia el pueblo de San José Acateno, de donde eran oriundas ella y toda la familia García Nieto. Pero aun así, ella sabía que Francisco Javier nunca dejó de pensar en ella y se mantuvo informado a través de su amigo Pablo de la Torre, con quien sostenía una constante comunicación epistolar; por eso, aquel encuentro fortuito en el juzgado la mañana del domingo 19 de marzo había sido providencial y había avivado de nuevo aquella flama que ardía en sus corazones. Él, estaba segura Jesusa, sabía más acerca de ella –había indagado más con cuanto conocido tenían en común– que ella de él y eso era precisamente lo que le inquietaba, se había enamorado de un caballero, de un militar con una promisoria carrera, hijo de un rico comerciante y terrateniente español, formado dentro de los más estrictos cánones morales; incluso había cursado el seminario menor en Puebla y había sido condiscípulo de su primo Pablo, se sabía que era amigo personal del general Guadalupe Victoria, presidente de la República, y que el 27 de septiembre de 1821, al frente de Los Libres de Altotonga, había entrado acompañando al coronel José Joaquín Herrera, quien comandaba el Onceavo Regimiento del Ejército Trigarante, a la ciudad de México en esa memorable fecha para los mexicanos. Aun así había algo que le inquietaba sobremanera: el hecho de que tuviera una hijita de nueve años cuando ni siquiera se sabía que hubiera sido casado o fuera viudo, ése era el prietito en el arroz que le preocupaba con respecto al caballero buen mozo, atento, distinguido y amable que la pretendía, no obstante eso estaba dispuesta a casarse con él, pero antes ella tenía que saber más cosas acerca de su vida; y desde el momento en que terminó de escribir su carta sabía que ésa sería la primera de muchas más, pues siendo él un hombre con múltiples ocupaciones, que viajaba mucho en misiones oficiales y que lo mismo estaba destacado en Perote que en Oaxaca, en Alvarado, en Xalapa, en Puebla o en la misma ciudad de México, su relación epistolarería sería asidua. Terminada la carta se la entregó al sargento Rodríguez y le pidió que la depositara con cuidado en la valija de cuero que traía consigo, no sin antes agradecerle el hecho de que le hubiera traído noticias del coronel Gómez Bello desde el no lejano castillo de San Carlos de Perote, esperando que la demora no hubiera sido mucha.

Ya entrada la noche, el sargento Rodríguez dio la vuelta en una apresurada cabalgata y le hizo entrega al coronel Gómez Bello de la carta que la señorita De la Torre García Nieto le había

enviado. Éste, sin demora, se introdujo en sus habitaciones personales, donde con la ayuda de un vetusto y grueso candelabro de bronce de ocho gruesas velas, se dispuso, sobre su rústico camastro, a leer con detenimiento las letras de su prometida; al desenvolver el legajo de hojas de papel pergamo bellamente grabadas con el escudo de armas de la familia De la Torre, de entre las hojas cayó, todavía húmedo, un ramillete de flores de gardenia que inundaron con su fragancia el seco ambiente de aquella sobria y castrense habitación, por donde se filtraba un aire del norte que la enfriaba y la hacía poco acogedora, además del de por sí molesto olor a humo de las velas, que poco a poco se fue disipando ante la refrescante fragancia de aquellas flores hermosas portadoras de buenas nuevas:

Sábado 1 de abril de 1826, Teziutlán, Estado de Puebla

Carta para el señor Coronel don Francisco Javier Gómez Bello  
Gobernador del Castillo de San Carlos de Perote

Mi apreciado y distinguido Francisco Javier, todavía con la grata sensación en mi pecho de la emoción que me produjo el haber recibido tan hermosa y fina carta, llena de palabras y frases elogiosas hacia mi persona, doy contestación a tan inesperada misiva, que no por no esperarla dejó de ser anhelada, pues mi corazón en realidad me decía que debía esperarla y que no tardando llegaría y así fue, no sabes cuánto aprecio esa delicadeza tuya que mi intuición de enamorada aguardaba con ilusión. Antes que nada, deseo expresarte mi más sincero agradecimiento por el hecho de dirigirte a mi humilde persona hablándome de tú, porque así te siento menos distante y yo me siento con la libertad de expresarte todos los sentimientos que mi corazón alberga.

Todavía me parece estarte viendo en el juzgado, todo ruborizado, en el momento que de manera inesperada irrumpimos mi señora madre y yo y sé también que te causaría algo de extrañeza el vernos ahí a las dos a la misma hora que el señor juez te había citado; discúlpame, pero yo no supe sino hasta ese momento quién era la persona que el señor juez esperaba y abusando de tu gentileza y caballerosidad decidí proseguir con la diligencia que tenía pendiente con él, pues sabía yo, de buena fuente, que éste partiría muy de madrugada al día siguiente para la ciudad de Puebla y tenía que hacerle entrega de un documento crucial para el resto de mi vida

que debería de llevar ante el notario y canónigo de la Mitra de aquella ciudad, haciéndole llegar también una copia del citado documento al señor obispo de Puebla, don José Antonio Joaquín Pérez Martínez y Robles, dilecto amigo de mi difunto padre y de toda mi familia. Y te preguntarás por qué tanto misterio o por qué esta señorita tiene que darme cuenta de sus asuntos personales. Pues verás, mi muy apreciado Francisco Javier, porque quiero que tú, mi futuro esposo, seas el primero en saber acerca del documento que el día 20 de marzo fue llevado a la ciudad de Puebla, y porque entre los futuros esposos no debe haber secretos, quiero pues que sepas que ahí se asienta, con el consentimiento de mi señora madre y la venia del señor obispo, mi vehemente deseo de cambiar mi nombre de pila, Jesusa de la Asunción de María, por el de Manuela nada más, pues mi nombre es muy largo, y aunque es un honor llevar el nombre del Señor, no me lo parece de la manera que me lo pusieron, porque ése es más bien un nombre adecuado para una religiosa, para alguien consagrada a Dios, no para una mujer como yo que quiere contraer matrimonio y tener una familia normal. Así como las religiosas al iniciar su vida dedicadas a Dios renuncian al mundo y cambian su nombre de pila por uno que escogen a la hora de consagrarse a su nueva vida dentro del claustro del convento, yo he decidido renunciar a mi nombre de soltera para que cuando tú me desposes lleve ya mi nuevo nombre, deseado y escogido por mí, gracias a la comprensión del señor obispo, quien fue el que me sugirió el nombre de Manuela, femenino de Manuel o Emmanuel, pues según me dijo su significado es “Dios con Nosotros o Dios entre nosotros”. Es un bello nombre muy antiguo de origen judío o hebreo y me gustó, es mil veces más bello, más melodioso que Jesusa; sobre todo en una mujer se oye mejor Manuela que Jesusa, ¿no lo crees, mi amado prometido?, ¿he tenido razón o no en hacer este cambio?, ¿verdad que sí? Ojalá sea de tu agrado y no te haya yo abrumado con tan largas explicaciones, pero creo que tenía que hacerlo, decírtelo, pues en aquella ocasión que luego pasaste a visitarme aquí a mi casa, no creí conveniente hacerlo; ahora que recibo tu primera carta y me refrendas tus serias intenciones de hacerme tu esposa, creo que ahora sí es el momento apropiado de comunicártelo.

Una vez que te he expuesto todo lo anterior no quiero ocultar el inmenso gozo que he experimentado al recibir tu carta y enterarme del mucho amor que me profesas, y que no obstante la distancia que mi señora madre quiso poner entre tú y yo, de acuerdo con las buenas costumbres para que no se diga que yo fui de ofrecida, tú siempre me demostraste tu amor y te sujetaste a las condiciones de mi madre; ahora bien, amor mío, eso no quiere decir de ningún modo que mi madre no te aceptaba al principio, no, simplemente los acontecimientos se conjugaron de tal

manera que daban esa impresión, pero de ninguna manera lo pienses, mi madre es una bella y buena mujer, tú lo comprenderás en cuanto la trates con más frecuencia.

Cuando vengas nuevamente a Teziutlán, que espero sea muy pronto, pues mi corazón se consume por tenerte a mi lado, me daría mucho gusto que escogieras un domingo para venir y puedas llevarme, a la luz del día, a misa al templo de la Santísima Virgen del Carmen y a la salida me acompañes al camposanto aledaño a la iglesia donde se encuentra la tumba de mi señor padre, pues quiero de manera simbólica, amor mío, presentarte ante mi padre y que él desde el cielo nos dé su bendición y beneplácito, ¿harías eso por mí, Francisco Javier? No sabes cómo me complacerías, amor mío. De aquí hasta el día que vengas los días se me van a hacer eternos, no dejes de anticipar tu llegada para organizar una bienvenida digna de tu persona y nos des la oportunidad de prepararte una deliciosa comida que hemos de partir en familia, en compañía de mi señora madre y mis hermanos. Recibe con esta carta, amor mío, estas gardenias del jardín de mi casa que yo misma cultivo y cuido, para que siempre que aspires su agradable aroma te acuerdes de mí; aguardaré impacientemente tu llegada y estaré esperando al mensajero que será portador de los buenos presagios de tu llegada, quédate con Dios y no dejes de tenerme presente en tus oraciones que yo a diario, durante el rezo del Santo Rosario, le pediré a la Virgen Santísima del Carmen que te cuide y te traiga pronto a mi lado.

Tuya

Manuela de la Torre García Nieto

Al terminar de leer la carta suspiró con fuerza, tomó el ramillete de gardenias, aspiró con fuerza su aroma y se quedó pensativo por algunos momentos, reflexionando en la felicidad y la grata sensación que le habían dejado las palabras de esta grácil y bella mujer que había escogido para hacerla su esposa; realmente lo dejó sorprendido la facilidad de palabra que poseía y la fluidez con que expresaba sus ideas, sus sentimientos y en especial la solidez que se percibía a través de su mensaje de una mujer decidida, de principios firmes pero apasionadamente enamorada. Ah, y vaya que sí es de carácter, murmuró en voz baja para sí, tener las agallas de cambiarse el nombre de pila en una sociedad como la nuestra, donde la mujer tiene que hablar fuerte si quiere ser escuchada, es de admirarse, pensó, y eso habla bien de ella, además de la

amistad que parecía tener con el obispo de Puebla, un hombre reconocido por propios y extraños como todo un intelectual respetado y de raigambre liberal sin lugar a dudas, ya lo había demostrado en su participación como diputado sobresaliente en Cádiz, no en balde era un avanzado. Y si ella, una señorita de familia, de casa, se carteaba con un personaje de esas convicciones, era más que entendible que se hubiera atrevido a cambiarse el nombre. La próxima vez que la viera ya no se dirigiría a ella como Jesusa, sino como Manuela y aprovecharía para platicarle que el señor obispo de Puebla, su amigo, don José Antonio Joaquín Pérez Martínez y Robles, había sido su maestro en el seminario y lo recordaba con admiración pues era un hombre de ideas liberales, no obstante pertenecer a la Curia Romana y ocupar tan encumbrado puesto dentro del clero mexicano. También comprobó que había hecho bien en innovar y hablarle de tú dejando de lado esas formas rebuscadas y cursis de expresarse, que a la larga eran más un freno al diálogo porque privilegiaban la forma al contenido; bueno, pensó, para haber sido su primera carta había salido airoso en la prueba y ahora sí podía afirmar que tenía novia y estaba a punto de formalizar su compromiso, pues con 32 años cumplidos, entrados en 33, ya comenzaba a oler a solterón empedernido y todos sus miedos e indecisiones en el terreno amoroso, un tanto reprimido a voluntad y por sus aspiraciones monásticas, aparte de su agitada carrera militar, quedaban atrás.

Tras apagar las velas, guardó la carta y depositó el ramillete de gardenias entre las páginas de la Biblia de gran tamaño que siempre tenía sobre una pequeña mesa de madera que hacía las veces de mesa de noche, donde también siempre depositaba una ollita de barro con agua limpia para beber en las noches, pues el clima seco de Perote le hacía apetecer el agua. Al guardar el ramillete de gardenias lo hizo con sumo cuidado y especial dedicación, envolviéndolo en un fino papel pergamo para que no se pegara, con la humedad, a las hojas de la Biblia. Con la resequedad del clima y el peso considerable que ejercerían las hojas del pesado libro, pronto el ramillete aquél sería parte de un relicario que siempre lo acompañaría de por vida y le recordaría a Manuela. Ya para dormirse, no obstante el cansancio atrasado que traía, su cabeza no dejaba de cavilar y de una a otra idea no cesaba de ordenar sus pensamientos y recordar sus pendientes, hasta que al fin se quedó completamente dormido.

A la mañana siguiente, el toque de diana, ejecutado por uno de los jóvenes soldados que se turnaban en el oficio para hacerle de cornetas, lo sorprendió aún en la cama y lo despertó de un profundo sueño; generalmente cuando esto sucedía, a las cinco de la mañana, él ya tenía rato levantado, sólo que ese día, por ser domingo, se tocaba a las seis y no como de costumbre. Al

abrir los ojos musitó: “las seis de la mañana, domingo 2 de abril del año del Señor de 1826”; habría que pararse, se dijo a sí mismo, y de nueva cuenta se quedó dormido hasta que escuchó a lo lejos el tañido ladino de las campanas de la iglesia de san Miguel Arcángel llamando a los fieles a misa y se percató de que era la segunda llamada, lo que le hizo darse cuenta de que se había quedado dormido casi cuarenta y cinco minutos más. “No hay problema, es domingo y unos minutos más en la cama me los merezco”, pensó y de un brinco se enderezó, se lavó la cara en el lavabo que tenía dentro de su cuarto y cogiendo el aguamanil, no sólo se lavó la cara, sino que se echó un chorro de agua en la cabeza para acabar de despertar, al tiempo que uno de sus ayudantes ya le tocaba la puerta llevando una cubeta de agua caliente para que se pudiera afeitar y estuviera en condiciones de vestirse e iniciar las actividades del día.

Ya afuera, vestido con su uniforme como correspondía a su grado y a su investidura, al bajar hacia el comedor cruzó por su cabeza una idea que no le desagradó del todo; resuelto, sin pensarlo dos veces, ordenó que le ensillaran su caballo haciéndose acompañar de dos de sus ayudantes, no sin antes encargarle el mando del castillo al mayor Romualdo Jiménez y advertirle que estuviera al pendiente de la ordenanza como lo establecía el reglamento, aun siendo día franco, en que la disciplina se hacía más flexible. Y que no dudase, en caso de que durante el día se presentase algún superior o llegara alguna noticia o instrucción, en mandarle avisar con un propio; sólo él, que se quedaba a cargo de la guarnición, debería abrir el sobre en el que se decía adónde se había dirigido el gobernador del castillo, de lo contrario, de no presentarse ninguna situación especial, el sobre debería permanecer cerrado hasta su regreso y devolvérselo en propia mano. Al entregarle el sobre ladrado al mayor Jiménez, pidió que le abrieran el puente y salió al trote en dirección hacia el norte, hacia Altotonga; si apuraba el paso, bien podría llegar a la hora del almuerzo.

Ya en el camino, meditaba una y otra vez la manera en que debía hablar con Guadalupe, su pequeña hija, pues en realidad, lo sabía y eso lo mortificaba de verdad, tenía que hablar con ella, primero de la inminente visita del coronel José María Jarero Ruiz, su verdadero padre, y segundo, de sus intenciones de contraer matrimonio con la señorita De la Torre García Nieto, a quien la niña conociera, al igual que doña Francisca, Soledad y Rosario, el pasado otoño. Guadalupe había crecido rodeada del cariño de él, de sus padres, de sus hermanas, de la servidumbre, de todos los que la conocían, porque la niña era realmente un ser humano bello, excepcionalmente buena, perceptiva y atenta y sabía, porque él ya le había platicado que su mamá, su verdadera mamá, estaba en el cielo y que antes de morir se la había encomendado a él en una

situación realmente embarazosa y triste, en que el destino les hizo una muy mala jugada a sus verdaderos padres. Guadalupe sabía, a su corta edad, que su verdadero padre, su padre biológico existía y que algún día no muy remoto lo podría conocer; ella sabía bien la historia de aquel fatídico 12 de diciembre de 1816 y siempre, todas las noches, cuando rezaba antes de acostarse en compañía de su Mamá Chole, como le decía de cariño a Soledad, quien prácticamente la había criado desde bebé, le pedía a Dios y a la virgen por su santa madre Esmeralda que estaba en el cielo; por su papá Francisco Javier, para que lo cuidara y nada malo le pasara; por su abuelo Pedro; por su abuela Francisca, a quien llamaba Mamá Grande; por su Mamá Chayo, como le decía a su tía Rosario; por su tío Pedro y por último, por su papacito José María, para que algún día no lejano viniera a buscarla, y le llamaba así, por su nombre de pila real, porque Francisco Javier le había platicado que así se llamaba y que algún día se lo iba a traer para que lo conociera y lo quisiera mucho, como a él. También le había platicado que tenía unos abuelos maravillosos en la población de San Andrés Tuxtla, más allá de Veracruz, adonde ya había ido con su madre y sus hermanas, y que éstos la iban a querer mucho, pues eran los padres de su mamá, que en gloria esté; se lo decía emocionado y le contaba historias similares de muchos niños y niñas a los que la guerra había separado de sus padres y sus seres queridos y cuando le decía y platicaba todas estas cosas, que en realidad lo angustiaban, la niña, con su vocecita dulce y clara, le decía: “Yo te quiero a tí, papito querido, tú eres mi papá, por eso mi mamá que está en el cielo me encargó contigo y quiso que fueras mi papá”, mientras le acariciaba el rostro y secaba las lágrimas que a Francisco Javier le escurrían. “Cuando me traigas a mi otro papito, también lo voy a querer mucho, pero yo nunca me voy a ir de aquí, nunca te dejaré ni a tí, ni a Mamá Chole, ni a Mamá Chayo, ni a Mamá Grande, nunca, nunca, papito”, y lo abrazaba fuerte contra su pequeño pecho.

A Francisco Javier no le preocupaba mucho que de un momento a otro se presentara ahí, como lo habían acordado, su amigo el coronel José María Jarero Ruiz, tampoco le preocupaba la reacción de la niña, a la que pacientemente y con mucho amor había preparado para cuando llegara el momento; no, de eso estaba tranquilo y sabía que la niña era una criatura excepcional, bondadosa y muy inteligente; le preocupaba en realidad el curso que podrían tomar las cosas: si José María quería llevarse a la niña con él, estaba en todo su legítimo derecho y él ya había tomado la decisión de no oponerse, aunque se le partiera el corazón tanto a él como a su madre y a sus hermanas. Pero ¿qué sucedería si la niña no aceptaba a José María, si lo repudiaba? Eso haría más difícil todavía las cosas, de por sí ya complicadas, pero pensándolo bien, para qué anticipaba vísperas, se dijo a sí mismo, todavía no pasaba ni lo uno ni lo otro y él, como de

costumbre, ya estaba imaginando los peores posibles escenarios que se darían. Mejor, se dijo a sí mismo y tomó esa firme determinación, en cuanto llegara disfrutaría de sus seres queridos y promovería una comida campestre en la que todos estuvieran felices y pasaran un día inolvidable, porque el Señor les estaba regalando un día espléndido, lleno de sol, como señal de buena ventura en medio de la tormenta y como prueba inequívoca de que la primavera había llegado; para ello tenía todo el día por delante, no en balde cuando le pasó por la cabeza la idea de convivir el domingo con los suyos, su estado de ánimo le infundió el optimismo y la tranquilidad que lo habían traído hasta las mismas puertas de Santa Cruz; si lo hubiera planeado con antelación, no lo hubiera llevado a cabo.

Los preparativos se llevaron a cabo desde media mañana y a Juan Cástulo se le encargó que dispusiera lo necesario para hacer un brasero, acarrear algunas sillas desde la casa hasta la ribera del río y sobre el gran sauce que hundía sus raíces en las aguas colgara un gran columpio que volara hasta el cielo. Llevaron tasajo para asar, trozos de longaniza y chorizo, quesos, pan, una riquísima sopa de arroz rojo, una olla de fabada, pastelillos, dulces cristalizados, tamales y hasta una carpa que improvisaron para que a doña Francisca no le afectara el fuerte sol; todo salió de maravilla, tanto que ya no recordaban cuándo o qué tiempo hacía que no preparaban un día de campo tan exitoso como ese, pues siempre, invariablemente, cuando organizaban un día de campo, llovía. La tarde corrió despacio, la comida alcanzó para todos y el padre Valderrama se les unió una vez que hubo oficiado la misa de doce del día en la parroquia de San Andrés, en Atzalan.

—Madre, hermanas, mi querida Lupita, padre Valderrama, que nos hace el favor de acompañarnos, hoy he querido que hiciéramos este día de campo porque desde hace tiempo deseaba convivir así con todos ustedes, en una suculenta comida como ésta y en una tarde tan hermosa que nos ha concedido el Señor —dijo Francisco Javier de manera solemne, levantando su bota de vino como lo hiciera su padre, y posteriormente, estirando el brazo, empinó la bota y un largo y prolongado hilo de vino salió de la bota a su boca, sin desperdiciar ni tirar una sola gota—. El haberlos reunido aquí, en parte también ha sido—continuó diciendo—, para participarles mis intenciones de contraer matrimonio el próximo verano si las cosas salen como espero y recibo contestación de mis superiores en la Secretaría de Guerra, pues como militar de alto rango estoy obligado a solicitar permiso para casarme y presentar ante las autoridades lo que comúnmente se conoce como un “certificado de limpieza de sangre” que acredeite la honorabilidad de la familia de mi futura esposa.

—¿Y se puede saber quién es la afortunada? —preguntó doña Francisca Bello a su hijo.

—Ustedes la conocen, todas la conocen —les dijo esbozando una leve sonrisa—, se trata de la señorita Manuela de la Torre García Nieto. ¿Se acuerdan de ella? La conocimos cuando fuimos a pasar unos días en noviembre del año pasado a la finca de sus primos los De la Torre, allá en Chinautla.

—Pero hasta donde yo recuerdo, hermano —le dijo de inmediato Soledad—, tú le habías propuesto matrimonio a la señorita Jesusa, que luego su mamá te dijo que no era el momento pues guardaban luto por el reciente fallecimiento de don Antonio de la Torre, su difunto esposo. ¿Acaso conociste a otra joven del mismo apellido o es hermana de esta Jesusa?

—No, ahí está lo curioso del asunto —les dijo de inmediato Francisco Javier— se trata de la misma persona: Jesusa y Manuela son la misma persona; bueno, lo que sucede es que antes, sí, su nombre de pila era Jesusa, y ahora se llama Manuela.

—¿Y se puede cambiar de nombre así nomás, como quien se cambia de zapatos? —replicó ahora Rosario su hermana—, pues hasta donde nosotras sabemos la muchacha se llama Jesusa. Y mira que la conocemos, por lo menos desde hace seis años; fue en unos ejercicios espirituales que hicieron las monjitas de Jalacingo y ella asistió en compañía de algunas amigas, todas ellas de Teziutlán.

—Sí, y ya desde entonces se distinguía porque cantaba muy bonito —interrumpió, Soledad— y tenía una manera muy peculiar de rezar el santo rosario; tanto, que las monjitas le encargaban a ella que recitara las letanías.

—Pues como ven hablamos de la misma persona, que ahora se llama Manuela, y el mismo señor obispo de Puebla le ha dado su total anuencia para que se cambie el nombre —les aclaró de nueva cuenta Francisco Javier a su madre, a sus hermanas y a su hijita— y pronto le he de solicitar a usted, mamá, me haga el honor de acompañarme a Teziutlán a pedirle a doña María Rita García Nieto viuda de De la Torre, de manera formal, la mano de Manuela; claro, todo esto se hará una vez que haya obtenido respuesta al permiso oficial que tendré que hacer a las instancias correspondientes, lo que aún no hago, pues estoy esperando ir a Teziutlán a ponerme de acuerdo de todo esto con Manuela y su señora madre.

—¡Vaya!, ¡vaya!, qué guardadito te lo tenías, hijo mío —le dijo doña Francisca—, te felicito, has hecho una magnífica elección; y a todo esto, me imagino, así como te veo de entusiasmado, que ella te corresponde, ¿verdad? —volvió a decirle al tiempo que le daba un fuerte abrazo y un beso cariñoso en la frente.

—Sí, madre, los dos estamos de acuerdo, nos queremos y por eso hoy, de manera intempestiva, a ustedes les consta pues no me esperaban ni yo había anunciado que venía, lo decidí en el preciso momento que bajaba las escaleras en el castillo rumbo al comedor y me dije: ¿Y por qué no vas y almuerzas con los tuyos en Altotonga?, no está lejos y puedes regresar el mismo día o muy temprano, de madrugada. Y ya ven, eso hice y no sólo almorzamos juntos, sino que departimos este hermoso día, comimos en el campo y hasta contamos con la grata presencia del padre Valderrama, a quien le pediré, en su momento, que también nos acompañe a Teziutlán cuando formalice mi compromiso.

—Con todo gusto, coronel, para mí será un honor inmerecido, además de un gusto, pues la futura novia me dispensa con su amistad de tiempo atrás, al igual que la familia García Nieto, oriunda de San José Acateno, donde estuve un tiempo de vicario —apuntó el padre Valderrama, agradecido de que Francisco Javier lo incluyera en sus planes y le tomara parecer.

—¿Conoce usted a Manuela, padre? Esa sí que es una sorpresa agradable, se lo comentaré a ella la próxima vez que nos veamos, que espero sea luego —le dijo Francisco Javier, dándole un abrazo al padre Valderrama, quien en ese momento se despedía pues se acercaba ya la hora del santo rosario y tenía que partir.

Terminada la comida, ya en la casona de la hacienda, tendido sobre su cama descansando, pues había decidido madrugar para salir muy temprano para Perote en compañía de los jóvenes soldados que lo acompañaban, se propuso hablar con la pequeña Guadalupe, quien no se le separaba ni un instante, una vez que se diera un buen baño de agua muy caliente con hierbas para relajarse, aprovechando este tipo de privilegios, como el de tener un baño como con el que contaban ahí en su casa, pues la vida castrense era más que austera y en Perote había ocasiones en que hasta escaseaba el agua. Al meterse en la amplia pileta con el agua muy caliente y los aromas de la yerbabuena, el eucalipto y el alcanfor, que inundaban aquella grande y acogedora pieza del baño, sintió un gran alivio en el cuerpo, recargó su cabeza en las paredes de la pileta y se sumergió casi por completo, dejando sólo la cara fuera del agua, en medio de una placentera sensación de abandono que le provocaba aquel vapor penetrante que manaba del agua caliente, que despejó su mente y dio paso a los recuerdos que fueron llegando uno a uno: el seminario en Puebla y sus dudas vocacionales; sus primeras incursiones en la milicia urbana virreinal como teniente; su primera salida fuera de Altotonga con los milicianos hasta Boquilla de Piedras; la llegada de Guadalupe a su vida; el día que partieron hacia Córdoba y Orizaba; su amistad y encuentro con José María Jarero Ruiz; el sitio y la batalla de Córdoba en mayo de 1821; su entrada

a la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821 como integrante del Onceavo Regimiento del Ejército Trigarante; sus campañas militares en Alvarado y en las cercanías del puerto de Veracruz; su amistad primero y luego su serio distanciamiento con el entonces capitán Antonio López de Santa Anna; su amistad con el general Guadalupe Victoria; sus largas charlas con fray Servando Teresa de Mier en Palacio Nacional, en México; el encuentro con su padre en Puente del Rey, la última vez que lo vio antes de su muerte; su primer encuentro con Jesusa, ahora Manuela, su voz, su risa, su rostro; la comida de esa tarde, los planes a futuro, la posible licencia para contraer matrimonio; incluso vislumbraba su vida fuera del ejército y se maravillaba de lo vertiginoso de sus pensamientos y de cómo desfilaban frente a él al influjo de aquellos vapores aromatizantes que le despejaban el cerebro y lo hacían respirar profundamente, humedeciendo y fortaleciendo sus pulmones; realmente aquel baño estaba resultando provechoso, además de aportarle nuevos bríos para proseguir en la diaria y cotidiana tarea de la vida.

Una vez salido del baño, antes de dormirse, cargó a Guadalupe en sus brazos y amorosamente la condujo hasta la pieza donde, en compañía de sus hermanas, su hija dormía protegida; la acomodó en su cama y se quedó a hacerle compañía, rezaron juntos y dio pie a que la niña le hiciera varias preguntas antes de dormirse.

—¿Te vas mañana, papito? —Y de verdad me prometes que vendrás todos los domingos a verme? —le preguntó la niña con su vocecita diáfana y bien timbrada, al tiempo que le acariciaba el cabello y recorría su rostro con las manos—. Yo me he portado muy bien, pregúntale a Mamá Chole y a Mamá Chayo, cumple con mis lecciones en la escuela parroquial, voy al catecismo con el padre Valderrama y acompañó a Mamá Grande cuando se va caminando hasta Atzalan a visitar a sus compadres, los señores Pasos; pero tú me haces mucha falta, papito, ¿por qué no te vienes a vivir con nosotras? Te necesitamos, papito, pues ya ves, desde que murió Papá Pedro y mi tío Pedro nos quedamos muy solitas, y como dice siempre Mamá Grande, en casa hace falta un hombre —le decía la niña, mirándolo fijamente a los ojos.

—Qué más quisiera yo, mi hijita, pero ya verás que pronto me voy a venir a vivir aquí con ustedes para cuidarlas a todas y en especial a ti, pues te extraño mucho —le contestaba Francisco Javier a su hija, mientras ésta seguía acariciándole el rostro y de vez en vez le daba un beso en la frente.

—¿Y por qué te quieres casar, papito?, ¿quieres mucho a esa señorita Jesusa que conocimos el año pasado, cuando nos llevaste a pasar unos días con tus amigos De la Torre? —Sabes? Ella fue muy buena conmigo, me regaló unos dulces y canta muy bonito, ¿verdad? —le

preguntó Guadalupe a su papá—. Yo me voy a casar también, ¿verdad, papito? Bueno, cuando ya sea grande, cuando crezca, ¿verdad, papito?

—Sí, mi hijita, tú también te vas a casar cuando crezcas, si Dios quiere, y yo me quiero casar con esa señorita. Y cuando ella venga a vivir aquí con nosotros, verás que es muy buena, será una mamá muy cariñosa para ti, ya lo verás.

—Pero si yo ya tengo varias mamás: Mamá Chole, Mamá Chayo, Mamá Grande y mi mamá Esmeralda que está en el cielo, a la que le rezo todas las noches. ¡Fíjate, tengo cuatro mamás! ¿Y voy a tener otra más? ¡Huy!, voy a tener cinco mamás, papito, cinco; los otros niños y niñas nada más tienen una mamá y hay otras niñas, fíjate papito, ahí en la doctrina, que no tienen mamá, pobrecitas, ¿verdad? A mí Diosito me quiere mucho porque pronto tendré cinco mamás —decía la niña ante la mirada de sorpresa de Soledad y Rosario, que escuchaban la conversación de Guadalupe con su padre.

—Pues sí, mi hijita, pronto vas a tener cinco mamás y, a lo mejor, pronto tendrás dos papás también.

—¡Dos papás también! —dijo Guadalupe, llevándose las manos a la cara en señal de admiración.

—Sí, acuérdate que yo te platicué que tu verdadero papá vive y quiere conocerte y tal vez pronto vendrá hasta aquí; ya sabes que él se llama José María y estoy seguro que te va a dar una gran alegría conocerlo, él te va a querer mucho, ya lo verás —le dijo Francisco Javier, sobreponiéndose y armándose de valor para no flaquear en ese momento y que la niña percibiera que él estaba inquieto.

—Bueno, pero todos vamos a vivir aquí juntos, eh papito, y ya no quiero que te vayas, diles a esos señores de Perote que tú tienes que vivir con tu hijita y tu familia y que por eso ya no vas a ir para allá, ¿verdad que sí, papito?, ¿me lo prometes? —le pidió la niña, dándole un fuerte abrazo y tras un largo bostezo, después de tanta plática, se fue quedando dormida en los brazos de su padre.

Después de arroparla bien con varias mantas y cobijas, despedirse de sus hermanas y pasar a darle un beso a su madre en la frente, pues ésta ya dormía desde hacía rato, se encaminó a sus habitaciones, dispuso su uniforme para ponérselo muy temprano de madrugada al día siguiente, y apagando las velas de su cuarto se metió en la cama, mañana sería otro día y comenzaría de nuevo el trajín de una nueva semana; ojalá, pensó ya acostado, José María cumpliera su promesa de venir a conocer a la niña luego, sobre todo ahorita que ya habían

platicado del asunto, y hasta donde él lo había percibido, Guadalupe estaba dispuesta a recibir a su nuevo papá, del que sólo le habían hablado que algún día llegaría y que la iba a querer mucho. Después de todo, Guadalupe era una niña que no obstante el infortunio en que se había dado su nacimiento siempre había estado rodeada de cariño, y así como lo había recibido de tantas gentes para las que ella significaba tanto, ella había llegado a ser una personita especialmente bella y hermosa que también sabía dar amor. Esa noche, si de algo debía estar tranquilo, era del amor que Guadalupe sentía por él; sólo le faltaba a él cumplirles, no sólo a la niña, sino a su madre y a sus hermanas, la promesa de dejar la milicia.

De nuevo en la fortaleza había que atender todos los despachos y correos hacia distintas poblaciones, en especial hacia Xalapa, Veracruz, Puebla y, obviamente, la ciudad de México, adonde tendría que ir personalmente si en verdad deseaba casarse ese año, pues de lo contrario los trámites eran muy tardados, amén de que antes que nada, como ya lo sabía, tenía que adelantar el asunto del “certificado de limpieza de sangre” de su familia política, de la familia de su novia, situación que le preocupaba, no fuera esta exigencia del ejército a molestar a doña María Rita, la madre de Manuela. Al llegar el miércoles 5 de abril, sin habérselo propuesto, de pronto, muy de madrugada, se vio camino hacia Teziutlán, pues debía cumplir con una diligencia oficial, notificación que le había sido comunicada la tarde del martes, en la que se le ordenaba trasladarse a esa población a recibir una remesa de cuarenta y cinco especímenes de raza caballar, entre potros y yeguas, además de veinticinco mulas de silla, todos para acrecentar el hato de caballos que necesitaba el ejército, especialmente en esa fortaleza de Perote, que ahora albergaba también al Colegio Militar, establecido ahí desde el 11 de octubre de 1823 auspiciado por el general José Joaquín de Herrera, en ese momento secretario interino del Ministerio de Guerra y Marina durante la administración del Supremo Poder Ejecutivo. Él, como gobernador militar de la fortaleza y en ausencia del coronel de caballería Juan Domínguez y Gálvez, director del colegio, quien había salido a la ciudad de Puebla a atender unas diligencias de carácter personal, debería de avalar la operación concertada desde la ciudad de México y sería decisión suya si aceptaba todo el hato o regresaba algunos ejemplares por considerarlos no aptos de acuerdo con lo estipulado; la entrega sería, para su beneplácito, en unos corrales que tenían ciertos ricos hacendados de San Juan de los Llanos en las inmediaciones de Teziutlán y no hasta las mismas haciendas ubicadas en el altiplano poblano camino a Huamantla, pues los animales habían sido trasladados a esos corrales desde hacía ocho días.

Si se lo hubiera propuesto, pensaba, no habría salido así de rápido esta ida que, además, le había evitado tener que pedir licencia alguna, las cuales a la larga se reflejaban en su expediente personal en la Secretaría de Guerra. En esa ocasión llevaba consigo a varios oficiales a su servicio, cadetes del Colegio Militar de la Fortaleza de San Carlos, soldados y mozos de estribo; era un considerable contingente de hombres a caballo en marcha y deberían de llegar al mediodía, pues arrear a más de sesenta animales no era tarea fácil, habría que hacerlo sin demora y regresar a Perote, por inverosímil que pareciera, antes del anochecer de ese mismo día. Ya de camino, no cesaba de idear cómo aprovecharía esa bendita ocasión para permanecer en Teziutlán por lo menos dos o tres días, pues tampoco olvidaba la promesa que le había hecho a Guadalupe de ir a almorzar con ella a Altotonga el próximo domingo 9 de abril. De hecho tenía muy presente también la inminente llegada de su amigo el coronel Jarero Ruiz, planeada para la segunda quincena de abril; este mes estaba resultando muy lleno de sorpresas y acontecimientos fortuitos y para rematar, como fin de fiesta, él lo sabía a ciencia cierta, si quería abreviar trámites, licencias, permisos, todo lo relacionado con su futuro matrimonio, finalmente tendría que ir personalmente hasta la ciudad de México; además, con anterioridad ya se había comprometido con el presidente Guadalupe Victoria a visitarlo en Palacio Nacional durante el mes de mayo. Menos mal que era buen jinete y asiduo usuario de la estafeta de la que era usufructuario y ésta le brindaba la posibilidad de trasladarse de manera rápida de un sitio a otro, cambiando cabalgaduras frescas y, cuando era menester, descansando en los rústicos mesones que siempre se improvisaban en la serie de postas de las rutas postales. En ese momento, ante lo complicado de sus múltiples compromisos, no lo dudó ni un segundo: tomó la decisión de permanecer en Teziutlán hasta el viernes a mediodía, para de ahí trasladarse a Altotonga; de inmediato pensó en la conveniencia de pedirle posada en Chinautla a su amigo el padre Rafael de la Torre y así estaría a tiro de pájaro de la casa de Manuela, pues tenían que decidir juntos su futura boda y él solicitarle de manera formal a doña María Rita el certificado de honorabilidad y buena conducta de su familia, para que en el viaje que tenía planeado a México lo llevara consigo; había que pensar en todo, en especial en abreviar los tiempos y evitar, hasta donde fuera posible, los trámites engorrosos.

Y tal como lo había pensado y planeado durante todo el camino de ida, las cosas se dieron sin mayor problema y antes del mediodía la caballada galopaba rumbo al castillo de San Carlos de Perote bajo el resguardo de los oficiales, soldados y mozos de estribo y algunos peones y caballerangos que los vendedores habían acordado que acompañarían a los animales hasta su

destino. Francisco Javier permaneció en Teziutlán, pues debería al día siguiente ante el juez, a quien ya conocía bien, recabar las firmas de autenticidad de todos los fierros quemadores de los animales, sellar las facturas y documentos, firmar de conformidad todo lo recibido y estipulado en los contratos de compraventa para, a la brevedad, en un despacho especial, hacer llegar toda esa documentación a la Secretaría de Guerra para la tramitación de su pago. Sin demora, ese mismo día por la tarde anunció de manera formal, tanto a doña María Rita como a la propia Manuela y a los hermanos de ésta, su visita la tarde del jueves, una vez terminados sus asuntos en el juzgado. Ese mismo miércoles por la noche se instaló en la finca de sus amigos De la Torre y aprovechó la ocasión para conversar con Rafael, su condiscípulo en sus años de seminario en Puebla. La jornada había sido larga, excitante, pesada pero exitosa, él estaba acostumbrado a eso y más y la vida castrense le había enseñado que siempre había que estar alerta y preparado para cualquier imprevisto y éste, en especial, había sido de su total agrado.

Camino a la visita anunciada, una vez resueltas todas las diligencias de aquella entrega y recepción de los animales, luciendo sus mejores galas, con el uniforme impecablemente limpio y planchado gracias a los buenos oficios de la servidumbre de la casa de sus amigos y a su intuición previsora que lo hacía llevar siempre consigo dos o tres mudas de ropa, se presentó en la casa de los De la Torre García Diego y con todo respeto jaló el cordón que hacía sonar una campanilla como señal de que alguien llamaba a la puerta.

—¡Coronel, qué sorpresa! Oiga, es usted el amo de lo inesperado —le dijo doña María Rita García Diego viuda de De la Torre, quien solemnemente ataviada, todavía de riguroso luto, salió a su encuentro; nunca imaginó que la señora de la casa, y mucho menos después de aquella fallida petición de mano en noviembre del año pasado, saliera a recibirla.

—Mis respetos, doña María Rita, a sus órdenes, señora —y todo sonrojado, se cuadró a la manera militar, haciendo después una leve genuflexión ante la presencia de aquella distinguida dama, ante quien tendría que volver a pedir la mano de su hija y, más que eso, solicitar su anuencia para la expedición del certificado de honorabilidad y buena conducta de la familia, cosa que daba por sentado, pero el trámite no dejaba de ser engoroso—. Disculpe usted mi atrevimiento de presentarme así nomás, brincándome todas las normas y formas establecidas, señora, pero el amor lo justifica todo —y nuevamente todo sonrojado, esperó la respuesta de la señora, mientras de manera furtiva escudriñaba si alguien más se acercaba.

—Pase, pase, coronel, está usted en su casa. Tal vez no era yo la persona que esperaba ver a su llegada, pero dada la solemnidad con que pidió visitarnos, advierto que algo me quiere

usted plantear, así que decidí que antes de que hablara con Manuela deberíamos charlar usted y yo como preámbulo a su encuentro con mi hija —le expresó doña María Rita y agregó—: en un momento se nos unirá Antonio, mi hijo, quien aunque sólo tiene dieciséis años es el varón de la casa y por recuerdo y respeto a mi difunto marido he dispuesto que nos acompañe, si no tiene usted inconveniente.

—De ninguna manera, señora, al contrario, será un honor charlar con ustedes dos y respetar las buenas costumbres que nos han inculcado nuestros mayores, ¿no cree? —le respondió de manera respetuosa en el momento que entraba en la habitación el joven Antonio de la Torre García Nieto.

—Gracias por su comprensión, coronel, pero siéntese, por favor, qué pena, todo este tiempo lo he tenido de pie —dijo cortésmente la señora y los tres se acomodaron en los sillones dispuestos en la sala de la casa—. Manuela, mi hija, todo este tiempo me ha mantenido informada de los planes de ustedes dos e incluso me ha mostrado la carta que usted le ha escrito. y yo, como madre, estoy satisfecha de que todo un caballero como usted, sobre todo de principios, se haya fijado en mi hija, así que estoy a su disposición y soy toda oídos, coronel.

—El agradecido soy yo, señora, y la encomienda que me trae hasta acá, además de poder visitar a Manuelita, es rogarle que me permita, si está usted de acuerdo, solicitarle al señor juez el certificado de honorabilidad y buena conducta de su apreciable familia que en el ejército me exigen como oficial en servicio que soy, pues estará usted enterada de que debo pedir anuencia a la superioridad para casarme —le explicó Francisco Javier a su futura suegra y a su joven cuñado, con todo comedimiento.

—Está usted en todo su derecho, coronel, proceda usted. Sólo una pregunta: ¿está de acuerdo con este matrimonio su señora madre? Porque así como usted pasará a ser un hijo para mí, Manuela pasará a ser una hija para su futura suegra; ésa es mi inquietud y perdóneme la franqueza, pero tratándose de la felicidad de mi hija debo de ser cauta y prudente en todo, ¿no cree usted? —le confió doña María Rita a Francisco Javier, ya más relajada y en actitud de escuchar.

—Mi madre, mis hermanas y Guadalupe, mi pequeña hija, están de acuerdo con mi matrimonio con Manuelita; se los acabo de comunicar el pasado domingo que estuve con ellas en Altotonga y están encantadas. Por lo que se refiere a la pequeña Guadalupe, a quien me confió su madre en el momento de nacer en circunstancias más que difíciles por la guerra, la pequeña no es hija de mi sangre, es adoptiva; para su tranquilidad, señora, yo nunca he sido casado, ya les

platicaré más a detalle esa historia —dijo Francisco Javier dispuesto a no ocultar nada o causar una mala impresión en aquel primer encuentro formal con la familia de su futura esposa— . Además, señora —agregó—, yo me he atrevido a solicitarle lo de ese engoroso certificado porque teniéndolo en mis manos, quiero que sepa que haré un viaje especial a la ciudad de México a hacer personalmente todos los trámites.

—No sabe, coronel, cómo le agradezco su franqueza, buenas intenciones y caballerosidad, sé que mi hija será feliz a su lado, harán un bonito matrimonio y el Señor los bendecirá —le dijo la señora, al tiempo que Manuela hacía acto de presencia en la sala y a Francisco Javier se le iluminaba la cara, poniéndose de pie de inmediato en atención a su novia— . Antes de que me retire, coronel, pues ustedes tendrán mucho de qué platicar, quiero que sepa que está usted convidado a que se quede a cenar con nosotros; por favor, háganos el honor —y diciendo esto, la mujer se despidió y en compañía de su hijo abandonó la sala.

La tarde corrió despacio, Manuela y Francisco Javier, ya con la anuencia familiar de ambos, disfrutaron de una larga y entrañable conversación que se extendió hasta minutos antes de la cena; ambos se dijeron y preguntaron todo lo que tenían guardado muy adentro desde el día en que se conocieron y, en especial, hicieron aflorar sus sentimientos y enamoramiento como nunca antes lo habían hecho. Comentaron sus cartas, se hicieron promesas y él formalmente se comprometió a acelerar todos los trámites, pidiéndole a Manuela que se encargara de todos los detalles de la boda y le hiciera saber el monto de los recursos pecuniarios de que habría que disponer. Esa tarde charlaron por más de tres horas ininterrumpidas bebiendo un rico ponche de granada que personalmente había preparado ella, así como unas ricas galletas de almendra que inundaron con su rico aroma aquella sobria estancia presidida por el enorme retrato del difunto don Antonio de la Torre y una serie de óleos de santos, jarrones con flores, tibores y grandes platones de Talavera, iluminando todo un gran candil de bronce que el propio Francisco Javier ayudó a encender al joven Antonio una vez que los rayos del sol que se filtraban a través de los visillos de las ventanas de aquella tarde de abril se ocultaron al influjo de la niebla que, afuera, había cubierto todo el pueblo de blanco y precipitado la noche.

La cena, como lo había previsto doña María Rita, transcurrió dentro de un cálido ambiente familiar puesto que todos los comensales eran de la familia, incluyendo a don Manuel Toledano y Patiño, a la sazón alcalde de Teziutlán, ya que éste era tío político de Manuelita y cuñado de la señora de la casa, pues era el esposo de doña Angelina, su hermana. Mientras cenaban y charlaban amigablemente, el joven coronel se convirtió en el centro de todas las

miradas y el eje de toda la conversación pues todos querían preguntarle algo, enterarse de cómo era la vida cotidiana en una fortaleza como el castillo de San Carlos de Perote, cuáles eran las obligaciones y responsabilidades de un militar en tiempos de paz, por qué él, en lugar de vivir en una antigua fortaleza de vetustos y lóbregos muros, no vivía en alguna casa en Perote. Podría rentarla, le sugirió la tía Angelina. A José, el hermano pequeño de Manuelita, le interesaba saber cómo se manejaban un sable y una espada y si en estricto sentido eran lo mismo, Así, el tiempo corrió sin prisa y cuando se dieron cuenta, el reloj del comedor comenzó a sonar dando las doce campanadas de la medianoche.

—¡Jesús, ya es tan tarde! —musitó doña María Rita—. Lo que sucede es que en una cena en tan grata compañía como la suya, coronel, las horas pasan sin sentir —agregó—; nos ha de perdonar usted pero ya es hora de que estos jóvenes se vayan a la cama —dijo refiriéndose a sus hijos menores—, de lo contrario mañana no se levantan, y mi cuñado tendrá pendientes que atender desde temprana hora.

—Sí, sus ocupaciones lo reclaman desde las primeras hora de la mañana —dijo doña Angelina, con intenciones ya de levantarse de la mesa.

—Pero hombre, no se va a acabar el mundo porque nos sigamos de largo charlando hasta las tres o cuatro de la mañana!, ¿verdad, coronel? ¿O sí? —dijo en tono sonriente don Manuel Toledano—. Además, tienen la anuencia del alcalde siempre y cuando no escandalicen en la vía pública —y alzando su copa, brindó por que siguiera la tertulia y no ocultó su cara de satisfacción cuando Antonio, su sobrino, le sirvió una copa de oporto.

—¡No, qué pena! Si ustedes acostumbran retirarse a sus habitaciones a una hora prudente, yo me disculpo con la señora de la casa y me retiro, si me lo permiten —exclamó un poco mortificado Francisco Javier al percatarse de la hora que era.

—Pero coronel, por favor, ¡cómo cree usted!, sólo fue un comentario imprudente de mi parte —interrumpió doña María Rita toda confundida—, lo que sucede es que siempre que escucho las campanadas, en especial cuando dan las doce, se me figura que el nuevo día está por llegar y que hay que descansar para recuperar las fuerzas; no se mortifique, por favor, y háganos el honor de seguir departiendo en la mesa.

—Tal vez mi tía Angelina tenga razón con lo de que a mi tío lo requieren desde temprano sus obligaciones —terció Manuela, que había permanecido callada hasta entonces—, y además Francisco Javier, como buen militar, sabrá Dios desde qué horas ande levantado, ¿no creen? —

comentó, al tiempo que le hacía un guiño a su prometido, quien en realidad no estaba cansado, estaba exhausto y se lo había comentado a ella durante su charla en la tarde.

—¡Qué pena!, ahora el mortificado soy yo —comentó Francisco Javier, todo sonrojado—, me invitan a cenar y tal vez hasta los aburrí tanto con mi plática que ya me vieron cara de cansado —y sin poderlo ocultar, le dedicó a Manuela una sonrisa de complicidad y agradecimiento y de nueva cuenta él, al igual que don Manuel Toledano, alzó su copa y brindó con el alcalde, a quien no conocía hasta esa tarde y con quien había hecho migas de maravilla.

—Bueno —dijo en tono muy solemne don Manuel Toledano—, acepto el brindis, futuro sobrino, y sí creo pertinente que nos retiremos todos, pues yo mañana, a primera hora, tendré que redactar y confeccionar de manera pulcra y correcta el certificado de limpieza de sangre que, según mi cuñada, debo expedir porque tú necesitas llevar ese documento a México, de lo contrario no habrá boda —todos rieron de buena gana ante la ocurrencia del alcalde—. ¡Ah! y perdóneme, señor coronel, ya con el vinito hasta le estoy hablando de tú —agregó, al tiempo que le daba a Francisco Javier un fuerte abrazo de despedida.

Manuela, una vez que Francisco Javier se hubo despedido de todos los invitados a la mesa, de manera solícita y sonriente, con la venia de su madre, se dispuso a acompañarlo hasta el zaguán de la entrada y la ocasión se prestó para que ambos se dieran, ya sin formalismos y dentro de la relativa intimidad que les daba el corredor de salida y el mismo pórtico, un emotivo abrazo y un beso al abrigo del grueso arco de cantera que sostenía el frontispicio de la casa, ante el disimulo de los soldados que lo acompañaban y permanecían a cierta distancia en espera de que su superior subiera a su montura para escoltarlo hasta Chinautla, donde estaban hospedados y desde donde deberían partir hacia Perote, por el camino de Altotonga, al día siguiente.

Francisco Javier, un tanto desconcertado, se ruborizó por completo ante la iniciativa de su novia y, apenado por no haber sido él quien la tomara, se dejó llevar por ella; descubrió cómo su cuerpo entero se cimbraba y a sus treinta y dos años sintió lo que nunca había siquiera imaginado. Era el primer beso que le daba a una mujer y la primera ocasión en que con sus manos tocaba un talle tan delicado; sentía la respiración y la presión de unos pechos entre sus brazos y lo adormecía aquella mezcla de olores, desconocidos para él, envueltos en una suave loción de noche. Nunca olvidaría aquel despertar tardío a su sexualidad, que lo transportó a otro mundo y lo hizo, por primera vez en su vida, sentirse deseado y sensual en brazos de una mujer; lo suyo siempre habían sido los rezos, el seminario, el estudio, la milicia, la guerra, el trabajo y, por qué no reconocerlo, el estar constantemente reprimiendo su sexualidad en aras de un

estoicismo trasnochado y una espiritualidad que, si bien era sincera, nunca debió de haber estado reñida con su condición de varón atlético y bien formado, pues castigaba a su cuerpo por temor a caer en la concupiscencia, y peor aún en el medio de la milicia donde se desenvolvía, por ello su devoción irrestricta a lo místico para refrenar sus instintos. Esa noche y en ese momento despertó en su interior la faceta más olvidada en su vida: su sensualidad y virilidad, que se hicieron presentes, y se dejó seducir por ese primer beso.

—Pronto tendrás noticias mías, mi querida prometida —le dijo Francisco Javier a Manuela, dándole un beso en la mano en señal de despedida—. Me gustó mucho tu beso, sabes, eres muy tierna y tuve una sensación muy placentera; en mi vida jamás había experimentado algo así, te lo aseguro, en verdad fue sublime —le dijo Francisco Javier totalmente desinhibido; le brillaban los ojos y sin pensarlo dos veces, como acto reflejo, tomándola por la cintura la estrechó entre sus brazos y le dio un largo y apasionado beso en el que los dos se entregaron el uno al otro, sin remilgos ni comedimientos, hasta casi perder la respiración—. Perdón por el atrevimiento, pero no me pude contener, te lo juro, salió de lo más profundo de mi alma, de mi corazón —le decía mientras se arreglaba el uniforme, todo ruborizado después de aquel beso que los había transportado a las nubes—. ¿Te puedo llamar Manuelita, mi amor? —agregó—, ¿no te molesta que te llame así? —insistió—. Se me hace más propio que llamarte Manuela, que suena más formal, más a señora de edad —y al decirlo esbozó una leve sonrisa y le hizo un guiño a su novia.

—Claro, mi querido Francisco Javier, tú puedes llamarme como quieras, de ti lo acepto y más cuando es en tono de cariño, mi amor —le contestó de inmediato, al momento que hacía ciertos sonidos guturales con la garganta como señal de alerta por la cercanía de sus tíos y de su madre que los acompañaba a la puerta, pues ellos también partían, no en balde pasaba de la una de la madrugada.

—Disculpe, don Manuel —exclamó Francisco Javier al percatarse de que un coche tirado por dos mulitas se acercaba a la puerta para que tanto el señor alcalde como su esposa lo abordaran—, disculpe mi impertinencia, ¿sería mucho pedirle a su señoría si puedo tomarme mañana, a una hora prudente, la libertad de pasar a su despacho para obtener una copia del documento que debo llevar a México?, ¿podría hacerlo, señor? Claro, obviamente con el permiso de doña María Rita, aquí presente, y la anuencia de Manuelita. ¿Podría?, ¿puedo pasar mañana? Eso me facilitaría las cosas y no tendría que mandar a un propio desde Perote —dijo todo

mortificado pero decidido a cumplir con todos los trámites y requisitos necesarios para su matrimonio.

—De acuerdo, coronel, de acuerdo, pase usted al filo de las doce de la mañana, pues mi amanuense no es tan veloz escribiendo; eso sí, tiene una excelente caligrafía y escribe de manera impecable, ya lo verá usted, joven amigo. Lo cito a esa hora porque antes tendrá que comparecer mi cuñada, la ahora viuda de De la Torre, en compañía de dos testigos que firmarán al calce del documento—y diciendo lo anterior, él y su esposa partieron en la carretela entre las empedradas calles del pueblo, por el rumbo del barrio del Carmen. La puerta de la casa se cerró y Francisco Javier y sus acompañantes partieron sin dilación en sentido opuesto, hacia el pueblo cercano de Chinautla, que distaba de Teziutlán dos leguas y media.

Al día siguiente, a propósito, pues así lo había acordado con los dos oficiales que lo acompañaban: un subteniente y un sargento, la levantada sería tarde. —Hay que recuperar las fuerzas, mis jóvenes amigos —les dijo—, porque de aquí en adelante las jornadas serán más duras.

Y así, cerca de las once horas de esa mañana del viernes 7 de abril, se despidió de su amigo Rafael de la Torre, le agradeció su generosa hospitalidad y enfrió hacia la alcaldía de Teziutlán, pues no olvidaba que don Manuel Toledano lo había citado alrededor de las doce del día y albergaba la esperanza de tener un agradable encuentro con Manuelita, pues era obvio que acompañaría a su mamá a la formalización de los trámites del certificado de buena conducta y antecedentes familiares, más que de limpieza de sangre. Al pensarlo y darle vueltas en su cabeza le parecía ridículo que los altos mandos del ejército exigieran este tipo de documentos, como si se tratara de la nobleza o de la rancia aristocracia, en un país republicano, federal, con una corta historia independiente y con una recientemente jurada Constitución política de corte liberal; en fin, se cuestionaba, de todos modos había que cumplir con los trámites y respetar la ordenanza.

En el momento que llegó frente a la casa donde se encontraba la alcaldía, al apearse de su caballo y darle las riendas de éste a uno de los oficiales que le acompañaban, se percató que sobre la acera de enfrente, con sendas sombrillas que las guarecían del ardiente sol de ese mediodía, caluroso en verdad, caminaban doña María Rita y Manuelita en compañía del joven Antonio; de inmediato, de tres zancadas les dio alcance y quitándose el quepí los saludó de manera cortés y cariñosa.

—Buenos días tengan sus mercedes, ¿no soy inoportuno, señora? —les dijo Francisco Javier, un tanto agitado por la rápida carrera para alcanzarlos.

—Coronel, usted nunca es inoportuno y menos ahora que se ha tomado la molestia de retardar su partida para poder llevarse este famoso documento —contestó solícita doña María Rita ante la complacencia de sus hijos, que se sorprendieron de ver correr a Francisco Javier por media calle.

—Bueno, yo sólo quería saludarlos, darles los buenos días, refrendarles sinceramente mi agradecimiento por la inolvidable velada de anoche y por el detalle, créanme, de haberme hecho sentir como de su familia, eso no lo olvidaré nunca. Señora, Manuelita, Antonio, son ustedes unas bellas personas —les dijo ya más sosegado, habiendo tomado aliento—. ¿Puedo acompañarlos, señora?

—No se moleste, coronel, usted tendrá varias cosas que hacer; además, lo espera el señor alcalde, no lo haga usted aguardar, no vaya a ser que se arrepienta y no le quiera entregar el documento —dijo doña María Rita en son de broma y de muy buen humor—. Mire, la mera verdad, ya había quedado aquí con mis hijos de pasar al mercado a hacer unas compras necesarias para la casa y precisamente a dos cuadras de aquí nos esperan dos de las muchachas que trabajan en casa, pero yo me imagino que querrá usted despedirse de mi hija, así que no tengo inconveniente en que lo haga, yo me adelanto con mi hijo, coronel, y ustedes platican, que tenga buen viaje y buen retorno, mis respetos a su señora madre, a sus hermanas y a su hijita, desde luego; vaya con Dios, coronel —le dijo de manera afable extendiéndole la mano y le recordó a su hija que no se dilatara, ya era tarde y habían estado toda la mañana en las oficinas de la presidencia municipal.

De pronto Manuela y Francisco Javier se vieron solos en mitad de la calle, a pleno sol; ni un árbol que diera algo de sombra, sólo las lajas de cantera de la calle vaporizaban su humedad ante lo fuerte del calor, mientras las gentes del lugar transitaban de prisa desahogando sus quehaceres cotidianos. Era viernes primero de mes y las campanas del templo del Carmen tañeron a duelo mientras una procesión fúnebre se encaminaba para llegar a tiempo a la misa de cuerpo presente; después de las tres de la tarde, el cementerio se cerraba hasta el otro día, debían apurarse para que después de la misa le dieran santa sepultura a su difunto. Todo sucedía ante sus ojos y ante la premura del tiempo, Francisco Javier tomó la iniciativa y tomándola de la mano decidió acompañarla hasta alcanzar a su futura suegra y cuñado, que les aventajaban ya por dos cuadras.

—Sabes, Manuelita, quería decirte tantas cosas, tantas, que se me ha olvidado todo de repente, pues al verte ahí en la calle con ese vestido amarillo que realza tu belleza, me he quedado

mudo y he caído en la cuenta de que acabas de dejar el luto por fin, cosa que te agradezco porque una futura novia no debe vestir de negro, y de inmediato he recordado nuestro maravilloso beso de anoche —le dijo un tanto turbado, mientras el sudor le escurría por el rostro—. Me voy, pero te prometo que regresaré luego y que pronto, muy pronto, recibirás cartas mías donde te contaré todo lo que haya hecho desde el momento en que me vaya de este lugar, mi amor. Quería volverte a ver antes de partir y se me concedió —agregó emocionado— y mira qué maravilla, ahora me llevo tu recuerdo vestida de amarillo, con ese bello sombrero de paja de ala ancha que enmarca la belleza de tu cara. Qué espléndido día, amor mío, me has regalado con tu atuendo, como para que me lleve yo grabado tu rostro en mis pensamientos.

—Señor coronel, lo desconozco a usted, tan romántico y apasionado a esta hora del día —le dijo Manuelita, dándole de inmediato un beso furtivo que lo tomó por sorpresa, al tiempo que le colocaba entre sus manos un ramito de gardenias que perfumaron el momento—. Son para que te las lleves, mi amor, y cuando las huelas, te acuerdes de mí —y diciéndole esto, le dijo adiós con la mano y se apresuró a alcanzar a su madre y a su hermano.

Francisco Javier, sobre la alta banqueta de piedra, se quedó unos instantes inhalando el enervante aroma de aquellas flores blancas que le revivieron los gratos momentos de la noche anterior y le hicieron sonreír al recordar aquel beso tan repentino, que fue el mejor adiós que hubiera recibido en muchos años y la mejor prueba de amor y espontaneidad de Manuelita, quien a plena luz del día y en medio de su pueblo no había tenido el menor temor de demostrarle su amor a su prometido. Todavía se quedó parado unos instantes más hasta que Manuelita dobló al final de la cuadra y se perdió por entre las bulliciosas calles de Teziutlán, que como todos los viernes se llenaba de miles de semillas, frutas, verduras, flores, alfarería, hilados y tejidos, ganado, productos de jarcería y aperos de labranza para las siembras, en el gran tianguis que había cobrado ya justificada fama en toda la región. Una vez que hubo recogido los documentos esperados y dado las gracias al alcalde, enfiló su camino hacia Altotonga con destino final hasta Perote. Aquel viaje inesperado, pensaba, había sido más que fructífero, ahora sí estaba seguro de que se casaría enamorado, de que su vida iba a tomar otro curso y que debería pensar en serio aquello de dejar la milicia y dedicarse a administrar sus bienes y a disfrutar de su familia. Realmente, Guadalupe, su pequeña hijita, tenía razón, lo necesitaban en casa, cerca de su familia y mientras cabalgaba, con la imagen reciente de Manuelita en su mente, se sentía feliz al pensar en la alegría que les daría a Guadalupe, a su madre y a sus hermanas su inesperado arribo a Santa

Cruz ese viernes por la tarde y más gusto les iba a dar saber que se quedaría todo el fin de semana; ya el lunes madrugaría a Perote y ahí planearía su viaje a la ciudad de México.

Sobre el lomerío de Texacaxco, en franco descenso hacia la Hacienda de Santa Cruz y teniendo enfrente la tierra llena de surcos bañada por los rayos del atardecer, con las pequeñas plantas de maíz que brotaban por doquier alineándose en hileras que se perdían en un sinfín de colinas, salió a su encuentro Juan Cástulo, quien, vigilante, intuía su llegada por el camino de Talixco y decidió ir a encontrarlo portador de nuevas noticias que, a su modesto entender, Francisco Javier debía de conocer de inmediato y tomar alguna decisión antes de llegar a las puertas de la hacienda y ser visto, pues entonces se correría la voz de que el patrón había llegado.

—Juan Cástulo, qué gusto verte, amigo, ¿qué nuevas me traes?, pues de no haberlas no habrías venido a mi encuentro, ¿o me equivoco? —le dijo sonriendo a su fiel amigo y ayudante, a quien había dejado en la hacienda para que le ayudara a su madre y hermanas en los menesteres de la misma—. ¿O no es así, Juan Cástulo?, ¿acaso me equivoco, amigo? —insistió haciendo un alto en su trote al tornarse pronunciada la bajada para evitar que su caballo resbalara con las redondas piedra de río de la calzada—. ¿Son nuevas buenas o nuevas malas? —volvió a insistir, haciendo un alto total para poder conversar con su fiel amigo.

—Tú siempre lo adivinas todo, Francisco Javier, todo —le contestó al tiempo que le daba un fuerte abrazo de caballo a caballo y extendió la mano para hacerle entrega de un papel cuidadosamente doblado, a la manera de una misiva—. Léelo, entératé tú mismo —le dijo con cierta premura, mirándolo directamente a los ojos.

—Por lo que escudriño en tu mirada no es de gravedad y eso me tranquiliza, pero ¿a qué se debe que hayas salido a mi encuentro hasta acá, cuando podrías habérmelo dado ya en la hacienda? Algún motivo tendrás, ¿o no? —lo interrogó Francisco Javier haciéndole un guiño de complicidad, mientras les pedía a quienes le acompañaban que se adelantaran un poco y aguardaran para reiniciar su camino.

—Entérate, amigo, léelo, yo no sé lo que contiene ni de qué se trata; lo que sí sé es que quien te lo envía te aguarda en el mesón de la familia Arcos, al lado de la capilla de la Asunción, y por lo que he visto es alguien que te aprecia mucho, de tu misma jerarquía, pues también es coronel y me pareció una buena persona —aclaró Juan Cástulo, tratando de ser preciso y ayudar a disipar las dudas.

Por las fechas que eran en esos días, el grado militar del que le había hablado Juan Cástulo y el hecho de haber llegado casi hasta las puertas mismas de la hacienda y decidir aguardar hasta

que él llegara, esa misiva no podía ser de otra persona que no fuera José María Jarero Ruiz, su gran amigo, a quien esperaba y ya comenzaba a pensar que no vendría jamás; sin leer aún el mensaje, de inmediato pensó en Guadalupe y mientras desenvolvía aquellos papeles le preguntó a Juan Cástulo: —¿Cómo está Guadalupe, mi pequeña?

—Y cómo ha de estar? —respondió enseguida Juan Cástulo—, pues bien, preciosa como siempre, es una niña muy buena; extrañándote. ¿Pasa algo?

—No, nada, no me hagas caso, leamos pues esta misiva.

Y en cuanto la abrió, de inmediato reconoció la letra del coronel Jarero Ruiz, con quien de hoy en adelante debería de compartir el amor de Guadalupe que por nueve años había sido suyo nada más.

*Altotonga, Ver., viernes 7 de abril de 1826*

*Señor coronel don Francisco Javier Gómez Bello:*

*Mi querido Francisco Javier, estoy aquí como te lo prometí y muero de ansias por conocer a Lupita, mi pequeña, mía y de mi amada y malograda Esmeralda; Guadalupe, como tú le llamas y a quien sabiamente bautizaste con ese nombre. ¿Qué nombre más grande puede haber en estas tierras que el de nuestra Madre Santísima del Tepeyac? Ninguno, amigo, ninguno, y heme aquí convertido en un manojo de nervios, de dudas e incertidumbres, tantas, que dudo hasta de si será prudente que yo me presente y perturbe la paz y la felicidad de una niña a quien la Divina Providencia dejó en tus manos protectoras hace ya más de nueve años. Creo, amigo, que no tengo derecho a perturbar esa paz y a hacer infeliz a quien mi corazón de padre más anhela en esta vida: mi hija. Claro, ardo en deseos de tomarla entre mis brazos y poder llamarla hija, hijita mía; pero al pensar así, creo que estoy obrando de manera egoísta, amigo, y no estoy pensando en la felicidad de la niña que no conoce más familia que la tuya. Yo me apuesto de cualquier forma, ahorita estoy aquí y mañana sabrá el destino dónde, ¿no crees? Hasta cierto punto soy un hombre sin familia, sin padres ya, no tengo un hogar establecido, ¿qué le voy a ofrecer a esa hermosa criatura que lo ha tenido todo, tu amor, el de tus padres, el de tus hermanas? No, para mí no es fácil llegar, abrazarla y decirle aquí estoy, yo soy tu verdadero padre; no, definitivamente no le puedo hacer eso a mi hija, por eso no me atreví a presentarme en la hacienda y más sabiendo que tú andabas en una comisión oficial en Teziutlán y estabas por llegar. Quiso Dios que me topara aquí en tu pueblo, en esta villa de Altotonga, con el bueno de Juan Cástulo, a quien conocí desde los años en que anduvimos por Córdoba. Y sabiendo de la cercanía de él contigo me atreví a enviarte con él estas letras para avisarte que por lo pronto he decidido, por el bien*

*de la niña, renunciar a ella; habrá que esperar a que crezca, a que comprenda muchas situaciones que por su corta edad ahorita no entendería. Si acaso regresas el día de hoy, tal vez todavía me encuentres en el mesón de los señores Arcos; después aguardaré en Perote a que tú llegues y podamos charlar; tal vez me envíen o reciba una comisión para prestar mis servicios en el puerto de Veracruz, de no ser así me reintegraré al servicio de las armas al lado del señor presidente de la República, nuestro dilecto y común amigo, el general Guadalupe Victoria. Te abraza.*

*José María Jarero  
Ruiz*

Al terminar de leer el contenido de aquella imprevisible misiva, Francisco Javier, absorto en sus pensamientos, reflexionó por unos instantes y decidido le dijo a Juan Cástulo, sin dudarlo un instante: —Vete a la hacienda, avísale a mi madre y a mis hermanas que está al llegar junto conmigo el coronel José María Jarero Ruiz, ellas te entenderán de inmediato; diles que quiero manteles largos porque la ocasión lo amerita. Dios ha escuchado mis oraciones, corre, ve y ahí me esperas —le dijo con el rostro iluminado y la sonrisa a flor de piel—, pero vete de prisa, ya, por favor —insistió—. Ah, y llévate contigo a estos jóvenes oficiales, que estarán cansados de tanto trote y tendrán hambre, asegúrate que les den una pieza para que descansen y pernocten —agregó ya de salida, pues de inmediato los rebasó y tomó el camino hacia Altotonga, adonde llegó en poco tiempo y se dirigió hacia la calle donde estaba ubicado el mesón de la familia Arcos. Al entrar se congratuló de haber llegado a tiempo, pues en los macheros del fondo se podían observar fácilmente varios caballos del ejército y a dos soldados cepillándolos, situación que hablaba de la presencia de algún oficial de alto rango en el mesón. Ya adentro, el encuentro entre los dos amigos fue más que eso, fue la reunión de dos hermanos que en el fuerte abrazo que se dieron se fusionaron los lazos de amistad y afectos que los unían desde hacía más de cinco años.

—Mi querido Francisco Javier, ya estaba yo pensando que me iba a ir de tu tierra natal sin haberte visto y, sobre todo, sin haber conocido a los tuyos —le dijo al abrazarlo de manera efusiva al verlo entrar al amplio salón comedor de aquel rústico mesón, donde en una mesa saboreaba una espumeante taza de chocolate su querido amigo el coronel José María Jarero Ruiz—. Veo que no te fue difícil dar conmigo —agregó—, mira que el bueno de Juan Cástulo es más que eficiente, parece que le dije ve y tráeme al coronel Gómez Bello en este instante —y al decírselo, se reía de buena gana y lo invitaba a sentarse.

—Mi querido Chema, en cuanto lo supe me apresuré a encontrarme contigo y aquí me tienes, decidido a llevarte ante la presencia de Guadalupe, nuestra pequeña hijita, quien, ante tu sorpresa, te espera con ansia, gusto y amor. Y digo nuestra, amigo, porque siempre será nuestra pequeña. ¡Qué niña más afortunada, mira que tener dos papás!, ¿no crees? —le dijo Francisco Javier, abrazándolo fuerte y sin dejar de hablar—. No, no hay pero que valga, ni excusas de ninguna especie porque no las acepto, mi decisión es ésa y ya; de camino a la hacienda nos hemos de detener en la capilla de la Asunción a que te explique algunas cosas y te haga ciertas recomendaciones, pero la decisión está tomada, eh, y no vayas a creer que no leí tus letras, amigo, sí que las leí a conciencia, y después de hacerlo te admiro más de lo que te imaginas, Chema. ¡Vaya que eres un gran, gran hombre!, ¡fuera de serie, mi querido amigo! Ahora entiendo por qué es así de linda Guadalupe —y tomándolo del brazo lo invitó a salir y le dio instrucciones al mesonero para que por favor atendiera bien a los oficiales que acompañaban al coronel Jarero Ruiz y les proporcionara el servicio de macheros para sus caballos, incluyendo pienso y granos— . A nuestro regreso yo le pago todo, ahorita atiéndalos por favor y tome en cuenta que puede ser todo el fin de semana —y al decir esto, en compañía del coronel José María Jarero Ruiz, quien perplejo seguía las instrucciones de su amigo, salió por una calle empedrada hacia la capilla de la Asunción, distante de ahí un cuarto de legua, camino de la Hacienda de Santa Cruz, donde había ya expectación por la llegada de los jóvenes coroneles, en especial por parte de las cuatro mujeres de la casa: Francisca, Soledad, Rosario y Guadalupe. A escasos metros de la capilla de la Asunción, de sobrio estilo misión, ésta, totalmente encalada, resplandecía en el atardecer ante los últimos rayos del sol y adentro, a la luz de varios gruesos cirios, destacaba el grande y hermoso óleo de la Virgen María en su asunción, transportada por un ejército de ángeles.

—En verdad es hermoso todo esto, el paisaje en este singular atardecer, la capilla y este cuadro monumental es una belleza —comentó José María con cara de satisfacción y una amplia sonrisa—. ¡Vaya preámbulo para el encuentro con mi hija! —dijo exhalando un largo suspiro.

—¡Hablaste, amigol!, yo creía que habías perdido el habla, que habías enmudecido.

—Y quién no va a enmudecer ante tantas y tan contundentes órdenes —contestó de manera sonriente José María, quien había tomado asiento en una pequeña banca casi a la entrada de la capilla, donde aún pegaban los últimos rayos del sol de esa memorable tarde del viernes 7 de abril de 1826 en que Guadalupe, por fin, conocería a su verdadero padre.

—Mi querido Chema —comenzó a confiarle Francisco Javier a su amigo la importancia que esta pequeña capilla tenía en su vida—, te he traído hasta este pequeño templo porque aquí

he tomado las decisiones más importantes de mi vida; sí, aquí y al pie de esta imagen de la virgen estampada en este lienzo maravilloso, decidí irme al seminario cuando en realidad aún era un mozo imberbe; aquí, a principios de 1816, juré como teniente de la Milicia Urbana Virreinal de Altotonga y al regresar de aquella singular batalla en Boquilla de Piedras, lloré la muerte de mis compañeros caídos en batalla; en ese momento también, le prometí a la virgen santísima que me iba a hacer cargo de Guadalupe, a quien había dejado encargada con doña Matilde, una piadosa y buena mujer de Tlapacoyan, ahora gran amiga mía; aquí tomé la decisión de conducir a mis libres rumbo a Perote, una vez tomada la determinación de sumarme al Plan de Iguala; aquí también, no hace mucho, mi querido amigo, le pedí a la virgen que me iluminara en el asunto de mi futuro matrimonio, del cual ya te informaré, y aquí, al pie de esta preciosa imagen, quiero abrirte mi corazón y decirte todo lo que siento por Guadalupe, nuestra hija, porque al regresar de Córdoba —siguió diciéndole Francisco Javier con la emoción contenida y las lágrimas a punto de rodárselle— a fines de agosto de 1821 y antes de emprender de nuevo el camino hacia la ciudad de México para entrar todos juntos en aquel memorable jueves 27 de septiembre, el día previo a la publicación de nuestra Acta de Independencia, vine aquí a los pies de la virgen y le platiqué de ti, amigo, sí, de ti, José María Jarero Ruiz, de que te había conocido, de que tenía la certeza de que eras el padre de Guadalupe, de que no encontraba la ocasión ni el momento para confesarte toda la verdad y ella, como buena madre, me aconsejó y me dijo: “Nunca ocultes la verdad, porque la verdad busca sus propios caminos y tarde que temprano se hará presente”, así que me armé de valor y aquel todavía cercano jueves 12 de enero, hace casi tres meses, te confesé toda la historia de Guadalupe y de cómo su bendita presencia en mi vida cambió mi existencia y me abrió todo un mundo de amor.

—Mi querido Francisco Javier, por eso te escribí esa pequeña carta, yo ya me iba, pues he comprendido que ambos vamos a cometer un grave error y estamos a punto de hacer infeliz al ser humano que más amamos en nuestra vida —dijo José María, convencido de que hacerse presente ante Guadalupe no era lo correcto, sobre todo para el pequeño corazón y los sentimientos de la niña—. ¿Verdad que no estoy equivocado en lo que pienso, amigo?, ¿verdad que no? —insistía José María con vehemencia ante Francisco Javier, quien, con un gesto de amistad, colocó una de sus manos en la boca de su amigo, conminándolo a que no siguiera diciendo eso.

—No, Chema, te entiendo, pero ningún argumento de esos que me esgrimes es válido; no, ninguno y menos ante la actitud de un ser tan excepcional como nuestra querida hijita —

argumentó de manera convincente Francisco Javier—. Ella te ama, te quiere y sabe de ti desde el año pasado, cuando yo mismo le conté todo sobre ti, cómo y cuándo te conocí y que no tardando, un día te vería entrar por la puerta de la casa de la hacienda y ese día ha llegado, mi querido Chema, ha llegado y ella te espera con alegría y serenidad en su corazón, no tienes porqué martirizarte y pensar que vas a destruir su vida; al contrario, ella te quiere, ya eres parte de su vida y es más, también le he hablado de sus abuelos maternos, que viven en San Andrés Tuxtla, y que un día no muy lejano, si tú estás de acuerdo, la llevaremos a conocer a la familia Carbajal Toussent.

—Pero no acabo de entender, amigo, cómo a su tierna edad ella pueda comprender un drama de esta naturaleza, no lo entiendo, no me cabe en la cabeza; por eso yo insisto en dar media vuelta y tal vez en unos cuatro o cinco años volver a venir, cuando ella tenga mayor edad, ¿no crees? —le decía aferrado a su idea.

—Mira, ¿sabes qué me dijo precisamente hace ocho días que estuve con ella, ya para dormirla, con su vocecita tan tierna? ... *Oye, papito, ¿y cuando me vas a traer a mi papito José María para que lo conozca y lo quiera mucho, como te quiero a ti?* Fíjate, ahora voy a tener dos papás, además de que tengo tres mamás; a mí Diosito me quiere mucho, ¿verdad, papito? Y por eso quiero que me traigas a mi papito José María para que viva aquí con nosotros, para que no esté solito y lo voy a querer mucho, mucho, pero ya que venga pronto, lo quiero conocer... Así que ármate de valor y vámonos para la hacienda que nos están esperando a cenar —y dicho esto, después de darse un fuerte y entrañable abrazo, cada quien en su cabalgadura, al paso, con la cabeza toda llena de pensamientos encontrados y los sentimientos a flor de piel, enfilaron hacia la hacienda bajo una noche oscura cuajada de estrellas, que como mensajeras de buenos augurios se espacián por aquel cielo de primavera donde el “Camino de Santiago” sobresalía, avalando que el sendero de estos dos jóvenes militares correría de manera paralela hasta el final de sus días.

Ya en la hacienda, de noche, una vez traspasado el gran arco de cantera, recorrieron la amplia calzada flanqueada por los majestuosos y vetustos árboles que prácticamente simulaban un largo túnel verde que desembocaba a una segunda puerta entre los altos muros que resguardaban la casa, ya adentro del gran casco. Al llegar y desmontar de sus caballos, José María se maravilló de la majestuosidad de la casa, iluminada por fuera gracias a varias antorchas humeantes que la mostraban en su totalidad y se podían apreciar los amplios corredores llenos de grandes macetones con helechos; ya en el corredor, llamó su atención la gran puerta principal que los introdujo a otro gran corredor interior que desembocó en un gran salón lleno de muebles

de madera, tapices, vitrinas, sillones y mecedoras; el aroma del cedro inundaba aquella gran estancia iluminada profusamente gracias a un gran candil de bronce donde casi cien velas daban una luz como si fuera de día, y al pie de la gran chimenea, el óleo de Pedro Gómez Larrañaga presidía el hogar de la familia Gómez Bello, hasta ahora la familia de su pequeña hija que le daba la bienvenida.

—Siéntate, amigo, estás en tu casa —le dijo Francisco Javier y todavía no terminaba de sentarse, admirando todo aquel escenario elegante pero sobrio, cuando tuvo que ponerse de pie ante la presencia de doña Francisca Bello viuda de Gómez, la matrona de la casa.

—Coronel don José María Jarero Ruiz, lo esperábamos con ansia, señor, está usted en su casa, sea bienvenido a la Hacienda de Santa Cruz y ojalá nuestra hospitalidad le sea grata —le dijo aquella bella mujer ya entrada en años ataviada como correspondía a su posición social, con un bello vestido de terciopelo negro, cuello, botonadura y puños de encaje color beige, adornando su pecho un gran camafeo de marfil; dos discretos aretes de perla enmarcaban su rostro y una serie de peinetas de carey le acomodaban su abundante cabellera, por la que surcaban algunas canas que no ocultaban su edad—. Pero siéntese, por favor, póngase usted cómodo que la cena todavía no está dispuesta; ya he dado instrucciones para que le arreglen una de las recámaras en el segundo piso de la casa —le decía aquella matrona de carácter pero hermosa, a la que la adversidad de los últimos meses no había doblado—. Habrá que subir su equipaje, señor, si me permite puedo decirle a Juan Cástulo que nos haga ese favor.

En eso, Francisco Javier interrumpió y aclaró que en ese mismo momento mandaría a alguien hasta el mesón en Altotonga a recoger el equipaje. —Perdónanos, madre, pero con las prisas José María dejó su equipaje allá en el mesón, o más bien yo, de impertinente, lo apresuré tanto que olvidamos el equipaje, pero ahorita mando un par de arrieros por sus cosas —apuntó con precisión—. Ya decía yo que algo se nos olvidaba —dijo Francisco Javier al tiempo que le daba un beso cariñoso a su madre en la mejilla—. Y a todo esto, ¿la personita más importante de la casa dónde está?, ¿por qué no está aquí? ¿O acaso no sabe de nuestra presencia?

—Claro que sabe de la presencia de ustedes, ¡cómo crees! Pero si ustedes están nerviosos por este primer encuentro, imagínense ella, una pequeña de escasos nueve años; pero no tarda, ya mero está lista, es que le pidió a Soledad y a Rosario que la ayudaran a peinarse —respondió doña Francisca mientras se sentaba cómodamente en una poltrona y observaba detenidamente a José María, a quien le encontró un parecido sorprendente con Guadalupe—. ¡Qué barbaridad!, ya Francisco Javier me había comentado el asombroso parecido de usted con la pequeña

Guadalupe y ahora que lo tengo enfrente, coronel, creo que mi hijo se quedó corto al describirme su parecido con la niña —dijo sonriente la mujer, a lo que José María asintió con la cabeza y esbozó una leve sonrisa.

—Será mejor que yo vaya a su encuentro —terció Francisco Javier en la plática—. Sí, creo que así será mejor, déjenme un momento con ella y yo la acompañó a que conozca a José María —y levantándose, se dirigió a la recámara de la niña y de sus hermanas.

—¡Papá! ¡Viniste, papacito, viniste! Sí, lo sabía, sabía que no me fallarías esta vez —y corriendo, lo abrazó con cariño y lo llenó de besos.

—Sí, mi pequeña, vine como te lo prometí y mira, ahora es viernes y no me iré hasta el lunes, eh, cómo ves, aquí voy a estar contigo. Y a que no sabes, te traje una sorpresa, un regalo muy lindo, mi hijita. Tu mamá Esperanza, que en gloria esté, a la que le rezas todas las noches y a la que le pides que cuide mucho a tu papá José María, ha escuchado tus oraciones y ahorita tu papá José María está en el salón con Mamá Francisca, con Mamá Grande como tú le dices —le dijo Francisco Javier a la niña sin más preámbulos y de manera directa—; vino a conocerte, mi hijita, pero yo te quiero decir una cosa, quiero que platiquemos tú y yo un ratito antes de que vayamos al salón para que lo conozcas y él a ti, mi niña linda —le dijo armándose de valor y pidiéndole a sus hermanas que lo dejaran solo con la niña—. ¿Sabes una cosa, mi hijita?, tu papá José María, que vino desde la ciudad de México a conocerte, no quería venir a la hacienda, ¿y sabes por qué?, porque él creía que tú no lo querías conocer, que no querías saber nada de él y yo le dije que no, que estaba muy equivocado, que tú sí lo querías conocer y que ya desde el mes pasado lo estamos esperando; ya verás, ahora que lo conozcas vas a quererlo mucho.

—Bueno, papito, mucho, mucho como a tí, no creo; bueno, al menos al principio; después verás que sí lo voy a querer, te lo prometo, papito. Pero todos vamos a vivir aquí, ¿verdad?, acuérdate que tú me lo prometiste —le dijo la niña acariciándole la cara con sus manos.

—Sí, claro, eso ya está acordado, tú te quedas conmigo y con Mamá Grande y con tus mamás Soledad y Rosario, y a partir de hoy, también con tu papá José María, que te va a querer mucho y tú lo vas a querer mucho a él. Y así como yo voy y vengo porque trabajo en el ejército, tú papá José María también trabaja en el ejército.

—Pero acuérdate que tú dijiste que ya no ibas a trabajar en el ejército, sobre todo porque te vas a casar con la señorita Jesusa, perdón, Manuelita, papá. Es que se me olvida —le dijo la niña poniendo cara de extrañeza.

—Óigame, señorita, pero si a usted nada se le olvida —le dijo Francisco Javier, dándole un beso en la frente—. Y ahora me vas a acompañar al salón para que conozcas a tu papá José María, ¿estás de acuerdo?, ¿verdad que lo vas a querer mucho, mi hijita? —le repetía temeroso de que las cosas no fueran a suceder como lo deseaban todos; ya para llegar al salón le dio un fuerte abrazo a la pequeña Guadalupe y desde lo más profundo de su corazón le pidió a la Divina Providencia que realizara el milagro: que por encima de todo, el llamado de la sangre se impusiera.

Ya en el salón, con la pequeña de la mano, llegaron hasta José María quien, embelesado, sin dar crédito a lo que estaba sucediendo, contemplaba la figura de aquella personita de talle esbelto, cabellera pelirroja y el rostro salpicado de graciosas pecas que acentuaban su inocencia e ingenuidad, y de inmediato sintió la presencia de Esmeralda, su malograda esposa, y los ojos de un verde intenso de Guadalupe lo transportaron diez años atrás, cuando se despidió de ella en Boquilla de Piedras y se marchó hacia el norte; no sabía si llorar o reír o qué, las piernas le temblaban; una sensación de angustia y éxtasis le paralizó el habla y, tartamudeando, balbuceó: “Tú eres mi pequeña Guadalupe”, y un temblor se apoderó de todo su cuerpo al contemplar en el pecho de la niña, sobre el corpiño de organdí de su lindo y delicado vestido de organza de seda color palo de rosa, la emblemática medalla de su madre, de Esmeralda, que él conocía muy bien. En el momento que Francisco Javier le decía a la niña, de manera solemne: “Mi hijita, dale un beso a tu papá, sí, a tu papá José María, mi amor, él es tu verdadero papá”, fue tal su emoción que al flexionarse para abrazar a la niña, trastabilló y cayó de rodillas frente a ella, a lo que la pequeña reaccionó con serenidad y con la sonrisa en los labios le dijo: “No llores, papito, yo te voy a querer mucho”. Y echándose a sus brazos lo estrechó con cariño, fundiéndose padre e hija en un abrazo prolongado ante la palpable emoción de todos los presentes, que no ocultaban su felicidad ni lo copioso de sus lágrimas. Gracias, Dios mío, gracias, repetía sin cesar Francisco Javier, el llamado de la sangre se impuso, gracias, Dios mío. Y secándose las lágrimas con un pañuelo, abrazó con fuerza a su madre y a sus hermanas y se adelantó, de manera solícita, a ayudar a que se incorporara José María, quien con Guadalupe en brazos le dio un fuerte abrazo a Francisco Javier y los tres, hechos uno, reían y enjugaban sus lágrimas ante el regocijo y complacencia de doña Francisca, Soledad y Rosario, quienes permanecían absortas ante aquella escena de felicidad que hacía tiempo no tocaba a la puerta de la Hacienda de Santa Cruz.

Después de una prolongada y obligada sesión de preguntas y respuestas, a instancias de doña Francisca todos se encaminaron hacia el comedor y pasaron a la mesa donde la cena iba a ser servida; y aquella buena mujer, a la vez madre y abuela de la niña, se regocijó de que el padre

Valderrama, amigo de la familia, llegara precisamente minutos antes de sentarse a la mesa, como lo tenía previsto. Hechas las presentaciones, no dudó en pedirle a aquel asiduo comensal, a quien de verdad todos estimaban, les hiciera el favor de presidir la bendición de los alimentos. Esa noche, Guadalupe se sentó en medio de sus dos padres; se le veía radiante, sonriente y durante toda la cena no dejaba de mirar al coronel José María Jarero Ruiz, su padre de sangre, quien en medio de aquel indescriptible ambiente no daba crédito a todo aquello que le estaba sucediendo. Ya para terminar, en medio de aquella algarabía se hizo presente Juan Cástulo, quien con la venia de la señora de la casa les hizo saber que ya todo el equipaje del coronel don José María estaba en la recámara que le habían asignado, y ante la insistencia de todos, se sentó a la mesa y departió el momento con la familia como miembro distinguido de ella. Al finalizar la cena y despedirse el padre Valderrama, a quien Juan Cástulo acompañó hasta el vecino pueblo de Atzalan, y al estar por retirarse cada quien a sus habitaciones, José María les pidió que aguardaran un poco y solicitando que le indicaran dónde estaba la recámara, les dijo: —¿Me esperarían un momento, por favor?, es que le he traído a Lupita —dijo refiriéndose a la niña, a quien le dio un beso en la mejilla— un regalo que no quiero dejar de entregarle esta misma noche y quiero que todos ustedes, queridos amigos, sean testigos.

Y ante las indicaciones de Soledad de que lo siguiera, los dos se perdieron por las escaleras de la casa; a los pocos minutos ya estaban de regreso en medio del salón, donde los demás saboreaban unos ricos dulces de leche dispuestos sobre una mesa. Francisco Javier también se había ausentado un momento pero pronto estuvo de nuevo con el pequeño grupo familiar, el cual, al decir de doña Francisca, conformaba una nueva familia en torno a Guadalupe.

José María, acercándose cariñosamente a su hijita, depositó en sus manos una valija de cuero de considerable tamaño que contenía un paquete de forma rectangular cuidadosamente envuelto entre varios lienzos de tela: “¿Qué es, papito?, ¿es un regalo que me trajiste de México? Porque tú vives en México, ¿verdad?”, dijo la niña con su clara vocecita que llenaba toda la estancia, sosteniendo aquel paquete que apenas si podía cargar. —Sí, mi hijita, es un regalo para ti que he traído de México para esta ocasión tan especial para ti y para mí y también para tu mamacita Esmeralda, que nos ve desde el cielo. Sí, seguro que nos ve desde el cielo, mi hijita —le dijo José María a su hija, todo emocionado, con los ojos rasados de lágrimas—. Y volviéndose hacia Francisco Javier le dijo: “Ahora que nuestra hijita descubra bien su regalo, entenderás el porqué de mi tardanza, porqué no podía emprender mi viaje hasta acá hasta que no me entregaran lo que vas a ver”. La niña, ante la expectación de todos, fue desenvolviendo lienzo

tras lienzo hasta dejar al descubierto un óleo perfectamente montado en un bastidor de 20 por 15 pulgadas con la imagen de una bella mujer pelirroja de ojos verdes con la singular medalla que ahora llevaba Guadalupe sobre su cuello.

—¡Mi mamacita Esmeralda, mi mamacita Esmeralda! —gritó la niña entusiasmada al contemplar el óleo que, con cierta dificultad, sostenía entre sus manitas y de inmediato se lo mostró a Francisco Javier, quien contemplaba la escena conmovido—. Es igualita a cómo tú me habías dicho que era mi mamacita, papito, igualita —le dijo la niña, mientras besaba cariñosamente el retrato.

—Ahora yo tengo un regalo para tu papito José María —expresó Francisco Javier a la niña, y sacando de su chaqueta una cajita se la dio y le dijo—:dásela a tu papito, mi hijita, es para él.

Y al abrirla, José María no daba crédito a lo que veían sus ojos. —Pero, ¿cómo?, ¿cómo llegó a tus manos este anillo? —exclamó sorprendido—. La argolla matrimonial de mi amada Esmeralda —murmuró vacilante—; sí, su argolla —repitió para sí mismo.

—Sí, es su argolla, la cual he guardado durante todo este tiempo con la esperanza de que algún día pudiera dársela a Guadalupe y al padre de Guadalupe; era la pieza principal de este rompecabezas y ya ves, hoy, al entregártela, se ha cerrado —atestiguó Francisco Javier.

—Dios te bendiga, amigo —le dijo agradecido José María, quien de inmediato, sin pensarlo dos veces, se sacó la suya del dedo anular de la mano izquierda y poniéndolas juntas, las depositó entre las manitas de Guadalupe y le dijo: —Son los anillos de cuando nos casamos, mi hijita; sí, el mío y el de tu mamá, y desde ahora te pertenecen, tómalo, son tuyos, mi amor, nada más tuyos —y poniéndose de pie, le dio un fuerte abrazo a Francisco Javier, quien fascinado contemplaba la felicidad de Guadalupe, su pequeña hija, que más de nueve años atrás le había sido confiada por su bella madre al momento de morir. ¿Quién le iba a decir en aquel trágico jueves 12 de diciembre de 1816 el desenlace venturoso que hoy había tenido aquella historia de muerte y soledad? No cabe duda, se dijo a sí mismo, que los caminos de Dios son ignotos, pero siempre tienen un final justo; él pone siempre las cosas en su lugar y aquella noche no le quedó la menor duda. Ya mañana platicaría con José María los planes a futuro, por lo pronto había que descansar pues la medianoche estaba por llegar; al día siguiente habría tiempo para todo, ya con la serenidad y la paz que da la misión cumplida.

## Siete

Miércoles 10 de mayo de 1826

Por fin, luego de diez largos días de accidentado trayecto, tras haber hecho dos escalas obligadas: una en la hacienda de San Diego de Coyotepec, de doña Petra Álvarez de Carrión, en la municipalidad de San Juan de los Llanos, pues tenía que entregarle una serie de documentos relacionados con la última venta de caballos y hacerle el favor de llevar otros papeles para su apoderado en la ciudad de México, quien haría los trámites ante las secretarías del despacho de Hacienda y de Guerra para el debido cobro por los animales vendidos, y otra en el pueblo de Huamantla para dejar unos encargos de su madre, pues él, utilizando el servicio del cambio de cabalgaduras que le brindaban las postas de las estafetas de correos, usualmente solía hacer hasta cinco días en las sesenta leguas que separaban a Perote de la ciudad de México, ahora tendría que proseguir por Apizaco, cruzar los llanos de Apan, dejar a su lado izquierdo las aguas del lago de Texcoco, llegar por el norte a la villa de Guadalupe, al pie del cerro del Tepeyac, adonde le había prometido a la virgen pasar para dar gracias por el feliz encuentro entre Guadalupe y su padre, para una vez ahí, dejados a buen resguardo en una caballeriza del lugar sus caballos y un par de mulas que siempre llevaba consigo en ese tipo de viajes por lo que pudiera ofrecerse, sólo quedarse con un caballo para trasladarse a la ciudad de México.

Ya en el santuario de la virgen de Guadalupe, Francisco Javier recorrió con su memoria todo lo que había vivido el jueves 12 de enero de ese mismo año y cómo se dieron los hechos en que le confesó a su amigo José María Jarero Ruiz la existencia de Guadalupe y todo lo ocurrido aquel jueves 12 de diciembre de 1816 en Boquilla de Piedras, nueve años atrás; recordó los gratos momentos del encuentro entre Guadalupe y su verdadero padre y todas las experiencias que habían vivido en esos benditos días de principios de abril, cuyo encanto aún perduraba en su memoria; tan sólo acordarse del hecho le producía una gran alegría y una satisfacción que no podía ocultar. Terminada su visita al santuario comió con las monjas capuchinas en su cercano convento, pues a éstas las conocía desde que hiciera su primera visita al lugar en compañía de sus padres. Cerca ya del atardecer se enfiló hacia la ciudad de México; pronto llegó a la Calle del Indio Triste y se hospedó en el mesón de costumbre, donde era un asiduo conocido, apenas en enero había estado ahí; se instaló confortablemente y el resto de la tarde lo ocupó en descansar a conciencia, pues aunque era un excelente jinete, el trote de diez días de ajetreo dejaban exhausto a cualquiera. Después de cenar y antes de recluirse en su habitación, dispuso lo necesario para el

baño del día siguiente y solicitó a la mesonera le hiciera el favor de cepillar y planchar su mejor uniforme de coronel y las camisas que, aunque limpias y bien empacadas, debían desarrugarse; a Palacio Nacional debía presentarse impecable y hacerse anunciar ante la ayudantía del señor presidente, menos mal que entre el cercano círculo de ayudantes él tenía varios buenos conocidos.

La ciudad le imponía, y más que eso, el hecho de estar a unos pasos del centro del corazón político de aquella joven nación, cerca de su muy querido y entrañable amigo José Miguel Ramón Adauto Fernández y Félix, el presidente de la República, Guadalupe Victoria; de sus admirados y queridos amigos don Miguel Domínguez Alemán y doña Josefa Ortiz de Domínguez y su numerosa familia; de su polémico amigo el clérigo Fray Servando Teresa de Mier, a la sazón huésped del presidente Victoria en Palacio Nacional, y de tantos y tantos hombres ilustres con quienes le gustaba conversar. Se sentía transportado a otro mundo, acostumbrado él a la tranquilidad de la provincia veracruzana y a las constantes idas y venidas por toda aquella hermosa región que lo había visto foguearse como militar destacado y enardecido patriota, partidario de la república y de las causas justas del pueblo; ahí, en esa siempre bulliciosa ciudad, se palpaba la historia viva de la joven nación donde todo estaba por hacerse y donde todos caían en el juego del ensayo y el error porque nadie sabía ni tenía experiencia en cómo hacer las cosas.

Como era su costumbre cuando estaba en ese barrio de la ciudad de México, muy de mañana se encaminó a misa de siete en el templo de Nuestra Señora de la Soledad, a la vuelta de la calle de Correo Mayor, justo atrás de Palacio Nacional. A la salida del templo, para su beneplácito, se encontró con los hijos del matrimonio Domínguez Ortiz, quienes lo pusieron al tanto e informaron de las nuevas en la capital; le hicieron saber que su señora madre, la querida doña Josefa, no se encontraba bien del todo y estaba apenas recuperándose de unas fiebres muy altas que la pusieron en cama; a Dios gracias no había sido tifo, le dijeron, pues al principio se temía que se hubiera contagiado, pero con la ayuda de sus hijas y gracias a los cuidados que éstas le prodigaban, cada día estaba mejor. Quedó muy formal de ir a visitarlos en el curso de los próximos días. Después de esa charla matutina, ya en el mesón se dio un buen baño, tomó sólo un tazón de chocolate con pan de yema y se dispuso a vestirse para presentarse en Palacio Nacional, pues debía apersonarse desde temprana hora para que el presidente fuera informado de su presencia y tal vez, él lo sabía, podía ser invitado al almuerzo, pues su amigo, encumbrado ahora a presidente de la República, era gente sencilla; de hecho, quien lo atendía era su hermana Gertrudis, a quien había mandado traer desde el lejano Tamazula, su pueblo natal.

Todavía no tomaba asiento en los grandes sillones verdes de cuero curtido que estaban en la antesala del que fuera uno de los grandes salones del antiguo palacio de los virreyes, hoy convertido en Palacio Nacional y residencia del primer presidente de la República que tenía la joven nación, pues don Guadalupe Victoria, a la sazón de 39 años cumplidos y 40 por cumplir el 29 de septiembre próximo, llevaba apenas 19 meses al frente de tan honroso e importante cargo, en medio de todas las tensiones políticas habidas y por haber y de una efervescencia diaria de asuntos que hacían que la jornada del presidente se iniciara muy temprano, a las siete de la mañana, y terminara ya bien entrada la noche; usualmente almorcaba en compañía de alguno de sus ministros, especialmente con el de Guerra, pues éste tenía que tener al tanto al presidente de la República de cuál era el estado que guardaba la paz en los diecinueve estados federados, los cuatro territorios y la región de Tlaxcala, de la cual todavía no se decidía su carácter territorial. Esa mañana, una vez que Francisco Javier presentara sus credenciales y se anunciara, se asombró al ver en medio de aquel gran salón, sobre un gran atril de madera, un gran ejemplar de la Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos encuadrado en piel, que podía ser consultado por quienes acudían al lugar; él no fue la excepción y llamó poderosamente su atención el artículo 171 con que cerraba el documento, el cual tenía estampados todos los nombres de quienes la habían hecho posible y la habían publicado solemnemente el 4 de octubre de 1824 en el templo de San Pedro y San Pablo, no lejos de ahí, que había servido de recinto legislativo a los 68 diputados, encabezados por su presidente, el famoso y controvertido diputado yucateco Lorenzo de Zavala. Fijando su atención cuidadosamente en el artículo final de la Constitución, lo fue leyendo en voz baja, casi imperceptible: Artículo 171.- *Jamás se podrán reformar los artículos de esta Constitución y del acta constitutiva que establecen la libertad e independencia de la Nación mexicana, su religión, forma de gobierno, libertad de imprenta y división de los poderes supremos de la federación, y los de los estados. Dada en México a cuatro del mes de octubre del año del Señor de mil ochocientos veinte y cuatro: cuatro de la Independencia, tercero de la libertad y segundo de la federación.*

No obstante que creía conocer bien el texto constitucional, nunca había reparado en cómo al final se hacía hincapié en resaltar cuándo la nación había alcanzado su independencia, su libertad y se había constituido en una federación y detallaba los años como marca indeleble para dejar de lado el funesto comienzo y el efímero imperio de Iturbide. Abstraído en la lectura y hojeando partes del texto, le tomó por sorpresa ver junto a él al mismísimo presidente de la República, quien lo abrazaba efusivamente y pasándole el brazo derecho por los hombros lo

invitaba a que se perdieran detrás de la primera puerta custodiada por la guardia de honor que resguardaba el lugar.

—Mi querido Francisco, ¿a qué debo tan alto honor al recibir tu inesperada pero gozosa visita desde las amadas tierras veracruzanas? —le dijo de manera efusiva al abrazarlo—. De seguro has debido llegar desde el día de ayer, ¿y por qué no te anunciaste desde anoche, no ves que este palacio es lo suficientemente amplio para albergar a todo un regimiento? —y al decirlo, movía la cabeza en señal de resignación porque su amigo, a quien siempre llamaba sólo por su primer nombre, era el amo de lo inesperado y la persona más prudente del mundo, no le gustaba infingirle a nadie molestias de ninguna especie.

—Señor presidente, el honor es mío al recibir esta bienvenida tan cálida de parte de su excelencia —le contestó Francisco Javier, quien no salía de su asombro pues no se dio cuenta en qué momento el general Victoria entró al salón en su búsqueda. Lo podía haber hecho pasar hasta sus aposentos enviándole a un oficial para que lo guiara, pensó, pero no, él en persona había ido a buscarlo; eso era una gran distinción y decía mucho de la personalidad afable y sencilla de su amigo.

—Cómo que señor presidente, amigo, ¿por qué tan distante y protocolario?, ¿acaso ya no soy José Miguel, tu amigo? —le contestó Victoria con una risita de complicidad—. Para ti siempre seré José Miguel, no se te olvide, aunque agradezco tu deferencia y trato frente a toda esa gente que aguardaba en el salón de espera, tú sí sabes de protocolo y ceremonial, pero acá adentro nadie nos ve ni nos escucha, así que soy José Miguel, eh, no se te olvide. No sabes la alegría que me das al venir a verme, y vaya que tienes buena memoria, te acordaste que habíamos quedado de vernos en mayo.

—Pues así fue, así lo acordamos, claro que me acuerdo y aparte del gusto de venirte a ver, me traen hasta acá otros menesteres, como el de solicitar permiso para casarme y hacer entrega del certificado de limpieza de sangre de la familia de mi prometida —respondió Francisco Javier.

—¿Te vas a casar, amigo? ¿Tú, el incasable? Pero cómo? Ahora sí que me has sorprendido; tú, el que todavía abriga la esperanza de ser sacerdote, eso sí que es noticia —le dijo Victoria dándole un fuerte abrazo—. Pues mira, hoy a mediodía viene a acuerdo nada menos que el general Gómez Pedraza, quien como cabeza del ejército deberá otorgarte el permiso y conocer del certificado de la familia de tu novia. Y a todo esto, ¿quién es la afortunada?

—Se llama Manuela de la Torre García Nieto y es de Teziutlán, es una mujer encantadora; yo qué te puedo decir, soy el novio, estoy enamorado y eso es todo —dijo Francisco Javier, un poco turbado por la pregunta—. Y heme aquí, vengo a solicitar tan ansiado permiso y desearía, con tu amable intervención —agregó armándose de valor—, pedir una licencia, a partir del día que me case, de uno o dos años para dedicarme a mi esposa, a la atención de mis fincas y a dispensarle el cariño y los cuidados que le debo a toda mi familia: a mi madre, que ya es una mujer recia, a mis hermanas, a mi futura esposa y, desde luego, a Guadalupe, mi pequeña hijita, quien me lo ha suplicado una y cien veces.

—Oye, mi querido Francisco, y ahora que mencionas esos apellidos, me son familiares, conocidos, diría yo, ¿no son acaso los mismos de la señora a quien compré la hacienda de San Joaquín El Jobo? —preguntó sorprendido el presidente Victoria—. La mujer, si mal no recuerdo, se llama doña María Rita García Nieto viuda de De la Torre, ¿o me equivoco? Y precisamente lleva los mismos apellidos que esa joven con la que me dices que pretendes casarte, sólo que en sentido inverso; pero qué coincidencia, ¿será acaso la madre de tu prometida? Oye, porque sería mucha casualidad que estemos hablando de las mismas personas, de los mismos apellidos y, curiosamente, de los dos; bueno, es más que obvio que tú ya los conocías, pues fuiste tú precisamente, mi querido amigo, quien prácticamente me vendió esas tierras, me las ofreció y recomendó —cuestionaba Victoria a su amigo con cara de incredulidad—. No me vayas a decir ahora que yo soy el culpable de que hayas conocido a esa joven, ¿verdad que no?

—No, no, José Miguel, ¿cómo crees? Yo conozco de tiempo atrás a la familia de Manuelita, precisamente a sus primos, hijos y nietos en línea directa de don Francisco de la Torre; a quienes en realidad yo no conocía era a doña María Rita García Nieto ni a la misma Manuelita y sus hermanos. No, a ellos no, precisamente los conocí en unos días que pasamos en Todos Santos el año pasado, en una finca que tienen los De la Torre en Chinautla; ahí los conocí y después el sorprendido fui yo al fungir como tu apoderado en la compraventa de San Joaquín El Jobo y encontrarme con que la representante y albacea de todos los De la Torre era nada menos que mi presumible futura suegra, ¿cómo ves?, quien por cierto, lo que sea de cada quien, ha sido una finísima persona; también ella se sorprendió sobremanera al verme en la famosa compraventa como tu apoderado, imagínate, encontrarme a mí, el pretendiente de su hija, en un negocio de familia. ¡Vaya que le debe de haber extrañado a la señora! Pero en fin, sí, se trata de ellos, de la misma familia.

—¡Vaya, que me parece que ahora sí estás decidido a dar tan trascendental paso! Enhорabuena, amigo, te felicito, mira que eres un hombre de decisiones; aunque una licencia así, tan larga, en un rango como el tuyo, lo veo difícil; tal vez unos meses al cien por ciento y después en un setenta y cinco por ciento, pues oficiales como tú deben reportarse a su centro de operaciones de menos una semana cada mes y dejar todo en orden, además de siempre estar alerta porque en cualquier momento el alto mando, y más que eso, la patria, puede requerir tus servicios. No se te olvide que aunque no estamos en guerra, persiste el estado de sitio que vivimos en algunas regiones del país, más las asechanzas de reconquista por parte de los españoles desde Cuba y que el islote de San Juan de Ulúa sigue en poder de ellos. Pero descuida, amigo, descuida, ahorita almorcamos en compañía de Gertrudis, mi hermana; ah, y del padre Teresa de Mier, quien a menudo pregunta por ti. ¿Te parece, amigo? Creo que ya hablé demasiado y no te dejé articular palabra alguna, ¿te diste cuenta? —apuntó Victoria, exhausto después de tan vasto panegírico—.Jajaja, si hasta parezco orador enfrente de una tribuna —comentó riendo de buena gana.

—Cómo tú digas, amigo, nada más no eches en saco roto eso que te estoy pidiendo, hazlo por Guadalupe, mi hijita —le comentó Francisco Javier, dirigiéndole una cariñosa y aprensiva mirada a su amigo.

—Ah, y ahora que mencionas a la pequeña Guadalupe, ¿qué pasó con Chema, siempre llegó hasta Altotonga a conocer a su hijita? Porque cuando se fue de aquí no abrigaba esperanzas de llegar hasta allá, o más bien no estaba lo suficientemente convencido de que eso para la niña fuera la mejor opción, estaba reacio el hombre, casi lo mandé a empujones porque él no quería ir, ¿qué te parece nuestro amigo? —comentó Victoria moviendo la cabeza a manera de incredulidad—.Primero me argumentaba que había mandado a hacer unas reproducciones de un pequeño óleo que él tiene de Esmeralda, su difunta esposa, para regalárselo a la niña y cuando éste estuvo terminado, estaba empeñado en conseguir un marco de hueso que había visto en un bazar pero por no haber en ese momento lo había encargado, y así sucesivamente, no hallaba qué pretexto poner para dilatar su partida.

—Pues tal como lo cuentas, ya estaba a punto de irse cuando fui por él a un mesón del pueblo y gracias a Dios, y a Juan Cástulo que me previno, todo salió muy bien, tanto, que me vine tranquilo, pues él se quedó en la hacienda disfrutando a su hija y auxiliando a mi madre y a mis hermanas en los menesteres cotidianos. ¿Cómo ves?, ¿lo puedes creer, amigo? Se quedó, el que no quería ni siquiera llegar.

En un saloncito contiguo al gran comedor de palacio, en el área de las aposentos presidenciales, otrora de los virreyes, había una mesa redonda para seis personas, donde sobre un hermoso mantel blanco de Oaxaca resaltaba una espléndida vajilla de talavera de Puebla en su más puro estilo, azul añil con blanco, con las tradicionales golondrinas. Ahí, en sendas jarras humeaba un exquisito chocolate; en medio de la mesa, en una cesta de mimbre con una hermosa carpeta bordada, blanca y almidonada, se presentaba apetitosa una gran variedad de pan de dulce, donde no podían faltar los tradicionales laureles y las grandes conchas para quien, siguiendo la añeja tradición, sopeará el delicioso pan en el humeante chocolate. El clásico chilehuevillo de la costa veracruzana no podía faltar en la mesa, acompañado de frijoles negros de la olla con su oloroso epazote, tortillas calientitas, quesos frescos y unos ricos tamalitos de elote, al más puro estilo de Tamazula, Durango, la tierra de José Miguel y Gertrudis, enriquecían aquella alegre mesa que ofrecía a sus comensales un almuerzo campirano, típico de las tierras bajas veracruzanas. A Gertrudis, quien había conocido a Francisco Javier en enero, le dio gusto recibirlo de nuevo pues sabía del afecto que se profesaba con su hermano y al padre Teresa de Mier le sorprendió que de nueva cuenta estuviera ahí.

—Mi querido coronel Gómez, usted nunca se cansa de viajar y va y viene a Veracruz como quien fuera de aquí a la Villa de Guadalupe —le dijo sonriente, extendiéndole la mano de manera efusiva, aquel polémico ex fraile que se acogía a la hospitalidad del presidente Victoria y se había instalado en una de las muchas habitaciones de palacio.

—Su excelencia, qué gusto volver a encontrarlo, todavía le doy vueltas y vueltas a todo aquello que me platicó durante nuestro último encuentro, sobre todo su habilidad para escaparse de todas partes, ¡vaya, si hasta parece que posee usted el don de la ubicuidad! —le dijo Francisco Javier en tono amigable, como para sentirse en ambiente frente a tan enigmático y parlanchín personaje con quien se podía charlar horas y horas sin aburrirse.

—¡Qué barbaridad, mi querido coronel, no sea usted blasfemo! Usted estuvo en un seminario, eh, y de sobra sabe que la ubicuidad es una cualidad divina; bueno, en algunos casos, muy especiales, concedida a algunos santos; no se le olvide, hijo, que es un don divino, lo mío era un poco de astucia de zorro viejo y otro poco de suerte. Claro, eso sí, lo reconozco, Dios siempre estaba conmigo, sino no estaría aquí en México de nuevo, ¿no cree? —le respondió el robusto clérigo, que había sido de los diputados que habían elaborado y promulgado la Constitución de 1824; él lo era todavía por Nuevo León, su estado natal, y aunque la representación de diputado era bianual, de momento, como había sido la primera legislatura,

sería hasta el próximo octubre cuando dejaría aquella curul y entre otras cosas auxiliaba al presidente como consejero.

—Qué les parece si nos sentamos, porque las viandas se enfrián rápido y la comida recalentada no sabe igual, sobre todo este rico huevo en salsa que yo nunca antes había comido y se ve muy apetitoso —terció Gertrudis, la hermana de Victoria, invitándolos a almorcizar y ya sentados continuar la charla.

—Ah, te refieres al chilehuevillo, hermana, platillo típicamente veracruzano, mi preferido, no en balde lo comía casi diario y jamás me enfadaba —comentó Victoria sirviéndose el espumoso chocolate en un tazón, dispuesto a sopear un rico laurel—. En Altotonga, la tierra de Francisco, a este platillo ellos le llaman salsa con huevo, creo que son más propios para hablar; y además lo comen en tortillas fritas pasadas por manteca, como si fueran enchiladas abiertas, les llaman fritas de salsa con huevo y las preparan riquísimas.

—Bueno, este chilehuevillo está delicioso, como todo lo que el señor presidente sirve en su mesa —comentó Servando Teresa de Mier—, pero lo que a mí más me gusta son estos ricos tamalitos de elote con que nos obsequia doña Gertrudis y que pueden hacerse gracias a que en Xochimilco y en toda la zona de Tláhuac y Mixquic siempre hay elotes frescos y tiernitos.

Aquella mañana la charla se alargó y parecía extraño que en esa mesa de lo que menos se hablara fuera de política o de los asuntos públicos; la trivialidad del chilehuevillo y los tamales de elote eran el mejor bálsamo para olvidar las preocupaciones diarias que de manera constante afrontaba Victoria, pues en un país tan joven todo estaba por hacerse y faltaba todo, sólo su mansedumbre, buen juicio y dotes de buen negociador le hacían llevadera aquella gran responsabilidad que pesaba sobre sus espaldas, pues aunque siempre había anhelado ese puesto, nunca se imaginó el tamaño descomunal de la problemática del novel país.

—Oiga, mi estimado coronel Gómez, y hablando de escapistas y gente especializada en escabullirse y esconderse en cuevas, además de andar siempre a salto de mata, aquí tenemos al primero de ellos, nuestro señor presidente —comentó Teresa de Mier mientras se deleitaba comiendo unos deliciosos tamalitos de elote—. Yo no soy el único y creo que el señor presidente me aventaja en experiencia en ese sentido, además, él es todo un experto guerrillero, tanto, que hasta España llegaba su fama de gran luchador, al que nunca nadie pudo aprehender en diez años; por eso yo puse especial empeño en que el joven Francisco Javier Mina se entrevistara con él a nuestra llegada a costas de la Nueva Santander e incluso, ya no estoy seguro de eso porque

me falla la memoria, creo que hasta se cartearon un par de veces, ¿o no? —dirigió Servando Teresa de Mier una mirada inquisitiva al general Victoria, quien lo escuchaba con atención.

—Pues claro, usted fue el intermediario, padre, a través de un amigo suyo radicado en Veracruz, y acuérdese que la idea original era que desembarcaran cerca de Tuxpan, no tan al norte, pero en fin, eso ya es historia —comentó el general Victoria—; tan es historia, que en ese caminar errático hacia Tuxpan en busca de Mina dejamos a la deriva en Boquilla de Piedras a una bella mujer, esposa de uno de mis mejores lugartenientes, en donde el destino nos enlazó a todos: a ella, a su pequeña hijita, a Francisco, aquí presente, y al coronel José María Jarero Ruiz, quien gracias también a la bondad de este hombre —dijo mirando fijamente a Francisco Javier— ha recuperado a esa hijita que ni siquiera imaginaba tener y que nació en medio de la tragedia de esta turbulenta guerra.

—Qué buena acción, Francisco Javier, Dios se lo premiará con creces, el Señor nunca olvida las buenas acciones de nadie, ya José Miguel me platicó toda la historia; lo vivimos de cerca aquí con José María y usted nos trajo la buena noticia de que ya conoció a su hijita —le dijo toda conmovida Gertrudis Fernández y Félix, hermana de Victoria, quien frisaba ya los cuarenta y dos años.

—No, pero retomando lo que dice aquí el padre Servando Teresa de Mier de la fama del señor presidente, es lo que debe ser, fama muy bien ganada, pues nuestro querido amigo, con todo respeto, durante la larga guerra de independencia tuvo la virtud de que siempre fue reconocido y querido por sus correligionarios y respetado y admirado por sus perseguidores —apuntó Francisco Javier y agregó—, porque todo mundo le reconocía su gran magnanimidad con los vencidos y los prisioneros y su constante preocupación por la seguridad y bienestar de los suyos.

—¡Qué barbaridad, señores!, con tantos e inmerecidos elogios y reconocimientos me han turbado, están haciendo que me sienta mal y además, honestamente, creo que están exagerando los hechos, ¿no creen? No les hagas caso, hermana, deliran entre ellos —terció el general Guadalupe Victoria, visiblemente emocionado y a la vez apenado de tanto elogio inmerecido, según sus propias apreciaciones—. No, si de escapistas hablamos, aquí el mejor de ellos y quien no sólo me ayudó a escapar, sino que me escondió y mantuvo a salvo de mis perseguidores —dijo señalando a Francisco Javier, quien sentado a su derecha se ruborizó todo—; diles, plátícales cómo me ayudaste a salir de la cárcel disfrazado de religiosa y galopamos sin parar, de noche, por caminos que yo jamás había recorrido, hasta llegar a un paraje en lo alto de la sierra de

Altotonga, donde me mantuve sano y salvo bajo los cuidados de su fiel ayudante Juan Cástulo, pláticas como fuiste tú el artífice de esa gran escapada.

—¡Pues toda una hazaña, eh, coronel! Hizo usted posible que el general Victoria sea ahora nuestro primer presidente de la República, gran defensor de nuestras recién creadas instituciones; con razón el señor presidente le tiene ese aprecio sincero que se percibe a leguas —comentó Servando Teresa de Mier dándole una palmada en la espalda a Francisco Javier, ante la mirada dulce y aprobatoria de Gertrudis, mujer de bellos rasgos ya entrada en años.

—Perdóname, Francisco, porque veo que te has puesto todo rojo y de sobra sé lo humilde y sencillo que eres, que prefieres pasar desapercibido por este mundo lleno de gente soberbia y engrandecida a la que sólo le interesa que se hable de ellas —le dijo Victoria a su amigo, quien apenas si esbozó una leve sonrisa en señal de agradecimiento—. Bueno, apurémonos a terminar este rico almuerzo porque el día apremia y más en la nutrida serie de actividades de un presidente de la República, que no se puede dar el lujo de pasarse toda la mañana de sobremesa.

Terminado el almuerzo, Victoria dio las gracias a su hermana, se despidió de Servando Teresa de Mier y le pidió a Francisco Javier que lo acompañara a su despacho, pues en breve comenzarían sus largos acuerdos con los secretarios encargados de los diferentes despachos y el primero que estaba citado esa mañana era el general Manuel Gómez Pedraza, avezado militar que mantenía informado al presidente de la República del diario acontecer nacional y, a manera de un parte militar, lo tenía al tanto de todo lo que los correos militares traían y llevaban en sus valijas desde la Alta California, Nuevo México y Texas hasta Chiapas y Yucatán. Mientras caminaban a través de los largos pasillos, el presidente Victoria recordó que quien autorizaba las licencias a los militares era él personalmente, pues así lo establecía la cláusula 9<sup>a</sup> del artículo 110 de la Constitución en el apartado “De las Atribuciones del Presidente y Restricciones de sus Facultades”; de inmediato, al llegar a su despacho, abrió una Constitución que estaba sobre su mesa de trabajo y pudo constatar lo que ya sabía de antemano: 9<sup>a</sup>.- *Dar retiros, conceder licencias y arreglar las pensiones de los militares.* En ese momento consultó la cláusula 6<sup>a</sup>.- *Nombrar... los coroneles y demás oficiales superiores del ejército permanente, milicia activa y armada, con aprobación del Senado, y en sus recessos del consejo de gobierno.* Todo estaba claro y así no haría esperar a su amigo a que corrieran todos los trámites, pues intuía, y estaba en lo cierto aunque no se lo había preguntado, que el número de días que pensaba estar en la ciudad no serían muchos, lo entendía y de plano lo abordó y le planteó el tema.

—¿Sabes una cosa, Francisco?, venía yo meditando que ya tengo la solución para que en esta ocasión tu estancia por aquí sea lo más breve posible —le dijo sin cortapisas—. Sí, figúrate que los permisos y licencias a los militares los doy yo, así como los nombramientos, entonces para qué esperar, amigo, ¿no crees? Sólo le harás entrega al secretario Gómez Pedraza de tu solicitud de permiso para casarte y el certificado de limpieza de sangre de la familia de tu novia. —Y añadió—: en mi oficina cuento con tres excelentes amanuenses para que de inmediato hagan las contestaciones oficiales y se te otorguen los permisos conducentes para todo; es más, tengo entendido que esas autorizaciones de casamiento incluso ya están impresas, sólo se le agrega el nombre del militar en cuestión y listo, de todo eso yo me encargo, déjalo en mis manos.

—¿Será posible, señor presidente, se podrá hacer eso que me está diciendo? —le dijo sorprendido Francisco Javier a Victoria—. ¿Me quiere decir, señor presidente, que me está usted resolviendo todos los asuntos que me trajeron hasta esta bella y sorprendente ciudad? —agregó sin dar todavía crédito a lo que había escuchado.

—¡Sí, hombre, palabra de presidente de la República! —le replicó Victoria sonriendo ampliamente—. Y no te digo nada en alusión a tus formalidades porque creo que tienes toda la razón en darme el trato de “señor presidente” aquí en mi despacho; es más, te lo agradezco, y esa acción dice mucho de tu conducta sobria, respetuosa, propia de todo un caballero amigo —le comentó de manera discreta al darse cuenta de que al traspasar las puertas de sus aposentos personales hacia los pasillos y oficinas, donde pululaban militares, empleados, comerciantes y uno que otro hacendado adinerado que solicitaba audiencia, Francisco Javier de inmediato cambió la forma de dirigirse a su amigo—. De todos modos, te relevo de que comas conmigo porque hoy viene a comer Mr. Henry George Ward, el embajador inglés, pero de la cena no te salvas, espero para entonces tenerte resuelto todo lo de tus papeles. Ah, y por cierto, al embajador Ward, anterior encargado de negocios de la Gran Bretaña en Veracruz, tú lo conoces bien, ¿no fuiste tú acaso a quien le pidió toda la información sobre cómo me gustaría a mí una espada, que después me mandó obsequiar su Majestad Jorge IV, de la dinastía Hannover? Claro, ahora que me acuerdo, tú fuiste el artífice de que ese obsequio llegara a mis manos. No, si eres único, mi querido Francisco, único. Nos vemos pues en la noche y aprovecha el tiempo para descansar, porque después de tantas jornadas a caballo, aunque estás acostumbrado, deberás estar cansado—y diciendo esto se retiró a un gabinete adjunto donde recibía a todos los secretarios del despacho, en especial al de Guerra y Marina, dada la confidencialidad de los asuntos que solía tratar con él.

Francisco Javier, sintiéndose libre para ir adonde deseara y ya con el salvoconducto especial para entrar y salir de los aposentos presidenciales, se encaminó hacia la Plaza del Volador, porque cerca de ahí, en su anterior estancia en la ciudad, había descubierto una tienda que vendía todo tipo de productos traídos de Manila a través del puerto de Acapulco y no se iría sin comprarle a Manuelita un mantón de Manila, a su madre un rosario de cuentas de concha nácar, un par de abanicos para sus hermanas y una linda muñeca de trapo con la cabeza, manos y pies de porcelana para la pequeña Guadalupe, pues sabía bien que regresar de nueva cuenta a la capital le sería difícil por su boda en puerta y todo lo que tenía que echar a andar en sus fincas y ranchos, incluyendo la fábrica de aguardiente que tenía pensado establecer en la congregación de Mecacalco aprovechando las vegas de los ríos Bobos y Las Truchas, en la tierra caliente de Altotonga, donde la caña de azúcar prosperaba.

Al caminar por las calles de la ciudad se dio tiempo para desplazarse hasta el Parián y luego hacerle una visita a don José María Beltrán, el administrador de Correos, con quien debía revisar los contratos y concesiones de su Estafeta entre Atzalan y Puebla y promover una extensión hasta la misma ciudad de México pero de manera directa, sin tener que pasar a Puebla, sino por el rumbo de Apizaco, Apan y Texcoco. Ya a mediodía, se entrevistó con el apoderado de la señora doña Petra Álvarez de Carrión, de San Juan de los Llanos, y decidió irse a comer al mesón donde se hospedaba para guardar sus compras y descansar un poco; de hecho aprovecharía para darse un baño de nuevo, cambiarse y quitarse el sudor de sus recorridos por la ciudad, pues el sol de mayo pegaba con fuerza y aunque la ciudad tenía una altitud sobre el nivel del mar menor a la de Perote, allá, en los llanos aledaños a la fortaleza donde casi siempre soplaban el norte o el sur, no hacía tanto calor; en fin, la ciudad era la ciudad y tenía que aprovechar ese rato libre porque después, una vez que volviera a entrar a palacio, saldría ya bien entrada la noche y si el señor presidente no disponía otra cosa y le resolvía todo lo referente a sus trámites y papeles como se lo había prometido, al día siguiente se encaminaría, después del almuerzo, hacia la villa de Guadalupe, donde pensaba hospedarse y preparar sus animales para muy temprano, de madrugada, partir hacia Perote y Altotonga por el camino hacia los llanos de Apan.

Ya en el mesón de la Calle del Indio Triste, que tan familiar le era, tumbado boca arriba sobre la cama de su habitación comenzó a hilvanar el torbellino de cosas y situaciones que le habían sucedido a raíz de su vuelta de Alvarado y de la muerte de su padre y luego la de su hermano. Y cavilaba una y otra vez cómo había cambiado su vida a partir de esos sucesos: heredó de su padre las dos haciendas, la de El Encanto, cercana a la de El Jobo, que tenía en usufructo,

y la de Santa Cruz, así como los ranchos de Mecacalco; consiguió el préstamo para reactivar la economía de sus propiedades y había podido ayudar a su entrañable amigo Guadalupe Victoria a adquirir la hacienda de San Joaquín El Jobo, de la cual por lo pronto se había comprometido a supervisar su manejo, mientras le recomendaba a su amigo un buen y leal administrador; había conocido y formalizado su compromiso con Manuelita, había resuelto satisfactoriamente el encuentro entre Guadalupe y su padre y gracias a la comprensión de su amigo el coronel José María Jarero Ruiz ésta seguía con él, con su madre y sus hermanas, como era de esperarse por el bien de la pequeña. Y ahora que se casara, pensaba, Manuelita sería una buena influencia para su hija, pues a su madre, entrada en años, la veía ya cansada, no en balde las dos defunciones, la de su padre y la de Pedro, le estaban haciendo mella, no sólo en lo anímico sino también en su estado físico, pues las reumas cada día le afectaban más, especialmente durante la temporada de nortes que se enseñoreaba de toda la región desde fines de octubre hasta bien entrada la primavera. Y sus hermanas, ambas ya en edad de merecer, se decía a sí mismo, no tardarían en encontrar un buen marido, pues pretendientes, lo sabía bien, no les faltaban, así que todo parecía estarse acomodando conforme lo deseable y a la ayuda de la Divina Providencia. Sólo le faltaba definir con su jefe y amigo, el presidente Guadalupe Victoria, lo de su licencia, en especial el tiempo que se podría ausentar sin faltar a las obligaciones inherentes a su rango. Por eso deseaba con vehemencia desde lo más profundo de su corazón que los años venideros fueran de prosperidad y bonanza y, sobre todo, que no hubiera conflictos bélicos en los que lo necesitara la patria y requirieran su presencia como coronel.

Ya entrada la tarde, hasta el mesón le llegó un mensaje con un propio donde se le recordaba que el señor presidente de la República le confirmaba su invitación a cenar al filo de las ocho de la noche; en esta ocasión lo esperarían por una pequeña entrada adyacente sobre la calle de Moneda, pues a esa hora, por seguridad, se cerraban los grandes portones de palacio que daban a la Plaza de la Constitución; se le recordaba que llevara consigo el salvoconducto que lo introduciría hasta las habitaciones del presidente. Cercana la hora se encaminó hacia palacio en medio del bullicio callejero a media luz, no obstante las grandes farolas y altas antorchas al cuidado de varios serenos, las cuales ardían en las esquinas como teas desafiantes cuyo humo se perdía en la oscuridad de la noche, no así su característico olor a resina que se mezclaba con la hediondez putrefacta de las acequias azolvadas y los drenajes descubiertos; las sombras de las antorchas humeantes dibujaban en los vetustos muros de cantera figuras espirituales que en cada calle, callejón o recoveco hacían revivir las miles de leyendas coloniales que pululaban en las

conciencias de los habitantes de la ciudad y bosquejaban uno que otro fantasma, alimentado con los ruidos de gatos y ratas enfrascados en riñas nocturnas que le erizaban los pelos a cualquiera al compás del rechinar de cerraduras y postigos; a pesar de esa sordidez y penumbra de las calles se aventuraban a salir de noche, pues aquella peculiar situación hacía de cada salida nocturna una aventura temeraria.

Mientras caminaba observando aquellas peculiares escenas, en las cantinas, pulquerías, fondas y mesones cientos de parroquianos intercambiaban sus experiencias del día, contaban sus cuitas y bajo el influjo de algunas copas de alcohol externaban sus puntos de vista sobre la situación política del país y sacaban a colación los recientes enfrentamientos en el Parián, que habían dejado algunos muertos y mucha basura acumulada en las calles; quienes no tenían para una copa o alguna botana de cierto nivel, en las esquinas, alrededor de un comal, degustaban gorditas de maíz, memelas, camotes, tamales y algún rico atole blanco o champurrado, dándole vida y calor a las calles como si fuera de día. En su andar despacio, dos o tres figuras fantasmales que se movían en las grandes paredes frente a él lo hicieron sudar helado al acordarse de sus nefastas experiencias con el maligno y un escalofrío lo recorrió entero, lo que lo hizo desviarse hacia la derecha sobre la calle de Moneda, por un callejón que lo condujo hasta el templo de Santa Teresa: entró, se santiguó y después de hacer oración, ya reconfortado, prosiguió su camino y apuró el paso.

Las escasas cuadras que recorrió lo llenaron de nostalgia al recordar los ya lejanos años de 1803, cuando en compañía de sus padres y hermanos visitó por primera vez la ciudad; fue un viaje memorable, murmuró para sí mismo, entonces iba a cumplir diez años y todo le había parecido maravilloso, sobre todo los inolvidables paseos lacustres a través del gran canal de La Viga, que los conducía a una gran hacienda en las cercanías del pueblo de Tláhuac donde un amigo y paisano de su padre tenía una gran ordeña y una importante cría de cabras, de donde provenían las que tenían en la Hacienda de Santa Cruz; en especial recordaba el regreso de aquel viaje, que más parecía la odisea de una gran caravana que el viaje de una familia. ¡Vaya que su padre era intrépido!, pensó, y cuando se dio cuenta ya estaba enfrente de la pequeña puerta que lo introduciría a Palacio Nacional; antes de entrar todavía hizo una última reflexión, echando una mirada a la gran plaza que tenía frente a sí y a la monumental catedral a su derecha; antes, en aquellos años de su infancia, la ciudad estaba más limpia, había más orden, era otra cosa, ahora, su belleza y majestuosidad seguían siendo igual pero algo, algo había que flotaba en el ambiente que no le gustaba, ojalá y su percepción fuera errónea, pero aparte de todo, lo que sí era

contundente era la miseria de las gentes y la mirada de incertidumbre de muchos ante la ansiada esperanza de un porvenir venturoso. Ya para introducirse en los grandes espacios de palacio echó una última mirada a la gran plaza, que a partir de 1812 —recordó en ese momento— se conocía como la Plaza de la Constitución en honor al juramento que ahí se había prestado a la Constitución de Cádiz, misma que al restablecerse, a finales de 1820, había acelerado la consumación de la independencia por obra y gracia de quienes se oponían a ella. Qué paradoja —pensó—, pero ahora el país, a casi cinco años de su independencia y con una nueva Constitución, parecía, con la atinada dirección de su amigo, ir encontrando el camino.

Ya adentro, un oficial lo condujo hasta los aposentos presidenciales después de transitar un buen rato entre largos corredores, traspasar enormes y pesadas puertas que se abrían y cerraban a su paso, y subir imponentes escaleras donde las balaustradas de cantera se alineaban una tras otra para dar soporte a los gruesos pasamanos que ascendían perpendicularmente a los escalones. La iluminación interior era majestuosa, destacaba la belleza de los salones y galerías que albergaban de día las distintas dependencias y resultaba esencial para la seguridad del presidente de la República y de los señores ministros de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, que sesionaban en el ala derecha de palacio; ya para terminar de subir al gran primer piso dejando atrás los entrepisos, que las más de las veces servían de habitaciones a los oficiales y soldados encargados de la seguridad presidencial, se topó de frente con el ministro presidente don Miguel Domínguez Alemán, quien de inmediato lo reconoció y lo saludó de manera afable y educada:

—¡Coronel Gómez Bello!, ¿usted por aquí, señor? ¡Esto sí que es una sorpresa! Ya me habían comentado mis hijos que muy de mañana lo habían saludado en el templo de la Soledad, a la salida de misa de siete de la mañana; por lo visto usted no descansa, ¡qué gusto verlo! —le dijo al saludarlo el presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, el tan querido ex corregidor de Querétaro.

—El gusto es mío, su señoría, siempre es un honor poder estrechar la mano de quien ha prestado tantos y tan valiosos servicios a la patria como usted, señor, de verdad que esta afortunada coincidencia me ha dado el privilegio de poder saludarlo —le comentó de inmediato Francisco Javier, quitándose el quepí que portaba y haciendo una leve reverencia.

—Pero coronel, si por eso luchamos por la independencia, fundamos la república y dejamos atrás el ceremonial y las reverencias! Y usted haciendo genuflexiones como si fuera yo de alta alcurnia; nada más que se lo cuente a Josefa, lo que se va a reír, y de seguro me replicará:

¡Pues qué le sucede a nuestro querido amigo Francisco Javier! —le dijo en tono jocoso y con una gran sonrisa don Miguel Domínguez Alemán, en el momento que le daba un gran abrazo a su amigo de tertulias interminables y juntas hasta el amanecer en su casa del Indio Triste, justo enfrente del mesón donde éste se hospedaba siempre que venía a la ciudad de México.

—¿Pero acaso no es ya demasiado tarde para que el señor ministro esté trabajando todavía?

—Realmente no lo es tanto, querido amigo, sólo hice un poco de tiempo porque fui convocado a una cena, aquí mismo en palacio, y ahora que lo veo, dilecto amigo, ya sé el motivo de la cena y lo celebro, porque sé del gran aprecio que le tiene el señor presidente Victoria.

—¿Pero quién soy yo para cenar con dos presidentes: el de la República y el de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, don Miguel? —cuestionó Francisco Javier.

—Pues nuestro amigo nada más, y eso es más que suficiente. Ah, y no creo que seamos los únicos convocados, eh, tal vez la noche nos depare otras sorpresas, aparte del ya consabido invitado permanente: el padre Servando Teresa de Mier, quien además se ha acogido a la hospitalidad del señor presidente; Josefa también estaba invitada y le hubiera dado mucho gusto saludarlo, pero ha estado estos últimos días un poco indisposta, aunque ya está mejorcita; desde luego la disculpé con el señor presidente Victoria hoy mismo por la tarde, porque esta cena, por lo que entiendo, surgió de un momento a otro y qué bueno que así sea, luego las cosas muy planeadas y elaboradas salen mal, ¿no cree? —le comentaba de manera amena e informal don Miguel Domínguez, hombre recio, ya de edad y también de firmes convicciones.

Ya en los aposentos presidenciales esperaban Guadalupe Victoria, Servando Teresa de Mier y Gertrudis. Al número de comensales del almuerzo de la mañana sólo se sumaban don Miguel Domínguez Alemán y el general José Joaquín de Herrera Ricardos, gran amigo, correligionario y jefe inmediato en muchas ocasiones de Francisco Javier, además de paisano cercano, quien desde 1825 fungía como Capitán General de la Ciudad de México y Director del Cuerpo Nacional de Caballería del Ejército a la vez, y con quien por coincidencia llegó a la reunión al mismo tiempo; pronto se sentaron a la mesa, pues era tarde y la jornada para todos comenzaba muy temprano, especialmente para el presidente de la República, quien no renunciaba a sus hábitos castrenses de madrugar y de dar un paseo a caballo por los alrededores de la ciudad; en ocasiones se aventuraba hasta la villa de Guadalupe y en otras hasta el bosque de Chapultepec, donde visitaba la gran construcción en lo alto del cerro que había servido de casa veraniega de los virreyes.

—Mi general Herrera, qué gusto encontrarlo, señor, esto sí que es un agasajo, y mire que lo venía pensando desde ayer en la tarde; al cabalgar hacia acá me preguntaba dónde lo encontraría para pasar a saludarlo y felicitarlo por su reciente matrimonio, pero parece que el señor presidente de la República se me adelantó, me adivinó el pensamiento y me ha dado la inmensa satisfacción de poder saludarlo esta noche —le dijo Francisco Javier al general Herrera al tiempo que ambos se fundían en un entrañable abrazo—. Mi general, no lo veía a usted desde la toma de posesión del señor presidente de la República, ya casi hace dos años de eso, pues no obstante que en Perote tenemos el Colegio Militar, de cuya fundación es usted artífice, ya no nos visita —añadió Francisco Javier.

—Mi querido Francisco Javier, ¡háblame de tú por lo que más quieras, hombre!, somos paisanos, tú eres un año mayor que yo, nos conocemos desde hace ocho años y todavía me hablas de usted —le dijo de inmediato el general José Joaquín Herrera Ricardos, a la sazón capitán general de la ciudad de México, capital de la joven república—. Está bien, entiendo lo de la jerarquía y la ordenanza, lo oficial, pero aquí, en una cena privada y entre amigos, no se vale, Francisco, ¿o sí, amigo querido? Compañero de mil batallas, ya habíamos quedado que yo para ti soy nada más Joaquín y tú para mí eres nada más Francisco y nos olvidamos de los nombres compuestos, y ahora resulta que me saliste muy ceremonioso —terminó diciendo el general Herrera.

—Perdón, mi querido Joaquín, perdón, un lapsus cualquiera lo tiene, pero déjame homenajearte doblemente, primero por tu cargo y segundo, lo más importante, por tu reciente matrimonio, que por cierto fue en abril, ¿o no?, por ahí de la Semana Santa, según me comentó mi novia, Manuelita, quien es muy amiga de Rosario, tu hermana —le respondió Francisco Javier.

—Sí, así es, mi querido amigo, y por cierto, mi estimado coronel, tan joven y veo que ya te falla la memoria. No, acuérdate bien que estuvimos juntos en la fortaleza de San Carlos en enero del año pasado, sí, de 1825, para darle la bienvenida a los nuevos cadetes que ingresaron al Colegio Militar; además, los dos años de que tomó posesión el señor presidente se cumplen hasta el 10 de octubre de este año, ¿o me equivoco? Además de que yo firmé el oficio en que se te comisionaba a Alvarado a principios de febrero de ese mismo año, cuando, al frente del egregio y distinguido batallón de Tres Villas, le prestaste a la patria importantes servicios allá por el sotavento, ¿ya no te acuerdas, mi querido amigo? —precisó el general Herrera y añadió—: También volví a Perote en el mes de julio y permanecí ahí hasta los primeros días de agosto, en que lamentablemente se dieron los tristes sucesos en Altotonga, cuando falleció tu señor padre.

—Sí, señor, perdón, Joaquín, ¡qué memoria la mía! Pero es que han pasado tantas cosas ligadas a mi vida personal que ya perdí la noción del tiempo, tal parece que he vivido de manera tan intensa los últimos nueve meses y me han sucedido tal cantidad de acontecimientos, unos tristes y otros, los más, promisorios y venturosos, que creo que últimamente me es más fácil vivir sólo el presente —le respondió Francisco Javier con un dejo de tristeza.

—Oye, y por cierto, tu flamante esposa, mi querido Joaquín, ¿no será Lolita, la bella hija de los señores Alzugaray, quienes tan amablemente te acogieron en su casa, donde convaleciste unos días después de la defensa de Córdoba en mayo de 1821? —le preguntó Francisco Javier a su amigo, intrigado.

—Sí, mi querido Francisco, la misma, María Dolores Alzugaray es ahora la flamante señora de Herrera y Ricardos, cómo ves, tendremos que reunirnos pronto para que la conozcas. De hecho, yo en cinco días salgo a Córdoba por ella para establecer nuestra residencia aquí en la ciudad de México; después de nuestro matrimonio estuvimos unos días en una finca de campo propiedad de sus padres, en Fortín de las Flores, pero luego las necesidades del servicio requirieron mi presencia aquí y me vine de inmediato. Pronto estaremos juntos y tendrás que conocerla; bueno, ya como mi esposa, pues obviamente la conoces —le comentó José Joaquín Herrera.

—Bueno, pues sigamos así, queridos amigos, vivamos el momento, este fabuloso momento en que, gracias a la Providencia Divina, nos hemos podido reunir, estamos vivos y estamos participando de manera activa en la construcción de este joven país, no le demos oportunidad a la tristeza y a los malos recuerdos de que se apoderen de nuestra nostalgia —y tomando una copa de jerez de las servidas en una mesita contigua, el general Victoria invitó a todos los comensales a brindar por la ocasión en esa noche en que el destino los reunía.

—Pocas veces disfruto de una velada, de una cena como ésta—comentó Guadalupe Victoria con cierto dejo de tristeza—, espero que las horas sean benévolas esta vez y transcurran con lentitud para gozar de la presencia de cada uno de ustedes, porque no saben la importancia que tiene para mí, que por años estuve solo y anduve a salto de mata, cenar esta noche en su compañía, en especial reunirme con amigos tan entrañables y a la vez propiciar que compañeros de armas como mi querido Francisco Javier Gómez Bello y mi dilecto amigo el general José Joaquín Herrera, correligionarios de las luchas por la consumación de la independencia de nuestro país, se reúnan de nueva cuenta.

—¡Ah! y por cierto, mi querido general Herrera, ¿a qué cree que debemos la amable presencia del coronel Gómez Bello aquí en la capital? —apuntó Guadalupe Victoria—. Pues parece que eso del matrimonio es una enfermedad, ya lo contagió usted, ¿no cree? Se nos casa el joven coronel, ¿cómo ve? Se nos casa y por tal motivo nos está solicitando una licencia de más de un año, ¿lo puede usted creer?—insistió el presidente dirigiéndole una mirada de complicidad al general Herrera—. Ahora que tenemos un déficit importante de soldados en las filas de nuestro ejército, ¿qué vamos a hacer sin un soldado de su categoría y profesionalismo, el legendario comandante del batallón de Tres Villas?

—¿Cómo que te nos casas, mi coronel Gómez Bello? ¿Y se puede saber quién es la afortunada dama que te ha conquistado?—preguntó el general José Joaquín Herrera—. Mira que te tenías bien guardadito esto de tu casamiento, pues hasta donde yo sé, mi querido coronel, no se te conocía novia alguna. Por lo menos en las tertulias a las que yo fui convidado y coincidimos en la Villa de Xalapa, cuando estabas al frente del batallón de Tres Villas, no te conocí ninguna novia, y mira que en la sociedad xalapeña se te consideraba como uno de los oficiales casaderos que prometían; al menos eso se murmuraba tras bambalinas, mi querido amigo —comentó el general Herrera, dirigiéndole una sonrisa franca a su antiguo y disciplinado subalterno—. ¿O me equivoco, coronel? —preguntó de nuevo de manera directa—. Hace un momento, cuando nos saludamos e intercambiamos algunas palabras, algo me dijiste de tu novia y hasta te iba a preguntar quién era la afortunada y de dónde era.

—Está usted en lo correcto, general Herrera, perdón otra vez, Joaquín, en efecto, éste ha sido un amor a primera vista y data de fines de noviembre del año pasado —afirmó Francisco Javier, un poco turbado y sonrojado por lo inesperado de la pregunta—, pero les aseguro, señores y señora —dijo refiriéndose a la concurrencia y en especial a Gertrudis Fernández y Félix, la hermana de Guadalupe Victoria, la única dama en aquella velada entre amigos—, este dardo ha quedado bien clavado en mi corazón y Manuelita es la mujer que yo esperaba. En estos últimos nueve meses, de octubre de 1825 a la fecha, mayo de 1826, me han sucedido tantas cosas, tantas, he vivido con tal intensidad todos los días de esta etapa de mi vida, que no acierto ni tengo memoria de que algo parecido me haya sucedido con anterioridad —afirmó Francisco Javier con determinación y de manera expresiva.

La cena transcurrió en un ambiente de camaradería extrema, más bien parecían viejos amigos de armas celebrando el no haberse visto en años y se prolongó hasta muy altas horas de la noche. Ya para retirarse de Palacio Nacional, a una indicación del presidente Victoria,

Francisco Javier aguardó un poco más y acompañó a su amigo a un pequeño despacho que se encontraba no lejos del comedor en que habían departido la cena con todos, donde éste le hizo entrega de los anhelados documentos por los que había emprendido tan apresurado viaje.

—Como te lo prometí, mi querido Francisco —le dijo Guadalupe Victoria, al tiempo que le entregaba en propia mano un legajo de papeles cuidadosamente envueltos y guardados en una bolsa de cuero—, te puedes casar, tienes nuestra total anuencia y quiero que sepas que en el momento que yo se lo solicité al general Gómez Pedraza, de inmediato accedió. Te comento esto, amigo —agregó Victoria—, porque yo sé bien que tú le guardas cierto recelo al general Gómez Pedraza, tanto, que me da la impresión de que crees que para el secretario de Guerra y Marina tú no eres una persona grata y creo que te equivocas, eh, porque no puso ninguna objeción. Ah, y se me olvidaba agregar que se le tomó también parecer del asunto a alguien que te conoce muy bien, al general Herrera, quien por cierto hace muy pocos días pasó por una circunstancia parecida a la tuya, eh; el pasado 17 de abril contrajo nupcias en Córdoba y helo aquí, sólo estuvo unos pocos días de viaje de bodas, ahí pegado a Córdoba, y se vino para la ciudad de México dejando allá a su esposa; irá por ella, según tengo entendido, en los primeros días de junio —le comentó el presidente Victoria a Francisco Javier, al citar al general José Joaquín Herrera, su jefe inmediato durante la campaña de Córdoba en mayo de 1821—. Cuando se lo comenté, él de inmediato estuvo de acuerdo en que incluso se te concediera la licencia por un año, pero debido a la escasez de oficiales de tu nivel y profesionalismo, los tres acordamos que la licencia fuera por seis meses, con la obligación de que estés siempre dispuesto a que se te llame si así lo requirieran las circunstancias del momento.

Francisco Javier, emocionado, sin poder creerlo todavía, mirándolo de frente fijamente con los ojos vidriosos, le apretó fuertemente las manos y en voz baja murmuró:—José Miguel Ramón Adaucto Fernández y Félix, “Guadalupe Victoria”, lo volviste a hacer una vez más, cómo podré pagártelo, amigo, tu siempre pensando en los demás, eres único, único —le dijo a su entrañable amigo y le agradeció encarecidamente todas sus atenciones y diligencias, pues el presidente le había leído el pensamiento y sabía de la premura que tenía por regresar a Perote. Ya con esos documentos en sus manos, si lo deseaba en ese momento podría emprender el regreso, pero era de gente prudente no transitar por los caminos a altas horas de la noche y así lo pensó. El mismo Victoria lo acompañó, haciendo seguir de varios escoltas, hasta las puertas mismas del mesón y tras comentar algunos asuntos relacionados con la hacienda de San Joaquín

El Jobo, en especial con la contratación de un buen mayordomo, se dieron un fuerte abrazo en señal de despedida.

Muy de madrugada, no obstante lo tarde que había terminado la cena el día anterior, salió del mesón de la Calle del Indio Triste y a galope tendido se dirigió por la Calzada de Guadalupe hacia la villa del mismo nombre, donde debería preparar sus caballerías para su regreso a Perote y a Altotonga, pero ahora sí, sin escalas, de manera directa e inaugurando nuevos atajos que acortaran la distancia tantas veces recorrida ida y vuelta en los últimos meses; además, como era lo usual en este tipo de viajes, montaba las mejores cabalgaduras que tenían en las distintas postas del recorrido, ya que como buen concesionario de la Estafeta de Atzalan y de dos más que corrían, una entre Apizaco y Perote a través de las faldas del cerro del Pizarro y la otra entre Puebla y Perote, era muy conocido dentro del gremio de correos y contaba con numerosos amigos que lo ayudaban en estos recorridos relámpago que muy a menudo realizaba. Él se desplazaba de manera veloz, su carga y pertenencias se las hacían llegar días después y siempre se movía de un lugar a otro bajo la premisa de la sorpresa, de lo inesperado y a deshoras de la noche y madrugada; jamás repetía dos veces un itinerario y vaya que si alguien conocía los distintos derroteros de la zona era él.

Mayo era un buen mes para transitar, se decía a sí mismo mientras galopaba; los aguaceros fuertes en el altiplano casi siempre eran en abril y este año no había sido la excepción. Todos los campesinos estaban contentos, bien decía el refrán popular: “lluvia en abril, cosecha de a mil; lluvias en mayo, ni para el gallo”. Eran los días en que en el altiplano, todo aquel que tenía sus siembras de maíz tenía que escarbar la tierra por primera vez y resembrar donde los brotes no eran suficientes o parejos. Las mañanas frescas lo animaban a avanzar grandes trechos de camino y se daba su tiempo para abrevar la sed y el hambre en los mesones de confianza que conocía. Nunca antes había tenido una estancia en la ciudad de México tan corta como ésta, pensaba al galopar sobre los llanos de Apan camino de Apizaco; había llegado el miércoles 10 de mayo y ya bien entrado el mediodía del domingo 14 no descansaría hasta llegar a las cercanías de Apizaco, donde el dueño del mesón había sido su correligionario en los aciagos días de la lucha por la consumación de la independencia, en Tultitlán del Camino. ¡Qué tiempos aquellos! –se decía–, ya se habían cumplido cinco años de las batallas de Córdoba y Orizaba, el país ya había tenido un emperador, varios triunviratos al frente del gobierno, se había establecido el Colegio Militar en la fortaleza de San Carlos, se había proclamado la Constitución Federal el 4 de octubre de 1824, el presidente Guadalupe Victoria llevaba ya siete meses en el cargo y en el próximo

septiembre se cumplirían cinco años de la entrada del ejército Trigarante a la ciudad de México. Éstos y más recuerdos se le agolpaban de repente mientras al galopar a campo traviesa, con los cabellos amarrados con un paliacate y bajo la presión del barbiquejo que le sostenía el sombrero campirano que le atajaba los rayos del sol, sudaba copiosamente.

Si de ida recorrer el trayecto entre la fortaleza de San Carlos y la ciudad de México le había tomado diez días, este regreso debía de hacerlo por lo menos en tres días y medio – pensaba –, cuando mucho en cuatro; si se lo proponía podría lograrlo, sería una muestra de cariño para Manuelita, su prometida, y un reto a vencer que en varias ocasiones había tratado de alcanzar y por una cosa u otra jamás lo había conseguido. Esta vez, así lo había decidido, viajaría por puro camino principal, descansaría lo necesario en los mesones del trayecto y procuraría no reventar a ninguno de los caballos en ruta, pues cada animal se cotizaba caro y no estaba dispuesto a que mermaran sus ahorros prematrimoniales por el pago de cabalgaduras lastimadas; además, como buen dueño de estafetas y corridas postales, sabía lo costoso que era acondicionar y entrenar ejemplares para estos menesteres; viajaría a toda prisa, pero respetaría el cambio de cabalgadura entre posta y posta.

De manera rápida, descansando lo indispensable, en el atardecer del martes 16 de mayo de 1826, él, el coronel Francisco Javier Gómez Bello, superó su propio récord entre la Fortaleza del castillo de San Carlos de Perote y la ciudad de México; lo que más le sorprendía era que el cansancio todavía no hacía acto de presencia, lo que atribuía a los tónicos y polvos que había adquirido en una droguería cercana a la Plaza del Volador, a unos pasos de la acequia. Ahí, en “Las Maravillas de Manila”, un viejo y avezado boticario de origen filipino se los había recomendado e incluso regalado con la súplica de que le hiciera el inmenso favor de hacerles llegar algunos a unos hermanos misioneros primos de él, filipinos también, que curiosamente se habían asentado en los terrenos aledaños a El Jobo, no muy lejos de Santa María de Tlapacoyan, sitio al que curiosamente las gentes del lugar le habían puesto “Filipinas”. ¡Qué cosas!, se decía, su amiga doña Matilde los conocía de tiempo atrás y tenían bien ganada la fama de buenos curanderos. Como a donde quiera que iba encontraba conocidos, hacía amigos y luego acababa haciéndoles favores como éste; con sobrada razón su madre le decía en ocasiones: “Ay, mi hijito, pero si tú eres ajonjolí de todos los moles”. Ya tendría tiempo de preguntarle al buen boticario qué contenía ese tónico.

La tarde se deslizaba despacio y los rayos del sol inundaban aquellos campos, donde los brotes de maíz despuntaban bien y alineados por surco parecía que marchaban hacia el poniente

y se perdían en aquella planicie que le daba la bienvenida. No cabía duda, meditaba al contemplar el paisaje, ese año sería un año de meses y de mucho grano, poco a poco la república y la paz que había traído con ella rendían frutos y los campesinos, en vez de empuñar un mosquete o fusil, este año sí habían tomado sus yuntas y arados para labrar las tierras que por más de diez años seguidos habían permanecido sin cultivarse o se cultivaban a medias, circunscribiéndose a parcelas muy pequeñas, únicamente procurando la subsistencia de las familias; esos tiempos parecían irse quedando atrás. Al entrar en la fortaleza, el saludo como gobernador de la plaza no se hizo esperar y ya en sus oficinas, comenzó a revisar los partes militares de esos días y desahogó los asuntos pendientes, además de que giró instrucciones, ordenó despachos y entregó un copioso paquete de correspondencia que traía consigo en una de las alforjas de su montura, dirigida casi en su totalidad a los alumnos del Colegio Militar de San Carlos. Ya de noche, después de haber cenado con un grupo de oficiales, se retiró a sus habitaciones, no sin antes prevenir a su ayudante de confianza que al día siguiente saldría para Teziutlán a una diligencia personal; de inmediato se quedó profundamente dormido.

El toque de diana lo sorprendió todavía en la cama, pero tomando las cosas con la parsimonia que lo caracterizaba cuando estaba cansado, aún durmió más de una hora; al levantarse, y antes de poner en orden sus ideas, instintivamente se dirigió hacia el pequeño escritorio que tenía en su austero cuarto y, tomando papel y tinta, con impecable caligrafía comenzó a escribir:

*Miércoles, 17 de mayo de 1826. Castillo de San Carlos de Perote*

*Señorita Manuela de la Torre García Nieto:*

*Mi amada Manuelita, mi primer pensamiento al despertar ya aquí en Perote ha sido para ti, por ello he decidido escribirte estas letras sin demora y hacerte saber que como te lo prometí, mi viaje fue más que relámpago, y como eran nuestros deseos, cumplió con su cometido y expectativas gracias a los buenos oficios de nuestro querido señor presidente Guadalupe Victoria y a la protección de la Divina Providencia, que me llevó y trajo con bien. Durante todo mi viaje me acompañó la certeza de tus bendiciones y oraciones y la grata presencia de las flores que me has enviado en tus cartas y que cargo conmigo entre las hojas de mi bitácora de viaje. Entregué puntualmente el certificado de limpieza de sangre de tu familia, como está establecido, y obviamente éste, como era de esperarse, sólo suscitó elogios de quienes lo leyeron. Ya contamos con la anuencia y los permisos necesarios para contraer*

*nupcias a la brevedad y con dos licencias reglamentarias: una previa a nuestra boda y la otra posterior a su celebración, suficientemente amplia para realizar nuestro viaje de bodas. No me extiendo más, amada mía, porque mis obligaciones me reclaman y el día apenas está comenzando. Mis respetos a tu señora madre y hermanos y ahora sí dile a nuestra querida doña María Rita García Nieto viuda de De la Torre, que de acuerdo con tus deseos y los de ella fijen la fecha para la boda y hagan los trámites necesarios ante el párroco de Teziutlán. Por conducto del teniente José González, de toda mi confianza, con quien te enviaré esta carta, te haré llegar todos los documentos requeridos; pronto tendrás más noticias mías y el día menos pensado podré darte un beso personalmente. Tuyo*

*Francisco Javier Gómez Bello*

Al terminar de escribir la carta la guardó cuidadosamente y salió en busca del sargento de caballería Joaquín Rodríguez Arzate, su asistente y mensajero para los asuntos personales —quien además era oriundo de Teziutlán y tenía a sus padres ahí—, para hacerle entrega del documento así como de todo lo que debería llevar a Teziutlán para entregárselo en propia mano a Manuelita. Al encontrarlo y pedirle la encomienda, así dio la instrucción: “Mi estimado Joaquín, se lo entregas a ella, eh, por favor, en su propia mano como siempre lo has hecho, a nadie más, y como en ocasiones anteriores, esperas su respuesta. Ah, y si te dice que esperes, si te entrega una carta o mensaje para mí, no dudes en pasármela a dejar a mi casa en Santa Cruz, en Altotonga —le dijo Francisco Javier a su fiel asistente, quien de seguro en veinte días no había salido franco ni ido a su casa—, no sin antes tomarte dos días de descanso al lado de tus padres; ya sabes que en mi casa eres bien recibido y mi madre te convidará un succulento almuerzo, además ya estaré yo ahí”. Ya para encaminarse al comedor de oficiales, al atravesar uno de los patios tuvo la grata sorpresa de toparse con Juan Cástulo, quien llegaba proveniente de Altotonga y se dirigía a su encuentro.

—Esto sí que no me lo esperaba, amigo, ¡vaya sorpresa! Y yo que te hacía en casa de tu abuelita —le dijo Francisco Javier, poniendo cara de asombro—. ¿Tú aquí? —insistió, dándole un fuerte abrazo a su inseparable y fiel amigo, compañero ya de varias faenas.

—Yo mismo, señor coronel —le respondió Juan Cástulo, impostando un poco la voz y cuadrándose a la manera militar—, pues en eso habíamos quedado el día que te fuiste a la capital, que a tu regreso yo me presentaría aquí por si deseabas enviar algún recado a tu casa, ¿o no fue así?

—Sí, pero que yo sepa todavía no he avisado que ya llegué, que estoy aquí y tú te presentas de sopetón; hasta me asustas, amigo. ¿O hay algo que deba saber de inmediato?, ¿se le ha ofrecido algo a doña Francisca, mi madre, a mis hermanas, a Lupita, mi hija? ¿Algo ha pasado, algo?

—Nada, hombre, nada, sosiégate que todo está bien —le replicó Juan Cástulo, riéndose a través de sus vivaces ojos negros que resplandecían de felicidad al ver nuevamente a su amigo y patrón, bien, saludable y en el trajín de sus labores.

—Pero vuelvo a lo mismo, contesta mi pregunta: ¿quién te avisó de mi llegada, amigo? Eso no me lo has respondido —le dijo Francisco Javier clavando fijamente la mirada en sus ojos.

—Bueno, sí, sí te lo digo, pero deja de mirarme así que me intimidas, pero luego no me vayas a echar de cabeza que ando de soplón, porque en otra ocasión que se ofrezca o lo amerite nadie me va a soltar prenda, eh—le contestó Juan Cástulo—. Ayer temprano, mientras tú almorzabas en el mesón de El Carmen, Filiberto, uno de los jinetes más formales y veloces de la Estafeta de Atzalan, que no hizo parada en el mesón, supo de tu presencia; cuando iba llegando a Atzalan nos cruzamos en el camino y me dijo: “Nuestro patrón, el coronel, está por llegar a Perote”. Es más, traía consigo, aparejada a su montura, una mula con valijas y carga tuya que, según me dijo, venía desde México; a él se la dieron en Apizaco y heme aquí a tus órdenes.

—Vaya, vaya, como para que alguien anduviera tras de mí, mira que sería buen blanco, ¿no crees, amigo? —dijo Francisco Javier moviendo la cabeza en señal de incredulidad—. Ni viajando de incógnito, ni acompañado o refundido en los cerros está uno seguro, amigo, ¿cómo ves? Por eso jamás me gusta comentar a dónde voy, a qué hora salgo, no, nada más salgo y procuro nunca repetir un mismo sendero; bien decía mi padre: “bajo la desconfianza vive la seguridad”.

Y tomado del brazo a Juan Cástulo lo invitó a almorcazar con él en el comedor de oficiales.

Ya en el comedor, en lo ameno de las charlas cruzadas y entre los vapores y olores que despedían las humeantes tazas de chocolate y atole, Juan Cástulo puso al tanto a su amigo de la vida en la Hacienda de Santa Cruz, de los avances y logros del coronel José María Jarero Ruiz en su papel de padre, disfrutando de Lupita, su hija; de los quehaceres y afanes de doña Francisca, su madre, y de las idas y venidas tanto de Soledad como de Rosario, sus hermanas, a atender las tiendas de Altotonga. Todo en Santa Cruz estaba bien, marchaba en calma y la vida seguía su curso al abrigo de los soles de mayo, buen tiempo para la maduración de la fruta y el crecimiento franco de las siembras que reverdecían todo el campo y daban tregua a las lluvias de junio

haciendo propicio el tiempo para caminar por los senderos y visitar a familiares y amigos en medio de los grandes matojos de rosas de castilla que inundaban los caminos con su aroma.

Al terminar el almuerzo Francisco Javier se encaminó hacia su pequeña oficina a revisar todos los despachos que habían llegado durante su ausencia y desahogar los más apremiantes; ahí venían también los periódicos de Veracruz y de Puebla y otros de la misma ciudad de México, pues aunque acababa de llegar de allá, curiosamente durante su corta estancia no había tenido tiempo de hojearlos, mucho menos de leerlos con cierto detenimiento. Todo parecía estar en paz y marchar al corriente, en realidad, en la correspondencia no había ningún parte militar urgente ni había visos de malestar o insubordinaciones en ningún lado de la zona. Al revisar la correspondencia llamó su atención una carta de la señora Petra Álvarez de Carreón, donde además de saludarlo le preguntaba si la caballada recién recibida en la fortaleza, tanto para los efectivos del ejército regular como para los jóvenes cadetes del Colegio Militar, había sido de su agrado; sin pensarlo dos veces se levantó y dirigió, en compañía de dos oficiales, a las caballerizas, llevando consigo también a Juan Cástulo, a quien en el trayecto le preguntó si había traído con él a Tecopaguas porque llegado el viernes tenía pensado descolgarse hacia Altotonga; no podía dejar pasar tanto tiempo sin ver a su querida familia y luego pensó: "A estas horas ya deben haber recibido los paquetes que llegaron de México y mi madre ya debe de haberse percatado de la ausencia de Juan Cástulo", se dijo a sí mismo, así que lo más seguro es que ya lo estuvieran esperando. De inmediato interpeló a su fiel ayudante y amigo.

—Mi querido Juan Cástulo, me imagino que no le avisaste a mi madre que habías venido a mi encuentro, ¿verdad? —le dijo, volteándolo a ver.

—Obvio que no, amigo, yo no estaba en la hacienda, apenas venía llegando de casa de mi abuelita en la congregación de Juan Marcos. Acuérdate que ése había sido el trato contigo: cuando partieras tú a la ciudad de México yo me iba a ir esos días a ayudarla a sembrar su parcela, arreglarle un poco su huerto y ver lo de sus animales de pluma; pero sí, ya debe saberlo, porque camino hacia acá pasé a Altotonga a pedirle a Soledad, tu hermana, un frasco de ungüento, del que usas después de las friegas de varios días a caballo, y le dije que venía a tu encuentro.

—Si te digo, así no puede uno viajar de incógnito, con gente tan comunicativa como tú —exclamó Francisco Javier y viéndose los dos a los ojos con una mirada de complicidad, soltaron la risa de buena gana—. Pero ¿cómo ves?, ahora que estuve en México conseguí un tónico y unos polvos maravillosos para el cansancio, en especial para las dolencias de las piernas, las nalgas y la parte baja de la columna, bueno, tú me entiendes, ¿no? —dijo con una risita burlona—, y te

puedo asegurar que son buenísimos. Me los vendió el filipino del que te he hablado, que tiene unos primos misioneros acá cerca de El Jobo. ¿Sabes?, según me explicó—siguió platicando Francisco Javier, ya no sólo a Juan Cástulo sino también a los oficiales y cadetes que les acompañaban—, ese tónico y esos polvos los tomaban los mongoles, esos grandes jinetes que surcaban las estepas asiáticas a lomo de sus caballos; había ocasiones en que ni desmontaban y se alimentaban con sangre que le sacaban de la vena yugular a sus caballos. A esos jinetes y guerreros famosos los comandaba el legendario Gengis Khan, ya algún día les hablaré de ese personaje que vivió hace ochocientos años.

Pasaron buen rato en los corrales inspeccionando toda la caballada y se percataron de que todos los animales tenían muy buena alzada, se notaba ahí la presencia de buenas yeguas españolas e indudablemente la corpulencia de los sementales que deberían de tener en la hacienda de la familia Carreón, no en balde tenían una fama bien ganada. Lo mejor de esa ganadería caballar era no sólo la alzada y corpulencia de los animales, sino el hecho de que eran potros y yeguas arrendadas, bien arrendadas, así como también las mulas y machos de silla para trayectos largos; eso era una garantía y hablaba bien de quienes estaban al frente de ese negocio de crianza.

Llegada la tarde del viernes, con la confianza de quien conoce los caminos y senderos como la palma de su mano, en compañía de su fiel Juan Cástulo enfiló hacia Altotonga pasadas las siete de la noche, al abrigo todavía de los últimos rayos del sol que se ocultaban atrás del cerro del Pizarro; a medida que se internaban en el camino hacia el norte éste se veía más grande y majestuoso, dominando el paisaje en el valle. Al dejar los llanos comenzaron a bajar; serpenteando senderos estrechos pronto se internaron en el bosque cerrado de pinos y encinos y siguiéndose uno al otro descendieron por espacio de casi una hora. Ya de noche llegaron a la capilla del señor Santiago, enclavada en el barrio del mismo nombre, y tras santiguarse frente a la monolítica e iluminada cruz de cantera en cuyo centro se podía leer la inscripción de 1617, siguieron su camino. Intrigado Francisco Javier por la gran cantidad de veladoras y cirios que ardían alrededor de la cruz, se cuestionó el porqué de esa iluminación; de inmediato recordó que era el mes de mayo, en el que se celebraba a la Santa Cruz. ¡Qué barbaridad!, este año no estuve con los míos en las festividades de la Santa Cruz, se dijo a sí mismo, pero le quedaba claro que para ese tipo de menesteres su señora madre, doña Francisca Bello viuda de Gómez, como dice el refrán popular, “se pintaba sola”; seguramente el padre Valderrama le debe haber ayudado y acompañado y, por qué no, también su entrañable amigo el coronel Jarero Ruiz, a quien había dejado para que se familiarizara y disfrutara de su pequeña hija Guadalupe; sí, su adorada Lupita,

como él le decía. Ya quería llegar, estar entre los suyos, sólo era cuestión de recorrer tres cuartos de legua y listo, pensaba, cuando entre la multitud que rezaba alrededor de la cruz de piedra alcanzó a distinguir la figura del padre Valderrama; de inmediato cruzaron por su mente varias ideas y en ese momento decidió hacer un alto en su camino.

—¿Usted aquí y a estas horas, mi estimado coronel? ¡Vaya que esta sí es una sorpresa! —expresó el padre Valderrama, quien no daba crédito a la presencia de Francisco Javier en ese momento—. Hoy mismo, precisamente hace unas horas, platicaba con su señora madre y me decía que no había tenido noticias suyas desde los primeros días de mayo, en que había partido para la ciudad de México a arreglar varios asuntos que apremiaban, entre ellos el de obtener el permiso de sus superiores para contraer matrimonio con nuestra querida Manuelita —le decía de manera afable el joven sacerdote.

—Sí, mi querido padre, efectivamente; ahorita vengo llegando. Bueno, de hecho a Perote llegué el martes por la tarde, ya casi anocheciendo, y ahora heme aquí camino de Santa Cruz, sólo que me sorprendí al creer primero, entre la penumbra de las velas, y luego confirmar mis sospechas de que sí era usted. “¿Será él, no lo estaré confundiendo?, me dije”. Y ya veo que sí— le dijo Francisco Javier al tiempo que le daba un fuerte abrazo—. Me da mucho gusto encontrarlo, padre, y acertó usted, a eso primordialmente fui a la ciudad de México y ya le he comunicado a Manuelita el resultado exitoso de esta rápida visita; me adelanto, padre, a reserva de que ella lo hará mediante alguna carta para recordarle que no quitamos el dedo del renglón de que sea usted el sacerdote que nos case, que nos acompañe en tan trascendente ceremonia. ¿Cómo la ve, padre?, ¿aceptará usted?, ¿verdad que sí? Bueno, no es que yo adelante vísperas, pero ese asunto de que usted era el indicado para casarnos ya lo habíamos platicado con Manuelita.

—Yo que más le puedo decir, coronel, si ustedes ya lo han platicado a mí solo me resta sumarme a su petición y acceder de mil amores —le contestó sonriente el presbítero, quien en medio de aquellas buenas gentes del barrio de Santiago rezaba el Santo Rosario—. Coronel, si va a permanecer en su hacienda el fin de semana yo lo busco, ¿le parece? Hoy pernoctaré aquí en medio de estas buenas gentes, a quienes les había prometido venir y no había podido cumplirles, pero mañana estaré en Atzalan.

—Claro, padre, no se preocupe, eh, pero ya está avisado. Y disculpe por haberlo interrumpido, pero si no lo hago en este momento que Dios providencialmente nos facilitó, la falta de tiempo y las prisas luego nos complican las cosas, ¿no cree? —y dándole un fuerte abrazo de nuevo, se despidió y montó en su caballo para proseguir su camino.

—Santa Cruz, Santa Cruz de mis quereres —exclamó en voz alta al tiempo que aspiraba el aire de la noche impregnado del característico aroma de jazmín que subía de las orillas del río de Pancho Poza, que se despeñaba en rápidas corrientes hacia la zona de Atzalan. Frente a la entrada y debajo del gran arco de cantera, mientras Juan Cástulo abría el pequeño falso lateral para no abrir las grandes hojas de madera de la puerta, de la cual tampoco traían consigo las llaves de los candados, trató de hacer memoria de las ocasiones en que había cruzado estas cercas para llegar a su casa.

—Vamos a llegar como forajidos, mi querido Juan Cástulo, sin avisar, sin anticipar nuestra llegada, ¿no crees? ¿Qué piensas que dirá mi madre?, pues por lo poco que platicué con el padre Valderrama me da la impresión de que no nos esperan; ¿no que habías visto a mi hermana Rosario en la botica de Altotonga, la tarde de tu partida? —le comentó Francisco Javier a su fiel amigo.

—¿Acaso no me crees, mi querido patrón y amigo? —respondió Juan Cástulo—. Primero me reprendes porque dices que te ando espiando y pregunto santo y seña por dónde transitás y ahora hasta dudas de que haya visto a tu hermana; entonces dime, ¿quién me dio el ungüento que te entregué? —y diciendo esto soltó una sonora carcajada, azotó con una vara las ancas de su caballo y adelantándose expresó: “Pues ya estaría de Dios que doña Francisca, mi querida madrina, no nos espere a cenar y tengas que dormirte con la barriga vacía” —y siguió trotando sin parar hasta las puertas de la misma casa grande.

—Vaya, vaya, el mismo coronel don Francisco Javier Gómez Bello en persona —exclamó doña Francisca al tiempo que bajaba los peldaños de cantera para colocarse justo al lado donde su hijo desmontaba, y sin pensarlo dos veces le dio un beso en la frente y lo estrechó entre sus brazos. —Mi querido Francisco, te extrañaba, de verdad que ahora si te eché de menos, es que nos acostumbraste estos últimos meses a que venías cada fin de semana y de repente te nos vas y no eres bueno ni siquiera para mandarnos un recado de que ya vuelves; no en balde eres el dueño de la Estafeta de Atzalan y venir a ver, ni un mensaje, de no ser por el pícaro de Juan Cástulo, que te huele y rastrea hasta a veinte leguas de distancia, no nos enteramos de tu llegada —y haciéndole un guiño al leal de Juan Cástulo, del brazo de su hijo subió las escaleras del pórtico y se encaminó hacia la entrada—Yo creí que andabas en Teziutlán, mi hijito, y por eso ni te esperábamos —expresó con cierta sorna doña Francisca.

—¡Mamá, a usted no le quedan esos celos! ¿O sí? ¿Debo esperar algo así de la mujer más buena del mundo, comprensiva e inteligente? —le dijo Francisco Javier a su madre con una

expresión de asombro poco usual en él—. ¿Cómo cree que primero me iba a ir a Teziutlán y dejar para después venir a mi casa para verla a usted, a mi hijita, a mis hermanas?

—¿Cómo crees, hijo mío? ¿Yo? ¿Asumir ese tipo de actitudes inmaduras? No, ni te preocupes, sólo fue un decir y nada más, olvídalos; pero... tendrás que ir, porque me imagino que ya habrás arreglado el asunto de los permisos para el matrimonio—le preguntó Francisca a su hijo—, menos mal que a ti en especial, por ser un oficial con prestigio, condecorado de guerra y con influencias no te solicitaron ni te obliga presentar un certificado de limpieza de sangre, porque con los antecedentes de tu padre, que en gloria esté, nos las hubiéramos visto negras, ¿no crees, hijo?

—Pues sí, pero ya no se hable más del asunto, mamá, lo que sí, debe prepararse para que me acompañe de manera formal a pedir la mano de Manuelita. Y a todo esto, ¿dónde están la pequeña Guadalupe y mi querido José María, el coronel Jarero Ruiz? Porque me imagino que sigue aquí, ¿o no? Cuando me fui quedamos que aguardaría mi regreso —preguntó Francisco Javier un tanto intrigado, sobre todo al ver la casa algo oscura y algunas habitaciones cerradas.

—Ah, sí, por aquí están, fueron a Atzalan a una merienda a casa de la familia Pazos, los habían invitado desde la semana pasada. También los acompañaron tus hermanas, Rosario y Soledad, no han de tardar —le contestó Francisca sin darle mucha importancia al asunto—. Por cierto, el coronel José María Jarero Ruiz, mi compadre, porque también es mi compadre, pues yo soy la madrina de bautizo de Guadalupe —aclaró y puntualizó doña Francisca—, es una bellísima persona, todos estamos encantados con él, en especial tu hija, por supuesto, hija de él también, pero te extraña eh, y mucho, cada rato pregunta por ti: “¿Y mi papito, cuándo va a venir?, quedó muy formal que regresaba luego y nada”. Para ella, mi chiquita preciosa, su papá eres tú, aunque es amable y cariñosa con el coronel siento que no es lo mismo, para ella su familia somos nosotros —terminó diciendo doña Francisca a su hijo sin darle mucha importancia al asunto, al hecho de que la casa se veía oscura.

Dentro de la casa reinaba una quietud total y todo parecía indicar que no había nadie en lo absoluto, el gran salón permanecía apagado, sólo unas pequeñas veladoras votivas se distinguían a la entrada del oratorio y se podía percibir el leve y constante crepitante de sus llamas; una pequeña vela adherida a una palmatoria de cobre sobre una mesita de noche alumbraba la puerta que conducía al comedor. Se hizo un silencio largo mientras doña Francisca caminaba por el pasillo con algo en las manos que recogió al pasar por una mesa.

—Hijo, ¿podrías hacerme el gran favor de abrirme la puerta del comedor?, pues con esta canasta que llevo tengo las dos manos ocupadas —le pidió a su hijo mientras éste comedidamente se adelantaba a abrirle la puerta como se lo pedía.

Al abrir la puerta de par en par un fuerte grito de ¡sorpresa! se escuchó, al momento que se encendían con rapidez todas las velas de los candelabros de mesa y Juan Cástulo se apuraba a encender las velas del gran candil que había sido descolgado para tal fin. De inmediato, Guadalupe se prendió a su padre, le dio un fuerte abrazo y muchos besos—. ¡Papito!, ¡papito!, sí cumpliste, eh, y llegaste muy rápido; ya mi papá Chema me había dicho que si alguien era un maravilloso y veloz jinete eras tú y le creí, y ahora veo que es cierto, porque realmente en la ciudad de México sólo estuviste cuatro días.

Chema –como le gustaba que le dijeran–, Rosario, Soledad y algunas amistades cercanas de Atzalan, así como la pequeña Guadalupe, pronto hicieron tal algarabía que aquello se convirtió en una verdadera fiesta y al abrirse la puerta que comunicaba a la cocina toda el área se inundó de ricos aromas, entre los que predominaba el rico pan recién sacado del horno, especialmente el suculento “recortado de queso”, que era el favorito de Francisco Javier, quien azorado, todavía no daba crédito a aquella inesperada celebración de bienvenida.

Ya sentado en la cabecera de la mesa del gran comedor, presidiendo aquella amena reunión familiar, Francisco Javier cavilaba sobre la prontitud con que había realizado este viaje, la de cosas que había tenido que tratar, sortear y resolver, la manera tan afable y cariñosa como lo habían recibido en México, la actitud fraternal del mismo presidente de la República, su entrañable amigo José Miguel Ramón Adauto Fernández y Félix, “Guadalupe Victoria”, que le facilitó las cosas en horas y dispuso todo lo necesario para que regresara de inmediato; sus encuentros con los Domínguez, con fray Servando Teresa de Mier, con su amigo y exjefe el general José Joaquín Herrera, con Gertrudis, la maternal hermana de su amigo; el descubrimiento del tónico y polvos maravillosos que había adquirido frente a la Plaza del Volador, pero lo que más le impactaba era el haberse sentido seguro, protegido y vigilado tanto en la ida como en el regreso, y ni se diga de los buenos oficios de Juan Cástulo, que además de presentir las cosas tenía un instinto de investigador maravilloso y sabía cómo y a quién preguntar; tal parece – pensaba también–que los espíritus de su padre, don Pedro Gómez, el padre Faustino y su hermano Pedro, lo habían acompañado siempre. Y ya ni dudar de los buenos oficios de la Divina Providencia, que desde aquel día, cuando pronunció las sabias palabras del profeta Ezequiel, parecía haber establecido un pacto con él y alejado para siempre de su vida al maldito enemigo;

sin lugar a dudas, al terminar la cena tendría que hacer un poco de oración y permanecer un rato en el oratorio familiar, estaba obligado a dar gracias.

El sábado y el domingo transcurrieron despacio, como si las horas les regalaran minutos de más y las manecillas de los relojes de la casa estuvieran suspendidas; las sobremesas se alargaban y el tiempo se prestó de maravilla hasta para una merienda campestre a la orilla del río. Francisco Javier disfrutó a su hija como nunca y cada vez que la tenía entre sus brazos sentía que la quería más; lo mismo la niña, quien lo obsequiaba con infinidad de gestos amorosos, más que antes, como demostrándole que si antes lo quería mucho, ahora que él le había compartido y presentado a su verdadero padre, lo amaba más y sabía en definitiva que jamás podría vivir alejada de su lado. Ese fin de semana el coronel Jarero Ruiz aprovechó para despedirse de su hija y prometerle que entrado el verano, con la venia de su papá Francisco Javier y la anuencia de mamá Francisca, vendría por ella para llevarla a san Andrés Tuxtla para que conociera a sus abuelos maternos; invitó a ese viaje a su tía Soledad para que los acompañara y Guadalupe no se sintiera tan extraña o lejos de casa. Todos estaban de acuerdo, los planes quedaron hechos y asentados, sólo faltaba la boda de Francisco Javier y Manuelita, a la que por supuesto nadie podría faltar, incluido él, el coronel José María Jarero Ruiz, que había ingresado al seno familiar de los Gómez Bello por la puerta grande.

El lunes la partida fue temprano, a las cinco de la mañana como lo acostumbraban en el cuartel y marcaba la ordenanza, para evitar las largas y dolorosas despedidas, y cuando los rayos del sol despuntaron en el oriente, el castillo de San Carlos de Perote los saludaba en medio del valle, pues el bosque llegaba hasta el mismo borde delimitado antes del foso, cien metros al redondel que circunscribía la imponente construcción de piedra maciza que los saludaba desde sus torreones. Tenía tiempo que los coroneles, amigos de tiempo atrás, de los cruciales años de la consumación de la independencia, no cabalgaban juntos y ahora lo hacían con gusto pensando en que el porvenir por fin les comenzaba a sonreír y la vida parecía abrirles una rendija de esperanza.

Dentro de los muros de la fortaleza Francisco Javier y José María almorcizaron juntos en el comedor de oficiales, al cual tenían acceso también los cadetes del Colegio Militar, así como funcionarios públicos, personas invitadas o que estaban de tránsito tanto hacia el puerto de Veracruz como hacia las ciudades de Puebla y México. Ese día, lunes 22 de mayo de 1826, el comedor se encontraba repleto de comensales y todos procuraban tomar sus alimentos con cierta premura, pues independientemente de que la normatividad de la fortaleza hacía hincapié en que

se debían tomar los alimentos sin hacer sobremesa, puesto que había personas esperando, ese día estaban aguardando a una delegación de ciudadanos ingleses, entre los que sobresalía un grupo de banqueros e inversionistas que harían un alto ahí en su camino hacia la ciudad de México a entrevistarse con el presidente de la República, para quienes se había cocinado un menú especial. Al terminar de tomar sus alimentos, Francisco Javier invitó a José María a pasar a su pequeña oficina en lo que él revisaba los despachos y correspondencia pendientes para luego acompañarlo a visitar a unos familiares del general José Joaquín Herrera, quienes poseían en el centro de Perote una botica, y luego hacer planes para los meses por venir. Le preocupaba también no haber recibido noticias del sargento Rodríguez Arzate y, por consiguiente, no saber nada acerca de Manuelita. ¿Qué habrá sucedido?, se preguntaba, pues aunque el joven cadete era de su entera confianza, todo podía suceder. ¿Le pasaría algo en el camino?, murmuró en voz baja. En fin, se dijo, pronto lo sabría.

Ante la notoria preocupación de su amigo, inocultable pues era una persona muy transparente y no sabía esconder ni disimular cuando algo le mortificaba, José María no se quedó con las ganas y de plano le preguntó:

—¿Sucede algo, Francisco Javier? ¿Algo que no sé o que no deba saber? Porque si soy impedimento para que resuelvas algo que tengas pendiente yo me adelanto y voy a ver a los Herrera —le dijo sin cortapisas a su amigo.

—No, cómo crees, sólo pensaba en voz alta, y es que me extrañó que no me alcanzara en Altotonga, como ya lo ha hecho en otras ocasiones, el sargento Joaquín Rodríguez Arzate, quien siendo oriundo de Teziutlán, como tú bien sabes pues lo conoces mejor que yo, no llegó a Santa Cruz. Pero ya llegará —aclaró Francisco Javier—, ya llegará, espero.

—Claro hombre, no te preocunes, es joven y por ahí debe venir en camino, no pienses cosas o situaciones adversas, porque en lugar de ahuyentárlas, las atraes, eh, lo sé de cierto, eh —comentó José María ante la inquietud manifiesta de su amigo, y de buena gana lo acompañó a su oficina a que revisara toda la correspondencia.

—Oye, por cierto, ahora que me acuerdo no te he dado los saludos que te manda mi general Herrera y, obviamente, José Miguel, a quien le dio mucho gusto que le platicara de tu encuentro con Guadalupe, de tu reacción, de lo que la niña había dicho y me platicó de tu renuencia a venir, de cómo le dabas vueltas al asunto y no querías enfrentar esa realidad —le platicó Francisco Javier mientras iba abriendo y revisando los partes, los despachos, las instrucciones militares y las cartas en general, y en eso estaba cuando se percató de que en su

escritorio había dejado una bolsa de cuero con dos o tres legajos de cartas que no había revisado; lo peor de todo es que las traía consigo desde México.—¡Pero qué barbaridad!, no me había dado cuenta de estos papeles. Y para colmo, la bolsa de cuero trae las iniciales del señor presidente de la República —decía mientras se agarraba la cabeza con las dos manos.

Entre las cartas de la bolsa de cuero, perfectamente lacradas, venían la licencia prematrimonial y la propia licencia de tres meses, las cuales comenzarían a partir de la fecha que se fijara para la boda; la primera quince días antes y la segunda, tres meses después; así de precisas las instrucciones. Él solamente tenía que dar aviso al Ministerio de Guerra de la fecha exacta de la boda y remitir sendos despachos con la información y la anuencia del párroco o presbítero que los fuera a casar dando fe de los hechos a celebrarse. Otra de las cartas, para su sorpresa, venía dirigida al coronel José María Ruiz Jarero, igualmente lacrada y con una nota de que se entregara en propia mano, situación que aprovechó y en ese momento se la entregó.

—¡Para mí, ahorita y ahora!—exclamó José María—, más vale estar en el lugar preciso—. Y la tomó de inmediato, rompiendo los sellos y el lacre, disponiéndose a leerla.

—Perdón, amigo, de saber que una de esas cartas era para ti te la hubiera entregado de inmediato —le dijo Francisco Javier a José María. —No sé cómo no reparé en la presencia de esa bolsa si José Miguel me la dio la noche que cenamos; él, personalmente, la puso en mis manos. La verdad —agregó—, yo sólo le di importancia a la aceptación del certificado de limpieza de sangre de Manuelita y a los antecedentes e historia de su familia, nunca me imaginé que ya venían ahí las licencias y los formatos para avisar de la fecha de la boda.

—Pues mira que el señor presidente de la República te estima de verdad, eh —le respondió de inmediato José María, quien al leer la carta se percató de que le estaban dando instrucciones para que se hiciera cargo del puesto de Gobernador del castillo de San Carlos de Perote durante la ausencia del coronel Gómez Bello con motivo de su matrimonio—. ¿Sabes quién te va a sustituir durante tu licencia ahora que te cases? Pues nada menos que el coronel José María Jarero Ruiz —dijo poniendo cara de admiración—. ¿Acaso lo conoces? —agregó y de inmediato soltó una sonora carcajada que retumbó por todos los pasillos, en el preciso momento que se presentaba ante la puerta de la oficina el joven sargento Joaquín Rodríguez Arzate—. Mira, mira quién acaba de llegar —añadió sonriendo ante la cara de extrañeza que puso el joven cadete por la carcajada que acababa de escuchar y por lo inusual de encontrar a los dos coroneles juntos.

—Ahora el sorprendido vas a ser tú, mi estimado coronel Jarero Ruiz —le dijo Francisco Javier poniendo cara adusta, en señal de preocupación—. Aquí lo grave es cómo descuidé la apertura de esta bolsa de cuero sabiendo quién me la había dado, ya que indudablemente los documentos que venían ahí deberían de ser de importancia—. Y sin más le entregó otra carta, que venía también dirigida al coronel Jarero Ruiz. Ahí se le notificaba que debería de acompañar y escoltar a la ciudad de México al grupo que integraba la delegación inglesa. —Pero cómo, en qué cabeza cabe no haber revisado esta bolsa, en fin —lo expresó en voz alta—, menos mal que la abrí a tiempo y esos señores deben de estar por llegar —concluyó.

—No te afanes ni te preocunes tanto, amigo —le dijo José María tratando de calmarlo—. Mira, no remedias nada con angustiarte, lo que tú tienes son los nervios propios del novio, de quien está por casarse; por lo pronto atiende a este joven que toca a tu puerta que, sin lugar a dudas, debe de ser portador de buenas nuevas.

Y diciendo esto, José María salió y si dirigió hacia el área de torreones a divisar los caminos aledaños a la fortaleza, tomar el sol de media mañana y atisbar por ahí si se veían a lo lejos los visitantes esperados a quienes, se acababa de enterar, tenía que escoltar hasta la misma ciudad de México.

Apesadumbrado, preocupado sobremanera por aquel olvido involuntario, había dejado parado como estatua al pie de la puerta al joven cadete Rodríguez Arzate, quien fingiendo cierta irritación en la garganta hizo una serie de sonidos guturales para llamar su atención; al percatarse de su presencia, apenado, lo hizo pasar a su oficina y amablemente le pidió que tomara asiento.

—Mi estimado sargento, discúlpame por no haberte hecho entrar de inmediato —le dijo en tono solemne pero cordial a la vez—; la verdad es que me tenías preocupado: primero, porque no me alcanzaste en Santa Cruz como usualmente lo haces cuando sabes que estoy allá, y segundo, me angustiaba el hecho de que algo te hubiera sucedido, pero ya que te veo aquí se disipan mis temores y te preguntaré, en primer lugar, ¿cómo dejaste a tus padres, descansaste realmente? Yo entiendo que eran pocos días, pero en algo te han de haber compensado por la disciplina y ahínco con que has abrazado la carrera militar —prosiguió Francisco Javier—. Y por lo que concierne a la encomienda que te pedí abusando de tu gentileza, caballerosidad y solidaridad para con mi persona, ¿me traes algunas nuevas, algún mensaje o carta? Espero que sí!

—Desde luego que sí, mi coronel, no faltaba más —y sin pensarlo dos veces el sargento le hizo entrega de un legajo de hojas cuidadosamente dobladas y metidas en una bolsa de paño

de color azul marino, a semejanza de un morral, guardada cuidadosamente dentro de una bolsa de cuero—. Todo está bien, mi coronel, lo que sucedió es que la señorita Manuela y su familia no se encontraban en Teziutlán el miércoles pasado que yo llegué, hube de preguntar por ellos a los vecinos y una tía que vive cerca de ahí me informó que ocho días antes habían salido hacia San José Acateno y que llegarían dentro de tres días, situación que así fue, pues llegaron hasta el sábado pasado el mediodía y la señorita Manuela, muy acomodada como siempre, me pidió que fuera por su respuesta hasta el domingo por la tarde; en consecuencia, heme aquí, mi coronel, hasta el día hoy —le expresó el sargento, cuadrándose a la manera militar.

—Gracias, joven amigo —le dijo, tomándolo del brazo en señal de agradecimiento, y con el legajo de papeles en la mano caminó con él por los pasillos hasta el comedor de oficiales, donde después de agradecerle nuevamente sus diligencias y ayuda en algo estrictamente personal, tomando su mano le puso sobre la palma un reloj de leontina como muestra de gratitud.

—Mi coronel, por favor, no se moleste, esto no es necesario, yo lo ayudo con mucho gusto y sin ningún compromiso; además, usted lo sabe bien, yo no suelto prenda de nada ni comento con nadie sus encomiendas. Créame, lo hago con mucho gusto —expresó el sargento Rodríguez Arzate ante aquel gesto de su superior al obsequiarle un reloj de esa calidad que, obviamente, él no tenía.

—No te preocupes, ese reloj era de mi padre, porque él tenía la manía de colecionar relojes. Y qué mejor que te sea de utilidad a ti en lugar de estar guardado en un armario; además lo hago con mucho gusto. Tómalo como un regalo de amigo, no de tu superior; la ordenanza y reglas militares son otra cosa —y dejando el reloj en manos del joven cadete, se encaminó de regreso a su oficina en busca de la privacidad necesaria para leer la respuesta de su prometida.

Con la emoción desbordada, casi temblando, comenzó a desatar los lienzos y a romper el lacre. Lo primero que cayó sobre sus piernas fue un pequeño ramo de gardenias y jazmines que venían adosados a los lienzos; no pudo resistir la tentación de olerlos, pues ya de hecho todo el pequeño despacho se había impregnado de su aroma. “Manuelita, Manuelita”, pensó y expresó en voz baja: “Qué detalles los tuyos, tú en todo piensas y mira qué manera de halagarme”. Una vez que se hubo serenado y tras haber permanecido unos instantes con los ojos cerrados, dio inicio a la lectura de la carta más esperada.

Domingo 21 de mayo de 1826

Barrio del Carmen, Tezutlán

Mi querido Francisco Javier:

No sabes la alegría que experimentó mi corazón cuando al llegar a casa, procedente de un cansado e inesperado viaje hasta San José Acateno en compañía de mi madre, mis tíos y hermanos, adonde ella tenía que acudir a protocolizar una herencia que le había dejado su difunto padre cuatro años atrás, descubrí afuera de la casa, a un lado del pórtico, al joven sargento Joaquín Rodríguez Arzate, quien como siempre puntual e impecable es portador de nuevas tuyas que yo espero siempre con ansiedad e ilusión, y él, tan gentil y atento, me espera el tiempo que sea necesario para que pueda dar respuesta a tus cartas. Este viaje realmente no estaba pensado, pero viendo mi madre que ya habían pasado cuatro años desde el sensible fallecimiento de mi abuelo y que el testamento estaba aún sin ejecutarse, tomó la decisión de inmediato ante la deteriorada salud de uno de sus hermanos, para evitar que si éste se agravaba o moría la situación se complicara más todavía. Así fuimos y regresamos en el tiempo planeado, pero te repito, aunque yo sabía que tu viaje a la ciudad de México podía ser dilatado, siempre albergaba la esperanza de que a mi regreso, aunque fuera sólo una nota, tendría noticias tuyas y así ha sido, amado mío, gracias por ser tan atento, tan cariñoso, tan comprensivo; eso elimina la distancia y el tiempo que se interponen siempre entre nosotros y une más nuestros corazones; no sabes, amado mío, sabedora de que irías a verla, cómo le he pedido a la virgen santísima de Guadalupe que te llevara por buen camino y que pronto, muy pronto, te tuviera de vuelta a mí lado, que te protegiera de todo mal, que te cuidara de tanta gente mala que anda por los caminos a salto de mata, que no te fueras a enfermar y mira, ella, como madre amorosa, todo me lo ha conseguido, todo, y por si fuera poco, todas las encomiendas que te llevaron hasta allá las has traído resueltas de manera satisfactoria y oportuna. No sabes cómo te admiro, amado mío, por esa fe y resolución de tus actos, por haber ido y venido tan rápido como me lo prometiste; yo en un principio, cuando me lo dijiste, no lo creí; no porque dudara de tu palabra empeñada, sino por el estado que guardan nuestros caminos y estas lluvias tempraneras de mayo que han venido a enlodarlos, pero no obstante todo eso, tú, mi fiel y amado caballero, has llegado como me lo prometiste.

Leí con atención tu carta y no sabes el gusto que me has dado al comunicarme que ya tienes contigo los permisos correspondientes para que podamos casarnos a la brevedad, y sobre todo lo que a ti te preocupaba, el permiso de licencia por tres o cuatro meses como mínimo para que juntos podamos viajar de luna de miel a algún lado como son tus deseos, amado mío. Por todo lo que me cuentas y me enteras, de verdad intuyo que el señor presidente de la República, don Guadalupe Victoria, te tiene en gran estima, mi amor, aparte de la absoluta confianza que demostró al nombrarte su apoderado y representante cuando, conjuntamente con mi madre,

*celebraron la compraventa de la hacienda de San Joaquín El Jobo, que por años había usufructuado tu señor padre con el consentimiento del difunto don Francisco de la Torre, mi tío. ¿Te acuerdas, amor mío?, yo te acababa de conocer y ya mi corazón palpitaba con fuerza y abrigaba la esperanza de que lo nuestro se formalizara, ¿te acuerdas, amor mío?, ¿te acuerdas? Que mi madre primero te había dado largas cuando le pediste se formalizara nuestra relación y después adujó lo reciente del fallecimiento de mi padre; a mí todo ese tiempo se me hizo una eternidad y mira, venir a ver, haciendo bien las cuentas no hace más de diez meses que te conozco y ya casi estamos por casarnos, quién lo dijera, bienaventurado sea el señor don Guadalupe Victoria, que nos ha solucionado de inmediato todo esos engorrosos trámites, que por lo que sé, en ocasiones tardan hasta un año o más, amor mío, y lo nuestro ya está arreglado, está, como se dice, a la vuelta de la esquina; ya sólo habrá que sentarse, en especial nuestras señoras madres: doña Francisca Bello viuda de Gómez y doña María Rita García Nieto viuda de De la Torre, a dilucidar todo lo de nuestra boda, ¡Ay, qué emoción, amor mío!, ¡qué dicha la nuestra, qué alegría!, ya pronto uniremos nuestras vidas.*

*Me dices que en cuanto resuelvas algunos asuntos pendientes vendrás hacia acá en compañía de tu señora madre y hermanas a planear todo lo concerniente a nuestra boda; me imagino, amado mío, que salvo alguna situación imprevista, eso será el próximo sábado 27, que ya casi está en puerta; pero no te preocupes, ya desde ahorita incluso mi madre, mis tíos y mis hermanos estaremos preparados para recibiros, ya sabes, amor mío, que aguardaré con alegría a que llegue ese bendito sábado en que volvamos a estar juntos y nuestras familias se funden en una sólida, fraterna y duradera amistad que nuestra sacrosanta unión traerá por siempre.*

*Tuya*

*Manuela de la Torre García Nieto*

Al terminar de leer la carta, sorprendido, todavía con la sonrisa en los labios por el buen sabor de boca que su lectura le había dejado, repitió varias veces: “este sábado”, “este sábado 27”. ¡Caray, no recordaba haberlo escrito!, no recordaba habérselo mencionado a Manuelita en su carta; ¿de dónde habría sacado ella esa idea?, pues ni él estaba seguro de habérselo dicho, ni tampoco lo había consultado con su madre el fin de semana, ni sabía a ciencia cierta si iba a poder ir así como se presentaban los asuntos del castillo; “bueno —pensó— si ella dice que nos esperan el próximo sábado, será el próximo sábado”. En ese momento, tomando papel y el canutillo puesto sobre el tintero de vidrio, comenzó a escribir varias cartas y mensajes y al

terminar, con ellos bajo el brazo dentro de su bolsa de cuero, se dirigió al comedor de oficiales, donde apenas acababa de terminar de tomar sus alimentos el joven sargento Rodríguez Arzate. Dirigiéndose a él de manera acomodada, a bocajarro le dijo: —Mi sargento, ¿verdad que no estás cansado? —y al momento puso cara de preocupación, a lo que el joven cadete, poniéndose de pie, le contestó: —No, mi coronel, a sus órdenes, usted diga y yo obedezco.

Y los dos, camino a las caballerizas, se perdieron entre los corredores y escaleras del castillo, mientras el coronel José María Jarero Ruiz, quien mataba el tiempo fumándose un habano recargado a un lado de uno de los torreones, sonrió con malicia moviendo la cabeza al contemplar cómo el joven jinete Joaquín Rodríguez Arzate salía del castillo por el puente levadizo tomando el camino del norte por donde ellos recién habían llegado en la madrugada.

## Ocho

Jueves 29 de mayo de 1980

Por fin, después de casi cinco meses, las cámaras y micrófonos del canal “4+” llegaron a Altotonga dispuestos a filmar la verdadera historia de la Hacienda de Santa Cruz y el general Francisco Javier Gómez Bello, así como los avances de la construcción del camino La Ventilla-Mecacalco, luego de un extenuante recorrido por parte de la sierra del municipio de Altotonga visitando las congregaciones de “Las Truchas”, “Mecacalco” y “Doctor Daniel Guzmán Gómez”, filmando y dando testimonio de la gira de trabajo del Lic. Rafael Hernández Ochoa, gobernador del estado de Veracruz, por tierras altotonguenses. Jamás gobernador alguno se había aventurado a aquellas lejanas tierras de cañones abruptos, desfiladeros, colinas y hondonadas profundas, donde la caña de azúcar y el café coexisten de manera armónica al abrigo de la humedad de los ríos de Bobos y Las Truchas. El motivo: inaugurar la primera clínica del sistema IMSS-Coplamaren el estado de Veracruz, financiada por el gobierno federal, precisamente en la congregación de Mecacalco, la cual tu amigo Óscar Ramírez Suárez te ayudó a gestionar en la ciudad de México, directamente con el mismo Director General de Coplamar, el Lic. Ignacio Ovalle Fernández, a quien tú personalmente habías conocido y tratado durante tu paso por la Secretaría de la Presidencia en tiempos del presidente Echeverría.

¡Qué tiempos aquellos!, te decías a ti mismo y de hecho se lo comentaste al gobernador, quien gentilmente, una vez terminado el acto de inauguración de la clínica, te invitó a su helicóptero para volar de Mecacalco a Altotonga, donde inauguraría la remodelación que se le había hecho al hospital regional “Eufrosina Camacho de Ávila”. De la que te salvaste, porque te ahorró una jornada de ocho a diez horas de camino a pie y a lomo de mula o a caballo para después tomar un jeep o vehículo de doble tracción y hacer el recorrido de La Ventilla a Altotonga. Y no sólo te salvó del traqueteo aquel, sino que en el mismo hospital recién inaugurado, una vez que el gobernador hubo proseguido su camino hacia Xalapa, te atendieron del cólico renal que venías padeciendo desde tres días atrás. Aquella fue la gira de trabajo más ardua de tu trienio: caminar por la sierra totalmente dopado, entre cólicos y calosfríos, y una vez arrojados los cálculos te fuiste a tu casa a descansar, no sin antes enviar al comandante de policía, al fiel y servicial Leonardo Aburto, en una camioneta a traer a los reporteros y camarógrafos del canal, al frente de los cuales venía tu ya gran amigo y conocido Rubén Fuentes.

Al día siguiente, tras diez o doce horas de un merecido y reparador sueño, despertaste todavía cansado pero sin dolor; aquella pesadilla había terminado. De inmediato marcaste a la comandancia de policía para tener noticias de Rubén Fuentes y los muchachos del “4+”.

—Los dejé en el hotel Vistahermosa, señor presidente, ya muy tarde, pasadas las once de la noche, porque como llovió la camioneta se atascó en el camino; a duras penas salimos. Los pobres venían bien tronados—te informó Leonardo Aburto, solícito y atento como siempre—, usted me dirá qué hago, si voy por ellos o me espero, aunque ya deben estar “recuerdos”—te comentó en su muy particular lenguaje—;pasan de las diez de la mañana y me imagino que a estas horas tendrán hambre—agregó.

—Claro, ya es tarde y tendremos que almorzar. Hazme un favor, pasa por ellos y los traes aquí a mi casa —le dijiste al comandante—; tenemos una invitación a comer en la Hacienda de Santa Cruz como a la una y media. Mientras, aquí les ofrezco un jugo, un café con pan y nos esperamos a esa comida, pues por lo que he visto Conrado es demasiado espléndido. Y vaya que nos agasajará de manteles largos, ya lo conozco—comentaste—.Usted también se viene con nosotros, y tráigase dos elementos de policía para que les ayuden con todo su equipo, porque de seguro van a querer filmar de una buena vez, aprovechando que el día está muy soleado.

Al colgar el teléfono y salir al pasillo lo primero que divisaste colgado de una alcayata fue el capisayo y el sombrero de Julián: “¡Qué barbaridad!, estas prendas ya tienen aquí desde enero, ¡qué pena con este hombre!”, dijiste en voz alta, pensando en Julián, y para que no se te olvidaran, las bajaste de ahí, las pusiste sobre una silla cerca de la cocina y te dispusiste para ir a abrir la puerta de la casa, pues en ese momento estaban tocando el timbre: “Es muy pronto para que sean ellos”, murmuraste en voz baja. Ah, debe ser Élfego, de la tesorería, recordaste en ese momento, pues Conchita te había llamado temprano para recordarte que iba a mandar unos documentos para que se los firmaras, pues ella saldría hacia Xalapa a arreglar unos asuntos a la Legislatura del Estado y tenía que llevar esos escritos. Lo hiciste pasar a tu despacho y comenzaste a firmar los oficios y a rubricar todas las hojas; al terminar, Élfego te dijo:—Oiga, licenciado, Conchita me dio estos papelitos y me comentó que eran tuyos; ella los vio encima de su escritorio y no sabe cómo aparecieron entre estos papeles. Son tuyos, ¿verdad? —te preguntó. No lo podías creer, no dabas crédito a lo que te estaba entregando: dos cartoncitos perfectamente cortados con el número 2640. “¡No puede ser!, ¡no puede ser!, ¡es imposible!”, comentaste un poco sobresaltado, agarrándote la cabeza con las dos manos.

—Pero sí son tuyos, ¿verdad, licenciado? —volvió a preguntarte un poco desconcertado al ver tu reacción.

—Mira, Élfego, la mera verdad ya ni sé cómo me llamo, estos chingados papelitos aparecieron en mi vida el pasado 7 u 8 de enero, al regresar de Veracruz del sesenta y cinco aniversario de la promulgación de la Ley Agraria de Venustiano Carranza, y desde entonces no los había vuelto a ver; ahora hacen acto de presencia otra vez, ya hasta parece algo así como de magia, ¿por qué aparecen así nada más, sin ton ni son? Ni siquiera son un número de lotería o qué sé yo —dijiste esbozando una leve sonrisa al tiempo que los tomaste y los guardaste en la bolsa del pantalón—. ¡Vaya!, ¡vaya!, que hay ocasiones en que a uno le suceden cosas que no tienen explicación alguna. Bueno, es todo lo que hay que firmar y espero que ya no me traigas papelitos de estos, eh. Ah, pero espera, mira, yo me voy a quedar sólo con uno, el otro quédatelo tú para que se acuerden y tengan presente ese número por si sale otra vez por ahí—le dijiste, mientras él, extrañado, se guardó el papelito y señaló: —Claro, me llevo el número de la suerte, chance y si jugamos a la lotería nos sacamos el premio mayor.

Una vez firmados los documentos te dirigiste a la cocina, donde ya doña Julia te esperaba con una apetitosa salsa con huevo y se disponía a prepararte unas deliciosas fritas una vez que te vio entrar.

—Buenas!, ¿cómo amaneció usted? Ya está listo el café, hice jugo como a usted le gusta y ahorita, en cosa de minutos, le hago sus fritas, eh —y girando sobre sus talones dio media vuelta frente a la estufa y te dio un fuerte abrazo—; muchas felicidades, licenciado, muchas felicidades.

—Y ahora, ¿a honra de qué? —le preguntaste sorprendido.

—¿Cómo qué de qué? Es 30 de mayo, día de San Fernando, ¿qué no se acuerda usted? —te dijo sonriendo la amable mujer.

—¿De verdad hoy es 30 de mayo? —exclamaste sorprendido—, pues la verdad, “doña” —le dijiste a doña Julia Preza Romero, tu fiel y espléndida cocinera, que te miraba con sus grandes y expresivos ojos cafés—, que con tanto trajín todos estos días, en especial esta última semana, ya ni me acordaba, “doña”, se lo juro. Ya ve, primero me fui a México el jueves a dejar a la señora y a la niña allá con mi suegra y el domingo ya estaba acá de regreso; luego me fui a la sierra y apenas ayer di la vuelta. ¡Y qué vuelta, eh, con todo y cólico renal!

—¿De veras?, ¿ha estado usted malo? —te preguntó—. ¿Y así ha andado por ahí por esos caminos tan feos, oiga, a caballo o en mula o sabrá Dios en qué? No, cuídese, repose usted

tantito; bueno, pero antes que nada almuerce de una buena vez —y sin más, te sirvió un rico plato de fritas de salsa con huevo, al que no te resististe—. Oiga, y de veras le iba yo a preguntar, ¿cuándo compró usted ese capisayo y ese sombrero? Ya tenían rete harto tiempo allá hasta atrás por el lavadero y dije yo: “no, mejor los voy a colgar en esa alcayata porque de lo contrario se van a humedecer”, y ahorita ya veo que están ahí en la silla. ¿Se los va a llevar usted? —te preguntó intrigada.

—No, qué bueno que los colgó usted ahí, porque los vi y los tengo que regresar, no son míos; imagínese, son de un tocayo suyo que conocí en el mes de enero, los echamos a mi camioneta y luego los traje aquí a la casa y ya no los había vuelto a ver hasta hace rato, siquiera usted los puso ya a la vista y ahí se deben haber ventilado muy bien, pues están secos —le comentaste mientras almorzabas.

—¿Dice usted que son de un tocayo mío? —te preguntó doña Julia, sorprendida.

—Así es, sí, es un conocido mío que se llama Julián y al rato que voy a Talixco, a la Hacienda de Santa Cruz, seguro que me lo voy a encontrar y aprovecho para dárselos, porque fíjese, ¡qué curioso!, siempre que ando por esos rumbos me lo encuentro —le dijiste a doña Julia en el momento que tocaron el timbre y le pediste que bajara a abrir—. Han de ser los jóvenes del canal “4+” que vienen con el comandante, si son ellos, hágalos usted pasar, por favor —agregaste, mientras te apresuraste a comer tu almuerzo y te pusiste a limpiar hasta las migas de pan para que no vieran que ya habías desayunado, llevando tus platos y taza al fregadero—. Si son ellos, ahorita me hace más fritas y pone más café para invitarles un taquito, al cabo hay bastante café y jugo de naranja y el pan está buenísimo, en especial esos laureles y quesadillas que trajo—le dijiste mientras ella se encaminaba a la puerta.

Sí fueron ellos: Rubén Fuentes y sus dos ayudantes, José Manuel y Gerardo, en compañía del comandante, y doña Julia los hizo pasar de inmediato. En un santiamén todos estaban sentados a la mesa disfrutando de aquel humeante y exquisito desayuno que, al decir de todos, ni lo imaginaban y les había caído de maravilla, pues según dijo José Manuel, unos de los camarógrafos, ya se les estaban pegando las tripas.

—Coman, coman, están en su casa —les dijiste—. ¡Ah!, pero dejen un huequito porque estamos invitados a comer, así que ya no le tupan tan duro al pan, muchachos —agregaste y todos rieron de buena gana, aunque siguieron comiendo. Eran las doce del día cuando salieron de tu casa rumbo a Santa Cruz y el sol, como pocos días en ese mes, estaba en el cenit, como cooperando con las tomas que en breve harían por todos los rincones de la hacienda. Ya para

subirte a tu camioneta te alcanzó doña Julia y te dijo: “El capisayo y el sombrero de mi tocayo se le olvidan a usted, y eso que lo dejó sobre la silla”.

En cosa de diez minutos llegaron hasta la puerta de la hacienda tomando el atajo que sale a la carretera que va a Teziutlán, y como estaba abierta de par en par, sin más entraron con los dos vehículos, el tuyo propio y el de la policía, y se fueron a estacionar frente a la casa nueva de la hacienda, donde ya los esperaban Conrado y Rebeca.

—Qué bueno que llegaron, pues ya estábamos pensando que no venían. Rebeca se encontró a doña Conchita Cabañas, la tesorera, porque tuvo que ir a hacer unos pagos de unos novillos que acabamos de vender, y le dijo que tú estabas en cama, bien malo de los riñones, que no sé qué cosa que comiste por allá en la sierra te había hecho daño y que estabas de plano bien ponchado. “Figúrese, Rebeca —le dijo a mi mujer—, el pobre del licenciado hasta sangre ha arrojado” —te comentó Conrado, realmente admirado de que llegaran tan puntuales y que tú te vieras como si nada, según te dijo—. Quién lo iba a pensar, después de haber estado tan malo ya estás aquí, y cara de enfermo o convaleciente, la mera verdad, no la tienes; a mí se me hace que eran puros chismes de esa señora.

—No, de que estaba malo sí lo estuve, no fueron chismes, pero en ningún momento guardé cama, eh; imagínate, estando el gobernador del Estado de gira por el municipio y yo en cama, bonito me iba yo a ver, ¿no crees? No, para nada, si de hecho los cólicos me comenzaron al empezar a bajar la cuesta de Tatempa, aquí te podrá decir nuestro común amigo Rubén Fuentes cómo me fue; sí me sentía muy mal, muy mal, al grado que en cuanto llegué a Mecacalco, en San Luis, el rancho de mi tío Nacho, hice un alto en el camino y me dieron un té de hierbas, no sé de qué hierbas, eh, pero me ayudaron muchísimo y ahí mismo me tomé dos o tres pastillas para el dolor y asunto arreglado; así me la jugué dos días, con decirte que fui el primer paciente de la clínica que al día siguiente iba a inaugurar el gobernador. Pero lo importante es que ya estamos aquí contigo —les expusiste a Conrado y a Rebeca, que realmente creían que no ibas a ir y ya hasta se habían cuestionado qué iban a hacer con tanta comida—. Y quisieramos, si se puede y tú tienes tiempo, siempre y cuando no te importunemos —agregaste—, hacer un recorrido por todo el casco de la hacienda, si no tienes inconveniente, para que Rubén y los muchachos hagan un reconocimiento y puedan elaborar una especie de bitácora de tomas porque, si no te incomoda, ellos quieren hacer la filmación en dos o tres días para aprovechar las salidas y puestas del sol, el amanecer y también hacer algunas tomas en la comunidad aquí vecina de Talixco. Ah, en especial quieren filmar muy bien todas las áreas de la gran casona de la hacienda, precisamente

donde vivía el general Francisco Javier Gómez Bello, la entrada por el camino de Talixco, con todo y el gran arco de cantera, el camino empedrado y el camposanto privado, donde reposan los restos de varios de sus familiares, y poder ver con detenimiento y anotar los nombres de las lápidas; los de él no, porque esos están dentro del templo de Santa María Magdalena allá en Altotonga, luego iremos para allá.

—Pues pa' luego es tarde —dijo Conrado, tomando su sombrero al tiempo que le daba instrucciones a dos peones para que machetes y azadones en mano le dieran una buena chapeada al camposanto—. Mientras nosotros recorremos otras áreas, ellos que limpian bien esa zona, no vaya a ser la de malas y nos topemos con alguna víbora de cascabel o algún otro bicho por ahí, que luego es frecuente porque prácticamente está abandonado, sólo algunas personas vienen en la época del “Todos Santos” —continuó diciéndoles Conrado—; no sólo eso, sino que está cerrado con candado, el cual habrá que romper, pues ignoro dónde estén o hayan quedado las llaves; siendo camposanto o panteón es terreno federal, además de sagrado, me imagino, pues debe de haber sido bendecido cuando decidieron enterrar ahí sus muertos; con mayor razón —agregó— siendo el señor Gómez Bello clérigo.

—Ya le dije aquí a mi buen amigo Rubén que con este pequeño documental o programa nos vamos a ir despacio y con mucho cuidado, sobre todo ahora que vamos a contar con la asesoría del maestro Melgarejo y otros historiadores de la Universidad Veracruzana —les comentaste a todos, pero en especial a Conrado.

Pronto comenzaron a caminar y a recorrer todos los rincones de la hacienda, en especial toda el ala de la vieja casona, sus viejos muros reforzados con contrafuertes de piedra, pasadizos, sótanos, parte de las habitaciones donde todavía había techo y se podían distinguir las grandes vigas que, no obstante los embates de los años, la humedad y la presencia de dos o tres incendios, por lo que se podía apreciar, se mantenían en pie desafiando el tiempo como testigos mudos de una época en la que, como lo demostraban todos y cada uno de los cuartos que iban recorriendo, sus moradores sabían vivir y procurarse todas las comodidades de la época; no en balde eran personas acomodadas, de dinero y no sólo eso, cultas, pues prueba de ello era un gran salón que por lo que se veía había albergado antaño una biblioteca de considerable tamaño, a juzgar por los vestigios de libreros de piso a techo y varias cajas de libros que fueron apareciendo, de los cuales llamaron la atención de todos varios ejemplares, en muy mal estado, claro está, del Código Napoleónico en francés; dos ejemplares del Quijote, uno de la Divina Comedia, así como de algunas ediciones de la Iliada, la Odisea, la Eneida; obras de Plutarco, como “Vidas Paralelas”,

un ejemplar de la edición de “Méjico y sus Revoluciones”, del doctor José María Luis Mora, así como infinidad de revistas, folletos, ediciones de partituras de música y una serie de voluminosas e impresionantes Biblias perfectamente empacadas en gruesos lienzos de tela y cuero, entre las que se destacaban las versiones de Felipe Scio de San Miguel, editada en 1790, por cierto presentada en dos tomos, y la traducción que hiciera de la Vulgata Latina el doctor Félix Torres Amat en el año de 1823, con infinidad de notas al pie de página; atrajo la atención de todos también una caja repleta de libros de oraciones, de los llamados “devocionarios”, con múltiples estampas de santos y figuras religiosas, que tal parece iban a ser obsequiados o vendidos a la feligresía.

—Oye, mi querido Conrado, puesto que ahora tú eres el dueño o representante del dueño, deberías de rescatar todos estos libros, en especial estas Biblias, y hacérselas llegar al párroco de aquí de Atzalan o, en su defecto, al de Altotonga, pues es una lástima que ejemplares de esta naturaleza se pierdan y acaben comidos por la polilla o destruidos por la humedad, ¿no crees? —le comentaste al ver todos aquellos libros en ese estado—. Lo que sí es un hecho es que estas personas, quienes hayan habitado esta casona en el siglo XIX y XVIII, ya sea el general Gómez, después convertido en sacerdote, o sus padres o descendientes, sí leían. Ahorita que me acuerdo —le dijiste a Conrado de nuevo—, la primera vez que estuve aquí contigo, en enero de este año, me platicaste que unas personas que vinieron de Puebla o de la ciudad de Méjico dijeron ser descendientes del padre Gómez Bello y ellos no se interesaron por estos libros, no te los pidieron; incluso se me ocurre —agregaste— que hay que revisar a quién venían consignados esos paquetes de libros que ni han sido abiertos, en un descuido todavía se pueda leer alguna etiqueta adherida por ahí.

—No, mi estimado Conrado, no empieces con tus cuentos de espantos porque yo sí soy medio zacatón para esas cosas, eh, y todavía no vamos al panteón, ¿cómo ves? —le dijo Rubén Fuentes con cierta sorna, haciéndote un guiño—. Ahora bien, que si de aparecidos se trata, aquí a mi buen Fernando luego se le aparecen personajes y hasta la camioneta deja andando y se baja, ¿o me vas a decir que no, mi estimado alcalde? —te recordó aquel incidente en que divisaste a Julián Bello, y volteándose hacia ti te dijo—: Si ese día que vinimos a la boda casi me estampo con el parabrisas del enfrenón que diste.

Y diciendo esto soltó una sonora carcajada y añadió, dirigiéndose a Conrado: —Ah, tú no te enteraste porque eso fue ya cuando nos íbamos.

—¡Ah!, por lo visto a los aquí presentes no se les olvida nada —y acabando tú de decir eso, apretaste el paso y te adelantaste solo camino del camposanto y, precisamente, en la parte posterior de éste, donde hay una especie de pequeño cerro lleno de pinos, cuál sería tu sorpresa al encontrarte de frente, parado sobre unas rocas, al mismísimo Julián Bello, que de manera afable te sonreía. — ¡Julián! ¿Usted por aquí, hombre? Vaya, ¡qué sorpresa!

Julián, impávido, sin moverse y con la sonrisa en los labios, permanecía sobre un pequeño promontorio de piedras basálticas como a una distancia de veinte metros de donde tú estabas y a una altura de cuatro metros; los demás se habían quedado como cien metros atrás.

¡Vaya aparición aquella! Y de inmediato tu memoria te remitió a aquel martes 8 de enero, en que al asistir a la comida de los matrimonios de aquellas maestras amigas de Conrado en compañía del mismo Rubén Fuentes, que curiosamente hoy de nuevo te acompañaba, ya de salida te lo encontraste, se disculpó e insistentemente te dijo que él te buscaría, y mira, ahí estaba en persona, sonriéndote desde lo alto, y descubriste algo que, además de haberte sorprendido, te estremeció de pies a cabeza, pues comenzó a entablar una conversación contigo a la distancia sin que tú vieras que moviera los labios o hiciera gesto alguno.

—Hoy he venido porque lo prometido es deuda, había quedado muy formal de que yo lo buscaría y heme aquí —te dijo de manera clara y nítida, era como si estuvieras leyendo un pensamiento; de inmediato te diste cuenta que por supuesto él podía leer tus pensamientos y sabía de hecho lo que estabas pensando en ese momento. Decidiste contestarle, bueno, es un decir, regresarle el pensamiento y de inmediato, sin darte cuenta, los pensamientos fluían con una velocidad increíble y sin mayor problema—. ¿Cómo es posible esto, Julián?, la verdad no acabo de entenderlo, estamos platicando sin que hablamos; ¿acaso esto es lo que se conoce como telepatía? —le dijiste sin más ni más—. El día en que le conocí, cuando íbamos en mi camioneta rumbo a Atzalan, ¿se acuerda?, pensé que podía leer los labios, pero ahora entiendo, veo que es más que eso y le agradezco que me haya introducido en este arte, magia o don o qué sé yo, lo importante es que nos comunicamos y me parece una opción fascinante. Y yo que creía que todo esto era fantasía —y sin pensarlo dos veces comenzaste a hablarle de tú—. ¿Se puede?, ¿no te molesta que lo haga? Hablarnos de usted me parece muy ceremonioso y distante, ¿no crees?

—Encantado —te respondió, y de repente, no supiste en qué momento desapareció de tu vista. ¿Sólo de la tuya? ¿Y los demás?, ¿te habrían visto saludándolo? —murmuraste entre dientes y te preocupaste de inmediato. ¿Acaso todos habían visto a Julián? Volteaste a ver a tus acompañantes y, para tu fortuna, caminaban a cierta distancia atrás de ti y no se percataron del

momento en que saludaste a Julián; sin hacer ningún comentario, cauteloso, decidiste esperar a ver cuál era la reacción de todos ellos frente a su presencia, pues temías, y con sobrada razón, por lo que te había sucedido al llegar a Atzalan con él a bordo de tu camioneta o la tarde en que lo habías divisado a través del espejo retrovisor, que esta visita inesperada u aparición fortuita o lo que fuera, era únicamente audible y visible para ti, situación que no dejaba de sorprenderte y te dejaba sin explicación creíble alguna.

El día estaba muy soleado, hacía un poco de calor y el solo hecho de caminar un poco aprisa te hizo sudar; pasaban ya de las dos de la tarde y estabas animoso, sobre todo porque te sentías bien y los cólicos renales habían desparecido; esa experiencia por la que estabas pasando, en parte real y en parte misteriosa, te tenía maravillado, al grado que hasta de tus acompañantes te habías olvidado. De repente, de nueva cuenta Julián se comunicaba contigo, aunque ahora no lo tenías frente a ti.—No me he ido, eh, simplemente he dado la vuelta para encontrarte en la entrada del camposanto, te lo digo para que no te sorprendas al no verme; oye, en verdad sí creo que fluye mejor nuestra charla hablándonos de tú, se me hace más espontánea y hasta se me figura que nuestra amistad data ya de hace muchos años —te dijo en tono afable, distendido, haciéndote sentir que estaba de acuerdo con tu iniciativa de hablarse de tú.

—Claro hombre, ya te lo decía yo, bienvenida esa idea de hablarnos de tú, pues si hasta me late que somos parientes; además, eso de tanta ceremonia y hablarnos de usted hace más difícil el trato, ¿no crees? Lo que sucede es que al principio no me atrevía a hacerlo y sin embargo, ya ves qué fácil es —le respondiste de inmediato y agregaste: —¿No te molestas si te hago una pregunta? —le dijiste preocupado de que su presencia ahí en ese momento fuera algo inquietante para tus amigos, incluido Rubén, que dudaban de su existencia—. Siento, o dime si no estoy en lo correcto, que no quieres que te vean ni tienes la intención de cruzar palabra alguna con ellos.

—No te preocunes, Fernando, lo has dicho bien, no es esa mi intención, yo estoy aquí porque quería verte, ellos no me verán; además, por eso nos estamos comunicando de esta manera, así no pueden interferir en nuestra conversación y mucho menos percatarse de mi presencia; tú no te preocunes, amigo, lo importante es que nosotros conversemos, nada más —te dijo mirándote de nuevo desde lo alto de ese promontorio de piedras donde lo viste por primera vez hacia un momento—. Yo caminaré cerca de ti, en ocasiones casi a tu lado y en otras permaneceré oculto tras los grandes pinos o atrás de las grandes tumbas y gavetas de granito que lindan con el bosque, y lo poco o mucho que sepa sobre este lugar lo compartiré contigo con

mucho gusto —te comentó al tiempo que veías cómo se introducía en el tupido bosque que cubría la parte norte de aquel sui géneris cementerio.

Sosegado, sin inmutarte por todo lo que estabas atravesando y experimentando en ese momento, situaciones que ni por asomo te habías imaginado que se darían, hiciste un alto para respirar el aire fresco de la ya cercana tarde, mientras meditabas lo extraño y fuera de lo común de estas repentinasy apariciones de Julián Bello, con quien sentías que te estabas familiarizando; te inspiraba confianza, pues se veía que era un buen tipo. Todavía esperaste unos minutos más a que llegara todo el grupo, que se había entretenido observando la vista que desde ahí presentaba el viejo casco de la hacienda de donde minutos atrás habían salido; ya en compañía de todos, rodeaste el pequeño cerro que entre pinos y vetustos encinos albergaba aquel panteón particular que despertaba tanto interés en propios y extraños por las leyendas que se tejían en torno al lugar y a sus ocupantes, pues existía cierto aire de misterio que los mismos habitantes de las rancherías circunvecinas propalaban, como que había un tesoro enterrado desde la época de la Revolución en que dos hermanos, de bandos contrarios, de apellido Ríos Guzmán, bombardearon la hacienda en busca del dinero; se decía también que por las noches veían arder varios pinos sin consumirse y que el espíritu de don Pedro Gómez, propietario de la hacienda entre el siglo XVIII y el siglo XIX, vagaba por la hacienda.

En la parte de adentro, justo a un lado de la verja de fierro forjado que hacía las veces de puerta, cuyas bisagras oxidadas crujieron al empujarla, Julián te sonrió en señal de bienvenida oculto entre los árboles de la entrada; comenzaron a subir los pequeños peldaños de piedra que hacían las veces de escalones en esa rústica vereda que los llevaba hacia la parte superior de aquella suave loma, que más que eso parecía un montículo de piedra que el tiempo se había encargado de erosionar. De pronto, una aliada con la que no contaban ni tú ni Julián, la niebla, se hizo presente en el momento adecuado y viendo tu reloj, apenado, te dirigiste a Conrado.

—Mi querido Conrado, acabo de ver mi reloj y me he dado cuenta que están por dar las tres de la tarde, me apena por Rebeca, tu esposa, pues ella nos aguarda con la comida —le expresaste con preocupación a tu amigo y anfitrión.

—No te apenes, mi querido y estimado alcalde —te dijo de manera condescendiente—, la comida puede esperar un poco, se conservará caliente; lo que sí no nos dará tregua es el tiempo, mira cómo se ha puesto, ojalá y prevalezca esta niebla espesa, que ya ni sabe uno de dónde sale y avanza tan rápido, sobre la lluvia, porque esa sí interrumpirá nuestro recorrido, pues no hemos traído ni paraguas ni mangas de hule, ni nada parecido, para la ocasión; ni modo, démosle

celeridad a esta visita, que ya después habrá tiempo de sobra para venir temprano y en un día soleado —siguió diciendo Conrado y agregó todavía algo que a muchos de los presentes, en especial a Rubén, no le pareció—: Bueno, después de todo esta niebla hace más tétrica, interesante y fantasmal nuestra visita. Todos soltaron la risa, aunque se apresuraron a hacer el recorrido con ciertas reservas, pues aunque la visibilidad era aceptable, aquella niebla y bruma blanquecina no dejaba de inquietar a los jóvenes periodistas.

—Esto tiene más la forma de una pirámide que de un cerro —exclamó Rubén haciéndose el sorprendido para desviar la conversación hacia otro tópico—; sí, porque si bien es cierto que el terreno tiene sus pendientes y desniveles, en general en esta parte es casi plano y de repente surge esta loma, qué raro —insistió, volviéndose hacia Conrado, como esperando una respuesta.

—No es nada raro, Rubén —exclamaste con toda naturalidad y soltura al darte cuenta que Conrado estaba en aprietos al no tener respuesta ante tan inesperada pregunta—, lo que sucede es que en realidad esta pequeña loma no es sino una serie de pequeñas pirámides construidas hace cientos de años por los totonacas que habitaban aquí la zona de Talixco, de hecho toda esta zona está llena de vestigios precortesianos.

—Muchas gracias, mi estimado alcalde, eres muy amable, ¡y mira que es cierto, eh!, se parecen a las pirámides que están cerca de aquí en San Juan Xiutetelco; sobre ellas hay una ermita y unas cruces y creo que hasta una pequeña capilla —dijo Rubén—, por lo que veo conoces bien la zona tú también.

Poco a poco, con detenimiento, se fueron adentrando en el camposanto mientras admiraban las diferentes tumbas que tenían por delante. ¡Y vaya que eran varias! Las había de estilo muy antiguo en forma de grandes criptas hacia arriba labradas en cantera, con toda una serie de ornamentos simbólicos; otras eran sencillas, con una sola losa que apenas sobresalía del suelo, y en las inscripciones se podían leer apellidos tales como Guzmán Pazos, Gómez de la Torre, Guzmán Gómez, Ríos Guzmán, Ríos nada más, y en otras, la pátina del tiempo, impregnada de musgo y hongos, sólo dejaba entrever una o dos letras. Para ser un camposanto familiar o privado en realidad tenía muchas tumbas, y se notaba que en algún tiempo quienes lo construyeron dieron permiso a ciertas personas para que sepultaran ahí a sus deudos.

Tú, al lado de Julián, caminabas absorto contemplando aquel espectáculo como sacado de alguna película de terror, donde la niebla, que de pronto apareció sin que se dieran cuenta, le daba al paisaje ese ambiente fantasmal que no te atreviste a decir de manera clara para no darle un toque sombrío a esta visita tan esperada al camposanto, pero la viejas tumbas llenas de

líquenes y ramas secas, salpicadas de colores ocres deslavados al abrigo de vetustos y gigantescos pinos y encinos, cumplían su cometido: aquello era realmente un viejo cementerio olvidado, casi cubierto por ese peculiar bosque que, al ocultarlo, lo había conservado así para la posteridad y descanso de sus moradores. Caminaron todos en silencio y deambulando entre las tumbas creían adivinar los nombres esculpidos en la piedra y borrados por el tiempo.

—¿Tú vienes a menudo, amigo? —le preguntaste a Julián hábilmente utilizando tus recientes dones adquiridos de telepatía y sin poderlo creer, porque realmente no daban crédito al hecho, dudaste de poder hacerlo, sólo lo hiciste y nadie se percató de que tú habías entablado un ameno diálogo sin mover un ápice los labios—; deberás tener familiares cercanos aquí sepultados, me imagino.

—Sí, hay algunos familiares aquí sepultados, pero no vayas a creer que todos los que están aquí son parientes o ascendientes míos; familiares, familiares, lo que se dice eso, de manera directa, sólo don Pedro Gómez y su esposa, doña Francisca, y a lo mejor, pero no estoy muy seguro, Pedro, hijo de ambos, según sé el mayor de ellos, además de Manuelita Gómez de la Torre y su esposo, José Juan Guzmán Pazos. Ah, y uno de sus hijos, Emilio, quién murió joven y soltero. Tuvieron nueve hijos, siete varones: Daniel, Roberto, Eduardo, Alberto, Ángel, Emilio y Francisco, y dos mujeres: Soledad y Luisa. Por cierto —siguió diciéndote—, el mayor de todos, Daniel Guzmán Gómez, nació precisamente en Atzalan, en la casa aquella donde coincidentemente te estacionaste al frente aquel día en que tuve la tremenda descortesía de irme y salir corriendo desaforado.

—¿De apellido Pazos?, ¿cómo el señor de la famosa tienda y cantina de Atzalan a quien llaman “Pazitos” de cariño los lugareños y gentes que frecuentan el lugar, conocido en especial por la calidad de su licor de nogal? —le preguntaste intrigado, acordándote del día en que habías estado ahí y precisamente él había desaparecido misteriosamente, situación que aún no acababas de entender por más vueltas que le daban al asunto. Y agregaste: —¿Y cómo es que sabes santo y seña de tanto pariente tuyo ya fallecido? Son muchos nombres, ¿quién te los enseñó?, ¿acaso tu mamá?

—Pues sí, claro, algunos ella, y hablando de los “Pazos”, precisamente a esos Pazos me estoy refiriendo, además en Atzalan, un pueblo tan chico, ya te imaginarás que son la misma familia —te contestó de inmediato y agregó—: Y qué pena nada más de acordarme de ese incidente tan penoso que tuve contigo acabándote de conocer, ¡imagínate, qué vergüenza! Pero ya te expliqué lo que sucedió, amigo.

—Oye, y en toda esta maraña de nombres y apellidos que me das, porque mira que tienes buena memoria, eh —le dijiste intrigado, como queriendo adivinar que algo te estaba escondiendo o prefería no tocar el tema—, dónde quedó sepultado o están los restos del famoso general Francisco Javier Gómez, pariente, me imagino, de todos ellos y por supuesto tuyo, pues hasta donde yo sé, esta hacienda era de su propiedad. ¿O acaso me equivoco, amigo?

—No, no te equivocas, él la heredó de su padre, Pedro Gómez; pero mira, para empezar, él no murió aquí, falleció en la ciudad de Xalapa allá por el año de 1854, a fines de ese año o principios de 1855, hasta donde yo sé; hace mucho ya de eso, y cuando eso ocurrió este camposanto o cementerio particular como tal no existía, había algunas tumbas cerca de la casona grande donde ustedes acaban de estar hace rato y hay quienes dicen que el primer difunto en ser enterrado aquí fue don José Juan Guzmán Pazos, marido de Manuelita Gómez de la Torre, hija nada menos que de este personaje, hija única —aclaró, puntualizando el asunto—. Y eso fue precisamente hace casi cien años, pues en julio de 1880 ella personalmente trató y pagó los derechos correspondientes en el municipio para la reconstrucción y legalización de este camposanto, que de hecho ya existía desde que el general Gómez vivía. Ahora bien, por lo que toca a los restos de Pedro Gómez, doña Francisca, su esposa, y el hijo de ambos, Pedro Gómez, tal vez ya estaban aquí o fueron trasladados posteriormente de donde los habían sepultado. Y así como ves hay otras tumbas, como las de los difuntos de la familia Ríos, muy conocida aquí en Altotonga, pues precisamente Luisa Guzmán Gómez, una de las hijas del matrimonio de José Juan y Manuelita, casó con un licenciado Benigno Ríos de aquí de Altotonga, y fueron ellos quienes finalmente heredaron la hacienda, porque Benigno Ríos le compró los derechos a todos sus cuñados, todavía en vida de Manuelita. Bueno, pero además de ellos hay otros difuntos enterrados aquí que nada tienen que ver con la familia Guzmán Gómez y sus descendientes, porque vaya que eran muchos, eh, eran de prole numerosa —concluyó diciéndote.

—¡Qué bien informado estás, amigo! —le comentaste—, y entonces qué, ¿dónde quedó el famoso general? De verdad me sorprendes, sabes demasiado acerca de esta familia, porque me pláticas las cosas con una precisión casi absoluta, sin titubear. Y dime, a todo esto, ¿quién te ha contado tanto? Ah, sí, disculpa, tu señora madre, según me dijiste; pues vaya que debe tener una memoria privilegiada para acordarse de tantos nombres, datos y demás —concluiste.

—Oye, parece ser que a ti te interesa mucho la figura de ese general, por lo que veo —te dijo sonriendo y lanzándote una mirada de complicidad—. ¿Por qué, eh, por qué te interesa? Pues mira, a mí no me creas, pero dicen que sus restos están en la iglesia de Santa María

Magdalena, aquí en Altotonga, aunque no sé si las fechas sean las correctas; lo que sí sé, según me contaron, es que sus restos fueron trasladados de Xalapa para acá por su nieto, el doctor Daniel Guzmán Gómez, de quien ya hemos hablado, allá por el año de 1904; para tu conocimiento él fue cura coadjutor en Altotonga y cura titular de la parroquia de San Andrés aquí en Atzalan, en 1850, y seguido oficiaba misas en la capilla esta que colinda ahora con una gasolinera y está casi a orilla de la carretera, la cual podemos divisar desde aquí, pues además de general fue sacerdote. Incluso las campanas de esa capilla, que por cierto no es tan chica, sino de buen tamaño, cuentan las gentes, dicen que él las regaló —terminó explicándote ante tu mirada de asombro, acordándote de lo que te había platicado el maestro Melgarejo allá por el mes de enero y de que él, entonces, no te precisó la fecha del fallecimiento de Francisco Javier Gómez.

—Oye, y a todo esto, mi apreciado Julián —le dijiste en ese momento—, ¿de dónde sacas tú que el general Gómez murió en el año de 1854 o 1855?, ¿lo leíste en algún documento o algo así? Dime dónde encuentro o cómo le hago yo para investigar esos datos, pues esa fecha que mencionas es muy importante y esclarecedora; ciertamente en la placa que está en la iglesia dice que falleció en 1837 y por lo que me dices no es cierto y concuerda con la duda que tiene el notable historiador Melgarejo Vivanco, pues aunque le queda claro que no murió en esa fecha, no sabe cuándo falleció; sin embargo, tú sí lo sabes y lo afirmas con certeza.

—Pues mira, amigo, vas a pensar que estoy loco pero ese dato me lo dio Jaimito, un campesino vecino de aquí de Texacaxco, quien asegura que su papá, de nombre Jaime también, fue soldado en el regimiento del general Gómez y era “corneta”, quien trasmítia las diferentes fases de la ordenanza en batalla; su papá murió de ciento ocho años, ¿cómo ves? Jaimito ya tiene cerca de los noventa años y hace sus labores en el campo como cualquier labrador, son gente de muy buena madera, por eso sé yo ese dato, no vayas a creer que lo inventé así nomás porque sí—te contestó—. Además, figúrate que existe un documento, algo así como unos apuntes o memorias de alguien, que unos de los señores Arroyo, por cierto carpinteros de ahí de Altotonga, guardan celosamente. Dicen que esas memorias, quien las escribió y por cierto denominó *Memorias de mi pueblo*, platicó largo y tendido con este señor Jaimito que te dije fue corneta del regimiento del general Francisco Javier Gómez allá por el año de 1905 —agregó mirándote fijamente a los ojos y sin articular palabra alguna, pues en ese momento lo tenías casi frente a ti y los demás acompañantes del grupo, incluyendo a Conrado, Rubén y los jóvenes camarógrafos, se distraían empeñados en descifrar algunos nombres entre las lápidas.

—¿En 1905 era corneta del general Gómez? —le replicaste—, pues si me acabas de decir que el general Gómez murió en 1854, ahora sí no entiendo —le dijiste de nuevo.

—No, mi estimado amigo, tal vez yo no me expliqué como debía —te contestó de inmediato y preocupado se disculpó diciéndote—: ¡Ah, qué cabeza la mía!, a lo que me estoy refiriendo, amigo, es que quien escribió esas memorias de las que te hablo se entrevistó con este señor en 1905 y entonces él tendría cerca de los cien años ya; imagínate, le tocó ser corneta en la batalla de la villa de Córdoba en mayo de 1821, y se dice que por esa victoria condecoraron al general Gómez y lo ascendieron de mayor del ejército Trigarante, que era el grado que tenía entonces, a teniente coronel, y este Jaimito del que te hablo, precisamente tenía o iba a cumplir 16 años apenas en esa fecha, qué tiempos, ¿verdad? —te dijo satisfecho de que había hecho la aclaración y no dejó lugar a dudas con sus puntuales y precisos comentarios.

—Ahora sí, totalmente claro, amigo —le dijiste haciéndole un guiño y seguiste comentándole—; oye, pero en realidad sabes mucho de este personaje tan famoso en nuestra historia y tan poco conocido en la región, en especial aquí, que es su tierra natal.

—Bien dice el refrán popular que “nadie es profeta en su tierra” —te dijo sonriendo y encaminándose hacia la salida del camposanto, pues la niebla y el frío pronto los conminaron a todos a guarecerse debajo de algunos árboles, ya pensando en abandonar el lugar; entonces Julián, despidiéndose, te dijo—: Volveremos a vernos, lo prometo, ah, y mil gracias por haberte acordado de traerme mi capisayo y mi sombrero, ahorita paso y los recojo de tu camioneta —te dijo ya en la espesura de la niebla y no pudiste ver por dónde se había ido; en ese momento todos aceleraron el paso camino ya de la casa, porque aparte de que la visibilidad era poca, el frío arreciaba.

Se fue como el otro día, de un momento a otro, a la carrera; menos mal que hoy estuvo más receptivo e incluso muy platicador, comentaste en voz baja, casi susurrando, al sentarte en la sala de la casa de la hacienda, donde Rebeca ya les había servido, para mitigar el hambre y el frío, varias copas llenas de tequila, ron y vino acompañadas de ricos bocadillos, preparados por ella misma para la ocasión antes de sentarlos a la mesa.

—Lástima que no hubo algún guía o lugareño que supiera a ciencia cierta quiénes están sepultados ahí —comentó Rubén, un poco decepcionado al haber andado deambulando por todo el cementerio sin conocer alguna nueva historia interesante que contar.

—Bueno, prometo que me voy a documentar bien y en una próxima visita yo personalmente les explicaré esa historia que hoy no encontramos —le dijiste, un poco con el

remordimiento de que tú si habías sido informado, sino del todo, sí de buena parte de la historia del lugar; y en ese momento, reconsiderando lo ocurrido, pensaste para ti nada más: “Realmente Julián sabe mucho de todos los personajes que han vivido o vivieron en esta hacienda y están sepultados ahí”—. Ya verás, amigo, esta ocasión cumplí mi promesa de venir al cementerio, la próxima visita te haré saber todo lo que haya investigado, ¿cómo ves?—le dijiste de nuevo a Rubén, quien te había quedado al lado, al sentarse ya en los sillones del comedor.

La comida, deliciosa como siempre, y sobre todo servida con gusto y exquisitez, transcurrió en esa ocasión en un ambiente agradable, cordial, casi familiar, pensaste, y ya para terminar, entre la sobremesa y los postres —la especialidad de la casa—, la charla se hizo más amena y salieron a colación muchos temas; se habló de planes sobre los posibles programas de televisión que se podrían filmar y ahí, precisamente en ese momento, hiciste el compromiso con las personas del canal de regresar a filmar una serie de cortometrajes sobre los panteones antiguos de la zona, comenzando por el que acababan de visitar, el cual tenía la peculiaridad de ser un camposanto particular y que, curiosamente, había sido autorizado veinte años después de que mediante las Leyes de Reforma se había legislado sobre la posesión, administración y uso de los panteones, que hasta antes de ellas eran administrados por la iglesia católica y nadie que no fuera bautizado dentro de esa iglesia podía ser sepultado en panteón alguno; ahora bien, lo interesante de ese camposanto es que prácticamente era, además de un cementerio particular, un cementerio de una sola familia y sus descendientes.

La visita y el recorrido, que se habían alargado prácticamente todo el día y se habían sumado a la agotadora y complicada jornada del día anterior, resultó fructífera pues se habían alcanzado varios objetivos, pero para ti en especial había sido muy provechosa. A partir de ahí no quitarías el dedo del renglón ni dejarías de investigar acerca de la figura del interesante personaje que estaba resultando ser el general Francisco Javier Gómez, acerca de quien hasta antes de esa visita no sabías casi nada, por no decir nada, salvo por los datos que te había proporcionado el maestro Melgarejo Vivanco en tu pasada visita a Veracruz. Ahora, a todo esto se sumaba el hecho de que parecía ser que habías encontrado en la persona de Julián Bello a un magnífico informante, quien además de ser él mismo todo un enigma, tal parecía que poseía la información que tú necesitabas. Y como si lo estuvieras pensando, sin querer lo invocaste y él comenzó a comunicarse contigo de nueva cuenta como cuando estaban en el camposanto, con la salvedad de que ahora tú estabas en medio de varias personas que intercambiaban sus conversaciones e ignorabas por completo dónde estaría él en ese momento. Aunque ahora sí te

intrigó sobremanera, sobreponiéndote dejaste que fluyera la comunicación, abstrayéndote de la reunión.

—Hola, mi estimado Fernando, espero no inquietarte y que el hecho de comunicarme contigo de esta manera no te moleste, no creas que yo puedo a voluntad interferir en tus pensamientos y seguirte a donde sea que te encuentres; si tú no lo permites yo no puedo acceder a tus pensamientos, pero si tú estás pensando en mí y coincidentemente yo estoy pensando en ti, entramos en sincronía, ambos hacemos propicia la comunicación y entonces yo puedo hacerte llegar mis pensamientos —le compartió Julián de manera clara y transparente en cuestión de segundos—. ¿Que dónde estoy, dónde me encuentro? No te inquiete eso, amigo, ni la distancia física que nos separa, acuérdate que el pensamiento es intangible y como tal fluye a través del espacio, acuérdate que es energía pura que produce nuestro cerebro en connivencia con nuestro espíritu, ¿o acaso no estamos compuestos de materia y espíritu? Acuérdate, de niños, cuando ibas a la doctrina en la iglesia, qué te decían: que el hombre, el ser humano, es cuerpo y alma; no sólo somos materia, sino también espíritu. Lo que sucede, amigo, es que le damos más importancia a las investigaciones sobre la materia porque sobre el espíritu es poco lo que sabemos y más lo que inventamos, ¿no te parece? —siguió diciéndote—. Acerca del espíritu sabemos muy poco.

—Sí, lo entiendo, amigo, de hecho todo esto ha ocurrido tan rápido que no he tenido tiempo de sopesarlo, de pensarla con detenimiento; de momento, cuando comenzaste a comunicarte conmigo de esta manera, no niego que me sobrecogí, sentí incluso miedo, pero ha sido tan fascinante esta experiencia, cosa que te agradezco, que estoy dispuesto a seguir adelante —le comentaste—. Y quisiera, si tú no tienes inconveniente, invitarte mañana a mi casa a almorzar antes de que me vaya a la ciudad de México, pues incluso, fíjate, ya tengo mi boleto para la una de la tarde, necesito estar por allá pues mi esposa está por dar a luz; es más, yo ya debería estar con ella, lo que me detuvo por acá ha sido la visita del señor gobernador del estado, de hecho yo debería haber llegado a México desde el lunes y mírame, todavía ando por acá —concluiste.

—¡Hola! ¡Yuju!, ¿estás aquí? —te dijo Rubén, pasando la mano ante tus ojos al ver tu mirada extraviada—. ¿Acaso estás aquí o te fuiste muy lejos? —volvió a decirte ante tu sobresalto al sacarte de tus pensamientos—. ¡Qué bárbaro, amigo!, tengo rato observándote y veo cómo sonríes, asientes con la cabeza y pareces estar conectado sabrá Dios a qué dimensión o con quién,

pero lo que sí me queda clarísimo es que aquí, en nuestra conversación, no estás —te dijó mirándote fijamente a los ojos, situación que te intimidó y avergonzó un poco.

—No, qué barbaridad, mi querido Rubén, aquí estoy, cómo crees, tal vez se me ha juntado el cansancio de estos tres días tan agitados y con tantas cosas que se han dado, pero nada más, mi querido amigo, aquí estoy; ya ves, habíamos quedado en visitar el cementerio desde el pasado 8 de enero y mira, visita cumplida, amigo, y con creces, ¿o no?—le respondiste sin inmutarte, acomodándote bien en el sillón de la sala de la casa de Conrado y Rebeca, al tiempo que te dispusiste a darle un buen sorbo al chocolate, hecho que te reanimó, y te integraste de nuevo al grupo—.Bueno, aparte de cansado estaba pensando en mi esposa y en mi hijita María Eugenia, que están en México, a quienes por cierto veré mañana, pues me voy para allá, amigo, la cigüeña está por llegar y tengo que estar con ellas —le dijiste dándole una palmada en la espalda—.Y a todo esto, yo creo que ya va siendo hora de marcharnos, ya le hemos dado demasiada lata a Conrado y a Rebeca, veníamos invitados a un almuerzo y ya hasta estamos cenando.

—Sí, claro, nosotros somos materia dispuesta para retirarnos a la hora que lo dispongas, tú mañana te vas a México y tendrás asuntos que arreglar; nosotros pasaremos al hotel por nuestras cosas y tendremos que tomar la carretera hacia Xalapa —te expresó Rubén, consciente de que ya era hora de partir y despedirse.

—¿Qué pasó, Fernando? Yo sigo aquí, no me he ido, y para que veas mi buena disposición, yo, que jamás acostumbro hacer visitas de este tipo, agradezco infinitamente tu hospitalidad, haré una excepción e iré a tu casa, lo prometo. Mañana temprano ahí estaré puntual en el barrio de La Palma, ¿o no es ahí?

—Sí, ahí es, pero, oye, otra vez me dejas perplejo, ¿cómo sabes dónde vivo?, porque yo, en las tres ocasiones que nos hemos visto, nunca te he dicho dónde es—le preguntaste intrigado.

—Bueno, tú nunca me lo has dicho, pero en un pueblo pequeño como el nuestro todas las personas del lugar, o casi todas, saben dónde vive el presidente municipal, ¿no crees? —te contestó en ese instante; de repente sentiste como que se perdía la comunicación entre ustedes, la fuerza o cercanía de su presencia, de sus mensajes, se fue diluyendo poco a poco hasta que salió completamente de tu pensamiento; ¡qué raro!, pensaste, ahora sí se fue. Y así como te sorprendió cuando comenzó a comunicarse contigo, de igual forma ahora que había cesado te quedó una sensación de extrañeza y por largo rato seguiste meditando lo acontecido esa tarde.

Si te había sorprendido el día en que lo conociste bajo la lluvia menuda, empujando tú solo tu camioneta hasta el acotamiento de la carretera, más lo había hecho ahora desenvolviéndose con una facilidad y naturalidad innatas, así como el hecho inusitado de haberse comunicado contigo sin necesidad de hablar, sólo a través del pensamiento; en aquella ocasión de los primeros días de enero, algo habías creído intuir y hasta pensaste que leía a la perfección los labios, cuando en realidad no sólo era eso, sino que leía tus pensamientos. Y en el camposanto particular te dio santo y seña de las familias Gómez Bello, Guzmán Gómez y Ríos Guzmán, con exactitud; qué manera de saber todo: fechas, nombres, acontecimientos, es como si fuera un personaje sacado de algún cuento o historia de suspenso, misterioso y enigmático, que aparecía y desaparecía a voluntad como si fuera un alma confinada a esos lares con la misión de perpetuar, difundir y guardar la memoria y presencia de sus ancestros. ¿Quién era en realidad, por qué se te había hecho presente a ti y te había ayudado a salir de la cuneta? Realmente no lo sabías y de hecho lo pensabas a cada momento. En todo aquello había algo raro: su figura, sus ademanes educados y corteses, su modo de hablar, su presencia siempre afable y sonriente, su figura y vestimentas como sacadas de una revista antigua, su corte de pelo, en fin, muchas cosas; sin embargo te atraía, no le tenías temor aunque no comprendieras del todo lo que pasaba porque a su lado te sentías bien, su presencia te inspiraba confianza, tranquilidad, hasta habías experimentado cierta paz que no acertabas a explicarte.

Después de despedirte de Conrado y Rebeca, de darles las gracias por todas sus atenciones y espléndida acogida como siempre, la salida de la hacienda fue rápida y de inmediato te dirigiste al hotel Vistahermosa para que Rubén y los muchachos recogieran su equipaje; como galanería del Ayuntamiento le dijiste al administrador que la cuenta pasara a cobrarla al día siguiente a la tesorería del municipio. Los despediste, hicieron planes para el mes de julio y de vuelta en casa decidiste empacar la pequeña maleta que llevarías contigo; después de hablar por teléfono largo y tendido con tu esposa y con tu hijita, te quedaste profundamente dormido, a tal grado, que esa noche, ya sin cólicos renales ni molestias de ningún tipo, te seguiste de largo hasta las ocho de la mañana, en que el timbre del reloj despertador te levantó de la cama, pues curiosamente, al unísono sonó también el timbre de la puerta.

—Buenos días, licenciado, ya no regresó usted, lo esperé en la noche por si venía a cenar, pero al ver que no venía decidí irme, sólo le dejé café en un termo y pan sobre la mesa —te dijo doña Julia una vez que te dio los buenos días—. Me imagino que va usted a desayunar, ¿verdad? —te preguntó—, ya tengo por ahí las naranjas, haré jugo y le voy a preparar más café; el otro, el

que seguramente dejó usted en el termo, lo utilizaré para hacerle su café con leche a Félix, que ya lo oigo por ahí en el gallinero dándole de comer a las gallinas, y sobre todo, dándoles las yerbas frescas que va y corta en el campo —dijo refiriéndose al buen hombre que barría los patios, regaba las plantas y se encargaba de mantener aseados los gallineros y recoger el huevo.

—Sí, claro, doña, nada más me doy un baño y desayuno; y sí, seguramente Félix ya anda por ahí, porque ahorita que salí a abrirle a usted, el zaguán ya no tenía la tranca, debe haber salido temprano al campo —le comentaste y agregaste—, ah, por cierto, doña Julia, ponga un lugar más en la mesa por si acaso, tal vez me venga a buscar un señor que se llama Julián. ¡Ah, pues nada menos que su tocayito, del que le platiqué ayer por la mañana!

—¿Ah, sí? ¿Y lo encontró usted?, ¿le entregó su capisayo y su sombrero? —te preguntó sorprendida.

—Sí, todo bien; pues es él quien va a venir, si llega cuando me esté bañando lo pasa usted a la sala y le ofrece algo de café —le encomendaste y te metiste a bañar.

Ya en la ducha, echaste a volar la imaginación y nuevamente aquella sensación de cercanía con Julián se fue dando poco a poco en el momento que tú recordabas el día en que lo conociste, presentiste que estaba al llegar y te apresuraste a vestirte; en eso estabas cuando escuchaste claro el timbre de la puerta e intuiste que había llegado, luego viste a doña Julia subir las escaleras y caminar por el pasillo rumbo a la cocina. —Doña julia, ¿no llegó nadie?, clarito escuché que sonó el timbre de la puerta —le preguntaste intrigado—, yo pensé que había llegado la persona que espero.

—Sí, de que tocaron, tocaron, oiga usted, pero no había nadie, sabrá Dios quién sería, luego son chamacos ociosos que pasan tocando los timbres como diversión y corren los caníjos, ya me lo han hecho, por eso prefiero asomarme de aquí arriba, del balcón de la sala, pero como usted espera a esa persona preferí bajar, y nada —te dijo con la mayor naturalidad—; es que le estoy dando de almorzar a Félix y como dejé algunas cosas en la hornilla de la estufa, subí luego; hay ocasiones en que cuando tocan me espero, porque figúrese, se ha dado el caso de que tocan y se van a la tienda de al lado y cuando uno sale no hay nadie, pero luego se asoman y ya se da uno cuenta que hay alguien, pero ahora sí no había nadie, yo pregunté, me asomé, esperé un ratito y nada, por eso me subí —te volvió a decir la buena mujer explicándote todo el protocolo de abrir el zaguán cuando alguien toca.

—No se apure, ya tocarán, mientras de una vez desayuno, porque no vaya a ser que, como sucede a menudo, traigan documentos para firma del Ayuntamiento o de parte de la

Tesorería y la mera verdad hoy sí tengo prisa —le respondiste ya encaminándote hacia la cocina y no acababas de sentarte a la mesa cuando de nueva cuenta llamaron a la puerta.

—No, no se preocupe, doña Julia, lo más probable es que sea alguien del Ayuntamiento, sobre todo por la hora —le dijiste—, usted sírvame y yo rápido bajo a ver quién es.

Y al bajar a abrir el zaguán, doña Concepción Cabañas viuda de López, la señora tesorera en persona, se hacía presente.

—Conchita, qué gusto verla, ahora sí, con tanta gira por la sierra, visitas a las congregaciones y en especial la visita del señor gobernador, casi no nos hemos visto y ni tiempo he tenido de ir al Palacio Municipal —le comentaste a la afable y sonriente mujer, siempre solícita y dispuesta a servir y a ayudarte en todo lo que le fuera posible—; pase, por favor, pase, llega usted a tiempo para que me acompañe a desayunar —le comentaste invitándola a pasar.

—Qué más quisiera yo que aceptarle un café, licenciado, pero discúlpeme por favor, resulta que ahora sí en verdad llevo mucha prisa, sólo me atreví a molestarlo porque entre los documentos que me hizo el favor de firmarme ayer, los que le envié con Élfego, figúrese que faltaron dos firmas y son del legajo que debo entregar en la Tesorería del estado, discúlpeme en verdad —y diciéndote eso, sacó una carpeta con los documentos y los dos entraron a tu despacho, donde procediste a firmárselos dándole una última revisada a todos los escritos—. Gracias, mil gracias, me voy ya que debo entregar todos estos papeles antes de las doce del día, pues siendo sábado sólo reciben documentación hasta mediodía— y viendo su reloj volvió a disculparse, acompañándola tú hasta el automóvil que la esperaba para partir rumbo a Xalapa.

—Oiga, Conchita, pero es inusual que trabajen en sábado —le comentaste un poco extrañado por la premura y por el día—, podrían esperar hasta el lunes, ¿no cree? —le insististe.

—No, cómo cree, el lunes ya será 2 de junio y estos documentos tienen que entrar aún en mayo, por eso trabajaron, no es lo usual —te dijo ya arriba del vehículo que la trasladaría a Xalapa.

Realmente la señora tesorera no estuvo contigo ni cinco minutos. Tocó, le abriste, se disculpó, te informó de qué se trataba, pasó brevemente a tu despacho, firmaste todo lo requerido y se fue, ni tiempo te dio de decirle que te ibas a México, que estarías por allá tal vez más de una semana. En realidad todo fue muy rápido, ya le hablarías por teléfono después, pensaste, y luego de cerrar el zaguán y caminar hacia las escaleras, advertiste regados en el piso una serie de papelitos que de inmediato se te hicieron conocidos; sin poderlo creer exclamaste: “No, no puede ser. ¿Otra vez? ¿De dónde salen estos papelitos?”. Seguramente se le cayeron a

Conchita, tal vez vendrían entre sus cosas. Con detenimiento los recogiste y pudiste comprobar que se trataba de los mismos misteriosos papelitos; más que eso, eran cartoncitos perfectamente cortados a manera de un pequeño rectángulo con el número 2640 que venían apareciéndose entre tus cosas, dentro de algunos libros, encima del tablero de tu camioneta, sobre tu escritorio. ¡Qué cosas!, pensaste, y sin más, los recogiste todos echándotelos a la bolsa del pantalón y subiste las escaleras, dándole vueltas al asunto; lo que parecía ser una cosa insignificante, murmuraste en voz baja, ahora se estaba convirtiendo en todo un enigma. ¡Qué cosas!, ¿verdad?, volviste a decir en voz baja, rascándose la cabeza ya para sentarte a la mesa de nuevo.

Después de desayunar bajaste a tu despacho y te pusiste a revisar algunos documentos que tenías que firmar; ya instalado en tu escritorio, observabas el ir y venir de la gente sobre la banqueta a través de los visillos, y entre que revisabas cosas y a ratos hojeabas el periódico transcurrió más de media hora; ya inquieto por la hora y la cercanía de tu partida hacia la ciudad de México, decidiste de plano salir a la calle y te encaminaste rumbo a la calzada del Paraíso pensando en Julián; te pusiste en marcha hacia abajo y mientras saludabas a los vecinos con quienes te cruzabas tuviste la coronada de que te lo ibas a encontrar; al momento, esa sensación de su cercanía se hizo presente de nueva cuenta.

—Vaya, vaya, qué desconfiado, creíste que te había dejado plantado, verdad —te dijo casi susurrándose al oído y en ese instante supiste que él estaba ahí o por llegar, lo interesante ahora era ver dónde estaba, por dónde venía—. Sí, efectivamente tu presentimiento fue el adecuado, eres bastante perceptivo, adviertes mi proximidad con facilidad, eres sensible y eso me gusta y me da confianza porque sé que entre nosotros hay afinidad —continuó diciéndote—; sí, sí fui yo quien tocó, pero definitivamente decidí no entrar porque tú tienes prisa, luego te llaman a cada rato del Ayuntamiento, te van a buscar gentes de las congregaciones, te llevan papeles a firmar, en fin. Así es poco lo que podemos charlar, espero que me entiendas y no lo tomes como un desaire, pero qué tal si caminamos por uno de estos parajes aquí cercanos, ¿te parece? No te molestes —te comentó y de inmediato supiste dónde estaba, porque a la distancia lo divisaste sentado sobre un muro de piedra del viejo puente del paraíso al terminar de bajar la calzada, y decidiste caminar hasta donde estaba sin objeción alguna.

—Hola, Julián, ¿cómo estás? De hecho, no sé por qué, pero conociéndote presentí que se iba a dar esta situación —le dijiste en el momento de llegar y de nueva cuenta, de manera ceremoniosa, te saludó inclinando su cabeza con su imperturbable sonrisa—. Me da gusto que hayas venido, aunque yo te quería invitar un café siquiera y no me diste la oportunidad, ni modo,

otra vez será, sólo quería agradecerte toda la interesante charla de ayer y poco a poco voy comprendiendo varias cosas que, antes amigo, con entendía —le dijiste sin titubear, haciendo uso de ese privilegio de compartir el pensamiento; si él lo hace y le gusta, pensaste, porqué no, y decidiste que con él era la mejor forma de comunicarse—. Te invité a venir a mi casa porque pensé que era lo más normal entre dos amigos, pero me he dado cuenta que prefieres que nuestros encuentros sean entre nosotros dos nada más, no quieres testigos ni que nadie esté presente.

—Veo y me parece que eres demasiado perceptivo y sensible, Fernando —te dijo de inmediato sin dejarte seguir con la conversación—, te entiendo y al mismo tiempo me congratulo de que sea así, porque sé, y no me queda ninguna duda, que cavilas a profundidad y tratas de intuir quién soy; tal vez tengas ese don y precisamente por eso me he podido acercar a ti —terminó diciéndote.

—Claro que sé quién eres. Julián Bello, ¿o no? —le respondiste, esbozando una leve sonrisa—. ¿Acaso me equivoco, amigo? —volviste a insistir—. Sé a lo que te refieres, ¿y sabes una cosa? Siempre tu presencia me es grata, cuando estás junto a mí experimento una sensación de tranquilidad increíble y siento que te conozco de toda la vida, no en balde me sacaste de aquella cuneta en la que caí el día que venía de Jalacingo. ¿O acaso mi accidente fue planeado?, ¿no fue eso, un accidente? Porque ahora que lo pienso y repaso todos los hechos, ya dudo hasta de mí mismo.

—Sí, pero entonces, según tú, ¿quién soy?

—Quién eres, a ciencia cierta, no lo sé; sé que antes que nada eres mi amigo, me inspiras confianza, paz y tranquilidad —comenzaste a decirle mirándole fijamente a los ojos—, tal vez eres un ser de otra dimensión; digamos, se me antoja pensar, algo así como un ángel: te veo, presiento tu cercanía, irradias paz, armonía, cierta luminosidad que empiezo a distinguir, sobre todo en el brillo de tus ojos. Por cierto, jamás he tocado tu piel, pues jamás nos hemos saludado de mano y me imagino que apareces y desapareces a voluntad y más bien permites que yo te vea, porque entiendo que, aun estando a mi lado, puedo, si tú así lo deseas, no verte; por eso estoy seguro de que eres un ser muy especial, con ciertos poderes u habilidades, no sé cómo llamarles, que te hacen único; por lo menos yo jamás había concebido o visto tales cosas en una persona normal, y con esto no quiero que pienses que te considero anormal, ¡no, de ninguna manera, eh! —le dijiste al ver la expresión en su cara y agregaste—: yo no me atrevería a afirmarlo de manera enfática pero, tal vez, ¿pudieras ser un ángel?

—¿Me lo preguntas?, ¿acaso soy anormal?, ¿te parezco diferente a los demás? Debo admitir que eres observador, sensible y, más que eso, diría yo, intuitivo —te dije de directamente, tranquilo, de manera pausada, pero te lo dije de frente, mirándote a los ojos—. ¿Y todo eso que me dices, así con esa vehemencia, no te atemoriza? —volvió a preguntarte sin apartar la mirada, tan profunda que sentiste que te traspasó y, por qué no, hasta sentiste que te cohibías un poco—; porque también hay ángeles malos, lo sabes, verdad —te preguntó sin dejar de mirarte.

—Claro que lo sé, la Biblia lo deja bien claro todo en el capítulo 6 del Génesis. En tu caso yo presiento que eres lo más parecido a un ángel; lo contrario sería un demonio y no, definitivamente tú ni remotamente eres eso —afirmaste con precisión y sin titubear—; yo sé que Dios permite a los ángeles estar entre nosotros los humanos, les permite encarnar en uno y mil personajes, incluso hubo épocas, tal vez muy remotas ya, en que hasta les concedió casarse con mujeres y procrear hijos e hijas, que luego las diferentes mitologías de los pueblos recuerdan como héroes o semidioses, ¿no es así? Lo nuestro, lo de ahorita, sé bien que no es fortuito y que Dios mismo lo permite, lo sé y como te lo he dicho ya, por eso no te tengo miedo; al contrario, me siento privilegiado de que me hayas escogido, ¡para qué!, eso no lo sé, pero algún motivo has de tener, en algún momento me lo revelarás —afirmaste de manera contundente, tanto que hasta tú mismo te asombraste de lo que estaba pasando—. Cuando fuimos a Atzalan tuve mis dudas y hasta pensé que estaba loco cuando el hombre aquel me dijo y sostuvo que yo iba solo; posteriormente, la tarde aquella en que te me atravesaste y Rubén se burló de mí y me dijo que ya veía fantasmas, comencé a esbozar esta teoría; luego, tu aparición en el camposanto ayer y la habilidad con que esquivaste a todos durante el recorrido escondiéndote entre los árboles y arbustos o buscando los sitios oscuros entre las tumbas al abrigo de la espesa niebla para que no te vieran, reforzó mi hipótesis.

—Oye, realmente me tienes anonadado, amigo, sobre todo tu templanza y entereza ante un hecho que cualquiera llamaría, además de insólito, extrasensorial o revelador del lado imperceptible de la existencia —te dije sorprendido y satisfecho—; además, sé bien que eres un hombre leído e interesado en los asuntos religiosos. ¿Sabes una cosa? —volvió a decirte—, tú sí que tienes fe y se te ha permitido que entres en contacto conmigo, porque aunque yo hubiera querido entrar en comunicación contigo, si tú no hubieras querido, si tú no fueras receptivo, sensible y además, y he ahí lo más importante, no se te hubiera autorizado, yo no habría podido comunicarme contigo jamás. Pero hay otra cosa —insistió de nuevo—, dices que soy un ángel,

así me has percibido y sabes bien que nunca te haría daño o trataría de perjudicarte, ¿verdad; eso lo sabes bien y si lo sabes es porque te ha sido permitido, ¿me entiendes?

—Creo que sí lo entiendo, lo que no alcanzo a comprender es cuál es tu misión —le hiciste ver sin titubeos—, qué es lo que me quieras comunicar o compartir; hasta donde lo entiendo todo está relacionado con la figura del general Francisco Javier Gómez, ¿por qué?, todavía no lo comprendo. Todo comenzó a raíz de que yo oí hablar de él y eso fue por accidente, porque al escuchar aquella ya lejana tarde de domingo en la televisión que la Hacienda de Santa Cruz era o había sido propiedad de Guadalupe Victoria, supe que era un error, que no era cierto y que habría que buscar la verdad. Y mira, buscando esa verdad tú me encontraste a mí o yo a ti, qué sé yo, el caso es que henos aquí charlando como dos viejos conocidos.

—¿Por qué crees que tengo una misión?, ¿acaso, fortuito o no, nuestro encuentro no nos ha llevado a ser amigos? ¿Por qué forzosamente tengo que tener una misión? El simple hecho de que nos hayamos hecho amigos y charlemos de manera amena como ahorita, ¿no sería suficiente? —te interrogó de nueva cuenta—. Creo que esto se está volviendo enredado, ¿no crees? Mira, te propongo un plan, hagamos lo siguiente: tú tienes que marcharte a la ciudad de México, arreglar tus cosas y apresurarte, de lo contrario hasta puedes perder el autobús y no es el caso; vete tranquilo, descansa durante el viaje, si es posible hasta duerme, relájate, y a tu regreso platicamos, amigo, ¿te parece? Ah, y una cosa muy importante, y esto es en serio, muy en serio, eh, yo no soy un ángel, simplemente soy tu amigo Julián Bello, vecino oriundo aquí de la congregación de Francisco Javier Gómez, nada más; te agradezco la gentileza de considerarme un ángel, pero no lo soy ni tengo tales poderes, ni el Señor me ha mandado, ni soy portador de ningún mensaje. Y quiero aclararte una cosa, ahorita, si estoy aquí fue porque me invitaste a tu casa y si me lo pediste es que algo te preocupa; como ya lo has dicho, yo también soy perceptivo y por eso vine, quiero ayudarte, sí, pero tú aún no me has dicho para qué querías que nos viéramos hoy.

—¡Vaya que sabes darle vuelta al asunto y tomar la sartén por el mango!—le dijiste sonriendo y dándote por vencido—. Sí, es cierto, quería hacerte no una pregunta, sino cientos de ellas, sobre todo a raíz de tus explicaciones en el cementerio, del hecho de por qué sólo yo puedo verte y los demás no, cómo podemos comunicarnos de la manera en que lo hacemos, por qué presiento tu cercanía; en fin, ya ves, no es una sola pregunta, sino muchas, pero ahora que te he conocido y sé de tus facultades creo que sí puedes ayudarme en lo que te voy a plantear, pues más que una pregunta es un cuestionamiento a algo que me está sucediendo y que se ha

desencadenado a raíz de mi interés, como bien apuntas, sobre la figura del general y sacerdote Gómez.

—¿Y cuál es esa consulta que me quieres hacer?, ¿acaso te quedó alguna duda de lo que ayer te comenté? Yo lo único que hice fue trasmitirte lo que en familia conocemos como la tradición oral, que de padres a hijos se va dando, generación tras generación. Por lo menos en mi familia así se estila y eso nos ha permitido conocer nuestras raíces, quiénes somos y de dónde venimos, y cuando te lo platican así, en las sobremesas en casa, al calor del fuego cuando tienes chimenea, en alguna tertulia familiar o al hojear algún álbum de recuerdos y objetos o pinturas y fotografías, se te graba muy fácil y jamás se olvida porque todos esos relatos pasan a formar parte de tus pensamientos, de tu memoria, y si de algo me precio yo es de tener buena memoria, ¿me crees? —te dije sonriendo.

—Claro que te creo, amigo, más después de todo lo que me platicaste ayer, fue maravilloso y no sabes cómo te lo agradezco, tanto que este pequeño almuerzo que quería ofrecerte era para eso; aun así, tengo, bueno, no una sino muchas preguntas pendientes que se quedaron en el aire, pero en especial una: ¿qué es para ti el general Francisco Javier Gómez, cómo sabes tanto acerca de él y toda su familia? —y agregaste lo siguiente ante el asombro de tu interlocutor, quien te observaba sorprendido pues no conocía esta faceta tuya demandante e inquisitiva— Tú te apellidos Bello, igual que yo, pero todavía no me has mencionado tu segundo apellido; además te quería externar algo que debí haber hecho en aquella ocasión que te divisé en la hacienda de manera tan rápida: ¿sabes que tienes un gran parecido con la persona de ese general Gómez? Yo mismo lo vi el día en que ya solo, sin tu presencia, porque me abandonaste abruptamente, encontré entre varios trebejos y cosas muy antiguas que guardaba el señor Pazos, un cartel de las fiestas del Centenario de la Independencia con la imagen de un personaje que, según el propio señor Pazos, es el mismo general Gómez. ¿Me puedes creer, amigo? ¿Me puedes aclarar todas estas interrogantes y el hecho de por qué te pareces tanto a la fotografía o pintura de ese señor?

—Bien, claro, vamos por partes: mi segundo apellido es Gómez, mi parentesco con el general Francisco Javier Gómez viene siendo algo así como mi tatarabuelo, motivo por el cual te darás cuenta estoy enterado de su vida y de la vida de sus descendientes, y fíjate una cosa muy curiosa —agregó— llevo los mismos apellidos que el general Gómez, sólo que al revés, a la inversa; él es Gómez Bello y yo soy Bello Gómez, ¿no tiene gracia eso, amigo?

—¿El general Gómez se apellidaba Bello? Eso sí no lo sabía y es que como tiene un nombre compuesto: Francisco Javier, sólo le ponen el primer apellido, por lo menos así es como he oído hablar de él o lo he visto escrito por ahí —le comentaste sorprendido de que su segundo apellido fuera Bello.

—En efecto, así es —te dijo y de inmediato volvió a lo de su parecido con el general Gómez—. Oye, y eso que me dices de mi parecido a la pintura o fotografía de ese cartel que mencionas no sé qué responderte puesto que yo jamás lo he visto; es más, ni sabía de su existencia y eso que he estado en ese lugar no una sino muchas veces —respondió sin titubeos a tus cuestionamientos.

—¿Tú, tataranieto de Francisco Javier Gómez? Si te ves muy joven, a lo sumo yo te calculo unos treinta y tantos años, no más; para ser tataranieto de un individuo que murió en 1855, según me dijiste, deberías de tener más años ¿no crees? Aunque pensándolo bien, eso sería lo de menos —le respondiste de inmediato— además, si mal no recuerdo, el señor Pazos me dijo que la imagen de ese cartel la sacaron de una reproducción de una pintura de cuando éste hombre tenía algo así como 32 o 33 años.

—Pues mira, siempre se entera uno de algo nuevo; yo sabía, pues eso lo platicaba mi abuela, que en la casona vieja de la hacienda, hoy ya en ruinas, en la sala o en algún salón principal existían dos grandes pinturas de él: una siendo militar y la otra ya siendo sacerdote y con más años, ¿cómo ves? Pero yo nunca las vi, sólo recuerdo haber visto por ahí unas reproducciones de esos cuadros —te explicó sorprendido de todo lo que él supuestamente sabía en torno a los cuadros o imágenes de su tatarabuelo—. Se dice, se sabe por ahí entre los parientes —continuó diciéndote—, que cuando los señores Ríos vendieron la hacienda esos cuadros desaparecieron, ve tú a saber dónde quedaron, pero sí me tiene intrigado lo que me has dicho respecto al parecido que guardo con mi tatarabuelo, será porque jamás he visto una pintura de él; ya será cosa de que en otra ocasión que nos veamos me muestres el mencionado cartel, ¿te parece, estarías dispuesto a ello? —terminó diciendo y agregó—: ¿han quedado disipadas tus dudas?, ¿me crees? Porque ahora a quien dejas intrigado es a mí con eso del cartel; tanto, que hasta estoy pensando en darme una vueltecita por la “Casa Pazos”.

—Disculpa, Julián, pero no tiene caso que vayas, ahí ya no está, el señor Pazos me hizo el favor de prestármelo para mandar hacer algunas reproducciones del mismo y poder ponerlas en el ayuntamiento. Se lo llevé a un amigo mío que es diseñador y todavía no me lo regresa; descuida, en cuanto lo tenga, yo mismo te obsequiaré un cartel para que lo pongas en tu casa y

te sorprenderá tu parecido con él, no en balde dices que es tu tatarabuelo; así pasa, hay genes que son muy persistentes y se heredan de generación en generación —afirmaste con seguridad para dar por terminadas tus preguntas.

—Oye, pero volvamos a tu cuestionamiento o inquietud inicial que quieras confiarme, pero te aclaro una cosa, eh, no sé de qué se trate pero adivino no soy, de una vez te lo advierto —te dije como presagiando lo que te traías entre manos.

—No, cómo crees, si no te lo pregunto porque seas adivino; no, qué barbaridad, simplemente, verás, es una bobada, hasta pena me da preguntártela, pero ahí te va —y sacándote de la bolsa del pantalón le mostraste en la palma de tu mano izquierda los cartoncitos que minutos antes habías recogido del pórtico a la entrada de tu casa, una vez que doña Concepción Cabañas, la señora tesorera, se había marchado—. A raíz de que regresé del puerto de Veracruz, después de haber asistido a la ceremonia del aniversario de la proclamación de la Ley Agraria del 6 de enero de 1915, a menudo encuentro estos cartoncitos o papelitos con la inscripción de este número, 2640, y cada día que pasa aparecen más y más, al grado de que ya no sé qué hacer con ellos y lo que es peor, ya hasta los empleados del ayuntamiento y hasta mi secretaría los identifican conmigo; me dicen, se le cayó esto, esto debe ser suyo, y salen por todas partes, en la camioneta, entre los libros, entre los papeles que voy a firmar, tirados en el piso, como éstos que encontré.

—Pues mira que sí tiene gracia esto que te pasa y me cuentas —te respondió de inmediato, moviendo la cabeza y haciendo cara de extrañeza—, pero grave no es la cosa; inquietante sí, porque ¿de dónde salen los papelitos, quién te los manda o está interesado en que los recibas? Porque una cosa sí te digo, solos no llegan, no pueden volar ni nada por el estilo pero de que están dirigidos a ti eso no me cabe la menor duda, de lo contrario no los recibirías; ahora bien, cuatro números qué significado pueden tener, no integran un número telefónico y ninguno de ellos es cabalístico o algo así, tampoco son la terminación de un número de la lotería, ni integran alguna fecha significativa —volvió a decir reflexionado en el asunto—; tal vez podría corresponder al número de algún archivo —agregó—, podrías investigar los archivos que guardan ahí en el ayuntamiento como primera instancia —se me ocurre—; a lo mejor alguien de ahí quiere llamar tu atención sobre algún asunto o qué se yo; así de momento es lo que te puedo aconsejar, pero lo que sí es extraño, raro o inusual es cómo te llegan, quién te los pone u envía, porque hasta ahorita, todos han aparecido o están relacionados con gente del ayuntamiento, con el manejo de papeles, por eso me inclino a pensar que es el número de un expediente, ¿de dónde?, no lo sé, pero de eso sí estoy seguro, habrá que esperar a ver si siguen apareciendo y lo

interesante, por lo que apuntas, es que el número es el mismo —y cerrando los ojos se quedó así frente a ti, como tratando de encontrarle una solución al asunto y abriendo los ojos de nuevo hizo el siguiente planteamiento—: Tal vez ese número, además de corresponder a un expediente, a algún libro que sabrá Dios en qué biblioteca se encuentre, sí es como se dice una pista, una señal que te va a llevar a descubrir algo; lo que sí te puedo afirmar es que no es nada maligno, es como yo lo percibo, así que estate tranquilo, ya sabrás de qué se trata más adelante.

—Qué bueno que lo percibes así amigo, en parte eso me tranquiliza y tus razonamientos se me hacen, además de propositivos, lógicos; necesito poner en orden mis ideas y hacer lo que me dices, a mi regreso haré que revisen toda la numeración de los archivos con que cuenta el ayuntamiento: tanto en la tesorería como en el registro civil y, por qué no, hasta podría ser el número que le corresponda a un acta de nacimiento, en fin, se me ocurren muchas cosas pero me deja tranquilo tu percepción de que no es nada maligno —le respondiste, asentando con la cabeza que estabas de acuerdo—; hasta se me ocurre que podría ser algo así como un espíritu chocarrero, ¿o no? ¿Tú no crees que existen esos espíritus que luego, como se dice coloquialmente, nos quieren mover el tapete? —y al decir esto, de plano soltaste una carcajada ante tal ocurrencia y agregaste—: Bueno es que un perdido a todas les va, ¿o no es cierto? —expresaste poniendo cara de ingenuo.

—Habrá que esperar a que regreses y entonces seguiremos charlando sobre este asunto, no le des tanta importancia, tal vez sea como dices, aunque yo no estoy muy convencido en eso de los espíritus chocarreros, pero luego el destino o la vida nos enfrenta a cada cosa que ni imaginamos que puede suceder —terminó diciéndote, al tiempo que te hacía una pequeña inclinación de cabeza y te deseaba muy buen viaje—; ya vete, es tiempo de que te vayas. A tu regreso, te repito, nos veremos de nuevo.

Se fue caminando por la calle de Juárez cuesta abajo, como dicen los vecinos, hasta que dobló en la esquina de la calle “Héroes de Veracruz”, cosa que te extrañó, pues hubieras apostado que daría vuelta en la calle de “Arteaga” hacia la Cruz Verde, camino a Santa Cruz. En fin, pensaste, menos mal que vino, me escuchó y pude disipar algunas dudas de los miles de cuestionamientos que deseaba hacerle. En esta ocasión, no obstante lo enigmático de su personalidad, lo notaste más accesible y menos misterioso, tanto que hasta sacaste de tu cabeza esa idea de que podría ser un ángel o algún ser misterioso, pero de que era un ser especial sí estabas convencido y lo que más te intrigaba de todo este asunto en que se mezclaba la figura de Francisco Javier Gómez Bello, era eso precisamente; todo había comenzado o estaban pasando

estas cosas desde el momento en que te habías interesado por desentrañar el misterio de saber a quién había pertenecido la Hacienda de Santa Cruz, quién era este general-sacerdote de quien todos sabían su nombre pero de cuya persona no conocían nada en absoluto, ni de su pasado, ni de su historia, la cual estaba ligada obviamente a la vida misma del municipio y la región.

Ya en la ciudad de México, una vez que habías ido a casa de tu suegra a recoger a tu esposa y a tu hijita, recostado, descansando y platicando con la pequeña María Eugenia, quien apenas contaba con dos años y medio de edad y a quien habías extrañado en esos días de no verla, te tuviste que parar de inmediato y ayudar a tu mujer a bajar las escaleras, subirla al carro y enfilar hacia el hospital con cierta premura, pues creías que la criatura nacería en el coche; afortunadamente todo salió bien, llegaron justo a tiempo, a los pocos minutos nació Esther, tu segunda hija. Ese día fue uno de los más felices de tu vida y, de igual manera que el 10 de noviembre de 1977, ese sábado 31 de mayo de 1980 lloraste de felicidad recargado sobre el regazo de tu madre. Vaya fin de fiesta, había sido un mes de mayo muy agitado: lo habías comenzado el día primero con el desfile del “Día del Trabajo”, en compañía de los obreros, luego vinieron las celebraciones de las fiestas del cinco de mayo, fecha en que se celebra la feria del pueblo, que curiosamente no es patronal; siguieron giras, idas y venidas a las congregaciones, para terminar con la visita del gobernador a Mecacalco y a Altotonga y cerrar con broche de oro con el nacimiento de tu hija.

De regreso a Altotonga, ya a fines de junio de ese mismo año, volviste a tomar el ritmo de los asuntos inherentes a la administración municipal, donde todo estaba por hacer y no había presupuesto que alcanzara, de no ser lo necesario para pagar los salarios de los empleados y de la policía municipal, cuya corporación, incluyendo al cabo y al comandante de la misma, no excedía de seis elementos, los cuales, cuando salían de rondín por las calles del pueblo, no cabían en el viejo *Ford Galaxy* de ocho cilindros modelo 1968, de color rojo, que sin el consabido tubo de escape anunciaba su presencia dos cuadras antes y les daba a tiempo a algunos de pegar la carrera y escabullirse a la acción de la justicia. “O te asosiegas o te descargo todo el peso de la ley”, les decía el comandante con la dura macana de hule comprimido en la mano. De cantina en cantina recogía borrachos que ingresaban a la cárcel y uno que otro escandaloso que perturbaba la paz pública; todos, sin excepción, salían en libertad al día siguiente, una vez pagada su multa.

Varios días después de haber llegado e idas y venidas constantes a Xalapa te comenzó a inquietar la ausencia de la presencia esotérica de Julián, quien a través de sus habilidades de telepatía entraba en tus pensamientos y conciencia, y a menudo tú sentías su cercanía de

inmediato. —¿Qué pasaría con Julián? —te cuestionabas. Desde tu regreso no habías vuelto a saber de él, aunque a diario te hacías el firme propósito de ir a buscarlo a Santa Cruz y a donde lo habías visto la primera vez, pues a ciencia cierta no sabías dónde vivía, cuál era su casa y quiénes sus familiares; nunca se habían dado las condiciones como para que te invitara a su casa y en ese sentido tenías tus serias dudas de que algún día eso se fuera a dar y por más esfuerzos que hacías con tu pensamiento y te concentrabas en su recuerdo, él no aparecía. En ese momento decidiste hablar con don Leonardo Aburto, el comandante de policía, para encargarle que por favor investigara en Santa Cruz, en Talixco y en Atzalan y sus alrededores el paradero o adónde se habría metido el enigmático Julián Bello Gómez, tu amigo; poco antes de mandarlo llamar y que éste acudiera a tu presencia, mientras subías las escaleras hacia tu oficina te interceptaron dos madres de familia, que de manera airada y un tanto grosera te reclamaron los malos tratos que el comandante daba a la ciudadanía.

—No es justo, señor presidente municipal, que este individuo pelado e insolente trate así a mi pobre hija —reclamó una de las mujeres.

—Sí, no es justo, para nada —reclamó la otra casi al unísono—. Por poco medio mata a nuestros hijos este infeliz y luego, para colmo de males, los trajo y encerró en esa pocilga que es la cárcel municipal, toda llena de meados y con las paredes pintarrajeadas de obscenidades, ¿se imagina, traer ahí a mi pobre niña? Ese fulano es un barbaján, no sé cómo permite usted a una persona así entre sus colaboradores.

—Bueno, mis queridas señoras, vayamos por partes. Primero, ¿de qué me están hablando, que al hacerlo las dos al mismo tiempo no entiendo nada? Ustedes gritan y gritan y seguimos igual, pasen, siéntense y hablemos con calma y una por una —les dijiste, sensiblemente molesto ante tal alboroto—. ¿De qué me están hablando?

Entonces Cristina, tu secretaria, intervino y te explicó: —Las señoras se quejan, señor presidente, de que el comandante de policía se trajó en la patrulla a sus hijos y los encerró en la cárcel a los dos juntos.

—¿Y tiene eso algo de raro? ¿Pues qué hicieron? —preguntaste sorprendido.

—No, señor presidente —te explicó Cristina—, los chamacos esos son novios y el comandante los levantó por estar haciendo actos inmorales en plena vía pública, ¿se imagina usted? Y don Leonardo viene y los mete en la cárcel juntos y eso fue el acabose.

—¿El acabose? No entiendo —replicaste asombrado—. Acaso ahí adentro...

—Pues sí, señor, ahí adentro, y con perdón de usted, como se dice vulgarmente ahí se la cogió, toda la noche le dieron vuelo a la hilacha —te respondió Cristina toda sonrojada, colorada, colorada—. Y estas señoras, mamás de ambos chamacos, es lo que alegan.

—¡Válgame la sangre de Cristo! Esto sí que es inaudito; éste sí que es un caso para que intervenga el síndico primero, encargado del Ministerio Público Municipal —exclamaste todo mortificado y entonces sí exigiste la presencia del comandante.

El comandante de la policía, hombre rústico, de pocas palabras, honesto y vertical a carta cabal, ante ti confesó el hecho y aceptó que los había puesto a los dos juntos, cuando usualmente en esos casos se encerraba al varón y a la muchacha por separado y se les tenía en la alcaldía hasta que llegaban los padres de ambos y se aclaraban las cosas.

—Pues mire usted, ciudadano, yo lo hice así porque estos chamacos ya hasta viven juntos; los sorprendí haciendo el amor, haciendo cosas deshonestas que no se hacen a la luz pública, ellos estaban fornicando en la banqueta, afuera de una cantina, y hasta tenían público que les aplaudía y unos cabrones, con perdón de usted —te participó de manera respetuosa—, hasta apostaron dinero a que sí se la cogía en la calle, creo que a cada uno de ellos les iban a dar dos mil pesos por coger en la vía pública. ¿Puede usted creer esto, señor presidente? No, si yo mandé desde ayer, una vez que los traje detenidos, al cabo Agustín Aburto a que localizara a las mamás de estos chamacos y nunca vinieron, se presentaron hasta hace rato, señor, en que usted mismo las oyó cómo gritaban y vociferaban ahí en la comandancia. Con esas viejas siempre es lo mismo, no se puede, y oiga usted, ciudadano, son gente baja, muy baja, vulgar hasta más no poder; bueno, no tiene usted idea, señor presidente, de lo que son capaces esas gentes, no se puede con ellas —el comandante te explicó largo y tendido todo lo sucedido.

Todo aquel episodio se disipó cuando el síndico primero te informó todos los pormenores del caso, te corroboró que lo que decía el comandante era cierto, te explicó que las airadas madres eran cantineras y dueñas de un prostíbulo y que los susodichos infractores eran mayores de edad, amasios y seguido armaban espectáculos de esa naturaleza. La multa que les impusiste fue de dos mil pesos a cada uno. Ni modo, te dijiste, perdieron la apuesta, y mandaste investigar qué clase de permisos tenían esos tugurios y qué autoridades se los habían otorgado. Tú y tu administración, te quedaba claro que no, vaya la de cosas con las que hay que lidiar en un ayuntamiento, pensaste, mientras te recuperabas de los sobresaltos, la impresión y lo inaudito de los hechos. Pasado todo esto decidiste hablar, por fin, con el comandante, y le pediste a Cristina que no los molestara ni interrumpiera nadie.

—Oiga, güero, ¿usted cree en los fantasmas? —le preguntaste al comandante a bocajarro, mirándolo a los ojos, cara a cara, con una mirada que lo sacó de balance; no supo qué contestarte y titubeando, apenas acertó a pronunciar:

—¡Fantasmas, ciudadano?... ¿Fantasmas? ¿A poco ya le fueron a usted con el cuento ese de cuando me salió la llorona allá por la Poza de Tiomingo? —te respondió sorprendido, todavía sudoroso y exaltado por lo sucedido momentos atrás.

—No, mi comandante, cómo cree usted, es simplemente una pregunta que se me ocurrió al azar y que sí, tal vez tenga que ver algo con lo que le quiero pedir por favor que me investigue —le dijiste de manera pausada, sentado frente a tu escritorio y bajo el gran cuadro del escudo de Altotonga que presidía el salón de cabildos, en el cual se puede leer con claridad la toponomía de Altotonga: *Alt*, de agua; *totonchi*, caliente o vaporizante y “co”, el locativo: lugar de agua caliente.

—Usted dirá para qué soy bueno, ciudadano, que en lo que yo pueda servirle estoy a sus órdenes —te contestó ya más tranquilo—. ¿A poco quiere usted, señor presidente, que busque yo a un fantasma? —balbuceó asombrado y con cara de incredulidad.

—No, hombre, es sólo una broma, comandante, ¿cómo cree? —le respondiste palmeándole el hombro—. No, se trata de un amigo o conocido mío que hace tiempo no veo y me parece raro porque él me buscaba seguido, o más bien, se me hacía el aparecido cuando yo menos lo esperaba; por eso, en son de broma, yo le decía que se me figuraba un fantasma.

Con calma y de manera más que explícita le fuiste relatando todos tus encuentros con Julián Bello Gómez, tu amigo de Santa Cruz, lo peculiar, inesperado y sorprendente de tus encuentros con él, sus finos modales y educada manera de expresarse, su atuendo un poco estrafalario o pasado de época, que un poco te hacía evocar a los hippies o a alguien que se vestía a la usanza del siglo XIX, su corte de pelo largo y relamido con una pequeña cola de caballo, su presencia afable y gentil, sus amplios conocimientos sobre la persona de Francisco Javier Gómez Bello, sus poderes o facultades extrasensoriales, la forma de comunicarse contigo a través de la telepatía, lo que tú sentías cuando él estaba cerca, cómo te hacía sentir su presencia, tus frecuentes charlas, lo que tú presentías acerca de él y, sobre todo, el hecho que de repente, por lo menos desde tu regreso de la ciudad de México a mediados de junio, no habías vuelto a saber de él. Ya para terminar de contarle al comandante todas tus cuitas respecto a Julián y como algo relacionado con sus apariciones repentinias, incluso le mostraste el paquete de cartoncitos, que ya sumaban más de cien, en los que se podía observar el número 2640 y que, acomodados en una caja de madera, estaban sobre tu escritorio. Él, con curiosidad los observó, y tomando uno

con su mano lo cotejó con uno igual que traía en su cartera. —Mire, yo tengo uno igual que guardé por curiosidad y que venían en medio de unos documentos que el otro día le ayudé a guardar a doña Natalia; simplemente me llamó la atención y ya ni sé por qué lo guarde. ¡Ah, sí! —reparó de inmediato—, lo guardé porque Élfego me dijo que usted los colecciónaba o algo así; decidí guardarlo y hasta ahorita que me los enseña me acordé de estos papelitos, qué curiosos, y más la manera como aparecen —te comentó.

En eso estaban cuando un fuerte viento del sur abrió las ventanas del salón de par en par y los cartoncitos comenzaron a volar por todas partes; algunos fueron a dar hasta el parque, otros sabrá Dios hasta dónde habrían ido a parar. Al cerrar las ventanas sólo quedaron un par de ellos sobre el escritorio y tú comentaste: —Total, luego llegarán más, y mientras sigan llegando yo sé que Julián por ahí está, por ahí anda, ya vendrá.

Pasaron los días, las semanas, los meses, los años y pronto se llegó el día en que dejarías la presidencia municipal: el 30 de noviembre de 1982. Ese día, ya por la noche, sacaste los pocos papeles personales que tenías en tu escritorio y los subiste a tu automóvil; entre ellos alcanzaban a distinguirse algunos de esos misteriosos cartoncitos. Ya para arrancar tu coche, el comandante se acercó afectuoso y cuadrándose como solía hacerlo te dijo: —Sin novedad, mi ciudadano, todo en orden, y de aquel asunto que me encomendó hace ya casi dos años nunca hubo nada, ni señas de ese señor Julián; de todos modos, si lo llegara yo a ver o a saber de él, cuente con que se lo haré saber de inmediato.

—Ya a partir de mañana que no será usted el presidente municipal, sepa que cuenta con mi amistad y lealtad incondicional para siempre —terminó diciéndote, cuadrándose ante ti con su característico quepí color caqui, con la placa oficial de la policía municipal sobre la visera, su chamarra verde, su camisa y pantalones color caqui también, todo él muy circunspecto y servicial como siempre.

Tres años más tarde, don Leonardo Aburto se convirtió en tu compadre de grado al aceptar tú ser el padrino de primera comunión de su hijo Armando. Once años después, ya viviendo tú en la ciudad de México, lamentaste profundamente su muerte. En el servicio de su deber, como comandante de la policía municipal de Altotonga, fue baleado por un delincuente al que perseguía y éste le causó la muerte.

## Nueve

Sábado 15 de julio de 1826

Cincuenta días después de aquel esperado encuentro de las dos familias, el sábado 27 de mayo en Teziutlán, donde decidieron y acordaron la fecha, los ajuares, la comida, el vino, los invitados, los arreglos florales, el arreglo de la iglesia, los padrinos de velación, las damas, los pajes y todo lo que la ocasión ameritaba de acuerdo con la prosapia y abolengo de los contrayentes, pero sin exceder los gastos y en sintonía con la austera moral republicana del novio y la sencilla manera de vivir de la familia de la novia, que todavía guardaba luto por el fallecimiento del recordado e ilustre don Domingo Antonio de la Torre, de nueva cuenta se reunieron, pero esta vez lo hicieron frente al atrio del templo de la virgen del Carmen. La novia, bellamente vestida de blanco, resplandecía bajo los rayos del fuerte sol de mediodía, era julio; el novio, en su impecable uniforme de gala de coronel del ejército mexicano, lucía su condecoración de la Cruz al Mérito en Batalla por su brillante y heroica actuación en la defensa de la villa de Córdoba en mayo de 1821. Todo mundo estuvo ahí, nadie de quienes tenían que estar faltó, incluidos el fiel Juan Cástulo y el coronel José María Jarero Ruiz, inseparable compañero de armas del novio, y la misma doña Matilde Díaz viuda de Salazar, oriunda de Tlapacoyan, así como algunos de sus hijos, tan ligados a Francisco Javier y a Guadalupe, su hijita desde hacía ya diez años, en los tiempos en que como teniente de los Libres de Altotonga había encabezado aquella aventura al puerto de Boquilla de Piedras.

La misa, solemne y de liturgia de fiesta, estuvo acompañada por el coro de niños de la parroquia a los que asistía y acompañaba todos los domingos Manuelita, pues ella era quien lo dirigía y lo había organizado tres años atrás, cuando todavía se llamaba Jesusa, y un selecto ensamble de cuerdas, de ahí de Teziutlán, tocó música de Juan Sebastián Bach; todo mundo, emocionado, se había dado cita en el templo de Nuestra Señora del Carmen, y lo mismo familiares y amistades que gente en general de la población que apreciaba y conocía a la novia quiso estar ahí; el templo, abarrotado la víspera de la celebración de la fiesta patronal, lucía espléndido lleno de flores y hubo necesidad de abrir todas las puertas para que el aire circulara y el calor, al influjo de las velas, fuera más tolerable para la gran cantidad de personas que se habían congregado. No todos los días se casaba una joven tan apreciada, no sólo en Teziutlán sino en la región, como Manuelita, quien radiante y emocionada hasta las lágrimas contemplaba aquella ceremonia y guardaba muy adentro de su corazón aquellos inolvidables momentos.

—¿Sabes una cosa, mi amor? —le susurró al oído Francisco Javier—, el templo se viene abajo de lo lleno que está porque hoy se casa la muchacha más hermosa de Teziutlán y la más querida por todos, ¡porque mira cuántas, cuántas gentes han venido! Y yo me siento el hombre más afortunado del mundo al convertirme, en unos minutos más, en tu esposo —y rompiendo el protocolo y la costumbre le levantó el velo y le dio un beso en la frente; ella, ruborizada, cerró los ojos en señal de agradecimiento por aquel inolvidable gesto de su novio.

La ceremonia, en el muy coloquial decir de los asistentes y en especial de los lugareños, estuvo muy lucida y la presencia del obispo de Puebla le dio más realce todavía; no todos los días un obispo hacía viaje para casar a una joven pareja, comentaban, y aquí todo se había conjuntado de maravilla. Doña Francisca, la madre de Francisco Javier, sus hermanas y la pequeña Guadalupe lucían espléndidas, dignamente ataviadas como correspondía a su posición. La pequeña Guadalupe, con su pelo ensortijado y su vestido de organdí color marfil, semejaba a una bella princesa sacada de un cuento de hadas y sus ojos, sus hermosos ojos verde esmeralda, hicieron que toda la concurrencia se fijara en ella; la niña era de llamar la atención por su belleza y al encabezar la entrada de los novios a la iglesia causaba miradas de admiración por doquier. Su padre de sangre, el coronel Jarero Ruiz, embelesado, no dejaba de admirar a su pequeña, el vivo retrato de su madre; ilusionado, no apartaba su vista de ella y esperaba con ansias los días por venir, pues pasados los festejos de la boda él y Guadalupe, en compañía de Soledad, la tía de la niña y prácticamente su madre de crianza, partirían hacia San Andrés Tuxtla para que los padres de su difunta esposa Esmeralda conocieran a su nieta, de la cual hasta antes de la carta que él les había hecho llegar narrándoles toda la historia, ignoraban su existencia. Ese viaje sería para él, pensaba, un bálsamo que cicatrizaría todas sus heridas y la puerta de entrada a una nueva vida.

El festejo de los espousales se llevó a cabo en los amplios jardines de la casa en Chinautla de la familia De la Torre, amigos cercanos del novio y primos hermanos de la novia; fue un festejo que se prolongó por dos días hasta que Manuelita, ahora señora de Gómez, y Francisco Javier tomaron la diligencia hacia la ciudad de Puebla, el lunes 17 muy temprano por la mañana, pues era un viaje de casi un día de camino, teniendo como destino final la ciudad de México, donde los recién desposados permanecerían quince días después de una estancia de tres días en una finca campestre en el pueblo de Atlixco como invitados del excelentísimo don José Antonio Joaquín Pérez Martínez y Robles, obispo de la diócesis de Puebla, quien como deferencia a la novia había hecho viaje a Teziutlán dentro de una gira de carácter pastoral para casar a la joven pareja. Ahora, ya como esposos, viajaría con ellos de regreso hasta Puebla para que de ahí la

pareja partiera a la primera escala de su viaje de bodas, en el solaz retiro de una casa solariega llena de luz, jardines y huertos que auguraban un buen comienzo bajo la silueta del Popocatépetl que se enseñoreaba sobre el valle, puesta a su disposición para el disfrute de una estancia confortable. Ahí, en Atlixco, en la penumbra de la tarde y con los últimos rayos del sol que caldeaban la alcoba misma, se amaron el uno al otro con pasión desbordada y fundieron para siempre sus cuerpos y sus almas.

Durante su estancia en la ciudad de México la visita al Tepeyac fue obligada, amén de que por ahí llegaron a la capital de la novel república, y antes de instalarse en el consabido mesón de la calle del Indio Triste permanecieron en la villa de Guadalupe tres días, 26,27 y 28, como invitados de las monjas Clarisas, encargadas de todo el avituallamiento de la basílica, amigas ya de tiempo atrás de Francisco Javier, a quien tenían en gran aprecio. Durante esos días, previos a su llegada a la gran capital, pudieron descansar del largo y tortuoso rodar de la diligencia, que aunque cómoda y con capacidad hasta para seis pasajeros no dejaba de ser cansada después de varias horas de viaje, sobre todo para ellos que habían viajado de Atlixco a Puebla en la berlina propiedad del obispo, ligera pero brincona, a muy temprana hora de la mañana, para llegar justo a tiempo a tomar la diligencia a México. En la villa de Guadalupe, famosa por el santuario de la virgen, de la cual los dos eran fieles devotos, la pasaron muy bien y sumamente activos, pues incluso se dieron tiempo de ir hasta la cercana población de Azcapotzalco, donde un tío de Manuelita, hermano de doña María Rita, su madre, era el párroco y los había invitado a comer. A Manuelita la cautivó la historia de la hormiga de piedra que sobre el frontispicio del templo parecía avanzar sobre sus muros. La leyenda rezaba que cuando la hormiga llegara hasta la parte más alta del templo el mundo se acabaría, Azcapotzalco desaparecería sobre las aguas de un lago y sería el juicio final. Todo eran visitas, agasajos, veladas largas; la noche no les alcanzaba para descansar y además a los dos, él como militar y ella como hacendosa ama de casa, les gustaba levantarse al despuntar el alba; disfrutaban contemplar los amaneceres y solían hacer una pequeña oración al perfilarse el sol en el horizonte; claro, cuando en sus respectivos pueblos la niebla se los permitía, aunque Francisco Javier, estando radicado en Perote, solía hacerlo casi a diario.

La ciudad, ya en pleno verano, lucía resplandeciente al influjo de las lluvias que mantenían limpias las calles y reluciente el adoquinado, aunque siempre estaba latente el constante peligro de inundaciones ante la presencia de todas las zonas lacustres que la rodeaban y la falta de un drenaje adecuado, pero aun así, a Manuelita le sorprendió aquel constante ir y venir de sus gentes; sus plazas, mercados y tiendas de diversa índole le daban ese aspecto abigarrado de transeúntes

que lo mismo vendían que compraban y ofertaban todo tipo de productos, sintiendo especial atracción por las cientos de trajineras que en sus pequeñas canoas ofrecían, entre otras cosas, una gran variedad de flores, legumbres, frutas y comida preparada, desplazándose hábilmente sobre la amplia red de canales que conectaban al centro de la ciudad con toda la zona de Santa Anita e Iztacalco, Chalco y el mismo Xochimilco, donde la gran producción de sus chinampas abastecían de productos agrícolas a la capital. Fascinada, observaba con detenimiento cómo en la gran acequia, justo a un lado de la Plaza del Volador, atracaban toda esta serie de pequeñas embarcaciones y otras de mayor capacidad que transportaban pasajeros hacia las regiones lacustres al sur de la ciudad. Aquel peculiar paisaje urbano, de grandes edificios de cantera decorados con piedras rojas de tezontle, donde la cantidad de iglesias era notable, lo mismo se entrelazaban calzadas adoquinadas, callejones estrechos que vías fluviales; para ella era nuevo, pues la gran ciudad se encontraba rodeada de agua, no en balde era una gran cuenca que dejaba ver un poco, todavía, la belleza de sus lagos.

Todavía no terminaban de instalarse en el mesón de la calle del Indio Triste cuando doña Mercedes, la mesonera, les entregó una misiva de parte del general José Joaquín Herrera Ricardos y su señora esposa, doña Dolores Alzagaray, quienes además de felicitarlos por sus recientes nupcias les hacían una atenta invitación, a nombre propio y del presidente Guadalupe Victoria, a pasar unos días en su casa de campo en Xochimilco, agasajo que iniciarían con una comida al día siguiente. —Qué barbaridad, qué pena, ¿te imaginas el desaire tan grande que les hubiéramos hecho de no haber llegado el día de hoy? La invitación, dice la señora mesonera, la trajeron desde el jueves en la mañana, tal vez pensaron que ya estaríamos aquí —le comentó Francisco Javier a Manuelita, quien sonriente, en señal de que comprendía lo importante que era esa invitación, movió la cabeza en señal de preocupación.

—Bueno, amor, lo importante es que te enteraste justo a tiempo, ya ves, hasta el refrán popular lo dice: Dios aprieta pero no ahorca, ¿no crees? —le respondió a su esposo dándole ánimos—. Además hoy es sábado 29 de julio, el día será largo y con mucho sol y tendremos tiempo de sobra para pasear por ahí e informarnos bien cómo llegar a tiempo a la comida mañana. Lo malo, amor mío, es que yo ya me había hecho a la idea de que por unos días íbamos a descansar de las diligencias, carretas, berlinas y demás artefactos con ruedas, pero todo sea por cumplir con tan altos funcionarios.

—No, por eso ni te preocunes, este trayecto será en una gran canoa o barcaza de las que suelen navegar por los largos canales cercanos a la ciudad; de hecho la abordaremos aquí muy

cerca, ya verás, te va a gustar, yo he hecho ese recorrido en varias ocasiones, estoy seguro que te gustará —le dijo Francisco Javier a su esposa al momento que, tomándola de la cintura cariñosamente, la atrajo hacia él y le dio un beso. Manuelita se sonrojó toda ante la presencia de la mesonera, que les ayudaba a arreglar sus cosas—. No te apenes, mi vida, aquí doña Mercedes me conoce desde chamaco, cuando venía con mis padres, hasta podría ser mi madre; ella no nos lo toma a mal, sabe que estamos recién casados y que venimos en viaje de bodas, ¿acaso no es así, doña Mercedes? —le dijo Francisco Javier a aquella sexagenaria mujer, dueña del mesón, a quien de verdad estimaba, pues no en pocas ocasiones lo había cuidado de varios empachos y fiebres, sacándolo adelante.

—Ah —dijo doña Mercedes ya para salir de la habitación, dirigiéndose a Francisco Javier—, el oficial que trajo la invitación me comentó que él personalmente vendría aquí al mesón al filo de las doce de la mañana por ustedes, pensando que a esa hora era prudente venir, una vez que ustedes hubieran acudido a la misa dominical a catedral. ¡Ahl!, y ya sabes que sí va a venir, porque esos oficiales que mandan de palacio son bien cumplidores, así que si mañana piensan salir por ahí temprano a dar la vuelta, procuren estar aquí a la hora que me dijo, de lo contrario pensará que no te di su recado y estoy faltando a mí palabra —terminó diciéndole aquella recia matrona que peinaba canas, haciéndole un guiño en señal de complicidad.

Y tal cual la mujer lo había dicho sucedió: pasadas las doce del día el joven oficial se presentó en el mesón con una gran sombrilla para que el fuerte sol de aquella mañana del domingo 30 de julio de 1826 no molestara a la joven esposa del coronel Gómez Bello. Todas aquellas atenciones y distinciones tenían sorprendida a Manuelita: lo mucho que las personas querían, respetaban y veían con simpatía a su marido. Lo meditaba para sí, sin lugar a dudas se había casado con el mejor de los hombres y eso la hacía doblemente feliz.

En la gran acequia, justo frente a la Plaza del Volador, se embarcaron rumbo a Xochimilco en una gran canoa. El recorrido fue deslumbrante, remada tras remada; a medida que avanzaba aquella barcaza de roble blanco curtido iban descubriendo a ambas riberas de aquel gran canal paisajes inimaginables, sobre todo para Manuelita, que en su quebrado y accidentado paisaje teziuteco esto no era familiar y todo le sorprendía: el color del agua, lo transitado de los canales con cientos de trajineras colmadas de legumbres y flores producidas ahí en los cientos de chinampas, que una a una se sucedían desde Santa Anita, Iztacalco y Tláhuac hasta llegar al mismo Xochimilco, donde los grandes canales se bifurcaban en infinidad de canales más pequeños, angostos y a manera de calles, sobre los que se alzaban una serie de pequeños puentes

que comunicaban a las chinampas entre sí, convirtiéndose en escurridizos senderos. A simple vista se podía admirar la gran variedad de flores, legumbres, milpas y los cientos de animales de pluma cercanos a las casas. Ahí todo flotaba sobre el agua y las chalupas y barchas se entrecruzaban con tal armonía que todo semejaba una danza acompasada, lenta, al influjo de los grandes árboles que el viento movía con suavidad, destacándose los sauces, que parecían besar el agua con sus gráciles y verdes ramas, y los espigados y altos ahuejotes, característicos del lugar, que como centinelas habían flanqueado todo el recorrido desde la gran acequia hasta aquí, en el mero corazón de Xochimilco.

La canoa se detuvo frente a una empalizada que sostenía un muelle de madera muy bien construido que daba acceso a una pequeña calzada llena de arcos de flores que le daban la bienvenida a los visitantes, y al final de ésta, bajo una gran manta roja que hacía las veces de carpas y contrastaba con lo verde del paisaje, varias mesas, arregladas y dispuestas de manera elegante, indicaban que ahí se celebraría una fiesta o se serviría un banquete, pues todo, hasta el más mínimo detalle, estaba arreglado con muy buen gusto a la espera de los comensales.

Manuelita y Francisco Javier se bajaron de la canoa ayudados por quienes los habían escoltado hasta ahí y que de manera amable les indicaron el camino.

—Me adelanto, coronel, señora —les dijo uno de sus acompañantes, por cierto capitán primero según las insignias que ostentaba su quepí—, para indicarles el camino; ya mi general José Joaquín Herrera Ricardos, su señora esposa, doña Dolores Alzugaray, así como el señor presidente don Guadalupe Victoria y su hermana, la señora Gertrudis, deben de estarlos esperando, coronel —insistió el joven militar.

Bajo el dosel que hacía un doblez de la carpas, el general José Joaquín Herrera Ricardos, a la sazón Capitán General de la ciudad de México y ayudante del presidente Victoria, en compañía de su joven esposa, doña Dolores Alzugaray, con una amplia sonrisa los recibió y haciendo una pequeña genuflexión besó la mano de Manuelita en señal de respeto, como correspondía a todo un caballero al saludar a una dama, y a Francisco Javier le dio un fuerte y caluroso abrazo, después del cual éste, como coronel, saludó militarmente a su superior; enseguida doña Gertrudis, del brazo de su hermano, el presidente Victoria, saludó cordialmente a los novios y lo propio hizo el general Guadalupe Victoria, quien no cabía de gusto y satisfacción por el hecho de que los recién casados hubieran accedido a cumplimentar su invitación, aun cansados del trayecto entre la ciudad de México y Atlixco, teniendo que hacer aquel recorrido por los canales en una barcaza hasta la casa de campo de los Herrera, pudiendo haberles él

organizado aquella comida en alguno de los salones de Palacio; pero ahí, en aquel sitio paradisiaco y poco común en el altiplano mexicano, la velada resultaría mágica y disponían de habitaciones dentro de la casa por si los recién casados deseaban quedarse y pernoctar en el lugar uno o dos días. Todo lo habían pensado entre los dos generales, Victoria y Herrera, con la complicidad de la esposa del segundo y Gertrudis, hermana de Victoria.

—Señora, mis respetos y mi más atenta consideración, es un privilegio conocerla —le dijo Guadalupe Victoria a Manuelita, quien sonrojada había extendido su mano según la costumbre—. Me apena haberla hecho venir hasta acá, pero creo que ha valido la pena, sobre todo para que conociera estos hermosos paisajes de Xochimilco, poco comunes en nuestro país; ojalá le hayan gustado en verdad —terminó diciendo, y agregó—: Aquí, nuestro querido amigo y correligionario coronel Francisco Javier Gómez Bello no nos había platicado lo hermosa y distinguida que era su joven esposa, ¿verdad, mi general Herrera? —dijo volteándose a interrogar al general José Joaquín Herrera.

—No, para nada —dijo José Joaquín Herrera, asentando con una inclinación de cabeza lo dicho por el presidente Victoria—, pero además de hermosa, no nos habías comentado que Manuelita desciende de una honrosa y prestigiada familia de Teziutlán y la región, la familia De la Torre, e hija nada menos que del ilustre abogado y juez ya fallecido don Domingo Antonio de la Torre.

—No, yo sí lo sabía o estaba enterado —terció Guadalupe Victoria—, pues la señora madre de nuestra distinguida invitada, la señora doña Rita García Nieto viuda de De la Torre, con quien he tenido el privilegio de cartearme con motivo de las tierras que adquirí merced a la intervención del coronel Gómez Bello allá en San Joaquín El Jobo, vecino de Santa María de Tlapacoyan, ella ha sido la albacea con quien cerramos esa compraventa, ¿verdad Manuelita? Y a todo esto, ¿cómo dejó usted a doña Rita? —terminó diciendo el general Victoria.

—Bueno, bueno, toda está muy bien, pero pasemos al interior de la casa que los viajeros querrán descansar un poco antes de que comience el ágape —dijo doña Dolores Alzugaray acompañada por doña Gertrudis, tomando a Manuelita del brazo—, porque yo ayer que hice el mismo recorrido como que me quiso dar una especie de vértigo, ¡será de tanto navegar! —se dijo a sí misma en son de broma—. No, pero sí, aunque se desliza suavecito la barca hay cierto bamboleo, que es el que provoca el mareo.

Aquella hermosa casa de campo, toda de madera, enclavada en medio de una gran chinampa que el general Herrera y su esposa rentaban y tenían como su residencia de campo

cuando no estaban en la ciudad de México, acogió a los visitantes toda adornada con flores naturales, que ahí abundaban y se encontraban por doquier.

—Hermosa casa, general, señora —dijo Manuelita de manera solícita dirigiéndose al general Herrera y a su esposa, doña Dolores Alzugaray—, tienen ustedes muy buen gusto y el hecho de que sea toda de madera le da un encanto especial; en mi pueblo, en Teziutlán, también tenemos muchas casa de madera pero como allá llueve mucho, es muy húmedo, los techos los construyen de cuatro aguas y en lugar de tejas de barro las revisten de tejamanil, elaborado con madera y calafateado con resina, lo que los hace resistentes a la humedad —apuntó como toda una entendida en construcciones de ese tipo—; ésta, por lo que veo, sí tiene tejas de barro, ¿verdad? ¿Y eso no la hace más pesada? —preguntó.

—La verdad yo lo desconozco —respondió el general José Joaquín Herrera—. En Perote, donde reside mi familia, mis padres en especial, la mayoría de las casas cercanas al bosque son así como usted las ha descrito, de madera y techo de tejamanil; aquí no, porque me imagino que el tejamanil no les es familiar. Además, esta casa yo la rento, no es de mi propiedad, y prefiero que sea así pues como militar, carrera azarosa sin duda, ahorita estoy aquí y mañana sabrá Dios adónde me llevará el destino, ¿no cree? —le comentó el general Herrera, joven anfitrión de los recién casados y amigo y superior de su esposo, incluso un año menor que él, que de manera afable charlaba con Manuelita y, junto con su bella y joven esposa también, le enseñaba a detalle toda la casa—. Lo que sí es verdad es que el hecho de que sea de madera ayuda mucho aquí en época de fríos y ahora en verano, que llueve mucho, nos aísla de la humedad; por ello, como pudo usted percatarse, la casa está en alto, sobre zancos o polines, por abajo circula con libertad el aire y eso ayuda a que se mantenga seca y contrarreste la humedad —terminó diciendo el general Herrera en el momento que dos de las muchachas que lo auxiliaban en las tareas de la casa y la comida entraron, procedentes de la cocina de humo instalada afuera, portando sendas viandas con un surtido apetitoso de peneques, chalupas, gorditas, molotes y otras exquisitezcas de la cocina del lugar: de huitlacoche, flor de calabaza, hongos, queso, picadillo y otras delicias, que humeantes impregnaron el ambiente de suculentos olores que, de inmediato, les abrieron el apetito a todos.

—¡Vaya!, esto sí que es un banquete —exclamó Manuelita sorprendida.

—Sí, pero váyanse con tiento, porque esto es nada más para abrir boca —comentó doña Dolores Alzugaray—, porque falta la comida en forma y la barbacoa de borrego que acaban de traer calientita, recién sacada del horno, de aquí del villorio de Milpalta. Ah, y les recomiendo el

consumé con su arroz y garbanzos, es único —terminó diciendo la gentil esposa del general José Joaquín Herrera Ricardos, quien en compañía de Gertrudis, hermana del general Victoria, con quien había hecho una gran amistad, supervisaba la comida.

Francisco Javier, totalmente desinhibido, sin protocolos ni formalismos, platicaba de manera animada con Guadalupe Victoria y, más que con él, con su entrañable amigo José Miguel, como le decía cuando estaban en confianza, y escuchaba entusiasmado todos los planes que éste avizoraba para su recién adquirida hacienda de San Joaquín El Jobo, allá en la fértil y calurosa Santa María de Tlapacoyan; pero sobre todo, le sorprendía el conocimiento que sobre la herbolaria y sus propiedades medicinales tenía su amigo y los proyectos que al respecto pensaba para cuando dejara la alta responsabilidad de la presidencia de la República.

—Si yo me animé a comprar estas tierras que tú, mi buen Francisco Javier, me sugeriste y de plano me encampanaste, fue porque te tengo toda la confianza del mundo y sé, a ojos cerrados, que mi vida allá será otra, lo que siempre soñé, dedicarme a la agricultura y muy en especial al cultivo de todas esas plantas medicinales que en el transcurso de mi vida militar me fui encontrando por todas esas tierras feraces y vírgenes del bello estado de Veracruz —le platicaba Victoria a su amigo, a quien hoy tanto él como el general Herrera agasajaban en compañía de su joven esposa—. No tienes idea lo inmensa que es la variedad de estas plantas medicinales y cómo en esas tierras se darán casi por generación espontánea, dado lo fértil del suelo y al clima; no, incluso he pensado que ahí en El Jobo hasta se pueden levantar tres cosechas en el año, ¿cómo ves amigo? —le decía lleno de optimismo.

—Y pudiera saber yo, amigo, después de escucharte hablar así de tus tierras, ¿cuándo piensas ir a conocerlas? —le dijo Francisco Javier mirándolo fijamente a los ojos.

—De hecho, tú bien sabes que yo conozco casi a la perfección toda esa parte del estado de Veracruz y es más, te lo decía la ocasión aquella en que me hablaste de que estaban a la venta: alguna vez, entre 1816 y 1818, yo estuve ahí, amigo; sí, incluso dormí dos noches en Santa María de Tlapacoyan, ¿te acuerdas que te lo comenté? —le dijo Victoria a Francisco Javier—. No me crees, ¿verdad?, por la expresión de tu rostro intuyo que no me crees —volvió a decirle Victoria.

—Amigo, una cosa es que hayas estado por ahí, conozcas la zona, y otra que realmente hayas estado en el lugar, es a lo que me refiero —le interpeló Francisco Javier a su amigo—, si bien es cierto que la hacienda es grandísima y dentro de sus linderos abundan los bosques de maderas preciosas, arroyos, ríos, vastas tierras aptas para el cultivo y muchas cosas más, tú, en realidad, no la conoces, y si quieras emprender algunos proyectos necesitas ir, estar por lo menos

en el casco, recorrer sus alrededores, de lo contrario veo difícil que podamos comenzar cualquier proyecto, ¿entiendes a lo que voy, José Miguel? Mira —siguió diciéndole—, en esas tierras feraces se da de maravilla el tabaco, la caña de azúcar y cuentas ahí con tierras bajas susceptibles de riego. Y figúrate, hay un grano que se está poniendo de moda y es para preparar una bebida caliente, se llama café, amigo, y creo que es originario de África, concretamente de Abisinia. Fueron los árabes quienes lo descubrieron y, sobre todo, industrializaron para hacerlo una bebida a base de infusiones; la planta se llama cafeto y el granito, que es la semilla de una cereza, es lo que se aprovecha; se saca de la cereza, se lava, se pone al sol en unos pisos, a los que curiosamente denominan asoleaderos, hasta que se seca y luego lo tuestan y pasan a través de molinos para molerlo y sacar una especie de harina o pasta que es la que se aprovecha y se hierve; yo jamás lo he probado, tengo unos amigos en el pueblo de Coatepec que lo trajeron de la isla de La Martinica y ya lo siembran. Ahí, en tus tierras, tienes el clima y la altitud sobre el nivel del mar para sembrar esa planta, que promete ser un cultivo muy redituable, sobre todo desde el punto de vista económico, tanto o más como el cacao, que también se da bien ahí en San Joaquín El Jobo. ¿Cómo ves, amigo, te parece? Yo en Mecacalco, donde heredé unas tierras de mi padre, tengo sembrado un poco y estoy produciendo un vivero con la ayuda de Yabuko, el administrador que tengo ahí, quien además ha sido el artífice para reproducir la planta, y ahorita nos hemos dedicado a eso.

—Suena muy interesante eso del cultivo del café, ya me habían platicado que en toda la zona del Caribe se está promoviendo su siembra y también en Brasil; aquí en México habría que hacer lo propio y fomentar su consumo, que como toda bebida exótica y novedosa no tardará en conocerse, ¿no crees? —le comentó el presidente Victoria y, rascándose levemente un poco la cabeza en señal de preocupación, volvió al asunto de la viabilidad de su ida hasta San Joaquín El Jobo.

—¿Ir yo hasta allá, amigo? —le contestó de inmediato con cierta admiración—. Sí, en verdad tienes razón, debo de ir y organizar con tu ayuda todo aquello; voy a necesitar que me recomiendes a una persona de tu absoluta confianza como mi administrador, ¿no crees? —agregó ya en actitud medio meditabunda—. Pero iré, de eso debes estar seguro, y tú serás el primero en saberlo, porque imagínate, tengo que hacer que aquello produzca, si no, ¿cómo le voy a hacer para pagar el préstamo de capellanías? —y diciendo esto, soltó una sonora carcajada que tomó a todos los presentes por sorpresa, lo que aprovechó Gertrudis, su hermana, para

entrar en la charla aquella de planes y negocios y conminarlos a que se acercaran a la mesa, a que no despreciaran las viandas humeantes aquellas y a que la charla se centrara en otros tópicos.

—Pero iré, mi querido Francisco Javier, tenlo por seguro, sé que no es un viaje cerca, pero tendré que ir y conocer mis tierras antes de que deje la presidencia de la República, el 1 de abril de 1829 —le dijo el general Victoria, ya para dejar ese tema, ante la inminente insistencia de Gertrudis para que la conversación se centrara en otros temas.

—De acuerdo, José Miguel, yo espero, ojalá y estos casi tres años que te faltan al frente de tan grave responsabilidad sean leves y se pasen rápido, entonces tendrás tiempo de sobra para la vida privada, que buena falta te hace, amigo —terminó diciéndole Francisco Javier para dejar el tema de lado y obedecer a Gertrudis.

La mesa ya dispuesta para nueve personas llamó la atención de los jóvenes esposos, quienes se voltearon a ver al contemplar los dos lugares vacíos. —¿Esperamos a alguien más? —preguntó Gertrudis a su hermano y al general Herrera—, porque si es así, es una incorrección de nuestra parte estar ya sentados faltando dos invitados.

—No, mi querida Gertrudis, doña Dolores Alzugaray, en realidad no falta nadie, estamos los que debemos estar y nada más —le respondió el general Victoria a su hermana y corriéndole la cortesía a la señora de Herrera como anfitriona—. Bueno, el general Herrera y yo habíamos invitado a nuestro querido amigo el Lic. Miguel Domínguez Alemán, nuestro presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, en compañía de nuestra querida doña Josefa, su dilecta esposa, pero ayer, ya para venirnos, me percaté de que la misiva donde los invitaba la dejé, por una omisión involuntaria encima de mi escritorio, y la verdad me dio mucha pena hacérselas llegar el mero día, a bocajarro, pues hubiera sido una tremenda descortesía, así que decidí dejar así las cosas; a quien en realidad le debo una disculpa—agregó— es aquí a mi general Herrera, con el que habíamos quedado en el entendido de invitarlos, qué pena —terminó diciendo el presidente Victoria, visiblemente mortificado.

—No se preocupe, señor presidente —dijo de inmediato el general Herrera—, aunque usted no pudo hacerles llegar la invitación personalmente yo me tomé el atrevimiento de comentárselo al ministro presidente, diciéndole de antemano que le llegaría la misiva respectiva con la invitación, a lo que el ministro Domínguez me respondió de inmediato que lo veía difícil dado el precario estado de salud de su esposa; me dijo que estaba ya muy mejorada, pero traerla hasta acá con el calor de este mes, aunque la travesía en canoa no era problema, él prefería, si usted no tenía inconveniente, en el curso de la semana invitarnos a una merienda en su casa, pues

tanto él como doña Josefa estiman mucho a nuestro querido coronel Gómez Bello y desean conocer a su joven y bella esposa —acotó el general Herrera—, y lo digo en voz alta para que aquí nuestros amigos aparten alguna fecha en su ya de por sí nutrida agenda, porque me imagino que los tendremos por aquí algunos días más, ¿o no, mi querido Francisco?

—Bueno,, tanto mejor —comentó Victoria—, pero ahora, por lo que me acaba usted de decir, mi dilecto general, el que tendrá que pedirle una disculpa al ministro Domínguez Alemán seré yo, por esa omisión imperdonable de no haberle enviado la invitación, ¿no cree usted, señor general Herrera? —le contestó Victoria de manera cortés a su amigo y anfitrión, al tiempo que levantaba una copa de vino e invitaba a Gertrudis, a doña Dolores Alzugaray y a él a que lo acompañaran en un brindis a la salud de los recién casados.

—No quiero ser indiscreto ni obsesivo —aclaró Francisco Javier—, pero aun faltando el ministro Domínguez y nuestra querida doña Josefa, según yo sigue faltándonos un comensal más, ¿o me equivoco?

—Claro, mi querido Francisco, claro, tienes toda la razón del mundo —dijo de inmediato el general Herrera—, nos falta nada menos que nuestro querido padre Servando Teresa de Mier, que no tardando entrará por esa puerta, dado lo impredecible que es; no queríamos decírtelo porque él mismo nos pidió que su presencia fuera una sorpresa —continuó diciéndole el general Herrera a Francisco Javier, ante la admiración de Manuelita.

—¿El padre Teresa de Mier, de quien me has platicado infinidad de veces y vive en Palacio Nacional gracias a la hospitalidad del señor presidente? —preguntó Manuelita sorprendida—. ¡Vaya que esta es una reunión de personajes más que históricos! —agregó, tomándose la cara con sus dos manos.

—Sí, cuando llegamos el día de ayer, luego luego nos dijo a mí marido y a mí, y creo que también a doña Gertrudis y al señor Presidente, que lo suyo quería que fuera una sorpresa porque a las doce del día él tenía un compromiso con unos campesinos, que de hecho vinieron a buscarnos y se lo llevaron a Milpalta; no ha de tardar en regresar —dijo doña Dolores Alzugaray volteando a ver al joven matrimonio Gómez de la Torre—. Bueno, de hecho, la idea de la barbacoa fue suya, no se quería perder por nada de este mundo cuando abrieran el horno y había encargado por ahí algunas plantas medicinales para sus achaques, como él dice —terminó diciendo.

—¡Ah, el padre Teresa de Mier, tan ocurrente y especial como siempre! ¡Mira que tiene sus ideas! Pero a ti te aprecia mucho, mi querido Francisco, cuando decidimos organizar esta comida estuve tentado a no decirle nada, pero Gertrudis me convenció de que si se enteraba que

no lo habíamos invitado se iba a sentir y como ya está grande, pues frisa los 61 años, no se nos vaya a enfermar —opinó el general Victoria.

—¡Pues no se va a morir luego, eh! Hablando del rey de Roma y él que se asoma —comentó la gentil Gertrudis Fernández riendo de buena gana—; pero padre, ¿dónde anda usted?, lo estamos esperando desde hace rato y nada, usted no llega, hombre de Dios.

—Bueno, en eso sí tiene usted razón, eh, porque yo soy hombre de Dios —dijo el padre Teresa de Mier, quien en compañía de tres campesinos venía cargado de yerbas y las canastas donde, entre pencas de maguey, humeaba la exquisita barbacoa—; llegué, llegué, no me podía venir sin que saliera este delicioso manjar —les dijo con cara de satisfacción—. Además, mi querida Gertrudis, yo le había comentado que tenía cierta premura por encontrarme con fray Anselmo, un fraile ya viejecito que estuvo mucho tiempo en el convento de Acolman como coadjutor del prior de ese convento de agustinos, quien por cierto, ahora vive ahí en Milpalta recluido con un sobrino que lo cuida; no sabe el gusto que me dio encontrarlo, pero luego les contaré esa historia—le expresó a doña Gertrudis, al tiempo que buscaba y fijaba sus ojos en la figura de Francisco Javier Gómez, con quien conversaba horas y horas cuando éste pasaba algunos días en la ciudad de México.

—Pero nos la cuenta por favor a todos, porque a mí algo ya me había comentado y me dejó a medias, no se vale, padre Servando; si no, yo le recuerdo sin falta a la hora de la sobremesa o ya en la tarde —concluyó Gertrudis.

—¡Mi querido coronel Gómez Bello! ¡Qué agasajo tenerlo nuevamente entre nosotros! ¡Qué agasajo, en verdad! Realmente es usted el mago de los caminos de esta patria, pues no hace ni tres meses que partió usted hacia su Altotonga, querido, y ya está de regreso con todo y su señora esposa, qué felicidad, amigo —y de manera efusiva lo abrazó al tiempo que Francisco Javier le presentaba a Manuelita y estando todos reunidos, se sentaron a la mesa sin dilación.

La comida transcurrió en medio de una animada charla y pronto dieron cuenta de los bocadillos tradicionales del lugar, degustando todo, a la par que el vino que les había invitado el presidente Victoria con un tradicional pulque, curado con el jugo de moras silvestres recolectadas ahí cerca; la barbacoa humeante y olorosa fue la sensación, acompañada de ricas salsas y una ensalada de nopales; también celebraron mucho el consomé de borrego con arroz y garbanzos muy al estilo peninsular que los propios colonizadores introdujeron; realmente aquello era un rico puchero caliente que les vino bien en aquella tarde fresca de julio, donde ya llovía de manera regular y había enfriado la temperatura ambiente.

—Ah, ¿qué sería de nosotros si no nos hubieran conquistado y colonizado los españoles?, ¿se imaginan? No tendríamos estas delicias de platillos, comeríamos puras verduras, una que otra ave silvestre y los productos de la caza, además de los consabidos insectos, como hormigas, chapulines, gusanos y otros por ahí —dijo el presidente Victoria saboreándose el rico consomé con unas ricas tortillas recién salidas del comal—; al final creo que el mestizaje fue un encuentro afortunado, sobre todo en materia de cocina, ¿qué opinan? —preguntó sonriente a los comensales.

—Olvidó usted el pescado y los productos del mar, y aquí en el lago también hay pez blanco y los sabrosísimos charales, señor presidente —argumentó el general Herrera, riendo de buena gana al momento que brindaba con pulque—. Ya no coman tanto —añadió—, porque nos falta el postre acompañado de un espumoso chocolate, ese sí tan nuestro, como que es una aportación de México al mundo y tan valioso que entre los aztecas era moneda de cambio.

—Claro, mi querido general, tiene usted toda la razón, eso que usted ha dicho es más que cierto, discúlpeme, fue una omisión involuntaria, amigo; cómo se me fue olvidar que al mismo Moctezuma le traían pescado fresco de las costas del Golfo y que aquí, debajo de esta chinampa en la cual flotamos, pululan los ricos charales —comentó el general Victoria.

—Mis queridos jóvenes, porque aquí todos son jóvenes, amigos, en especial si se comparan conmigo, ya sexagenario; para empezar no seríamos mexicas ni españoles, somos lo que somos y de eso, de nuestro mestizaje, es de lo que debemos vanagloriarnos y estar orgullosos, porque aunque tengamos un pasado indígena no somos ni mexicas, ni otomíes, ni mixtecos, ni españoles, ni gallegos, ni nada por el estilo, somos mexicanos y a Dios gracias nuestra comida es mestiza —afirmó de manera contundente el padre Servando Teresa de Mier, a la sazón cura seglar pues había renunciado, desde que estaba en España, a la orden de los Dominicos—, y como mestizos los invito a degustar esta excelente barbacoa que han preparado mis amigos de Milpalta, quienes, eso sí, algunos de ellos pueden ser indígenas puros —aclaró—, porque se enfriá y el verdadero sabor es comerla así, recién salida de las pencas de maguey y de las hojas de mixiote.

—Pero, hombre, ya dejen de hablar de comida, si estamos comiendo y además, a nuestros queridos invitados no los hemos dejado hablar, dejemos que Manuelita y Francisco Javier nos platicuen algo de su viaje, de sus planes, de la impresión que les ha causado el paisaje que recorrieron desde la gran acequia hasta aquí —interrumpió la buena y apacible Gertrudis, siempre mesurada y atenta.

—No, por Dios —terció Manuelita con la sonrisa a flor de piel y sus vivaces ojos negros—, si todo ha sido maravilloso: sus charlas, el recorrido en canoa, esta comida, la casa, todo, todo, ¿verdad, mi vida? —le inquirió a su esposo, quien la miraba absorto y veía complacido cómo su esposa departía con toda naturalidad con sus anfitriones; para nada la cohibía que sus interlocutores fueran el legendario guerrillero de los Nacionales, convertido ahora en el primer presidente de la República, y el comandante en jefe de la plaza de la ciudad de México, capital federal de la República, antiguo correligionario de su esposo y fundador, junto con el presidente Victoria, del colegio militar instalado en Perote, estado de Veracruz —a lo que Francisco Javier asintió con la cabeza en señal de aprobación de lo que expresaba su joven esposa.

—En realidad hemos estado muy contentos y estamos muy agradecidos por este recibimiento; ya mi marido me había platicado mucho acerca de ustedes. De usted, general Herrera, a quien conocía ya de referencias, pues da la casualidad que soy muy amiga e incluso me carteo con María del Rosario, su hermana que vive en Perote. Fíjese qué chiquito es el mundo —comentó Manuelita, exhalando un suspiro—. Por cierto, general, su esposa, doña Dolores Alzugaray, es muy hermosa y gentil y en esta ocasión —siguió diciendo Manuelita— quiero hacer un brindis muy especial por ustedes dos, recién casados también, pues bien me acuerdo que estando María del Rosario pasando unos días de vacaciones en Teziutlán, en casa de mis padres, tuvo que irse a Perote para después viajar a Córdoba y asistir a la boda de su hermano José Joaquín; hoy, a mi esposo y a mí nos ha tocado que nos agasajen ustedes dos en compañía del señor presidente y su gentil hermana, qué coincidencias de la vida, ¿verdad? —terminó diciendo Manuelita.

—Sí, claro, precisamente en el mes de mayo, en que coincidí con el coronel Gómez Bello, su esposo, en un almuerzo en Palacio Nacional, él me comentó que se había enterado de mi boda por su novia y me felicitó, así que algo sabía yo de esto —le comentó el general José Joaquín Herrera a Manuelita, haciendo alusión a que había familiares y amigos en común—; precisamente por su amistad con mi hermana, a través de ella y mis padres, sabía yo de don Domingo Antonio, su finado padre, muy querido y apreciado en Teziutlán —concluyó el general Herrera.

La charla amena y distendida se extendió toda la tarde y al influjo de la humedad que trajo la copiosa lluvia, los ayudantes del general Herrera, de inmediato, solícitos, prendieron la chimenea de la sala y llevaron anafres de barro, con las brasas al rojo vivo, al interior de los cuartos para caldearlos, pues ese día, de seguro, tanto los anfitriones como los huéspedes pernoctarían ahí; la ocasión lo ameritaba y las pláticas e historias se deslizaban entre copas de

vino y de brandy. El pulque, no muy del agrado de las señoras, fue retirado y en la sobremesa los comensales fueron sorprendidos con un espléndido pan de elote recién horneado por doña Dolores Alzugaray de Herrera, muy a la usanza de Córdoba, su ciudad natal, acompañado de un espeso y espumoso chocolate que a cualquiera le quitaba el frío. Ya en la penumbra del atardecer, al ponerse el sol, era un espectáculo contemplar desde la terraza y el pórtico de la casa la danza de miles y miles de luciérnagas que a intervalos encendían la noche; las señoras fueron las primeras en salir, abrigadas por sendos rebozos que las protegían del sereno; los señores, como buenos militares, no escatimaron esfuerzos y salieron también a dar un pequeño rondín por ahí, sin pasar por alto que debían pasar revista a la guardia presidencial que acompañaba al presidente Victoria y a los elementos de la capitánía general al mando del general Herrera que, de manera discreta, estaban distribuidos en la zona, situación que aprovecharon para degustar unos aromáticos puros de San Andrés Tuxtla, que siempre el general Victoria encargaba a las tierras veracruzanas.

Alrededor de la casa y con los puros encendidos, el presidente Guadalupe Victoria, el general José Joaquín Herrera, Francisco Javier y el padre Servando, quien se había unido a ellos, platicaban un poco de todo, trivialidades y ocurrencias, hasta que el padre Servando, en actitud meditabunda, les comentó con cierto brillo en sus ojos:

—¿Me permite, señor presidente?, ¿me permiten un momento? —insistió de manera firme y decidida—. Ya que estamos aquí, en esta especie de salón fumador de la naturaleza al abrigo de estos gigantescos ahuejotes, dejen que les platicue el éxito de mis diligencias con el hermano Anselmo, porque ardo en deseos de contarles lo que averigüé —terminó diciéndoles.

—No, aunque no tendría nada de malo que nos revelara sus pesquisas aquí a nosotros tres, acuérdese que le prometió a Gertrudis contárnoslo a todos, a los seis, y creo que sería lo más adecuado, educado y cortés, mi estimado padre Servando —aclaró el general Victoria.

—No, mi querido señor presidente, no me malinterprete usted —le respondió el padre Servando a Victoria—, nada de eso, señor, no es por querer hacer a un lado a las damas, era simple precaución, como usted me conoce bien, ya ve que luego yo me voy de la lengua y digo cosas que a ciertas personas les pueden parecer altisonantes o literariamente fuera de lugar, ¿no cree? —replicó el ilustre clérigo.

—Sí, de acuerdo, pero entonces manos a la obra, porque dando las ocho de la noche, según tengo entendido, usted y su comitiva partirán a la ciudad de México y eso incluye al padre Servando, me imagino —concluyó el general Herrera y agregó—, entonces entremos, les invito un buen brandy que me regaló mi suegro ahora que me casé en abril.

—Claro, tratándose de un buen brandy, cómo no, lo seguimos, general Herrera, usted indíquenos el camino —contestó el padre Servando—; que no se diga más, adentro caballeros.

Ya adentro, en compañía de las damas que bebían chocolate para amainar el fresco de la tarde y dar cuenta de aquel exquisito pan de elote, el general Herrera sacó la botella prometida y a ésta agregó una de rompope por si alguien quería, en especial las señoras, y convidarles algo a las muchachas que les habían auxiliado en toda la comida y sus preparativos. El padre Servando no se hizo del rogar y antes de tomar la copa de brandy se tomó una de rompope, escogió una amplia mecedora de bejuco, se sentó y comenzó e entreabrir una serie de papeles que llevaba consigo; sacó de la bolsa del abrigo que lo guarecía de la humedad y el frío de la ya casi noche un libro pequeño, que con la ayuda de uno de los quinqués instalados en la sala y sus antiparras se puso a revisar.

—Así me gusta, padre Servando, que sea usted cumplidor y nos platicue qué fue lo que encontró en casa de fray Anselmo, no sabe cómo se lo vamos a agradecer, porque conociéndolo, ya se me figuraba que sólo se los iba usted a confiar a los señores y a nosotras nos iba a ignorar —le dijo haciéndole un guiño en señal de complicidad Gertrudis, ya con su taza de chocolate en la mano.

—Pues ahí tienen que hace tiempo, mucho tiempo atrás, cuando yo me hice famoso, tristemente famoso para muchos, con el discurso que pronuncié el 12 de diciembre de 1794 en el 263 aniversario de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, hechos y anécdotas que les he platicado hasta la saciedad, tenía yo unos documentos manuscritos de fray Diego de Soria, abad del convento de Acolman, escritos allá por el año de 1587, cuando él, según narraba en el documento en cuestión, obtuvo del Papa Sixto V una bula para celebrar nueve misas, que él llamó de Aguinaldo, que sirvieran y coadyuvaran a la evangelización de los indígenas, cosa que ya en gran parte habían logrado las apariciones de la Virgen de Guadalupe, pero para erradicar de manera definitiva los vestigios de las festividades de la veintena de “Panquetzaliztle”, que en estricto sentido significaban “cuando se enarbolan las banderas”, festival todavía celebrado por algunas comunidades paganas en honor a Huitzilopochtli, conmemoraciones que se llevaban a cabo, según se sabe o cuentan por ahí, del 17 al 26 de diciembre y preparaban el advenimiento o nacimiento del terrible dios de la guerra de los mexicas, celebraciones que se convertían en una horrenda orgía de sangre y sacrificios pues los mexicas inmolaban a una gran cantidad de prisioneros que tomaban a mansalva de los pueblos circunvecinos, cientos de jovencitos en especial, para ofrendárselos a su dios. Ahora bien, me dirán ustedes, por qué es importante esto

y porqué se los platico, pues porque este documento demuestra la gran sapiencia y conocimiento de las cosas que tenía este santo varón, que era todo un visionario, erudito y conocedor del mundo mexica, situación que él aprovechó con su privilegiada inteligencia para atraer a los aún no convertidos al catolicismo, a la fe de Cristo.

—Vaya que es importante todo esto que nos está platicando, padre Servando —comentó Manuelita, emocionada de escuchar estos planteamientos esclarecedores que les hacía el tan brillante y polémico sacerdote regiomontano a quien esa tarde había tenido el privilegio de conocer; ya mucho le había platicado su marido acerca de él, pero el estar ahí, en esa velada, en esa casa tan acogedora, para ella era maravilloso—, yo sabía, y corríjame si no estoy en lo correcto, que esas misas de Aguinaldo, esas nueve misas de Aguinaldo, fueron las precursoras de la celebración de nuestras tradicionales posadas. ¿Estoy en lo cierto, padre? —agregó—, y luego rompían las piñatas con siete picos, donde cada uno significaba un pecado capital.

—Claro que estás en lo cierto y mira que estás bien informada, hija, te felicito —le dijo el padre Servando a Manuelita—; ya me había platicado tu esposo que eras muy versada en los asuntos religiosos y que cultivabas una amistad de años con el excelentísimo señor don José Antonio Joaquín Pérez Martínez y Robles, obispo de la diócesis de Puebla, hombre probo y honrado a quien respeto, y veo que tienes interés.

—En efecto, padre Servando, a mí siempre me han interesado todos esos temas, más tratándose de nuestras tradiciones —le contestó Manuelita quien, absorta, lo contemplaba con admiración y respeto.

—Como les decía —continuó el padre Servando—, lo fascinante y revelador de esta acción, de este hecho de celebrar nueve misas previas a la Navidad, es que fue idea de fray Diego de Soria aquí en nuestro suelo, en Acolman, con la finalidad de suplantar esos nueve días sombríos y macabros de las festividades del “Panquetzaliztle” por estas nueve misas de Aguinaldo, preparando el nacimiento de nuestro señor Jesucristo, nuestro salvador. ¿Se imaginan la grandeza de esta acción, que luego se instauró en costumbre y tradición? Y este manuscrito al que me refiero, una especie de apuntes y notas del padre Soria, es el que me proporcionó fray Anselmo, a quien conocí siendo yo muy joven y con quien cultivaba una bonita amistad hasta que, encadenado, me llevaron al puerto de Veracruz y de ahí a España como castigo ejemplar por mi discurso blasfemo —dijo con cierta ironía, evocando al pasado—. ¿Qué les parece, amigos míos? —finalizó, mostrándoles el pequeño librito que atesoraba entre sus manos y todavía agregó—: Fue el propio fray Anselmo quien personalmente hizo la copia que hoy me

entregó y donde se da todo detalle de estas festividades tan detestables de los mexicas, sobre todo por la cantidad de sacrificios humanos que estas fiestas involucraban.

—Pero padre Servando, ¿cómo es posible que el nacimiento del niño Dios y el de este dios mexica Huitzilopochtli coincidan y sean casi el mismo día? —preguntó doña Dolores Alzugaray muy consternada—. ¿No será algún invento de alguien mal intencionado para desprestigiar nuestra fe? Ya ve usted que gente mala no falta.

—No, hija mía, no, curiosamente en la historia de las religiones hay cosas admirables como éstas, donde se dan semejanzas de esta naturaleza y la coincidencia de fechas suele pasar, eh, hija. También en el *Popol Vuh* y el *Chilam Balam* de los mayas, allá en Yucatán, Chiapas y Guatemala, se dicen cosas parecidas a las consignadas en el Génesis de la Biblia, increíbles, dignas de una investigación —terminó diciendo el padre Servando Teresa de Mier, tenido por unos como un hombre estrafalario y por otros como un sabio y elocuente clérigo que siempre iba más allá del pensamiento de su época.

—Lo admirable aquí, a lo que yo iba y quería explicarles con detenimiento —siguió diciéndoles el padre Servando al tiempo que degustaba su exquisita copa de brandy—, es la manera tan hábil en que fray Diego de Soria sobreponía una festividad sobre la otra; a eso lo conocemos dentro del campo del conocimiento como sincretismo religioso y este hombre, por lo que ustedes pueden apreciar, era un maestro en esos menesteres.

—En la historia de la humanidad hay infinidad de ejemplos como estos, amigos —volvió a comentarles el padre Servando—, con decirles que nuestra Navidad, nuestra tan celebrada Nochebuena, no corresponde en nada a la verdadera fecha del nacimiento de Jesús, que según los estudiosos fue en el mes de abril y no en diciembre; sólo que cuando el cristianismo se afincó en Roma se tomaron las fechas de la celebraciones que los romanos antiguos hacían en honor de Ceres, diosa de la agricultura, para agradecerle por las cosechas levantadas en el año, y como ésa era una festividad muy importante, la tomaron y decidieron celebrar en esa fecha el nacimiento del niño Dios; pero en fin, así son las cosas, y luego con el tiempo todo mundo se las cree. Bueno, mis queridos amigos, mecenas y anfitriones, ya mejor me callo y evito seguir diciendo cosas que a lo mejor no a todos les gusta que diga y luego me voy de la boca, no en balde tengo fama de provocador o buscapielitos—terminó diciendo, al tiempo que ponía cara de pícaro y de yo no fui y se instalaba en una gran poltrona a seguir la tertulia y a degustar el brandy, el rompope, el pan de elote y el rico chocolate caliente, que ya de noche se apetecía y era menester tomarlo para contrarrestar el frescor de la noche.

La estancia en Xochimilco de los Gómez de la Torre, como solía decir Manuelita cuando se refería a ella y a su marido, se prolongó hasta el martes uno de agosto, cuando dieron la vuelta y regresaron a la ciudad de México en compañía del matrimonio Herrera, que gentilmente los acompañó esos dos días; el lunes 31 de julio, día de San Ignacio de Loyola, lo dedicaron a recorrer los alrededores del lugar. El general Guadalupe Victoria, fiel a sus cabalgatas matutinas de Palacio Nacional al bosque de Chapultepec, se disculpó y llegadas las ocho de la noche de ese domingo 30 de julio, en compañía de su hermana Gertrudis y el padre Servando Teresa de Mier, partió hacia la gran acequia a un costado de Palacio Nacional; el día siguiente era lunes y su agenda no la podía cancelar, los asuntos apremiaban y la marcha del país no se podía detener, se fue con toda su guardia. Las teas ardiendo iluminaban el espejo de agua y su humo negro dispersaba a los cientos de insectos que rondaban la gran trajinera que, con techo y asientos muy confortables, ocupaban él, su hermana, el padre Servando y su jefe de ayudantes. El trayecto transcurrió despacio, enmarcado en los silencios de una noche con luna que iluminaba las orillas de aquel gran canal que comunicaba Xochimilco con todos los pueblos ribereños del lago.

Aquellos días tanto para Manuelita como para Francisco Javier fueron placenteros y sobre todo pudieron conciliar sueños profundos, reparadores, después de un trote de casi quince días de viajar y tener encuentros con diferentes personas sobre las que dejaron huella y de quienes recibieron todo tipo de parabienes. Diligencias, berlinas, carretas tiradas por yuntas, acémilas, caballos, caminos empedrados, empolvados, llenos de lodo por las lluvias, todo eso había cesado en este remanso de paz llamado Xochimilco, donde los altos ahuejotes daban la sensación de estar tocando el cielo y el paisaje se reproducía en los espejos del agua; todo tenía vida propia, era diferente a lo conocido hasta entonces, aquello sí que era un paraíso, se decía a sí misma. Chinampas, huertos, plantaciones de flores que abastecían los mercados de la capital y engalanaban las casas de postín y la gran diversidad de templos que parecían inundar la ciudad, se reproducían a cada paso y el viento, que le daba movilidad y vida a toda aquella vegetación, serpenteaba entre los canales levantando una suave brisa que humedecía las conciencias y hacía reflexionar a todo aquel que buscaba la paz y la tranquilidad en pos de un mundo más apacible, donde las ideas prevalecieran sobre las bayonetas que habían ensangrentado el suelo de manera ininterrumpida por más de trece años, pensó y suspirando le dijo levemente al oído a su marido, quien absorto la contemplaba con actitud meditabunda: —Aquí no hay polvo ni suelos porosos que se traguen la sangre derramada, aquí todo fluye y por doquier los manantiales son señales de vida, de esperanza.

Los días venideros fueron un agasajo continuo entre desayunos, comidas y cenas, entrevistas, visitas a tiendas de ropa, de objetos orientales que todavía esporádicamente llegaban por el puerto de Acapulco, pues aunque en desuso los viajes de las Nao, el comercio seguía fluyendo de todas partes del mundo y la ciudad como tal, la más importante del país, era un sitio único, pues lo que aquí se veía, se escuchaba, se compraba o simplemente se podía disfrutar viendo vitrinas, no lo había en ninguna otra parte. La visita al estudio de un connotado pintor fue obligada para plasmar el óleo de la boda, imágenes de Manuelita y su esposo, y del mismo Francisco Javier con su uniforme de gala y la cruz al mérito en batalla por la defensa de la villa de Córdoba. Ya después el pintor, utilizando los eficientes servicios del correo, les haría llegar los cuadros, en especial las varias versiones en miniatura enmarcadas en maderas finas, delicadamente terminadas con laca aplicada a muñeca. También aprovecharon aquella grata estancia en la ciudad de México, que se prolongó hasta fines de agosto, para proveerse de algunas semillas certificadas de un pasto inglés muy en boga para la alimentación del ganado ovino, del cual la Hacienda de Santa Cruz tenía excelentes ejemplares y abastecía a la región, no sólo de lana sino de carne, y había decidido cubrir todas las lomas y laderas con ese pasto inglés que, afirmaban los expertos en botánica, era un excelente forraje; consultaron también a algunos productores de ganado bovino que teniendo sus fincas y ranchos en el estado de Tlaxcala residían en la capital, pues a él le interesaba diversificar toda la industria agropecuaria que había decidido montar con la ayuda de los empréstitos obtenidos.

Cada salida era única y la cantidad de experiencias comunes día con día afianzaba los lazos sentimentales de la joven pareja; cada uno se esforzaba por dar lo mejor de sí al otro y porque aquellos días perduraran en su memoria y formaran parte del cúmulo de recuerdos que trasmisirían a sus hijos, y precisamente lo siguiente y esperado para el joven matrimonio, lo lógico, era la venida de los hijos y conscientes de que ésta se podía dar de un momento a otro, dada la intensa y apasionada relación íntima que en toda pareja conlleva al viaje de bodas, un poco preocupados por los días de diligencia, carreta y caballo que habrían de venir al regreso, previendo algún contratiempo decidieron emprender el regreso ahora vía Calpulalpan, Apizaco, Huamantla, Libres y Teziutlán antes de tocar el destino final, la Hacienda de Santa Cruz, donde fijarían su residencia. Aquel viaje había resultado fascinante para los dos, porque además de la compenetración espiritual entre ambos, los escarceos, arrumacos y entrega mutua se repetían sin reparo ni obstáculo alguno, estaban hechos el uno para el otro y la lejanía temporal de sus

respectivas familias, desinhibidos de todo prejuicio, los hizo fundirse en un solo cuerpo y espíritu que en cada encuentro alcanzaban el éxtasis anhelado.

Las lluvias de septiembre los acompañaron todo el camino y las escalas se hicieron aún más necesarias; los caminos reales, serpenteando por las partes altas, presentaban la mejor opción y de pueblo en pueblo, en ocasiones hubo necesidad de pernoctar en pequeños caseríos no considerados en el itinerario, sobre todo porque el equipaje y las carretas que llevaban consigo hacían más lento el avance y realmente parecía que viajaban con todo un menaje de casa; obviamente, la intención es que todo llegara con bien a su destino. Al llegar a Teziutlán ellos se quedaron y las carretas y mulas con carga continuaron su camino hasta la Hacienda de Santa Cruz; más de cincuenta días de viaje, a partir del 16 de julio en que dejaron Teziutlán, eran muchos días, pero entre salidas, llegadas y trasladados aquella singular caravana, resguardada por piquetes de soldados, no tuvo ningún traspie en su largo recorrido.

—¡Francisco, hijo! ¡Manuelita, qué alegría! Esta sí que es una verdadera sorpresa, mis amores, lo que menos me esperaba —expresó doña María Rita viuda de De la Torre, feliz de tenerlos de vuelta y agregó—: ¿no te enfadarás de que te llame hijo, verdad? —le dijo volteando a ver a Francisco quien, cariñoso, le había dado un beso en la mejilla a su suegra e irradiaba alegría.

—¡Para nada, suegra! —contestó eufórico de inmediato, contagiado por la alegría espontánea de doña María Rita, usualmente muy solemne en este tipo de cosas—. Y antes de que se me olvide, le manda muchos saludos el señor presidente de la República, el general Guadalupe Victoria, ¿verdad Manuelita? Su nombre y el de mi difunto suegro —agregó— son bien recordados en los círculos políticos de la capital, sobre todo por quienes han tenido contacto con esta región.

—¡Vaya, hoy es un día de sorpresas por lo que veo! Menos mal que nos recuerdan bien, pero a ver, cuéntenme todo, ¿cómo les fue de viaje? Pasearon mucho por lo que veo y a todo esto, ¿ya comieron? —les preguntó—, porque ya es tarde y me imagino que han de haber salido a buena hora o de Libres o de Tlatlauquitepec.

—Mamá, no te preocupes por favor, claro que tenemos hambre y más después de tanto brinco en la diligencia, pero todo a su tiempo—le contestó Manuelita al momento que la abrazaba—. Pero déjame que te vea bien, luces espléndida, mamá, y la verdad sí les eché de

menos; bueno, un poquito, lo normal, pero soy inmensamente feliz, mi marido es adorable, es de un detallista, amable y complaciente que no veas, ya te platicaré luego, habrá tiempo para todo; pero imagínate, llevamos tan solo dos meses y días de casados y a mí se me figura que nos conocíamos y amábamos desde hace años —y aprovechando que Francisco Javier había salido al pórtico de la casa a pagarle a los cocheros y supervisar que todo el equipaje fuera bajado, así como despachar el menaje de casa para la Hacienda de Santa Cruz, tomó a su madre por la cintura y se encaminó con ella hacia la cocina, donde un rico puchero de cordero despedía su inigualable aroma y las chicas que le ayudaban en la cocina a su madre terminaban de echar las tortillas a mano que tanto le gustaban—. ¡Mamá, pero qué veo! ¡Buñuelos de manteca! ¿No es muy pronto? Todavía no son las navidades ni se aproximan las posadas, pero bueno, siempre son bienvenidos, sobre todo con este tiempo lluvioso y de chipi chipi como el del día de hoy —comentó, inclinándose para coger un buñuelo y pasarlo rápido por un recipiente que rebosaba de piloncillo con canela recién preparado.

—¡Ay, hija mía!, dirás que tu madre está media loca, pero no sé por qué desde que me levanté tuve el presentimiento de que hoy llegarían y me dije a mí misma: a Manuelita le gustan mucho los buñuelos y qué mejor que hacérselos, y aquí nos tienes preparando todo —terminó diciéndole doña María Rita, más que complacida con la llegada de su hija y su flamante yerno, al que había decidido darle el tratamiento de hijo pues finalmente había sido él quien le había facilitado la venta de San Joaquín El Jobo, heredad intestada de los De la Torre; a nadie en la familia le había disgustado esa entrada de dinero, además de que estaba segura que sería el esposo ideal para su hija y un apoyo para ella en la formación de sus hijos varones menores, huérfanos de padre—. Oye, mi hijita, ¿se quedarán algunos días con nosotros? —le preguntó doña María Rita a su hija, quien degustaba aquel delicioso buñuelo recién salido de la gran freidora de cobre que solían utilizar para aquellos menesteres—. Lo digo porque dependiendo de eso habría que pensar en organizar una comida con familiares y amigos, ¿no crees? Tal vez sería bueno, algo así como una tornaboda.

—¡Mamá!, ¿no crees que han transcurrido muchos días después de la boda como para organizar una tornaboda? —le contestó de inmediato Manuelita, extrañada por aquella ocurrencia de su madre.

—No, mi hijita, simplemente es una idea y nada más, pero si lo prefieres, tal vez mejor lo dejamos para las festividades de Todos Santos que ya se avecinan, ¿te parece?, no vaya a ser que Francisco Javier tenga prisa por llegar a su casa y ponerse al tanto de la marcha de sus

negocios y ranchos; aunque él sabe que doña Francisca, su señora madre, está al pendiente de todo, tendrá ganas de llegar a su casa —le comentó su madre asumiendo su papel de suegra consciente con las circunstancias y la cantidad de días que se habían ausentado—. ¿O no tengo razón, mi hijita? ¿cómo ves mi propuesta?

—No, tanto como prisa no, mamá; lo que sí es que como mandó todo lo del menaje de casa y la carga ha de querer llegar luego, pues dio la instrucción de que metieran las carretas y la carga a las bodegas y no bajaran ni abrieran nada hasta que nosotros llegáramos; en relación con tu sugerencia de hacer algo para los días de Todos Santos, no suena mal, sería más conveniente —opinó, al momento que se sentó en una silla ahí en la cocina, junto al calor del fogón y los anafres, y asumió una actitud meditabunda.

—¿Te preocupa algo, Manuelita? ¿algo que yo no sepa o que no esté enterada? —le cuestionó a su hija al verla en esa actitud—. ¿O te sientes mal?

—No, madre, descuida, no me hagas mucho caso, sólo divago —le respondió Manuelita a su madre al verla preocupada—. No, sólo que en ocasiones me asalta la duda de cómo va a ser mi vida de casada en una casa donde la señora por años ha sido doña Francisca; me imagino que lo seguirá siendo, con dos cuñadas solteras y la responsabilidad de la pequeña Guadalupe, a quien Francisco Javier adora; en fin, para qué adelanto vísperas si todavía ni estoy allá —le comentó a su madre y le dijo que no se preocupara—. Además —comentó—, ahora que me acuerdo Francisco Javier me dijo, al estar en Xochimilco, donde nos invitaron a una comida deliciosa y nos hospedaron en una casa muy bonita de madera, que él ya había encargado la construcción de una cabaña en una de las laderas de la hacienda con todas las comodidades para que la habitáramos nosotros dos, y eso salió de él, yo jamás he tocado el tema de la suegra ni de la convivencia con las hermanas —concluyó.

—Mira, mi hijita, tú marido es todo un caballero, educado, con principios y valores, estudió en el seminario y sé que por encima de quien sea él siempre te dará tu lugar, eres su esposa —le dijo tomándola de las manos y mirándola a los ojos—: por otro lado, doña Francisca —siguió diciéndole con cierta vehemencia— es toda una matrona, linda persona, devota, caritativa y sobre todo, desde el momento en que te convertiste en su nuera tú pasaste a ser una hija para ella, no te preocupes y deshecha esos malos pensamientos, ya verás lo feliz que vas a ser y con mayor razón si dices que Francisco Javier te habló de la construcción de esa cabaña en el campo; serás muy feliz hija mía, muy feliz.

—Por cierto, mamá —le dijo Manuelita a doña María Rita—, no te he platicado que fuimos a comer a Azcapotzalco con el tío Miguel y le dio muchísimo gusto nuestra visita, esa sí que para él fue una verdadera sorpresa. ¿Te imaginas cuántos años tenía yo sin verlo?, casi cinco, mamá, cinco años y ahora que nos vimos hasta le presenté a mi esposo.

—Oye, ese marido tuyo sí que es un ángel y muy complaciente.

—¿Por qué lo dices, mami?

—Pues mira que te llevó hasta allá, ¿no te parece un detalle muy lindo de tu esposo? Y aun así te pones melancólica y te cuestionas toda acerca de dónde vas a vivir, si vas a estar de arrimada o como una hija más —exclamó doña María Rita, retomando la conversación que acababan de dejar momentos antes—. Sí, hija mía, tu marido es todo un caballero.

—Pero mamá, Azcapotzalco está a sólo un brinquito de ahí de la villa de Guadalupe, donde estuvimos alojados en casa de unas monjitas amigas de Francisco Javier; ellas le prestaron una berlina y en esa nos transportamos rápido, sólo nos acompañó un muchachito hijo del caballerango que trabaja para las hermanas y listo, por una calzada amplia y bien trazada llegamos muy bien —le explicaba Manuelita a su mamá—. ¡Ah, y hubieras visto la cara de mi tío cuando nos vio! ¡Manuelita!, ¿eres tú, hija mía?, me preguntó, ¿tú, la hija de mi querida hermana María Rita? No lo puedo creer, te casaste siempre, ¿verdad? El pobre tío no salía de su asombro —le comentó—. Y este señor debe de ser tu flamante esposo, militar por cierto, por lo que veo, jah!, y con grado de coronel —agregó—; no, mamá, no tienes idea lo bien que la pasamos con el tío y cómo nos atendió.

—Pues en verdad lo celebro, hija mía —y diciendo esto la apuró para que terminara de comerse su buñuelo y le ayudara a poner una mesa ahí, en la cocina, en lo íntimo de la casa, para que todos se reunieran a comer, ya era tarde y todo estaba listo. Aquel presentimiento que tuvo por la mañana al levantarse, de que su hija llegaría de un momento a otro, en cualquier día de esa semana, se había cumplido.

Ya al calor del fogón de la cocina, la comida preparada y los postres en puerta, pronto fue ocasión para que se reunieran todos a comer y escucharan al joven matrimonio relatarles sus andanzas por la capital del país, narrarles a quiénes habían conocido, con quiénes se habían relacionado, qué de interesante habían visto y en especial saber cómo marchaba el pulso de esa joven república; por lo que se sabía ahí todo iba sobre ruedas, por el momento parecía que el país estaba tranquilo y los negocios prosperaban, al igual que el comercio, no en balde Teziutlán se estaba perfilando como un sitio importante para el intercambio de mercancías, donde

confluían tanto los productos de la tierra caliente como los de la región serrana y los que llegaban traídos desde el altiplano, sin olvidar que también llegaban hasta aquí lo que entraba por Veracruz y venía desde Europa o los Estados Unidos o la Gran Colombia. Lo importante para que todo se diera dentro de un clima y ambiente de paz y laboriosidad era que la guerra, las fricciones entre facciones y grupos y los distintos intereses políticos, precisamente a través de la política se dirimieran dentro del Congreso, del gobierno y se gobernara para todos.

Pasados tres días de su arribo a Teziutlán, temprano, aun sin haber almorzado, emprendieron el camino hacia Santa Cruz, hacia Talixco y sus alrededores; varios trabajadores de la hacienda, encabezados por el fiel Juan Cástulo, habían acudido hasta la entrada misma de Teziutlán para escoltar a la joven pareja hasta Altotonga, de donde Francisco Javier, en compañía de su madre, hermanas, su pequeña hija Guadalupe, su amigo el coronel José María Jarero Ruiz, padre de sangre de la pequeña, y algunas amistades cercanas como el padre Valderrama, habían salido hacia su boda aquel viernes 14 de julio por la mañana y precisamente ahora, a sesenta días, ese jueves 14 de septiembre de 1826, por fin Manuelita, ya convertida en la señora de Gómez Bello, divisó desde la parte alta de Talixco las tierras de Santa Cruz.

La llegada, planeada desde su arribo a Teziutlán en el momento en que despachó la carga y le envió un mensaje a su madre para prevenirla y tener todo preparado, se llevó a cabo con un almuerzo campestre al que fueron convocadas todas sus amistades de Altotonga y de Atzalan, además de todos los trabajadores y sus familias, incluidos los negros y mulatos que en calidad de libertos había incorporado a la hacienda su difunto padre. Todo mundo acudió con gusto, los Gómez Bello, en especial doña Francisca y sus hijas, que eran quienes permanecían de planta siempre en la hacienda, eran muy apreciadas en la región al igual que el coronel Francisco Javier, aunque se conocía que él radicaba en realidad en Perote, al frente de la fortaleza de San Carlos. Se sabía que había contraído nupcias recientemente con una joven oriunda de Teziutlán y que ese día llegarían; acerca de su licencia y separación temporal del ejército nadie estaba enterado, sólo unos cuantos intuían que ahora, casado el joven militar, tal vez hubiera tomado la decisión de radicar por una temporada en su pueblo, del que la mayor parte del tiempo estaba ausente, además de que la administración de la hacienda necesitaba un hombre al frente para la prosperidad de los negocios.

—¿Ves todas esas tierras, desde aquí en lo alto de Talixco, llenas de lomeríos suaves, rejoyas y pequeños valles, serpenteadas por el río y una infinidad de canales de riego que aprovechan los desniveles del terreno? ¿Las ves, esposa mía? Pues es Santa Cruz, la heredad que

mi padre me dejara al morir y así como las ves, desde ahorita son tuyas, de nuestros hijos y de nuestros nietos que, andando el tiempo, serán numerosa prole —le dijo Francisco Javier a Manuelita, señalándole con el dedo índice de su brazo derecho extendido las verdes praderas que se divisaban camino abajo—. ¿Te gustan, mi amor? —le preguntó dándole un beso en la mejilla al emparejar su montura con la de ella, que paso a paso descendían con precaución por aquella calzada construida con piedras redondas de río y lajas entreveradas, que al influjo de la temporada de lluvias se tornaban resbaladizas por el musgo y lama propios del poco sol y mucha lluvia.

—¿Todas esas, mi amor? Y tus hermanas, ¿qué no cuentan?, ¿acaso en Santa Cruz se acostumbra la Ley Sálica como en la Francia de los Luises, señor coronel? —le contestó Manuelita un tanto en tono irónico, como sorprendida por esa aseveración que su marido le acababa de hacer.

—Ley Sálica no, puesto que ahorita la matriarca es mi señora madre y yo respeto su santa voluntad, mi vida, pero en el testamento mi padre les dejó a mis hermanas otros bienes y otras tierras por ahí, además de los comercios bien encaminados tanto en Altotonga como en la villa de Atzalan, pero en la Hacienda de Santa Cruz mi padre ha querido perpetuar el apellido Gómez, como tú has de entender bien —le contestó sonriéndole y haciéndole un guiño con el ojo a su perspicaz mujer que, sonrojada, se tapaba la cara con sus dos manos y se reprochaba a sí misma haber hecho aquel comentario fuera de lugar.

—Pero señor coronel, espero que no me tome usted a mal haber hecho este comentario; yo, antes que nada, respeto la sabia decisión de su señor padre, que en el fondo ha venido a beneficiar a nuestra descendencia, ¿o no lo ve usted así? —y diciendo esto le devolvió a su marido un beso cariñoso, reconciliándose consigo misma y con lo que había expresado.

—No en balde estoy satisfecho de la elección que hice cuando te desposé, señora de Gómez Bello, pues sé que eres una mujer juiciosa que en mi ausencia sabrá conducir las cosas a buen término, como lo ha hecho siempre mi señora madre —le dijo sosteniendo las riendas de su caballo para bajar poco a poco lo empinado de la cuesta y evitar que la yegua que Manuelita montaba zozobrara y pudiera ella tener un percance; sin pensarlo dos veces, él se apeó de su caballo y caminando sostuvo firmemente las riendas de la montura de su esposa.

Aquella inesperada conversación, pensó Manuelita mientras bajaba la cuesta de Talixco auxiliada por su esposo, quien sujetaba las riendas de su yegua, aunque algo incómoda al principio y sorpresiva del todo, porque ella nunca imaginó que aquellas reflexiones de su esposo le fueran a dar la pauta para no sólo intuir cuál iba a ser su papel en la Hacienda de Santa Cruz como la

señora del patrón, sino que le daban la certeza de que en todo y ante todo su marido le daría la razón a ella, como su esposa claro está, con la debida ascendencia de doña Francisca sobre el joven matrimonio. Su suegra, mujer energética, de trabajo y emprendedora, a la sazón era quien llevaba las riendas de la hacienda, pero Francisco Javier poco a poco iría tomando el debido conocimiento de los negocios y las decisiones de rigor. Francisca Bello viuda de Gómez realmente era una mujer encantadora, detallista, devota y muy asidua al rezo del Santo Rosario, tanto que todos los días por las tardes bajaba a Atzalan hasta la parroquia de San Andrés, o subía de vez en cuando a Altotonga a la capilla de la Asunción o acudía a la capilla de la Santa Cruz, ahí nomás cruzando el río. Todo iba saliendo bien y las cosas se daban como las había imaginado, no en balde la nutrida comunicación epistolar entre ella y su joven esposo estaba dando frutos. Lo conocía, creía conocerlo bien; además su marido, como ella misma decía, era un encanto, un libro abierto y no tenía secretos para nadie. Bien le había aconsejado su madre al decirle que no se preocupara por el lugar que ocuparía en el seno de la familia Gómez Bello, antes que nada estaban ellos dos, la pareja, y luego vendrían los hijos; de hecho ya constituían una familia. Además doña Francisca, Rosario y Soledad eran mujeres buenas, educadas y para nada se meterían en la vida del joven matrimonio, lo sabía. Guadalupe era una niña hermosa, muy segura de sí misma y adoraba a Francisco Javier, su padre adoptivo, lo mismo que al coronel José María Jarero Ruiz, su padre de sangre, con quien seguía todavía de viaje en San Andrés Tuxtla, pero tenía la confianza de que llegarían a ser grandes amigas, sin necesidad de tratar de usurpar el cariño que la niña sentía por su suegra y sus cuñadas, en especial por Soledad, a quien veía como a su madre. Por lo pronto debía desterrar de su pensamiento todos esos barruntos de tormenta que no venían al caso, ya con el tiempo llegaría a ser la patrona indiscutible de la Hacienda de Santa Cruz, hoy era la joven esposa a quienes todos querían conocer y le daban la bienvenida.

—Hija, bienvenida a tu casa, es un gusto tenerlos aquí a los dos, ya les echaba de menos y este corazón de madre ya presentía su regreso, lo deseaba —le dijo doña Francisca al recibirla en la puerta de la gran casona principal de la hacienda, al momento que la abrazaba y le daba un beso cariñoso, al igual que a su hijo—. PASEN POR FAVOR, DESCANSEN UN POCO DEL VIAJE, INCLUSO HE MANDADO PRENDER LAS CHIMENEAS Y LAS ESTUFAS PARA CALENTAR UN POCO LA CASA, PUES DESPUÉS DE TANTOS DÍAS DE LLUVIA CREO QUE HOY, POR FIN, EL SOL NOS REGALARÁ TODO EL DÍA; DESCANSEN, AÚN HAY TIEMPO PARA ACUDIR AL FESTEJO DE BIENVENIDA —AGREGÓ SATISFECHA DE QUE LA JOVEN PAREJA ESTUVIERA EN CASA—, PORQUE HOY REALMENTE ES DÍA DE FIESTA Y LE DAMOS LA BIENVENIDA A LA VIDA CON TU LLEGADA, HIJA MÍA, PORQUE NO VAYAS A CREER QUE ESTA PEQUEÑA FESTIVIDAD HA SIDO SÓLO IDEA MÍA, NO, HA SIDO

a petición de todos los trabajadores y de nuestras más cercanas amistades, que quieren mucho a tu marido y que igual te querrán a ti, ya verás, todos son gentes sencillas y encantadoras —le dijo complacida, ya para terminar.

Después del saludo de doña Francisca se hizo presente Rosario y en familia degustaron una taza de chocolate con algunos panes tradicionales y algo de nata de leche de vaca que era la delicia de propios y extraños; se acostumbraba untarle al pan en compañía de alguna mermelada hecha en casa, preferentemente la de moras silvestres que se recogían a las orillas del río. No era tarde, apenas sería el mediodía y la reunión se había previsto a partir de las dos y media de la tarde, era septiembre y aunque ya había entrado el otoño los días todavía eran largos. El cansancio y las emociones del viaje, al calor de los leños y los almohadones de los sillones de la sala hicieron caer a los viajeros en un profundo y reparador sueño, como buen augurio de un recibimiento afectuoso y el presagio de un buen comienzo.

Horas más tarde, en los patios del cobertizo y los asoleaderos de frijol, los invitados, mezclados lo mismo trabajadores, peones, arrieros, molenderas y pastores que sus amistades de las vecinas villas de Altotonga y Atzalan, departían fraternalmente en una verdadera verbena que se alargó hasta pasadas las seis de la tarde, situación que Francisco Javier aprovechó para presentar a Manuelita persona por persona, familia por familia y ya pronto, con la ayuda del padre Valderrama, a quien Manuelita le guardaba gran aprecio, y las ideas y comentarios de doña Francisca, le armaron un nutrido grupo de niños y niñas que serían catequizados por ella en el correcto adoctrinamiento cristiano, para que llegadas las navidades pudieran todos hacer su primera comunión y les sirviera de apoyo a quienes asistían a la escuela parroquial en Atzalan, a muy pocas leguas de ahí; había que enseñarles las primeras letras, la mayoría era analfabeta y “el castilla”, como le llamaban al español, ni los mayores lo hablaban bien. Manuelita, agradecida y sorprendida con todas aquellas buenas gentes, les dio las gracias y se comprometió a ser su maestra; buen comienzo, pensó satisfecha, y con miles de planes en la cabeza e ideas por desarrollar le dio gracias a Dios por aquel día, por sentirse aceptada y querida por todos y porque le había tocado un marido maravilloso; aquel convivio había sido un buen inicio, bendecido por una espléndida y maravillosa luna llena.

Cercanos los días del Todos Santos, ya a fines de octubre, Manuelita, en compañía de uno de sus hermanos chicos que había venido a visitarlos desde Teziutlán, se ausentó, con la anuencia de su marido, a pasar esos días con su madre; Guadalupe, Soledad y el coronel José María Jarero Ruiz llegarían de vuelta hasta las fiestas navideñas, pues los abuelos maternos de la

pequeña Guadalupe los habían retenido por aquellas tierras y no deseaban que partieran pues las distancias eran tan largas y penosas y los días pasaban tan de prisa que, haciendo un balance, para que el viaje hubiera valido la pena deberían permanecer ahí, en San Andrés, hasta principios de diciembre y de una vez le celebrarían, ya para irse, su décimo cumpleaños. Ese día, después de haber despedido a Manuelita y a su cuñado, habiendo quedado él de alcanzarlos luego, Francisco Javier, una vez que hubo almorcado con su madre y Rosario, su hermana, salió en su cabalgadura en compañía de Juan Cástulo a encontrarse por el camino hacia Mecacalco con Yabuko, su fiel administrador negro que traía un importante cargamento de panela, el tradicional piloncillo que hacía las veces del azúcar, indispensable en todos los hogares; realmente era un producto que se cotizaba mucho en el mercado y había quedado con este singular liberto negro de verse en el cruce de caminos para que de ahí éste se llevara la carga, después de dejar unos encargos para las villas de Altotonga y Atzalan, hasta Perote, muy cerca del castillo de San Carlos, donde había rentado una gran bodega para este preciado producto y almacenarlo ahí a salvo de la humedad de Altotonga, que le perjudicaba y hacía que se llorara el azúcar convertido en miel.

En el cruce de caminos, arriba del Barrio de Santiago, en el paraje de Cuicuila, desde donde se divisaba toda la ladera y cañada de Altotonga, las tierras bajas y la subida hacia Perote, desde ahí se tenía un dominio de los cuatro puntos cardinales; Yabuko llegaría por el oriente y donde estaban apostados Francisco Javier y Juan Cástulo se observaba con claridad el camino hacia Perote, que descendía a un costado del río de Pancho Poza y según fueran o vinieran, lo mismo transeúntes que pequeños rebaños de borregos y cabras o algunos arrieros con sus recuas subían o bajaban. La mañana estaba soleada, aunque no tardarían en hacer su aparición las nubes del norte y en minutos aquel paisaje verde, que exudaba vegetación y en el que contrastaban entre sí los colores rojizos y ocres del otoño, se cerraría en un denso manto de niebla blanca que se acostaría sobre el suelo hasta que el suave viento del sur se la llevara ya de madrugada, para dar cabida a otro hermoso amanecer de cielos despejados y celajes lejanos donde en ocasiones se adivinaba, a lontananza, muchas leguas abajo, la línea divisoria entre el cielo y la mar. Ahí, mientras contemplaban el paisaje y charlaban alguna que otra trivialidad, Yabuko, salido de la nada, se les emparejó con tres recuas de mulas bien cargadas de piloncillo.

—¡Vaya, bendito Dios, tú sí que espantas, hombre! ¿De dónde has salido que apareces así nomás, de repente? La verdad es que no te habíamos visto por estar fijando la vista al lado contrario y es que Juan Cástulo, empeñado en divisar el mar, me distrajo un poco —le comentó

Francisco Javier al bueno de Yabuko quien, sonriente, entrelazó sus fuertes brazos con los de su patrón en señal de saludo y afecto.

—Bien dicen por ahí que el viento avisa y como ahorita éste baja no escucharon las pisadas de las mulas ni el barullo de los arrieros; tengo rato que los he divisado, pero además como este sendero es de tierra maciza, se traga los sonidos de las herraduras de las mulas — comentó Yabuko—; me imaginé que estaban distraídos en alguna cosa. —Y agregó—: Patrón, ¿cómo está su merced? Luego se ve que muy bien, eh, como que le sienta el matrimonio.

—Yabuko, mi fiel mayordomo, mira nada más cómo vienes de cargado, de menos traes casi cien quintales de piloncillo, si no es que más, ¿o me equivoco?

—No, usted nunca se equivoca, es bueno para los cálculos al igual que el patrón don Pedro, que en paz descanse —le respondió de inmediato con sus vivaces ojos verdes aquel fornido y atlético negro de casi dos metros de estatura que montaba una corpulenta mula retinta de gran alzada—; son veinticuatro bestias bien cargadas con tres quintales cada una; más no me gusta echarles porque es castigar a los pobres animales, sobre todo con las cuestas y barrancas que hay que atravesar, y así todas vienen gustosas y aceleran el paso.

—¿Y cuántas de estas mulas van para Altotonga y Atzalan?

—Ninguna, patrón, las que van para esas villas ya hasta han de haber llegado, mandé a dos arrieros directamente a las tiendas de sus hermanas en Altotonga y Atzalan con treinta quintales de carga, eso es lo que ellas habían solicitado; el resto de la carga viene aquí conmigo, sólo denos un poco de tiempo y nos seguimos con usted hacia las bodegas de Perote —le dijo Yabuko sonriente al momento que se apeaba de su montura—. ¿O no va usted a Perote, patrón? Yo tenía entendido que sí, ¿o hay cambio de planes?

—No, de ninguna manera, claro que vamos, hombre, claro, por eso decidí que nos encontráramos aquí en este cruce de caminos, descansen un rato y luego proseguimos hasta las bodegas, sirve que reviso mi correspondencia en el castillo de San Carlos, pues aunque ahorita estoy de licencia, las cartas seguirán llegando, me imagino, ¿no crees? —le comentó Francisco Javier—. Por cierto, Juan Cástulo, en esas dos mulas viene el bastimento destinado para ustedes, así que coman y, como decimos acá, merezcan sus mercedes —les comentó mientras le daba instrucciones a Juan Cástulo para que encendiera la leña y en el comal calentara la comida y pusiera al fogón los recipientes con chocolate que solía invitarles a sus trabajadores para que recuperaran sus fuerzas, más en estos casos de jornadas largas y extenuantes—. Beban, beban por favor y sacien su hambre.

—Patrón, viene usted muy marcial, muy de coronel del ejército, ¿acaso hizo usted a un lado la licencia que iba a solicitar y me comentó antes de casarse? —le dijo el buen Yabuko a Francisco Javier al verlo vestido de uniforme con todo y sus insignias de coronel.

—No, amigo, aunque esté de licencia coronel del Ejército Mexicano soy y en estos tiempos, donde la inseguridad y los bandidos campean por esas tierras de Dios, el uniforme ayuda y donde te presentes el trato será diferente, ¿no crees? —le respondió Francisco Javier a su fiel mayordomo.

Una vez que hubieron almorcado Yabuko y los cuatro peones que venían con él, en compañía de Francisco Javier y Juan Cástulo, retomaron el camino hacia arriba y enfilaron hacia Perote; todavía tenían por delante algunas horas de sol y el aire tibio que corría del sur auguraba buen tiempo, mientras no diera la vuelta o cesara, lo importante aquí era que los caminos estaban secos y transitables en toda la subida, ya en el llano, lo arenoso del camino haría un poco pesada la buena marcha de las mulas, que no estaban acostumbradas a este tipo de suelos. La subida fue rápida por el rumbo de Tepozoteco, de ahí se descolgaron hacia los llanos, donde a lo lejos se alcanzaba a divisar un buen número de cabalgaduras que parecían venir a su encuentro enarbolando banderines; por la cantidad de polvo que levantaban parecía ser todo un batallón o tal vez los cadetes del heroico Colegio Militar estaban realizando sus prácticas.

—¡Patrón! ¡Patrón! Oiga usted, ¿ya vio esa tremenda caballada que viene a nuestro encuentro?, ¿acaso estallaría la guerra y nosotros no nos hemos enterado? —exclamó Yabuko algo exaltado y dispuesto ya a entrar en acción—. Si usted lo autoriza me llevo las mulas al monte y nos perdemos entre los pinos, al cabo la ranchería de Juan Marcos no está lejos y dos de los arrieros son de ahí, conocen bien el camino y por lo pronto ponemos a salvo la carga —volvió a insistir ante el inminente encuentro con esa caballada que levantaba toda una pared de polvo y que el viento del sur hacía parecer que ya estaban ahí—. Yo sé lo que le digo, patrón, mejor nos llevamos las recuas para Juan Marcos, ¿no cree?

—Mira, Yabuko, tú razonamiento no me parece mal, está bien y tiene lógica, sea lo que sea habría que proteger la carga y la mulada, pues en estos casos nunca sobra una bestia de carga y serían incautadas sin piedad —le respondió Francisco Javier intrigado del porqué de esa polvareda, detrás de la cual deberían de venir algunos jinetes, pero tanto como un batallón no lo creyó; además, conociendo bien el terreno y llevando ya varios días de soplar el sur, era lógico que levantarán tanto polvo—; tal vez no sean tantos, Yabuko, a lo sumo serán treinta jinetes, por lo menos a mí eso me parece y mira que tengo algo de experiencia en estos llanos y sus

senderos —volvió a decirle y deteniéndose, sacó el catalejo que siempre traía consigo en la montura de su caballo y se puso detenidamente a observar el horizonte—. Una cosa sí es cierta —les dijo—, vienen en la misma dirección que nosotros, a nuestro encuentro, y en cosa de diez minutos estarán aquí, así que jálale con las recuas hacia el monte y que se guarezcan entre los pinos y los matorrales altos —le dijo mientras seguía observando a través del catalejo— y si ellos conocen bien el camino, tú quédate a mi lado, te podríamos necesitar.

—¿Son muchos, Francisco Javier? —preguntó Juan Cástulo un poco asustado.

—Los suficientes como para darnos un buen susto si son una gavilla de alzados o algo así, ¿no crees, amigo? —le respondió sin bajar el catalejo de sus ojos—. ¿Será posible? —exclamó sin dar crédito a lo que observaba y prosiguió diciendo—: ¿Será posible? No, no lo puedo creer, es muy pronto para un viaje así y además sin avisar ni prevenirme —siguió diciendo en voz alta, al momento que se rascaba la cabeza en señal de incredulidad.

—¿Qué? ¿Qué será posible, patrón? —preguntó Yabuko, desconcertado, pues ya no sabía ni qué pensar, sólo observaba con detenimiento a Francisco Javier, como queriendo descifrar las expresiones de su cara—. ¿Sí es una partida de gavilleros? ¿Acaso cuatreros?

—No, hombre de Dios, no, cómo crees, en lo absoluto —y tomando el catalejo, se lo dio a Yabuko y le dijo que mirara—. Dime qué ves, amigo, dímelo.

—Soldados, patrón, militares bien uniformados y hasta con banderines los jinetes y uno de ellos enarbola una bandera, sí, la tricolor que adoptaron no hace mucho, ah, y una diligencia o carro tirado por seis caballos; debe ser alguien importante, ¿no cree, patrón? —dijo Yabuko haciendo a un lado el catalejo, el cual tomó Juan Cástulo para ver él también a lo lejos.

—Dices bien, Yabuko, eres observador y haces buenas deducciones, tú sí sabes mirar a través de estos aparatos —le dijo Francisco Javier al tiempo que le palmeaba el hombro a aquel negro de casi dos metros de estatura al que nada intimidaba—. Sí, amigo, en un descuido en pocos minutos estaremos ante el señor presidente de la República, el general don Guadalupe Victoria, pues varios de esos jinetes con banderines son integrantes de su escolta personal y yo he reconocido desde aquí a uno que otro, además de varios cadetes del Colegio Militar del castillo de San Carlos de Perote que fundó mi general José Joaquín Herrera Ricardos. Sí, señores, estoy casi seguro de que son ellos —concluyó Francisco Javier ajustándose la chaqueta de su uniforme y colocándose bien su quepí de coronel del ejército mexicano.

—¿El presidente Victoria? ¿Tu amigo? —rápido le preguntó Juan Cástulo, sin salir del asombro—. ¿Y cómo vino hasta acá? ¿Vendrá acaso a conocer sus tierras, las mismas que le

compraste o vendiste o ya no sé, pero que también fueron del patroncito Pedro? —le dijo, acordándose de cuando lo había acompañado a Teziutlán a cerrar el trato y a dejar el dinero—. ¿Y crees que esa diligencia tan grande pueda bajar hasta Santa María de Tlapacoyan? —le preguntó intrigado.

—No, hasta Altotonga puede que sí, a Atzalan tal vez; pero hasta San Joaquín El Jobo, en Santa María de Tlapacoyan, no lo creo, sería imposible —dijo Francisco Javier—; posiblemente la dejen en Atzalan y de ahí a caballo, es lo más rápido, en una sola jornada nos pondremos hasta allá —y sin perder tiempo instruyó a Juan Cástulo para que se fuera sin parar a la hacienda y le dijera a doña Francisca, su madre, que prepararan comida como para treinta gentes de menos o viera y preguntara en Altotonga y Atzalan quién había matado puerco o tal vez preparado algún borrego.

—Pero Francisco Javier, yo también quiero saludar al general Victoria, ¿que ya no te acuerdas cuando lo acompañé y cuidé allá por tierras de El Quilate, cuando lo perseguía ese tal Iturbide que lo quería matar? Ya no te acuerdas, ¿verdad? Él también es mi amigo —le reclamó Juan Cástulo, muy cargado de razones.

—Sí, lo sé, pero ya habrá tiempo para que lo saludes y además irás con nosotros hasta San Joaquín El Jobo, te lo aseguro —le dijo para que se fuera contento a ver todos los encargos que le había hecho; sin pensarlo dos veces le pidió a Yabuko que mejor prosiguiera con las recuas de mulas hacia las bodegas de Perote y que de inmediato diera la vuelta y lo alcanzara en la hacienda, porque él se iría también con ellos hasta Santa María de Tlapacoyan—. ¡Qué cosas! —pensó—, quien le iba a decir que esta visita cambiaría todos sus planes de negocios, menos mal que Manuelita se había ido a pasar la celebración de Todos Santos y el día de muertos a Teziutlán, con su madre; él seguramente la pasaría en San Joaquín El Jobo. Y colocándose sobre una pequeña loma sobre la que había una mojonera grande de piedra, por donde pasaría la comitiva que ya estaba al llegar, se apostó para darles la bienvenida.

—Alto, ¿quién vive? —preguntó uno de los cadetes de avanzada que enarbola un banderín tricolor, quien junto con dos lanceros se adelantó al verlo subido en aquella gran mojonera de cantera.

—Francisco Javier Gómez Bello, coronel del ejército mexicano, gobernador con licencia del castillo de San Carlos de Perote y leal subordinado y servidor del señor general don Guadalupe Victoria, presidente de la República—contestó con voz firme y fuerte para ser escuchado a pesar del aire que corría hacia el sur—. Al escucharlo, los lanceros se apoyaron de

sus monturas y lo saludaron a la usanza militar y posteriormente lo saludaron efusivamente pues él había sido su maestro en el Colegio Militar, donde ellos cursaban apenas su segundo año de enseñanza. Pronto la diligencia llegó hasta esa parte del camino y el general Guadalupe Victoria, afable, sonriente, descendió del carroaje y sin más se encaminó hasta la mojonera a abrazar a su amigo.

—Mi querido Francisco Javier, qué gusto encontrarte aquí a medio llano, me sorprendes, amigo, ¿quién te avisó de nuestra llegada? Queríamos que fuera sorpresa, y digo queríamos porque me acompaña Gertrudis, mi inseparable hermana —le dijo el general Victoria a su amigo, quien todavía dudaba de que ese acontecimiento estuviera sucediendo.

—Nadie, señor presidente, nadie me avisó, simplemente ha sido una de esas casualidades del destino que ya estaba escrito por ahí que sucedería —contestó Francisco Javier cuadrándose militarmente—. Yo me dirigía a llevar unas cargas de piloncillo de caña a una bodega que tengo en Perote, cuando de pronto divisé el polvo que levantaban los caballos y me dediqué a observar a lontananza con mi catalejo hasta que los ubique y supe sin temor a equivocarme que era usted, señor presidente, lo supe.

—Pero mi querido amigo, por qué tanta solemnidad, ya sabes que para ti soy José Miguel, tu amigo y compañero de muchas correrías —le dijo Victoria dándole un gran abrazo—; pero ven, saluda a Gertrudis, que se empeñó en venir, y mira que tiene buen temple la mujer para resistir un viaje así, por eso decidí traer esta diligencia y transitar por los caminos reales y carreteras virreinales e ir cambiando cabalgaduras frescas para avanzar lo más rápido posible, sin parar, sólo lo indispensable; bueno, con decirte que hasta traemos bastimento para ir comiendo por el camino.

—Son simples formalidades, José Miguel, pero antes que nada debo ser respetuoso con mi señor presidente de la República, sobre todo ante la mirada de jóvenes cadetes a quienes enseñamos la disciplina y el respeto a sus superiores, ¿no lo crees así, mi querido amigo? —le dijo encaminándose a saludar a la buena Gertrudis, quien lucía en realidad algo cansada.

—Mi querida doña Gertrudis, esto sí que ha sido una verdadera sorpresa; lo menos presente que yo tenía o me imaginaba era que José Miguel fuera a venir tan pronto por estas tierras y que usted, mi querida amiga, lo iba a acompañar —le comentó a la buena mujer, besándole respetuosamente la mano, como todo un caballero.

—Sí, no crea, mi querido coronel Gómez Bello, que fue fácil sacarlo de la capital; no, para nada, sobre todo con la de presiones que existen y las versiones esas de que España está

pronta a mandar una expedición a reconquistar sus territorios, no había poder humano que le hiciera entender —le respondió doña Gertrudis—; y precisamente de ese mismo argumento me valí para que se animara, con el pretexto de que recorriera y recibiera información de primera mano de los estados de Puebla y Veracruz. Total, me hizo caso y aquí estamos; gracias, coronel, gracias por haberle insistido que viniera ahora que nos vimos en Xochimilco en el mes de julio; gracias, de verdad se lo agradezco —y prosiguió diciéndole—: ¡imagínese!, haber comprado una propiedad tan grande con un préstamo, no venir a conocerla y tenerla en manos de sabrá Dios quién. No, este viaje era más que urgente y yo, aunque ya estoy recia como dicen en mi pueblo, allá en Tamazula, si en algo puedo ayudarlo aquí estoy, José Miguel siempre ha sido un hombre muy solitario, muy solo, no crea, coronel, me preocupo.

—Ay, mujeres, mujeres, al fin mujeres —intervino Guadalupe Victoria—. Sí, estoy de acuerdo, era necesario venir, pero yo, con la responsabilidad que tengo, no me puedo zafar así nada más porque sí del cargo que tengo, cuando el motín y la asonada están a la vuelta de la esquina.

—Pero, ¿acaso no está para eso el vicepresidente, para que en ausencia del presidente entre en funciones? —comentó Francisco Javier.

—Jajajaja, de ese es del primero que me tengo que cuidar, mi querido Francisco Javier, con Nicolás Bravo no se cuenta, es medio tenebroso y muy proclive a dejarse influenciar por los distintos grupos de masones que hay en este bendito país, si lo sabré yo —dijo Victoria con un dejo de tristeza—. Si me decidí a venir es porqueuento con el apoyo incondicional y solidario del general José Joaquín Herrera Ricardos, encargado de la seguridad de la ciudad de México, y por la lealtad del general Manuel Gómez Pedraza, el ministro de Guerra, además de que hemos viajado de manera rápida, sólo con mi guardia personal y escoltados en tramos por los distintos comandantes militares; y aquí, a partir de Perote, con la compañía de estos jóvenes cadetes, que por lo que veo te conocen bien, les eres familiar, amigo, y eso es bueno; pero no se diga más, prosigamos, que San Joaquín El Jobo nos espera.

De ahí en adelante Victoria y Francisco Javier cabalgaron juntos hasta llegar a Altotonga, todavía con sol en medio de un atardecer maravilloso, donde el aire tibio del sur caldeaba el ambiente y daba la sensación de estar en pleno verano, cuando el otoño se encontraba ya avanzado. Las campanas de la pequeña capilla de la Asunción llamaban a misa de siete de la tarde cuando la diligencia entró por el gran portón y bajo el dintel y arco de cantera hacia la casona, adentro ya de la Hacienda de Santa Cruz; los rayos del sol, descompuestos en prismas de colores,

pintaron de rojo el aborregado cielo de una tarde de fines del mes de octubre de 1826. Doña Francisca, en la puerta de su casa, como toda una señora matrona, sonriente, les dio la bienvenida; todo estaba preparado, pues si en algo era la campeona era en sortear situaciones difíciles y solucionar imprevistos, que siempre era más fácil que se volvieran a repetir que dejaran de pasar.

La cena se desarrolló en un ambiente cálido, amistoso y al correrse la voz de que quien estaba de paso en la hacienda era el presidente Guadalupe Victoria, los vecinos comenzaron a llegar y no faltó quien llevara víveres para los soldados que le acompañaban, aunque Francisco Javier y doña Francisca, previendo la alimentación y hospedaje de la guardia personal del presidente, hicieron tratos con los mesones con que contaban Altotonga y Atzalan para alojarlos; además el contingente, que no era numeroso, más los cadetes del Colegio Militar que se habían sumado en Perote y gustosos habían decidido acompañar al presidente, no llegaba a veinte personas, con todo y los cocheros de la diligencia. Por otro lado, el oficial encargado del avituallamiento del contingente traía el suficiente dinero para todos esos gastos y de ahí hasta San Joaquín El Jobo el contingente disminuiría sensiblemente, sólo se sumarían Francisco Javier, Yabuko y Juan Cástulo; los demás permanecerían en la hacienda hasta el retorno del presidente para emprender el regreso a la ciudad de México; Gertrudis, mujer de campo, de temple, acostumbrada a recorrer grandes distancias en el norte del país y quien luego hizo buena amistad con doña Francisca, había decidido quedarse en la Hacienda de Santa Cruz acogiéndose a la hospitalidad de la familia Gómez Bello y posteriormente, al regreso de su hermano, ella permanecería ahí, para una vez designado el mayordomo o administrador bajar hasta Santa María de Tlapacoyan para hacerse cargo de la hacienda y que ésta comenzara a producir.

Aquella visita a San Joaquín El Jobo rindió buenos frutos, estuvieron por espacio de siete días recorriendo la extensa hacienda y ni así la abarcaron; pero ya con una idea y planes de trabajo concretos las cosas marcharían bien, más aún cuando doña Gertrudis se estableciera ahí con la ayuda de Yabuko, quien había sido nombrado administrador y mayordomo a la vez. Francisco Javier aprovechó la ocasión para saludar a doña Matilde, su entrañable amiga, quien con el tiempo sería gran amiga de doña Gertrudis. Todo pasó tan rápido y cuando se dio cuenta iba escoltando a José Miguel, su amigo, el señor presidente de la República, su superior y jefe, por los llanos de Libres, camino de Huamantla; ahí se despidió y ya a trote más sosegado hizo una escala obligada en Teziutlán para recoger a Manuelita, quien había ido a pasar con su madre las fiestas de Todos los Santos y los Fieles Difuntos; juntos otra vez bajaron por la cuesta de Talixco y divisaron Santa Cruz. Habrían de pasar varios meses antes de que llegara la cigüeña y alegrara sus vidas el

arribo de Manuelita Gómez de la Torre, ya en la primavera de 1828, no sin antes cumplirse las predicciones aquellas de Guadalupe Victoria respecto a Nicolás Bravo, quien al intentar dar un golpe de Estado fue separado de su cargo en el invierno de 1827, quedando la República sin vicepresidente, figura política de mal augurio a lo largo de todo el siglo XIX.

## Diez

18 de febrero de 1842

El tiempo siguió su curso de manera vertiginosa, tan rápido, tan de prisa, que no dio lugar ni espacio para llantos ni remordimientos. Todo fue parte de una época trágica y convulsionada por el desarrollo de los acontecimientos; los asuntos y las vidas de las personas hechas una sola madeja con lo público se olvidaban pronto y la trascendencia del momento pasaba a segundo plano naufragando en las vicisitudes de la vida nacional, que ahogaba a la sociedad entera que se debatía entre la vida y la muerte, entre el ser y el trascender, donde el tiempo, tenaz caminante, no volteaba la vista atrás como estratagema y bálsamo para las heridas. En Santa Cruz, en la vieja y señorial casona de los Gómez Bello, las horas transcurrían sin parar al abrigo del aire furtivo que se colaba por las hendiduras de las maderas o la fisura de algún vidrio; tibiaba o enfriaba según viniera del sur o del norte, pero el fuego que a través de las chimeneas y estufas de fierro caldeaba los aposentos de toda la casa no se encendía desde hacía mucho tiempo, estaba prohibido desde la fatal tarde aquella del mes de mayo en que los rezos y cantos se tornaron en plegarias y lamentos cuando las llamas devoraron gran parte de la estancia principal y pusieron fin a aquel feliz matrimonio que sucumbió asfixiado en una densa nube de humo.

Dos años cuatro meses había sido muy poco tiempo para su infeliz matrimonio, sin embargo durante esos veintiocho meses había sido inmensamente feliz —meditaba, y más que eso, dormitaba, mientras a bordo de la diligencia se acercaba a Teziutlán; sobresaltado, despertó al soñarse perseguido por satán, que montado en un corcel de fuego lo encaraba amenazándolo con una espada—. El cerro de Chinautla removió sus temores y angustias cuando, en compañía de Juan Cástulo, el padre Faustino lo salvó de las garras del mismo demonio en aquella épica aventura. Un escalofrío recorrió su cuerpo y, despabilándose, apartó esos sueños malignos que lo perturbaban, cogió con fuerza la imagen de la Virgen de Guadalupe de su medalla, se sobrepuso y en silencio comenzó a rezar para tranquilizarse; aquella pesadilla lo atormentaba seguido.

El aire frío del norte lo hizo abrigarse bien al bajarse del carroaje en la garita del Barrio del Carmen, cercana al templo del mismo nombre, que de inmediato le removió infinidad de recuerdos felices de aquel 15 de julio de 1826, dieciséis años atrás; decidió que en el lapso de tiempo que tenía que esperar para tomar la diligencia rumbo a Jalacingo y a los llanos de Perote, que lo acercarían a la parte alta de Texacaxco en la garita de San Juan, pasaría, una vez asegurado

su equipaje, a hacerle una visita a doña María Rita García Diego viuda de De la Torre, su suegra, quien entrada en años estaba totalmente lúcida, pues realmente no era una mujer de edad avanzada. Ella fue la única persona a la que le había escrito cuando tomó la decisión de irse con los padres Paulinos, pues al ser su amada suegra sintió la necesidad de sincerarse con ella y encargarle, por si a él le sucedía algo —nadie tiene la vida comprada, pensó—, a Manuelita, su hija, que el infortunio dejó huérfana de madre tan sólo al mes de nacida. ¡Qué cosas!, murmuraba en voz baja, al tiempo que recordó cómo también Guadalupe, su adorada hija adoptiva, perdió a su madre al momento de nacer; todo esto fluía por su mente y sus recuerdos mientras pasaba enfrente del templo de Nuestra Señora del Carmen; no resistió la tentación y decidió entrar a hacer oración, pues el demonio, lo sabía, no desperdiciaría ocasión para estarlo molestando.

Ya adentro, las imágenes de su boda, los cantos, la celebración misma, los asistentes, todo se le fue revelando al instante y fue tal la emoción que lo embargó que se estremeció y no pudo controlar las lágrimas. Al comenzar a orar, dio gracias a Dios por haberle concedido la dicha de haber recibido casi todos los sacramentos que establecía la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, salvo, claro está, el sacramento de la Extremaunción, que recibiría al morir. Muy pocos en vida habían recibido los sacramentos del Matrimonio y la Orden Sacerdotal, ya desde ahí era afortunado. Ya para terminar de rezar, del lado izquierdo, en la pequeña capilla del sagrario, creyó adivinar la silueta de su suegra; en la penumbra de aquél mediodía con poca luz, aroma a incienso y velas centellantes se fue acercando poco a poco hasta que se cercioró que era ella. Se le paró enfrente para no asustarla y con una sonrisa se acercó y besó su mano: —Mi querida Mamá Rita —le dijo. A doña María Rita le encantó aquel inesperado encuentro con el hombre que se había casado tan enamorado de su malograda hija, ahora convertido en sacerdote.

—¡Quién me iba a decir, hijo mío! —exclamó sorprendida doña María Rita—, que a ti, mi yerno, coronel, general de brigada, gallardo y disciplinado militar, el Señor me iba a permitir verte como sacerdote. De verdad no me lo esperaba, hijo —le decía abrazándolo con mucho cariño y hasta emocionada—. El gusto que le va a dar a Manuelita verte, tenerte en casa; hará cosa de un mes la niña pasó conmigo quince días, la trajo Guadalupe, tu otra linda hija, y su esposo, José Villegas, quien por cierto es mi ahijado de bautizo, ¿lo sabías? Es un gran muchacho, eh, qué felicidad que Lupita tu hija se haya casado con José mi ahijado; es un buen esposo y tú estarás muy satisfecho, me imagino, y tus nietos son adorables. Por cierto, también vino Soledad, tu hermana, a quien Guadalupe llama “Mamá Chole”; no sabes cómo te agradezco a ti, a tu hermana, a Guadalupe y a José que la traigan seguido a ver a esta pobre vieja, a quien el día se le

va en rezar y añorar los años pasados —y la buena mujer irrumpió en llanto. Francisco Javier, conmovido, la abrazó y le hizo la firme promesa de que en breve él y Manuelita irían a pasar unos días con ella; también la invitó a que cuando lo deseara podía ir a la hacienda de Santa Cruz a pasar una temporada.

—Sí, Francisco, incluso José, tu yerno, me ofreció venir él en persona o mandar al cochero con una berlina que tienen, muy cómoda y ligera, ¿cómo ves? Sólo es que me anime —le aseveró aquella distinguida mujer a quien, como a él, le había afectado especialmente el inesperado fallecimiento de Manuela, su esposa.

—Usted debe de ir seguido a Santa Cruz, Mamá Rita —le dijo Francisco Javier a su suegra, a quien de cariño llamaba así—. Usted es la persona más cercana a su madre, que tanta falta le ha hecho; usted debe estar lo más cerca posible de mi hija, sobre todo ahora que ya es casi una señorita. Claro, yo entiendo sus deberes y obligaciones con sus otros hijos, pero felizmente todos están bien y su nieta Manuelita de verdad la necesita.

—Te ves muy bien, hijo —le respondió la afable mujer—, te queda ser sacerdote. Y ya acá de regreso le alegrarás la vida a tu hijita, a quien le has hecho una falta tremenda en estos más de cuatro años de ausencia. Nunca me imaginé que te vería convertido en todo un señor presbítero y menos que me darías esta sorpresa. Manuelita, mi hija, desde el cielo ha de estar celebrando tu decisión —le comentó con los ojos llenos de lágrimas— y desde ahí te llenará de bendiciones.

Salieron del templo y se encaminaron rumbo a la casa de los De la Torre, en medio de una menuda lluvia que hacía resbalosas las baldosas de la banqueta. Casi dos horas estuvieron charlando suegra y yerno mientras tomaban chocolate y unos buñuelos. Se despidieron y ella, complacida, besó de manera respetuosa sus manos, ahora consagradas y con dos anillos de oro: el de matrimonio y el de sacerdote; él le dio la bendición, la besó en la frente y quedó muy formal de regresar con Manuelita.

Aquella tarde fría del mes de febrero, en que la noche llegó temprano y su fiel Juan Cástulo lo esperaba en la garita de San Juan, adonde llegó en la diligencia procedente de Puebla, tuvo el primer encuentro con la triste realidad y las secuelas que había dejado el cobarde atentado que sufriera en su hacienda la tarde aquella en que los esbirros de Santa Anna lo dieron por muerto; sí, su fiel compañero de toda la vida había perdido el habla y al verlo ahí, con los caballos y las mulas presto a ayudarlo, a servirle como siempre, se le hizo un nudo en la garganta y lo abrazó con fuerza. —Mi fiel Juan Cástulo, mi casi hermano, ¿cómo estás? —le dijo

contemplándolo de cerca, rostro con rostro; de nueva cuenta lo abrazó mientras Juan Cástulo le sonreía, emocionado de ver a su amigo después de más de cuatro años de ausencia. El claustro por más de cuatro años, los estudios, la meditación constante y el constante esfuerzo que hacía día a día por dejar a un lado el pasado y los sentimentalismos para poder concluir su carrera sacerdotal, habían sanado las heridas y en su corazón no cabía el rencor ni el odio, pero al ver a Juan Cástulo recordó ese pasaje sombrío de su vida y valoró aún más la posibilidad de comenzar una nueva vida que le ofrecía el destino, ahora con su personalidad de clérigo. Echado para adelante decidió afrontar los nuevos retos; con la ayuda de Juan Cástulo se colocó un grueso y gran capisayo con todo y sombrero y comenzó a cabalgar hacia la hacienda de Santa Cruz.

La constante lluvia menuda que azotaba su cara le ofrecía una nueva oportunidad y le daba la bienvenida de vuelta al hogar, a su casa, después de casi cinco años de su partida, cuando en un segundo exilio voluntario la había abandonado en pos de una vocación malograda que veintiséis años atrás había dejado de lado por el fusil y la espada, que lo llevaron a ingresar a las nacientes milicias urbanas virreinales que la Constitución de Cádiz trajo consigo de allende los mares, muy cerca de la natal Málaga de su padre. En aquella ocasión parecía haberse conjuntado todo de tal forma que él mismo se lo llegó a creer: “Si para algo no había nacido era para el sacerdocio”. Y mira las conjeturas de la vida, hoy, a casi cuatro años, regresaba convertido en cura, con tonsura y sotana negra, algunos kilos de más y una nueva identidad: el padre Francisco, el padre Paco, enterrando para siempre a aquel general de brigada Francisco Javier Gómez Bello, a quien cinco años atrás habían dado por muerto los esbirros del general Santa Anna y quien hacía catorce años se había exiliado por primera vez tratando de olvidar su vida por completo, sus anhelos, sus amores, entregándose a una azarosa carrera militar que lo mismo lo había llevado a combatir en Oaxaca que a apaciguar a los totonacos sublevados por Olarte en las cercanías de Papantla; el caso era no estar, estar fuera, dejar de ser en aras de un recuerdo que lo corroía y con el cual, sin embargo, tenía que reconciliarse, tratando de rehacer su vida con esa nueva identidad que, finalmente, el destino le ponía enfrente.

Al abrir el portón de madera debajo de aquel gran arco de cantera, el rechinido de los goznes y bisagras lo recibieron de nuevo en casa y sin titubear, ante el asombro de su fiel amigo y compañero, se postró de rodillas, besó aquel suelo el cual juró no volver a abandonar jamás y tomando de las riendas a su caballo, seguido por Juan Cástulo, quien traía consigo las mulas en que transportaba sus enseres personales, libros y objetos propios de su nuevo ministerio, decidió caminar por la calzada empedrada al abrigo de los vetustos sauces que, con sus ramas solariegas

hasta el suelo, hacían del camino un profundo y prolongado pasadizo verde que, cuajado de luciérnagas, se iluminaba a intervalos. La casa, al final del sendero, parecía no haber sufrido modificación alguna, pues las grandes linternas de latón alimentadas con brea la hacían lucir como en sus mejores años, cuando éstas, encendidas en señal de que los señores estaban ahí, se podían apreciar desde las colinas de Talixco y el resplandor de sus encalados muros le daban luz a la entrada principal.

De nuevo en casa —pensó—, y contemplándola a la distancia alcanzó a distinguir sobre la margen izquierda de la calzada el promontorio donde sobresalían las cruces y lápidas de piedra del pequeño cementerio familiar que guardaba los restos de sus más profundos amores, que se le habían adelantado en la partida: su hermano, su padre, su esposa, su madre y, recientemente, Rosario, su hermana. Tras exhalar un profundo suspiro que le removió las entrañas e hizo vívidos sus recuerdos, comenzó a sollozar en silencio y se dijo a sí mismo: “Mañana vendré, mañana, de ahora en adelante habrá tiempo para todo”. Y siguiendo su camino llegó hasta el pórtico de la casa donde Soledad, su hermana, y Manuelita, su hija, lo esperaban ansiosas con la respiración contenida sin saber qué hacer, qué decir. Él, maravillado por la bella imagen de su hija, descendió del caballo y se quedó plantado en el suelo sin articular palabra alguna; ella, de manera espontánea, corrió hacia él y abriendo sus brazos lo estrechó con fuerza balbuceando su diminutivo favorito: ¡pa!, ¡pa!, ¡pa! Él, abrazándola también, sólo acertó a decirle al oído, quedito: “Sí, aquí está tu pa y nunca más, me oyes, nunca más te abandonará”. Aquella escena se prolongó por varios minutos, hasta que Soledad se unió a ellos en un amoroso abrazo y los tres subieron los escalones y se adentraron en la casa.

—¡Um, qué rico huele! —dijo Francisco Javier como queriendo atrapar en su memoria, con todos sus sentidos, el olor del tiempo, de la madera, de los muebles, de las cortinas, de cada rincón de aquella casona ya casi centenaria, y suspirando nuevamente, su fino olfato lo llevó hasta una mesita donde, sobre un cenicero, estaba un viejo y olvidado habano. —¡Qué barbaridad! ¿Me vas a decir, mujer, que éste es el mismo puro que dejé aquí la tarde en que nos despedimos y yo partí hacia Las Vigas a cerrar el trato aquel de la venta de unos novillos? —le preguntó Francisco Javier sorprendido a su hermana Soledad.

—Sí, el mismo —le respondió ella, sorprendida del fino olfato de su hermano—; después de lo que pasó aquella tarde fatídica en que hasta acá te persiguieron los sanguinarios esos que mandó Santa Anna, yo decidí dejarlo ahí como recuerdo de nuestra charla en la que tú, con Manuelita en las piernas, le platicabas tus recientes andanzas por tierras de Papantla y tu estancia

en El Jobo con tu amigo el general Guadalupe Victoria —le dijo y agregó—: Yo decidí dejarlo ahí, sólo lo sacudía de vez en cuando por aquello de los hongos y como aquí es tan húmedo, está suave e intacto; tú, en aquella ocasión, apenas si lo habías encendido, no del todo bien, y dejaste que se apagara porque a la niña le molestaba el humo.

—Pero, ¿a qué hueles, papito? —le preguntó Manuelita, quien ya entrada en catorce años era toda una mujercita muy hermosa.

—A hogar, a familia, a recuerdos, a afectos, a amor, mi hijita, a eso huelo—le dijo con voz pausada y complaciente, mientras la veía y la veía, como si no quisiera que esa imagen se apartara de sus ojos—; a tu cariño, al de tu tía y a todo aquello que guardan y encierran estas paredes, desde los sueños de tu abuelo Pedro, el cariño de Mamá Francisca, como tú le decías; la inigualable sonrisa de tu querida madre, que nos dejó cuando tú, mi pequeña, apenas tenías un mes de nacida; las gratas presencias de tu tío Pedro, a quien no conociste, y de tu tía Rosario, de la cual sí te acuerdas, ¿verdad, mi pequeña? También recuerdo la risa y el llanto de tu hermana Guadalupe cuando, recién nacida, llegó a esta casa, pequeñita, de escasos quince días. De todo eso me acuerdo.

—Sí, papito, yo también me acuerdo muy bien de mi tía Rosario y de Mamá Francisca, mi abuelita; por cierto, Lupita, mi hermana, quedó muy formal de venir mañana con los niños, sólo aguardaba la llegada de su esposo, que había salido a Tlapacoyan, pues en cuanto supo que llegabas se llenó de alegría —le comentó Manuelita a su padre—; es más, justo ayer fuimos hasta Jalacingo con mi tía Soledad a avisarle y nos acompañó Juan Cástulo.

Sentado en una de las poltronas de la sala no daba crédito al hecho de estar en su casa, rodeado de aquella atmósfera que le era tan familiar y que había dejado de ver por casi cinco largos años en que, como monje paulino de clausura, no se había asomado al mundo para nada. Fueron años duros, de penitencia, de estudios, de meditación, pero sobre todo de angustia, al pasar largos periodos sin saber nada de sus hijas y sus hermanas; esa reclusión, aunque voluntaria, era lo que más trabajo le había costado durante todo ese tiempo, pues acostumbrado a sus constantes viajes, idas y venidas por todos los caminos y senderos de la región, ser monje de clausura, sin contacto con el mundo exterior, había sido su mayor reto. Cuando murió Rosario, su entrañable hermana, no se enteró hasta dos meses más tarde, cuando al regresar de la ciudad de México a Puebla, después de haber presentado sus exámenes profesionales a título de suficiencia en el Colegio de San Ildefonso, pudo leer la carta que le había escrito su hermana Soledad en la que le informaba sobre el lamentable deceso. Por eso, al ordenarse sacerdote, aun

siendo de la orden de los hermanos Paulinos, quienes lo acogieron a su llegada a Puebla en 1838, solicitó a la mitra que se le concediera la licencia de pasar a ser sacerdote secular o diocesano y se le enviara a la parroquia de San Andrés en Atzalan. Cinco años alejado de los suyos era mucho tiempo —se cuestionaba—; ahora tendría que organizar su nueva vida, sobre todo con su nueva identidad y sin que ésta se diera mucho a conocer. El general Gómez Bello ya no existía y si quienes lo habían conocido como tal, al verlo transformado en todo un presbítero no reparaban en el hecho ni asociaban las dos identidades con la misma persona, para él tanto mejor, le daría más tranquilidad y seguridad en el desempeño de su nuevo ministerio.

—Y hablando de olores, querida hermana, ahora sí me llegó uno muy apetecible y viene directamente de la cocina, ¿qué delicias cocinaron esta tarde? —le preguntó intrigado a Soledad.

—Bueno, hermano, nada especial en realidad, sólo un rico puchero de borrego, arroz blanco, un rico pan de jengibre, que de sobra sé que es tu favorito, y el consabido chocolate espumoso que le va de maravilla a ese pan —le respondió Soledad—. ¿Te acuerdas cuando mamá nos lo hacía? Nos peleábamos los cuatro: Rosario, Pedro, tú y yo por obtener el pedazo más grande y aunque ellos ya partieron, hoy decidí que las cosas en esta casa deberán de volver a ser como fueron siempre; por ello, si tú no te opones, le he pedido a Juan Cástulo que encienda todas las chimeneas y estufas de la casa para que le den calor y vuelva ese inolvidable aroma a ocote, a resina, a canela y a jengibre que nuestra madre ponía en todas las veladoras de cera que ella misma confeccionaba con la cera que le traían de los apiarios de la zona de Huamantla y Apizaco, una vez pasados los meses de octubre y noviembre, donde la floración del otoño dejaba llenos de cera los panales de la región a buen recaudo de quienes los cultivaban, ¿te acuerdas, hermano?

—Cómo no me voy a acordar, hermanita; claro que lo recuerdo como si lo estuviera viviendo en este preciso momento y estoy totalmente de acuerdo contigo en que todo vuelva a ser como antes, como siempre —le dijo, dándole un beso en la frente a Soledad; cargó sobre sus brazos a Manuelita, a quien desde hacía ya cuatro años no cargaba, y sonriendo le dijo—: ¡Pesas, mi hijita, eh! La última ocasión en que te cargué para llevarte a tu cama porque te habías quedado dormida en uno de los sillones de la sala todavía eras una niña y ahora, mírate, eres toda una señorita y muy hermosa.

Y con ella en brazos caminó hasta el comedor y la sentó junto a él. Ya en la mesa, dándose cuenta de la cantidad de sillas vacías del comedor, se quedó pensativo y preguntó: “¿Dónde está

Juan Cástulo?”. De inmediato, Soledad le contestó: —Está encendiendo el fuego que te dije y prendiendo las estufas, no tarda en terminar y vendrá.

No acababa de hablar Soledad cuando el bueno de Juan Cástulo hizo acto de presencia en el comedor y Francisco Javier, sonriendo, le dijo: —Desde hoy, tu lugar en la mesa es aquí, al lado de Manuelita, mi hija, o de Soledad o donde tú te sientas a gusto o deseas sentarte, no se te olvide que esta es tu casa y nosotros somos tu familia. Claro —añadió Francisco Javier—, además de tus consanguíneos, amigo, así que siéntate porque vamos a bendecir los alimentos y a dar gracias al Señor porque él, con su infinita misericordia, ha querido reunirnos en torno a esta mesa, bajo el techo de esta casa, donde la presencia de mis padres, mis hermanos y Manuelita, mi finada esposa, es manifiesta, se siente y nos acompañan.

Después de hacer la oración de manera solemne, Soledad le pidió a Francisco Javier que destapara el vino y ella, afanosa y con la ayuda de las muchachas de la cocina, comenzó a servir los platos, a traer el pan, a disponer las copas para el vino y a colocar las cestas con el rico queso de cabra de la región, dejando para lo último las grandes jarras repletas de chocolate espumoso. —Ah, Soledad —le dijo a su hermana—, se me olvidaba, diles a las chicas que te auxilian en la cocina que a la hora en que nos dispongamos a tomar el chocolate con el pan, que ellas han preparado, me imagino, nos hagan el honor de sentarse a la mesa con nosotros; ellas también forman parte de nuestra familia y no es correcto no compartir el pan con ellas.

La comida transcurrió despacio, cada quien a sus tiempos, y la charla, preguntas y respuestas fluían a lo largo de la mesa y todo mundo participaba. —Por cierto —interrumpió Francisco Javier—, mañana temprano tendré que ir a hacerle una visita al señor cura, párroco de Atzalan, para ponerme a sus órdenes y a su disposición y ver dónde tiene a bien colocarme, pues él, como cabeza de esta parroquia, deberá decidir en qué le sirvo y dónde puedo serle de mayor utilidad. Hasta donde yo tengo entendido seré su cura coadjutor y haré las veces de vicario tal vez en Altotonga, en la capilla de la Santa Cruz, aquí en frente de la hacienda o en la iglesia de San Andrés, aquí mismo en Atzalan.

—¿Y te vas a ir a vivir a Altotonga, papito? —le preguntó Manuelita con cara de extrañeza, al tiempo que le dirigía una mirada tierna a su padre.

—No, mi amor, adonde el padre de Atzalan, don Mariano de la Fuente y Alarcón, me envíe, tendré que ir, pero yo viviré aquí en la hacienda contigo y tu tía Soledad, nunca más volveré a irme de aquí; ahora mi trabajo es auxiliar a todos los feligreses de esta inmensa parroquia de Atzalan a vivir su fe, orientarlos, impartir los sagrados sacramentos, ayudar a bien morir a quien

lo necesite y orar ante el Señor para que nos ayude a todos: a ti, a tu tía Soledad, a Juan Cástulo, a tu hermana Guadalupe, a tus sobrinitos, al esposo de tu hermana, a todos, mi amor. Por eso yo pedí licencia en Puebla al señor arzobispo y al padre prior de los hermanos Paulinos para dejar la orden, que tan benevolentemente me acogió cuando salí huyendo de aquí en 1838; tú te has de acordar porque ya estabas en edad de enterarte de esas cosas y, según me acuerdo, estabas muy asustada, al igual que tu hermana Guadalupe, por todo aquello que sucedió y que a Dios gracias a ustedes no les tocó presenciar. ¡Vaya que Dios es grande! —y al decir esto, se santiguó—. Desde ahorita quiero que sepas que donde yo viva, tú y tu tía estarán conmigo, además, adonde quiera que el padre De la Fuente y Alarcón me mande habrá que estar pendiente de la hacienda y los negocios, además de los comercios de tu tía. Y no se te olvide que tú tienes que aplicarte e irte enterando de todo y saber cómo se maneja un rancho como este, porque finalmente la dueña de todo, mi hijita, de todo, serás tú.

—Y a todo esto, ¿sabían ustedes que nuestro ilustre párroco don Mariano de la Fuente y Alarcón es oriundo de aquí, de Atzalan? Sí, don Mariano es nativo de Atzalan y además es un gran héroe, un gran guerrero y luchador de la libertad de nuestro país. Él fue de los “nacionales”, de los auténticos luchadores por la independencia de México, cuando en 1810, en el pueblo Dolores, perteneciente a la intendencia de Guanajuato, el cura don Miguel Hidalgo y Costilla dio el grito por la independencia y arengó a todos a luchar por la libertad, derrocar al mal gobierno y sacar de España a Napoleón y a los franceses, a buscar la libertad de los mexicanos. Él, en ese entonces, era el párroco del pueblo de Maltrata, cerca de las villas de Orizaba y Córdoba, y también secundó ese llamado de Hidalgo en pos de la libertad y se alzó en armas. Entonces era un hombre joven y luchó mucho por los desvalidos y oprimidos. A que no sabían esto que les estoy contando —les dijo ante el asombro y desconocimiento de todos—. Sí, cuando yo estudiaba en el seminario en Puebla, el padre De la Fuente y Alarcón ya luchaba al lado de los nacionales y se mantuvo leal y al lado de ellos; incluso colaboró con el cura don José María Morelos y Pavón y cuando el virrey Apodaca, tratando de pacificar al país, indultó a todo aquel que depusiera las armas, él se acogió a ese indulto, solicitó el perdón de las altas autoridades eclesiásticas de ese momento y con el tiempo pidió la licencia de que le concedieran el perdón y ser párroco aquí, en San Andrés de Atzalan, su tierra natal; y ya ven ustedes, con el tiempo se lo concedieron y aquí lo tenemos, es nuestro párroco. Yo, en realidad, lo he tratado poco pero espero no tener ningún problema con él, es un gran hombre. Ahorita ya tiene una edad avanzada,

está cansado, pero yo sabré hacerme merecedor de su confianza, le ayudaré en todo lo que se pueda y a lo que estamos obligados por nuestro ministerio.

Aquella noche inolvidable del 18 de febrero de 1842 la casa volvió a lucir como antes, el humo se escapaba por los múltiples tiros de las chimeneas y las estufas, la humedad se replegó y el moho fue dejando su lugar al calor y a las múltiples veladoras aromáticas, aún elaboradas por la propia doña Francisca Bello viuda de Gómez, que brillaban como luciérnagas intermitentes en el interior de las estancias y recámaras. Manuelita, después de más de cuatro años de orfandad, durmió en la recámara de su padre, el ahora presbítero don Francisco Javier Gómez Bello, quien ansioso espera el nuevo día para cumplir con las obligaciones de su nueva investidura; atrás había quedado la defensa de la patria, las armas, el ejército, la caballería, los grados y las condecoraciones, ahora era el padre Francisco, que por encima de todo anhelaba una vida tranquila, pacífica, al servicio de los feligreses de la región y, sobre todo, al pendiente de su amadísima hija Manuelita, contando con la cercanía y el amor de su querida hija Guadalupe, a la que un jueves 12 de diciembre de 1816 había bautizado con agua salada de las marismas de Boquilla de Piedras.

La mañana del sábado 19 de febrero de 1842, para Francisco Javier y su familia cercana fue un día muy especial, pues desde temprano, apenas dadas las siete de la mañana –él con una maleta de tamaño regular donde guardaba sus casullas y ornamentos personales propios de su nuevo ministerio, que por lo general subía al lomo de una mula, asno o caballo–, se encaminaron hacia la parroquia de San Andrés en Atzalan a entrevistarse con el padre Mariano de la Fuente y Alarcón, a ponerse a sus órdenes, entregarle las cartas que traía consigo para él y pedirle que le diera la oportunidad, si es que era posible y no fuera inoportuna su petición, de poder oficiar la Santa Misa que se celebraba todos los días a las ocho de la mañana o le permitiera concelebrar con él. Para su sorpresa, el padre Mariano no estaba, había tenido que salir a Jalacingo de improviso y los parroquianos, desorientados y sin saber qué hacer porque tenían la necesidad de que se oficiara una misa de cuerpo presente para una persona fallecida a quien tenían que dar sepultura, al saber de la presencia de un sacerdote se acercaron a él y hechas las presentaciones y aclaraciones con el sacristán, pues el ahora flamante padre Francisco Javier era por todos conocido, no tuvo más remedio que disponerse a oficiar la Santa Misa, hacer los rezos de rigor y con gusto tuvo a bien acompañarlos hasta el panteón y bendecir la sepultura; ese mañana, todo mundo en Atzalan celebró la llegada del padre Paco y poco a poco la otrora figura del general Gómez Bello fue desapareciendo.

Terminados los oficios en el panteón, en medio de los feligreses y llevando de la mano a su hija, Francisco Javier charlaba animosamente con todos y recordaba los viejos tiempos en que acudía a la doctrina y a pie recorría la distancia entre la hacienda y el templo de San Andrés, sede de esa inmensa parroquia que abarcaba los municipios de Altotonga y Atzalan y llegaba hasta las tierras altas de Altotonga, allende la ribera del río de Bobos y Las Truchas. En ese caminar rumbo al centro del pueblo, le pareció buena idea detenerse en el establecimiento de la familia Pazos, sus viejos amigos de antaño, a degustar un exquisito vino casero de nogal y de algunas otras frutas de la región. Ya ahí, platicando con varias personas del lugar que lo acompañaban, comentó: —Me imagino que el excelentísimo señor cura don Mariano de la Fuente y Alarcón ha de regresar hoy mismo, ¿o no? Mañana es domingo, día de varias misas, y tendrá que estar, a menos que de Jalacingo envíen a alguien a suplirlo, a alguno de los monjes del convento o a la mejor él ya dejó instrucciones al vicario de Altotonga de que viniera para acá —expresó, conversando con los parroquianos que le rodeaban.

—¿De Altotonga, padre? —lo interpeló doña Juana Méndez, vieja conocida de su familia—. Ahí tiene mucho que no hay sacerdote y el pobre de don Mariano en las que se ve para officiar aquí y allá; imagínese, tiene que ir a la capilla de la Asunción y a la de Santa Cruz una vez a la semana, a la de Santa María Magdalena a Altotonga, a Alseseca, y así sucesivamente, y la verdad, el señor cura ya está grande, aunque monta muy bien a caballo y tiene una mulita de trote ligero.

—¿Y qué con la capilla franciscana del Barrio de Santiago?, ¿acaso no hay nadie ahí que pueda venir a auxiliarlo? —preguntó Francisco Javier—. Hasta donde yo sabía, ahí había dos frailes franciscanos al cuidado de la capilla del Apóstol Santiago.

—La verdad, padre, no sabemos, hasta allá está muy lejos y pocas veces nos aventuramos hasta Santiaguito; sabemos que ellos, alguno de los frailes, luego bajan a Altotonga y han oficiado misa en la capilla de la Asunción, pero acá, a San Andrés, rara vez vienen.

—Bueno, ya regresará don Mariano y entonces acataremos lo que él decida, por lo pronto yo traigo cartas de presentación del obispo de Puebla para él y espero serle de utilidad, pues por lo que me informan, aquí en la región hay mucho quehacer y son muchos también los feligreses —comentó el ahora padre Francisco, a quienes todos saludaban con afecto y reconocían en él a todo un personaje de la comarca, pues su fama de militar y héroe de la batalla de Córdoba había trascendido en toda la región. Y después de convivir un buen rato con las personas de Atzalan, Francisco Javier, Soledad y Manuelita, acompañados por Juan Cástulo y dos muchachas que

trabajaban ahí en la hacienda, decidieron regresar a Santa Cruz. La caminata aquella les abriría el apetito para la comida, pues el desayuno había sido más que frugal; en especial aquellos que habían decidido comulgar tuvieron que guardar el ayuno de rigor y ya pasaba del mediodía. Después de la comida, ya en la tarde, Francisco Javier había decidido que tenía que bajar de nueva cuenta a la parroquia de San Andrés a aguardar la llegada del padre Mariano.

Por el camino de regreso, a la vera del arroyo de Pancho Poza que se descolgaba entre barrancos a la sombra de grandes y tendidos sauces y fresnos, Manuelita fue recogiendo flores de diversos colores hasta que hizo un gran mazo con ellas y le fue entreverando hojas de helechos silvestres. Ya en la hacienda, se encaminó hacia el pequeño camposanto que la familia había improvisado para enterrar a sus difuntos y, deteniéndose en la tumba de su mamá, comenzó a tararear una melodía y colocó el mazo de flores repartiéndolo en los dos grandes jarrones de piedra que ostentaba la sepultura, justo enfrente de la lápida que decía: “Manuela de la Torre García Nieto de Gómez 1802-1828” *Recuerdo de su esposo y su amada hija*. Mientras ponía las flores, Francisco Javier le acariciaba el cabello y con ojos humedecidos por el llanto y la emoción contenida aspiraba con fuerza el fresco aire de la tarde, respirando de manera profunda para hacer a un lado los sentimientos de tristeza y nostalgia que en nada, lo sabía, ayudaban a su pequeña.

—¿Sabes una cosa, mi pequeña? —le susurró Francisco Javier al oído a Manuelita—, muy pronto vamos a construir un panteón familiar aquí cerquita, en una de esos montículos llenos de bosque que semejan pequeñas montañas, los cuales en realidad, dicen los expertos, eran adoratorios o pequeños templos de los antiguos totonacas que vivieron aquí mucho antes de la conquista española, hará casi seiscientos años o más.

—¿Y cómo puede ser eso, papito?

—Pues primero vamos a construir una especie de fortaleza alrededor del cerrito o loma para resguardarla bien y luego, ya adentro, construiremos sobre las rocas las gavetas, criptas y monumentos funerarios de cantera tallada y aplicaciones de mármol; sólo tengo que pedir autorización tanto al municipio como a la diócesis para bendecir el terreno para que desde ese momento sea tierra bendecida, santificada, donde los espíritus malignos no interfieran ni puedan entrar—. Y agregó: —Construiremos inicialmente cinco tumbas grandes en el medio, una para tus abuelitos Pedro y Francisca, otra para tu tío Pedro, otra para tu tía Rosario y, la más importante, a la que le construiremos una capillita dedicada a la Virgen del Carmen, para tu

mamacita, mi adorada esposa a quien tanto quise, y ahí me reservaré un espacio para mí, para cuando el Señor se acuerde de mí.

—No, para ti no, papito, para ti no, tú tienes que vivir muchos años y cuidarme y cuando ya estés viejito, yo te voy a cuidar a tí para que nada te pase, qué bueno que ya dejaste atrás eso del ejército, donde a diario peligraba tu vida y ya ves, Diosito te cuidó, porque él sabe que me haces mucha falta y debes estar aquí conmigo y nunca más te irás —le decía la niña sensiblemente emocionada—. ¿Y cómo le vas a hacer, papito, para pasar sus cuerpos de ahí donde están sepultados a sus nuevas tumbas? Yo no quiero estar ese día, papito; eso, me imagino, es una cosa muy triste —le dijo abrazándolo con fuerza y cerrando los ojos.

—Sí, mi hijita, eso que se llama exhumación, sacar los restos mortales de una persona para sepultarlos o inhumarlos en otro lado, no es nada agradable, tienes toda la razón del mundo en no querer mirar eso y, de hecho, no tienes por qué presenciarlo —le dijo a la niña, acariciándole las mejillas.

—¿Y por qué Dios se llevó a mi mamacita, si me hacía tanta falta y tú la amabas mucho?, ¿por qué, papito, por qué? Eso sí que no lo entiendo, ni me resigno —dijo Manuelita y se puso a llorar.

—A nosotros no nos toca juzgar los designios del Señor, sólo Él sabe por qué se llevó a tu mamá, pero sí quiso que tú, mi preciosa hijita, vivieras. Cuando se incendió toda la sala, ella de inmediato corrió hasta el moisés en que dormías para que no te alcanzara el fuego y te sacó de ahí en sus brazos, pero al tratar de salir sus pies se enredaron con una alfombra y cayó al suelo; en ese momento te envolvió en una frazada y te rodó hacia afuera de la sala, donde una de las muchachas que la ayudaban te cargó en brazos y salió hacia los corredores. Todo sucedió en segundos y el denso humo se extendió de tal manera por toda la habitación que fue lo que causó la muerte de tu mamacita y de tres de las muchachas que le ayudaban; las cuatro murieron por asfixia y fue imposible salvarlas. ¿Te imaginas, mi hijita, mi angustia?, ¿la tragedia aquella que enlutó a cuatro familias?, ¿te imaginas? Yo en mi biblioteca, hasta el ático de la casa, revisaba las cuentas y la administración de la hacienda y estaba prácticamente imposibilitado para caminar, pues apenas me estaba recuperando de la caída de un caballo que me tiró en cama, escuché todo el alboroto, los gritos y los ir y venir de las gentes que ayudaban; todo fue tan rápido y demoledor, que no pudimos hacer nada. Yo, como loco, gritaba que alguien me auxiliara y en mi desesperación traté de incorporarme y me caí; a rastras, quería alcanzar las escaleras para saber qué estaba pasando. Cuando al fin vino Juan Cástulo en mi auxilio y me ayudó a bajar, tendida

en nuestra alcoba yacía tu madre; enloquecí y le gritaba ¡vive!, ¡vive! ¡Dios mío, por qué! Y en ese momento maldiже mil veces a Dios, sí, lo maldiже desde el fondo de mi alma.

A partir de ahí, Francisco Javier no pudo seguir narrando aquel fatídico relato que nunca, nunca antes, le había contado a Manuelita e irrumpió en llanto, tanto, que la niña lo apretó fuerte y se fundieron en un abrazo. La escena era desgarradora y aunque ya habían transcurrido catorce años de ese trágico incendio, Francisco Javier volvió a desahogarse y le prometió a su hija que jamás se apartaría de ella. Durante un buen lapso de tiempo se hizo un silencio absoluto que dejaba escuchar el resuello acompasado de sus cuerpos, sus latidos, y poco a poco una al otro se secaron las lágrimas y se sonrieron; los demás, Soledad, Juan Cástulo y varios de los trabajadores que les acompañaban, anonadados, no sabían qué hacer y dejaron que la calma llegara sola. Después de un buen rato, Manuelita, sobreponiéndose, le secó las lágrimas a su padre con un pañuelo y sonriendo le preguntó:

—¿Mi madre era bonita, pa? —le dijo mirándolo a los ojos, llena de ternura, a aquel hombre, triunfador de varias batallas, acostumbrado a soportar los desatinos de la fortuna, general, sacerdote, pero sobre todo, su amado padre.

—Bonita es poca cosa, mi hijita, era tan hermosa como tú, mi amor, igualita a tí, incluso ahora que he regresado y veo que ya eres toda una señorita, parece que la estoy viendo a ella, escuchando su voz, contemplando su sonrisa. Te le pareces mucho, sabes, creo que demasiado, mi amor —y diciéndole esto le dio un beso en la mejilla y la estrechó entre sus brazos; así permanecieron algunos minutos contemplando la sepultura y viéndose el uno al otro, hasta que Soledad los sacó de su éxtasis y, tomando a cada uno de la mano, los condujo adentro de la casa donde la comida esperaba, mientras la niebla comenzaba a caer sobre el pequeño cementerio donde el viento movía las flores.

Después de la comida, casi para anochecer, Francisco Javier le pidió a Juan Cástulo que ensillara los caballos porque tendrían que ir a Atzalan, pues tenía el presentimiento de que el padre De la Fuente y Alarcón no tardaría en llegar y era menester hablar con él, presentarse y ponerse a sus órdenes. Iban a dar las siete de la noche cuando camino de Atzalan cabalgaban Francisco Javier y su fiel escudero y amigo de siempre. Todo el sendero los acompañaron una procesión de luciérnagas, el croar de las ranas y el llamado de las cigarras pidiendo la lluvia.

—Óyelas, Juan Cástulo, cómo piden la lluvia —le dijo el ahora padre Francisco con su hábito arremangado a su fiel amigo—. ¡Ahhhh! —exclamó extrañado Juan Cástulo, haciendo

algunos sonidos guturales y, más que eso, ingeniándoselas con mímica para que su amigo lo entendiera y asentía con la cabeza a todo lo que éste le decía.

—Sí, lo sé, aquí llueve casi a diario —agregó Francisco para que le entendiera—. Sí, la lluvia, aunque te parezca raro; la lluvia, amigo. Mira, esto de los nortes y el sur que suben y bajan y bendicen estas tierras con humedad, es lo normal, lo de siempre, pero ahora, a fines de febrero y principios de marzo, los barbechos para la siembra requieren que caigan unos dos o tres fuertes aguaceros para que mojen bien la tierra y el maíz brote pronto y crezca la milpa.

Sonriendo, Juan Cástulo, desde ahora seguramente flamante sacristán, quien jamás lo dejaba solo y lo acompañaba a todas partes, parecía decirle que lo entendía todo con claridad; realmente era como su propio hermano y la diferencia de edades entre ellos no rebasaba los cinco años.

Al llegar a la parroquia de San Andrés, de inmediato se notó el cambio; encontraron varios faroles encendidos y dos humeantes antorchas que iluminaban parte del gran atrio. Adentro, en la casona que hacía las veces de casa parroquial y oficinas de la misma, había dos o tres gentes; los caballos aún estaban amarrados en un poste de la entrada y Juan Cástulo se acomidió rápidamente a desamarrarlos, aflojó sus monturas y comenzó a pasearlos alrededor del atrio para que se enfriaran. El padre don Mariano le agradeció su gesto e invitó de muy buena gana a Francisco Javier a que pasara y compartiera con él los alimentos.

—Llegas a tiempo, hijo mío, y permíteme que te tutee, pues te conocí siendo tú un niño y fui muy amigo de Pedro, tu hermano, de tu señor padre y no se diga de tus hermanas y tu santa madre, que en gloria esté —le comentó de manera afable, al tiempo que lo tomaba del brazo y lo sentaba a la mesa—. Joaquina —le dijo a su cocinera—, tenemos un invitado ilustre, vamos a ver qué nos ofreces de cenar; ah, y seremos tres a la mesa, luego viene Juan Cástulo, que está paseando los caballos porque don Jorge, mi ayudante, salió de prisa pues le avisaron que tenía visitas procedentes de Alseseca.

—Me acuerdo bien de ti, Francisco Javier, eh, no creas que no, aunque ahora, con los años, has embarcado un poco, se ve que eres de buen comer, eh, y claro, los años no pasan en balde. Te esperaba, el señor obispo, don Francisco Pablo Vázquez y Sánchez Viscaíno, me mandó una carta en la que me habla de ti, me dice que estuviste con los monjes Paulinos pero que él, su ilustrísima, te concedió la dispensa diocesana y te hizo sacerdote secular; me dice que llegarás, que puedes serme de mucha utilidad, que eres un hombre culto y con mucha ascendencia en la región, que te distingüiste como un gran soldado y estratega militar. Hizo alusión a tu

victoria en la defensa de la Villa de Córdoba, ¿cómo ves? Tal parece que su eminencia es una persona bien informada —le expuso don Mariano con todo detalle y le preguntó cómo le gustaría que le llamara ahora con su nueva investidura—; y pasando a otra cosa, mi querido padre Francisco Javier, o simplemente padre Francisco, ¿cómo prefieres que te llame?

—Mi querido don Mariano, no me diga usted esas cosas, no ensalce mi vanidad, por caridad; yo sólo soy un humilde sacerdote que viene a tratar de servir a la feligresía, a sus paisanos y a auxiliarlo a usted en todo aquello que disponga y crea que puedo serle de utilidad —le respondió Francisco Javier, todo sonrojado—. Si alguien es todo un luchador por la libertad y la independencia es usted, don Mariano, a mí me tocó participar sólo al final y pertenecí al Ejército Trigarante, pero yo me formé en las milicias urbanas virreinales; de hecho, combatí a los nacionales como usted, pero eran otros tiempos y otras circunstancias y hoy, mire usted lo que es el destino, los dos somos sacerdotes y nos debemos a nuestra religión, a nuestra iglesia, ¿no cree?

—Y pasando a lo de mi nombre ya como sacerdote secular, me llama la atención que me haya hecho usted la misma pregunta que mis trabajadores y gente de mi confianza de Talixco me han realizado, ¿cómo ve? Ellos me preguntan lo mismo, que cómo quiero que se dirijan a mí cuando estoy entre feligreses; realmente esto es muy curioso. Yo los entiendo muy bien, claro está, porque con varios de ellos me hablo de tú, la mayoría nos conocemos desde niños y no quieren parecer irrespetuosos o igualados delante de la gente —le comentó al padre Mariano—; pero en su caso, don Mariano, yo le aprecio muchísimo su deferencia y si usted no tiene inconveniente a mí me gustaría que me llamara padre Francisco.

—Por supuesto, hijo, no faltaba más, te llamaré así, no te preocupes. Y en cuanto a cuáles van a ser tus obligaciones, he decidido, si no tienes inconveniente, designarte cura coadjutor de la parroquia para que me auxiles en todo aquello se sea necesario y funjas como mi vicario, encargándote de la capilla de Santa María Magdalena en Altotonga y tengas a tu cuidado las capillas de la Asunción y la de la Santa Cruz, vecina ahí de tu hacienda, ¿te parece bien, hijo? —le preguntó don Mariano, hombre avezado en los asuntos eclesiásticos, quien en realidad ya estaba cansado puesto que frisaba los setenta y dos años de edad—. Realmente el trabajo es mucho y estoy solo; salvo las monjitas de aquí de Atzalan, nadie me ayuda, muy esporádicamente vienen los frailes de la capilla del Apóstol Santiago o mandan a alguien de Jalacingo —agregó—; la parroquia es muy grande.

—Estoy de acuerdo, don Mariano, usted cuente conmigo desde ahorita y si hay que viajar a la sierra, también iré con mucho gusto —le respondió Francisco Javier, ya en su calidad de presbítero en funciones—; además, figúrese, don Mariano, la casa que está a un lado de la capilla de Santa María Magdalena es de mi propiedad, fue herencia de mi madre y curiosamente ahí nací un 4 de octubre de 1793, así que no tengo problema alguno, me mudaré ahí en compañía de mi hija y estaré días ahí y días en Santa Cruz, pues debo atender la hacienda.

—Te agradezco mucho, padre Francisco, y te llamaré así para familiarizarme con tu nombre, y como dicen tus amigos de la infancia, cuando nos encontremos entre los feligreses no cometeré la descortesía de hablarte de tú —le comentó don Mariano, sonriendo un poco en torno a lo del nombre—. Celebro que hayas decidido venirte a tu tierra —agregó—, a estar con los tuyos y, sobre todo, que hayas tomado la decisión de convertirte en sacerdote secular; en este país somos pocos los curas seculares, pues muchos de ellos, como yo por ejemplo, que tomaron las armas en 1810 y arengaron a la población a lanzarse a la lucha por la independencia y después simpatizaron y siguieron al señor Morelos, murieron en esa gesta libertaria. E hijo mío, tú lo sabes bien, para formar un cura se necesitan casi doce años; no todos, como tú, podemos presentar exámenes a título de suficiencia.

—¿Qué pasó, padre Mariano?, ¿en qué quedamos? Hay que dejar las vanidades de lado y nadie es superior a nadie, eh, menos yo, que soy un humilde cura ordenado a los 49 años, casi cincuentón; lo digo por aquello de que presenté mis exámenes a título de suficiencia —le especificó al padre Mariano, sin poder contener una risita burlona—. Y tuve que ir, a mis años, hasta San Ildefonso, convertido ahora en Colegio Diocesano, a presentar mis exámenes de Teología y Filosofía para poder ser ordenado posteriormente en Puebla.

—Bueno, padre Francisco, más a tu favor, es muy loable que a tu edad hayas decidido tomar los hábitos y, más aún, dedicarte a ser cura secular. Todavía más, te agradezco el hecho de que hayas decidido venir a nuestra tierra, donde tanta falta hacen sacerdotes; pero no se hable más del asunto. Y a todo esto, ya me informaron que ayer nos hiciste el gran favor de oficiar misa de difuntos; de todos modos yo te espero a misa de ocho de la mañana para que celebremos juntos y te presente a la comunidad y al pueblo entero, aunque a tí, aquí te conoce todo el mundo; además —agregó de manera cordial—, tengo pensado que concelebremos en la capilla de Santa María Magdalena para presentarte de manera correcta con quienes serán tus feligreses inmediatos y lo mismo faremos por lo que toca a la capilla de la Asunción. Hechas estas pequeñas

precisiones, mi querido padre Francisco, dispongámonos pues a cenar, que además de que ya es noche, se enfrián los alimentos.

Después de las presentaciones, entrega de cartas y comentarios, los tres, don Mariano de la Fuente y Alarcón, Francisco Javier y Juan Cástulo, cenaron y charlaron lo necesario para no alargar la jornada, puesto que al día siguiente había que oficiar la Santa Misa.

Al llegar a la hacienda, ya de noche, la casa llena de algarabía lo recibió con la grata presencia de su hija Guadalupe, sus nietos y su yerno, el joven abogado y emprendedor hombre de negocios José Villegas, que habían venido a pasar unos días con él; la sorpresa no pudo haber sido más grata y emocionado abrazó a su hija y besó a sus nietos, por los que sentía especial predilección, y no desaprovechó la ocasión para expresarle a José, muy en especial, por haberse encargado de la buena marcha de los asuntos de la hacienda y ayudarle a su hermana Soledad en todo; y obviamente a Guadalupe, que veía siempre por su Mamá Chole y por su querida hermana Manuelita, quienes con frecuencia pasaban largas temporadas en Jalacingo. Aquella velada se hubiera extendido hasta bien entrado el día siguiente de no ser por el compromiso de concelebrar con el padre don Mariano de la Fuente y Alarcón, pues los nietos no dejaban al complaciente abuelo que desde Puebla había venido cargando con una caja llena de dulces y juguetes para la ocasión, pues no los veía desde el 38, cuando aún eran muy pequeños; ahora eran todos unos niñitos cariñosos y muy bien educados.

Ese domingo, 20 de febrero de 1842, sería histórico para la familia Gómez Bello y para muchos de los vecinos de Talixco contemporáneos suyos que lo habían visto crecer desde niño, luego vestir el uniforme militar, y acompañado en las muertes de Pedro, su hermano, de Pedro, su padre, de doña Francisca, su madre, y luego en la trágica muerte de Manuelita, su esposa. Temprano, después de un frugal desayuno para los niños y la consabida abstinencia para quienes iban a comulgar, los Gómez Bello en pleno, encabezados ahora sí por el propio padre Francisco, Manuelita y su tía Soledad, Guadalupe, José, su esposo, y los niños, Juan Cástulo, el buen Yabuko, quien coincidentemente había llegado de Tlapacoyan, atribulado y en busca de consejo ante los repetidos ataques epilépticos de su ahora patrón, el general Guadalupe Victoria, y otras personas de Santa Cruz, se dirigieron, en una especie de procesión muy especial, mitad religiosa, mitad festiva por el advenimiento del nuevo señor cura, que a todas luces era bienvenido y querido por todos, por el camino que baja a Atzalan hasta la parroquia de San Andrés.

La misa, concurrida como pocas, se desarrolló de manera muy emotiva y el padre don Mariano no vaciló en llenar de elogios la presentación del padre Francisco y ponerlo como

modelo de hombre probo, virtuoso y emprendedor que había sabido escuchar el llamado del Señor, porque la suya, enfatizó, era una vocación a prueba de todo, iluminada por el Espíritu Santo. Al terminar la celebración todos almorzaron en el atrio, donde varias familias se habían congregado a manera de verbena. Las viandas y atoles a discreción alcanzaron para todos los parroquianos, que estaban de fiesta con la llegada del nuevo sacerdote. Todo mundo lo quería ver, tocar, saludar; la mayoría se acordaba bien de él y no faltó quien lo invitara a su casa, pero el padre Francisco, realmente emocionado, prefirió partir ahí con todos. Ya bien entrado el día regresaron a la hacienda, no sin antes agradecerle al padre don Mariano todas sus atenciones y planear para el siguiente día, lunes 21 de febrero, la concelebración en la capilla de Santa María Magdalena en Altotonga y por la tarde presidiría el rezo del Santo Rosario en la capilla de la Asunción. Ese mismo día, a las seis de la tarde, él personalmente había invitado a todos los feligreses vecinos de Talixco y Santa Cruz al Santo Rosario que se llevaría a cabo en la capilla de Santa Cruz, cercana a la hacienda. De hoy en adelante debería aprender a compaginar los múltiples compromisos que como sacerdote le imponía su dignidad como tal, lo que las personas le solicitaran y darse tiempo también para estar pendiente del buen manejo de la hacienda.

Ya en la hacienda, después de una familiar comida campesina, se dio tiempo para platicar con el bueno de Yabuko, a la sazón todavía mayordomo y capataz en El Jobo, a quien le preguntó por su entrañable amigo José Miguel, por su hermana doña Gertrudis y por supuesto por su gran amiga doña Matilde, quien le había prodigado los primeros cuidados a Guadalupe hacía ya casi 26 años. ¡Cómo pasa el tiempo!, se dijo a sí mismo, ¡toda una vida! Y dirigiéndole una mirada afectuosa a Yabuko, su gran administrador de las fincas cafetaleras de Mecacalco, lo invitó a pasar a los corredores del vestíbulo y sentarse cómodamente para platicar un buen rato.

—Y a todo esto, mi querido Yabuko, ¿cómo te va de mayordomo?, ¿qué dice Tlapacoyan, amigo? Vaya que ya debes tener carta de naturalización de allá; hace un momento estaba haciendo memoria y caí en cuenta que ya tienes por allá casi dieciséis años —le comentó a quien fuera el encargado de los negocios de la hacienda hasta el año de 1826—. ¿Y no te da nostalgia por estas tierras altas, de mejor clima? —le dijo sonriendo—. A mí me serías de mucha ayuda por acá, pues ahora con mi nuevo encargo de sacerdote tengo poco tiempo para dedicarle cuidado y atención al manejo de la hacienda y de los ranchos como el de Mecacalco, donde gracias a ti, ahí van marchando y produciendo las fincas de café; pero no, yo sería incapaz de sacarte de El Jobo y que dejaras solo a José Miguel, no, cómo crees —le dijo de manera enfática.

—¿Pero por qué, patrón? —le respondió Yabuko—, usted siempre será mi único patrón, padre Francisco. Mire, doña Gertrudis tiene ya casi cuatro años que partió de la hacienda rumbo a la ciudad de Durango y mi general Victoria va y viene a la ciudad de Puebla o a México, y desde que se casó, casi no hace parada en la hacienda y yo luego no sé ni a quién rendirle cuentas; esa es la verdad. mi estimado amigo. y en parte esta visita no ha sido fortuita, ni me la agradezca, la hice con toda la intención de venir a verlo y pedirle que me dé permiso de quedarme por acá. De hecho —agregó—, mi familia nunca se ha movido de Mecacalco, ahí me casé y tenemos unas tierras que heredó mi esposa y le ayudan nuestros hijos a trabajar, además de las fincas que usted me regaló. O qué, ¿ya no se acuerda? Las tierras que me regaló camino de Las Truchas.

—Claro que me acuerdo, Yabuko, y no habrían quedado en mejores manos que en las tuyas. ¿Pero a poco pensabas que me ibas a encontrar?, ¿acaso no sabías que había partido para Puebla?

—Mire usted, patrón, la mera verdad las noticias corren rápido y sí estaba yo enterado de su partida a Puebla, incluso supe del grave atentado que sufrió a fines del 37, del cual milagrosamente salió ilesa, y quea raíz de ese fatal ataque Juan Cástulo perdió el habla; lo supe todo, mi señor, en esa ocasión doña Matilde, de grata memoria y que en paz descanse, me lo informó todo.

—¿Cómo? ¿Me quieres decir que la buena de doña Matilde ya murió? ¡Qué barbaridad! Esa sí que es una muy mala noticia que me llena de tristeza, amigo —y diciendo eso se santiguó y su rostro se llenó de pesadumbre. ¡Doña Matilde!, ¡doña Matilde!, se decía a sí mismo—. Bueno, así es la vida, sólo se nos adelantó.

—Sí, figúrese usted que en parte ese fue el motivo por el cual doña Gertrudis decidió partir hacia Durango, quería reunirse con sus hermanas menores y, como ella decía, recogerse en la tierra de sus mayores. Y ahora bien, mi general Victoria casi no hace parada en la hacienda, cuantimás ahora que se casó, disque con una señora joven que tiene muchas tierras por San Andrés Chalchicomula, Puebla, cerca del volcán de Orizaba; además, patrón, ya mi general Victoria tiene otras gentes de confianza que le ayudan —le dijo Yabuko, con toda la intención y el ánimo de que lo aceptara de vuelta y poder regresar y estar cerca de los suyos.

—¡Ay, Yabuko, me dejas sin habla! No sé qué decirte, amigo, pues en realidad la decisión es tuya, no mía; yo con gusto te recibo de nuevo y de hecho, te lo decía, me haces mucha falta. Por cierto, ¿José Miguel sabe que has venido a verme?

—No, mi patrón, él sabe que cada quince días yo vengo a Mecacalco; además últimamente no ha estado bien de salud, con todo que viaja mucho a San Andrés Chalchicomula. Cuando yo partí hacia acá él acababa de llegar procedente de Teziutlán y definitivamente no sabe que yo he venido a verlo a usted, para qué le voy a mentir. Bueno, mi señor, con decirle que realmente me vine a la aventura, yo pensaba que iba a encontrar a la señorita Soledad, su hermana, y a ella le iba yo a pedir el favor de que me dejara ayudarla acá, que yo ya no deseaba seguir estando en El Jobo. ¡Cuándo me iba yo a imaginar el milagro de encontrarlo a usted en persona! —le respondió un tanto angustiado de que su patrón se pudiera enojar con él o se mortificara en verdad.

—Mira, Yabuko, yo qué te puedo decir, amigo, si tú ya has tomado la decisión. Adelante, acepto que te vengas a ayudarme, se lo voy a comentar a mi yerno, el licenciado José Villegas, que es en verdad quien me ha estado echando la mano en el manejo de los asuntos de la hacienda, para que esté enterado. Tú ve y arregla tus cosas y no dejes nada pendiente, aquí siempre serás bienvenido.

Al terminar de charlar con Yabuko, apesadumbrado por la noticia del fallecimiento de doña Matilde, su entrañable amiga de toda la vida, después de hacer oración un buen rato en la pequeña capilla de la casa y de comunicarle a su hija Guadalupe aquella infusa noticia, se retiró a sus habitaciones a preparar las cosas que necesitaría para irse ya hacia la capilla de la Santa Cruz, pues a algunos feligreses de ahí luego les había prometido llegar antes para ponerse a confesar a quienes quisieran.

Altotonga recibió más que con júbilo al padre Francisco; hacía tiempo que la población no contaba con un vicario y a éste, oriundo del lugar, además de que había nacido a escasos metros de la capilla de Santa María Magdalena, todos lo conocían y lo querían. Pasados unos meses de su presentación, Francisco Javier comenzó a amueblar y habilitar la casona de madera y tejamanil de dos plantas construida con gruesos tablones que había heredado de su madre. Ahí, precisamente un viernes 4 de octubre de 1793, había nacido a media mañana, según le contaba su madre, pues ahí vivía la madre de ésta, su abuela, también de nombre Francisca. A él por eso le pusieron Francisco y su madre, según contaba, le quiso agregar el Javier para que no lo fueran a llamar Paco o Paquito, que definitivamente a ella no le gustaba.

Al principio, ya en el ejercicio de su ministerio, le era más cómodo ir y venir a la hacienda porque de vez en cuando tenía que auxiliar al padre don Mariano en la parroquia de San Andrés y en ocasiones se tenía que desplazar hasta Alseseca a celebrar. Una vez al mes, a caballo, se

remontaba a las pequeñas rancherías de Tazolapa y Zapotitlán, ambas en la margen izquierda del río de Bobos. Su experiencia como militar y buen jinete le ayudaban mucho en sus correrías dentro de la parroquia y lo mismo subía a la capilla franciscana del Apóstol Santiago, en el barrio del mismo nombre, que se aventuraba hasta el mismo Mecacalco. A diario la jornada iniciaba temprano y decidió entonces comenzar a pernoctar en Altotonga; le solicitó a Manuelita, su hija, que lo auxiliara con los libros de las capillas para llevar un registro exacto de la impartición de los sacramentos, en especial con las fe de bautizo y las constancias de matrimonio, las cuales tenía que remitir a la parroquia y de ahí a los archivos de la diócesis de Puebla, donde todo se anotaba y guardaba de manera meticulosa. Llevar los libros no era pesado, lo importante era la constancia de hacerlo diario y apuntar todos los compromisos; siempre recordaba la frase decimonónica de su santa madre: “Si tu memoria no te es fiel, fabrícate una de papel”. Pronto también Juan Cástulo se sumó al equipo del padre Francisco convirtiéndose en su sacristán oficial y acompañante de cabecera, pues había que encargarse de los caballos y mantenerlos bien alimentados; lo bueno era que en la hacienda contaban siempre con una buena cantidad de caballos, mulas, machos y burros en cualquier momento, todo se podría ofrecer. Poco a poco, Francisco Javier, Manuelita y Juan Cástulo se fueron familiarizando con la casa de Altotonga; en la hacienda quedaba Soledad, pero seguido se acomodía y se quedaba en Altotonga a hacerle pie de casa a su hermano y a su sobrina; sólo cuando éste se aventuraba a la sierra, se llevaba a Manuelita a la hacienda y ahí permanecían.

Rehacer su vida no era una empresa fácil, mucho menos comenzar su ministerio sacerdotal a los 48 años, entrados a 49, porque a cada paso los recuerdos estaban vivos y a la vista; sólo la presencia de sus hijas, nietos y hermana lo reconfortaba, además de la seguridad y certeza de que el general de brigada Francisco Javier Gómez Bello había salido de la escena, se había perdido en las tinieblas del olvido desde octubre de 1837. Para algunos militares había desaparecido cuando los esbirros de Santa Anna lo dejaron por muerto en su hacienda y para otros, cuando en compañía del general Guadalupe Victoria había caído en campaña al combatir a las fuerzas de Olarte en la sierra de Papantla. Cinco años después, en el medio castrense nadie lo recordaba y a él más que a nadie le convenía ese olvido, ya que el padre Francisco y en ocasiones el padre Paco habían venido a sepultarlo definitivamente. Pocos militares, como el mismo Guadalupe Victoria y su gran amigo del alma el general José María Jarero Ruiz, padre de Guadalupe, sabían que en realidad el padre Francisco y el general Gómez Bello eran la misma persona y, poco a poco, el cambio de fisonomía con la edad y el haber aumentado de peso fue

acreditando la presencia del sacerdote entregado a su ministerio en cuerpo y alma y casi nunca, por no decir nunca, se dejaba ver más allá de la jurisdicción de la parroquia de Atzalan.

En contadas ocasiones iba de visita a Jalacingo a casa de su hija Guadalupe, pero fuera de ahí él estaba entregado a las causas de Dios y de la iglesia. Como trabajo inmediato se dio a la tarea de habilitar en Atzalan, en una gran casa de cantera que poseía ahí, herencia de su padre – con sus propios recursos y la invaluable ayuda de su gran amiga doña Petra Núñez de Carrión, propietaria de la hacienda de San Diego Coyotepec, vieja conocida suya desde los tiempos en que era gobernador de la fortaleza del Castillo de San Carlos de Perote–, un orfanato para niñas indígenas que supervisarían Soledad, su hermana, y Manuelita, su hija, con la diligente ayuda de unas monjitas de Puebla, con quienes estando en el seminario seguido realizaba convenios espirituales y a quienes había invitado para que se vinieran a vivir a Atzalan; ellas se harían cargo de las niñas.

Ya al frente de la capilla de Santa María Magdalena, con Juan Cástulo como su sacristán y Manuelita como su asistente, las más de las veces se quedaban en Altotonga en la casa de su propiedad, que ya arreglada lucía diferente; incluso, en la parte de abajo y al lado tenía unos espaciosos macheros para los caballos y mulas, así como también tres grandes habitaciones que le servían para realizar actos religiosos, convivios e impartir el catecismo; realmente la capilla no era muy grande y estaba asentada sobre el trazo de lo que sería un gran templo, como ningún otro en la región, y también ostentaba una gran torre de evangelización como la que había en Atzalan. Los terrenos aledaños a la capilla habían sido propiedad de la hacienda y años atrás el mismo don Pedro Gómez y doña Francisca Bello, sus padres, los habían donado para tal fin.

Temprano se levantaba y si el día lo permitía y amanecía despejado, la misa era a las siete de la mañana todos los días y se alternaba con las celebraciones que llevaba a cabo en la capilla de la Asunción, también a su cargo; las misas en la capilla de la Santa Cruz generalmente eran en la tarde y había domingos que la misa de doce del día la celebraba en la capilla de la Asunción, a donde con gusto acudían los feligreses de todos los barrios y el tañer de sus campanas se dejaba escuchar por toda la cañada rumbo a Atzalan. Así nunca estaba en un solo lugar, todos los días había que visitar lo que tenía a su cargo y se daba tiempo para ir y convivir con las niñas del asilo.

Pronto se dio a la tarea de construir con sus propios recursos una pequeña capilla adjunta a la de Santa María Magdalena, que dedicó a la advocación del Santísimo a manera de Sagrario; para ello no escatimó esfuerzos ni recursos y mandó elaborar en la ciudad de Puebla una hermosa custodia que le costó catorce mil pesos plata. El Santísimo se merecía eso y más, se decía a sí

mismo. Ya organizado, cada día de la semana tenía un significado especial, pero lo que más disfrutaba era enseñar el catecismo a los niños por un lado y por el otro a los adultos, a quienes dedicaba especial atención los sábados por la tarde y aprovechaba para alfabetizarlos.

No había hombre o mujer en las comunidades que atendía, ya de edad madura por lo general, que al terminar de aprender el catecismo no supiera leer y escribir, esa era su mayor satisfacción; sábado tras sábado estos grupos crecían y daban testimonio de lo que el padre Francisco hacía por ellos, de esta manera, Manuelita, su aliada en esa delicada tarea de la enseñanza, se iba llenando de sabiduría y bondad con el ejemplo cotidiano de su padre. No cabía duda, se decía a sí misma, lo sentía en lo más profundo de su corazón y lo atestiguaba a diario, que su padre había nacido para servir al prójimo y aliviar de las fatigas de la vida a los cientos de feligreses que acudían a él; esa era su verdadera vocación. Los más de cuatro años que se había privado de su cariño y presencia los estaba recuperando con creces y, además de su belleza física, crecía en espiritualidad y don de gentes.

Pasados unos meses, cuando se llegaron los días de exhumar los cuerpos de sus seres queridos sepultados a un costado de la gran casona solariega de la hacienda, bajo el resguardo de varios árboles que al crecer habían formado ya un pequeño bosque, le asaltó el deseo y la preocupación que lo habían perseguido desde el lejano año de 1816, el día en que dejó, a la orilla del mar, solito, el cuerpo de Esmeralda, la madre de Guadalupe y esposa de su gran amigo, el ahora general José María Jarero Ruiz; una vez terminados los trabajos en el flamante panteón familiar y antes de trasladar los féretros con los restos de sus seres queridos, tomó la decisión y de manera contundente se hizo el ánimo de ir por los restos de Esmeralda. Era necesario y deseable, Guadalupe y sus hijos deberían tener la posibilidad de rezar ante la tumba de su madre, de su abuela, siempre lo había pensado así, y sin avisarle a nadie, salvo al padre don Mariano, a quien notificó de su partida, lo preparó todo y muy de mañana, veinte días antes de Todos Santos, en compañía de Yabuko, Juan Cástulo y dos peones de la hacienda emprendió el camino hacia Boquilla de Piedras. Además, de acuerdo con lo planeado, para que su hija no estuviera ahí durante el traslado de los cuerpos, ésta y su tía Soledad habían ido de visita a Teziutlán, de donde traerían de regreso a Mamá Rita a pasar unos días en la hacienda, precisamente en esa temporada de Todos Santos y día de muertos; los días previos se utilizarían para hacer todo ese tipo de maniobras nada agradables, así que había que ir lo más pronto posible sin despertar sospechas. Antes de partir le había pedido al maestro de obras que construyera otra tumba.

Cabalgaron de día y de noche; las jornadas se hicieron ligeras porque el buen tiempo los acompañó y cuando se dieron cuenta estaban ya en la famosa Boquilla de Piedras, reducida ahora a dos o tres chozas de pescadores; distaba mucho de aquel maltrecho fuerte que moría y renacía según lo asaltaran los nacionales o los ejércitos virreinales. Llegar fue fácil, lo difícil fue la búsqueda y ubicación de una tumba abandonada veintiséis años atrás, sobre todo porque el curso de las mareas y los constantes vientos cambiaban la fisonomía del terreno y cabía la posibilidad de que la gran haya hubiera sucumbido al tiempo. Dos días le llevó a Francisco Javier encontrar aquel improvisado sepulcro, donde el mejor testigo era esa gigantesca haya por la que los años parecían no pasar; pese a que el estero y los manglares habían invadido los médanos, aquel montículo de tierra y arena estaba incólume y se le habían añadido tal cantidad de piedras que identificaban el lugar sin dejar duda.

¿Quién había acarreado tanta piedra de río? ¿Quién?, se preguntaba Francisco Javier, ya junto al majestuoso árbol que aún guardaba el epitafio aquel esculpido sobre su tronco como si lo hubiesen escrito el día anterior. Era sorprendente observar cómo aquella caligrafía daba fe del hecho y el tronco, desprovisto de cortezas y rugosidades inherentes, lucía sólido y brillante y se podía leer bien el nombre: Esmeralda; la cruz calada a navaja y machete resplandecía blanca, brillante, sin alteración alguna, como si aguardara como símbolo inequívoco de que ahí reposaban los restos de alguien que, desde la eternidad, no perdía la esperanza de que la rescataran. Ya frente a la tumba, Francisco Javier se arrodilló, dio gracias a Dios por haberlos llevado con bien a su encuentro, rezó con devoción el santo rosario y les solicitó a Yabuko y a Juan Cástulo que iniciaran la excavación con sumo cuidado, a sabiendas de que el cuerpo había sido sepultado sin ataúd alguno.

La excavación fue minuciosa y mientras los picos y las palas retiraban la tierra, Francisco Javier se encaminó hasta la orilla de la playa y recordó con emoción cuando, tomando agua salada, la derramó sobre la pequeña cabeza de Guadalupe, de escasos días u horas de haber nacido. Ese día, de manera simbólica la bautizó y juró amarla y protegerla como a su propia hija. Todo un torbellino de ideas se agolgó sobre sus pensamientos y en segundos recorrió su vida, la de Guadalupe, su madre, y le parecía increíble estar ahí, en ese sitio donde, al fragor de la lucha, él, entonces subteniente, perdió a cuatro de sus hombres y encontró a aquella hermosa mujer de voz dulce y ojos verdes que agonizaba bañada en sangre con su niñita en su regazo. Realmente era hermosa, muy hermosa, y le encomendó a su hijita; hoy, a veintiséis años, él cumplía aquel velado juramento que se había hecho a sí mismo y que jamás había compartido con nadie, salvo

con su conciencia, de que algún día volvería; volveré, volveré, le decía a la pequeña Guadalupe mientras cabalgaba de regreso a Altotonga, apesadumbrado por todo lo que había sucedido ese día. Absorto y ensimismado en sus recuerdos, se sobresaltó cuando Yabuko lo interrumpió y le dijo que ya habían encontrado los restos, asombrosamente bien conservados después de tanto tiempo.

—No quiero ver nada, Yabuko, nada, prefiero conservar su recuerdo en mi memoria y sus hermosos y apacibles ojos verdes implorándome que me hiciera cargo de su hijita —le dijo conteniendo el llanto—. ¿Caben sus restos en los pequeños féretros que hemos traído? —le preguntó.

—Haré lo posible, patrón, pero todavía no doy crédito a que después de tantos años, tantos, sus restos estén conservados —le decía Yabuko, sorprendido—. Traemos algunos petates y costales y creo que con eso podré improvisar una mortaja segura y transportarla así hasta Altotonga, allá usted dispondrá de algunos de los ataúdes de cedro que mandó hacer y le dará cristiana sepultura —continuó diciéndole y se apresuró a tener todo listo para emprender el regreso.

Tras las revelaciones de Yabuko, Francisco Javier, quien se negó rotundamente a ver el cadáver de aquella infeliz mujer que el destino había puesto en su camino, razonaba el porqué de la momificación del cuerpo de Esmeralda; la sal y la peculiaridad de las raíces de aquel majestuoso árbol se habían conjugado para preservar sus restos, para esperar a que fueron recuperados y llevados a un lugar sagrado, mientras la milagrosa savia de su tronco, durante esos veintiséis años, pintaba de blanco y perpetuaba su memoria. En todo aquello —pensaba con esperanzadora tranquilidad— estaba la mano de Dios, sólo Él sabía el porqué de las cosas y sus designios; él sólo era un instrumento del Señor.

Durante el regreso, que se alargó cuatro días, Francisco Javier cavilaba y meditaba qué debería hacer; obviamente, Guadalupe lo tenía que saber, era obligado decírselo y explicarle por qué había tomado esa decisión, esperando que no se molestara y que lo tomara como un acto piadoso, de justicia, que tanto su madre se merecía, de descansar cerca de los suyos, así como ella, sus niños y José María, su padre, tener la posibilidad de poder rezarle a su madre frente a su tumba y tener un lugar donde llevarle flores. Ya en Atzalan, le pidió permiso al padre Mariano de que los restos, bien amortajados, se depositaran en un ataúd de cedro sellado y fueran velados en una capilla aledaña al templo de San Andrés, ahí en la parroquia, para después de una misa de cuerpo presente llevarlos al nuevo camposanto erigido dentro de la hacienda, al que de manera

conjunta deberían bendecir como un lugar sagrado para el eterno descanso de los cuerpos que ahí depositarían: sus padres, sus hermanos, su amada esposa, y ahora Esmeralda, la madre de Guadalupe.

Don Mariano estuvo de acuerdo y, auxiliado por Yabuko y Juan Cástulo, amortajó los restos momificados de aquella hermosa mujer que en vida se llamó Esmeralda y a quien el destino le había arrebatado la vida dejando en la orfandad a su pequeña recién nacida y viudo a su joven esposo. Francisco Javier no quiso participar en aquel doloroso proceso y se siguió de largo hasta la hacienda, donde para su sorpresa se encontró con Guadalupe, José, el esposo de ésta, y los pequeños, que ante la ausencia de noticias de su padre había decidido ir a Santa Cruz a indagar sobre su paradero.

—Lupita querida, hija mía, ¿a qué debo esta sorpresa? —le dijo al verla descender de la carreta que los había llevado de Jalacingo a la hacienda—. Esta sí que es una sorpresa agradable —agregó sorprendido, sin poder ocultar su cara de cansancio y agotamiento, además de lo desaliñado de su persona vistiendo ropa casual, especialmente para cabalgar.

—¡Papá! ¡Papacito! ¿Cómo estás? ¿Cómo es posible que a tus años te ausentes de casa así nomás porque sí? De repente dejé de tener noticias tuyas. Supe por Mamá Chole y Manuelita, que camino de Teziutlán pasaron a comer conmigo, que ellas estarían varios días allá con Mamá Rita, que regresarían para Todos Santos y nos reuniríamos aquí en Santa Cruz; yo intuí que las sacabas de la hacienda a propósito, para hacer todo lo relativo a la exhumación y traslado de los restos de Papá Pedro, de Mamá Francisca, de mis tíos Rosario y Pedro y de Manuelita, tu querida esposa, al nuevo camposanto, y no faltó el chismoso que le dijera a José, mi marido, que te vieron cabalgando más allá de Tlapacoyan; entonces dije, no, yo voy a investigar qué está pasando con mi papá, por qué se va sin avisar. ¡No sabes la angustia que me dio no saber nada de ti! Y luego, para el colmo de las cosas, que nos aseguraran que te habían visto tan lejos de casa; no, me dije, aquí hay algo raro, algo no está bien, ¿o me equivoco? —le dijo Guadalupe, al tiempo que lo abrazaba y besaba, revisándolo de arriba abajo, viéndolo con esa cara de cansado, con la ropa sucia y arrugada, como si trajera una caminata de varios días—. ¿Me puede decir, mi querido señor padre, dónde andaba? —le dijo con todo cariño, mientras le ayudaba a entrar en la casa y ordenaba que le prepararan el baño.

—Hija mía, hija mía, mi adorada Lupita, si supieras que precisamente en este instante iba yo a darme un baño, cambiarme de ropa e irme a Jalacingo a verte. Y mira, me ahorraste el viaje,

porque sí, la verdad estoy muy cansado, exhausto sería la palabra indicada, y venir a ver, estás aquí —le dijo feliz de aquel encuentro fortuito.

Después del necesario y reparador baño de tina y haber comido, Francisco Javier les pidió a Guadalupe y a su esposo que lo acompañaran a su estudio, les invitó sendas copas de oporto y, armándose de valor, les contó todo lo relativo a su inesperado viaje: cómo, cuándo y quiénes le acompañaron. Especialmente, le dijo a Guadalupe que cuando cabalgaban rumbo a Altotonga aquel ya remoto 12 de diciembre de 1816, le decía a ella, entre sus brazos: “... algún día, pequeña, algún día, regresaré por tu mamá, porque la dejamos muy solita, muy solita, ella debe descansar cerca de ti, de tu hogar, y tú tener un lugar donde rezarle a diario”.

—Yo jamás te lo mencioné, aunque jamás te oculté la forma y circunstancias en que llegaste a mí vida, mi amor —le decía con entereza y procurando que esta revelación no fuera a perjudicar su relación con su hija adorada—. Nunca te lo quise decir; aunque en algunas ocasiones llegamos a hablar sobre dónde y cómo era la tumba de tu madre, yo prefería no tocar el tema y ya ves, hasta hoy, en este momento, te estoy revelando que la promesa que te hice recién nacida y que jamás le comenté a nadie, ni a ti, mi amor, ni a ti, la he cumplido. Y mañana, en la parroquia de Atzalan, el padre don Mariano y yo celebraremos una misa de cuerpo presente con los restos de tu santa madre, Esmeralda, ahí frente al altar.

Tras haberle hecho esa confesión a su hija y a su yerno, un silencio se apoderó de la habitación por completo, al grado de que la respiración acompasada de los tres se escuchaba lejana y sus miradas, entre la incredulidad y la sorpresa, divagaban en el vacío sin mirar ningún punto en especial. Así transcurrieron varios minutos hasta que Guadalupe, poniéndose de pie, abrazó con fuerza a su padre y tras sollozar largo rato, con la voz entrecortada por la emoción, le dijo: “Vamos, papacito, que mamá ha realizado un largo viaje para hacerla esperar”. Ya en la parroquia, frente al féretro de madera, Guadalupe, su padre, José, su marido, y varias personas amigas de ellos rezaron el santo rosario y tras velar sus restos hasta altas horas de la noche, entre responsos, cánticos y alabanzas, se fueron a descansar; ya mañana sería el sepelio y sería un día lleno de luz y esperanza.

Celebrada la misa de cuerpo presente a mediodía, sobre una carreta el féretro de Esmeralda desfiló hasta el nuevo cementerio, donde ya estaban aguardando los restos que habían sido exhumados; todos fueron sepultados entre cánticos y rezos una soleada tarde del 2 de noviembre de 1842. Vino gente de Altotonga, de Atzalan, de Jalacingo, bajaron los frailes de la capilla del Apóstol Santiago, sonaron cuetes y se esparcieron pétalos de flores de cempazúchil,

que en el atardecer dieron un cálido toque dorado. Finalmente, el ritual de despedida de los fieles difuntos llenó el ambiente de fe, paz y tranquilidad, para regocijo de los vivos. Francisco Javier había cumplido con los suyos, ya descansaban en paz, en terreno santificado, donde el agua bendita se mezcló con la neblina de la noche. A partir de mañana, del día siguiente, su ministerio y entrega a las causas del Señor estaba asegurado.

## Once

10 de marzo de 2010

Tras años y años de cargar contigo tu libreta de notas y apuntes literarios, por fin, después de haber publicado tus libros ***De la Tierra Húmeda*** en abril de 2005 y ***La Casa de las Amazonas*** en septiembre de 2007, y del primero haber hecho una segunda edición con la editorial de la Universidad Veracruzana en enero de 2008, te dispusiste a desempolvar los textos que a mediados de 2008 habías comenzado a escribir poco a poco pero con bastante pasión y desde ese momento decidiste que titularías la novela con el sugerente nombre de ***¡Quién vive!***, porque en realidad lo difícil de este texto, siempre te lo has planteado así, es quién era, qué hacía, dónde vivió y qué hizo, ya que la generalidad de los altotongenses desconocía todo sobre su vida. Cuando lo empezaste a escribir y se lo platicaste a tu amigo Javier Ignacio Martín Sánchez, salmantino nacionalizado mexicano, más conocedor de México que muchos mexicanos, grande y connotado poeta, asiduo devorador de textos, agudo y minucioso crítico, él te dijo: "¿Por qué no le pones *Quién vive?*", a lo que tú argumentaste: "Tienes razón, amigo, es un buen nombre y encierra muchos porqués, comenzando por el grito de guerra o de llegada a una fortaleza donde siempre preguntaban ¿Quién vive?, y dependiendo de la respuesta ese alguien era admitido, se le abrían las puertas de par en par o en ese mismo instante podían barrerlo con una ráfaga de disparos o iniciar ahí mismo todo un combate". ¡Qué cosas!, pensabas.

Ese miércoles 10 de marzo, al sonar el timbre de tu casa, Margarita Vite Cuéllar, tu cocinera, asombrada después de haber ido a ver quién llamaba a la puerta, exclamó: —Es un capitán de apellido Fernández —te dijo—, un militar que le trae unos papeles y dice que sólo a usted se los entregará.

—¿Un militar? ¿Aquí, en mi casa y a esta hora? —le respondiste un tanto sorprendido por la hora—; es que son apenas las 8:30 de la mañana y estoy desayunando, no puede ser, tan temprano. ¿Qué querría un militar con un documento en la mano, qué urgencia de que yo lo recibiera tan temprano?, pensaste, y le preguntaste de inmediato a Margarita—: ¿Viene solo?, ¿a pie?, ¿con quién viene?

—Afuera hay un jeep, de esos que usan los militares, con otro soldado que viene, supongo yo, de chofer —te comentó.

Todo fue tan rápido y parecía tan confuso que al principio pensaste, en segundos, infinitad de cosas que no venían al caso, hasta que te armaste de valor y te decidiste a salir.

—A sus órdenes, en qué puedo servirle —le dijiste a aquel joven capitán impecablemente vestido con su uniforme militar, quien, de manera afable, te extendió la mano en señal de saludo.

—Buenos días, ¿es usted el licenciado Fernando de la Luz Bello Morín? —te dijo de manera ceremoniosa y atenta—. ¿Usted le solicitó al señor general secretario el acceso al Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional? —te preguntó de manera muy marcial esperando tu respuesta, con la certeza anticipada de que ésta sería la esperada.

—¿Al general secretario? ¿Al Secretario de la Defensa Nacional? ¿Yo? —titubeaste un poco y en milésimas de segundo hiciste un recuento de tus peticiones y/u oficios relacionados con el ejército; de inmediato reaccionaste y le respondiste—: Sí, en efecto, me atreví a molestarlos como por el 15 de febrero, haciendo la solicitud y preguntando sobre la existencia de cierta información relacionada con el expediente del general Francisco Javier Gómez Bello, integrante del Ejército Trigarante, quien probablemente vivió en la primera mitad del siglo XIX —le contestaste ya más calmado, seguro de lo que estabas afirmando.

—Pues con el debido respeto, ésta es la respuesta a su atenta y comedida solicitud; estamos para servirle, señor, el día que usted guste lo esperamos en el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional para mostrarle el documento —te respondió al momento que te hizo entrega de un sobre tamaño carta color manila donde se podía leer tu nombre como destinatario; acto seguido, te solicitó que firmaras su acuse de recibido, se despidió de la misma manera y, subiéndose al jeep, partió; tú, en señal de cortesía, aguardaste hasta que se fueron antes de cerrar la puerta de la casa.

Qué cosas, pensaste, tú ni te acordabas del oficio que, efectivamente, en el mes de febrero habías ido a dejar personalmente a la oficina de oficialía de partes de la Secretaría de la Defensa Nacional y mira, te dijiste a ti mismo, vaya que son disciplinados estos militares, disciplinados y atentos, porque antes del mes tenías la respuesta, y a la puerta de tu casa. Cuánta razón tenía el doctor Noel Merino Hernández, joven y brillante historiador altotonguense, cuando te dijo: “Fer, acude al Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, ahí vas a encontrar lo que buscas, de seguro ahí tienen toda la información que necesitas, yo sé lo que te digo”. Y vaya que tuvo boca de profeta tu amigo, paisano y acucioso investigador en todos los archivos históricos de los estados de Veracruz y Puebla, recién egresado del Doctorado en Historia del prestigiado Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Te quejabas de que Francisco Javier Gómez era un personaje muy escurridizo, del cual poco o nada se sabía, y en verdad, hasta cierto punto, era indudable, pues de no ser por toda la

información que te había dado Malena, tu querida amiga Magdalena Cortez Guzmán, tataranieta en línea directa de Gómez, lo que sabías de él era bien poco, aunque ella desató la hebra que te llevó a indagar por todos lados acerca de su persona, sobre todo cuando te regaló una carta escrita de puño y letra de Francisco Javier Gómez en que hacía una especie de pacto espiritual con unas monjas de clausura de la ciudad de Puebla, donde él se comprometía a rezar por ellas y, a su vez, ellas a rezar por él; era un convenio de yo rezo por ti y tú por mí fechado en el año de 1839.

Al darte la copia de esa carta, de inmediato reflexionaste y supiste que algo no estaba bien con las fechas y los datos en torno a la figura de Francisco Javier Gómez; por lo pronto, esa carta te demostraba que la placa de mármol que resguardaba sus restos en el interior del templo de Santa María Magdalena, en Altotonga, estaba mal, pues ahí se asentaba que había fallecido el 11 de octubre de 1837; algo no andaba nada bien, o faltaban datos o sobraban años —pensaste de inmediato—, no podía andar haciendo convenios espirituales en agosto de 1839, ya fallecido. ¡Qué cosas!, ¡qué cosas! —te dijiste—, e hiciste viaje a Altotonga especialmente para anotar bien los datos de la placa; de ahí te fuiste directo a Xalapa y le pediste a tu hija María Eugenia que por favor investigara en el archivo de defunciones que guardan en la catedral de Xalapa quién había fallecido el 11 de octubre de 1837; para tu sorpresa, ese día no había fallecido nadie. Fuiste al seminario, consultaste con varios sacerdotes dedicados a la investigación histórica sobre la entonces diócesis de Veracruz, pues la hoy diócesis de Xalapa en ese tiempo no existía. Altotonga, que en ese tiempo tampoco era parroquia y dependía de Atzalan, pertenecía como vicaría a la parroquia de Atzalan y ésta a la diócesis de Puebla.

¡Qué líos! —pensabas—, pero seguiste adelante, nunca te desanimaste; por el contrario, tomaste nuevos aires y redoblaste esfuerzos en tu constante búsqueda y uno de esos esfuerzos había sido la carta dirigida al Secretario de la Defensa Nacional, la cual hoy rendía frutos; habría que esperar a ver qué encontrabas en el Archivo Histórico de esa dependencia.

Por fin se llegó el día y te dirigiste a las instalaciones del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, donde todo era solemnidad, atenciones y personas correctas que iban y venían, militares jóvenes, afables y listos a responder cualquier pregunta. Te atendieron de inmediato y te hicieron pasar a una sala de lectura amplia y cómoda, incluso con atriles de madera para comodidad de los lectores con el fin de tener dónde acomodar libros antiguos o gruesas carpetas con documentos. Esperaste unos minutos y luego un diligente subteniente se presentó ante ti: —Soy el subteniente Fernando González Ancira, a sus órdenes; yo lo voy a atender en

todo lo que requiera —te dijo al momento que te hacía entrega de una gruesa carpeta de cuero tamaño legal; la puso en tus manos y te volvió a decir, de manera amable: —Si se lo ofrece algo más me avisa por favor, estoy a sus órdenes; sólo una súplica, si va a filmar o a sacar fotografías de los documentos no se permite utilizar flash; además, como podrá percibirse, aquí la luz natural es muy buena —te comentó, al tiempo que él mismo procedía a acomodar la carpeta en un atril.

No lo podías creer, después de tanto buscar y hurgar en diferentes archivos estabas sentado frente a la carpeta que contenía todo el historial de Francisco Javier Gómez Bello como militar, desde su ingreso hasta su baja; ahí, con toda certeza encontrarías la fecha de su nacimiento, pues en las parroquias de Altotonga, Atzalan y Jalacingo no había rastros de su Fe de Bautizo, como consecuencia de los saqueos e incendios a los archivos parroquiales en el curso de las guerras de Reforma y la Revolución, amén del conflicto de la Cristiada y los años de Adalberto Tejeda en el gobierno de Veracruz.

Al comenzar a hojear la carpeta te percataste del folio de la misma y, a partir de ese momento, comenzaste a sudar frío; hasta estuviste a punto de que te diera un vaíso y que en ese instante terminara tu investigación; pediste permiso para salir a los jardines porque te sentías mal, muy mal, no acertabas a saber qué te pasaba, ¿y cómo te verían los oficiales bibliotecarios que hasta un médico llamaron para que te auxiliara en ese momento?

—¿Se siente mal, señor? Está usted muy pálido y está sudando a mares. ¿Padece usted alguna enfermedad que debamos saber para poner sobre aviso al médico? —te dijo el subteniente que te atendió y trajo la carpeta—. Con confianza, señor, estamos para servirlo, lo que se le ofrezca, por favor.

Tú no sabías qué estaba pasando, de repente se te nubló todo, hasta que comenzaste a inhalar profundo y a hacer ejercicios de respiración como los que a diario hacías en tus clases de hatta yoga; con eso ya no hubo necesidad de salir a tomar aire fresco. Poco a poco fuiste recuperando el pulso, la sensación de vértigo desapareció y de inmediato les diste las gracias a los jóvenes oficiales por sus atenciones.

—Qué susto nos dio, señor, ¡en verdad, eh!, nunca nos había sucedido algo así con algún visitante, porque además de lo pálido tartamudeaba usted repitiendo el número 2640: “vein-ti-seis- cua-ren-ta”. Lo repetía con insistencia mirando hacia aquella esquina, como si se dirigiera a alguien o tuviera usted algún interlocutor —te volvió a comentar el subteniente, ya más calmado, tratando de que todo volviera a la normalidad.

—Gracias, subteniente González Ancira, muchas gracias, de verdad se lo agradezco —le dijiste al joven oficial saludándolo de mano—. Pues si hasta somos tocayos, caray, muchas gracias, Fernando, gracias —volviste a decirle y ya sentado, tranquilo, te dispusiste a comenzar a hojear esa gruesa carpeta de cuero que encerraba mil y un secretos que hacía tiempo querías desentrañar; lo que no dijiste y te lo guardaste muy adentro es que el subteniente González, joven observador, tenía toda la razón al afirmar que parecías hablar con alguien, y volteabas con insistencia hacia una de las esquinas del salón, desde donde la imagen de Julián Bello Gómez, inmutable, te sonreía con la mirada como diciéndote: "¿Te acuerdas que te lo dije, que podría ser el número de un expediente? ¿Te acuerdas, amigo? ¿Por qué tardaste tanto en venir a buscarlo si ese número te persiguió todo el tiempo que fuiste presidente municipal de Altotonga? ¿Te acuerdas, amigo?" —parecía decirte. Y tú, sorprendido, lo viste como si acabaras de estar con él, sin reparar que tenías casi treinta años de no saber nada de él, de no haber vuelto a verlo; luego caíste en la cuenta de que no se te había figurado que te decía aquello, te lo había dicho a través de la telepatía y no sólo eso, cuando el subteniente González Ancira te llevó la carpeta, creíste adivinar en el rostro del joven militar sus facciones.

Desde que te auxilió cuando te saliste de la carretera aquel frío y lluvioso día la presencia de Julián siempre se asomó de manera decidida y cuando por alguna circunstancia te acordabas de Francisco Javier Gómez Bello, como si lo invocaras él se hacía presente también, y cada vez que escribías su nombre y rememorabas aquellas escenas del mediodía del viernes 4 de enero de 1980, día en que apareció en tu vida, lo recordabas gratamente, lo delineabas con tu memoria, que no omitía ninguno de sus rasgos, de sus gestos, de sus actitudes, y ciertamente caías en cuenta de que era un tipo enigmático, afable, cercano y que sería deseable que el día menos pensado se apareciera por ahí, porque tenía algo, algo que no acababas de entender ni sabías cómo explicarlo, porque te atrapaba con su charla, con su imagen, con ese halo de misterio de hippie trasnochado.

Julián!, reflexionaste de inmediato después de tanto tiempo. Si bien es cierto que seguido se asomaba en los entresijos de tu memoria, verlo ahí, casi poder tocarlo, era otra cosa, no era una aparición casual. Y si antes tenías tus dudas acerca de su procedencia, de quién era y cuál era su cometido al entablar amistad contigo, ahora tenías la certeza de que entre el general Gómez Bello y Julián algo había, algo tenía que haber y nada era fortuito; sobre todo, por él no pasaban los años, estaba igual que treinta años atrás y aunque lo habías visto a la distancia de aquel gran salón, otra vez sucedía que sólo tú lo veías. Y mientras meditabas todo esto un escalofrío recorrió tu cuerpo y cerrando los ojos con fuerza, mentalmente, como él te había enseñado, le pediste

que en ese momento se alejara, que fuera quien fuera te dejara en paz, que le agradecías todas sus pistas, charlas y consejos, que ya habría tiempo para verse, y sacando fuerzas de flaqueza lo invitaste a que se vieran en Altotonga durante las fiestas de mayo o en otra ocasión, pero no ahí ni en ese momento.

—Yo te busco, amigo, prometo que lo haré —le dijiste, sin que nadie se percatara de tu preocupación manifiesta, no sin antes reclamarle su ausencia y hacerle ver que en el verano de 2009, cuando el ingeniero Alejandro Guzmán Ramos, tataranieto de Francisco Javier Gómez Bello y primo hermano de Malena, a quien ésta de cariño llama “Cato”, en compañía de Carmelita —su esposa—, Alejandro y Abigail —dos de sus hijos— y tres de sus nietos estuvieron en Altotonga, fueron a la iglesia donde están sus restos y hasta un arreglo floral le llevaron, él, Julián Bello Gómez, no se hizo presente para nada y a ti te hubiera gustado presentártelos; en fin, eso ya había pasado. Y concentrándote de nuevo, insististe en tu súplica; pasados unos instantes, comprendió tu angustia, accedió a tus deseos y te dejó en paz. Todo aquello que te estaba sucediendo no lo acababas de entender, pero al fin el expediente del general de brigada Francisco Javier Gómez Bello lo tenías frente a ti y su número era el 2640.

¡2640! ¡Quién te lo iba a decir! Treinta años después de que los papelitos volaban y se aparecían por doquier y a cualquier hora del día desde tu regreso a Altotonga procedente del puerto de Veracruz, el misterio se había despejado; en parte Julián tenía razón, apuntaban a eso, pero ¿por qué salían de la nada?, ¿quién estaba interesado en que dieras con esos archivos cuyo número de expediente, escrito en un pedacito de cartón color beige, salía de los libros, de las revistas, de los cajones, aparecía encima de la mesa, de tu escritorio, en tus libreros? ¿Quién? La respuesta no era fácil, para nada, de ninguna manera, pues hasta se antojaba increíble; te repetías ¿quién?, ¿quién?, ¿quién? hasta la saciedad y volvías al mismo punto de partida. Todo comenzó cuando el ilustre maestro José Luis Melgarejo Vivanco te habló por primera vez de Francisco Javier Gómez; a partir de ahí aparecían y aparecían como por encanto, como parte de una conjura, y volvías a lo de siempre: ¿quién?, ¿quién estaba detrás de todo eso?

Que era inusual, sí; atípico, también; descabellado, a lo mejor, pero sobre todo era sobrenatural y a eso no querías llegar, porque lo sobrenatural era otra cosa y las fuerzas de quién sabe dónde a ti no te gustaban; pronto encontraste una correlación entre tu enigmático y escurridizo amigo Julián Bello Gómez y los cartoncitos con el número escrito y volvías al comienzo: ¿quién había sido o aparecido primero en tu vida? Y te remontabas al mediodía lluvioso de aquel viernes 4 de enero en que, sin darte cuenta, caíste en la cuneta y fuiste a dar

hasta lo que doscientos años atrás había sido un camino de herradura y, más que eso, un camino para carretas. ¡Qué cosas!, te decías y te agarrabas la cabeza. En ese momento decidiste no darle más vueltas al asunto y aprovechar el hecho de que estabas ahí, tenías en tus manos el expediente número 2640 y toda la buena voluntad de los jóvenes y atentos militares dispuestos a ayudarte. No tardaste en irte adentrando en la historia, en la biografía de quien, aparentemente, se te escondía, se te escapaba de las manos; ahí las horas se te pasaron sin sentir y acudiste durante más de diez días a compenetrarte en la vida y andanzas de un personaje sin duda singular, único, sensacional, sensible, humano, que de diferentes maneras pedía ser rescatado y, más que eso, ser dado a conocer, pertenecer a la Historia, abandonar para siempre las tinieblas. Ser y seguir siendo a través de la pluma de alguien, porque mientras alguien recordara su nombre él seguiría en nuestra memoria y dejaría para siempre el olvido.

Cuando reflexionabas toda esta serie de circunstancias recordaste con claridad meridiana el día en que Malena, tu querida amiga, estando tú de visita en su casa de Cuernavaca, sacó de un precioso armario de cristal un portarretratos chico de marfil y te mostró el óleo del coronel Gómez donde luce su hermosa condecoración; cómo se te quedó grabada esa imagen, tanto, que una noche hasta soñaste que se dirigía a ti de manera sonriente y te decía: "Búscame, encuéntrame, necesito que desempolves mis memorias, mis recuerdos, mi vida entera", y a continuación desaparecía; luego, cuando menos te lo imaginabas, te volvías a acordar de su imagen, de su óleo. Tiempo después Malena te obsequió una fotografía de ese óleo que un fotógrafo japonés amigo de ella le había hecho. —Ten, la mandé sacar especialmente para ti—. Y cuando platicaban te contaba todo lo que su madre, doña María Guzmán, le platicaba de su padre, el médico Daniel Guzmán Gómez, de la madre de éste, doña Manuela Gómez de la Torre, y del padre de ésta, el presbítero y militar Francisco Javier Gómez Bello. Con razón, pensabas, la búsqueda de todo lo que estaba relacionado con el general Gómez te perseguía a cada instante, hasta que un buen día decidiste ponerte a investigar y comenzaste a escribir un libro sobre él.

Y aquel olvido en que estaba este ilustre personaje por fin llegó a su fin cuando, al tener en tus manos aquella preciada carpeta con forros de cuero, comenzaste a indagar sobre el año de su nacimiento, pues jamás encontraste indicio alguno sobre el paradero de su Fe de Bautizo ni en Altotonga, ni en Atzalan, ni en Jalacingo, y mucho menos en las ciudades de Xalapa o Puebla. Tú sabías, tenías ciertos indicios de que él había nacido a fines del siglo XVIII, sobre todo en la década que iba de 1790 a 1800, y estabas seguro de ello porque Malena, te había comentado que en la tradición oral de su familia, y te hizo mucho hincapié en ello, se sabía y

trasmitía de padres a hijos la historia de que la madre de Francisco Javier le había impuesto, cuando apenas era un niño de escasos uno o dos años, una medalla de plata de la virgen de Guadalupe acuñada a principios de 1795, como desagravio al discurso pronunciado por el fraile dominico fray Servando Teresa de Mier el 12 de diciembre de 1794, al celebrarse la conmemoración número 263 de las apariciones del Tepeyac; a la fecha, esta medalla obra en poder de uno de los descendientes de Francisco Javier Gómez Bello, para quien él es su chozno, según te dijó, y por eso en un principio tú creías que el año del nacimiento oscilaba entre 1794 y 1795.

Al revisar ahí, en ese cómodo salón del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, la “hoja de servicios” del año 1825 del entonces **coronel de infantería Permanente** Francisco Javier Gómez Bello, te percataste de que a la sazón tenía 32 años de edad, dato que manifestó tener en ese preciso momento, pues parece ser que en ese año el recién creado Ministerio de Guerra comenzó a generar los archivos de sus oficiales y personajes que habían sobresalido, como era su caso en particular, como próceres **en la consumación de la Independencia y destacado defensor de la villa de Córdoba en el mes de mayo de 1821**; ahí se dice que nació en la ciudad de Altotonga, Ver., únicamente; tú dedujiste, al manifestar él su edad en ese momento que se iniciaba su expediente, que había nacido en **1793. Te dijiste, "si en 1825 tenía o iba a cumplir los 32 años, a ese 1825 le restas treinta y dos y te da 1793. ¡Qué cosas!**, pensaste en ese momento; mas no se menciona en todo el expediente ni el día ni el mes porque no presentó su **Fe de Bautizo**. Se cree, y así lo encontraste asentado en una carta de su nieta Luisa Guzmán Gómez de Ríos, que su madre, Manuela Gómez de la Torre, les platicaba que su abuelita, doña Francisca Bello viuda de Gómez, quien la había criado al fallecer su madre, le decía que su papá había nacido el mero día de su santo a las siete de la mañana: “Fue el regalo que me hicieron san Francisco y la Divina Providencia, que mi querido segundo hijo varón naciera ese día, el día de mi santo”; seguido, recordaba Luisa, su madre se los platicaba a ella y a sus ocho hermanos. De esta manera dedujiste, por lógica, que había nacido el viernes 4 de octubre de 1793, en la esquina que hoy en día conforman las calles de Miguel Hidalgo e Ignacio López Rayón, en la casa ahora propiedad de la familia Amorós Herrera, donde hay una placa que consigna el hecho sin mencionar año, día o mes. ¡Qué cosas!, pensaste, de no ser por esas anécdotas familiares tan precisas y significativas, además de ese importante archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional, ante la falta de datos y documentos como la Fe de

Bautizo, que debería constar en la parroquia de Atzalan, nunca hubieras encontrado el dato preciso de la fecha: día de la semana, mes y año.

Al seguir hurgando en esa “hoja de servicios” también te diste cuenta de que definitivamente el general Francisco Javier Gómez Bello nunca fue, de inicio, “insurgente original” o “nacional” –como realmente se les conocía en su época a quienes se levantaron en armas en pro de la independencia– como suele afirmarse, y tuviste la certeza de que él nunca se había enrolado en las fuerzas de los “nacionales”; no es sino a partir del mes de marzo de 1821 que Gómez y las gentes de su compañía de Altotonga se adhieren a la causa de la independencia, uniéndose al naciente Ejército Trigarante, que había surgido después de la promulgación del famoso Plan de Iguala, suscrito entre Agustín de Iturbide y Vicente Guerrero.

Hijo del rico comerciante español don **Pedro Gómez** y de la señora doña **Francisca Bello**, criolla oriunda de Altotonga, te contaban, te habían dicho, se decía por ahí, según la tradición oral familiar con la que interactuaste de manera frecuente tanto en Puebla como en la ciudad de México, que Francisco Javier era un joven culto, instruido y educado acorde a las costumbres de la época e inquieto sobremanera; desde muy jovencito hizo estudios en el seminario de la ciudad de Puebla y de regreso a Altotonga, el 12 de abril de 1816, a la edad de 23 años, ingresó al cuerpo de Milicias Nacionales, también conocido, concretamente en Nueva España, como milicias urbanas virreinales, con el grado de **Teniente Urbano por Mitad**. Estas milicias, te enteraste al consultar un libro acerca del tema ahí mismo también, en el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, habían sido instituidas por la Constitución Política de la Monarquía Española de 1812, mejor conocida como la Constitución de Cádiz, que establece en su Título VIII: **De la Fuerza Militar Nacional**, en su Capítulo II, *De las Milicias Nacionales*, en su artículo 362: *Habrá en cada provincia cuerpos de milicias nacionales, compuestos de habitantes de cada una de ellas, con proporción a su población y circunstancias*. En el artículo 364 se agrega: *El servicio de estas milicias no será continuo, y sólo tendrá lugar cuando las circunstancias lo requieran*. Y se cree que con motivo de los movimientos independentistas que comenzaron a darse en Hispanoamérica, éstas se establecieron con cierta regularidad en todos los pueblos de Nueva España. A esos cuerpos bélicos, constituidos por personas de las poblaciones (comerciantes, agricultores, artesanos, hombres de los pueblos en general), se les conocía también como “los libres”, por adherirse en forma voluntaria a la milicia; tenían como objetivo principal proteger a la población y, cuando así se autorizara, apoyar al ejército regular oficialmente constituido; incluso se sabe que llegaron a combatir a las huestes de “nacionales veracruzanos”, a quienes

posteriormente se conoció como insurgentes en la costa de Barlovento, precisamente donde se inicia “El Barlovento”, que significa lugar por donde entra el viento, en el pequeño puerto conocido como Boquilla de Piedras, en el hoy municipio de Alto Lucero.

Te llamó mucho la atención el hecho de que primero haya estudiado en Puebla en el seminario y que en 1816, cuando cumpliría los 23 años de edad en el mes de octubre, se haya enrolado en las milicias nacionales, porque arroja luz en el sentido de que nunca conoció ni tuvo trato alguno con próceres como don José María Morelos y Pavón, Mariano Matamoros, Hermenegildo Galeana y otros, como te habían comentado algunas personas en Altotonga, que además de afirmar que había sido insurgente, obviamente también desconocían las fechas sobre él. Su relación con próceres insurgentes como Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, Nicolás Bravo, Juan Nepomuceno Rosains, entre otros, fue a partir del año de 1821 y se da en la última etapa de la lucha de independencia, cercana a la consumación. El 16 de junio de 1820, según consta en su hoja de servicios, fue ascendido a **Capitán de Milicia sobre las Armas** y el 11 de marzo de 1821 se le nombró **Capitán de Ejército**, situación en la que se encontraba cuando se da en el sur del país la promulgación del Plan de Iguala por Agustín de Iturbide, el 24 de febrero de 1821. Al saberse la noticia en Altotonga, ya en el mes de marzo, probablemente el día 24, Francisco Javier Gómez Bello congrega a la población y a los sesenta y cinco hombres que integraban su compañía y, en un acto cívico, proclamó su adhesión al Plan de Iguala y anunció su decisión personal de sumarse a la lucha por la independencia de México, integrándose con su gente a la **Onceava División del Ejército Trigarante**. Desde ese momento se integró a las huestes del teniente coronel José Joaquín Herrera y luchó al lado de éste, oriundo de Xalapa y vecino de Perote.

Es importante mencionar aquí, en relación con estos acontecimientos acerca de la consumación de la independencia, que en aquellos tiempos la información y las noticias se diseminaban con cierta lentitud y llegaban, por ejemplo en el caso de Altotonga, meses después; sin embargo, debemos recordar que Francisco Javier Gómez Bello era poseedor, o como diríamos hoy en día, concesionario de la Estafeta de Atzalan desde 1819 (servicio regular de correo a caballo entre Atzalan, la ciudad de Puebla y la ciudad de México). Esto te dio claridad en el sentido de que Francisco Javier Gómez tenía la facilidad de estar recibiendo información constante de primera mano: libros, periódicos de circulación, noticias en general, y es de suponerse que así recibió, pudiste percibir, por esa vía del correo de a caballo, toda la información en torno al Plan de Iguala y a todo lo que estaba sucediendo en ese momento, pues aun

encontrándose el país en guerra civil la información fluía a través del servicio de correos, además de que a través de ese mismo medio, siendo él una persona culta y leída, recibía libros y periódicos de la época, no en balde era el concesionario de esa importante Estafeta, que vigilaba personalmente.

Se asienta también en esa hoja de servicios que en mayo de 1821, teniendo ya el grado de mayor, combatió a los realistas en la defensa de la villa de Córdoba y venció a las fuerzas del general Hevia, como lo acota por otro lado la doctora Adriana Naveda Chávez-Hita en su libro *La Guerra de Independencia en Córdoba, Veracruz, Narración de un Testigo*. Ahí, en ese excelente trabajo de recopilación y edición que hizo la doctora Naveda, publicado en la Colección “Biblioteca Veracruzana” de la editorial de la Universidad Veracruzana, se lee, en las páginas 87 y 88, correspondientes al **Capítulo Cuarto de los Comentarios de la Revolución**: “... a pesar de los contrarios y de los irresolutos entró en Orizaba el Teniente Coronel D. Joaquín Herrera acompañado del que lo animó, Francisco Javier Gómez, que traía la compañía de Altotonga: y uniéndose allí con las dos compañías de Félix Luna, cuyos dragones eran tan bizarros como su capitán; ... mientras, quedó la plaza de Córdoba con una corta guarnición a las órdenes de Gómez”. Más adelante dice: “Recibió también Gómez con el mayor regocijo y aplauso el gran refuerzo de cien soldados del regimiento fixo de Vera Cruz, con cuyo auxilio poco había que temer... Libre la tropa nacional de aquel engorro, y quedando con el mando Herrera, como convenía, el mayor de plaza D. Francisco Gómez en los puntos por donde se esperaban las primeras hostilidades”. Para finalizar, en el apartado denominado *Parten los victoriosos en pos de nuevas glorias*, dice: “Los Granaderos, los soldados del fixo de Vera Cruz, las compañías de Félix Luna, las de Miranda, la de Gómez, la tropa de Santa Anna, los patriotas de Xalapa, los dragones de los fones; impacientes todos por ver consumada la obra que con tanta gloria habían puesto en tan feliz estado, se repartieron por distintos puntos para esclarecerse con nuevos triunfos y merecer de la nación su eterna gratitud. Unos subieron con Herrera a ponerse sobre Puebla: otros con Santa Anna sobre Xalapa: otros con Gómez sobre Teutitlán del Camino...”.

Al releer lo anteriormente escrito, tú mismo te diste cuenta de lo importante que era reflexionar y acotar, retomando el texto que cita la historiadora Adriana Naveda Chávez-Hita, del original escrito en 1821, cuando alude y dice: “Acompañado del que lo

animó, Francisco Javier Gómez”, en especial “... que lo animó”, porque en la tradición escrita y oral que todavía se puede rastrear en Altotonga y en los textos denominados *Apuntes para la Historia de mi Pueblo*, del señor Ignacio Arroyo, se hace hincapié en que cuando los Libres de Altotonga al mando del capitán Francisco Javier Gómez decidieron sumarse al Plan de Iguala y se fueron hacia Perote, ellos tomaron la fortaleza por las armas y, claro está, de ello no queda más constancia que en esas memorias que cito; pues se dice, se cree, que en ese momento el coronel José Joaquín Herrera sí estaba en Perote, pero estaba de licencia atendiendo una farmacia propiedad de su familia, dado que se encontraba algo mal de salud, y hasta ahí llegó el capitán Gómez y lo convenció de que se uniera a la causa de la independencia; convencido aquél, lo secundó en su plan y juntos se fueron con sus gentes hacia la villa de Córdoba. De ahí la importancia del texto del señor Arroyo, que más adelante volveré a citar porque coincide con el autor original de ese famoso texto conocido por todos como *La Guerra de Independencia en Córdoba, Veracruz. Narración de un Testigo*, del que supuestamente su autor anónimo fue el cura de Amatlán de Cañas, población cercana a Córdoba, quien dejó testimonio de todo lo que vio y escuchó de labios de los propios autores de esa gesta libertaria, entre los que estaba sin lugar a dudas el entonces mayor Francisco Javier Gómez Bello.

En la batalla y el sitio de Córdoba fue él quien construyó los parapetos para combatir a las fuerzas de Hevia y fue él también quien le indicó a uno de sus subalternos, de nombre **Miguel Francisco**, cazador profesional amateco, que le apuntara a la cabeza al general Hevia, quien cayó sin vida de inmediato ante la puntería y precisión del tirador; por ese motivo, el 21 de junio de 1821 se le concede el grado de teniente coronel y se le hace comandante de batallón. Por sus méritos en la batalla de Córdoba se le concede la **Cruz al Mérito en Batalla**.

Octavio Guzmán –hijo del Dr. Daniel Guzmán Gómez y bisnieto en línea directa de Francisco Javier Gómez Bello–, coronel de carrera y periodista por muchos años, editorialista del periódico “*La Prensa*”, donde escribía con el seudónimo de *Mateo Podán*, entre otros, afirmaba que después de la batalla de Córdoba en mayo de 1821 y de la firma de los tratados de Córdoba en agosto de 1821, Gómez y sus hombres se unieron a las huestes de Victoria y José Joaquín Herrera y desfilaron de manera orgullosa por las calles de la ciudad de México el jueves 27 de septiembre de 1821, día de la consumación de la Independencia. El día anterior a la entrada triunfal del Ejército Trigarante a la ciudad de México, él y sus libres de Altotonga oraron de

manera piadosa ante la imagen de la virgen de Guadalupe, de la cual él era muy devoto y obviamente el general Guadalupe Victoria también, en la Villa de Guadalupe. Ese día, ante la euforia del hecho de la consumación, todos los ejércitos desfilaron aunque existieran serias diferencias entre sus comandantes. Guadalupe Victoria nunca estuvo de acuerdo con las pretensiones de Agustín de Iturbide, puesto que los insurgentes veracruzanos comandados por él siempre fueron proclives a las ideas republicanas, eminentemente liberales, heredadas del pensamiento de don José María Morelos y Pavón, que en ningún momento pensó que viniera a gobernar esta nación algún descendiente de la dinastía Borbón que reinaba en España, y por ende, Francisco Javier Gómez, siempre fiel a la causa de Victoria, comulgaba con sus ideas.

El 23 de enero de 1822 fue ascendido a **coronel** del ya ejército mexicano, bajo las órdenes del general Guadalupe Victoria. Solicitud una licencia del 27 de mayo al 11 de noviembre de 1822 para atender problemas personales en Altotonga. El 27 de mayo de 1823, según investigaste, es nombrado **gobernador interino del Castillo de San Carlos de Perote** y ya con ese nombramiento, el 3 de julio de ese mismo año firma varios documentos, entre ellos el que suscribió con todo el personal que laboraba en esa fortaleza: una proclama que desconoce el pronunciamiento que el general Antonio López de Santa Anna había hecho desde San Luis Potosí, y aparece ahí como gobernador Francisco Xavier Gómez.

Durante los días que estuviste consultando el archivo con toda la documentación y papeles pertenecientes a Francisco Javier Gómez, pudiste confirmar lo que muchos años atrás te había dicho el enigmático Julián Bello Gómez y el día que tuviste por fin en tus manos la tan anhelada carpeta , se hizo presente ahí que el general y presbítero Francisco Javier Gómez tenía como segundo apellido “Bello”; también pudiste confirmar en la obra titulada *Veracruz 1810-1825*, especialmente en el volumen 2: “Veracruz: La guerra por la Independencia de México 1821-1825”, que el 11 de abril de 1823 firma una felicitación al Supremo Poder Ejecutivo a nombre de los militares veracruzanos, él representando a las fuerzas al mando de Guadalupe Victoria y el coronel D. Mariano Barbosa, a las fuerzas del general Antonio López de Santa Anna. En esta felicitación, al firmar como coronel lo hace utilizando sus dos apellidos: Gómez por la línea paterna, y Bello por la materna. Es muy importante este documento porque, además de que disipó tus dudas, es de las pocas veces en que él firma con su segundo apellido, pues usualmente cuando alguien se refiere a su persona o a lo que se dice sobre él sólo se refiere al coronel o general o presbítero Francisco Javier Gómez; incluso la Congregación del municipio que lleva su nombre, antes de “Santa Cruz” sólo se llama “Francisco Javier Gómez”.

En el verano de 1824 el general Guadalupe Victoria le certificó un documento en que avalaba su lealtad y capacidad militar. Entre otras cosas, decía lo siguiente: “**En las distintas épocas que este general se ha hallado a mis órdenes he sido testigo ocular de su mucho valor, bastante capacidad, más que suficiente instrucción, principios de matemáticas y buena conducta militar y civil, siendo por lo tanto uno de los que en su idea prometen a la patria las más halagüeñas esperanzas**”. Lo dicho por el general Victoria en este documento avala la amistad y admiración que sentía por Francisco Javier Gómez, quien, entre otras cosas, lo había ocultado y protegido de la feroz persecución que había desatado en su contra Agustín de Iturbide. En una carta que le dirige el 5 de octubre de 1828 para saludarlo, el general Victoria, siendo ya presidente de la República, le vuelve a refrendar su indeclinable amistad y le recuerda los lazos fraternales que los unen; curiosamente en esa carta, aunque Francisco Javier Gómez ya era general brigadier, Victoria se refiere a él como coronel y escribe Gomes, como éste solía firmarse algunas veces, ya que de manera indistinta lo mismo firmaba Gómez que Gomes. El 13 de diciembre de 1825 se ve en la necesidad de solicitar otra licencia porque tiene que ir a Altotonga, según afirma el propio Gómez, a darle sepultura a su único hermano varón, Pedro Gómez, donde arroja luz sobre cuestiones de carácter familiar, como ésta en que menciona que sólo tenía un hermano varón.

Esta situación de pedir licencias con cierta frecuencia se debe, como él mismo lo asienta en sus escritos, a que tiene que atender sus pertenencias y velar por la seguridad de su madre y hermanas. Él dice que su familia es numerosa y todas son menores. Curiosamente, en Jalacingo hay un documento firmado de puño y letra por Gómez en el que un día después de la solicitud de esta licencia, el 14 de diciembre de ese mismo año de 1825, en que murió su hermano Pedro, él firma unos documentos en que hipoteca la hacienda o rancho de Santa Cruz y la hacienda de El Jobo, ubicada a las afueras de Tlapacoyan, la que posteriormente pasaría a pertenecer al general Guadalupe Victoria, donde Francisco Javier Gómez firma como representante del presidente Victoria. Aquí hay varias cosas que deducir: primero, que si en 1825 él como propietario hipoteca la Hacienda de Santa Cruz –no sólo su hermano había fallecido ese año, sino también su propio padre, Pedro Gómez–, no habría podido hipotecar la hacienda si no fuera de él y eso implicaba que era el heredero de esas propiedades. Todo esto complica un poco nuestra investigación y echa por tierra las anécdotas de familia y tradiciones orales que narran de otra manera el desenlace de los acontecimientos y fijan para el año de 1828 la muerte de Pedro

Gómez, además de otras interrogantes; pero hechas estas aclaraciones pertinentes que hablan por sí solas, veamos de todas maneras lo que apunta la tradición oral y familiar.

En 1826, precisamente el 16 de mayo, teniendo en ese entonces ya 32 años cumplidos y por cumplir los 33 el próximo 4 de octubre, solicitó de nueva cuenta una licencia en el ejército para contraer matrimonio con Manuela de la Torre García Nieto, originaria de Teziutlán e hija del fallecido Domingo Antonio de la Torre y de la señora doña Rita García Nieto. Era una realidad en esa época que en el ejército se le pidiera al militar que deseara contraer matrimonio los papeles y referencias de la novia y sus familiares, como en este caso, en que Gómez hubo de adjuntar a su solicitud un certificado de “conducta honorable” de la familia de su futura esposa. Generalmente, durante la colonia este tipo de prácticas quien la solicitaba era la iglesia católica, que lo hacía para evitar la profesión de alguna religión diferente o que algún ascendiente de quienes pretendían contraer matrimonio hubiese estado envuelto en juicios del Santo Oficio. Ahora bien, no hay que olvidar que en esa época la Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos de 1824 establecía, en su artículo 3: *La religión de la Nación mexicana es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana. La nación la protege por leyes sabias y justas, y prohíbe el ejercicio de cualquier otra.* Y congruente a este artículo, se les exigía a los militares, sobre todo a los de rango superior, acreditar la honorabilidad de la familia de la novia con quien pretendían contraer matrimonio; a estos certificados se les conocía comúnmente como de “limpieza de sangre”, sin que significara la acreditación de algún título nobiliario. En el mencionado certificado de conducta honorable se asienta: **“Que la familia de que depende es de lustre notorio y en ella, según está impuesto, jamás ha recaído descrédito, y ha sabido mantener el distintivo de su cuna; que es constante que el mencionado don Domingo de la Torre desempeñó los principales destinos de esta cabecera y la fama de su buen nombre y reputación se extendió a cuantos le conocieron, mantuvieron relaciones con él, etc...”**. Como dato curioso, el documento aludido lo firma el alcalde de Teziutlán, en ese momento don Manuel Toledano y Patiño, probablemente ascendiente del ilustre político, intelectual y fundador de la CTM en 1938, Vicente Lombardo Toledano, también fundador del Partido Popular Socialista, al que realmente se dedicó.

Al pedir Francisco Javier Gómez su retiro temporal del ejército, permiso que le fue concedido, se le otorgó como prestación la tercera parte de sus haberes, a lo que él renunció para que se reembolsara al erario su sueldo, hecho que habla muy bien de él, en especial de su honorabilidad y honradez. Se supone que Gómez, con motivo de su matrimonio, estuvo con

licencia desde mediados de 1826 hasta mediados de 1827, regresó a las armas, y tras una caída de caballo que lo imposibilitó para montar regresa a Altotonga. Posteriormente, durante la presidencia de Vicente Guerrero, ante la movilización de los ejércitos con motivo de la pretendida invasión de Barradas en julio de 1829, solicitó su reincorporación al ejército, la cual le fue aceptada, ordenándole que se presentara en la División de Reserva a las órdenes del general Bustamante, en la ciudad de Xalapa.

Durante su reincorporación al ejército y ausencia de Altotonga, probablemente debido a la fobia contra los peninsulares (españoles) a raíz del ambiente de linchamiento que existía en su contra, especialmente en el estado de Veracruz, y a la Ley de Expulsión de Españoles del 20 de diciembre de 1827, decretada por el Congreso, situación que en parte obligó a Victoria a nombrar Comandante Militar en el estado a Vicente Guerrero para frenar los intereses del Partido Escocés, que pretendía agitar en contra de los Yorkinos, se suscitó en todo el país una animadversión contra los españoles, a quienes se les dio de plazo seis meses para abandonar el país y no se respetaba el hecho de que estuvieran casados con mexicanas o mexicanos ni que tuvieran hijos nacidos aquí.

Un ejemplo de cuál era la situación que caldeaba en la sociedad en ese momento lo describe el ilustre liberal José María Luis Mora en su “Discurso sobre la expulsión de los naturales y ciudadanos de esta república nacidos en España”, publicado en el periódico *El Observador de la República Mexicana* el 12 de septiembre de 1827, ante las presiones para que se aprobara la mencionada ley de expulsión. *Ya es tiempo de salir a la defensa de tantas víctimas inocentes de la persecución más inicua; de tantas familias infelices de mexicanos a los que se separa con la mayor sangre fría, el desamparo, la orfandad y la miseria... sólo hombres sin previsión y que no extienden la vista más allá de los objetos que los rodean o del día en que viven, pueden desconocer los perniciosos resultados de esta falta de fe pública; y sólo un enemigo de la patria puede empeñarse en llevar a efecto medidas que conoce por desastrosas y contrarias a la felicidad nacional... cuando la República se halla dividida y subdividida en innumerables facciones y partidos, cuando se han desatado todos los vínculos sociales y perdido su fuerza todos los resortes del gobierno, vamos a suscitarle un número muy considerable de enemigos y desafectos... los enemigos verdaderos del sistema no son los españoles pacíficos que metidos en sus casas y ocupados en sus negocios a nadie ofenden ni perjudican... la riqueza pública va a disminuir considerablemente y tal vez arruinarse del todo con la medida proyectada...*

Altotonga en 1828 no era ajena a esta tragedia, y como lo narra en el año de 1924 la señora Luisa Guzmán Gómez, nieta de Francisco Javier Gómez Bello, al ilustre maestro originario de Atzalan, Herminio Cabañas, en la región, como en algunos otros lugares del país,

se desató una persecución contra los españoles, y siendo Pedro Gómez además de español un rico comerciante y agricultor muy conocido en la localidad, no creyó necesario expatriarse y permaneció en el lugar escondido en unas cuevas hasta que se calmaran los ánimos; sólo un peón de sus confianzas sabía dónde se escondía y le llevaba alimento. Descubierto su escondite, narra Luisa Guzmán Gómez, el pobre hombre fue llevado a Altotonga montado al revés en una mula, con la cara hacia las ancas y cola del animal, vendado de los ojos, y después de injuriarlo se le fusiló en el centro de la población. Este infortunio familiar, que siempre lo persiguió, pesó mucho en el ánimo de Francisco Javier Gómez Bello, quien además de haber perdido a su esposa al mes de haber dado a luz a su única hija, Manuela Gómez de la Torre, perdió de manera tan trágica a su padre supuestamente en ese mismo año, no obstante que ya acotamos en párrafos anteriores que hay documentos importantes que prueban o hacen suponer que Pedro Gómez falleciera en el otoño de 1825 y no en 1828 como lo afirman sus nietas, situación que echa por tierra la hipótesis de que participara en una supuesta conspiración por la recuperación, por parte de los españoles, de Nueva España.

Según testimonios escritos por la pluma de las nietas de Francisco Javier Gómez Bello, Pedro Gómez no era precisamente una persona amable, sencilla; más bien lo describen como altanero y soberbio, que veía con menosprecio, en especial, a la población indígena. Se cree que Pedro Gómez, por la forma infamante en que murió, estaba ligado a los círculos de españoles adinerados que aportaron recursos económicos para la pretendida invasión de Barradas y que, aunado a esto, el odio que le tenían los campesinos con quienes trataba propició que se le diera muerte de esa manera. Aunque definitivamente en los anales históricos de Altotonga no existe indicio alguno de un ajusticiamiento de esta naturaleza, mucho menos realizado a la usanza de la Inquisición; eso definitivamente no es cierto, es una simple crónica de familia que así lo apunta. Lo que sí es cierto es que los indígenas de la región lo detestaban y sí, sin lugar a dudas tuvo varios enfrentamientos con ellos, donde, se infiere, estuvo a punto de perder la vida, pero sobrevivió a tales ataques. A ciencia cierta no hay un dato y/o información fidedigna sobre el fallecimiento de Pedro Gómez, lo más probable es que haya fallecido en el otoño de 1825 como ya lo apuntamos, pero queda ahí el otro relato, que atiende más a tradición oral y a lo que de verdad les hubiera gustado a los indígenas del pueblo de indios de Altotonga, que como tal existía; no olvidemos que incluso tenían sus propias leyes y autoridades en paralelo.

Al seguir hurgando en las páginas de ese maravilloso expediente número 2640, que te abrió de par en par las puertas de Francisco Javier Gómez como militar, te enteraste también

que en esos aciagos años para la familia Gómez Bello, el entonces secretario de Guerra y Marina, general Manuel Gómez Pedraza, posteriormente candidato a la presidencia de la República, le solicita a Francisco Javier Gómez que se reincorpore a las armas, pues estaba de licencia, a lo que él contesta, en una carta fechada el 4 de enero de 1828, que le es imposible reincorporarse al ejército por estar muy enfermo, incluso no podía montar a caballo. Como consecuencia de su negativa a reincorporarse por estrictos motivos de salud, se le acusa injustamente de traidor y se le pide que se presente en la fortaleza de Perote; desde ahí él escribe una carta en su defensa el 22 de enero de 1829. Finalmente, por intermediación del presidente Guadalupe Victoria se le exonera de esa falsa acusación, en la que mucho tuvo que ver Santa Anna, y se le concede una licencia por tiempo indefinido el 14 de febrero de 1829, la que interrumpe para reincorporarse con motivo de la invasión de Barradas, como ya hemos visto.

Como ya lo habías investigado y señalado anteriormente, el año de 1828 fue funesto para la familia Gómez Bello, pues hay que recordar que en ese año nace su hija, Manuela Gómez de la Torre, y un mes después fallece de manera trágica su esposa, Manuela de la Torre García Nieto. Cuentan los descendientes de Soledad Guzmán Gómez, la segunda hija del matrimonio conformado por José Juan Guzmán Pazos y Manuela Gómez de la Torre, que a un mes de nacida la niña Manuela, su madre, aún delicada por el parto y en proceso de recuperación dentro de la cuarentena, desde su recámara se ponía a rezar el Santo Rosario y a instruir en los menesteres de la fe católica a toda la servidumbre de la hacienda, a quien reunía en un salón contiguo a sus aposentos; estando en esta encomienda, que generalmente llevaba a cabo dos o tres veces por semana, de pronto una de las grandes velas que alumbraban el atril donde se depositaban algunos libros de oraciones cayó al suelo y rápidamente se incendió toda la habitación, ante el espanto generalizado de los sirvientes, quienes de inmediato la auxiliaron y dieron aviso a su esposo, que se encontraba recluido en una de las piezas del segundo piso por haber sufrido la caída de un caballo, quien imposibilitado como estaba para moverse, sin poder hacer nada entró en pánico. Pronto, el fuego fue tal y más el humo denso que se extendió por la habitación, que le causó la muerte por asfixia; la niña se salvó al rodarse envuelta en un sarape y ser rescatada por su nana. Esa noche, Francisco Javier Gómez, reza la tradición familiar, ante la tragedia de haber perdido a su esposa y con su niña en brazos, prometió a Dios que una vez que creciera su pequeña él dedicaría su vida al sacerdocio; en varias ocasiones había manifestado que esa era su verdadera vocación desde niño y lo cumplió hasta el año de 1838.

En 1847, ya de 19 años, Manuela Gómez de la Torre acude a Teziutlán y en compañía de su abuela materna, María Rita García Nieto viuda de De la Torre, va la iglesia del lugar a copiar el acta de matrimonio de sus padres para que se la certificara el párroco de la localidad y poder contraer nupcias con el señor José Juan Guzmán Pazos. Es de suponer que en ese matrimonio, o por lo menos tú así lo crees, Francisco Javier Gómez participa ya en calidad de sacerdote, pero se desconoce si fue él en persona quien los casó. De esta unión, te informó tu amigo el Ing. Alejandro Guzmán, nacieron nueve hijos, siete varones y dos mujeres: Daniel, Roberto, Eduardo, Alberto, Ángel, Emilio, Francisco, Soledad y Luisa, todos Guzmán Gómez, nietos de Francisco Javier Gómez Bello; ese día, cuando Alejandro Guzmán te mencionó los nombres de los hermanos de su abuelo, el médico Daniel Guzmán Gómez, de inmediato te acordaste de la tarde aquella que, en compañía de Julián Bello Gómez, recorrían el camposanto y te enumeró a los nueve hijos del matrimonio Guzmán Gómez; hasta te especificó que Emilio, que había muerto jovencito, estaba ahí sepultado. La verdad, era admirable, pensaste en ese momento, cómo Julián sabía tanto. ¿Quién era en realidad Julián?

. Muchos años después, cincuenta para ser precisos, dado que el padre Gómez falleció a fines de 1854 o principios de 1855, a iniciativa de sus nietos, en especial del Dr. Daniel Guzmán Gómez, a la sazón senador de la República, sus restos fueron exhumados de Xalapa, trasladados a la parroquia de Santa María Magdalena y sepultados ahí el 21 de abril de 1904, donde permanecen hasta la fecha.

Con motivo de la serie de desgracias familiares que rodean la vida de Francisco Javier Gómez Bello, el general Guadalupe Victoria, en ese momento presidente de la República, le escribe una carta que fecha el 5 de octubre de 1828, a la cual ya me he referido, donde le expresa “**el gusto que le da tener noticias suyas y de que en especial esté bien y se haya librado de la férula de los revoltosos, porque aunque no podía dudar jamás de sus constantes sentimientos, temía que fueran a cometer un atentado en contra suya y gracias al cielo que lo ha librado de las garras de semejantes hombres**”; parece que se está refiriendo a quienes lo incriminaban por la participación de su padre en los grupos de españoles que nunca simpatizaron con la independencia y que, supuestamente, financiaban la reconquista del territorio, y a quienes lo tildaron de traidor.

En 1833 Francisco Javier Gómez se presenta en Oaxaca en campañas en las que le toca compartir responsabilidades con el general Guadalupe Victoria y después aparece nuevamente como jefe de la guarnición de Perote en la fortaleza de San Carlos, donde se le ubica en varias

épocas, desde 1823 hasta fines de 1836, cuando al comenzar la revolución de Olarte desaparece de la escena al acompañar a Victoria a la pacificación de Papantla; no se vuelve a saber nada de él hasta el 18 de abril de 1838, cuando desde la ciudad de Puebla, ya enclaustrado en el seminario, se decide a solicitar su amnistía y permiso para retirarse del ejército. En su escrito dirigido al gobierno dice, entre otras cosas: “**... a fin de quedar expedito para entrarme luego al Estado eclesiástico y confirmar las inclinaciones y retardados deseos que desde mi infancia me animaron. Así podré hacer a Dios y a la Patria mejores servicios en tan sublime estado. Y como quiera que el torrente de mis desgracias particulares y vicisitudes de la milicia han causado a mi pobre familia e intereses casi su total ruina...**”. Cuando afirma *que el torrente de mis desgracias particulares y vicisitudes de la milicia han causado a mi pobre familia e intereses casi su total ruina* se está refiriendo, sin lugar a dudas, tanto a la muerte de su esposa como a la de su único hermano, a la de su padre y probablemente a la de su madre, a la orfandad de su hija y a las acusaciones de traición que le fueron imputadas a raíz de la publicación de la ley de expulsión de los españoles y de la supuesta infamante muerte de su padre, situación que, vuelvo a aclarar, solo está sustentada en la carta de una de sus dos nietas: Luisa Guzmán Gómez.

Cuenta la tradición que precisamente a fines de 1837 y principios de 1838, habiendo sido perseguido don Francisco Javier Gómez hasta el mismo pueblo de Altotonga por elementos de las tropas del general Antonio López de Santa Anna, su acérrimo enemigo, al llegar a su casona en la Hacienda de Santa Cruz una de las sirvientas lo escondió debajo de unos catres donde depositaba la ropa que estaba planchando y la que estaba almidonando, y los soldados, aunque metieron sus bayonetas entre la ropa, no lo encontraron. En aquel trance, Gómez prometió a Dios que ahora sí cumpliría la promesa que había hecho con anterioridad la noche en que falleciera su esposa: que si se salvaba se consagraría a la carrera eclesiástica, promesa que cumplió una vez que llegó a la ciudad de Puebla, y se consagró como sacerdote con los monjes paulinos. Una vez ordenado, solicitó al obispado de Puebla, al cual pertenecía la parroquia de Atzalan, ser cura secular y que le concedieran la coadjutoría de la capilla o templo en Altotonga, su tierra natal, dejándole todos sus bienes materiales, incluyendo la Hacienda de Santa Cruz, a su única y adorada hija: Manuela Gómez de la Torre.

Todas estas investigaciones que llevaste a cabo te demostraron que Francisco Javier Gómez, al contrario de Hidalgo, Morelos y Matamoros, asumió la condición de clérigo al declinar la carrera de las armas, en 1838. Se supone que debido a su preparación previa, sus estudios en el seminario para recibir la ordenación no debieron de exceder de cuatro años, pues presentó los

estudios a título de suficiencia (situación que narra su nieta Luisa Guzmán Gómez, esposa del Lic. Benigno Ríos), ya que de joven, en la ciudad de Puebla, había acudido al Colegio Palafoxiano a estudiar y recibir en ese entonces las órdenes menores sacerdotales, para luego regresar a Altotonga a encargarse de asuntos familiares. Ya para 1842 había recibido la ordenación sacerdotal, por lo que sí es creíble el hecho de que para 1843, año en que falleció el general Guadalupe Victoria en Perote, él ya era sacerdote y cura coadjutor de Altotonga, situación por la que se presume que él fue quien acudió a darle los santos óleos a su antiguo jefe, al que siempre sirvió con lealtad y nunca abandonó, y quien fue su muy entrañable amigo.

En la monografía sobre la parroquia de Atzalan, escrita por el clérigo Francisco María Cortez Hernández, que abarca el periodo histórico que va de 1646 a 1946, trescientos años de la historia de esa parroquia, se menciona a Francisco Javier Gómez como párroco titular de Atzalan y se da una muy breve semblanza de éste, que a continuación transcribo, la cual te fue proporcionada por tu querido amigo Maximino Rodríguez Acosta, altotonguense interesado en la historia de su pueblo: “**1850.- Trigésimo segundo párroco.- Sr. Cura Propio D. Francisco Javier Gómez, oriundo de Altotonga, dueño de la vecina Hacienda de Santa Cruz antes de ser sacerdote, abrazó la carrera de las armas en la guerra de independencia y al consumarse ésta, ostentaba el grado de coronel. Pero harto de las vicisitudes de la carrera militar y lleno de las decepciones del mundo, optó por el sacerdocio, a cuyo fin se ocultó absolutamente en la misión clerical bajo la dirección del virtuoso sacerdote Sr. Pimeiro, sorprendiendo al cabo de algún tiempo a sus parientes, amigos y compañeros de armas, que ignoraban su paradero.--- Hombre probo, devotísimo del Santísimo Sacramento, por lo que siempre que se lo permitían sus atenciones ministeriales pasaba horas enteras arrodillado en un rincón de la capilla del Sagrario.--- Caritativo, patrocinó un asilo de indias huérfanas, administrando equitativamente un gran donativo pecuniario que, para la fundación y sostentimiento de dicho asilo, hizo a esta parroquia la caritativa señora doña Petra Álvarez de Carrión, dueña que fue de la hacienda San Diego Coyotepec, en la municipalidad de San Juan de Los Llanos, hoy Libres. Llevó una vida irreprochable, por más que la malignidad haya querido notar algunas faltas. Sus virtudes eran sólidas porque ellas eran fruto del convencimiento, Murió en Jalapa. Algunos años después fueron exhumados sus restos y trasladados a la parroquia de Altotonga, donde una lápida señalaba el lugar donde fueron reinternados; removida la lápida quedaron los restos al descubierto, después ignoramos dónde están”.**

En relación con el último párrafo de esta pequeña semblanza nos queda la interrogante que se plantea: ¿Están realmente los restos del padre Gómez en el templo de Santa María Magdalena? Se supone que sus restos llegaron a Altotonga provenientes de Xalapa en el año de 1904; en ese entonces la fisonomía del templo era otra, totalmente distinta a la actual, ya que el Lic. Miguel Baltazar Vázquez, en su libro *Altotonga: un pueblo con historia*, da fe de la fecha en que el templo, tal como lo conocemos hoy, fue inaugurado de manera solemne, el 22 de octubre de 1941, por monseñor Luis María Martínez, arzobispo de la ciudad de México; ahora bien, es de suponer que durante las obras de construcción los restos siguieron en ese lugar, aunque el padre Cortez expresa sus dudas.

Al indagar en el Diccionario de Insurgentes de José María Miguel i Vergés, publicado por Editorial Porrúa, en la página 232 aparece una ficha bibliográfica sobre Francisco Javier Gomes donde se dice *que era cura y general, ayudante que fue de Guadalupe Victoria* por mucho tiempo, y esa cita nos remite a un documento inédito publicado por primera vez el 20 de marzo de 1943 en el periódico “*Excélsior*” con motivo del centenario de la muerte del general Guadalupe Victoria, en un editorial denominado *En torno al centenario de Victoria*, y da cuenta ahí de cómo el padre Gomes resguardaba la espada del general Guadalupe Victoria y la entrega a su amigo el general don José María Jarero Ruiz a petición de éste, en el mes de septiembre de 1843.

El general don José María Jarero Ruiz, a quien se nombró gobernador del castillo de San Carlos de Perote a partir del mes de septiembre de 1843, narra que personalmente le solicitó a su amigo el general y cura de Atzala, Francisco Javier Gomes (nótese que aquí escriben Gomes sin acento en la “o” y sin “z” y escriben “Atzala”), insurgente y compañero de correrías del general Victoria, encargado además de las propiedades y bienes del general, le hiciera el favor de devolverle la espada de éste, que le fue obsequiada al general Victoria a nombre de su Majestad el rey Jorge IV (de la dinastía de Hanover) por Mr. Richard, primer representante inglés en México, quien la mandó forjar a Londres. Según narra el general Jarero la espada era una joya, pues tenía cincelados tanto en la empuñadura como en la vaina unos escudos con el águila y la serpiente. La mencionada espada le fue obsequiada al general Victoria en septiembre de 1824 y el 10 de octubre del mismo año, día en que tomó solemne posesión como el primer presidente de México, Victoria usó la espada y la trajo siempre con él durante los 4 años 6 meses en que fue presidente. Cuando tomó posesión, según cuenta el propio general Jarero Ruiz, fue él quien le ayudó a ceñírsela, dado que vivían juntos en una casa de las calles de Balvanera número tres, en

la ciudad de México. De aquí se deduce y es más que obvio que sí existieron verdaderos lazos de amistad entre Victoria y Gómez.

Al investigar de manera exhaustiva todo lo relacionado al lugar y fecha de la muerte de Francisco Javier Gómez, llegaste a la conclusión –y eso es lo más factible según información vaga que recuerdan sus descendientes– de que su fallecimiento se haya dado entre 1854 y 1855 en la ciudad de Xalapa. Lamentablemente, en los libros de defunciones que obran en poder del obispado de Xalapa no existen datos a partir de 1848 y vuelve a haber de 1859 en adelante. Lo que supone la placa que resguarda sus restos mortales en la parroquia de Santa María Magdalena, en Altotonga, que asienta como fecha de su fallecimiento el 11 de octubre de 1837, parece no ser verdad en lo absoluto, pues el ilustre militar y prelado ciertamente falleció al inicio de la segunda mitad del siglo XIX. Es más, en el libro de defunciones de 1837, que obra en poder de la mitra en Xalapa, concretamente el 11 de octubre no hay asentada ninguna defunción; del día 9 de octubre de 1837 se brinca al 13 del mismo mes y año. Curiosamente, se maneja 1837 como el año de su fallecimiento porque coincide en que su nombre como general, como militar destacado en la región, desaparece de la escena y nadie más vuelve a saber de él; cuando regresa, cuatro o cinco años después, es otro hombre, otro personaje: el padre Francisco Javier. Incluso tal vez tendría otro seudónimo, algo así como fray Francisco. Es muy probable, dada la enemistad y encono que existían entre él y Santa Anna, que haya sido el propio Gómez quien difundiera o alentara la idea de que él había fallecido el 11 de octubre de 1837, fecha en que se supone fue atacado en su hacienda por esbirros de Santa Anna.

Es de suma importancia también, en torno a las dudas de cuándo murió en realidad, destacar como lo hiciste la existencia del convenio piadoso fechado en agosto de 1839 en Puebla, donde aparece su firma autógrafa y del cual te hizo favor de obsequiar una copia la señora Magdalena Cortés Guzmán, tataranieta de Francisco Javier Gómez Bello, ya referida, donde descubriste que él se compromete a hacer oración por todas y cada una de las monjas (de clausura, por cierto) y ellas a elevar sus plegarias por su alma, lo que me hizo dudar, pues fue el primer indicio escrito de que la presunta fecha de su fallecimiento no era cierta. Se tiene noticia también de que Francisco Javier Gómez Bello fue cura coadjutor en Altotonga, dependiendo de la parroquia de Atzalan, entre 1842 y 1850, sin que ello limite el hecho de que también haya sido cura de Atzalan, como lo narra el general Jarero Ruiz, y que el padre Cortez especifique en su monografía que fue el trigésimo segundo párroco de Atzalan, pues Altotonga, población donde nació y en la que había servido tantos años como cura coadjutor, casi ocho, no fue erigida

parroquia sino hasta el 30 de agosto de 1872. Entonces, ¿cuándo murió?, ¿cómo vivió?, ¿era realmente el propietario de la Hacienda de Santa Cruz?, ¿murió su padre, Pedro Gómez, de la manera como se narra?, ¿era amigo de Guadalupe Victoria, de José Joaquín Herrera?, ¿era enemigo acérrimo de Santa Anna?, ¿cuánto tiempo fue cura coadjutor en Altotonga y cuánto párroco de Atzalan? Éstas y más incógnitas se antojan descifrables, narrables, como que la duda y la incertidumbre en los poquísimos datos que tenías acerca de él y lo que pudiste escudriñar en el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional te movieron a investigar más dentro de ese maravilloso mundo que fue la primera mitad del siglo XIX mexicano, porque como bien razonaste, dejar todo en manos de la rica aunque dudosa tradición oral no te hubiera llevado a ningún lado. Aun así es enriquecedor como lo has hecho: moverte entre los linderos de la historia y la ficción, aunque ¿hasta dónde llegas con la primera y hasta dónde te es lícito incursionar en la segunda?

Ahora bien, son muy importantes todas las pesquisas que llevaste a cabo al no omitir de ninguna manera los muy importantes y esclarecedores comentarios que en torno a Francisco Javier Gómez Bello hace en los *Apuntes para la historia de mi pueblo* el señor Ignacio Arroyo, arguyendo que él a su vez los escuchó de voz de un venerable anciano de noventa años oriundo de la congregación de Texacaxco –a quien da el papel de narrador en la primera parte de sus apuntes–, por la riqueza literaria del texto, porque recoge la más pura tradición oral y porque el documento mismo es historia inédita de Altotonga. Se cita el texto que dice lo siguiente: *Un sacerdote, hijo de esta población, empuñó las armas proclamando la nueva idea política y formando un pequeño ejército de insurgentes, marchó sobre la fortaleza de San Carlos o castillo de Perote, obteniendo su primer triunfo y haciéndose célebre por su valor por todas estas comarcas. La heroica ciudad de Córdoba lo honra como su denodado defensor y su retrato es conservado con respetuosa gratitud en el Salón de Actos de su Ayuntamiento. Este célebre Insurgente se hizo digno del título de general, y el primer Presidente de la República, como premio a los servicios prestados a la santa causa, le regaló una espada con empuñadura de oro y le visitó dos veces en su casa de campo, pues fue el dueño de la pequeña Hacienda de Santa Cruz. Siendo muy liberal con su nativo pueblo, regaló una campana de doce amoyas de muy buen metal a la capilla de Santa Cruz y a la iglesia de su pueblo Altotonga, una rica custodia que está valuada en \$14,000; este ilustre general se llamaba Francisco Javier Gómez, que acaba de morir en la ciudad de Jalapa y que tanto bien nos hizo, dijo el narrador enjugando una lágrima de*

*gratitud que surcara sus mejillas, testimonio sincero del cariño que profesara a su amado Jefe, pues había sido soldado del padre Gómez en la guerra de Independencia, como muchos de sus contemporáneos y paisanos.*

Indudablemente, estas narraciones son fascinantes y tienen su grácil encanto, además de ser una verdadera reliquia literaria de Altotonga; son la voz popular que recoge las hazañas del héroe, con mayor razón cuando el autor de los textos, como ya lo has dicho, es un anciano de más de noventa años originario de Texacaxco, que a fines del siglo XIX recuerda la gesta independentista de la consumación a más de ochenta años de distancia.; hay que destacar que ésta es una narración hecha a finales de 1854 o principios de 1855, sobre todo por la expresión: *ese ilustre general se llamaba Francisco Javier Gómez, que acaba de morir en la ciudad de Jalapa.* Quien narró o dictó estas memorias fue en su momento soldado de los Libres de Altotonga, al servicio del entonces capitán Gómez en el año de 1821; él fungía como “corneta” del destacamento, era el encargado de dar los toques de corneta para animar a sus compañeros a la hora de entrar en la batalla; tal vez en ese momento su edad no rebasaba de los quince años y ya anciano narra las cosas a su entender y como las vivió. Es común en este tipo de textos que se pierda la línea divisoria del tiempo y se confundan hechos y fechas, pero lo que sí es una realidad es que Francisco Javier Gómez, para la tradición oral, se convierte en un ícono sagrado con su inseparable dualidad de sacerdote-general o general-sacerdote, donde ahora sí el orden de los factores altera la historia, pero no deja de ser interesante abordar este tipo de textos que debemos conservar.

Al seguir con tu investigación encontraste que el **18 de abril de 1838**, después de que Francisco Javier Gómez aparentemente había desaparecido de la escena militar de la región desde fines de 1836, cuando supuestamente había acompañado a Victoria a la pacificación de Papantla, desde la ciudad de Puebla dirige al ministro de Guerra y Marina una carta solicitándole su amnistía y baja definitiva del ejército para irse a estudiar al seminario. El **7 de junio de 1838**, ya estando él en el seminario, se le concede su baja definitiva del ejército y se menciona que alcanzó el grado de general de brigada.

Otra de las incógnitas que mucha gente tiene y que tú descifraste con la ayuda del doctor Noel Merino Hernández, es la relativa a si la Hacienda de Santa Cruz perteneció a Francisco Javier Gómez Bello, la que por un lado quedó despejada con la hipoteca que éste hace en 1825 de sus tierras, y por otro, al encontrar en los anales del Registro Público de la Propiedad en Jalacingo, Ver., que el Lic. Benigno Ríos, esposo de la señora Luisa Guzmán Gómez, adquirió el

dominio y posesión de la misma el 30 de marzo de 1891, de la sucesión testamentaria de la señora Manuela Gómez de la Torre (madre de Luisa y suegra de Benigno Ríos), hija única de Francisco Javier Gómez Bello y Manuela de la Torre García Nieto. Posteriormente, ya a principios del siglo XX, los hermanos Ríos, principalmente Manuel y Carlos, hijos del matrimonio formado por Benigno Ríos y Luisa Guzmán Gómez, fueron quienes usufructuaron la hacienda y al final la vendieron; hoy quedan todavía vestigios de la gran casona, las caballerizas y el casco en general. Las tierras, con motivo de la aplicación de la Reforma Agraria en la década de los treinta y los cuarenta, se sujetaron a las cien hectáreas que marcaba la ley en ese momento, sobre todo siendo consideradas tierras de riego gracias a las aguas del río de Pancho Poza.

¡Cuánta información, por Dios! Y durante meses, como quien acomoda los naipes de una baraja, la estuviste leyendo, descifrando; te metiste muy adentro del personaje y entre la ficción y la historia comprendiste lo que el ilustre maestro Melgarejo Vivanco te decía: ... *ustedes en Altotonga tienen un gran prócer, un gran hombre olvidado, al que las paradojas del destino por suprimir un nombre religioso le dieron la oportunidad de perpetuarse, al menos, como nombre de una Congregación que en gran parte fue suya; usted no haga caso a los desatinos de esos jóvenes del canal “4+”, que con muy buena voluntad pero con nula información verosímil hicieron ese programa donde dijeron que la Hacienda de Santa Cruz era propiedad del presidente Guadalupe Victoria, cuando en realidad lo fue del general Francisco Javier Gómez, no lo olvide.*

Al hacer un recuento de los años idos, del tiempo transcurrido, de pronto reparaste en que en realidad eran muchos –treinta se dicen fácil pero no se recorren igual, meditaste– y de inmediato comenzaste a hacer un repaso de todo lo acontecido en ese lapso de tiempo, con tal rapidez que de pronto te viste inmerso en los años ochenta. Vislumbraste a muchas gentes: una a una las fuiste identificando; recorriste el paisaje, recreaste escenarios y recordaste conversaciones; todo como en un mágico reencuentro cobró vida y comenzaste a hilvanar hecho por hecho que, por inadvertidos que hayan pasado, tu memoria los había guardado como perlas preciosas listas para acariciarlas, disfrutarlas e irle dando sentido a toda aquella historia surgida un 4 de enero de 1980.

De los actores, en el camino habías perdido a muchos de ellos: al buen Leonardo Aburto, el fiel e inseparable comandante de policía, muerto en el desempeño de su deber; a doña Natalia, la legendaria encargada del registro civil; a Conchita Cabañas Herrera viuda de López, la dinámica y honesta tesorera; a Conrado, leal y joven amigo muerto en un trágico accidente carretero; a Élfego Juárez y a muchos otros, y de pronto vino a tu memoria la alegre y desenfadada imagen

de Rubén Fuentes, el gran reportero y camarógrafo del “4+”... ¡Rubén!, dijiste en voz alta, ¡Rubén! ¿Dónde estará? De menos tendría 55 años o tal vez más, pues en 1980, cuando lo conociste, tú ibas a cumplir 32 años y él por mucho tendría como 10 años menos. ¿Vivirá todavía en Xalapa?, ¿trabajaría todavía en los medios, en la televisión o la radio, o tal vez en algún periódico? De seguro que sí, murmuraste, ya no es un jovencito pero debe ser todo un comunicador experimentado, y de inmediato trazaste un plan: lo buscaré en Xalapa o donde se encuentre y lo invitaré a comer a Altotonga, a mi casa y tal vez lo invite a la presentación de mi libro –te dijiste para ti mismo pensando en éste *¡Quién vive!* que estabas por concluir–. ¿Y por qué no? –se te ocurrió en ese momento–, le voy a proponer que juntos, de nuevo, como aquel mediodía del mes de enero de 1980, acudamos al cementerio privado de la Hacienda de Santa Cruz. Sí, porque una visita a ese enigmático sitio era más que obligada, sobre todo con tanta información que constatar. ¿Y si aparece por ahí Julián? –pensaste–. Sería lo deseable y de seguro que aparecerá, pues tiene esa peculiaridad, lo mismo te sorprende apareciendo que desapareciendo y no tardando; en especial, tratándose del tema hará acto de presencia y sutilmente arribará, primero a tu memoria y después se comunicará contigo a su usanza. Rápidamente te remontaste treinta años atrás y cerrando los ojos recorriste, en instantes, pasajes inolvidables de tu vida que estaban ahí, frescos, como recién acontecidos. ¡Acontecidos!, qué palabras se te ocurren. Bueno, finalmente es el participio pasado del verbo acontecer y se vale que lo uses, pero lo mejor de todo es que en una de esas, con esos viajes al pasado cabía la posibilidad de que pronto, muy pronto, te podrías reencontrar con tus raíces, con tus ancestros, quienes a menudo deambulan en la casa de tus abuelos, a la que tú, atinadamente, bautizaste como “La Casa de las Golondrinas”, heredad que hoy pertenece a tus hermanas y en la que habitaste entre los años de 1978 a 1988. Hasta un cuento escribiste con ese hermoso nombre, el cual hace alusión a cómo, de fines de mayo a fines de octubre, año con año las golondrinas toman posesión de la casa, donde el gran claro de en medio de la construcción de cuatro aguas, de cara al cielo, les da entrada y cobijo, y entre aleros, marquesinas y pilares construyen a buen resguardo sus nidos. ¡Qué cosas! –exclamaste en ese momento, dejando escapar una leve sonrisa–. Y pensar que esta investigación te llevó a descubrir que don Rodrigo Bello Toscano, tu tatarabuelo, el constructor de esa hermosa casona, era primo hermano de Francisco Javier Gómez Bello. Bueno –reflexionaste–, la suerte estaba echada, los dados sobre la mesa y ese reencuentro que planeabas tendría que ser ahí. ¿Por qué no? Ahí había comenzado todo en enero de 1980, cuando en compañía de tu pequeña hija María Eugenia habías visto aquel programa de televisión que

trasmittió el canal “4+” que te movió a investigar todo acerca del personaje propietario de esa enigmática hacienda y desde ahí retomarías los escritos comenzados hacía diez años, sustentados en las pesquisas, sucesos y acontecimientos iniciados hacía ya treinta años.

Pero, volviendo a Rubén Fuentes, ¡qué cosas!, ¡qué memoria la tuya! –pensaste de inmediato–. ¡Claro, dónde va a estar si no es en Xalapa! Ya Nicolás Juárez Méndez, periodista, amigo personal y oriundo de Altotonga, te lo había dicho hasta la saciedad y es más, él te enviaba saludos cada vez que te encontrabas con Nicolás; entonces la estrategia sería pactar un desayuno en Xalapa donde se encontraran los tres y para ello qué mejor que pedírselo al gran Nicolás Juárez, siempre atento y amable. Entonces, ¿qué pasa conmigo o por qué invento cosas? – pensaste–. Creo que debo ejercitarse la memoria y para ello, qué mejor que leer, escribir, releer y seguir escribiendo.

## Doce

Martes 21 de marzo de 1843

El grito que pegó fue horrible y aquel ¡nooooo! retumbó por toda la habitación. Despertó empapado en sudor al contemplar la cabeza del coronel Hevia ensangrentada, con un tiro en medio de los ojos, que se le venía encima y el cuerpo inerte del capitán Pascual de los Santos Juárez, su subalterno, que por instrucciones precisas suyas se había subido al tejado de la casa del español Manuel Torre y cayó abatido por las balas. El llanto no se hizo esperar, aquella macabra visión que por más de 22 años lo perseguía volvió a hacer acto de presencia y lo dejó por varios minutos con la mente en blanco, pronunciando incoherencias, hasta que de nueva cuenta el sueño y el cansancio del día anterior lo vencieron y volvió a quedarse completamente dormido. Aquel lunes 20 de marzo en verdad había sido un día complicado, lleno de compromisos que atender; después de largas jornadas a caballo hasta las congregaciones de Chichicapa y Coahuixtepec, misas, junta con la cofradía de los leñadores, adoración con el Santísimo, Hora Santa y el rezo del Santo Rosario, había dado por terminadas las labores del día. Para haber sido lunes el ajetreo estuvo rudo, siendo la excepción a aquello de que “los lunes ni las gallinas ponen”. Esa noche, tan pronto como puso la cabeza en la almohada se quedó profundamente dormido, y salvo la pesadilla aquella que se le presentaba lo mismo al acabar de dormirse que al amanecer y en ocasiones de pleno no lo dejaba dormir, ya en el sopor del sueño otra vez, suspendido en el tiempo, las imágenes se le revelaron con una nitidez increíble; podía sentir el calor húmedo del mes de mayo en la villa de Córdoba y contemplarse a sí mismo en la calle dirigiendo la construcción de los parapetos y la apertura de zanjas lo bastante profundas y anchas para detener la intrépida caballería de los dragones de la reina que, a marchas forzadas, descendían ya por las cumbres de Maltrata rumbo a Orizaba y Córdoba, una vez que habían derrotado en las cercanías de Tepeaca a las fuerzas del coronel José Joaquín Herrera, quien ya también de nueva cuenta estaba en Córdoba.

—Mi mayor —le dijo el teniente de caballería Ramón Aparicio, jalándolo de la casaca para que le hiciera caso. Este hombre es el cazador del que le hablé, ¿se acuerda? Él desde niño cazaba animales en las faldas del volcán y tiene una puntería admirable, no falla un solo tiro.

—¿De verdad es así de preciso? —lo interrogó el mayor Francisco Javier Gómez.

—Nada más póngale una prueba a Miguel Francisco, mi mayor, y verá de lo que es capaz.

—No, hombre, no es para tanto, confío en tí; bueno, en los dos. Te llamas Miguel Francisco, ¿verdad?, casi somos tocayos, ¿o no?

—Algo hay de eso, mayor Gómez —le respondió Miguel Francisco—, y estoy para servirle a Dios y a usted; ah, y a la causa de la libertad también —agregó el joven cazador.

—¿Y qué cazas por estos lares?

—Pues yendo hacia las tierras bajas se encuentra el jabalí, el tepezcuintle, el armadillo, y en las partes altas de la montaña, en la sierra propiamente dicha, lo mejor son el venado y el guajolote silvestre, cuando los hay. Yo sólo cazo animales para comer, no vaya usted a creer que me paso los días en el monte disparando a todo lo que se mueve.

—En este caso, en que requerimos de tu puntería, no tendrás que salir a buscar la presa, aquí la cuestión es muy fácil, nada más apúntale muy bien a la cabeza y listo. Acuérdate de su casaca roja y sus brillantes galones de oro, además del quepí de coronel que ostenta. La figura de Hevia a caballo es inconfundible, nada más no falles, que muerto él cundirá la confusión entre la tropa y ése es un punto a nuestro favor.

—Como usted lo disponga, mi mayor, estaré atento a sus instrucciones y prometo no fallarle.

Esa noche el sueño lo metió de lleno al torbellino de la batalla y aquella pesadilla recurrente se le presentó otra vez. A la mera hora de la verdad, Miguel Francisco, de manera temeraria, se distinguió como buen tirador tanto por su puntería como por la rapidez en que alistaba un tiro tras otro, y como se lo había prometido al mayor Gómez, en cuanto avistó a Hevia en medio del fragor de la batalla lo blanqueó con precisión asombrosa; a partir de lo sucedido, la situación se tornó a favor de los trigarantes, los nacionales y de quienes valerosamente defendían la plaza.

Todavía inmerso en el sueño, en medio de la batalla, de pronto, a la mitad de la noche, tapado hasta la cara, tuvo escalofríos al sentir unas manos que apretaban con firmeza su brazo izquierdo, mientras una voz, ahogada en resuellos entrecortados, le erizó la piel e interrumpió su sueño de manera abrupta; su eco, atrapado en la oscuridad de la habitación, retumbaba en sus oídos: “Francisco, Francisco... no estoy lejos, unas cuantas leguas y me encontrarás, apúrate, el tiempo apremia, ¿no ves que esta maldita epilepsia no me deja respirar? Francisco, Francisco...”, y a aquella voz singular se sumaba la visión apacible de un paisaje lejano que a él le parecía conocido a fuerza de las muchas ocasiones en que se lo habían descrito con una emoción desbordada. Su pieza, de momento, de estar sumida en la más profunda oscuridad, se vio

inundada por una luminosidad intensa, pudiéndose distinguir en una esquina la silueta esbelta de un hombre a quien la claridad mostraba demacrado. Sobresaltado, Francisco Javier cerró los ojos por un instante y susurró una plegaria, aventó las cobijas a un lado y de un brinco salió de la cama y se dirigió al cuarto contiguo a la cocina, donde sobre su cama, envuelto en varios sarapes dormía el bueno de Juan Cástulo.

—Levántate —le dijo—, tenemos que cabalgar en este preciso instante y nadie debe saber nuestro destino. José Miguel me necesita.

De madrugada, una vez superados los incidentes de la pesadilla y la premonición aquella que lo apremiaba a ir al encuentro de su amigo, decidió encaminarse hasta el castillo de San Carlos de Perote, consciente de que entre pesadillas y apariciones no pudo conciliar el sueño. En el trayecto, mientras remontaron el bosque al trote, ascendieron sin problema los caballos por entre los pinos que, cerrados entre sí, escasamente dejaban espacio para el sendero; al entrar al valle, la niebla tendida sobre el suelo los obligó a ir despacio siguiendo las mojoneras de rigor para no extraviarse y equivocar el camino, una vereda equivocada y cabalgarián sin cesar por aquel “mal país” que se extendía lánguido y frío cientos de leguas a lontananza.

Su llegada no estaba prevista y para su fortuna no había ninguna asonada, rebelión o guerra alguna por esos días que infestara los caminos de exploradores o vigías que pudieran delatarlos antes de tiempo o confundirlos con otros, en realidad su arribo inesperado en la espesura de la niebla los favorecía a posicionarse justo enfrente de los muros del fuerte, que a esas horas guardaba la vigilia, al igual que sus ocupantes. De lo contrario, lo sabía, hubieran tenido que portar salvoconductos y

detenerse en dos o tres retenes antes de llegar retrasando su arribo, y aquí lo verdaderamente importante era llegar a tiempo y estar en el lugar preciso y con la persona indicada, según el llamado que lo despertó entre la zozobra de esa mañana que estaba resultando bastante larga. El frío arreció al acercarse la hora de la salida del sol, que ahí, por el momento, no se asomaría hasta bien entrado el mediodía, saldría hasta arriba e iluminaría con sus primeros rayos la roca maciza del cofre de Perote; abajo tendrían que conformarse con esa opacidad luminiscente que reflejaba la cerrada niebla y dejaba vislumbrar las siluetas cinco o seis metros adelante: las suyas, las de él y Juan Cástulo, debido a su proximidad al foso y al puente levadizo, eran diáfanas pero podían ser cualquier gente de los alrededores del fuerte o mensajeros llegados de quién sabe qué punto cardinal; ya estaban ahí y el viento helado del norte les entumecía la conciencia y les paralizaba el habla.

En la somnolencia de su desmañanada, Francisco Javier, tras haber escuchado el clásico “¿quién vive?” por dos ocasiones consecutivas y él haber contestado con voz sonora y firme, se maravilló de la rapidez vertiginosa con que su conciencia lo había remontado veintisiete años atrás y en un santiamén haber recorrido casi doce años de su vida que no muy a menudo solía recordar a voluntad. Ahí, suspendido en el tiempo, los segundos se volvieron años y en un torbellino de recuerdos vivió con intensidad lo que creyó haber olvidado.

—¿Coadjutor de qué? —repitió con voz ladina el celador.

—De Altotonga, sí, el sacerdote encargado de la capilla de ese lugar, ¿alguna objeción?

—¿Es usted el padre Gabriel Palacio?

—¡No, hombre de Dios! Ése es el párroco de Jalacingo —expresó en tono de enfado el jinete desde su corcel.

—¿Y se puede saber qué se le ofrece a su merced a estas horas de la madrugada?

—Alguien a quien yo conozco, admiro y quiero ha solicitado mi presencia y a un amigo entrañable no se le puede negar ningún favor; por eso estoy aquí, porque, conforme a sus deseos, he accedido a venir. ¿O acaso no es esa suficiente razón para que yo esté aquí? A cualquier cristiano que toque a las puertas de este recinto no se le puede negar posada o al menos un rato de solaz en el peregrinar hacia algún destino próximo o remoto —replicó aquel misterioso jinete que no dejaba ver nada de su fisonomía y parecía familiarizado con todo lo relacionado a la fortaleza—. En mis tiempos de gobernador de la guarnición no interrogábamos tanto a la gente —asentó al final, elevando el tono de voz.

—Sí, sí, buen hombre, quiénquiera que sea usted o por quien se haga pasar, yo sólo le hice las preguntas de rutina, no tome a enfadarse, que he de abrirlle. Y por cierto, su presencia sí viene al caso; aunque desconozco quién sea su amigo y el motivo de su visita, vaya que ahorita hacen falta los servicios de un sacerdote.

—La muerte no espera, trátese de quien se trate y sea quien sea el enfermo, mayor Ramón Aparicio. Cuando a alguien se le acaba el tiempo, allá arriba son inflexibles, si lo sabré yo —expresó con voz sonora el jinete que, impaciente, hacía cabestrear a su caballo.

—¿Me conoce acaso, su merced? Así como estoy todo entrapajado, a estas horas de la madrugada y en medio de la niebla, sabe quién soy, buen hombre, sabe quién soy.

—Tu voz es inconfundible, y quién más fiel a mi general que tú; sí, tú que has sido su ayudante y compañero de armas desde la toma de Oaxaca, cuando ambos estaban bajo las órdenes de Rosains, hasta acá, ¿quién más estaría al pendiente de su salud?

—¿Acaso es usted mi comandante Gómez Bello? —se atrevió a preguntar entederido de frío aquel hombre que frisaba los cincuenta y cinco años y dejaba asomar fuera del quepí el pelo completamente blanco.

—Ahora soy yo quien pregunta, ¿y cómo sabes quién soy? —exclamó el jinete vehemente, quitándose el sombrero para que a través de la tenue claridad de la luna filtrada por la niebla se adivinaran sus facciones.

—Pues... un poco por su voz, mi comandante, por su voz; tanto tiempo juntos, ¿cómo cree que se me iba a olvidar? Además del tintineo de sus espuelas de Amozoc —contestó titubeando Ramón—, no en balde recorrimos todas las sierras, bosques y selvas de estos lares, desde el malpaís de aquí de Perote hasta los manglares de Nautla, pero no acabo de entender cómo es posible que todavía monte el mismo caballo después de tantos años.

—Veo que tienes buena memoria. Pero no es el mismo, éste es hijo de aquel caballo que conociste, son casi idénticos, hasta de alzada y color, y curiosamente se llama igual.

—*Tecopagnas*, por cierto, era el nombre, ¿verdad?, todavía me acuerdo. ¿Y qué hace aquí, cómo llegó, de dónde, a estas horas y sin que a nadie le avisara? No puede ser, es inaudito. Nadie sabe que mi general está aquí y que apenas hace unos días llegó procedente de Teziutlán en busca de un médico que le alivie esa maldita epilepsia que le aqueja, gracias a los buenos oficios del general Santa Anna.

—¿Y qué tiene que ver en esto ese desgraciado mal nacido de Santa Anna, que siempre se colgó de las iniciativas de mi general?

—Nada, mi comandante, pero como presidente de la República y ex compañero de correrías, tuvo siquiera la delicadeza de mandar a un enviado hasta El Jobo, en Santa María de Tlapacoyan, para enterarse de su estado de salud y eso, en las deplorables condiciones en que se encuentra mi general, se agradece, aunque venga de un advenedizo y oportunista como ése.

—Tú sabes bien lo que yo aborrezco a ese individuo fatuo, perverso, ególatra, pervertido, corrupto, ladino y no sigo porque puedo explotar aún más; si alguien le hace daño a este país que no acaba de despegar todavía es él.

—Pero, ¿será posible que sea usted?

—¿Qué es lo posible y qué lo imposible, Ramón Aparicio? Para Dios no hay imposibles y yo soy su ministro, y como tal vengo a realizar mi misión y a cumplir la promesa hecha al amigo. Sí, soy yo y tú, Ramón Aparicio, teniente de caballería entonces, ahora mayor, que cabalgó a mi lado en la batalla de Córdoba en mayo de 1821, según recuerdo, hace ya casi 22 años. Y en caridad

de Dios, deja ya de hacerme preguntas ociosas a estas horas de la madrugada, ¿o pretedes que vuela sobre el foso y la muralla?

—¡Santo cielo!, ¿será posible? Es que no acabo de entenderlo.

—¿Qué no acabas de entender?, dime. Lo que yo no acabo de entender es cómo piensan mandar un mensajero hasta Jalacingo estando aquí, a vuelo de pájaro, la parroquia de San Miguel, con todo y su párroco; además creo que aquí también hay un cura coadjutor.

—Lo que pasa es que el párroco de aquí es español y mi general, como se imaginará, no quiere confesarse con un peninsular; él sabrá por qué, pues además de haber estado en el seminario en Durango, ya ve que su tío Agustín era el párroco allá en Tamazula, así que tratándose de curas él debe tener mucha experiencia, ¿no cree? Por eso la intención de ir hasta Jalacingo en busca del padre Palacio; de haber sabido que usted vive en Altotonga y que ahora es cura, yo personalmente hubiera ido a traerlo. Oiga, cuando desapareció de aquí del castillo, a fines de 1836, en que era usted el jefe de la guarnición y se fue con mi general Victoria rumbo a Papantla, nunca más volvimos a tener noticias suyas y ahora, después de siete años, aparece usted como sacerdote, vaya vuelcos que da la vida, ¿no cree?

—¿Nunca volviste a tener noticias mías?, ¿no ibas tú con el destacamento que acompañó al general Victoria cuando me pasó a visitar a Jalacingo en pleno invierno, en el mes de enero del 38? Yo creo que sí, me parece recordar tu presencia en la cocina de las monjitas hartándote de buñuelos. ¿Cómo que no habías vuelto a saber de mí? ¿Y los días que pasé en El Jobo, a fines de septiembre del 37? Tienes mala memoria, Ramón.

—¡Qué barbaridad! Ahora que lo dice lo recuerdo, no sé cómo había podido olvidarlo, pero entonces, ¿desde cuándo regresó a Altotonga? ¿O no vive usted ahí?

—Bueno, sí, yo vivo ahí y las gentes me conocen como el padre Paco, que no es lo mismo que el general Gómez Bello, aunque seamos la misma persona, y me la paso entre Altotonga y Santa Cruz, mi hacienda; a Xalapa voy muy de vez en cuando, toda vez que la parroquia de Atzalan, a la que pertenece la vicaría de Altotonga, es de la jurisdicción de la Diócesis de Puebla. Poco, muy poco es lo que me dejo ver fuera de mi feligresía.

—Pensándolo bien, aunque me da gusto que esté aquí, de todos modos tendrá que enviar por el padre Palacio, no vaya a ser que mi general se moleste y una contrariedad acelere su estado, ya de por sí grave, y no sé si decirle que está usted aquí, mi comandante.

—Claro que sí, ¿o yo nouento? Soy sacerdote, no soy español, soy nacido aquí en la villa de Altotonga, he sido su amigo por más de veinte años, su subalterno, su confidente, tanto

que hasta 1837 todavía nos carteábamos y estoy aquí; él me trajo, me pidió que viniera y, como ya te dije, cumpliendo la promesa que nos hicimos hace algún tiempo, llegué lo más pronto que pude y deja ya de llamarme comandante, hace tiempo dejé de serlo y no quiero que nadie se entere de que el general Gómez Bello vive. ¿Te decidirás en algún momento a abrirnos?, ¿bajarás el puente para que mi compañero y yo podamos sortear el foso y entrar?, ¿o piensas dejarnos aquí hasta que amanezca o de plano nos entumamos de frío?

Ramón, indeciso, nervioso, bajó el puente levadizo con cierta premura tras avisar que el cura había llegado; al descender el mecanismo gimieron los goznes y el rechinido de las cadenas se escurrió por el valle anunciando que el puente estaba abajo. Los cascos de los caballos marcaron el ritmo del trote y Francisco Javier Gómez Bello, cura coadjutor ahora y ex comandante de los Libres de Altotonga, ex combatiente de las milicias urbanas virreinales, entonces amigo del coronel José Joaquín Herrera, enemigo irreconciliable de Antonio López de Santa Anna y triunfador de la batalla de Córdoba, después de más de siete años de ausencia entró en el castillo de San Carlos de Perote, que allá por 1823 había estado a su cargo por primera vez cuando fungía como gobernador y desde el cual lanzaba proclamas desconociendo los pronunciamientos de Santa Anna donde buscaba sobresalir como el creador de la República a la dimisión de Iturbide.

—Ramón, amigo —dijo el jinete dirigiéndose al mayor Aparicio, quien de manera efusiva lo saludó antes de bajarse del caballo—, yo soy el padre Paco nada más, recuérдалo y no hagas más comentarios ni aspavientos, que mis ropas, mis barbas y siete años de ausencia bastarán para que pase inadvertido y quienes siempre me han odiado no me reconozcan. El comandante Gómez Bello nunca volvió de Papantla, ¿entendido?

Ya para bajarse del caballo le asaltó otra duda y era mejor que lo supiera de una buena vez, no se fuera a llevar una sorpresa desagradable.

—Oye, mi mayor —agregó, dirigiéndose a Ramón Aparicio—, ¿sigue al frente del castillo el general José Durán? Porque él es el gobernador, ¿o no?

—Sí, claro, el general Durán es el actual gobernador, nada más que está por llegar, unos asuntos de carácter familiar lo llevaron a Xalapa; lo esperamos hoy por la tarde. ¿Le preocupa algo, mi comandante?

—No, hombre, nada, José Durán y yo somos buenos amigos desde que formábamos parte de las milicias urbanas virreinales y combatimos lo mismo en la región de Barlovento que

en Puente Nacional; eran otros tiempos y entonces peleábamos en contra de los mismos nacionales.

De inmediato se le reveló aquel 12 de marzo de 1816, en que en medio del frío y el chipi chipi constante se reunieron en la zona aledaña a la capilla de la Asunción él y los sesenta y cinco compañeros que integraban la flamante milicia de Altotonga, dispuestos a defender el pueblo ante algún eventual ataque de gavillas o gente alzada con el pretexto de la insurrección, aunque hasta ahí no solían llegar las huestes de Victoria dada la cercanía del castillo de San Carlos de Perote. Qué vueltas da la vida, 27 años lo separaban de aquella escena y ahora, en ese momento, ante la proximidad de la partida del amigo, la historia era otra.

—Además —agregó—, ¿que no te acuerdas que José Durán y yo éramos los encargados de construir los parapetos con la ayuda de los amatecos y el destacamento aquel de negros en Córdoba? Tú estabas ahí, no deberías de haberlo olvidado.

Ya adentro, al calor de los leños que la soldadesca había encendido en uno de los patios, con toda la parsimonia del mundo el padre Francisco bajó de su cabalgadura, se quitó el capisayo y lo puso a secar colgado de una alcayata cuidando que el fuego no alcanzara la palma, dejando al descubierto la sotana, un poco arrugada de tanto traerla enrollada. De reojo miraba a los soldados, que trajinaban sin cesar ensimismados en sus pensamientos alrededor del fogón, donde el café despedía un aroma que marcaba el despuntar del día. Después de siete años, meditaba, por lo menos alguno de los de intendencia o el hospital, los caballerangos o uno que otro sargento representante de un arma con quienes había firmado la proclama en contra de Santa Anna aquel 3 de julio de 1823, cuando a la sazón, como coronel y gobernador en turno, había decidido poner en entredicho las buenas intenciones del ahora presidente espurio, podrían reconocerlo. Él, dentro del batallón de “Tres Villas”, del que fuera comandante, o como gobernador del castillo de San Carlos de Perote, donde ahora se encontraba, había sido una persona muy conocida y, lo sabía bien, la gente lo quería; sin embargo, confiaba en su nueva fisonomía. Lo que no le gustaba para nada era la presencia de algunos oficiales cercanos a Santa Anna, precisamente del destacamento de lanceros que años atrás lo había perseguido hasta las goteras mismas de la Hacienda de Santa Cruz.

Cómo pasa el tiempo, pensó, y más que eso lo musitó en voz baja, casi imperceptible, mientras la niebla invadía los patios del castillo y los grupos de soldados se arremolinaban frente a las fogatas crepitantes donde, en tripiés improvisados, colgaban unas viejas ollas de fierro, llenas unas de café y otras de atole humeante. Enfundado en su grueso cotón de lana, que a su vez

cubría el largo capisayo de palma, ya oreado de la llovizna, ante tanta indumentaria y la premura del trote que mantuvo durante todo el trayecto de Altotonga al fuerte, recargado sobre una vieja columna de cantera se empezó a quedar dormido bajo la mirada vigilante de Juan Cástulo; poco a poco las risas y chascarrillos de los soldados lo arrullaron y lo sumieron en profundos y vertiginosos sueños veintidós años atrás, el sábado 17 de marzo de 1821, día en que se conoció en los pueblos de Altotonga, Atzalan y Jalacingo la proclama de Agustín de Iturbide conocida como el Plan de Iguala; curiosamente, quién le iba a decir, ésta llegaría a sus manos procedente de Puebla dentro del embalaje de la Estafeta de Atzalan, de la cual él era el concesionario desde 1819 y ostentaba su certificado firmado por el Director General de Correos del virreinato.

Al abrir una de las valijas de cuero, curiosamente en la misma que venía la correspondencia procedente de la diócesis poblana para las parroquias de Atzalan y Jalacingo, se encontró con que Juan Carlos Suárez, cura recién ordenado y coadjutor en la catedral de Puebla de los Ángeles, antiguo condiscípulo suyo en el seminario y con quien mantenía una amistosa relación epistolar, puesto que se escribían desde finales de 1815, en un envoltorio de lienzos de algodón cuidadosamente enrollados había enviado un pergamino y una pequeña carta, que más que eso parecían unas simples notas escritas con desgaire y prisa por la caligrafía apenas entendible: *Mi querido y siempre recordado Paco, ahora mi capitán Gómez Bello, te saludo con afecto como siempre y me permite hacerte llegar un ejemplar de los cientos que en Teloloapan mandó hacer a un equipo de escribientes a su servicio el coronel Agustín de Iturbide sobre el Plan de Iguala, donde arenga a todos los novohispanos, criollos y mestizos, a los peninsulares, a los integrantes de los ejércitos virreinales, a los insurgentes, a todos los notables como comerciantes, hacendados, mineros prominentes, clérigos de todos los niveles, artesanos y dueños de factorías, pueblo en general a luchar por conseguir la libertad de Nueva España, a no depender ya jamás de España y a unirnos en este Plan de Iguala al que sustentan tres garantías: la religión católica, la independencia de los españoles y la unión de todos los americanos que vivimos en Nueva España; creo que esto te gustará a ti que comulgabas desde el seminario con las ideas del licenciado Rayón y el cura Morelos. Todavía me acuerdo cuando nos aventurábamos de madrugada a burgar en la biblioteca los periódicos, panfletos y folletos de la insurgencia que celosamente guardaba el hermano bibliotecario; en fin, no sé qué te parezca este ya tan difundido documento. Quiero puntualizarte una cosa, amigo, este pergamino llegó a mis manos porque yo reviso la correspondencia del obispo y no obstante que este paquete no llegó por medio del correo regular, lo trajo un soldado que dijo que venía desde Cuernavaca con esa encomienda y que tuvo que vadear el lago de Chalco para evadir las fuerzas leales al virrey Apodaca que interceptan los correos para decomisar estos pergaminos, pasó a mis manos gracias a que la Providencia me puso en el lugar y la hora correctos; de no haber sido así, lo hubiera recibido otro*

*sacerdote y no me hubiera enterado de primera mano, y como venían tres pergaminos, sabiendo lo que te apasionan estos asuntos sustraje uno para ti; adrede lo he depositado en la valija de la mitra, donde van los asuntos parroquiales, y les he dicho a tus jinetes que te lo entregaran en propia mano, con la garantía de que al ir lacrado tú te darías cuenta de la importancia de la valija y revisarías que no hubiese sido violada. Ojalá tanto las noticias que te doy como el documento sean de tu agrado y realmente todo esto cambie el destino de nuestro amado país, que se merece un poco de paz después de diez años de guerra civil, destrucción y muerte.*

*Te abraza siempre*

*Pbro. Juan Carlos Suárez*

—Mi buen Juan Carlos, siempre el mismo —comentó al tiempo que doblaba la carta y se disponía a desenrollar el pergamino aquel que, según le escribía su amigo, convocababa a todos los novohispanos y peninsulares a unirse, sin distinción de clases ni razas, para lograr la independencia del dominio español. Qué ironías del destino, meditaba mientras extendía frente a sí el documento que convocababa, sin derramamiento de sangre, a lograr la independencia; tanta sangre derramada en vano y venir a ver las vueltas que da la vida. Este hombre, Iturbide, acérrimo enemigo de los insurgentes, cruel y despiadado que se ensañaba con ellos y eran de sobra conocidas sus bajas acciones, su corrupción y ansias de poder, según se rumoraba en las filas de los ejércitos virreinales, pues supuestamente el virrey Apodaca lo había vetado y sentado en la banca por corrupción y malos manejos, de la noche a la mañana pasa de villano a libertador de toda la nación. Qué ironías del destino, se repetía a sí mismo mientras en silencio comenzaba a leer párrafo por párrafo aquel plan que parecía haber sido elaborado en los gabinetes del alto clero o en alguna reunión de los terratenientes y los ricos mineros y comerciantes que manejaban la economía del país.

¿El Ejército Trigarante? ¿De las tres garantías? Religión católica, independencia del yugo español y la unión de todos los americanos y peninsulares que residen acá. ¡Vaya, todos juntos! Bueno, en un principio no suena mal y sobre todo sin derramamiento de sangre, buscando la paz, la unión, se decía Francisco Javier a sí mismo al leer y releer el pergamino puesto sobre una mesa desvencijada dentro de las pequeñas instalaciones del correo a un lado de la torre de evangelización que presidía a aquel pequeño villorrio de Atzalan, por donde subían las recuas de mulas procedentes de la tierra caliente.

¿El Ejército Trigarante?, se volvía a decir una y otra vez como si tratara de convencerse a sí mismo de las bondades de ese plan. Y lo mismo hojeaba las notas de su amigo Juan Carlos Suárez que le ponía atención al documento aquel, urdiendo, tratando de fraguar algunas ideas para aprovechar su condición de capitán de la milicia urbana virreinal de Altotonga, pues por lo que leía en el Plan de Iguala, la propuesta, aparte de hacerla a la población de toda la Nueva España, en especial era para que el ejército virreinal y todas las milicias urbanas virreinales surgidas a partir de la promulgación de la Constitución de Cádiz se unieran al movimiento; de lo contrario, si persistían en el actual cuerpo de milicia, si el Plan de Iguala fraguaba quedarían en desventaja y pasarían a ser el enemigo del Ejército Trigarante, y si se sumaban al Plan y luego éste fracasaba, quedarían en desventaja y como enemigos del ejército virreinal, aunque la oficialidad y todos los mandos altos los veían con cierto desprecio a ellos, los integrantes de las milicias urbanas virreinales, pues además de no ser oficiales de carrera la mayoría eran americanos, salvo uno que otro oficial que era peninsular.

Vaya encrucijada en que estaban envueltos él y todos sus compañeros, pensó, y aturdido, con la cabeza repleta de ideas, de recuerdos malos y buenos de sus pasadas experiencias y correrías, lo mismo en Boquilla de Piedras que en Barlovento, habiendo llegado a tener escaramuzas tanto en Alvarado como en Puente del Rey, o acantonados en el mismo puerto de Veracruz o destacamentados en Xalapa y las cercanías de Naolinco, donde proliferaban los grupos insurgentes, si decidían unirse al Plan de Iguala tendrían que marcharse de Altotonga para no ser presas fáciles de una buena reprimenda por parte del ejército virreinal acantonado en el castillo de Perote, y de irse, ¿adónde lo harían? No, realmente la situación era comprometedora y tendría que platicarla con los demás integrantes de la milicia urbana, pues los Libres de Altotonga, ya para esa primavera de 1821, pasaban de los cien efectivos. Sin pensarlo más, montó en su caballo rumbo a Altotonga por el camino de las cuevas con la firme decisión de entrevistarse con la mayoría de ellos y, de ser posible, celebrar una reunión a puerta cerrada, porque estaba claro que debían tomar una decisión respecto a ese Plan de Iguala: o se adherían a él o lo dejaban de lado, con los efectos previsibles; cualquier decisión que tomaran tendría consecuencias y lo debían decidir ya, esa misma tarde.

Ya en Altotonga, en la casona donde solían reunirse, al lado de la capilla de Santa María Magdalena, como situación insólita reunido casi noventa por ciento del batallón, la sesión se tornó en acalorada discusión y los oradores se sucedían en el uso de la palabra uno tras otro y todos esgrimían sus razones, sus pros y sus contras, pero indiscutiblemente el tema apasionante

de la libertad del yugo español, del cese de los hostilidades y del derramamiento de sangre pesaba más que el hecho de seguir atados. ¿A qué, a quién y en nombre de quién iban a defender lo indefendible? Y sobre todo, a luchar entre hermanos. Ellos, los integrantes de Los Libres de Altotonga, al fin y al cabo eran eso, libres, y en ellos y en nadie más estaba la decisión de adherirse al Plan de Iguala en busca de la paz, de la vuelta a la anhelada tranquilidad para que todos los pueblos de la nación retomaran su vida cotidiana y pudieran iniciar poco a poco la recuperación de todas las actividades económicas. No hubo quien votara por seguir prestando fidelidad a la corona, por seguir cooperando con el ejército virreinal, del cual no formaban parte en realidad, ya que a la hora de entrar en batalla los echaban por delante como carne de cañón; esa era en realidad la única prerrogativa que tenían o que se les reconocía: su arrojo, su valor, pero nada más. ¿Y por qué? Por migajas, por algo de parque y por ir ascendiendo poco a poco en el complicado y difícil escalafón militar, donde indudablemente los peninsulares se llevaban los mejores grados; en el caso de Francisco Javier, había corrido con suerte y sus merecimientos en batallas sostenidas en Barlovento, Puente del Rey y las cercanías de Xalapa lo habían hecho acreedor al grado de capitán, lo mismo que varios de sus compañeros, que de soldados rasos habían ascendido a sargentos, subtenientes y tenientes después de más de cuatro largos años de pertenecer a la milicia urbana virreinal de Altotonga. Realmente en el pueblo, para defenderlo, nunca fueron requeridos sus servicios; la sola cercanía del castillo de San Carlos de Perote como guarnición servía de freno a los grupos insurgentes de la zona de Naolinco y los que pululaban por la región de Nautla no se aventuraban tan arriba, y luego de la desaparición de Guadalupe Victoria hubo en toda la región una tregua de más de dos años en que la calma era tal que se podía pensar que el país jamás había estado en guerra.

Los gritos y la algarabía fueron unánimes al aceptar todos adherirse al Plan de Iguala; la noticia y los rumores de la misma pronto se diseminaron por toda la población, al grado de que a las afueras de la casona la gente pronto se empezó a juntar, preguntaban y hasta exigían que se les informara. Dentro de tanto bullicio había pasado inadvertida la presencia del sargento Ramón Aparicio, a las órdenes del coronel José Joaquín Herrera, oficial regular del ejército virreinal con residencia en Perote y en especial dentro del castillo de San Carlos. —Traigo un mensaje de mi coronel Herrera para el capitán Francisco Javier Gómez, de los Libres de Altotonga—dijo el joven sargento a quienes resguardaban la puerta.

—¿Del coronel Herrera, dijiste? ¿Y vienes de Perote? —enfatizó Rodrigo Bello, sargento de los Libres de Altotonga y hombre de las confianzas de Gómez—. Será posible que ya sepan

lo del Plan de Iguala y esta misiva no sea tal, sino una orden de arresto? —se cuestionaba en silencio, y preocupado por el caso decidió llevarlo ante la presencia del capitán.

—Mi capitán Gómez, ¿se acuerda de mí? —le dijo Ramón Aparicio extendiéndole la mano en señal de saludo franco y sin tapujos—. Se acuerda de mí, ¿verdad? Estuvimos juntos en las operaciones militares en Alvarado, allá por el diecinueve.

—Claro, hombre, claro que me acuerdo de ti, eres Ramón Aparicio, oriundo de aquí luego, de Sierra de Agua, y estás al servicio del coronel José Joaquín Herrera en Perote. ¿Para qué soy bueno? dime, estoy a tus órdenes —repuso Francisco Javier de manera afable y hasta un abrazo le dio al bueno de Ramón.

—Pues nada, mi capitán, sólo con la novedad de que el coronel Herrera le envía esta carta y me recomendó mucho que esperara yo su respuesta para llevársela de inmediato.

—¿De inmediato, dices?, ¿tan apremiante es?

—Bueno, no, sólo es un decir, mi capitán.

—¡Vaya, vaya con el buen coronel Herrera! Y aparte de salvaguardar la plaza a qué más se dedica, ¿todavía atiende su botica? —le preguntó Francisco Javier al sargento Aparicio.

—Desde luego, mi capitán, ya ve que el coronel, antes de serlo, tuvo conocimientos de medicina y de herbolaria, para eso es “requete” bueno y en el pueblo hay harta necesidad de eso, aunque de algo sirve el hospitalito de la fortaleza, pero los naturales del lugar no se animan a ir hasta el castillo, así que mejor acuden a la farmacia de los Herrera.

—A ver, vamos a ver de qué se trata esta carta, ya hoy muy temprano recibí una que venía con la Estafeta de Puebla y mira que trajo nuevas, no sé qué tan buenas, pero al fin nuevas y de eso precisamente estamos aquí hablando y ahora llegas tú y me traes otra; vamos a ver qué nos dice el coronel don José Joaquín Herrera.

Y diciendo esto, rápidamente desenvolvió aquellos papeles, donde de puño y letra el coronel Herrera le prevenía sobre un documento que estaba circulando de manera muy especial entre todos los militares del país y con cierto énfasis entre los militares americanos como ellos, integrantes de la milicias urbanas virreinales de los pueblos, para que analizaran con cautela el llamado Plan de Iguala, pues el virrey Apodaca había girado instrucciones para desarticular dicho movimiento que encabezaba Agustín de Iturbide, secundado, se comentaba, por Vicente Guerrero en el sur; de hecho, todo había sido fraguado en Teloloapan, donde Iturbide tenía su cuartel general, y ahora habían conformado un nuevo ejército llamado Ejército Trigarante.

“—*Yo no digo que la idea sea mala, ni que el mencionado Plan vaya a ir en contra de los intereses de la población en general; en esta lucha, la de la libertad*—le escribía el coronel José Joaquín Herrera—, *cabemos todos: criollos y mestizos, peninsulares, mulatos, negros; ricos y pobres, comerciantes, artesanos, agricultores, mineros, escribanos, bachilleres; todos, porque se trata de la libertad de esta América nuestra que tiene ya trescientos años de estar sujeta a la corona española y pudiera ser por fin, gracias al Altísimo, que las condiciones para el advenimiento de la libertad sin derramamiento de sangre en lo posible estuviera cerca; lo que a mí no me parece en lo absoluto es que una persona como Agustín de Iturbide, a quien habían mandado a combatir a los insurgentes en el sur y que todos sabemos se distinguió por su extralimitada saña en contra de ellos, ahora, de la noche a la mañana, los invite a unírsele para lograr la independencia, ésa a la que él tanto se oponía. Él no es un mal militar*—le seguía diciendo el coronel Herrera en su misiva—, *pero sí se distinguió siempre por ser un individuo ambicioso que ha sabido utilizar sus cargos para enriquecerse de manera ilícita; a mí, amigo Gómez, no me parece la persona idónea para encabezar un movimiento de esta naturaleza, yo lo conozco bien, acuérdese que yo participé en los combates en contra de los ejércitos de Hidalgo y Morelos, e Iturbide, con su famoso batallón de Celaya, era el más encarnizado y sangriento combatiente, mandaba fusilar a todos los prisioneros, así que tómelo con calma y no se coloquen, usted y sus gentes, al margen de la ley. Le repito, a mí me gusta la idea, lo que no me cuadra es que un tipo que había sido suspendido como militar por sus malos manejos y corrupción al nombrarlo como comandante de los ejércitos del sur, ahora resulta que es partidario de la independencia.*

—Esto es un secreto a voces —comentó Francisco Javier para sí y de manera discreta guardó la carta del coronel Herrera—. Ah, que mi buen Ramón, y a todo esto, ¿ya tenías mucho rato de estarme esperando o acababas de llegar? —le preguntó a bocajarro al sargento Aparicio, quien llevaba ya como media hora observando aquella reunión, a la que veía con suma simpatía— . ¿Tú sabes cuál es el contenido de la carta que me entregaste?

—Mi capitán, ¿por quién me toma?, ¿cómo cree? Usted me conoce bien y sabe que soy incapaz de una acción de esa naturaleza; además, yo trabajé en la ruta de correos entre Veracruz y Puebla y sé lo que significa una acción de ese tipo. Jamás, mi capitán, jamás, definitivamente yo no sé qué le escribió a usted el coronel Herrera —le replicó el sargento Aparicio en tono enérgico—; además, la carta la dejó desde hace tres días y como yo estaba franco, no fue sino hasta ahora, a mi regreso de Sierra de Agua, al llegar al castillo, que me encontré con que el coronel había dejado para mí esa encomienda; él se fue a Xalapa desde el miércoles 14, muy de madrugada —agregó.

—Bueno, bueno, mi sargento, no se moleste usted, es simplemente una pregunta, una duda la tiene cualquiera, porque bien podría haberle dicho el coronel Herrera el contenido de su carta en espera de una respuesta pronta, ¿o no?

—Pues sí, pero da la casualidad que no fue de la manera como usted lo piensa. Y a todo esto, ¿su respuesta será escrita o debo trasmítírsela de manera verbal a mi coronel Herrera? — puntualizó el sargento Aparicio.

—No, será verbal. Dile al coronel Herrera que no hay nada de qué preocuparse, que muy pronto tendrá noticias de los Libres de Altotonga y que aprecio mucho que se haya tomado la molestia de prevenirnos, pero que ese tan llevado y traído Plan de Iguala ya lo conoce todo el pueblo; le agradezco también sus comentarios respecto al autor de ese plan, de quien yo también guardo cierta desconfianza y ya venía repensando eso; creo que eso es todo —agregó Francisco Javier, quien convidió a cenar a su casa al sargento una vez que se enteró que la respuesta podría esperar hasta el día siguiente, pues el coronel Herrera regresaría de Xalapa hasta el lunes 19 a mediodía.

Al término de la reunión todos quedaron de acuerdo en celebrar otra, de carácter informativo propiamente, frente al atrio de la capilla de Santa María Magdalena, para que todas las familias de Altotonga estuvieran enteradas del Plan de Iguala y se fijara una postura, tanto de los concejales como de los principales del lugar y rápidamente mandaron a varios cuarteleros a avisar a las distintas congregaciones que circundaban el pueblo para que, de ser posible, enviaran a un representante a la reunión y para que lo que ahí se acordara fuera del conocimiento de todos, y lo más importante, que todos estuvieran de acuerdo y no se dieran por sorprendidos. Si cuando se integró la milicia urbana en 1816 conforme a lo estipulado en la Constitución de Cádiz se convocó a todo el pueblo, hoy más que nunca era necesaria la presencia de la gran mayoría, pues a todos les incumbía un suceso de esa naturaleza.

Rápidamente se pasó el tiempo y desde media hora antes los lugareños hicieron acto de presencia; pronto el atrio y el pequeño cementerio que rodeaba la capilla se llenaron de gente ansiosa por enterarse de primera mano de lo que estaba sucediendo en el país y a qué habían convocado Agustín de Iturbide y Vicente Guerrero. Los comentarios no se hicieron esperar y poco a poco, antes de que se diera la información oficial, ya corrían varias versiones y santo y seña de lo que había sucedido según el muy peculiar sentido común de los lugareños.

—No, si tenía que ser, imagínense al iluso de Iturbide, creía que acabar con Vicente Guerrero y Pedro Ascencio Alquesiras era cuestión de días y el que salió apaleado fue él; y nada

tonto, eh, pensó: —les decía Rodrigo Bello Toscano a varios vecinos del cercano barrio de Santiago, quienes habían sido los primeros en llegar y casi todos simpatizaban con la insurgencia— si no los puedo vencer mejor los voy a convencer, y se inventó el plan éste, donde ganó al final de cuentas.

—Bueno, dicen que el muy cabrón es un pillo de siete suelas, figúrense ustedes —terció don Filemón Benavides, próspero comerciante en granos que tenía cierta ascendencia sobre los pequeños agricultores de la región— que un compadre que tengo allá en la ciudad de México, de muchos pesos, lo conoce bien y dice que cuando la guerra estaba más dura y cruenta, éste aprovechaba para venderles a los mineros el azogue al precio que él ponía.

—No, si dicen que el virrey lo tenía castigado por corrupto y ambicioso —agregó doña Epifanía Dolores del Moral, afamada costurera a quien todas las mujeres visitaban con asiduidad pues era la mejor en toda la región; venían a hacerse ropa con ella desde Jalacingo, San Juan Xiyutetelco y más allá de Perote—, le había quitado todo mando, estaba en su casa de la ciudad de México, nada más que como el coronel Armijo renunció y no le quedó otra que nombrarlo a él.

—Oigan, este plan no es nada nuevo —dijo don José Zacarías, del grupo de vecinos del Barrio de Santiago—, es una idea originalmente planteada por el general Vicente Guerrero, él fue quien invitó al coronel José Miguel de Armijo a que se unieran y acabaran con el derramamiento de sangre, pero Armijo, como buen peninsular, no estuvo de acuerdo; Iturbide bien que sabía todo eso y al ser derrotado le propuso a Guerrero que se unieran, aun contraviniendo las instrucciones del virrey Apodaca.

—No, si el plan no es malo, lo contradictorio es que quien combatió con más encono y ferocidad a los insurgentes sea ahora el que aparece como el libertador —volvió a decir el sargento Bello Toscano, primo hermano del capitán Francisco Javier Gómez Bello—, como el héroe, y deje en segundo plano a Vicente Guerrero, quien lleva ya casi diez años de luchar por la independencia.

—No, lo mejor de todo esto es que lo que vino a favorecer la balanza en pro de la independencia de España fue el hecho de que desde mayo de 1820, o sea el año pasado, los liberales en España obligaron a Fernando VII a reinstalar la Constitución de Cádiz y eso no les pareció para nada a los ricos hacendados ni a los mineros, y menos a los altos mandos de la iglesia y a todos los peninsulares —comentó don Tiburcio González, letrado jurisconsulto que atendía asuntos notariales en Jalacingo y llevaba todas las diligencias jurídicas de los hacendados

de la región—. Nadie ha reparado en que la verdadera razón de todo esto radica ahí, en el descontento de todos esos grupos por la vigencia de la Constitución de Cádiz, pues figúrense que se rumoraba muy fuerte que ya había hasta un famoso plan llamado Plan de la Profesa, porque incluso lo celebraron dentro de ese templo, para desconocer la Constitución de Cádiz y tomar medidas para que Nueva España se siguiera rigiendo por las Leyes de Indias. ¿Se imaginan? ¡Qué gente tan retrógrada, en pleno siglo XIX pretender que nos sigan gobernando con leyes decretadas en el siglo XVI! Y se dice, se sabe de muy buenas fuentes, que Iturbide estaba metido en eso y ahí se lo recomendaron al virrey para que lo nombrara Comandante de las Fuerzas del Sur para que fuera a combatir a Guerrero, y ahora les volteó el chirrío por el palito. Sí, de que el tipo es vivo, nadie lo duda, no es vivo, es vivísimo.

Y así, entre comentarios de buenas fuentes, dímeres y diretes, chismes y rumores que habían trascendido los ámbitos de determinados círculos sociales, todavía no se daba de manera oficial la noticia sobre la promulgación del Plan de Iguala y ya en el pueblo era un secreto a voces.

Ya cerca de las ocho de la noche fue necesario colocar algunas antorchas frente a la capilla de Santa María Magdalena, pues los pequeños faroles no se daban abasto para iluminar el lugar y que toda la gente pudiera contemplar el pequeño templete improvisado desde donde el capitán Francisco Javier Gómez Bello hiciera uso de la palabra y diera a conocer a los habitantes de Altotonga el contenido del Plan de Iguala, leyéndoles con voz fuerte y mesurada todos y cada uno de los renglones de aquel pergamino que había recibido de Puebla a través de la Estafeta de Atzalan ese sábado 24 de marzo de 1821, en que al abrigo de una noche fresca cuajada de estrellas, los lugareños, de boca en boca, fueron trasmitiendo del frente hacia atrás lo que se les estaba leyendo para que todos estuvieran enterados.

—Bueno, muy bien, ya estamos informados, ¿y ahora qué?, ¿qué podemos hacer nosotros como habitantes de este pueblo que ni a la categoría de villa llega? Apoyamos, nos adherimos al Plan, ¿y luego qué?, ¿y si no cuaja? ¡La que se nos arma, eh! No se les olvide que estamos sólo a unas cuantas leguas de la fortaleza de San Carlos —expresó de manera vehemente, impostando la voz para hacerse oír, don Tiburcio González.

—Que hable el capitán Gómez, que se diga algo de los libres, de la milicia, pues aunque ellos no son la autoridad, sí son los que nos defenderían en caso de una escaramuza en contra del pueblo y de nuestras familias —agregó doña Epifanía Dolores del Moral a nombre de todas las mujeres ahí congregadas.

—Sí, sí, que hable, no en balde murieron nuestros hijos hace ya más de cuatro años, el 12 de diciembre de 1816, en ese fatídico y lejano puerto de Boquilla de Piedras, de infasta memoria —dijo quebrándosele la voz doña Zenaida de Méndez, la esposa del panadero—. Sí, habla, hijo, por favor, tú que has ido a combatir a esos insurgentes bandoleros sin oficio ni beneficio, ¿qué debemos hacer aquí los del pueblo? Habla, hijo, oriéntanos —le suplicaba Zenaida a Francisco Javier Gómez, quien de pie sobre el pequeño templete improvisado contemplaba los cientos de velas y antorchas que parecían iluminar la misma noche.

Todos, expectantes de lo que iba a decir el joven capitán de la milicia urbana, al unísono guardaron silencio y aquella explanada baldía, donde se hacían los tianguis los días viernes y domingos, al abrigo de la capilla de Santa María Magdalena y su cementerio, presidida por la gran torre de evangelización construida por los frailes franciscanos en 1617, le dio solemnidad al hecho convirtiéndolo en un acontecimiento memorable.

—Muy apreciados habitantes de Altotonga y de sus comunidades vecinas, mis dilectos amigos todos: hoy por la mañana, al levantarme y acudir como lo hago todos los sábados, a sabiendas de que la estafeta procedente de Puebla arriba de madrugada a nuestras tierras portadora de nuevas, de cartas y paquetes, nunca imaginé cómo la misiva que recibí de un amigo sacerdote muy estimado para mí nos cambiaría la vida a todos por la trascendental noticia en que se nos comunica a los novohispanos y a todos los que habitamos en estas tierras, sin distinción de color ni de clase social, que nosotros mismos nos hacemos llamar americanos, que la independencia de estas tierras que nos son tan queridas está por llegar, no dependeremos jamás del reino de España ni de ningún otro país, seremos libres e independientes y tendremos nuestras propias autoridades. El documento que les acabo de leer y al que se le conoce como el Plan de Iguala por haber sido redactado y dado a conocer en ese pueblo por don Agustín de Iturbide, comandante de las fuerzas del sur, de común acuerdo con don Vicente Guerrero, viejo combatiente insurgente, nos convoca a la libertad, a la independencia bajo la bandera de las tres garantías: religión, independencia y unión, y al unirse los ejércitos de Iturbide y Guerrero nace uno solo, el Ejército Trigarante, que tiene como sagrada misión consolidar esa independencia que el Plan de Iguala se ha trazado lograr en el tiempo más corto posible, para de una manera pacífica, sin derramamiento de sangre entre hermanos en lo posible, convertirnos en una grande y próspera nación. Hasta donde yo entiendo, mis queridos amigos, este plan es un comunicado que nos convoca a que estemos preparados ante la llegada de una nueva época venturosa para nuestras tierras y nuestras familias, prepararnos para la llegada de la paz, de la tranquilidad y para

vivir bajo la armonía de la religión católica, apostólica y romana, la misma que nos fue enseñada por nuestros mayores y profesamos todos. Ustedes, como habitantes de Altotonga, al igual que los habitantes de Atzalan y de Jalacingo, pueblos vecinos que integran este Cantón, regocíjense y denle gracias a la Divina Providencia de que la paz esté por llegar. No se aflijan vuestros corazones; al contrario, siéntanse felices de que la libertad está cerca.

—Sí, hombre, sí, eso lo entendemos bien, pero ¿qué se nos pide a cambio?, ¿que estemos felices nada más, que aplaudamos, que demos gracias a Dios? —repuso don Tiburcio González, quien en cierta forma se sentía autoridad, o por lo menos representante del orden legal establecido por todas las leyes y disposiciones de la corona a través del gobierno virreinal—. ¿Nada más se nos pide buena voluntad, adhesión? ¿No hay que cooperar con dinero, víveres? ¿Quién va a sufragar los gastos de este nuevo ejército? Y otra cosa —agregó con cierta vehemencia, ya para terminar—, ¿no se nos reprimirá después por aceptar un plan de esta naturaleza? Si éste no cuaja, ¿qué tan seguro se está o lo están los señores Iturbide y Guerrero de que todo va a salir bien? Por lo pronto se sabe, a través de muchos informantes, que el virrey no está de acuerdo, y ya se los decía yo, la fortaleza de San Carlos nos queda a unas cuantas leguas. Aunque sabemos que el virrey siempre ha sido una persona indulgente y en varias ocasiones, en su afán de pacificar el país, ha ofrecido el indulto y el perdón a los insurgentes que depongan las armas, tal vez se acoja, aunque no esté de acuerdo, a la decisión de la mayoría, pero yo no me confiaría demasiado, todo puede cambiar de un momento a otro.

—Bien dice usted, don Tiburcio, esto tomará tiempo y obviamente es necesario que todos tomemos conciencia de lo que viene y de que será necesario que participemos de manera activa, que contribuyamos con nuestra cooperación en dinero o en especie, pues así como toda la población ha colaborado para el mantenimiento de esta milicia, deberá seguir haciéndolo e indicarnos si es lícito que nos unamos al naciente Ejército Trigarante —específicó Francisco Javier Gómez con suma claridad para que nadie se diera por sorprendido—. Si apoyamos la causa de la independencia, la milicia urbana de Altotonga se deberá integrar al Ejército Trigarante, pero eso dependerá de lo que acuerde todo el pueblo, y en este punto yo sí les suplicaría que lo hicieran a la brevedad para definir nuestra situación: o seguimos apoyando al ejército virreinal o nos volvemos trigarantes.

—Ah, de eso se trata en realidad, de a quién vamos a apoyar y hacia dónde partirán nuestros hijos. ¡Vaya conjeturas estas! —exclamó doña Zenaida de Méndez, quien se había hecho acompañar por sus hijos pequeños, convertidos ahora en mozalbete de 16 y 17 años—. Bueno

—dijo con voz sonora para que la escucharan todos—, yo, como mujer comprometida con mi pueblo, como habitante de esta comunidad, me sumo a la decisión que se tome pero siempre y cuando sea de manera libre, sin coacciones de ninguna especie, por votación, que realmente se consulte a todos y cada uno de nosotros. En lo económico cuenten con mi ayuda y la de mi marido, pero tratándose de aportar soldados a la causa, que les quede claro a todos los aquí presentes: los hijos de Francisco y Zenaida Méndez jamás serán soldados, jamás, nuestra familia ya pagó con las vidas de Víctor y Francisco su cuota con la paz y la libertad que supuestamente fueron a defender; sí, a defender de quién, díganme, ¿a honra y en defensa de nuestro pueblo?, mentiras, patrañas, porque a nosotros “los nacionales” jamás nos han hecho nada, ni siquiera se han acercado al pueblo, ¿por qué tuvieron que morir nuestros inocentes hijos cuando estaban comenzando a vivir llenos de ilusiones?—y al terminar de hablar rompió en llanto y en compañía de sus hijos se alejó por una de las callecitas empedradas en la oscuridad de la noche.

La voz enronquecida de Zenaida ahogada por el llanto caló hondo en el ánimo de todos los ahí presentes, que no olvidaban las escenas aquellas del multitudinario funeral de los jovencitos caídos en Boquilla de Piedras el 12 de diciembre de 1816; entre comentarios y murmullos comenzaron a dispersarse y por donde habían llegado dieron la vuelta, zigzagueando por las calles como culebras de fuego centelleantes que se movían con rapidez, porque una brisa menuda envuelta en niebla avanzaba de norte a sur tapando las estrellas, que una a una se perdieron ante aquella parrazón que oscureció el cielo e hizo que todos se metieran a sus casas y sacaran sus capisayos para guarecerse del frío y la humedad; la lluvia los dejó a oscuras, pues las teas ardientes impregnadas de resina y alquitrán sucumbieron ante el agua. Lo que comenzó como un chipi chipi pronto trajo del norte un aguacero torrencial en toda forma, que hizo de todas las calles del pueblo copiosos arroyos que de manera vertiginosa se precipitaban hacia las tierras bajas por el rumbo de Atzalan.

Ya adentro, en sus casas, al abrigo de los fogones y las estufas, todo mundo comentaba los pormenores de lo informado esa tarde y se preguntaba para cuándo sería prudente volver a reunirse, pues había que tomar una decisión y definirles a todos los jóvenes que integraban la milicia urbana qué iban a hacer y hasta dónde los podían ayudar. Permaneciendo en el pueblo cada muchacho tomaba los alimentos en su casa, pero si pertenecía a una congregación cercana se le daba posada y alimentos y, en muchos de los casos, los que provenían de las congregaciones circunvecinas casi siempre tenían algún pariente que los acogía con gusto.

Con la salida del sol la niebla comenzó a disiparse y pronto los rayos del sol inundaron los patios del castillo, donde las humeantes ollas seguían hirviendo a fuego lento mientras todos los soldados, de acuerdo con su arma, pasaban lista en el comedor porque había llegado la hora del almuerzo. En un momento los soldados que atiborraban los patios se esfumaron, habiendo salido los más a las casas que circundaban el foso, donde algunos vivían con sus familias, y otros se abonaban para comer en dos o tres fondas que prestaban el servicio de comida. Cuando Francisco Javier despertó, al influjo de los rayos del sol, se dio cuenta que todos se habían ido, sólo restaban él y Juan Cástulo porque ni el mayor Aparicio se encontraba.

—Me quedé profundamente dormido, Juan Cástulo —le comentó Francisco Javier a su fiel acompañante—, tan profundo que me remonté a nuestros años mozos, cuando estábamos a punto de ingresar a la Onceava División del Ejército Trigarante, ¿te acuerdas?, ¿te acuerdas de aquellos días? Vaya que fueron buenos tiempos, mi amigo, buenos tiempos; algunas batallas, como la de la defensa de Córdoba, luego vino la firma de los tratados con Odonojú en agosto, y en septiembre, el 27, todos entramos en la ciudad de México creyendo que ahí se terminaba todo este relajo y jaleo que traímos desde cinco años atrás, sin imaginarnos siquiera que no terminaba sino que empezaba la vida de este país.

Y a todo esto, ¿adónde se había ido el mayor Aparicio?, se preguntaba Francisco Javier, intrigado por no haberlo visto más. ¡Vaya!, se dijo a sí mismo, y todo ese sueño vino a colación porque en aquellos años el joven sargento Aparicio iba y venía a Altotonga de visita pues su novia vivía ahí, y hoy que había llegado él en compañía de Juan Cástulo no lo reconoció; claro, eso no le inquietaba, por el contrario, le daba gusto puesto que era una prueba inequívoca de que su fisonomía había cambiado, lo que abonaba a su favor dado que de eso se trataba, pero aun así, el sueño se produjo en realidad porque él no confiaba del todo en Aparicio, ya que en aquella ocasión, veintidós años atrás, cuando regresó a Perote, le informó al coronel José Joaquín Herrera que en Altotonga todo el contingente de la milicia urbana virreinal se había adherido al Ejército Trigarante, hecho que motivó que el coronel Herrera enviara al mayor José Durán, al frente de un pequeño destacamento de soldados, a persuadirlos de los riesgos que implicaba esa adhesión, sin haberse dado ésta. ¡Qué cosas!, pensaba, este Ramoncito siempre había sido medio lioso. Aquella tarde del sábado 24 de marzo de 1821, en lugar de regresarse a Perote a informar lo que él le había dicho, dio santo y seña de todo lo que se había discutido en la reunión de la milicia y dio cuenta también de la reunión informativa con todos los habitantes del pueblo,

habiendo casi reproducido sus palabras, señalándolo a él como el artífice de la adhesión del pueblo al Plan de Iguala

—Sí, mi capitán Gómez —le había dicho el mayor José Durán, dándole una palmada en la espalda al tiempo que le hacía un guiño, cuando se presentó en Altotonga en la Hacienda de Santa Cruz a hablar con él—, este Ramón Aparicio le dijo al coronel Herrera que prácticamente aquí todos apoyaban el Plan de Iguala y que tú eras el más entusiasmado con el proyecto, razón por la cual heme aquí; al coronel Herrera, quien sabes que te aprecia igual que yo, le preocupa que tomes una decisión así porque propiamente tú ya no eres nada más integrante de la milicia urbana virreinal, sino oficial del mismo ejército virreinal como todos nosotros, y eso modifica las cosas, además de que todo está muy revuelto y se dicen tantas cosas, tantas, que ya no sabes a quién creerle y con qué intención te lo dicen, a lo mejor te ponen un cuatro y caes en el juego; bueno, eso es lo que me comentó nuestro amigo y superior. Ah, y por cierto, Herrera no le creyó del todo a Ramón Aparicio, pues ya ves cómo es de largo.

¡Qué cosas!, pensó, esbozando una leve sonrisa al evocar aquellos días en que se mantenían en el limbo, respetaban el orden establecido pero no les era indiferente la nueva propuesta. ¡Cómo transcurre el tiempo, de todo esto hace ya veintidós años! Curiosamente, de madrugada se había encontrado con Ramón Aparicio y si permanecía en el castillo uno o dos días más, seguramente se reencontraría también con José Durán, ahora gobernador del castillo y viejo correligionario de sus correrías por Alvarado, Veracruz y Puente del Rey, además, claro, de la batalla de Córdoba en los días de mayo de 1821.

—Necesito pararme y desentumirme, dormité en muy mala postura —reflexionó, mientras echaba un vistazo al entorno—; ayúdame, Juan Cástulo, que tu amigo ya está viejo para estos trotes, dame una mano.

Juan Cástulo con gusto le tendió la mano, le ayudó a que se incorporara y le quitó el capisayo, que al influjo de los rayos del sol vaporizaba por todos lados, pareciera como si Francisco Javier estuviera en un baño de vapor. Luego, solícito, le acercó un pocillo de café que éste agradeció y comenzó a beberlo sorbo a sorbo sin dejar de observar el entorno, en especial la puerta que daba a una escalera de caracol por donde se había marchado el mayor Ramón Aparicio, quien era de esperarse que regresara por él, pues ya hacía tiempo que había partido a avisar de su llegada.

—¿Te acuerdas, Juan Cástulo, cuando decidimos unirnos al Ejército Trigarante?, ¿te acuerdas? Hasta tú votaste y entusiasmado hablaste a nombre de los milicianos oriundos de la

congregación de Juan Marcos; todos votamos al unísono, decidimos que participaríamos en la consumación de la independencia, nos uniríamos al Plan de Iguala y nos pondríamos a las órdenes del mismísimo Iturbide o Guerrero o de quien nos indicara qué debíamos hacer. La decisión la tomamos solos, sin el consentimiento del pueblo y a nadie le solicitamos ayuda pecuniaria ni alimentos, acordamos que subsistiríamos con nuestros propios recursos y nos acogeríamos a la buena voluntad de las poblaciones por donde fuéramos pasando. ¡Qué tiempos aquellos y qué momento tan emocionante! —le decía Francisco Javier a Juan Cástulo, quien lo escuchaba con atención y le sonreía con los ojos, atento a todo lo que le decía su amigo de toda la vida, y en ocasiones, para resaltar que lo recordaba todo, que su memoria estaba intacta y fresca sobre cómo aquel sábado 24 de abril de 1821 salieron del pueblo en dirección del castillo de San Carlos de Perote a entrevistarse con el coronel José Joaquín Herrera, asentía con la cabeza y le daba palmaditas en la espalda.

—Ya después, reunidos todos los notables del pueblo, una vez que habíamos tomado nosotros la iniciativa y habíamos consultado, claro está, con nuestros padres y familiares —siguió diciendo Francisco Javier—, nos dieron su aprobación y bendición e hicieron los preparativos para que nos acompañara un grupo de molenderas y mozos, que en una recua de mulas cargaban maíz, frijol, huacales con gallinas, panela y todo lo que pudiera ser útil para la preparación de los alimentos; habiendo frijoles, salsa, tortillas y café estábamos del otro lado. Además, todos cargaban su propio itacate y el que no traía queso de cabra llevaba consigo un tercio de carne seca, chorizo y una buena dotación de tlacoyos de alverjón y frijoles, y así, después de cada jornada, poníamos nuestro campamento —recordaba Francisco Javier con nostalgia y una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro.

—Cuando llegamos a Perote, frente al castillo, ya nos habían avistado desde los torreones, pues la polvareda que levantábamos los previno de nuestra presencia y por lo pronto alzaron el puente y se pusieron a la defensiva —le seguía platicando Francisco Javier a Juan Cástulo a manera de catarsis, haciendo tiempo para que apareciera el mayor Aparicio; el entorno se prestaba para evocar aquellos tiempos que los llevaron a tomar las armas para defender algunos pueblos y ciudades y hacer frente a los batallones del ejército virreinal que no se habían unido al Ejército Trigarante y luchaban por conservar el orden establecido en contra de que proliferara el Plan de Iguala y se extendiera la idea de la independencia.

—¡Cómo recuerdo aquel sábado de abril! La tarde comenzaba a pardear y los rayos del sol nos pegaban de frente —le decía Francisco Javier a Juan Cástulo, a quien le gustaba oírlo;

incluso revivía él también esos momentos, en que al salir de Altotonga iniciaron esa aventura que para la gran mayoría de los muchachos era nueva, desconocida, pero los seducía el hecho de participar en la independencia de su país; todos eran novohispanos: unos criollos, los menos, la mayoría mestizos y unos pocos como él, Juan Cástulo, indígenas de pura cepa—. ¿Te acuerdas, Juan Cástulo, la cara que puso el mayor José Durán cuando nos vio frente al foso?

Y al terminar la pregunta, Francisco Javier, emocionado de recordar aquel día, invitó a su amigo a que subieran a uno de los torreones desde donde se divisaban el foso y el puente para desde ahí continuar con esa recreación de hechos, que por lo que se veía estaban decididos a vivirlos de nuevo, todos o casi todos, en espera de que él fuera requerido a la presencia del general Guadalupe Victoria, a quien había venido a ver.

—¿Quién vive? —preguntó el mayor José Durán desde lo alto de la fortaleza al grupo de avanzada que se había posicionado frente al puente; los demás, el grueso del contingente, se habían quedado a una distancia prudente fuera del alcance de algún cañonazo furtivo que pudieran disparar las fuerzas acuarteladas en el fuerte al pensar que se trataba de algún ataque o levantamiento, pues estaban prevenidos, por varios correos que llegaban procedentes de Cuernavaca, Puebla, la ciudad de México e incluso desde poblaciones del Bajío y de ahí cerca, como Huamantla, Xalapa y Veracruz, de cómo se comportaban las adhesiones al Plan de Iguala y hacia dónde se movía el Ejército Trigarante, que había abandonado ya las tierras del sur y avanzaba en su campaña para sumar adeptos.

—El capitán Francisco Javier Gómez Bello, al frente de los Libres de Altotonga, mi mayor. Deseo conferenciar con el coronel José Joaquín Herrera si es posible y si usted nos da acceso.

—¿Cuántos hombres son, mi capitán, podría usted informarme? ¿Y qué misión los trae a esta fortaleza? —volvió a preguntar el mayor José Durán, quien conocedor del movimiento de tropas y contingentes de esta naturaleza ya se había hecho una idea del tamaño del grupo al divisarlos a través de su catalejo y se percató también de que quien los comandaba sabía de estrategia militar, pues los había detenido justo hasta donde llegaba la línea de fuego.

—Somos ciento once hombres, mayor Durán, más veinte elementos encargados de los víveres y el avituallamiento; venimos en son de paz y es voluntad de todos unirnos al Ejército Trigarante, sólo queremos conferenciar con el coronel José Joaquín Herrera, si nos da su licencia y permite que entremos —contestó desde el foso el capitán Gómez Bello, resguardado por cinco hombres de su confianza.

—Tiene usted licencia, capitán, avance —le contestó el mayor José Durán, quien se dispuso a recibirlos en el pórtico para luego llevarlos a la presencia del coronel José Joaquín Herrera, a la sazón gobernador del castillo de San Carlos de Perote.

—Capitán Gómez, ¿qué vientos lo traen hasta aquí? Es un gusto verlo de nuevo y creo que, no obstante mi mensaje, usted y sus hombres ya tomaron una decisión; finalmente el habladorcillo del sargento Aparicio tuvo razón, mi capitán, ¿o no? —le dijo el coronel Herrera de buen modo y en tono afable, incluso un poco en tono de broma—. Me ganó usted, mi capitán, me adivinó el pensamiento y les ahorró a mis hombres, en especial al mayor Durán, que fueran de nueva cuenta a Altotonga con otro mensaje, pero ya no será necesario, está usted aquí.

—A sus órdenes, mi coronel, mi humilde persona y toda la compañía de Altotonga a su servicio y para lo que usted disponga; estamos a sus órdenes, mande usted, coronel —le dijo cuadrándose de forma respetuosa y como corresponde dirigirse a un superior, más aun siendo militar, el capitán Gómez Bello, quien ansioso esperaba ver cuál sería la respuesta del coronel Herrera al verlos ya ahí decididos a sumarse al Ejército Trigarante.

—Efectivamente, capitán Gómez Bello, hace varios días yo me permití enviar a su presencia al sargento Ramón Aparicio para prevenirla de que no se dejaran embaucar por cualquier charlatán que los invitara a la causa de la independencia, que el asunto era delicado y que en el virreinato las opiniones estaban más que divididas, que no había que anticipar vísperas, pero veo que usted es gente de acción y de decisiones firmes y para muestra helo aquí; además, admiro su poder de convocatoria, se ve que en Altotonga son muy unidos y usted es un buen oficial, lo aprecian sus gentes, lo felicito y ya que está aquí, deseo hablar con usted de manera personal, a solas —le expresó el coronel Herrera a Francisco Javier, y diciendo esto, pidió a sus ayudantes que los dejaran solos en su despacho, solamente permanecerían él, el capitán Gómez Bello y el mayor José Durán.

Aquella entrevista cambió su vida en la segunda etapa de sus correrías dentro de la carrera militar, recordaba Francisco Javier; todo podía esperar, menos lo que ahí se dijo y parlamentó, jamás se lo hubiera esperado. El coronel José Joaquín Herrera había cambiado de opinión y en su reciente visita a Xalapa se había podido entrevistar con Antonio López de Santa Anna, con Manuel de Mier y Terán y con Anastasio Bustamante, entre otros, y todos eran de la opinión de que fuera como fuera y como se hubieran dado los hechos, esta era una oportunidad privilegiada para obtener la independencia de España; ya era un secreto a voces que la remoción del virrey Apodaca era inminente y que quien lo sustituiría tendría que negociar con los líderes del Ejército

Trigarante, que poco a poco iba ganado terreno y simpatía entre los grandes terratenientes, ricos mineros y comerciantes, e incluso dentro de las filas del alto clero. Y es que la sociedad entera ya estaba harta de una guerra civil infructuosa de casi diez años que no los había conducido a nada; al contrario, el país se había desangrado y su población había decrecido en un millón de habitantes. En esta ocasión los acontecimientos no eran los mismos que cuando Iturrigaray, Primo de Verdad y el fraile Melchor de Talamantes tuvieron la idea de tomar el poder e independizarse de España ante el encarcelamiento de los monarcas españoles; no, ahora la situación era distinta y tenían que darse prisa.

—Me he enterado de buena fuente —les decía el coronel Herrera a Francisco Javier y al mayor Durán— que militares de la talla de Pedro Celestino Negrete, Vicente Filisola, Valentín Canalizo, Mariano Paredes y Arrillaga, Miguel Barragán, Manuel Mier y Terán, como ya se los mencionaba, así como notables insurgentes de la estatura de Nicolás Bravo, Juan N. Álvarez, don Ignacio López Rayón y hasta Guadalupe Victoria, a quien se creía desaparecido e incluso muerto, y muchos otros se han unido al Ejército Trigarante. Y no se diga de los obispos de todas las diócesis del virreinato y personas influyentes que también simpatizan con la causa, así que, mis amigos, yo he tomado ya la decisión de unirme también, de sumarme al Plan de Iguala y unir nuestros hombres y pertrechos de guerra a estos entusiastas hombres de Altotonga a cuyo frente está nuestro buen capitán Gómez Bello, y ya de entrada, se nos está indicando una misión para resguardar las villas de Córdoba y Orizaba y patrullar las planicies de Puebla, donde las fuerzas del coronel Hevia, leales al virrey, amenazan con ocupar esas posiciones —concluyó José Joaquín Herrera, dándole un abrazo efusivo a Francisco Javier, quien, incrédulo, no salía de su asombro y se regocijaba en su interior al darse cuenta de que no se había equivocado en su decisión y en haber tomado una iniciativa de esa naturaleza; realmente en su pueblo eran de ideas avanzadas y solidarios con las mejores causas de la sociedad.

—Y a todo esto, mi capitán Gómez Bello —le dijo el coronel Herrera—, haz que tu gente se acerque al castillo; si bien no caben adentro con todo y animales, sí podrán guarecerse de las inclemencias del tiempo en las chozas que lo rodean y solicitar ayuda para calentar alimentos a las diversas fondas que hay ahí afuera; y ya sabes, si alguien se enferma, el doctor y sus asistentes del hospital del castillo están para atenderlos. También quiero —agregó— que me proporciones una lista con los nombres y apellidos de cada uno de tus hombres, incluidos, obviamente, los oficiales.

El martes 27 de marzo de 1821, después de varias deliberaciones y del despacho de correos a Xalapa, a Veracruz, a Puebla y a la misma ciudad de México, los nuevos integrantes del Ejército Trigarante, que conformarían la Decimoprimer División del mismo, pasaron lista y se aprestaron a partir por el rumbo de la laguna de Alchichica. En ese momento, Francisco Javier trajo a su memoria con nostalgia y agrado la deferencia que tuvo para con él el coronel Herrera —parece que lo estuviera viviendo de nuevo, pensó al evocar aquella escena—, porque aparte de solemne, imprevisto y muy enriquecedor para él y su gente, que lo habían dejado todo atrás, aquello había sido inolvidable. Estando él en su caballo al frente de la columna de los Libres de Altotonga, el coronel Herrera se acercó y solicitándole su quepí, mismo que dio a uno de sus ayudantes, quitándole las insignias de capitán le colocó en cada hombrera de su casaca una estrella de plata, como correspondía al grado de Mayor, y el ayudante hizo lo propio con el quepí; en ese momento el coronel Herrera, a voz en cuello, habló para que lo escucharan todos.

—Señores, a nombre del Ejército Trigarante y como responsable de esta Onceava División que acabamos de conformar, tengo el honor de imponer al hasta ahora Capitán de Infantería Francisco Javier Gómez Bello, oriundo del pueblo de Altotonga, comandante de la milicia de ese mismo lugar, distinguido soldado que en varias ocasiones ha estado bajo mis órdenes, el grado de Mayor del Ejército Trigarante—y acto seguido, los hurras y vivas de su gente no se hicieron esperar; ese día todos se fueron a defender las villas de Orizaba y Córdoba, llegando a la primera el domingo 1 de abril de 1821.

—Días después —recordó Francisco Javier— el coronel José Joaquín Herrera se fue a combatir a Hevia más allá de Tehuacán y a él lo dejó al frente de Córdoba con sus Libres de Altotonga y otros contingentes que se les unieron. Todos querían participar de manera entusiasta, en especial los habitantes del pueblo de Amatlán.

De repente, cuando ya hasta se habían olvidado del mayor Ramón Aparicio, éste los alcanzó en los contrafuertes del pórtico, en la parte alta, donde recordaban lo sucedido hacía ya más de veintidós años, y afable los invitó a almorzar al comedor de oficiales del castillo para hacer tiempo y esperar —según les dijo— a que el general Victoria despertara.

Ya para entrar al comedor, Juan Cástulo lo jaló fuertemente por la sotana y con sus muy peculiares señas le hizo ver que ahí adentro estaban dos de los esbirros de Santa Anna que lo habían perseguido hasta la Hacienda de Santa Cruz y que uno de ellos era quien le había quemado a él la garganta. Ante ese inesperado encuentro se plantó en la entrada, se colocó su sombrero de presbítero y se alineó la sotana; en segundos recorrió su nueva fisonomía y se preguntó a sí

mismo: “¿Me reconocerán así como estoy ahora, con atuendo de cura, veinte kilos de más y algunos años encima?”, y levemente sonrió por lo de los años encima. Armándose de valor decidió pasar la prueba de fuego, no sin antes mandar de regreso al patio a Juan Cástulo y preguntarle a Ramón Aparicio sobre la presencia de esos fulanos en el fuerte.

—¿Por qué está esa gente tan cercana a Santa Anna aquí? —le preguntó a Ramón Aparicio sin cortapisas.

—¿Quiénes, mi coronel Gómez? Perdón, general de brigada, se me había olvidado — contestó en el acto el mayor Aparicio.

—¿En qué quedamos tú y yo, Ramón? ¿Quién te dije que soy de ahora en adelante? — le reclamó con energía Francisco Javier frunciendo el ceño en señal de molestia, jalándolo hacia afuera del comedor para no llamar la atención.

—El padre Paco, señor, el padre Paco, discúlpeme —contestó Ramón apenado—, cómo se me fue a olvidar, si es lo que más presente tenía ya que me lo hizo saber usted hoy en la madrugada que llegó procedente de Altotonga. Ah, y volviendo a lo de esos oficiales por quienes me pregunta, forman parte del destacamento de soldados que fueron hasta El Jobo a trasladar a mi general Victoria, primero a Teziutlán y luego hasta aquí, y como vienen comisionados directamente por el presidente de la República, siguen aquí hasta que reciban nuevas órdenes para su traslado. Y por cierto, hablando del señor presidente de la República, no tiene ni veinte días que pasó rumbo a la ciudad de México, había estado aquí o en su hacienda del Encero, que recién compró el año pasado, o en la de Manga de Clavo, pues dicen que su esposa, doña Inés, ha estado medio delicada de salud y él por consiguiente casi no está en la ciudad de México; incluso estos oficiales están con él aquí en Veracruz y él personalmente los comisionó, porque lo que sea de cada quien, padre Paco —insistió Ramón Aparicio—, con mi general Victoria el general López de Santa Anna se ha portado como nadie, con decirle que en este país nadie de la clase política, y mire usted que son muchos, se ha preocupado por él, lo único que les importa es el poder, el maldito poder y todos se sienten redentores de la patria; pero la realidad —volvió a hacer hincapié Ramón Aparicio, aun a sabiendas de que Francisco Javier Gómez y Santa Anna se habían enemistado años atrás— es que cuando ya no pueden con el paquete llaman a mi general López de Santa Anna para que arregle las cosas.

—¡Sí, pobre hombre! —exclamó Francisco Javier en tono de sorna—, es muy sacrificado, él por la patria se desvive y hasta es capaz de ofrendar su vida. ¿Voy a creer, Ramón, que ahora eres “santanista”? Pues que no lo sepa mi general José Joaquín Herrera porque no le

va a gustar para nada tu postura, eh, pero en fin, mi querido amigo, algo de lo que dices es verdad, sobre todo lo relacionado con las deferencias que siempre tiene y ha tenido para con nuestro querido general Guadalupe Victoria. Me lo imaginaba, me imaginaba que algún día, rodando como anda uno por la vida, me los iba a topar, pero ni modo, al mal tiempo hay que ponerle buena cara, dice el refrán —comentó Francisco Javier moviendo la cabeza dentro de su desasosiego—. Vamos, Ramón, tú primero, que en verdad hace hambre; a Juan Cástulo quiero que lo introduzcas por la cocina y recomiéndalo para que le sirvan, debe traer un hambre el pobre, tremenda.

Antes de entrar, Francisco Javier se encomendó al Señor y tranquilo, un poco cabizbajo, se introdujo con bastante aplomo y se sentó junto a Ramón Aparicio. “Buenos días a todos”, dijo en tono solemne, y todos le contestaron. Nadie se preguntó por qué un cura almorcaba ahí en el comedor de oficiales, cada quien estaba metido en lo suyo, y a medida que terminaban, sin hacer sobremesa iban saliendo, corriendo la cortesía antes de irse de desechar a quienes aún desayunaban buen provecho. Por lo pronto, pensó para sí Francisco Javier, la mañana había rendido sus frutos; recordó viejos tiempos entre café, dormitadas y charla amena con su hombre de confianza y leal amigo, y quienes temía que lo reconocieran pasaron junto a él y cortésmente lo saludaron con toda deferencia, como corresponde a un ministro de la iglesia.

## Trece

Martes 21 de marzo de 1843

Después de haber terminado de almorzar, Ramón Aparicio le pidió que aguardara a que el general Victoria lo mandara llamar. —Yo ya he informado de su presencia, mi comandante —le dijo, preocupado de que Francisco Javier se desesperara—; también informé a la esposa de mi general de su presencia —agregó—, sólo habrá que esperar las indicaciones del médico y de inmediato mando por usted, estese tranquilo —insistió—; además, ya lo constató usted mismo, nadie lo ha reconocido, mi general.

—¿Su esposa?, ¿está aquí su esposa? —inquirió extrañado Francisco Javier—. ¿Por casualidad la señora de mi general Victoria se apellida Bretón? —agregó intrigado.

—Efectivamente, mi comandante, la señora se llama María Antonia Bretón y hace como diez o doce días que llegó procedente de su hacienda de Jalapasco, donde, según se sabe, como ella no goza de buena salud, vive bajo el cuidado de su señor padre —le respondió Ramón Aparicio, poniéndolo al tanto de todo—; hasta acá llegó en compañía de su primo, un joven de nombre José de la Luz Rosains Bretón, en dos carruajes muy bien equipados y con una partida de sirvientes, además de varios caballos de reemplazo, ¿cómo ve, mi comandante? —le repetía el mayor Aparicio.

—¡Vaya!, ¡vaya!, pues mira que las noticias viajan muy lento y mi general Victoria se lo tenía muy bien guardado —comentó moviendo la cabeza en señal de incredulidad, al tiempo que se alejaba rumbo a uno de los torreones de la fortaleza.

El mayor Aparicio desapareció por los pasillos, no sin antes haberle ofrecido sus propias habitaciones para que descansara, a lo que Francisco Javier se rehusó, prefiriendo quedarse en compañía de Juan Cástulo deambulando por los patios y torreones enfundado en una gruesa cobija de lana para mitigar el frío y el cansancio, y seguir dando rienda suelta a los recuerdos, que al contacto con los vetustos muros del castillo, del que años atrás había estado al frente, se le agolpaban todos como para poner en orden sus ideas.

Siete años atrás, recordó con nostalgia, a finales de 1837 —habiéndose concluido [a medias](#) la campaña de pacificación en Papantla después del levantamiento de Mariano Olarte, que había permeado a toda la sierra norte de Puebla y a la huasteca hidalguense porque al retirarse Guadalupe Victoria, a la sazón comandante en Veracruz, quedaron algunos grupos dispersos en la sierra todavía levantados en armas—, a invitación del propio Victoria decidió pasar unos días

en El Jobo, en las cercanías de Santa María de Tlapacoyan, propiedad que él mismo le había vendido a principios del mes de enero de 1826, antes de que dejara la presidencia, y que le traía ciertos recuerdos de su padre y hermano. Ocho días se les hicieron pocos para vagar por los alrededores, marcar un ganado chinampo recién traído de la región de Vega de la Torre y, en especial, supervisar los almácigos de las plantas medicinales en las que el general Victoria tenía especial interés, así como una serie de cultivos de especias para exportación. Esos días cabalgaron juntos por las orillas de los ríos Bobos y Alseseca y en la mera junta de ambos, sobre un playón del margen derecho, prendían fuego y calentaban su almuerzo; después, al filo de las doce del día, cuando el sol estaba en el cenit y caldeaba las aguas, solían nadar en la gran poza de El Encanto, a dos leguas de la hacienda. Siendo ambos de lugares con ríos aledaños a sus pueblos, de verdad disfrutaban estos remansos de paz al abrigo de la soledad del monte, donde podían escuchar el murmullo de sus propias conciencias y encontrarse con ellos mismos, lavando de esa manera las heridas del alma que les dejaba el cúmulo de batallas en que habían participado.

Al llegar a aquella gran poza natural de aguas profundas y frías, y tras escalar los primeros promontorios de roca maciza para tener acceso al gran cuenco que recibe el caudal del río Alseseca, despojándose de sus ropas hicieron una apuesta a ver quién alcanzaba primero la orilla norte y sin pensarlo mucho, sin reparar en que uno tenía 44 años y el otro 51, amén de las heridas y raspones ganados en campaña, como dos jóvenes tritones se sumergieron en ellas; el primero en llegar fue Francisco Javier, quien de inmediato decidió dar media vuelta ante el embate de la brisa de la cascada y regresar al punto de partida; ahí pegaban bien los rayos del sol, y sentados sobre las lajas, decidieron secar sus cuerpos al calor que éste irradiaba. Agitado y azul por lo frío del agua, Victoria reía de buena gana y le reclamaba a Francisco Javier que le había hecho chapuza: “No se vale, Francisco Javier, todavía no habías tocado la orilla y ya dabas vuelta, además de que no contaba con que los siete años que te llevo iban a pesar en mis fuerzas”. Y riéndose de buena gana le tendió la mano para que lo ayudara a salir del agua. Tras un fuerte chifrido que pegó Victoria al más puro estilo de los arrieros, llegaron dos de sus asistentes, que se mantenían a una distancia prudente, cargando un cesto con naranjas, una garrafa de aguardiente y gruesas mantas de algodón burdo con las que taparon sus cuerpos y terminaron de secarse. Los tragos de aguardiente no se hicieron esperar y al influjo de éstos, la ocasión se volvió propicia para la charla amena y distendida.

—Un chapuzón como éste siempre viene bien porque nos refresca la memoria, y si a eso le agregamos un buen trago como el que acabamos de tomar, te relaja y a la distancia ves las

cosas de otra manera —dijo José Miguel mientras aspiraba una bocanada de aire, como queriendo retener ese instante placentero de bienestar para siempre—. ¿No te parece, Francisco Javier? —agregó mientras se empinaba otro trago de aguardiente y estiraba el brazo con la garrafa de vidrio en la mano convidando a Francisco Javier a que hiciera lo mismo—. Ah, por cierto, se me olvidaba que ahora que regresemos río abajo te voy a mostrar dónde destilan este excelente aguardiente aquí cerquita, sobre la margen izquierda, al pie de los acantilados, y el agua, ni te imaginas, la sacan del mismo río; hay que verlo para creerlo, pero de lo que no tengo duda es de que éste es el mejor aguardiente de la región. En tu tierra no hacen este aguardiente, ¿verdad?, aparte de que ahí no se dan las cañas.

—Ya lo verás, allá también hay y muy bueno, aunque lo fabrican en las tierras bajas de la sierra, donde la caña se acriolló de maravilla; también fabrican una rica panela, pero claro, ya irás a Altotonga y gozarás de las aguas de uno de los principales afluentes de este maravilloso río; aquél no es tan grande y lo conocemos desde siempre como el río de Pancho Poza. ¿Por qué?, no lo sé y jamás me lo he preguntado, pero allá también la vegetación es bella y el agua sensiblemente más agradable que ésta. Aquella podríamos decir que, sin ser agua termal, es más tibia; sin lugar a dudas te gustará, lo sé, y ojalá ahora sí me cumplas la promesa de visitarme —respondió Francisco, aceptando el trago de aguardiente.

—Estaba pensando, Francisco Javier, que ocho años son muchos ya para que las gentes del gobierno prescindan de mis servicios y me dejen en paz; tú sabes mejor que nadie, pues cuando me ofreciste venderme esta hacienda propiedad de tu familia, yo accedí entusiasmado pensando en la vida alejada del bullicio urbano, de los enredos de la política, de las logias, del ejército, de todo, y mira lo que sucede: cuando hay algún conflicto me llaman, quieren que acuda de inmediato como si fuera incansable, pero la verdad ya estoy cansado. Otros deben entrar en escena, lo mío ya fue, luché por más de diez años en pos de la independencia, luego otros tres más para hacer efectiva la creación del Congreso, la aprobación de la Constitución y, por último, el establecimiento de la república, cuya responsabilidad recayó finalmente sobre mis espaldas, y después de cuatro años seis meses de cumplir de manera honrada con mi deber, le entregué el mando al general Vicente Guerrero Saldaña, de triste memoria. De ahí para el real ya conoces la historia: encomiendas, batallas, negociaciones, cargos en el Senado, la gubernatura de Puebla, comandancias de zonas militares, y este último encargo, esta pacificación de la zona norte del estado de Veracruz, es más que suficiente. Siempre he tratado de hacer las cosas de la mejor manera, pero ya estoy cansado; he cabalgado más que suficiente y lo triste, querido amigo, es

que cada día que pasa creo que las cosas se complican más y más. No sé hasta dónde vamos a llegar y si este pobre país aguante tanta división, tanta ambición, tantas propuestas encontradas.

—Tienes razón, ocho años son muchos —le contestó Francisco Javier—, pero para la construcción de una nación como ésta ocho años son un segundo que pasa inadvertido en la sucesión de acontecimientos donde la vida transcurre lentamente y las escenas de sucesos se repiten una y otra vez. ¿Qué son ocho años para trescientos de colonia, para seiscientos de la fundación de Tenochtitlan? No pintan en el tiempo y sin embargo aquí estamos. Imagínate cuántos miles de años han pasado para que se formaran estas paredes de piedra maciza que nos rodean, esta poza; miles y miles, y pasamos junta a ellas sin percatarnos de su presencia, sin apreciar su valor y así pasa con nosotros los seres humanos, a los que el destino nos depara diferentes situaciones. Por ejemplo tú, venido de tan lejos, de Tamazula, Durango, ¿quién te iba decir que ibas a dirigir la insurgencia en Veracruz y después de la caída de Iturbide, al jurarse la Constitución de 1824 y establecerse la república, serías el primer presidente de México? ¡Quién te lo iba decir!, ¿lo habías soñado acaso? Y sin embargo, parece que todo pasó tan rápido que pocos son los que tienen conciencia de todo lo que hiciste y has hecho por el país.

—Así son las cosas, amigo mío, si yo hubiera sabido cuál sería mi destino cuando emprendí el camino de Tamazula a Durango sin un céntimo de plata, sin nada más que mi conciencia cargada de ilusiones, a lo mejor no abandono mi terruño; pero imagínate, ¿qué hubiera hecho ahí, sin mis padres, sin ningún patrimonio ni futuro? No, definitivamente ahí no me hubiera quedado. Caminé y en el camino fueron muchos los buenos hombres y mujeres que me ayudaron, que me tendieron la mano, y de ayuda en ayuda llegué hasta la ciudad de México y el resto ya lo sabes, es parte de la historia, está escrito, pero lo que sí te puedo decir con toda convicción es que este país es grande, muy grande y lo mejor que tiene son sus gentes. Cuando yo me uní a las huestes de Morelos, prácticamente huimos de la ciudad como forajidos, de noche, escondiéndonos de los retenes, sin salvoconducto alguno, a la aventura total en la búsqueda de una idea, de un sueño, tal vez porque no tenía nada ni a nadie que le hiciera falta; mi familia, lejos, muy lejos, sabía de ellos por las cartas que me escribían en contestación a mis misivas, y en ocasiones tardaba hasta tres meses en que me respondieran, en obtener respuesta, pero sabía que vivían, que estaban bien, que el tío Agustín se las ingenia para mantenerlos y eso me daba seguridad, tranquilidad y nada me inquietaba ni distraía de mis estudios hasta que la euforia de la independencia nos tocó. Algunos maestros nos animaron y de las aulas de San Ildefonso salimos al campo de batalla sin jamás antes haber empuñado una espada, disparado un mosquete,

sólo con las buenas intenciones y el arrojo que te da la juventud, la inexperiencia y el hambre de no tener nada y no ser nadie, y en esa vorágine de sangre, de lucha cuerpo a cuerpo, en muchos de los casos enfrentando a la muerte como algo natural, lo que nos sostenía a todos era la figura de don José María Morelos y Pavón, su afecto y condescendencia hacia todos, su presencia siempre animosa, su palabra sabia y cálida siempre dispuesta a iluminarnos, y su fe ciega en el destino de la patria. Él sabía sin lugar a dudas lo que quería y sabía también que a diario se jugaba la vida, pero lo hacía con gusto, con certidumbre; estar junto a él era un privilegio y a él jamás lo desamparaba la Virgen María, en su advocación de Guadalupe. Todas las mañanas se encomendaba a ella y por las noches, aun con el cansancio y desgaste natural de la vida militar, rezaba el Santo Rosario; en más de una ocasión tuve el privilegio de acompañarlo. Con justa razón y la sapiencia que lo caracterizaba, cuando redactó Los Sentimientos de la Nación, el 14 de septiembre de 1813, incluyó en el punto diecinueve que en la nueva legislación que se iba a redactar se estableciera por ley constitucional la celebración del día doce de diciembre en todos los pueblos, dedicado a la Patrona de nuestra Libertad, María Santísima de Guadalupe, encargando a todos los pueblos la devoción mensual. ¡Ay, Franciscol, si tú lo hubieras conocido entenderías mejor todo esto que te platico. Cuando lo conocí, después de la toma de Oaxaca, puesto que yo estaba bajo las órdenes de Rosáins y posteriormente de Matamoros, me emocionó mucho el hecho de que me diera un fuerte abrazo y me felicitara por el coraje con que había arengado a mis hombres después de haber aventado por delante mi espada. “Este muchacho tiene madera, además ya es casi abogado y nos puede ser útil en otros menesteres —le dijo a Galeana—; contáctalo con Andrés Quintana Roo y que ayude también con la correspondencia y la bitácora y el recuento de hechos y batallas”. Y así me integré a la lucha, Francisco Javier, y como dicen, de ahí p’al real. Y henos aquí, disfrutando de un buen trago y de este paisaje maravilloso. Ah, por cierto, debo decirte que en la casa donde guardo mis papeles y archivo personal, allá en México, tengo un documento que yo mismo copié y transcribí del original que escribió Quintana Roo la noche del 13 de septiembre de 1813 en Chilpancingo, la víspera de la instalación del Congreso, que unos llaman de Anáhuac y otros de Chilpancingo, que contiene lo que yo llamo la síntesis del pensamiento de Morelos. Me gustó tanto que lo copié y cuando lo hacía, lloré, la emoción me embargaba y cada vez que lo leo me estremezco. Ésos eran hombres, Francisco Javier, y por ello decidí hacer varios pergaminos. Y ahora que yo vaya uno será para ti, mi querido amigo, sí, ten la certeza de que será para tí, que no le conociste.

—Todo esto que me pláticas me emociona y te agradezco desde ahorita ese documento que me prometes. Ya antes me habías contado más cosas de cuando estudiabas en San Ildefonso, de cuando conociste a don Andrés Quintana Roo, cuando éste litigaba en el despacho del tío de su futura esposa, nuestra querida Leona Vicario, de cuando estuviste encerrado en las cuevas y de milagro te salvaste de una pulmonía, pero de lo que jamás me has hablado, por lo menos a mí, no sé si a otros corregigionarios se los hayas confiado, es de cuáles fueron las razones que te llevaron a dejarnos como huérfanos, acéfalos, la víspera de...

—Ya sé por dónde vas, mi querido Francisco Javier, y perdóname que te interrumpa — interpeló Victoria arrebatándole la palabra de la boca a su amigo, un poco exaltado—. De nada, eh, de nada de lo que he hecho en mi vida me arrepiento, porque siempre mi línea de conducta ha sido la misma, recta, tratando de no ofender a nadie ni comprometiendo la honra o la vida de nadie, así que ya lo sabes, de nada me arrepiento.

—¿De nada, mi querido José Miguel, de nada? ¿Y qué cuando nos ignoraste en Córdoba y te marchaste tras Iturbide? ¿De eso no te arrepientes? En ese momento te necesitábamos, sobre todo los recién incorporados al movimiento de independencia; nuestras fuerzas estaban acéfalas, no contaban con un general de tu prestigio y sin embargo no sé qué pasó, te envaneciste, los halagos de las gentes fueron muchos y aun así nos abandonaste. ¿O me equivoco? Discúlpame, amigo, yo hubiera sido el último en preguntarte eso, pero ahora, tal vez a la distancia de los años, a la confianza que te tengo, al influjo de este dulcecito aguardiente, de tu apacible charla, tu presencia tan cercana hacia mi persona, no sé, una y mil cosas me asaltan, y de pronto me nació hacerte esa pregunta, espero que no te ofendas; varias veces lo comentamos con Herrera, con Durán, con Jarero Ruiz, con Filisola; bueno, hasta con el difunto Mier, y jamás le hallamos explicación alguna, además de que en ese entonces, la verdad, te conocíamos muy poco. Ese día, José Miguel, te necesitábamos, tú eras el indicado para conducirnos en la batalla y no obstante te marchaste sin decir nada; la gente te aclamaba, yo recuerdo cómo se emocionaban al conocerte; yo mismo, al estrechar tu mano, la de un auténtico guerrero, de un hombre que se había jugado la vida sin acogerse al indulto, casi lloro, te lo juro, y me cuestionaba y me decía a mí mismo “eso es tener convicciones”. Pero cuando me da por reflexionar y acordarme de todo lo que hemos pasado juntos, de todo lo que has hecho por mí, me brinca ese incidente, pero después de todo, ¿quién soy yo para pedirte una explicación?

—Dices bien, Francisco Javier, dices bien; me fui, que es distinto, no los abandoné, porque ustedes eran un ejército más que disciplinado y sabían mejor que nadie cómo actuar,

puesto que poco tiempo atrás eran del mismo bando y conocían bien las tretas de Hévia y compañía. Además, ¿cómo los iba a dirigir un ilustre desconocido siendo ya ustedes parte del onceavo regimiento del Ejército Trigarante? No, eso no podía ser, primero tenía que ponerme a las órdenes de Iturbide, conferenciar con él y entonces, de acuerdo con sus instrucciones, actuar en consecuencia, ¿no crees? Y precisamente eso fue lo que hice, lo alcancé en San Juan del Río y le ofrecí mi experiencia, la poca gente con la que contaba todavía y un programa para fortalecer el Plan de Iguala, de acuerdo con la ideología de mi general Morelos, congruente con el texto del Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana, que había sido jurado en Apatzingán en 1814 sobre las bases de una república, sobre las ideas liberales de la Constitución de Cádiz, pero eso nadie lo entendió, creyeron que me estaba proponiendo para encabezar el nuevo gobierno y en eso, ¡qué equivocados estaban todos ustedes! En fin, después de todo mi plática con Iturbide fue poca, nunca hubo química ni afinidad entre nosotros, tú ya lo sabes, siempre me mantuve a distancia y se rehusaba a reconocer mis diez años de lucha, mi condición de insurgente, de ser uno de los dos generales, con Guerrero, que jamás aceptamos el indulto del virrey ni depusimos las armas. Además, acuérdate que para mi mala suerte, durante la firma de los Tratados de Córdoba con Odonojú las fiebres se encargaron de mantenerme alejado de la escena. Realmente, la verdad, por invitación de todos ustedes es que accedí a acompañarlos a la ciudad de México aquel jueves 27 de septiembre de 1821 y ser parte de aquella pantomima en que se consumó la independencia. Y total, a la hora de la fiesta, de las celebraciones palaciegas, fuimos excluidos porque no éramos importantes; es más, a mí, ni mi grado de teniente general de la provincia de Veracruz me fue reconocido. ¡Mira que elegir el día 27 para entrar a la ciudad nada más porque era su cumpleaños!, ¡qué tipo tan ególatra!, estarás de acuerdo conmigo. Yo nunca negué los méritos de Iturbide, jamás; él me rechazó, pero su mayor enemigo tú sabes bien que era su soberbia, su vanidad y eso condenó al fracaso todo su proyecto.

Y mientras hablaba con vehemencia, con apasionamiento contenido, Victoria miraba complacido a su amigo, que parecía arrepentido de haberlo encarado con aquella pregunta incómoda de la que a más de uno le hubiera gustado escuchar su respuesta.

—Imagínate, mi querido amigo —le decía José Miguel a Francisco Javier, poniéndole la mano sobre el hombro izquierdo—, yo que por más de treinta meses estuve encerrado en una cueva arriba de Misantla, vencido, muerto de hambre, desmoralizado, hastiado de tanta sangre derramada, ¿tú crees que yo me iba a oponer a que se consumara la independencia? No, de ninguna manera, sólo que las condiciones deberían de haber sido otras; y no se te olvide que

luego la historia la escriben los vencedores, no se te olvide, querido amigo, no se te olvide. Por eso, por las noches paso varias horas en vigilia pensando en cómo la historia o quienes la escriban me han de juzgar. Lo que sí te digo, Francisco Javier, es que yo jamás he traicionado mis principios, aunque no ignoro que infinidad de veces me han tachado de tibio, de inepto, de mal militar y pésimo estratega por condescender, por preferir el diálogo a la imposición, por hacer las cosas de acuerdo a Derecho, a la ley; es más, mi querido y fiel amigo, hay por ahí mentes enfermas que llegan al grado de calumniar, de murmurar que yo jamás pasé hambre ni estuve encerrado en una cueva por más de diecinueve meses; suelen decir que todo este tiempo yo descansaba plácidamente en la hacienda de Paso de Ovejas, propiedad de mi amigo Francisco Arrillaga, quien me protegía. ¿Puedes creerlo? ¿Que haya gentes que divulguen esa sarta de patrañas? Pues las hay, y muchas; ya se les olvidó que yo salí de mi escondite y me hice presente el 2 de enero de 1821 en el pueblo de San Diego, y no porque estuviera yo dispuesto a defender la Constitución de Cádiz, jurada en la ciudad de México el año anterior, el 8 de junio de 1820, situación de la que yo jamás me enteré hasta ese enero de 1821. No, yo nunca abogué por eso; menos aún habiendo sido simpatizante de los esfuerzos del Ayuntamiento de la Ciudad de México. Conocí bien al licenciado Francisco Primo de Verdad y al fraile Melchor de Talamantes; en ese tiempo era yo estudiante de Derecho y hacía mis prácticas en el despacho del conocido y prestigiado abogado Juan Nazario Peimbert y Hernández, y como todos los jóvenes inquietos del momento y decididos seguidores del movimiento de independencia, formé parte de la Sociedad Secreta de “Los Guadalupes”, gracias a ello pude burlar las garitas que me impedían salir de la ciudad y enrolarme en la lucha directamente con los Galeana, primero con Pablo y después con don Hermenegildo, en el decisivo momento del sitio de Cuautla. Bueno, pero eso es cosa del pasado. Volviendo a lo que te estaba comentando, si volví a la lucha fue porque creí que era el momento de reavivar la flama de la independencia que las políticas de indulto, propiciadas a diestra y siniestra por el virrey, habían apagado. No, incluso en una proclama que hice circular por esos días de mi puño y letra lo decía: *Recordad mexicanos, que nuestros sudores, nuestros sacrificios y nuestra sangre derramada no han sido para sostener la constitución española, sino para defender la independencia mexicana.* Y tan es así, que todavía conservo entre los papeles y documentos que atesoro una copia de ese manifiesto, pero otra vez, de nueva cuenta, el virrey con sus ofrecimientos de indulto y el gobernador José Dávila con sus apoyos a los nacionales indultados complicaron las cosas y la gente no reaccionó a mi llamado, y no es que me abandonaran, ¡no, de ninguna manera!, jamás nadie me traicionó ni me volteó la espalda. Yo los entiendo, diez años

de guerra civil se dicen fácil pero no se viven igual, las gentes estaban cansadas y no obstante eso y pese a que mi cabeza tenía precio jamás me denunciaron, y pudieron hacerlo, eh; primero estaban sus familias, sus hijos, su tranquilidad, pero siempre me respetaron, y mira que el entonces capitán Antonio López de Santa Anna andaba tras de mí como perro de caza. Posteriormente, una vez promulgado el Plan de Iguala el 24 de febrero de ese mismo año, casi dos meses después, el 20 de abril precisamente, por cierto viernes santo, yo me presenté en La Soledad ante Santa Anna, mi antiguo y eterno perseguidor, ya en ese momento partidario de la independencia y enlistado dentro de las filas del Ejército Trigarante, y para mi sorpresa me acogió con beneplácito y todos, de inmediato, me reconocieron como el “General en Jefe” de la provincia de Veracruz, gesto que yo agradecí pero decliné de inmediato para ir en busca de Agustín de Iturbide, con quien me entrevisté hasta el 8 de junio en San Juan del Río; ahí le reconocí su estratégica acción en aras de lograr la independencia, pero siempre, siempre, le eché en cara su encarnizada lucha en contra de “Los Nacionales”; nunca estuve de acuerdo que quien con más saña persiguió a Hidalgo, a Matamoros y al mismo Morelos, de la noche a la mañana se alzara como el libertador de la patria, ¡qué ironía del destino!, me decía a mí mismo —y al decir esto, a Victoria se le llenaron los ojos de lágrimas al tiempo que un leve temblor se apoderó de todo su cuerpo; sus asistentes, preocupados, lo sujetaron de los brazos y lo invitaron a que respirara profundo, y luego, sorbo a sorbo, deglutió otro poco de aguardiente. Se hizo un vacío y un silencio que dejó al descubierto todos los sonidos de la naturaleza y el suave murmullo del correr del agua fue el mejor bálsamo para aquella alma que desahogaba sus angustias en medio del llanto contenido.

Francisco Javier, envuelto en aquella gruesa manta de algodón, sudaba de manera profusa y en voz baja balbuceaba: “Perdón, perdón, no era mi intención ofenderte, de ninguna manera, qué cabeza la mía, si yo hubiera sabido que mi impertinencia te iba a poner en ese estado, mejor ni hubiera hablado”. Y sin pensarlo lo abrazó con emoción y por unos minutos, abrazados como figuras de sal petrificadas, formaban una sola escultura con la formación rocosa y las lajas de cantera sobre las cuales se hallaban anclados. El aire silbaba por la cañada mientras aquellas cuatro figuras, José Miguel, Francisco y los dos asistentes, parecían detenidas en el tiempo rompiendo la monotonía de aquella tarde estival que se escurría ante los embates del viento tibio del sur que les ayudaba a exudar el aguardiente que había amenizado aquel encuentro de sanos reclamos, donde los amigos se habían reencontrado como nunca.

La tarde previa a su partida, estando los dos amigos departiendo unos buenos puros de San Andrés Tuxtla, el general se incorporó, entró en la casona y luego salió con un pergamino enrollado bajo el brazo y algunos aditamentos guardados en una bolsa de cuero, y un tanto ceremonioso, se dirigió a Francisco Javier y le dijo: “Te voy a hacer una propuesta, espero que no te disguste y la quiero hacer de amigo a amigo, de hermano a hermano, como la hubiera hecho con el mío, tu tocayo, y que nunca llevé a cabo”. Al pronunciar el nombre de Francisco Victoria, su difunto hermano, se le quebró la voz y sus ojos derramaron algunas lágrimas que no pudo evitar. “Discúlpame”, le dijo, “este dolor es superior a mis fuerzas”. Ya más calmado, tomó asiento y continuó: “Quiero que sellemos un pacto de sangre y con ella firmemos, sobre estos dos pergaminos que he preparado, nuestros juramentos recíprocos y que incluso los cerremos con lacre al calor de una vela. ¿Estarías de acuerdo conmigo en sellar este pacto de hermanos?”. “¿Y qué vamos a prometernos, José Miguel?”, le preguntó Francisco Javier. “Una cosa muy sencilla” —le respondió—, “nos juraremos uno al otro avisarnos cuando nos encontremos en peligro y la muerte ronde nuestras vidas. ¿Te parece?, ¿estás de acuerdo?”. “¡Claro!”, y estrecharon sus manos a la altura del antebrazo como dos gitanos, perdidos en la languidez de una tarde calurosa que se extinguía al final de la jornada.

Se hizo un silencio y él tomó la iniciativa, haciéndose y haciéndole una pequeña incisión en las muñecas, y al brotar la sangre la mezclaron en un pequeño recipiente, donde introdujeron las plumas con las que firmaron sobre los dos pergaminos aquel juramento recíproco. Al terminar de firmarlos intercambiaron plumas y Francisco Javier se apresuró a guardarlos en una bolsa de cuero; él los depositó en un cofre de madera de Olinalá que traía consigo desde que pasó por ese lugar camino al Congreso de Chilpancingo, hacía ya más de 24 años, cuando el generalísimo Morelos lo había nombrado general brigadier y le había encomendado el movimiento independizador en Veracruz. “Este juramento yo lo había planeado con mi hermano Francisco, cuando él todavía no se apellidaba Victoria y yo era sólo José Miguel Ramón Adaucto Fernández y Félix y aún no había tomado la determinación de abandonar Tamazula”, le dijo mirándolo fijamente, como si quisiera grabarse bien su rostro, los celajes de la tarde, el momento. Aquella despedida había sido emotiva, tal parecía que José Miguel, como le decía Francisco Javier a Victoria en la intimidad, presentía que tal vez esa sería la última vez que se verían. Dos días antes habían llegado procedentes de Boquilla de Piedras, adonde habían acudido a recoger un pedido de armas a unos traficantes ingleses, como en los viejos tiempos, y tras descansar, nadar y haber pactado aquel juramento, antes que muriera la tarde José Miguel invitó

a Francisco Javier a rezar el rosario, al tiempo que caminaban por los alrededores de la casona aquella que las más de las veces permanecía a la espera de su dueño, quien siempre, de manera itinerante, andaba por donde lo llevaran los compromisos contraídos con la república, no obstante que él había cumplido con creces su periodo presidencial.

—¿Rezas a menudo el Santo Rosario, Francisco Javier? —le preguntó José Miguel mientras sacaba de una pequeña bolsa de cuero que traía consigo, un hermoso rosario de cuentas de alabastro engarzadas en una fina orfebrería de plata—. Era de mi madre —le dijo con un dejo de nostalgia mientras los ojos se le colmaban de agua—. Ella me enseñó a rezarlo todas las tardes, lo hacíamos en compañía de mis hermanos y en ocasiones, cuando estaba en casa, nos acompañaba mi padre; después, al morir ella y luego luego mi padre, mi tío Agustín, a quien yo auxiliaba en algunas tareas de la parroquia en Tamazula, continuó con la tradición de rezar el Santo Rosario todas las tardes; el día que por alguna circunstancia no lo rezo, ando inquieto y hasta me siento mal —le decía a su amigo Francisco Javier, quien tenía la misma devoción y cuidado de hacerlo—. El padre Morelos lo rezaba a diario, además de las lecturas inherentes a su calidad de sacerdote —comentó José Miguel—. En cierta ocasión —siguió diciendo—, ya cercana la noche, al ir cabalgando rumbo a Chilpancingo me le emparejé para hacerle plática y con gesto afable y una sonrisa me invitó a que me sumara a su oración. *Cuando el trabajo es arduo y las jornadas largas, el rezar reconforta, te acerca a Dios y es un buen compañero para reflexionar sobre infinidad de cosas en las que nunca reparamos porque argüimos que no hay tiempo*, me dijo con voz serena y cuando llegamos a nuestro destino ya habíamos rezado lo de tres rosarios. Yo siempre lo rezaba, tenía esa buena costumbre inculcada por mi madre, pero cuando se me hacía tarde o se dificultaba el hacerlo debido a diversas circunstancias, lo dejaba para el día siguiente y así llegué a acumular hasta quince días sin rezarlo, pero desde esa vez que el padre Morelos me puso el ejemplo procuro hacerlo todos los días —expuso José Miguel, haciendo remembranzas de sus días al lado del generalísimo Morelos.

Cuando terminaron de rezar el rosario, sin darse cuenta llegaron caminando hasta el río y de regreso a la finca miles de luciérnagas iluminaban el camino, como si las estrellas de esa noche bajaran del firmamento y los acompañaran en su recorrido.

—En Tamazula, mi tierra —explicó José Miguel—, a las luciérnagas las conocemos como “copeches” y aquí les dicen “cocuyos”, qué más da, de todos modos alumbran y embellecen el camino, ¿no crees?

Terminada la jornada y después de una reconfortante cena, consistente en ricas acamayas en caldo, José Miguel volvió a evocar a su natal Tamazula: —En mi tierra las conocemos como “caiques”; yo, de niño, las capturaba cerca de mi casa, las buscaba entre las piedras del río, ¡qué tiempos aquellos!, ¡qué tiempos! —volvió a decir, satisfecho de compartir aquellos momentos con Francisco Javier, a quien ya para irse a dormir le dijo—: gracias, amigo, por haberme vendido este paraíso que es El Jobo, que bien me merecía después de tantos años de austeridad y privaciones, de vivir nada más con lo absolutamente indispensable.

Al día siguiente, después del almuerzo a media mañana, Francisco Javier decidió emprender su camino hacia Altotonga.

Quién le iba a decir a Victoria en aquella ocasión —pensó Francisco Javier— que precisamente en un mes más él iba cumplir aquella fatídica promesa, más pronto de lo que esperaba; tantos recuerdos le secaban el alma y las lágrimas no se hacían esperar, rodándose por el rostro. “Me estoy haciendo viejo”, meditó, “con qué facilidad lloro”, y apretando con fuerza la medalla de plata de pesado gramaje de la virgen de Guadalupe que le había impuesto su madre al año de nacido y que jamás se quitaba, porque en más de una ocasión le había salvado la vida, evocó aquella tarde plomiza de octubre, cercana a Todos Santos, en que tras enfrascarse en agrias discusiones con varios integrantes de un batallón de lanceros perteneciente a una de las compañías del general Antonio López de Santa Ana que se hospedaba en un mesón en la villa de Las Vigas, adonde había acudido por negocios personales, los insultos y reclamos no se hicieron esperar; como medida precautoria sacó a Tecopaguas del mesón, lo ensilló y a todo galope cabalgó hacia Altotonga por el atajo de las Minas y la congregación de Juan Marcos. Ahí, pensó en aquella ocasión, los lugareños eran sus amigos y lo protegerían. A medida que él avanzaba y la niebla disimulaba su silueta apenas dibujada en lontananza, cuando ya parecía que por fin se había librado de la partida de lanceros, éstos, incansables, daban vuelta en cada recodo y entre los arbustos asomaban los gallardetes de sus lanzas desafiando el paisaje. Llegó a las afueras del pueblo y por el camino de las cuevas arribó a la margen derecha del río de Pancho Poza, donde liberó a su caballo, que conocía bien la zona, despeñó la montura y de manera sigilosa se introdujo en su propiedad donde, a la sazón, doña Chole planchaba alteros de ropa y Juan Cástulo desgranaba y seleccionaba el maíz cacahuazintle de las tierras bajas de riego para la elaboración del “pichi”. Exhausto, les pidió auxilio y les dijo del peligro que corría su vida y la de ellos por ser sus sirvientes; sin pensarlo, Juan Cástulo lo introdujo debajo de la troje, rompiendo con el machete una de las compuertas de ésta; pronto, las mazorcas a granel se

vinieron abajo y se desparpajaron sobre el patio formando un montículo considerable sobre su cuerpo, continuando sin inmutarse con su paciente labor de desgranar nada más las partes medias de las mazorcas.

Mientras la mujer, impasible, tarareaba una melodía y el mozo continuaba con su labor, los lanceros irrumpieron en el patio y con gran estrépito comenzaron a romper canastas y a ensuciar la ropa al punto que arrojaron las planchas encendidas de brasas sobre los géneros almidonados; pronto las llamas se adueñaron del patio y la confusión se extendió a los gallineros y al establo. Con saña inaudita, entre cuatro arrinconaron a Juan Cástulo al final del patio quemándole la garganta con una plancha al rojo vivo al negarse a dar informes sobre el paradero del fugitivo: “Si no quieres hablar, infeliz —le dijeron—, con esto jamás hablarás”. Y lo dejaron por muerto. doña Chole, con los ojos desorbitados, contemplaba cómo una y otra vez los soldados aquellos introducían las lanzas entre el montón de mazorcas y con las puntas de las bayonetas destrozaban canastos, costales, barricas de vino y lo que se atravesara a su paso; encolerizados, maldecían a los cuatro vientos, mientras él, en el fondo del piso, conteniendo la respiración, elevaba sus plegarias al Altísimo y en ese trance refrendaba su promesa de niño, de adolescente, de proseguir sus estudios en el seminario y consagrar su vida al señor. La punta de una bayoneta le arrancó un mechón de pelo y otra le traspasó el saco a la altura de la axila, sin siquiera rozarle la piel; las palpitaciones aumentaron su ansiedad, y tendido, con el peso de las mazorcas encima, respiraba con dificultad. Un prolongado vértigo lo deslizó en segundos por escenas de su vida y una a una las imágenes le revelaron, a manera de estampas, diversos acontecimientos, como su presentación al templo cuando cumplió los tres años, de la mano de Pedro, su hermano mayor, y de inmediato se contempló presenciando el entierro del mismo, veintinueve años después; su primera comunión, a los siete años, en medio de sus hermanas Soledad y Rosario; su ingreso al seminario menor en Puebla; su madre en el lecho de muerte; el día de su boda en Teziutlán al lado de su difunta esposa, Manuela, y el día en que ésta murió, justo al mes de nacida su hija Manuelita. Se vio a sí mismo con Guadalupe en brazos cabalgando a media noche después del asalto al fuerte de Boquilla de Piedras; se vio a los pies de la virgen de Guadalupe en el Tepeyac la víspera de la entrada del Ejército Trigarante a la ciudad de México, y recordó la algarabía y el júbilo que embargaba a todos al ir desfilando en medio de la lluvia de papelitos de colores y pétalos de flores al pasar bajo los arcos triunfales edificados para la ocasión solemne de aquel jueves 27 de septiembre de 1821; el fuego cruzado de la artillería realista durante la batalla de Córdoba en mayo de 1821 se hizo presente y las miradas fijas de Hevia y

Pascual de los Santos, que le acompañaban en sus reiteradas pesadillas como presagios de muerte, aceleraron su ansiedad. El vértigo fue tal que lo dejó inconsciente por más de tres días.

Ya para marcharse, no sin antes cargar con un jugoso botín de cueros y reses que arrearon por el camino de Talixco, aquella fatídica pandilla de bellacos, como corolario a su villanía, amordazó a la infeliz mujer y uno a uno la violaron.

El fuego lo apagó la lluvia menuda que subió del rumbo de Atzalan, adonde habían ido todos los de la Hacienda en procesión solemne a dejar la imagen de san Miguel Arcángel, que pasado el 29 de septiembre habían llevado en peregrinación a la capilla de la Asunción, cercana a Altotonga; con razón Justino, el mayordomo, se había inquietado al descubrir a Tecopaguas sin bridales y sin montura pastando en la ribera del río. Al enterarse de lo sucedido, dio gracias a Dios de que la niña Manuela se encontrara en Teziutlán pasando una temporada con doña María Rita García Diego viuda de De la Torre, su abuela materna.

Doña Chole, la abnegada cocinera, traumada y con la mirada perdida, no acertaba a decir nada, sólo lloraba sin cesar deambulando por el patio; Juan Cástulo, botado en un rincón de los macheros, supuraba la herida y ardía en fiebre. Nadie sabía cómo descifrar aquel oscuro y fatídico rompecabezas y todo lo que había sucedido en el lapso de dos horas. ¿Por qué?, ¿por qué tanto odio hacia el señor Francisco Javier?, balbuceaba Justino. Al día siguiente, doce horas después, exhausto, magullado y sin aliento, lleno de ronchas y piquetes de gorgojos y corucos, apareció él, consumido por el esfuerzo y el prolongado ayuno, y cayó en un sopor profundo que lo sumió en un sueño reparador de dos días; hasta entonces se enteró bien de la tragedia y de lo que habían sido capaces las huestes de Santa Anna en su afán de destruirlo y de hacerse solidarios del odio furibundo de su jefe hacia Gómez, antiguo contrincante y correligionario de las milicias urbanas virreinales.

Como medida precautoria, ese mismo día lo trasladaron en una parihuela hasta Jalacingo, donde un facultativo lo atendió de la bronquitis por más de quince días y le curó las heridas del cuerpo lleno de ronchas con polvos de arroz y haba tostada para calmarle la tremenda armonía<sup>1</sup> que lo desesperaba al borde de la histeria, pues no había parte alguna de su blanca piel que no hubiera sido picada. Entre la tos y la comezón sólo movía de manera afirmativa la cabeza cuando la religiosa que lo cuidaba le repetía: “Digo, ¿te da armonía, hijo?”. Así hubo de permanecer todo el tiempo mientras la imaginación le daba vuelo a los recuerdos y a cada rato urdía alguna

---

<sup>1</sup>Vocablo muy utilizado en la región donde se desarrolla la historia, como sinónimo de comezón.

estratagema nueva para vencer de manera definitiva a su eterno contrincante, pero lo que no lo dejaba dormir era el juramento que en su desesperación, debajo de toda aquella pesada carga de mazorcas, le había hecho al Creador, el de hacerse sacerdote si le salvaba la vida en aquel amargo trance. ¿Cómo lo haría?, ¿cuándo podría salir de su escondite médico de Jalacingo?, ¿volvería a Altotonga a dejar arregladas las cosas?, ¿cuándo les avisaría a Guadalupe y a Manuelita, sus hijas, que había hecho ese solemne juramento y que lo pensaba cumplir? En realidad —pensaba—, salvo Manuelita, quien apenas tenía 9 años y estaba bajo el cuidado precisamente de su hermana mayor, Guadalupe, quien aun siendo niña se había hecho cargo de ella, y en ciertas ocasiones también pasaba temporadas en Teziutlán con su abuela materna, era quien realmente le preocupaba y por quien en ocasiones anteriores se había detenido en tomar esa decisión. ¿Entenderían bien la situación? Además, él jamás se desentendería de ellas, eran sus dos únicas y muy amadas hijas; la primera, que había recogido en Boquilla de Piedras cuando él tenía apenas 22 años, y la segunda, que había procreado con su difunta esposa, doña Manuela de la Torre García Diego, fallecida al mes de nacida su pequeña. La hacienda y todas sus pertenencias serían para Manuelita, la más pequeña, para cuando estuviera en edad de merecer un buen esposo. Guadalupe, gracias a Dios, había hecho un muy buen matrimonio, había recibido en su momento su dote y gozaba también de la protección de su verdadero padre, el general José María Jarero Ruiz, y de la familia de su malograda madre que la providencia y el destino le habían permitido recuperar.

Fue precisamente hasta Jalacingo, en enero de 1838, a la casa de las monjitas que lo cuidaban bajo la amorosa supervisión de su hija Guadalupe, atrás del santuario del padre Jesús, que el general Victoria llegó acompañado de su guardia personal y pernoctó por más de tres noches en casa de la familia Villegas para estar al pendiente de su salud. “Lo sabía, Francisco, y más que eso, lo presentí el día que esos infelices te acosaron en tu hacienda” —le dijo Victoria tras abrazarlo en su encierro voluntario y de restablecimiento en el convento de las adoratrices— ; “esa tarde terminaba de escribirte la carta que ahora te entrego en propia mano, donde te comentaba sobre la gran variedad de hierbas medicinales que he sembrado en El Jobo para, ya deshidratadas, en sendos sobrecitos presentarlas para su venta; en Puebla ya tengo quién las distribuya y en eso estaba, como te decía, cuando de pronto la pequeña incisión que nos hicimos para sellar nuestro pacto me empezó a punzar con fuerza, cada vez más y más, hasta que presentí que algo malo estaba a punto de ocurrirte o que alguien quería hacerte daño; así fue como llegué hasta Santa Cruz, tu hacienda. De ahí, Justino, tu administrador, me hizo el favor de acompañarme hasta acá; durante el trayecto me contó toda la infamia de que fueron capaces los

integrantes de ese maldito destacamento de lanceros; si esos son parte de nuestras fuerzas armadas, ¿para qué queremos enemigos con esos dentro, no crees? Son fieles bellacos de su jefe” —le comentó sonriendo, al tiempo que se sentaba al pie de su cama.

Esa fue la última vez que se vieron y él no le mencionó sus intenciones de pedir la amnistía y baja del ejército para ingresar a la carrera sacerdotal, pues bien a bien aún no lo había decidido del todo; fue hasta la primavera de ese mismo año cuando decidió irse a Puebla, vestido de civil y con las barbas crecidas. Con motivo de su ingreso al seminario dejó a Manuelita, su hija menor, en Jalacingo, con Guadalupe, quien a la sazón tenía 22 años y se había casado con un joven de apellido Villegas, José de nombre, y radicaba en esa población. En aquella visita el general Victoria le había comentado a Francisco Javier que no se sentía bien y que había decidido irse a México a consultar a un buen galeno que le solucionara sus achaques; incluso le confió que por andar toda la vida a salto de mata y al servicio de la patria nunca había tenido vida propia, un hogar y mucho menos hijos. “A veces pienso que tener una linda esposa que me cuide no es mala idea, sólo que a estas alturas del partido quién va a querer a un viejo de casi 52 años”. Y se reía de buena gana, recordó.

En aquella ocasión, no obstante las privaciones y friegas que se habían llevado en la campaña de Papantla, de reciente memoria, lo había visto bien, animoso, pulcramente vestido y fue cuando le confió su espada inglesa, que había sufrido algunos pequeños desperfectos en batalla. “Te la dejo para que la mandes arreglar a Amozoc con tu armero, porque yo sé que tú con suma frecuencia vas a Puebla y de ahí Amozoc está a tiro de piedra”. “¿Te vas a desprender de ella, José Miguel”, le dijo, “después de 14 años de traerla ceñida contigo?”. “Sí”, le contestó, “yo sé que contigo estará segura. ¿Te acuerdas de cuando me la ceñí por primera vez?” “Sí, claro”, le respondió, “fue el 10 de octubre de 1824, el día que tomaste posesión como presidente de la República, y fue en la casa de las calles de Balvanera, en la ciudad de México; ese día también nos acompañaba nuestro querido y común amigo el coronel José María Jarero Ruiz, quien perteneciendo al ejército realista desde la época en que el teniente coronel Miyares te combatió en Puente del Rey, desertó y se puso de tu lado, te tomó aprecio y se solidarizó con tu causa al grado que su esposa, Esmeralda, perdió la vida cuando te acompañó en aquella infructuosa búsqueda de Francisco Javier Mina y ella se quedó en Boquilla de Piedras, tremendo episodio en mi vida del que el tiempo ha sabido cicatrizar las heridas” —y al recordar esto, el llanto afloró a sus ojos—. “¿Te acuerdas de todo eso, Francisco?”, le preguntó, “tienes una memoria prodigiosa”. “Sí que me acuerdo y también tengo presente cuando el señor Richard, representante británico

en Veracruz, me interrogó acerca de si te gustaría que te mandara hacer una espada en Londres y hasta le dibujé las insignias del águila devorando una serpiente para la empuñadura y la vaina, parece que lo estuviera viendo. Eso fue como en febrero de 1824, ¡qué tiempos aquellos!”, meditaba y ahora, a punto de volver a tener un encuentro con él, ¿cómo lo encontraría?, ¿le reconocería?, ¿estaría consciente?, ¿le pediría su espada que, por cierto, había traído consigo? Esa y mil cuestiones le asaltaban en medio de aquella desmañanada entre la niebla.

Absorto, con la cabeza llena de pensamientos, en un rincón del patio de la fortaleza, sin decidirse aún a dejarse ver abiertamente, envuelto en una cobija de gruesa lana y con el rostro semitapado, rumiaba sus recuerdos y hurgaba en algunos rostros en busca de cicatrices o marcas de guerra que identificaran o le dijieran algo del nutrido número de tropa y oficiales que se amontonaban en el patio principal alrededor de las hogueras. Creía reconocer algunos rostros que le fueron familiares durante la rebelión de Olarte y otros durante las campañas en Oaxaca, pero a él, con su nueva personalidad e investidura con antiparras, además de barbinegro, lo tupida de ésta le cubría su inconfundible hoyuelo en la barbilla que lo identificaba como de barba partida.

—¿Me parezco al comandante Gómez Bello que tú conociste, Juan Cástulo?, ¿el sacerdote y el comandante Gómez Bello se parecen? —preguntó a su ayudante, quien cansado y con frío daba sorbos a un pocillo lleno de café. Con la mirada expresiva en señal de desaprobación y moviendo la cabeza de manera negativa, su eterno y fiel mozo de estribo de toda la vida, Juan Cástulo, mudo desde el penoso incidente previo a Todos Santos del treinta y siete y ahora convertido en sacristán, al darle esa respuesta le infundió valor y disipó sus dudas para actuar con naturalidad.

—¿El padre Paco? —preguntó un joven oficial de cara risueña.

—Sí, ¿en qué te puedo servir, hijo? —contestó Francisco Javier de manera afable, satisfecho al fin de que Ramón Aparicio hubiera atendido sus deseos y corrido la voz de que había llegado el padre Paco.

—La esposa de mi general Victoria, la señora María Antonia Bretón y Velásquez, reclama su presencia en el lecho de su esposo —le dijo el teniente de manera atenta—. ¿Me haría el favor de seguirme, si es tan amable? —agregó y sin decir más se adelantó con una tea ardiendo en la mano para alumbrar los oscuros pasillos.

Sobresaltado, Juan Cástulo reaccionó a la intempestiva llegada del joven teniente que invitaba a Francisco Javier a seguirle, a lo que éste, con un ademán suave, le indicó a su ayudante que por ahora lo aguardara hasta que él regresara del hospital de la fortaleza.

Rápidamente, entre pasillos oscuros y húmedos subieron y bajaron escaleras hasta llegar a la parte oriente de la fortaleza, donde sobre una cama de cabecera y piecera blancas de fierro, entre almohadones y asépticas sábanas de manta cruda, yacía, ante los estertores tempranos de la muerte que se vislumbra, un hombre consumido por las fiebres, los accesos de tos y, de vez en vez, las convulsiones de una epilepsia tardía que seguramente alguna herida en batalla le ocasionara. Demacrado, de tez muy blanca y con la barba crecida de días de no afeitarse, con la vista nebulosa, mantenía fija la mirada en un grueso candil de luz ambarina que le daba un toque amarillento a toda la habitación, donde el sopor de la enfermedad y los resuellos del enfermo inundaban el ambiente impregnado del característico aroma de hospital: una mezcla de desinfectantes y antisépticos.

El 29 de septiembre, de producirse un milagro, José Miguel Ramón Adauto Fernández y Félix cumpliría 57 años de una vida azarosa, desafiante, entre la incertidumbre de lo cotidiano y los sobresaltos del destino, acostumbrado a que cada instante podría ser el último. Como pocos, para su época, había recorrido la mayor parte del enorme territorio de la joven nación que le concedió el privilegio de haber inaugurado la era republicana y la distinción de haber sido el primer presidente de la República, siendo el único que en la primera mitad del siglo XIX terminara el mandato constitucional para el que había sido elegido.

La figura robusta de Francisco Javier, vestida de negro y tocada con el característico gorro de clérigo, que dispuso debería ponerse al presentarse ante su amigo agonizante, llenó aquel cuarto amplio y de altos techos donde la mujer que reclamara su presencia dormitaba en un sillón, vencida por los días de ayuno, desvelo y mortificación. Ella tenía pocos días de haber alcanzado a su esposo, tras recibir la noticia del traslado de éste de Teziutlán a Perote. Llegó procedente de Jalapasco, la hacienda de su padre cercana a San Andrés Chalchicomula, donde residía, de común acuerdo con él ante la intolerancia al calor húmedo de la hacienda de El Jobo.

Ante su presencia, el joven capitán que lo condujo donde se encontraba la señora María Antonia, de manera comedida le susurró al oído a Francisco Javier: “Padre, la señora María Antonia casi no ve, sólo percibe sombras”, y aquella joven mujer, a quien no parecía doblegar el cansancio, a una indicación de su joven primo José de la Luz Rosains Bretón, que la acompañaba y parecía velar por ella en todo momento, de que el sacerdote estaba ya ahí, ella,

con cierta dificultad y trastabillando, se incorporó, y siguiendo el tono amable pero sonoro de la voz de Francisco Javier en aquella habitación semioscura, volteó hacia él.

—¿Me llamó la señora? —dijo, solícito, el enigmático cura recién llegado por la madrugada.

—¡Padre!, es una bendición que haya usted llegado y un milagro del cielo el hecho de que haya acudido a nuestra súplica sin que nadie hubiera ido a buscarlo —expresó aquella joven mujer de facciones finas y ademanes educados, en medio de la tribulación que la aquejaba y del desenlace inevitable que se avecinaba—. Mi marido me ha hablado mucho de usted, de la amistad que se profesan y de los años que lo acompañó a las campañas de Oaxaca y Papantla. Precisamente desde esta última, en que recuerda muy bien cuando usted se despidió de él en El Jobo y después de un atentado que usted sufriera lo visitó en Jalacingo, no había sabido nada de usted, no había vuelto a tener noticias suyas. Cuando el mayor Ramón Aparicio le dijo muy de madrugada “ni sabe quién lo busca, mi general, el comandante Gómez Bello en persona”, mi marido, dentro de su estado de semiinconsciencia, dicen que abrió los ojos y un rayo de luz iluminó su semblante cobrando vida de nuevo. “¡Tenía que ser!, ¡tenía que ser!”, murmuraba sonriendo. Alguien le había comentado que había usted fallecido en el 37, después de la pacificación de Papantla, pero él nunca lo creyó porque precisamente en enero del 38 había estado con usted en Jalacingo y por eso la noticia de su presencia lo ha mantenido despierto, inquieto, al grado de que insistió en verlo; hubo que advertirle que usted no es más el general Gómez Bello, sino el padre Gómez, y no obstante lo repentino de su visita no se asombró; por el contrario, dio muestras de que sabía de su llegada, lo esperaba, y ante la sorpresa de su médico, don Antonio González del Castillo, la mía y del personal que lo rodea, dijo enfáticamente: “¡Que venga!, ¡quiero verlo!, Francisco Javier Gómez Bello sí tiene palabra, sabe lo que es cumplir una palabra empeñada y con mayor razón a un compañero de armas en el umbral de la partida”.

—Señora, humildemente, yo soy sólo su amigo, su fiel subalterno y tiene toda la razón mi general Victoria, él y yo nos hicimos la solemne promesa uno al otro de acudir al lecho de enfermo, de moribundo, al saber la infiusta noticia de la proximidad del deceso de cualquiera de los dos, ya fuera el mío o el de él. La semana pasada yo tuve noticias por boca de mi hija Manuela, quien acababa de llegar de Teziutlán de visitar a su abuela materna, de que mi general Victoria había estado muy enfermo en Teziutlán y que, ya recuperado, lo habían trasladado hasta acá para que se atendiera en el hospital militar de aquí del castillo de San Carlos. Desde que lo supe me hice la firme promesa de venir a verlo, pero quehaceres inherentes a mi ministerio me lo habían

impedido y anoche, tras una premonición durante el sueño, con toda claridad escuché su voz que me decía: “Francisco, Francisco, un día de estos vamos a cabalgar juntos por los bajos del río Tamazula y cuando mires a tu alrededor el esplendor de las montañas de Campanillas y Huachimetas, estarás de acuerdo conmigo sobre la belleza de ese valle donde se juntan los ríos Ciánori y Canelas para dar origen al río Tamazula, y ahí en la junta, arriba, en la parte alta, encontrarás la casa de adobe y teja donde nací y desde donde se contempla, legua y media río abajo, la sobria iglesia de piedra de San Ignacio de Loyola que atendía el tío Agustín. Desde ahí, Francisco, soñé llegar hasta estos lares y cuando divises en la encrucijada de los ríos el lugar donde vine al mundo, mi partida será inminente”.

—¡Francisco! ¡Francisco! ¿Estás ahí? El murmullo de tu voz es inconfundible y se escurre por los rincones de estos vetustos muros que aún te recuerdan. Tonchita, déjalo que se acerque porque su visita es breve y sus fieles lo reclaman para la celebración del santoral; san Benito Abad, ¿no es así, padre Gómez? —repetía con insistencia el general Guadalupe Victoria, quien desde su lecho de enfermo luchaba con denuedo por enderezarse—. Tonchita, Tonchita, ¿estás ahí, mi diligente y bondadosa esposa? —expresó el general Victoria con decisión—. No se te olvide entregarle a nuestro querido Francisco el pergamo que le traje desde México y que tú guardas, yo se lo prometí precisamente un día antes de que nos hicieramos aquel sagrado juramento que lo ha traído hasta aquí. Dáselo por favor.

Francisco Javier, conmovido, sollozaba de manera silenciosa tratando de contener las lágrimas; no podía pronunciar palabra alguna sintiendo dentro de aquel recinto, iluminado sólo por la luz mortecina de dos palmatorias que contenían sendas velas de cera de Campeche, el desconsuelo del enfermo que, como bien sabía el recién llegado sacerdote, además de la enfermedad física que lo consumía estaba abatido por los fantasmas de su hermano, Francisco Victoria, de Juan Nepomuceno Rosains y de Vicente Guerrero, que lo invitaban a seguirlos y con quienes llevaba varias noches de insomnio en diálogo franco, sin afanes recriminatorios ni de condena —según le había comentado el mayor Ramón Aparicio, su fiel ayudante— de los tiempos pasados y las andanzas en común, y del porqué de sus actos en todo lo relacionado con las ríspidas relaciones entre Gómez Pedraza, Bustamante y Guerrero, de funestas consecuencias para su único hermano, que también había dejado no sólo Tamazula para sumarse a la causa insurgente, sino sus apellidos, siguiendo su ejemplo.

También para él la relación con Gómez Pedraza había sido difícil —pensó— y vino a su memoria cuando él, después de haber sido gobernador de esa fortaleza y estar gozando de

licencia indefinida ante la serie de problemas familiares que se le acumularon a fines de 1828 y principios de 1829, estuvo confinado en ese pequeño hospital en calidad de detenido, de arrestado, por haber declinado el exhorto a reintegrarse a las fuerzas armadas con motivo de la invasión del almirante Barradas. ¡Qué cosas!, recordaba, en esa época no podía ni montar a caballo por una vieja dolencia en la cadera que lo postraba tardes enteras y era menester usar corsé con varillas para poder sostenerse en pie; sólo gracias a la intervención del presidente Victoria, que sabía bien cuál era su situación, lo dejaron en paz y el 14 de febrero de 1829, cuarenta y cinco días antes de que este último entregara la presidencia de la República a Vicente Guerrero, le refrendaron su licencia. ¡Qué enredos!, ¡qué tiempos!, ¡qué país tan convulsionado!, se decía a sí mismo al contemplar aquellas altas paredes que reflejaban largas sombras en la penumbra del amanecer, al influjo de la luz de las velas. ¡Cuánto tiempo, Dios mío, cuánto tiempo! Y una mueca de tristeza se mezcló con lo que quiso ser una sonrisa, al acercarse al borde de la cama del enfermo.

—Aquí estoy, mi general, a sus órdenes, para lo que usted guste y mande, como en los buenos tiempos.

—¿Buenos, Francisco?, ¿qué tienen de buenos, mi fiel amigo? Creo que lo único bueno de todo es que por fin realizaste tu sueño de hacerte sacerdote, porque así tus feligreses te recordarán con cariño cuando ya no estés; de lo contrario, como soldado, son muchos los que ponen en entredicho tus servicios y siempre corres el riesgo de estar en el bando equivocado, aunque tú hagas todo lo que está a tu alcance para hacer bien las cosas. Y a todo esto —agregó el general Victoria desde su lecho de enfermo—, ¿cómo que usted?, ¿acaso no somos amigos, casi hermanos? ¿Quién me ocultó cuando me perseguía Iturbide a fines de 1822?

—Tú siempre te entregaste en cuerpo y alma a las mejores causas de la república, de la patria, eso nadie lo duda, José Miguel.

—Quién sabe, Francisco, quién sabe. Oye, pero lo nuestro, lo de ahora es otra cosa, estás aquí porque eres fiel a tus promesas y los deseos de la mente humana, cuando son auténticos, se cumplen de manera inexorable y anoché, mi vehementemente deseo de comunicarte mi partida te alcanzó. ¿Pudiste ver con claridad el río Tamazula y las hermosas vegas entre los ríos Ciánori y Canelas? —decía con ímpetu renovado aquel hombre a quien, en el umbral de la muerte, le brillaban los ojos al evocar su niñez y su primera juventud, a sus padres, su tierra natal—. Ahí mi madre cultivaba una huerta y más allá crecía la milpa y el trigo que se sembraban a fines de septiembre y se cosechaban con los soles de mayo; teníamos de todo y los graneros siempre

estaban llenos porque en época de lluvias las crecientes de los ríos nos incomunicaban de la villa de Tamazula hasta por un mes. Cuando murieron mis padres yo me hice cargo de todo y apoyaba al tío Agustín en los menesteres de la iglesia. Era mucha responsabilidad para un mozalbete de dieciséis años, ¿no crees? Por eso me aventuré por los caminos de la plata hacia Durango y ya ves hasta dónde llegué, y ahora todo está terminando. Estoy cansado de cabalgar; difícilmente alguien más en este inmenso país ha cabalgado tanto como yo, caminado a pie o en carreta y ya ves, el último tramo entre Teziutlán y esta villa de Perote lo he hecho en litera y de aquí, mis despojos mortales habrán de peregrinar de vuelta hasta donde Dios quiera y los hombres lo permitan: hasta Puebla, hasta México, hasta Durango, tal vez hasta Tamazula, tal vez...

De repente, interrumpiendo su charla, inquieto, comenzó a buscar a alguien con la mirada y, apretándole el brazo a Francisco Javier, le preguntó: —Oye, ¿has traído contigo al fiel Juan Cástulo? Que lo hagan pasar porque me quiero despedir de él, es un alma tan buena y fiel, eres afortunado al tenerlo a tu lado. ¿Quién cuidaría de ti con tanta devoción si no él? Haz que venga, por favor, que el tiempo apremia y allá arriba no esperan. Nunca olvidaré cuando me salvó la vida y me cuidó por espacio de un mes mientras ardía en fiebre en aquella cabaña en que me escondiste cuando, fugitivo, huía de la furia de Iturbide, que me perseguía con saña al descubrirse la conspiración de la casona de la Calle del Indio, ¿te acuerdas?

El mayor Ramón Aparicio bajó con prontitud al patio y a señas le indicó a Juan Cástulo que lo acompañara; de esa manera lo introdujo a la sala del pequeño hospital donde las velas y el humor de todos los ahí presentes habían caldeado el ambiente en esa fría mañana de marzo. —Aquí está, mi general, aquí está.

E hincándose a los pies del enfermo, Juan Cástulo besó sus manos y con ternura poco a poco deslizó sus manos por el rostro del general Victoria, que mojaba las manos del indio aquel que le había salvado de morir de pulmonía a base de infusiones e inhalaciones de hierbas en su escondite de San José Buena Vista, un caserío aislado en la sierra de Altotonga donde su amigo Francisco Javier Gómez lo había escondido de la ira del efímero emperador. El momento era estremecedor, Juan Cástulo lloraba sin derramar una sola lágrima de sus cuencas vacías, mientras José Miguel respiraba con dificultad.

—Gracias, Francisco, gracias por haber traído a este ángel, que su sola presencia me ha tranquilizado; y a ti, mi querido amigo, mi agradecimiento eterno por haber cumplido tu juramento. Ya pronto voy a poder gozar de la presencia de mis padres y volveré a ver a mi

hermano Francisco, que de manera tan cruenta me arrebató el destino... —y el hilo de su voz se fue haciendo lento a medida que se fue quedando dormido.

Francisco Javier, visiblemente emocionado, en un prolongado abrazo tomó a Victoria por debajo de los hombros al tiempo que murmuraba: “José Miguel, José Miguel, mira en qué estado te tiene esta enfermedad”, sosteniéndolo frente a su pecho, al tiempo que de manera discreta lo ungía con el santo crisma que había traído consigo, mientras dejaba escurrir sus lágrimas en silencio al contemplar los estragos que la epilepsia había causado en su correligionario, jefe y amigo; dejándolo descansar suavemente sobre la cama, de manera imperceptible pronunció su nombre: —Adiós, amigo mío. Adiós, José Miguel Ramón Adaucto Fernández y Félix.

Así como llegó se fue, y sin advertirlo quienes luchaban por mantener con vida a aquel hombre atribulado, melancólico y sencillo que había puesto todas sus energías en el devenir de la patria y a quien ésta le debía varios servicios, salió no sólo del cuarto del hospital, sino de la fortaleza, sin que nadie se diera cuenta. José Miguel, como lo llamaba él en la intimidad de una amistad bien cimentada, lo había convocado desde su lecho de enfermo y como lo habían previsto varios años atrás durante los azarosos años de persecución y escondite en las partes altas de la sierra, arriba de Misantla, su llamado llegó nítido y claro y él supo desde el primer momento que debería acudir al lado de su amigo. ¿Y qué mejor regalo habría podido obsequiarle que la unción de los enfermos con el santo crisma consagrado el Jueves Santo? Fue requerido y estuvo en el lugar preciso; después, su presencia ya no era necesaria y era mejor tomar distancia de quienes en tiempos pasados se habían ensañado en perseguirlo para matarlo por instrucciones de quien ahora detentaba la presidencia de la República. Ya entrada la mañana, en la opacidad luminosa de la lluvia menuda, en compañía de Juan Cástulo, su fiel ayudante, a la altura del caserío de Mazapa saludó al padre Gabriel Palacio, de Jalacingo, con quien llevaba cierta amistad y que en ese momento, ya cerca de las once de la mañana, cabalgaba de prisa al castillo de San Carlos de Perote en medio de la espesa niebla que, salvo que algún fuerte viento del sur la disipara, había llegado para quedarse varios días; el encuentro, aunque rápido, ameritó que ambos desmontaran y mientras estiraban las piernas charlaron de manera amena, entretanto sus caballos mordisqueaban los brotes frescos de trébol entre el pasto nuevo de la primavera.

—Padre Gabriel —lo abordó Francisco Javier como si el encuentro fuera fortuito y él no supiera nada—, ¿adónde se dirige su merced con tanto apremio y en medio de este frío que cala los huesos?

—A Perote, padre Gómez, al castillo de San Carlos, donde, de buena fuente, sé que usted acaba de estar. ¿O me equivoco?

—De ninguna manera, padre. ¡Vaya que las noticias vuelan! Sí, precisamente de ahí vengo y un gran dolor acongoja mi espíritu ante la inminente partida del amigo. ¡Qué le vamos a hacer! Contra los designios del Altísimo no hay pero que valga, ¿o sí? —le contestó Francisco Javier, compungido y con el cansancio reflejado en el rostro.

—Lo sé, padre, lo sé, lástima que no coincidimos, porque hubiéramos podido oficiar en la parroquia de San Miguel una santa misa de tres padres por la salud del enfermo, en compañía del padre de Perote, ¿no cree?

—Sí, padre, eso hubiera sido lo deseable, pero lo mío era un asunto muy personal; nada que ver con nuestro ministerio, es una larga y agitada historia, ya hablaremos de ello un día de estos. Al terminar nuestras reuniones con las cofradías, lo hemos de comentar. Ojalá y encuentre usted todavía al enfermo con vida.

—¿Tanto así? ¿Tan mal lo vio? Luego entonces, ¿conoce usted bien al enfermo?, ¿lo ha tratado durante algún tiempo?

—Claro, padre, hemos sido grandes amigos por mucho tiempo, lástima que esa enfermedad lo ha consumido de una manera atroz y de ahí no hay regreso; pero siga, padre, siga su camino, sólo le resta un trecho corto para llegar, porque a usted lo están esperando y su presencia apremia.

Se despidieron y cada quien prosiguió su camino: el padre Gabriel hacia el sur y el padre Francisco Javier hacia el norte, y al reiniciar su viaje por senderos opuestos, pronto sus siluetas se perdieron en la niebla. Al presentir la cercanía de Altotonga las cabalgaduras de Francisco Javier y Juan Cástulo apuraron el paso y el trote lento y pesado de las cuestas empinadas se convirtió en un paso ligero y animoso ante la inminente llegada a la seguridad de los macheros<sup>2</sup>, al grano y a los ricos piensos. Ya en casa, al calor de un anafre con carbón al rojo vivo y sobre un camastro de madera y yute tejido, Francisco Javier estiró sus extremidades mientras Juan Cástulo le ponía un emplasto de yerba del golpe, árnica y eucalipto en sus adoloridas piernas; dos jornadas agotadoras en medio de la lluvia y el frío doblaban a cualquiera.

—¡Ah, qué alivio, Juan Cástulo! —dijo Francisco Javier, conmovido y con los ojos vidriosos por el llanto contenido ante las muestras de afecto que le demostraba su inseparable

---

<sup>2</sup>Corral techado donde se encierran las bestias de carga para pernoctar y se les proporciona pienso.

mozo de estribo, acompañante y sacristán—. Estos menjurjes tuyos alivian hasta el alma, querido amigo.

Y tomando entre sus manos la medalla de la virgen de Guadalupe, se percató de lo sucia que estaba; de manera reverente la besó y murmuró: “la tengo que limpiar”. De inmediato se le reveló el rostro soniente de su madre y todo lo que le decía de niño y, de buena gana, decidió compartir esos recuerdos con su fiel ayudante.

—¿Sabes? —le dijo—, mi madre, al igual que yo ahora, le tenía mucha fe a esta medallita, por eso siempre recuerdo con nostalgia y amor los momentos que compartía con ella. ¿Te acuerdas de mi madre, Juan Cástulo, de nuestra entrañable doña Francisca Bello de Gómez, por cierto tu madrina? ¿Te acuerdas de ella?

Y aquel hombre curtido por el tiempo, las desgracias familiares y el impedimento de su habla, le contestaba agrandando las órbitas de sus ojos, al tiempo que asentía inclinando la cabeza en señal de aprobación.

—Días antes de que hiciera mi primera comunión me la pidió para limpiarla con carbonato y limón y la dejó resplandeciente. “Es una medalla muy milagrosa, hijo”, me explicaba, “no te la quites nunca. Además es muy especial, pues su acuñación se mandó hacer en desagravio a Nuestra Madre Santísima de Guadalupe por la serie de improperios y mentiras que propaló sobre sus apariciones un joven monje dominico de nombre fray Servando Teresa de Mier. Imagínate, el 12 de diciembre de 1794, cuando se celebraban los doscientos sesenta y tres años de sus apariciones, haber dicho semejantes cosas. Y a él se le encargó el discurso oficial de aquella solemne celebración”. Cómo me acuerdo de la manera tan vehemente en que me lo decía — siguió relatando Francisco Javier a Juan Cástulo—. “Haber sido capaz de decir que la imagen de la virgen había sido estampada sobre la capa del apóstol Tomás, a quienes los indígenas habían conocido como Quetzalcóatl, y que ella ya se había aparecido en múltiples ocasiones anteriores y los indígenas la adoraban como Tonanzin. Dios nos favorezca de esos locos, hijo.”

—¡Pobre hombre! —agregó Francisco Javier—, malinterpretaron su discurso, él sólo quería probar que esa tradición y devoción hacia la virgen no era nueva y que existen muchas investigaciones y estudios al respecto; eso sí, él jamás negó las apariciones ni la santidad de la virgen, como se contaba. Yo lo conocí, me lo presentó don Guadalupe Victoria allá en la ciudad de México, vivía en Palacio Nacional bajo el cobijo del presidente y era un hombre muy culto e inteligente, brillante diría yo. Él animó a Francisco Javier Mina a venir a México y fue diputado al Congreso Constituyente en 1823, lástima que murió en 1827. ¡Qué tiempos aquellos! —

suspiró—. Volviendo a lo de la medalla, como te decía, por eso jamás me la quito, amigo, jamás, porque me la impuso mi madre. Siempre que la toco con fuerza las cosas me salen bien.

Su inseparable ayudante lo escuchaba con devoción y advertía el dolor que le embargaba.

—Por cierto —le dijo—, vamos a ver el documento que me obsequió el general Victoria. ¡Qué hombre!, estando como está de enfermo y acordarse de la promesa que me hiciera hace más de siete años, es increíble, desde que lo conozco jamás ha faltado a su palabra.

Y metiendo la mano al morral donde guardaba su misal y su libro de oraciones sacó una hoja de pergamino envuelta en otras más, arrugadas y manchadas por la humedad. —No cabe duda de que el tiempo hace estragos en todos los papeles, más en regiones tan húmedas como ésta —y al sacarlo, lo desenvolvió lentamente y, extendiéndolo, comenzó a leerlo en silencio mientras la emoción hacía de las suyas y las lágrimas le surcaban las mejillas—. ¿Quieres que te lo lea? —le dijo a su ayudante, que sereno y callado lo observaba con asombro—, porque tú, mi querido y fiel Juan Cástulo, no sabes leer.

Y con voz firme, como buen predicador, modulando su dicción comenzó a leérselo aun más emocionado. —Fíjate bien lo que dice, escucha con atención, esto es una belleza de texto, de conceptos, de ideales, más viniendo de quien viene y habiéndolo copiado nuestro querido José Miguel —las palabras, las frases aquellas fueron llenando todos los espacios del curato mientras las sombras de la tarde delineaban el perfil de Francisco, que resplandecía a la luz de las gruesas velas encendidas para el caso.

*“... soy siervo de la nación, porque ésta asume la más grande, legítima e inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno emanado del pueblo y sostenido por el pueblo; que rompa todos los lazos que le sujetan, y acepte y considere a España como hermana y nunca más como dominadora de América. Quiero que hagamos la declaración de que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad; que no haya privilegios ni abolengos; que no es racional, ni humano, ni debido que haya esclavos, pues el color de la cara no cambia el del corazón ni el del pensamiento; que se eduque a los hijos del labrador y del barretero como a los del rico hacendado; que todo aquel que se queje con justicia tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el fuerte y el arbitrario; que se declare que lo nuestro ya es nuestro y para nuestros hijos, que tengan una fe, una causa y una bandera, bajo la cual todos juremos morir antes que verla oprimida, como lo está ahora, y que cuando sea libre, estemos listos para defenderla...”.*

—¡Y mira que la hemos defendido! ¿Cuántas batallas hemos padecido en pos de la libertad al combatir a sus enemigos? —musitó Francisco en voz baja mientras depositaba el pergamino sobre una mesita a su alcance.

Por momentos el sueño y el cansancio lo vencían, pero el llanto contenido en medio de tantas emociones encontradas se hizo presente y, a manera de catarsis, lloró con fuerza hasta que se quedó dormido. A su lado, su fiel compañero y ayudante velaba el reposo del señor cura de manera cariñosa y entregada; después de un rato a él también lo venció el cansancio y los ronquidos acompasados de ambos competían con el crepitar del carbón y el golpeteo de la puerta que movía el aire del norte.

## Catorce

Viernes 15 de septiembre de 1843

A treinta y tres años de aquel día crucial en la vida del país, tal y como lo previera el generalísimo Morelos en *Los Sentimientos de la Nación*, el padre Gómez, con toda la feligresía reunida, recordaba el llamado grito de Dolores, y como preámbulo a la fiesta, en medio de una tarde lluviosa había oficiado una misa solemne para conmemorar la gesta de Hidalgo. Terminada la ceremonia, todo mundo se reunió frente al atrio a manera de verbena para seguir celebrando aquella fecha. Las ollas de tamales y chole humeaban montadas en sendos braseros, al lado de los grandes comales de barro donde se cocían los tlacoyos de frijoles y alverjón elaborados con maíz yahuit y se tostaban las habas y las semillas de calabaza que, aderezadas con chile piquín seco, harían las delicias de chicos y grandes; los puestos de frituras de garnachas y chalupitas eran los más visitados, además de los de pan, donde las grandes hogazas elaboradas con queso de cabra y pulque eran las favoritas. El pequeño atrio estaba repleto de gente y como regalo especial del cielo, el cálido viento del sur se llevó las nubes y el sol del atardecer amenizó el ambiente por un buen rato. Desde los inicios de septiembre Francisco Javier había pensado organizar aquella verbena, pero no estaba muy seguro de si sería del agrado del párroco de Atzalan y si accedería a dar su permiso para celebrarla a la hora de la homilía. Durante la celebración de la misa le había pedido a Manuelita, su hija, quien recién había cumplido los quince años y lo auxiliaba en todos los menesteres de su ministerio, que leyera a los asistentes el pergamo que le había regalado el general Victoria y los mismos *Sentimientos de la Nación*, que en un folleto adjunto venían en el mismo envoltorio, porque a él la emoción y los recuerdos que le traían aquellos documentos, desconocidos para la totalidad de sus feligreses, le impedirían leerlos con serenidad frente a ellos. Mientras Manuelita leía se sorprendió al ver entre los asistentes al general José María Jarero Ruiz, quien en compañía de tres oficiales escuchaba atento la puntual lectura que su hija hacía de aquellos textos históricos.

¿Será posible?, ¿será él?, se preguntaba una y otra vez mientras oficiaba. Ciento, se veía algo cambiado, tenía menos pelo y ahora usaba antiparras, pero definitivamente era él; lo mismo han de pensar de mí, meditó, pues había aumentado considerablemente de peso y tenía un nuevo estatus: el de sacerdote, desconocido para casi todos sus antiguos compañeros de armas. Al terminar la misa, pacientemente dejó salir a toda la gente y los convidó a que asistieran a la verbena popular que entre todos habían organizado y a que meditaran un poco en la importancia

y el significado de la fecha que festejaban, porque, como él mismo les decía: “Esto es un festejo y debemos acostumbrarnos a celebrarlo con la periodicidad debida para que no se nos olviden dos cosas: primero, ser agradecidos con quienes lucharon por obtener nuestra libertad, y segundo, seguir luchando a diario, perseverar en nuestros proyectos personales a la vez que, preocupados por nuestro país, pongamos cada uno nuestro granito de arena para hacer de nuestra patria el feliz y próspero hogar de nuestras familias”.

Con el templo semivacío y la siempre grata vigilancia de su inseparable y fiel ayudante Juan Cástulo, Francisco Javier aguardó a que el pequeño grupo de militares se acercara.

—Mi querido Francisco, ¿será posible este reencuentro después de cinco años de no vernos, de no saber de ti lo que se dice nada en absoluto? No lo puedo creer —y abriendo los brazos de manera franca, José María lo estrechó con fuerza.

—Mi querido Chema, cuánto tiempo, cuántas batallas, cuántas circunstancias, buenas y adversas, cuántas —y de la misma manera, abriendo sus brazos, se fundieron en un prolongado encuentro, más que efusivo, fraternal.

—¿Será posible, hombre? —volvió a decir el general Jarero, quien retirándose un poco de Francisco Javier lo veía con asombro, no lo podía creer—. ¡Mírate! —le decía—, estás irreconocible con ese hábito, mucho más repuesto, y peinando canas, ¡qué bárbaro! ¡Cuándo me iba a imaginar que te vería vestido de cura y oficiando! —y nuevamente le dio un fuerte abrazo.— Les presento al general brigadier Francisco Javier Gómez Bello, porque me imagino que sigues siendo general, ¿o me equivoco?, destacado defensor de la villa de Córdoba en mayo de 1821 —les decía el general José María Jarero Ruiz al grupo de jóvenes oficiales que lo acompañaba—, donde por su valor y arrojo se hizo acreedor a la condecoración de la Cruz al Mérito en Batalla; uno de los mejores gobernadores que ha tenido el castillo de San Carlos de Perote en varias ocasiones; amigo personal y asistente en campaña de mi general Guadalupe Victoria e, indudablemente, gran amigo mío; no, más que eso, mi hermano, ciertamente mi hermano y compadre.

—Ex militar, mi querido Chema, ex militar. Te recuerdo que el Ministerio de Guerra y Marina me concedió mi baja definitiva del ejército el 7 de junio de 1838 para que pudiera ingresar, sin ningún compromiso, al seminario de los monjes vicentinos en la ciudad de Puebla y abrazar la carrera eclesiástica; sí, es cierto, por más de 22 años serví a mi país en la carrera de las armas y ahora lo sirvo de otra manera.

—No, mi querido Francisco Javier, así como dice el dicho que el hábito no hace al monje, así también tú jamás dejarás de ser militar, coronel, general, porque fuiste ascendiendo, grado a grado, por méritos propios, y esos méritos no se pueden borrar de un plumazo, así sea el del ministro de Guerra y Marina —dijo de manera categórica el general Jarero, al tiempo que sostenía abrazado por los hombros a su viejo amigo de una y mil correrías, pues ambos, al igual que el general José Durán, provenían de las milicias urbanas virreinales, se habían pasado al bando insurgente y finalmente habían integrado el grueso del Ejército Trigarante.

—No me digas que esta bella joven es Manuelita, tu hija, porque además, como decimos, no niega la cruz de su parroquia, es tu vivo retrato, amigo, el parecido de padre e hija es asombroso; de no ser por esas barbas que ahora te has dejado, serían idénticos, pues tiene tu sello indeleble: el hoyuelo de tu barba partida —le dijo el general José María Jarero Ruiz, quien no veía a Manuelita desde antes de 1837, precisamente en Jalacingo, el día de la boda de su hermana Guadalupe.

—Y tú, ¿desde cuándo estás por estos lares? Como podrás darte cuenta estoy poco informado de lo que acontece en el castillo de San Carlos de Perote; no voy ni sé nada del lugar desde la muerte de mi general Victoria, hace más de cinco meses; entonces era gobernador el general José Durán, pero no le vi, había salido de viaje a Xalapa —le comentó Francisco Javier.

—Apenas tomé posesión del cargo el viernes 1 de septiembre, hace quince días, y como ves, no resistí la tentación de venir a saludarte lo antes posible —replicó el general Jarero Ruiz—. Si no somos inoportunos —agregó— pretendemos pernoctar aquí, para mañana muy temprano salir rumbo a Jalacingo y darle la sorpresa a Guadalupe; no sabes lo ansioso que estoy por conocer a mis nietos.

—Pues no sabes de lo que te has perdido, están hermosos, los dos varoncitos, José María y Francisco Javier, y Lupita, que ya cumplió seis años; los gemelos, justo este doce de diciembre, cumplirán el año de edad ahora que su madre cumpla los veintisiete. Precisamente estaban esperando que tú aparecieras para decidir la fecha de su bautizo y mira, ya la Divina Providencia te trajo hasta acá, pues te hacían en Oaxaca al frente de las operaciones militares —le dijo Francisco Javier, mirándolo con beneplácito—. Qué bueno que por fin decidiste acercarte por acá, ¿no crees?, con esos nietos yo ya me hubiera licenciado desde hace tiempo y hubiera emprendido algún negocio o comprado algunas tierras, que sé yo, pero algo habría hecho, no se te olvide que como militar estás expuesto a tantas veleidades. Hay cada individuo dentro de la política, como el nefasto Antonio López de Santa Anna, que sube y baja de la presidencia como

si no hubiera otra persona para el cargo, y a uno como tal no le queda más remedio que obedecer; deberías de buscar otra opción —siguió diciéndole.

—No sabes cómo te envidio, amigo, pero es envidia de la buena, el hecho de tenerlos cerca, tan cerca; eso sí, tu cercanía también me tranquiliza pues sé lo que Guadalupe significa para ti y que mientras tú estés cerca de ella, aunque yo esté muy lejos y le llegue a faltar cualquier día de estos, sobre todo en esta carrera de las armas donde siempre estás expuesto, estará segura —le decía el general Jarero Ruiz con un dejo de tristeza, poniéndose nostálgico.

—Pero hombre, si lo dices como si fueras un condenado a muerte y yo te veo muy bien; además, con este puesto que ahora desempeñas estás a vuelo de pájaro de Jalacingo, sobre todo por el camino de Mixquiapa y de Orilla del Monte; por ahí te ahorras como tres leguas de cañadas y zanjones, es directo.

La verbena se hizo en grande y todo el pueblo departía muy animado al abrigo de una tarde insólita para ser septiembre. Los barruntos de lluvia se esfumaron y ya cerca de las ocho de la noche todavía algunos rayos de luz pegaban sobre los improvisados puestos. Francisco Javier y José María, como buenos camaradas de armas, viejos amigos y padres de Guadalupe, el primero adoptivo y el segundo de sangre, varias veces se habían salvado la vida mutuamente y habían estado juntos lo mismo en Alvarado que en Veracruz, en Xalapa, en Oaxaca, en la sierra de Papantla, así como en Zongolica, Puebla, Tepeaca y las mismas Córdoba y Orizaba en repetidas ocasiones, incluyendo los heroicos días de mayo de 1821.

Esa noche, José María Jarero Ruiz, en la casona de la Hacienda de Santa Cruz, donde vio por primera vez a Guadalupe, su hija, el vivo retrato de Esmeralda, su infortunada esposa, recordó cómo Francisco Javier le relató las circunstancias en que la rescató y lo sucedido aquella fatídica mañana del jueves 12 de diciembre de 1816 en Boquilla de Piedras. Lo odió con todas sus fuerzas y juró matarlo. Después, el amor de Guadalupe hacia Francisco Javier lo hizo recapacitar y admirar la honradez y templanza de su amigo, al que ahora consideraba su hermano. Todo pasó tan rápido, recordaba. Era el jueves 12 de enero, seis días después de la fiesta de la Epifanía del Señor, donde todos habían celebrado la visita de los Reyes Magos, ya avanzado el invierno y a un mes de la gran fiesta de la guadalupana, estando de paso por la ciudad de México y encontrándose ambos alojados en un mesón de la Calle del Indio en el que solían hospedarse con frecuencia en los años posteriores a la consumación de la independencia, no muy lejos de donde habitaban don Miguel Domínguez Alemán, en esa época Presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, y Josefa Ortiz, su esposa, los famosos corregidores de Querétaro, donde,

bajo la protección de éstos y acompañando a Guadalupe Victoria y a Vicente Guerrero, se reunieran en varias ocasiones a fines de 1822 con el propósito de conspirar contra el imperio de Iturbide.

¡Qué tiempos aquellos!, musitó despacio, y exhalando después de haber inhalado con fuerza una gran bocanada de oxígeno repleto de humedad para llenar sus pulmones, soltó un profundo suspiro y se remontó a ese bendito domingo que cambió su vida. En ese momento reparó también en el hecho de que en escasos cinco meses ésa había sido la segunda ocasión en que de manera fortuita, sin proponérselo, se habían reunido; la primera fue aquél todavía cercano miércoles 17 de agosto de 1825 en que a él no le quedó más remedio que hacerle entrega de la valija de cuero procedente de Altotonga con malas y tristes noticias sobre el fallecimiento de su señor padre. ¡Qué día ese!, lo que menos hubiera él deseado y de lo que siempre se cuidaba, el no ser ave de mal agüero, le tocó en aquél triste día de mediados de agosto, recordó, y nuevamente a principios, ahora de 1826, se volvieron a encontrar. No cabe duda, el destino es el destino, murmuró para sí en voz baja, al momento que uno de sus oficiales le ayudaba a encender un puro.

En aquella oportunidad, recordó en ese momento, hacía ya más de diecisiete años que Francisco Javier le pidió de favor que lo acompañara a la villa de Guadalupe, adonde tenía necesidad de ir a cumplir una manda. El recorrido lo hicieron a caballo por la Calzada de los Misterios y ya ahí, al pie de la imagen de la guadalupana, le dijo sin cortapisas que le tenía que hacer una confesión muy delicada y comprometedora, satisfactoria y esperanzadora para él. En ese momento no imaginaba cuán cerca estaba de la felicidad que le había arrebatado la vida y, al saberlo todo, se le hacía tarde para viajar de la ciudad de México hasta Altotonga, población en la que nunca había estado, a encontrarse con la hija que jamás imaginó tener, mucho menos conocer, tras la irreversible tragedia de Esmeralda, a quien por voluntad propia dejó en aquel desventurado fuerte el día que acompañó a Victoria a las inmediaciones de Tuxpan en busca de noticias acerca de Francisco Javier Mina.

—Déjame aquí, estaré bien aguardando tu regreso, y tan pronto llegues nos iremos a San Andrés, donde nuestro hijo nacerá al abrigo de la casa solariega de mis padres —le había dicho Esmeralda, parece que la estuviera viendo—; aquí me quedo con este matrimonio de mulatos y sus niños, ese viaje para mí es agotador. Cuando regreses podremos navegar hasta Alvarado en el mismo velero del jamaiquino que nos trajo de Veracruz hasta aquí y que les surte parque, y de ahí, en una sola jornada, llegaremos a casa; mis padres ya nos están esperando, nos recibirán

bien, ya me ha escrito mi madre y para tu tranquilidad, mi padre también simpatiza con la causa de los nacionales; vete tranquilo, que mi embarazo aún no llega a término.

Hija de ricos comerciantes españoles dueños de plantaciones de tabaco, pasaba una temporada en casa de una tía materna en Veracruz cuando la conoció; entonces era capitán del ejército virreinal y fue tal su enamoramiento que se casaron a los pocos meses ahí en el puerto con la anuencia de sus padres, que vinieron a la boda procedentes de San Andrés Tuxtla; tiempo después desertó del regimiento de dragones de la reina, del ejército virreinal, y se pasó con los “nacionales” de Guadalupe Victoria, en los alrededores de Puente del Rey; a ella no le importó que su marido cambiara de bando ni irse a la aventura a salto de mata con el hombre que amaba, pues si ella permanecía en Veracruz arriesgaba que un día, en las tantas visitas furtivas que le hiciera su marido, éste fuera sorprendido y pasado por las armas por traidor, y no sería el primer caso. En aquella ocasión, en diciembre de 1816, cuando el pequeño fuerte de Boquilla de Piedras fue destruido, él dio la vuelta a los ocho días y la vida le cambió en forma drástica; todavía las huellas de la tragedia estaban frescas y nadie, salvo tres pescadores que contemplaron aquella rápida escaramuza desde una distancia prudente mar adentro, le pudo dar razón de nada. En su desesperación tropezó con la gran haya, al pie de la cual lloró por horas y horas ante la consternación de sus compañeros, y juntando algunos maderos gruesos que la mar arrojara a la playa, macizos, ya curtidos por la sal, esculpió una gran cruz de madera que perpetuara el nombre de su amada ante la impotencia de lo sucedido. “La patria algún día te compensará por estos infortunios que padeces por ella” —le dijo Guadalupe Victoria, su acongojado jefe y compañero de correrías, en ese momento, al igual que él, nacional a la deriva en los años más aciagos de aquella infortunada guerra, que ya cumplía seis años de iniciada y en la que no se darían por vencidos. No abandonarían su causa, muchos menos con la carga de estas muertes inocentes.

Ese día, recordó, cuando estuvo a punto de matarlo en el Tepeyac a los pies de la virgen, Francisco Javier, armándose de valor, le dijo: “Mi queridísimo Chema, tú sabes bien el aprecio que siento por ti y sabes también que si hay alguien que jamás te traicionaría ni con el pensamiento ése sería yo, pero ya no puedo seguir callando lo sucedido el jueves 12 de diciembre de 1816 en el pequeño fuerte de Boquilla de Piedras, donde nuestros destinos se entrelazaron de manera inexorable por circunstancias de la vida y los designios de Dios y su santa Madre. Cuando nos conocimos en Córdoba, en el mes de abril de 1821, desde un principio me caíste muy bien y mi intuición me decía que seríamos buenos amigos, pero había algo que me inquietaba y se me hacía demasiado familiar en tu persona, en tus gestos; ya al final de nuestra estadía en esa plaza,

bien entrado el mes de mayo, el día en que los amatecos nos invitaron al gran baño de temascal, me sorprendiste sobremanera, al grado que me impresioné al verte completamente rasurado y descubrir en tu cuello el lunar en forma de rombo. No puede ser, me decía a mí mismo, es igualito al lunar que en el mismo sitio tiene mi hija Guadalupe; tras descubrítelo, creía adivinar más semejanzas en los gestos y rasgos de tu cara con los de ella. Lo que acabó de convencerme fue tu argolla matrimonial que ese día, por accidente y los efectos del jabón, se te cayó sin que tú te dieras cuenta; yo la levanté del piso y cuál sería mi sorpresa al darme cuenta de que era igual a la que yo guardaba de Esmeralda, sólo que ésta tenía grabado precisamente el nombre de ella y la misma fecha: 7 de noviembre de 1815; la que yo guardaba en los cajones del bargueño de mi recámara en la Hacienda de Santa Cruz, tenía inscrito tu nombre: José María; te la entregué, tú me diste las gracias y te la pusiste, pero desde ese momento no tuve la menor duda de que eras el padre de Guadalupe. No fue sino hasta la cena de despedida en Córdoba, antes de que mis gentes y yo partíramos rumbo a Teotitlán del Camino y tú te dirigieras al encuentro de mi general Victoria, que regresaba procedente de San Juan del Río, cuando confirmé que mi intuición era cierta, al confesarme la tragedia de Esmeralda, tu esposa, en aquel infortunado fuerte. Ya lo habíamos platicado antes y sabíamos que ambos conocíamos el sitio y que en diversas ocasiones habíamos estado ahí, pero jamás me habías narrado ese incidente. Desde ese momento ya no tuve la menor duda de que tú eras el padre de mi pequeña Guadalupe y de que yo tenía la obligación impostergable de hacerte saber la verdad”.

—Sí, mi querido Chema —le decía Francisco Javier, sobreponiéndose y mirándolo fijamente a los ojos—, Esmeralda, tu bella esposa, tuvo una pequeña maravillosa que me confió antes de morir, a quien yo acogí desde ese momento como mi hija y le puse el nombre de Guadalupe. La noche que me contaste todo, te acordarás, no pude decirte nada; debes recordar bien que tuve un vahído y comencé a sudar helado y tú, mi querido Chema, me auxiliaste y me diste a beber un vaso de aguardiente para que se me pasara el malestar. Yo argumenté que no sabía qué me había pasado y externé que a lo mejor la comida me había caído mal y me había bajado la presión; tú, solícito, junto con mi coronel Herrera, me acompañaste hasta la habitación que ocupaba en la casa que hacía las veces de cuartel para que descansara. La mañana siguiente, decidido a confesarte la verdad, me congratulé de haberme quedado dormido porque tú ya habías partido y decidí guardar mi secreto. Ese año, después de la consumación de la independencia y de habernos vuelto a reunir en la ciudad de México en el mes de septiembre, tampoco pude decirte nada, pero sí me hice la firme promesa de que tendría que contártelo todo, incluso le juré

a la virgen que lo haría y a menudo le rogaba que me diera las fuerzas necesarias para hacerlo. Traté de escribirte, nos vimos después en varias ocasiones. Incluso en este fatídico agosto que acaba de pasar en que me entregaste la carta que me revelaba la muerte de mi padre; hace dos años, en la toma de posesión de mi general Victoria como presidente de la República, tampoco pude decirte nada, y no por miedo a que nos enemistáramos, sino por el pavor que me causaba la idea de perderla, sabiendo que tenías el legítimo derecho a reclamarla y que ella también tenía el derecho de conocer toda la verdad, además de que siempre me acechaba el fantasma de las habladurías de quienes formaron parte en aquella expedición. La niña creció diciéndole mamá a mi madre, doña Francisca Bello viuda de Gómez; ahorita recién cumplió los nueve años, apenas el pasado 12 de diciembre, y estudia el párvulos en la escuela parroquial de la iglesia de San Andrés, en Atzalan. Esa es la confesión que tenía que hacerte. Perdóname, pero los desaguisados y tragedias que la guerra civil trae consigo nadie los puede prever, mucho menos tragedias de la magnitud de la tuya; finalmente somos piezas al garete del destino y después de todo, para tu felicidad, el reencontrarte con la hija que jamás imaginaste tener aliviará la pena que el tiempo no ha podido borrar. Perdóname, mi muy querido amigo —insistió con denuedo, por haber sido de manera involuntaria el autor del ataque al pequeño fuerte de Boquilla de Piedras, donde infortunadamente perdió la vida María Esmeralda de Todos los Santos Carvajal Toussent, de rancio linaje y abolengo del pueblo de San Andrés, de la región de los Tuxtlas.

Lo recordaba como si acabara de pasar y no dejaba de admirar la entereza de aquel hombre que lo apostó todo, aun la pérdida del cariño de la niña y la alegría de su cercanía y presencia, para que por encima de cualquier cosa o situación sobreviviera la verdad. Bien podría jamás haberle revelado aquel secreto, estaba en su legítimo derecho también, lo sabía José María y de hecho lo sopesó al escuchar el relato que su amigo le confiaba. Al terminar su confesión cayó de rodillas a los pies de José María y éste, atónito, estalló también en llanto; no sabía si agradecerle aquella noticia y abrazarlo, y en un acto reflejo, tomando de la cintura una daga que siempre traía consigo, se abalanzó hacia él lleno de rabia rasgándole sólo la piel a la altura de las costillas bajas del lado izquierdo, sin que aquél opusiera resistencia alguna, para quedar finalmente trenzados en un fuerte abrazo en medio de fuertes sollozos que los mantuvieron así por espacio de una hora, uno junto al otro, arrodillados. Uno maldecía con fuerza el día en que se habían conocido; el otro pedía perdón por lo sucedido, ante la mirada expectante de los peregrinos que de rodillas avanzaban por el pasillo de en medio en pos de la virgen, que parecía sonreírles instándolos al perdón y a la reconciliación. La sangre que manaba del costado de

Francisco Javier manchó las casacas de ambos e hizo que José María reaccionara y lo levantara en vilo hasta su cabalgadura para llevarlo hasta un convento cercano a curarle la herida.

—No te aflijas, Chema —le decía Francisco—, no ha pasado nada, estoy bien, ha sido sólo un rasguño.

—¿Y si mi pulso hubiera estado firme? En este momento estarías muerto —le replicaba José María—; soy un bruto, perdóname, cómo echo a perder tu confesión de esta manera; imagínate, muerto tú, quién me iba a llevar hasta mi hija; y al enterarse ella que su supuesto verdadero padre había dado muerte a su padre adoptivo, no, ¡qué horror!, esa sí que hubiera sido una tragedia completa, amigo.

Suturada la pequeña herida y haciéndose ayudar por sus respectivos asistentes, cabalgaron juntos por la Calzada de Guadalupe hasta llegar a la ciudad y se dirigieron al mesón de la Calle del Indio donde estaban alojados; una vez ahí ordenaron una pequeña merienda y algunas botellas de vino, que estuvieron bebiendo hasta bien entrada la noche haciendo planes para los próximos días. De madrugada, llegó alarmado por la noticia el presidente Victoria y fue enterado por sus amigos de lo sucedido.

Cómo ha pasado el tiempo, se decía a sí mismo, desde aquel jueves 12 de enero de 1826; diecisiete años se decían fácil, pero no transcurrían igual. Curiosamente, los días jueves doce del mes tenían mucho que ver con la vida de Guadalupe, reflexionó, mientras caminaba al abrigo del gran corredor repleto de macetas con helechos que circundaban la casa. Encendió un puro y al exhalar una bocanada de humo, contempló cómo la niebla que se movía a capricho del viento dejaba ver, a intervalos, las estrellas y la luna, cuya luz resplandecía con singular nitidez sobre los alcatraces enraizados en el cauce agreste del arroyo que se despeña por la cañada de Atzalan.

—¿Descansando, pensativo o preocupado acaso? —interrumpió Francisco Javier, una vez que hubo terminado la lectura de su oficio correspondiente a ese día en la pequeña capilla de la hacienda.

—No, la verdad sólo divagaba un poco y hacía memoria de la escena aquella en que me confesaste la existencia de Guadalupe. ¡Qué tiempos aquellos! —le decía—. Siempre la recuerdo y tengo presente la angustia que sufrió el día anterior a que la conociera, ¿te acuerdas? Esa tarde del viernes 7 de abril de 1826, fíjate si no la tendré presente que hasta me acuerdo del día de la semana, la fecha, el mes y el año, en que tú, proveniente de Teziutlán, fuiste por mí y casi me obligaste a que te acompañara a la hacienda, una vez que Juan Cástulo tuvo el tino de haber salido a tu encuentro, de lo contrario no me hubieras encontrado ya, pues pensaba madrugar y

no hacer parada en Perote para no encontrarme contigo. ¡Qué tiempos aquellos, amigo! Era de lo que me estaba acordando. Oye, a propósito, ya que hace más de seis años que no nos veíamos ni sabía de ti, bueno, algo estaba enterado a través de las cartas de Guadalupe, pero verte, como ahora, con todo y sotana, ya hacía su tiempo, ¿volviste a ver a José Miguel con frecuencia antes de que falleciera?

—No, la última vez que lo vi fue aquella ocasión en que convalecía en casa de las monjitas en Jalacingo, cuando tú casualmente venías con él, ¿lo recuerdas?

—Claro, tanto como si lo estuviera volviendo a vivir, esa vez fue la última vez que coincidimos los tres y yo disfruté mucho esa pequeña estancia porque conviví con Guadalupe y le traje noticias de sus abuelos maternos, a quienes conoció cuando después de tu boda, en julio de 1826, yo, en compañía de tu hermana Soledad y con tu anuencia, hicimos viaje hasta San Andrés Tuxtla, te has de acordar bien.

—Sí, claro, recuerdo que Guadalupe me lo comentó, me enseñó la carta que le llevaste y me dijo muy emocionada que José, su marido, había hecho venir de Puebla a un pintor muy afamado para que le hiciera varios retratos tanto a ella como a sus pequeños y a los dos como pareja; me comentó también que uno de esos retratos sería para mí, otro para tí, obviamente, y que una miniatura la iba hacer llegar hasta San Andrés Tuxtla para su abuela. A Guadalupe siempre le había gustado mucho la miniatura que me había mandado hacer del óleo de tamaño natural donde aparezco ya con el grado de coronel y con la condecoración que obtuviera por la batalla de la defensa de Córdoba en mayo de 1821. En ese momento mandé hacer varias copias pequeñas y una la guarda consigo.

—Uy, pero de todo esto hace ya más de cinco años —acotó Francisco Javier—. Ahora que me acuerdo, hoy en día aquí en Altotonga también hay un buen pintor, tan bueno que su especialidad es el retrato y le voy a pedir que me haga uno como presbítero; lo deberías de aprovechar tú también y solicitarle que te haga un retrato para Guadalupe, siempre es bueno dejarle a los hijos y nietos ese legado, por lo menos para que sepan cómo eran sus antepasados y cuál era su fisonomía, ¿no te parece? Si te animas yo lo contacto, y además, éste que yo te recomiendo no cobra caro, pero no por eso vayas a creer que es un simple aficionado, no, es nada menos que egresado de la Academia de San Carlos, de México. Está acá porque heredó unas propiedades de su abuelo, varias casas, según creo, y está habilitándolas para rentarlas o venderlas, según se preste la ocasión; entre tanto ha puesto su estudio al servicio del pueblo, tiene una colección increíble de retratos que les ha hecho a los campesinos de las comunidades,

vale la pena conocerla —le decía Francisco Javier mientras se acomodaba a sus anchas en una poltrona de bejuco y mimbre, dispuesto a recuperar los momentos perdidos y los recuerdos olvidados de los años y los días de campaña por sotavento y barlovento, por las planicies de Puebla y las sierras de Oaxaca, por las montañas de Coscomatepec, las cercanías de Puente del Rey, las repetidas estancias en el castillo de San Carlos de Perote y el mismo puerto de Veracruz.

—Oye, mi querido Francisco Javier, y a todo esto no me has platicado nada acerca de los últimos momentos de José Miguel en ese pequeño hospital del castillo de San Carlos, que por cierto atiende el mismo galeno Antonio González del Castillo que ayudó a bien morir a nuestro amigo y es un buen médico —le dijo José María en tono amable pero inquisitivo—, porque ahora que llegué y me hice cargo de todo, Ramón Aparicio me contó el susto que les diste al aparecer de madrugada después de casi seis años en que te habían dado por muerto y verte vistiendo los hábitos sacerdotales con todo y barba cerrada; en un principio me confesó que te creyó un enviado de ultratumba y que más que respeto tu presencia infundía miedo.

—¿Tanto así? —inquirí—, pero si mi buen general Gómez siempre ha sido una figura afable, distinguida, correcta, ¿cómo está eso de que te impresionó y te dio miedo?

—Será el sereno, mi general —me respondió—, pero su presencia imponía, de verdad; luego pasó largo rato con mi general Victoria y de repente, así como llegó, desapareció sin dejar rastro. Venía acompañado por Juan Cástulo, su ayudante de toda la vida, que ahora, a resultas de una serie de torturas que le infligieron algunos soldados malos pertenecientes a las huestes de Santa Anna, es mudo —me explicó—. Para que veas que estoy informado y que tu presencia en aquel día tan triste aún es recordada.

—Vaya, vaya, y yo que creí que mi presencia había pasado inadvertida —reaccionó Francisco Javier con curiosidad—, pues en realidad a quienes ellos habían mandado traer, o mejor dicho iban a mandar traer, había sido al padre Gabriel Palacio, párroco de Jalacingo. Y te hago hincapié en que iban, porque cuando yo llegué todavía no salía el cabo hacia allá con tal diligencia. Y lo que son las cosas, fue con él, el mismísimo padre Palacio, con quien me topé cuando ya venía de regreso y bajaba apresurado hacia acá; figúrate, de esa fecha al día de hoy nos hemos visto en varias ocasiones y jamás hemos comentado ni una palabra de lo acontecido.

—Pues según me platicó Ramón Aparicio —acotó José María—, cuando el padre Palacio llegó el enfermo ya había entrado en estado de coma y permaneció así hasta el final, él sólo se limitó a aplicarle los santos óleos. El médico Antonio González del Castillo y los enfermeros del hospital del fuerte ayudaron a vestirlo con el mejor uniforme que él traía entre sus pertenencias,

ya ves lo previsor que era y siempre, en su equipaje, cargaba un uniforme de gala; después lo colocaron en una mesa y sobre un gran paño color púrpura expusieron su cuerpo. Ahí celebró una misa de cuerpo presente por el eterno descanso de su alma y como sabrás, en la capilla del castillo, debajo de una bóveda que se construyó para el caso, conservamos sus restos en espera de instrucciones superiores para trasladarlos a algún otro lugar; yo soy de la opinión de que los deberían de llevar a la ciudad de México y depositarlos en la catedral en el altar de Los Reyes, donde reposan ya Hidalgo, Allende, Jiménez, Aldama y no sé si mi general Morelos, pero estando el país tan revuelto como está, sabrá Dios cuántos años más permanecerán en Perote esperando mejor destino. Además, ¿quién soy yo para decidir el paradero definitivo de sus restos mortales? En realidad, a raíz de su muerte él pasó a ser del interés de todos los mexicanos y el lugar donde reposará lo tendrá que decidir el Congreso o dar la orden de su traslado el mismo presidente de la República. Pero aún no has contestado mi pregunta, querido amigo —replicó José María a Francisco Javier, encendiendo de nueva cuenta el puro que en repetidas ocasiones se le apagaba.

—¿Y cuál es tu pregunta, pues? ¿Acaso debo yo saber algo que los demás no sepan? Mi querido Chema, tal vez tú lo conocías mejor que yo y aunque desconozco desde cuándo no le veías, creo que si alguien sabe a pie juntillas la vida entera de nuestro común amigo eres tú, ¿o me equivoco? Estoy seguro de que ambos nunca dejaron de intercambiar correspondencia epistolar y si bien es cierto que tú andabas por Oaxaca y él permanecía en El Jobo, las cartas fluían. ¿Acaso crees que haya dejado escrito algún tipo de testamento político? —preguntó Francisco Javier intrigado a su amigo—, ¿sus memorias o algo por el estilo? Ya sabes cómo era él —agregó—, lo que sí te puedo decir es que la enfermedad lo había acabado por completo y los fantasmas de Francisco, su hermano, de Vicente Guerrero y de Rosains no lo dejaban vivir; él nunca se repuso de esas muertes y en cierta medida cargaba con ellas, en especial con la de su hermano, fiel partidario de Vicente Guerrero, y con todas las desgracias que aquejaban al país, pues en buena medida se adjudicaba la culpa de haber dejado crecer la veleidosa y nefasta figura de Santa Anna, quien echó por la borda el destino del estado de Texas-Coahuila para dar pie al nacimiento de Texas y sigue empeñado en destruir el país. Francisco, su hermano, quien por convencimiento, cariño y solidaridad con él había adoptado el apellido Victoria desde muy jovencito, lo había alcanzado en la ciudad de México y era en realidad su única familia, los demás se habían quedado en Tamazula y Durango, salvo Genoveva, su hermana mayor, que a la muerte del tío Agustín se vino a México y lo asistió durante su presidencia. Tú conoces bien la historia, José María, incluso mejor que yo —le decía Francisco Javier con vehemencia a su amigo— y

estarás de acuerdo conmigo en que José Miguel siempre fue un hombre solitario, taciturno, preocupado por el acontecer del país y las contradicciones y pugnas internas que lo asuelan.

—Tú sabes bien —le contaba Francisco Javier a José María— que él nunca se perdonó no haber hecho efectivo en su momento, cuando ejercía la presidencia de la República, el decreto de abolición de la esclavitud lanzado por Hidalgo o haber secundado las disposiciones de Morelos en ese sentido; él sabía que si algo había inaplazable eran esos decretos que ni la misma Constitución de 1824 consideraba, y que el aplicarlos constituía también un duro golpe a ciertas economías esclavistas, especialmente para los texanos, para los yucatecos, y por qué no, para algunos hacendados cañeros de aquí de Veracruz, de la región de Córdoba, que aunque en esa zona ya miles de negros y mulatos habían comprado su libertad, las leyes como tales, incluidas la Constitución, no contemplaban nada al respecto. Todo eso le preocupaba: la falta de recursos en el erario, lo extenso del territorio y lo frágil de la supuesta unidad, las disensiones entre los partidarios del centralismo y los partidarios de la federación de estados, pero sobre todo, lo que más le inquietaba era su propia postura, pues siendo un decidido defensor de la república, de la federación, de las ideas liberales, nunca estuvo de acuerdo en realidad con la Constitución de 1824; como abogado sabía bien que ésta estuvo más inspirada en la constitución de América del Norte que en la de Cádiz o el Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana de 1814 que nos habían legado Morelos y el Congreso de Chilpancingo, en especial porque él había participado como escribiente y auxiliar de don Andrés Quintana Roo y sabía que los constituyentes del 24 se habían atenido más a las influencias norteamericanas que a la tradición constitucional insurgente, que en su momento apoyaba una república más de corte parlamentario que la presidencialista que él encabezaba. Aun así, siendo presidente y teniendo el poder como tal, siempre acató las decisiones del Congreso antes que nada y para él la aplicación de la ley era lo fundamental, así como el respeto irrestricto a la opinión de los demás. Tú sabes bien hasta qué extremo llegaba su respeto por todo y por todos, al grado que no objetó promulgar la ley de expulsión de los españoles en 1827, a sabiendas de que en realidad había sido una ley perjudicial que distaba mucho del fenecido y olvidado Plan de Iguala, aunque él, en el fondo, siempre fue antiespañol, al grado que cuando se tomó la disyuntiva de llamar a un cura a su lecho de muerte prefirieron llamar al padre Gabriel Palacio hasta Jalacingo, que llamar al párroco de Perote porque era español.

—¿Tanto así era su repudio a todo lo que tuviera por origen a España? No lo creo, él en realidad era muy tranquilo, callado, bondadoso y yo fui testigo de la amistad que tejió en Veracruz

con la marquesa Calderón de la Barca, esposa del primer embajador español en México, y más de un hacendado español lo acogió en sus repetidas huidas —le replicó José María a Francisco Javier en tono afable—. Una cosa eran sus aversiones y odios y otra su educación, que hacía que se comportara en todos lados como un caballero; ya sabes que tenía fama de buen diplomático y en esos menesteres siempre entregó buenas cuentas a la república, tan es así que ya ves la famosa espada que le mandó regalar el rey inglés. ¿O ya no te acuerdas de eso?

—Cómo no me voy a acordar, mi querido Chema, si yo estaba presente cuando tú le ayudaste a ceñírsela aquel histórico 10 de octubre de 1824. Claro que me acuerdo. Y luego a mí, en enero de 1838, me la dejó para que la llevara a Amozoc a limpiar, me acuerdo; si de algo presumo es de mi buena memoria —comentó Francisco Javier—. Pero en realidad creo que ya hasta nos hemos desviado del tema y éste no es asunto de tu interés, ¿o me equivoco? Lo que tú quieras que yo te diga es si me dijo algo o si yo le hice algún reclamo. No, qué clase de reclamo le iba yo a hacer si era mi gran amigo, Chema; después de ti, mi querido Chema, José Miguel era mi mejor amigo, mi confidente, mi maestro y esa amistad era más que correspondida. Yo sabía bien que me apreciaba de verdad, por eso cuando tomé la determinación de irme al seminario estuve tentado a decírselo, pero me contuve porque entre él y yo había complicidades y no creí necesario informarlo de mi decisión. Cuando lo encontré, antes de morir, no le causó extrañeza el hecho de que yo fuera cura, lo que sí me agradeció de manera vehemente fue el hecho de haber ido a verlo, como habíamos quedado el día que nos juramos visitarnos a la hora de nuestra muerte. ¿Quién más iba a hacer eso sino yo? Además, presiento que él sabía que yo pronto dejaría el ejercicio de las armas y me consagraría al Señor, él lo sabía, lo sabía, estoy seguro, porque además yo le envié una carta de felicitación desde el seminario cuando se casó y quiero que sepas que me buscó en Puebla y supo respetar mi encierro cuando le dijeron que era imposible verme porque estaba haciendo unos ejercicios espirituales de cuaresma en el convento de unas monjas de clausura y no insistió más; esto lo supe una vez ya ordenado sacerdote, después de mi primera misa.

—Mira que te tenías bien guardados estos sucesos, que incluso yo, estando de por medio Guadalupe, desconocía —le dijo José María mientras encendía su puro, que el aire y la brisa, ya entrada la noche, apagaban constantemente—. Sí sabía, por mi hija, que estabas bien y que te habías recuperado totalmente de las heridas infligidas por los esbirros de Santa Anna en Santa Cruz, pero nada más; ella se guardó bien el secreto de tu entrada al seminario. Imagínate, cómo no lo iba a saber ella si de manera permanente velaba por Manuelita ante el fallecimiento de

nuestra querida doña Francisca, tu santa madre; José, su esposo, auxiliaba a las gentes de tu confianza en el manejo de la hacienda durante tu ausencia. De verdad que mi hija tiene adoración por ti, y cómo no iba a tenerla si su propia madre te la entregó, y si tú le pediste que guardara el secreto, selló sus labios hasta tu regreso. Qué cosas, todo pasa tan de prisa y cuando nos damos cuenta la vida tiene otro escenario totalmente distinto al de los aciagos años de la lucha, de la itinerancia, de las idas y venidas en que nosotros, en un principio soldados de las milicias urbanas virreinales, pasamos a ser insurgentes unos y otros, como tú, a ser trigarantes; y venir a ver que ahora todos somos parte del ejército nacional. Qué lejos ha quedado el mes de mayo de 1821, mi querido Francisco Javier, qué lejos, en que luchamos juntos por la causa de la libertad y la independencia. Ya 22 años, y José Miguel tiene más de cinco meses que nos abandonó y nos dejó este hueco, este vacío que difícilmente llenará otra persona.

—Claro, en eso sí que coincido contigo, mi querido Chema, como él, ninguno —le contestó Francisco Javier—; se acabaron los políticos de su envergadura, de su temple, de su entrega y te aseguro que andando el tiempo, la historia lo reconocerá con creces como un hombre de valía, congruente y solidario con todas las causas de la patria, y en especial como un hombre sencillo, de vida austera y proclive a buscar la armonía entre todos los mexicanos.

—Yo te quería hacer una pregunta algo inquietante, especial, y verás por qué —le planteó José María, un tanto preocupado—: ¿has sabido tú algo de cómo marchan las cosas en El Jobo?, ¿hay alguien ahí?, ¿se le quedó a su viuda, a sus hijos, a su hermana? ¿A quién se le quedó esa inmensidad de tierra, de selva virgen, de cañales y cafetales, que desde Santa María de Tlapacoyan no tenía más límites que los ríos Alseseca y Bobos por un lado y el río de Tecolutla por el otro, hasta llegar al mar? ¿Te acuerdas del lugar?

—Cómo no me voy a acordar, mi querido Chema, yo conocí esas tierras desde jovencito, cuando ni siquiera soñaba con conocer a José Miguel; no en balde mi padre, don Pedro Gómez, tenía unas tierras que colindaban con El Jobo y por más de veinte años arrendó esas tierras a don Francisco de la Torre y, a la muerte de éste, a sus descendientes; de hecho las tuvo en usufructo hasta su muerte, en 1825, seguida de la de Pedro, mi hermano; meses después, pasaron unas a ser de mi propiedad, otras de mi usufructo —reparó inmediatamente Francisco Javier, narrándole cuál era su relación con esas tierras y todo por lo que había pasado—. En 1825, año de triste memoria para mí, me vi obligado a hipotecar esta hermosa Hacienda de Santa Cruz, además de otras haciendas y ranchos ubicados en la congregación de Mecacalco, y El Encanto, contiguo a la hacienda de San Joaquín El Jobo, dada la bancarrota en que quedó sumida mi

familia, primero por la trágica muerte de mi padre y luego por la enfermedad de mi hermano, quien duró más de un año entre la vida y la muerte hasta que finalmente descansó. Imagínate, la pobre de mi madre y mis hermanas qué iban a saber de administrar fincas de esas dimensiones, con tantas cosas que supervisar, teniendo de por medio capataces voraces y sinvergüenzas; hipotequé todo a los herederos del finado don Francisco de la Torre, un señor muy rico oriundo de Asturias y avecinado en Teziutlán, que por cierto era hermano de quien, ya difunto, sería mi suegro también. No conocí a ninguno de los dos, ¡qué cosas! Fue una hipoteca por veintisiete mil pesos, sin réditos a dos años, y sólo así pude sacar las tierras y los negocios a flote; yo nunca tuve ni tengo la habilidad para hacer negocios o cerrar tratos como lo hacía mi padre en vida, no, lo mío siempre ha sido otra cosa, tú lo sabes bien. Años atrás, cuando traté a doña Matilde —de quien te he hablado en repetidas ocasiones—, la mujer más bondadosa que he conocido y que fue quien por primera vez le ofreció un cuerno con leche de cabra con infusión de manzanilla y hierbabuena a Guadalupe, acampé a un lado de los terrenos de mi padre. Claro que me acuerdo, y los he recorrido; si bien es cierto que de niño sólo fui en tres ocasiones, una con mi padre y dos con Pedro, mi hermano, al lado de José Miguel estuve ahí varias veces, tan es así que fui yo quien le recomendó esas tierras y, como su apoderado, yo hice la compra. ¿Y sabes a quién le compré esas tierras como apoderado de José Miguel? ¿A quién le pagué y entregué el dinero? Pues nada menos que a doña María Rita García Nieto, cuñada del difunto don Francisco de la Torre, tía de mis amigos los De la Torre y madre de mi difunta esposa Manuelita, a quien precisamente acababa de conocer en las festividades de Todos los Santos, ese noviembre de 1825, famoso año por lo que ves. En ese entonces él era el presidente de la República y como solía viajar poco yo hice el viaje hasta la ciudad de México para ofrecérselos, le sugerí que los comprara, que adquirir esas tierras —le dije en aquella ocasión— era asegurarles a sus descendientes el patrimonio por varias generaciones y ya ves, me hizo caso. Y dentro de la azarosa vida que llevó como político, como negociador de tratados, como comandante de las regiones de Puebla, de Oaxaca y Veracruz, como restaurador de la paz y la libertad, los pocos años o días en que logró trabajarlas, los disfrutó. Lástima que a su esposa le afectara el calor, por lo que rehuía acompañarlo a El Jobo; ella nunca conoció esas propiedades y, en ocasiones, hasta dudo que hayan vivido juntos alguna vez. No sé cuál haya sido la intención de casarse con ella, nunca lo he entendido; ya en 1837, durante la campaña en contra de Olarte en Papantla, me había comentado sobre ella, sobre su belleza y sus virtudes y sus intenciones de casarse, pero nada más; total, poco les duró el gusto, después de la boda él le sobrevivió sólo un año cuatro

meses y aunque alcanzó a estar con él antes de su muerte, cuando ella llegó al castillo de San Carlos de Perote procedente de su hacienda de Jalapasco, prácticamente no lo vio, sólo lo escuchó y pudo confortarlo en su lecho de enfermo, pues aquella bella mujer de escasos 29 años estaba completamente ciega. Pero a todo esto, ¿dónde está lo inquietante o especial de tu pregunta? —le insistió Francisco Javier a su amigo—, ¿dónde?

—Pues verás, ahora que me hice cargo de la fortaleza de San Carlos, me he enterado de que el cuerpo de José Miguel está enterrado dentro de una caja desvencijada de municiones y muy en ello el Congreso lo acaba de declarar el pasado 25 de agosto Benemérito de la Patria, ¿tú puedes creerlo? Francisco Javier, ¿a qué no estabas enterado de esto?, ¿verdad que no? ¿Verdad que es injusto, insultante, de no creerse? Pues así ni más ni menos es y de no ponernos de acuerdo nosotros dos para mandarle hacer un féretro digno, de caoba con interiores de cedro, de ese cedro amargo al que no le entra fácil la polilla ni se degrada de inmediato, su cuerpo seguirá en ese cajón de municiones. ¡Bonito ataúd para un benemérito de la patria!, ¿no crees?

—Oye, aunque el clima de Perote es muy seco y según se sabe su cuerpo fue embalsamado para que resistiera un posterior traslado y aguantara toda la serie de supuestos homenajes habidos y por haber, ¿será prudente exhumar sus restos a siete meses de su fallecimiento? —interpeló Francisco Javier.

—Bueno, eso tendría que resolverlo el médico, lo que yo te quiero pedir es que de El Jobo hagas traer algunos tablones de caoba y de cedro para que le mandemos hacer un ataúd digno, bien barnizado, laqueado a muñeca y con interiores finos de cedro —insistía José María, y agregó de inmediato—, pues sabiendo que tú los mandas pedir, quien quiera que sea el encargado o haya quedado de albacea no nos los negará, estarás de acuerdo conmigo. Como tú le manejabas algunas de sus cosas personales a José Miguel y te conocen bien, pensé que tú serías el conducto indicado para tal diligencia; ahora bien, en lo que encargas la madera, llega hasta acá y se confecciona el ataúd, bien pueden pasar tres meses. Por cierto, hablando de la espada inglesa que acabas de mencionar y que José Miguel te dejó cuando se vieron en Jalacingo durante tu convalecencia, a principios del treinta y ocho, la tienes contigo, me imagino —agregó José María.

—Te imaginas bien, yo la tengo y la resguardo con mucho celo y cariño puesto que ya es toda una reliquia, y jamás tuve oportunidad de devolvérsela —contestó Francisco Javier, intrigado sobremanera del porqué de la pregunta—. Cuando me presenté en el hospitalito del castillo y sucedió todo lo que te he contado, dudé en dejarla, en dársela —sobre todo al verlo en el estado de salud que lo encontré—, pues has de saber que la llevaba conmigo amarrada a la silla

de mi caballo, en un envoltorio que yo personalmente hice para que pasara inadvertida; luego pensé que hubiera sido prudente dársela a su esposa, pero también me acordé de ti, que conoces de cerca a sus hijos, que viven en México bajo el cuidado de Atilano y de su tía Genoveva, y preferí guardarla para que, llegada la ocasión, fuires el conducto para entregársela a José Miguel de Guadalupe, como sé que se llama el niño. Por cierto, en una carta que guardo del buen Atilano, dice que la niña, que es la mayorcita, se llama Guadalupe, Lupita como nuestra bella hija. Y a propósito de ella, ¿a qué hora sales mañana para Jalacingo?, porque me imagino que estás ansioso de llegar y conocer a tus nietos, ¿o no? —insistió Francisco Javier, dirigiéndole una mirada afectuosa a su entrañable amigo José María Jarero Ruiz, su compadre y copadre, como solía llamarlo de cariño: mi “copadre Chema”.

—No muy temprano, mi querido Francisco Javier —le respondió con una franca sonrisa de satisfacción en los labios—. ¿Tú crees que yo me iría de tu casa sin almorzar siquiera una docena de fritas de salsa seca con huevo, hechas con tortillas cholotitas de nixcome yahuit y unos ricos chilehuates ahorita que todavía hay frijoles tiernos de la cosecha de julio? No, ni lo pienses, almuerzo y entonces me voy, ¿te parece? —dijo esbozando una risita de complicidad.

—Claro, hombre, claro, no faltaba más; yo lo decía porque Manuelita me ha dicho que quiere ir a pasar unos días con su hermana y ya que tú vas, yo te quería pedir ese favor, pues con quién podría ir más segura que contigo, y así yo no me distraigo de los quehaceres de mi ministerio, ¿estarías de acuerdo en llevarla? —le preguntó Francisco Javier con el cansancio reflejado en el rostro, pues sin darse cuenta llevaban más de tres horas de charla y la niebla entraba ya de manera franca por todos los corredores de la casa, mojando las baldosas; el frío arreciaba y había que protegerse dentro de la casa al calor de la humeante chimenea, que filtraba un rico olor a resina a través del humo que se mezclaba con la neblina y descendía hasta los prados del jardín.

—Por supuesto que sí, encantado, ya desde ahorita dile que arregle su equipaje, será un honor escoltarla hasta Jalacingo —le contestó de manera afable el general Jarero Ruiz, al tiempo que asentía con la cabeza en señal de beneplácito.

—Pasa, Chema, por favor, ya no es conveniente permanecer más tiempo en este corredor, y haz pasar a esos muchachos que te acompañan, está bien que son militares y están acostumbrados a las inclemencias del clima, pero no es para tanto; en realidad hace frío y eso que apenas es septiembre, ¿cómo irá a estar el invierno? —le pidió gentilmente Francisco Javier a su amigo y acompañantes y agregó—: Además, hemos desperdiciado el calor de la chimenea,

que de no ser por el aroma a resina del humo ni cuenta me doy de que estaba encendida y de que el buen Juan Cástulo ya debe tener rato atizándola.

—Ya para irnos a descansar, si tú no decides otra cosa, quisiera hacerte una pregunta —le dijo José María a bocajarro—: ¿de verdad estás de acuerdo en hacerles llegar la espada de José Miguel a esos niños que el infortunio ha dejado huérfanos de padre y madre y a quienes la patria debería otorgarles una pensión y asegurarles su educación al menos?

—Si es por tu conducto, claro que sí, ni lo pienso; pero si tú se la vas a dar a alguien más y luego esa persona se la hará llegar a los niños no estoy tan seguro, porque esa espada, fruto del reconocimiento internacional de las buenas dotes de negociador de José Miguel, que lo acompañó toda su presidencia, desde los meses como interino del poder ejecutivo hasta los cuatro años que constitucionalmente le correspondía ejercerla, y en todas las campañas que realizó una vez que hubo dejado la presidencia de la República, debe llegar a manos de sus hijos y eso sólo será posible si tú se las llevas en persona, y hasta que eso suceda yo la seguiré guardando aquí, donde estará segura. En cuanto tú me comuniques que vas a México, yo mismo te la llevo a Perote o vienes por ella, ¿te parece, mi querido compadre y copadre Chema? —le contestó Francisco Javier ya de pie en los escalones de la entrada, al tiempo que invitaba a los jóvenes militares a que entraran a la casa.—Por cierto, no es nada descabellada tu idea de la pensión, ¿conoces acaso a algún diputado o senador en funciones a quien se le vendiera la idea? —le comentó Francisco Javier ya dentro de la casa al abrigo reconfortante del fuego, al momento que les señalaba una serie de copas de aguardiente de la región que sobre una mesita estaban servidas—. Aunque no sé cómo, pues figúrate que cuando yo me di de baja, en mayo de 1838, solicité que se me pagaran todos los sueldos que me adeudaban y hasta ahorita, después de más de cinco años, no he obtenido respuesta. ¿Crees que en el erario nacional existan fondos suficientes para este tipo de pensiones? Yo lo dudo, y menos con la administración de este sinvergüenza, pues lo único que tienen en el gobierno actual son deudas y con eso de que ahorita está un gobierno y al rato otro y no duran ni seis meses...

—Bueno, Chema, me imagino que a tu regreso de Jalacingo pasarás por aquí, ¿o piensas irte a Perote por el camino de los llanos, por el rumbo de Orilla del Monte? —le dijo Francisco Javier como queriendo precisar el día de su retorno y acortar la charla, que se había prolongado por espacio de varias horas—. Porque te he mandado preparar una carne salada y algunas conservas de fruta, así como nuestro tradicional vino de nogal de aquí de Atzalan, y quisiera entregártelo; de lo contrario, no te preocupes, te lo hago llegar con Juan Cástulo. De hecho, yo

estoy siempre o aquí en la hacienda o en la capilla de Santa María Magdalena en Altotonga, pero últimamente he tenido que auxiliar al padre don Mariano de la Fuente y Alarcón, que es nuestro párroco aquí en Atzalan, porque ha estado algo enfermo y tal vez a tu regreso, si no estoy pendiente, no te podría ver.

—Al general don Mariano de la Fuente y Alarcón, querrás decir —acotó José María—. ¡No me digas que don Mariano está por estos rumbos! Y yo que ya lo había enterrado, o en su defecto, lo hacía por el rumbo de Coscomatepec, Córdoba u Orizaba. Mis respetos para el padre De la Fuente y Alarcón, él sí que se la jugó con Morelos y Nicolás Bravo en la insurrección de esa zona, en especial cuando era cura párroco en Maltrata; entonces yo oía hablar mucho de él, se decía que en batalla era implacable, buen estratega, pero magnánimo, como corresponde a su investidura religiosa. Por cierto que con él combatían varios negros y mulatos de esa región. ¿Y qué hace por aquí don Mariano? —inquirió José María intrigado.

—Él es de aquí, de Atzalan, y por ese motivo, estando de párroco en Teziutlán solicitó a Puebla, a la mitra, su cambio a Atzalan y permutó con el entonces párroco, señor Flández, por cierto de funesta memoria, pues durante la epidemia de cólera, allá por 1819, abandonó a sus feligreses a su suerte y se encerró a piedra y lodo entre los muros del templo de San Andrés. Por eso, para toda la feligresía de la región la llegada del padre De la Fuente y Alarcón en 1834 fue una bendición; hoy en día, de edad avanzada, padece mucho de reumas y yo lo auxilio en todo lo que puedo —agregó Francisco Javier con vehemencia al referirse a ese santo varón a quien el mismo Morelos otorgó el grado de general—. José Miguel lo tenía en gran estima y cuando pasaba algunos días en El Jobo don Mariano era su huésped preferido, con quien platicaba largo y tendido, pues hasta donde yo estaba enterado —agregó Francisco Javier— estaban escribiendo una especie de memorias de la guerra de independencia por las provincias del oriente de Nueva España.

—¿Y qué habrá sido de esas memorias? —preguntó José María—. Sería interesante saber qué pasó con esos documentos. Deberías de preguntarle a don Mariano un día de estos sobre ese proyecto y reunirnos con él, es un privilegio poder contar con un testigo de esa naturaleza, ¿no crees, mi querido amigo? Oye, y por cierto ya debe ser grande, debe estar muy entrado en años —enfatizó José María al hacer un repaso de cuántos años tendría el anciano sacerdote—. ¿Cuántos años te gusta que haya tenido en 1812?, ¿unos cuarenta y pico? Yo lo conocí hasta 1823 y se veía un hombre maduro; fuerte, sí, pero con algunos añitos encima. Fácil don Mariano le anda pegando a los setenta.

—Sí, en realidad la edad ya se le nota, pero no obstante sus achaques es incansable —asintió Francisco Javier—. ¡Imagínate!, a partir de 1834, año en que fue nombrado trigésimo primer cura párroco de aquí de Atzalan, se dio a la tarea de construir varias capillas en la región; incluso amplió la de Santa María Magdalena aquí en Altotonga y la dotó de un órgano, y construyó en la comunidad de Mecacalco otra más, pues aquellas gentes, abandonadas a su suerte, estaban deseosas de tener un lugar digno para el culto y para recibir al Santísimo. Sí, el padre De la Fuente y Alarcón es más que admirable —recalcó Francisco Javier—, nos pone el ejemplo a todos.

—Eso lo sé de sobra, es un gran hombre —apuntó José María—, por eso te hago hincapié en que me invites a estar con él; de no ser por la premura en que a diario ando y las ganas que tengo de ver a Lupita, mi hija, y a mis nietos, ahorita mismo te decía que lo fuéramos a visitar mañana, pero ya me avisarás cuando sea prudente visitarlo.

—Descuida, lo haré y te mandaré avisar a Perote, mi querido Chema —le dijo Francisco Javier—. Ojalá y cuando eso se dé tú estés todavía en Perote, amigo, porque luego te vas sin despedirte o como ahora; yo no sabía que eras el actual gobernador del castillo de San Carlos y si no es porque te presentas así de sopetón, ni yo ni Lupita tendríamos noticias tuyas, pues aunque estoy tan cerca de Perote, ¿me creerás que es tanto el trabajo y tantos los fieles a quienes debo atender que no tengo tiempo de enterarme de noticias del exterior que no sean las de mi ministerio?

—A mi regreso de Jalacingo te prometo que paso a verte, incluso un día antes enviaré a uno de mis oficiales para que te avise de mi inminente llegada, y como pareces intuir que me iré por el camino de los llanos, desde ahorita te digo que no, me regresaré por aquí pues todavía tenemos muchas cosas que platicar tú y yo: afinar lo del ataúd digno para nuestro difunto amigo, escribir el proyecto de pensión para sus huérfanos, platicar con don Mariano y, lo más importante, que es lo más presente que quería platicar contigo, mi querido Francisco Javier, y que por una u otra cosa no abordamos el tema —le dijo en tono solemne José María a su entrañable amigo—, quiero que me cuentes a detalle qué te respondió José Miguel cuando le reclamaste porqué nos había abandonado en mayo de 1821 allá en Córdoba para irse a hablar con Iturbide. Porque se lo reclamaste, ¿o no? Ya algo me habías platicado al respecto cuando el casamiento de Guadalupe, pero no me quedó claro, y después que te volví a ver estabas convaleciente en Jalacingo, antes de ingresar al seminario, ¿te acuerdas? Además, en esa ocasión

yo iba acompañando a José Miguel y preferí disfrutar a mi hija los pocos días que estuvimos contigo.

—Pero mi querido Chema, yo creí que ese asunto ya estaba más que olvidado, que habías dado vuelta a esa página y por lo que veo, insistes en lo mismo. Yo ya te relaté lo que tenía que decirte al respecto y además, amigo, además, por respeto a la memoria de nuestro querido José Miguel, quien el próximo 21 de este mes cumplirá seis meses de haber fallecido, dejemos eso atrás, la historia se encargará de resolver ese misterio o disyuntiva que a ti te intriga tanto, del porqué no se quedó ni quiso aceptar el mando en Córdoba y Orizaba, no obstante que ahí, en ese caso, todos estuvimos de acuerdo, lo mismo el coronel Herrera que el teniente coronel López de Santa Anna, que se ufanaba de ser el primer oficial realista en cederle el mando de la tropa a Victoria, en el momento en que éste, después de más de dieciocho meses de escondite, apareció ante la proclamación del Plan de Iguala. Ya olvídalos, no vivas con ese tipo de dudas, disfruta la vida, a tu hija, a tus nietos, que ni los conoces —le dijo Francisco Javier a su entrañable amigo, armándose de paciencia. —Lo que sí yo no entiendo, mi querido Chema, cómo tú, tan cercano a José Miguel, tengas ese tipo de dudas; en fin, lo único que te puedo decir, y de eso estoy convencido, amigo, es que José Miguel, a toda costa, siempre quiso evitar e incluso trató de que se suprimiera del Plan de Iguala todo lo relacionado con instaurar una monarquía e invitar a algún príncipe europeo o descendiente de Fernando VII a que se sentara en el trono de México; él, al igual que don José María Morelos y Pavón, era partidario del sistema de gobierno republicano, era un demócrata de corazón y por eso, nada más por eso, quería convencer a Iturbide antes de que siguiera adelante con sus planes, ése era su interés y tan fue así, que su vida entera, su paso por la presidencia de la República y todos los servicios que prestó a su país después de haber dejado la presidencia fueron un ejemplo de virtudes cívicas, de honradez, fue todo un demócrata por excelencia, todo lo consensuaba, jamás tomaba decisiones autoritarias y siempre veía por el bien de todos, ése era el general Guadalupe Victoria, al que tú y yo apreciamos siempre y de quien gozamos su fraterna y sincera amistad, ¿estás de acuerdo, amigo? Y una cosa te voy a suplicar de todo corazón, no vuelvas a tocarme ese tema, jamás, porque ésta ha sido la última vez que yo accedo a contestarte esa pregunta —y visiblemente emocionado por la elocuencia de sus palabras y el asunto del que hablaba, le dio un abrazo a José María y se introdujo al interior de la casa en busca de algunos objetos personales que llevaría consigo y que utilizaba en el oficio de su ministerio.

José María, apenado en cierta forma por la discusión que sin querer había suscitado, permaneció en el corredor a la espera de Francisco Javier, quien debía partir hacia el pueblo de Altotonga donde se desempeñaba como vicario coadjutor de la parroquia de Atzalan. Minutos más tarde, éste regresó al corredor y tomándose una copa de aguardiente dispuesta para él, no sin antes dirigirle una sugestiva mirada acompañada de una risita de complicidad al general José María Jarero Ruiz, flamante nuevo gobernador del castillo de San Carlos de Perote, puesto que él había desempeñado en varias ocasiones, le dijo: —Mi querido Chema, y ya que esta noche estamos de aclaraciones entre amigos, aquí, en presencia de estos jóvenes oficiales egresados muy orgullosamente del Colegio Militar que fundara nuestro ya fallecido presidente Guadalupe Victoria y nuestro común amigo, el general José Joaquín Herrera, te voy a exponer sin tapujos ni resentimientos lo que yo, al paso de los años, ya con la madurez y lo que he estudiado del tema, pienso de esos aciagos años en que servimos al Ejército Trigarante, porque todos, todos, mi querido amigo, incluido Vicente Guerrero y Nicolás Bravo, finalmente éramos trigarantes y cedimos a las pretensiones e intereses de Iturbide; tan cedimos, que él muy engréido escogió el jueves 27 de septiembre, el día de su cumpleaños, para hacer la entrada triunfal del Ejército Trigarante a la ciudad de México, te has de acordar, ¿verdad?

—Claro que me acuerdo —le respondió de inmediato José María—, pero déjame que te diga una cosa, o más bien te haga una aclaración, mi querido Francisco Javier, yo creo que te equivocas; yo por lo menos sí fui de los nacionales, como nos decía la gente de los pueblos. Yo me uní a Guadalupe Victoria en Puente del Rey en agosto de 1815, todavía en vida de mi general Morelos, y tuve la dicha de conocerlo un mes antes de que cayera prisionero en Temalaca, el 5 de noviembre de 1815, cuando acompañé a mi general Victoria hasta cerca de Iguala, a Atenango del Río y ahí lo conocí, iba resguardando al Congreso y al Supremo Gobierno de la Insurgencia, que se dirigían a instalarse en Tehuacán; al poco tiempo nos enteramos de la triste noticia de su captura, ya acá, cerca de Huatusco y posteriormente de su fusilamiento, así que, mi querido amigo, yo no sólo fui trigarante, también fui de los nacionales como te lo decía hace un momento —le aclaró José María a su correligionario y amigo, quien perplejo escuchó el relato y le dijo que él desconocía ese pasaje de su vida porque jamás se lo había platicado—. Si no te lo había contado, discúlpame, pero así fue, así que no me incluyas ni generalices —le dijo complacido de haber hecho aquella aclaración.

—Ahora sí te voy a tener envidia de la buena, amigo. Yo no tuve la fortuna de conocer a don José María Morelos y Pavón; lo que sabía y supe de él fue a través de la prensa periódica

de aquellos días que celosamente guardaban en la biblioteca del seminario y yo hurgaba durante las noches con un compañero que simpatizaba con la causa de la independencia y me animaba a que, por lo menos, me informara del asunto, pues en el seminario nos tenían estrictamente prohibido abordar ese tema —le comentó Francisco Javier a José María—; lo que sí guardo celosamente, y mira que me los obsequió José Miguel ya para morir, porque me los había prometido y los traía consigo esperando que se presentara una oportunidad para dármelos, es el documento que se conoce como el *Testamento Político de Morelos* y *Los Sentimientos de la Nación*; el primero, el *Testamento Político*, según me platicó José Miguel, él personalmente lo escribió en el momento en que el propio generalísimo Morelos se lo dictaba en presencia de don Andrés Quintana Roo, la víspera del inicio del Congreso de Chilpancingo. José Miguel fue el escribano que estampó en varios lienzos muchos de esos documentos, recién integrado a las fuerzas de los nacionales como pasante de la carrera de abogacía que había cursado en San Ildefonso.

—Pues estamos a mano, Francisco Javier, yo sí conocí a Morelos, pero no conozco ese *Testamento Político* del que me hablas; José Miguel, nuestro querido y común amigo, jamás me dijo nada al respecto ¡qué cosas!, ¿no?

—Bueno, a lo que yo me refiero, José María, es que todos caímos en la trampa de Iturbide, especialmente Vicente Guerrero y Nicolás Bravo, que pecaban de ingenuos; mi general Victoria jamás estuvo de acuerdo con el Plan de Iguala, porque parece que presentía la trastada que nos iba a hacer quien después se coronaría emperador de los mexicanos —le explicaba a su amigo el sentido en el que iba su plática y la interpretación que hacía ahora, transcurridos 22 años de la consumación de la Independencia—. ¡Se dice fácil veintidós años, pero no transcurren así de fácil! Y después de tantas muertes, traiciones, golpes de Estado, pactos, proclamas y cuanta cosa ha sucedido, dime ¿cuántos quedan de aquella época?, ¿cuántos? Se han devorado unos a otros y sólo quedaron los más astutos, como Santa Anna, que es un zorro, se lo reconozco; los demás sucumbieron a sus propias ambiciones o a las traiciones de otros, desde el propio Agustín de Iturbide, que fin tan triste para un glorioso consumidor de la independencia y fallido emperador, ¿no crees? —aseveró Francisco Javier con un dejo de ironía y tristeza—, pero finalmente todos caímos en su juego, salvo José Miguel.

—Sí, te concedo toda la razón, pero dime una cosa —le interrumpió José María—, ¿a qué te refieres con que todos caímos en su juego?

—A que, ingenuos, seguimos todo un plan trazado por quienes desde un principio se opusieron a la Constitución de Cádiz. ¡Imagínate! A Iturbide, ¿de dónde le salía lo

independentista, habiendo sido él producto del famoso y hábil Plan de la Profesa, que lo único que buscaba era que no se volviera a aplicar la Constitución de Cádiz y el país siguiera sin avanzar por el camino de las reformas liberales? Los que en 1810, pero de manera especial en 1815, se oponían a la independencia, a las ideas de Ignacio López Rayón, de don José María Morelos y Pavón, a sus leyes, al gobierno democrático, a que la soberanía de la nación residiera en el pueblo, ésos fueron los que enarbolaron la bandera de la independencia por boca de Iturbide; los que no querían un cambio y siguen ahora, desde los congresos y las logias masónicas, abogando por el pasado, por el México como botín de los poderosos, de los hacendados, de los mineros y ricos comerciantes, del mismo alto clero que en sus jerarquías superiores sólo persigue su propio provecho. A ellos, mi querido José María, no les interesa el pueblo, ése que por cientos de miles perdió la vida en una guerra fratricida de diez años y sigue derramando su sangre, ¿en aras de quién? Porque en cada revuelta y golpe de Estado mueren miles de inocentes; ahí está la guerra de Texas, territorio que perdimos y sabrá Dios cuánto más vamos a perder mientras todos se peleen sólo por detentar el poder. Sí, por eso el país está dividido en liberales y conservadores, en manos de las logias masónicas que operan en favor de los intereses de potencias extranjeras, y leyes van y leyes vienen y todo sigue igual, vivimos en un clima permanente de guerra civil, ¿no lo crees, amigo? —dijo Francisco Javier con la voz entrecortada, casi extenuado de tanto hablar.

—¡Vaya, amigo, me sorprendes!, nunca te había escuchado hablar así, con esa vehemencia y claridad de las cosas; con esa manera de pensar, ¿qué haces de cura? Deberías de emular al también clérigo don José María Luis Mora o colaborar con el doctor Valentín Gómez Farías, quien no obstante ser un liberal connotado, ya ves, ha sido el vicepresidente o presidente interino del mismísimo Santa Anna, qué contradicciones, ¿no, amigo? —le replicó José María admirado de conocer en ese momento la ideología política de aquel mesurado sacerdote, ex general del ejército de la República que había renunciado a la carrera de las armas para dedicarse a servir al pueblo, a la feligresía más humilde y que había preferido la pacífica vida de un sacerdote de pueblo a seguir como militar como lo era él, obedeciendo a toda una sarta de políticos ambiciosos que tenían al país sumido en una serie de guerras donde no existía tregua para la paz, el progreso y la consolidación de esta pobre nación que luchaba por abrirse paso en un escenario incierto donde el botín era lo realmente importante—. Oye, además te felicito, Francisco Javier, y lo quiero expresar aquí delante de estos jóvenes militares que me acompañan y a quienes les has dado toda una cátedra de civildad, porque me he enterado del orfanatorio para niñas huérfanas y desvalidas, en especial niñas indígenas, que son las más, que has fundado y sostienes

de manera heroica con la ayuda de gente generosa y tu entrega total a ese tipo de causas; en verdad te admiro porque tú sí que predicas no sólo con la palabra, sino con acciones concretas —le expresó, más que satisfecho, José María, ante el rubor de Francisco Javier, que anonadado, permanecía recargado sobre un pilar de la arquería del gran corredor, secándose el sudor de la frente de su enrojecido rostro.

—Mi querido Chema, ahora el que me sorprende eres tú; no acabas todavía de llegar bien a la región y ya sabes santo y seña de lo que hago y eso que no sabías nada de mí desde enero de 1838. Y mira que nuestra querida Guadalupe no te pudo haber comunicado nada porque tampoco ella sabía nada acerca de mí, de no ser por las cartas que con regularidad yo le enviaba tanto a ella como a Manuelita desde Puebla, para saber de ellas y seguir desde allá la administración de la hacienda y los negocios con la ayuda de mis hermanas —le contestó Francisco Javier, incrédulo de que José María estuviera al tanto de lo del orfanatorio.

—Mira, amigo, el mundo es tan chiquito, ni te cuestiones tanto, tenemos una querida amiga en común que ni tú ni yo sabíamos, o mejor dicho, ella no sabía que nosotros nos conocíamos y que nos unía, además de los años de conocernos en la carrera de las armas, el indisoluble lazo de nuestra hija Guadalupe; me refiero a doña Petra Álvarez de Carrión, dueña de la hacienda de San Diego de Coyotepec, de la municipalidad de San Juan de los Llanos, que sé que te ayuda en tus labores caritativas.

—¿Conoces a doña Petra?, ¿de dónde?, ¿o cómo? —exclamó Francisco Javier.

—Nuestra querida doña Petra, en reiteradas ocasiones ha surtido al ejército de un buen número de caballos y mulas, lo mismo durante la guerra de Texas que durante la invasión y sitio del puerto de Veracruz por los franceses entre 1838 y 1839, te debes haber enterado, la ya tristemente conocida como “Guerra de los Pasteles”; pues ya ves, nuestro pueblo, aun en medio del infortunio, no pierde el sentido del humor y yo, mi querido Francisco Javier, siempre he sido, por parte de la Secretaría de Guerra, el encargado de esas negociaciones y mira que la mujer es paciente para aguantar los pagos retardados de nuestros gobiernos, tú lo sabes mejor que nadie, que todavía estás empeñado en reclamar la cantidad de haberes que te quedaron a deber, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas; pero hablando de ese asunto, ya lo relegué, mi querido Chema, es parte de mi estrategia, de mi nueva identidad, tú lo sabes mejor que nadie —le dijo al momento que lo tomaba del brazo y lo atraía hacia el interior de la casa, hablándole en voz baja para que los jóvenes oficiales no se enteraran del asunto—. No es lo mismo el general de brigada

Francisco Javier Gómez Bello que el padre Francisco o Paco, como suelen llamarme los jóvenes, vicario y cura coadjutor de Altotonga —le aclaró Francisco Javier, haciendo alusión al peligro que él corría si Santa Anna, quien lo daba por muerto, se enteraba a través de esos reclamos al Ministerio de Guerra que el padre Francisco y el general Gómez Bello eran la misma persona.

—Descuida, amigo, descuida, estos muchachos en realidad son muy jóvenes y recién egresados del Colegio Militar, como bien has dicho al comienzo de nuestra charla, en la que los hemos involucrado —le comentó José María, comprendiendo la gravedad del asunto y lo delicado del tema y todo por relacionar con ellos a la buena de doña Petra Álvarez. A partir de ahí la charla se distendió y al percatarse que ya había transcurrido bastante tiempo, creyeron más conveniente retomar esa charla cuando se reunieran con el padre don Mariano de la Fuente y Alarcón, en vez de estar ventilando asuntos que, definitivamente, para Francisco Javier eran cosa de vida o muerte.

—Bueno, mis queridos amigos, ustedes tienen sueño y yo también, además de que todavía tengo que cabalgar un poco hasta llegar a mi iglesia —les dijo Francisco Javier despidiéndose de mano de todos, en especial de José María, a quien le susurró al oído—: ya ves, amigo, me haces hablar de más —los dos soltaron la risa y se propinaron un fuerte abrazo.

—Ah, por cierto, mi querido Francisco Javier, lo más presente que tenía se me había olvidado; es más, me aseguré de traerte ese encargo desde que salí de Perote y venir a ver, tú ya te despides y yo ni siquiera te lo he dado.

—¿Darme qué, amigo?

—Esto —y sacando de un envoltorio de piel le entregó un pequeño librito de color beige con pastas de cartoncillo y al abrirlo, en la primera hoja traía una dedicatoria de puño y letra en tinta negra que decía: *Para el señor general y sacerdote don Francisco Javier Gómez Bello, gran héroe y libertador de la Villa de Córdoba en el año de 1821, con mi admiración y devoción: José Mariano Otero Mestas, ciudad de México, a 20 de julio de 1842.* Y hojeándolo de manera meticulosa leyó su título: *Ensayo Sobre El Verdadero Estado de la Cuestión Social y Política que se Agita en la República Mexicana.* Más abajo se podía leer Imprenta de Ignacio Cumplido, 1 de junio de 1842.

—¡Pero amigo, qué delicadeza la tuyal!, molestarte en traerme esta joya de libro del gran Mariano Otero, joven más que brillante, impreso nada menos que en la imprenta de Ignacio Cumplido, donde juntos editan el prestigioso periódico *El Siglo Diez y Nueve*; yo conozco esa imprenta, mira qué maravilla de libro. Esto sí que no me lo esperaba, muchas gracias, tendré que

leerlo con mucho detenimiento y ya te haré algunos comentarios. Sé por algunos editorialistas que este joven es de Guadalajara, tu paisano, y realmente es sumamente joven, eh, tiene apenas veinticinco años.

—Sí, mi querido Francisco Javier, Mariano Otero efectivamente es mi paisano y lo conocí relativamente hace poco, el año pasado; prácticamente era vecino de mi casa y gran amigo de mis sobrinos, que fueron quienes me lo presentaron, ya ves que yo me enrolé en la guerra de independencia muy joven y perdí todo contacto con Guadalajara, ¿cómo ves? Pero ahora que estuve en México él me buscó, figúrate, ya es diputado y participa en el Congreso, y por lo que se lee en los diarios es de los buenos, eh, al igual que un joven poblano con el que cultivo amistad, de nombre José María Lafragua, también muy inteligente, gran amigo a la vez de Guillermo Prieto, periodista, escritor y poeta que también me dispensa con su amistad; son un grupito que en sus tertulias jamás te aburres, al que se suma en algunas ocasiones el talentoso Ignacio Cumplido que mencionas, y la mayoría de ellos son muy amables conmigo. Son una nueva generación de políticos brillantes, como los que necesita el país en estos tiempos, no tipos ambiciosos y ladinos como el pillo de Santa Anna.

—Y que lo digas tú, amigo, que realmente no lo conoces a fondo como yo —le respondió Francisco Javier esbozando una leve sonrisa irónica—. Ahora imagínate lo que yo pienso de ese tipo, con el que realmente he tenido serias diferencias en mi vida y quien mandó vilmente a asesinarme; todo porque durante la época en que el virrey Apodaca comenzó a implantar sus políticas de amnistía para todos los nacionales insurrectos y se crearon nuevos centros de población para rehabilitarlos y darles trabajo, él, como administrador de uno de esos centros, disponía de los fondos públicos para su propio beneficio y lucraba con las cosechas, en lugar de ayudar, para lo que estábamos ahí; como él se enteró de que yo sabía del teje y manejo de esos fondos, comenzó a hostigarme, temeroso de que yo lo denunciara; eso jamás lo hice, no es mi estilo, pero sí lo enfrenté directamente y le eché en cara su proceder. Desde entonces nunca me ha querido y sentía que yo, por mi cercanía con José Miguel, iba a interferir en la relación política que ellos mantenían, ¡te imaginas, amigo! Eso ya es historia más que antigua, ¿no crees? —le dijo con cierto aire de nostalgia—. Pero volviendo a lo de estos jóvenes políticos, tienes toda la razón, son la esperanza de este país para un cambio positivo.

—Aunque veo que es todo un ensayo y por lo que hojéo grosso modo es un análisis de nuestra sociedad, profundo me imagino, ¿cuál crees que haya sido el motivo de este talentoso joven para escribir este texto? —preguntó Francisco Javier—. Por otro lado, sé que Otero e

Ignacio Cumplido son algo así como socios en eso del periódico y la editorial, pues yo, en mis idas a la editorial a fines de septiembre del año pasado, dos o tres veces crucé palabra con los dos y Otero le hacía correcciones y revisaba a conciencia un discurso que había pronunciado el 15 o 16 de septiembre con motivo del treinta y un aniversario del llamado “grito de Dolores”.

—Ah, entonces lo trataste y lo conociste bien, me imagino.

—¿Qué te diré? No del todo, o lo suficiente como yo hubiera querido; digamos que llevaba una buena relación con los dos y me ayudaron a imprimir mi tesis para graduarme en Filosofía; eran muy atentos y respetuosos conmigo. Además, yo no vivía de fijo en la ciudad de México, iba a San Ildefonso por períodos de uno o dos meses a mis clases de Filosofía y Teología y me regresaba a Puebla, pero indudablemente los dos jóvenes son verdaderos intelectuales. Incluso un día, Otero me preguntó por qué había ingresado al seminario siendo yo ya mayor y algo le platicué de mi vida y mis andanzas en la milicia, cosa que lo impresionó, y también otro día me comentó de su relación epistolar con don José María Luis Mora hasta Europa.

—Con razón cuando le pedí que me hiciera la dedicatoria para el libro que te traje y yo le expliqué cómo y en qué términos la quería, me dijo: “General, va usted a pensar que estoy loco, pero una corazonada me dice que yo conozco a esa persona para quien estoy dedicando el libro, estoy casi seguro; un día de estos me dirá usted si tuve o no razón”. ¿Cómo ves, mi querido Francisco Javier? —le dijo José María sonriendo y agregó—: no cabe duda de que existen las coincidencias, y de que las hay las hay.

— Bueno, lo que sí te prometo, mi querido José María, es que leeré el libro a detalle y le haré comentarios al autor por correo agradeciéndole su dedicatoria y sus dotes de prestidigitador y adivino al acordarse de mí, y claro, ya lo comentaremos los dos, y por qué no, con el padre don Mariano, a él le va a encantar. Pensándolo bien, debo aprovechar la Estafeta de Atzalan, que todavía usufructo, para intercambiar correspondencia con amigos, esa es una manera de mantenerse al tanto del acontecer nacional e internacional. ¿Cómo ves, amigo, a poco no es buena idea? Además, con la secrecía y seguridad del correo.

Una vez que se despidió, no sin antes cerciorarse que las habitaciones estuvieran listas para que descansaran, le recordó a su amigo que no se le olvidara que Manuelita, su hija, se iba con él a Jalacingo.

Poniéndose sobre los hombros un pesado cotón de lana y echando mano de su sombrero salió de la casa con dirección a los macheros, donde Juan Cástulo ya tenía ensillado a Tecopaguas y a un corcel más para él, y retomaron el camino de Talixco rumbo a Altotonga, pues deberían

de llegar pronto a la casa situada enfrente de la pequeña iglesia donde ejercía su ministerio, la misma donde el 4 de octubre de 1793 había nacido, propiedad que le heredara su madre.

La primera misa era a las cinco de la mañana y ese día, 16 de septiembre de 1843, comenzaba un jubileo —que duraría hasta el 27 del mismo mes— que se había prometido a sí mismo y a sus feligreses como agradecimiento de que la nación cumplía durante ese mes de septiembre veintidós años de haberse independizado de España, de lo cual él se sentía muy orgulloso. Con gusto oficiaría las misas por las almas de todos los caídos en batalla y por las de aquellos cuya sangre había sido derramada en aras de la independencia aunque no hubieran participado de manera activa en las batallas, pues como él decía, “murió tanta gente inocente que ni la temía ni la debía que no alcanzarían todos los templos expiatorios del mundo para pedir por ellos”, por eso él rezaba todos los días frente al pequeño sagrario, donde guardaba las sagradas formas. Ya de madrugada, el viento seco del sur, que había cobijado las heladas de las tierras altas, comenzó a bajar y poco a poco se llevó las nubes lejos de ahí. El amanecer del día 16 sería luminoso.

## **Quince**

Jueves 24 de febrero de 2011

Por fin, varios meses después de aquel 10 de marzo de 2010, cuando recibiste la notificación de la Secretaría de la Defensa Nacional en relación con la aceptación de tu solicitud de investigar en los archivos históricos de dicha institución todo lo referente al general de brigada Francisco Javier Gómez Bello, quien resultó ser también tu ancestro, tu tío tatarabuelo en línea directa, decidiste muy de mañana enfilar tu coche hacia tu casa de Altotonga. Ese día, tu cumpleaños número 63 por cierto, sin pensarlo dos veces te pusiste en marcha con el vehículo lleno de libros, papeles, ropa, utensilios, computadora; echaste mano de todo lo que encontraste y que se te ocurrió que podría serte de utilidad, a sabiendas de que allá en tu añorada casa del barrio de Santiaguito los libreros estaban repletos y tendrías que dedicar algo de tiempo para poner orden en ellos, situación que viaje tras viaje dejabas pendiente para la próxima venida, como si fuera el pretexto ideal para regresar en menos de un mes. Y así transcurrían los días, las semanas y los meses; la casa te solía esperar con nostalgia en medio del pasto verde y frente a la gran araucaria que, desafiante, irrumpió hacia el cielo y se pierde en medio de la espesa niebla cuando ésta se tiende sobre el pueblo.

Te levantaste casi de madrugada y sin dar tregua en casa a que se percataran de tu ausencia, saliste rápido hacia el viaducto y pronto alcanzaste la carretera con la idea fija de llegar a almorzar al mercado en Altotonga, pues un rico e hirviente chilposo de res no te caería nada mal para saciar el hambre y calmar el frío que provocaba ya el enésimo norte de la temporada; tantos, que ya hasta habías perdido la cuenta. La ruta, cientos de veces recorrida, transcurrió sin novedad entre bancos de niebla y los rayos del molesto sol de frente de la mañana, pero en fin, había que llegar y hacerlo con prontitud pero con precaución, pues ese día tu destino final era la ciudad de Xalapa, donde, en compañía de María Eugenia, tu hija, celebrarías tu cumpleaños; pero eso ya sería en la nochecita, una vez que organizaras tus pendientes en Altotonga.

Durante el recorrido, en plena carretera las ideas iban y venían y te asaltaba toda una serie de pensamientos y recuerdos en torno a la novela, de cómo te surgió la idea de escribirla y de todos los encuentros, investigaciones, viajes, escapadas aquí y allá y la de personas extraordinarias que habías conocido en pos de lograr tu objetivo; de repente comenzaste a recordar la tarde en que tres meses atrás tu curiosidad te llevó hasta la ciudad de Perote, con el pretexto de recorrer la fortaleza de San Carlos y hacerle una visita a tu tía Sara Bello, a quien dos años atrás, al

encontrártela en un velorio, habías quedado de manera muy formal de visitar, sabedor de que ella guardaba celosamente el archivo fotográfico de la familia Bello, el cual tenía un acervo de más de mil fotografías y papeles de familia desde el año de 1865, que tanto tus tías abuelas Ignacia y María atesoraban y que tú habías conocido cuando tenías escasos diez años de edad.

Aquella tarde, recordaste, hiciste viaje especial a Perote para indagar y consultar papeles y fotos de familia en casa de tu tía Sara, hija a su vez de la tía Ignacia Bello García, hermana de tu abuelo Emiliano Bello Rodríguez, hijo de tu bisabuelo Luis Bello Arcos y nieto de don Rodrigo Bello Toscano, tu tatarabuelo, precisamente primo hermano de Francisco Javier Gómez Bello, pues ambos eran hijos de dos hermanos carnales: doña Francisca Bello Bello, madre de Francisco Javier, y tu chozno, Rodrigo Bello Bello, padre de Rodrigo Bello Toscano. ¡Qué cosas!, pensaste. Tus raíces en Altotonga se remontaban hasta fines del siglo XVII y principios del XVIII, y no lo hubieras sabido de no haber ido a hacerle esa visita a Sara, quien por fortuna te acogió de maravilla y te reconoció de inmediato haciendo recuerdos de cuando niño pasabas con tus padres a visitarla cuando aún era soltera; lástima, al poco tiempo murió, pero al menos tuviste la fortuna de que te enseñara varias fotografías de Manuelita Gómez de la Torre viuda de Guzmán, hija única de Francisco Javier Gómez Bello. Ese día, te impactó ver una fotografía de ella nada menos que con doña Longinos Bello Arcos y su hija, jovencita todavía, Eufrosina Camacho Bello.

—Esta Longinos Bello Arcos era hermana de tu bisabuelo Luis Bello Arcos, que a su vez eran primos de Manuelita Gómez de la Torre, a quienes todos los parientes de apellido Bello Arcos visitaban en su hacienda de Santa Cruz; la querían mucho y la llamaban “Mamá Grande”. Ir a visitar a “Mamá Grande” era ir de día de campo a Santa Cruz y quienes de jovencitos hacían ese paseo de manera frecuente eran nada menos que Eufrosina Camacho Bello y Emiliano Bello Rodríguez, primos hermanos afines y cercanos. ¡Qué de historias, Dios mío, qué de historias!, te comentaba Sara, ya cansada y con la voz casi apagada, pero ese día te dedicó a ti más de tres horas; realmente ella era todo un libro abierto en materia de genealogía y descendencia familiar. ¡Qué de recuerdos, caray!, reparaste en ese momento, y al jalar sólo una hebra, toda la cantidad de personajes aparecieron en ese momento, hasta doña Eufrosina —prima hermana de tu abuelo Emiliano—, la madre de todo el clan Ávila Camacho; ella y más, en milésimas de segundo, desfilaron ante tus pensamientos. Y mientras manejabas, aquilataste lo afortunado que habías sido al haber podido charlar con tu tía Sara en aquella memorable visita; tranquilo, al volante de tu automóvil, descendiste del altiplano hacia la cañada de Altotonga cuajada de nubes y rocío;

sin darte cuenta, los minutos se sucedieron unos a otros de manera vertiginosa y cuando acordaste, te encontrabas ya a las puertas de tu casa en el Barrio de Santiago.

Ya en la fonda, con la magia inigualable de la neblina desparramada por el pueblo, sorbo a sorbo fuiste degustando tu chilposo y en amena charla con otros comensales, pronto te pusiste al tanto de lo acontecido y por acontecer. Al fin pueblo, en Altotonga todo se sabía y lo que no se inventaba. Después del chilposo, un rico y humeante café de olla se hizo necesario, acompañado de una deliciosa quesadilla de pan del horno de don Horacio Aguilar, pionero, al igual que sus padres, en el arte de la panadería del lugar.

Martín Justo Preza, tu compadre, se hizo presente en la fonda con precisión meridiana y durante todo el almuerzo cambiaron impresiones y comentaron sucesos que desconocías, incluyendo la nota necrológica, por donde desfilaron infinidad de personas conocidas que habían pasado a mejor vida. ¡Qué cosas, compadre, cada día conozco menos gente en este pueblo! —le comentaste—, al grado de que si damos una vuelta aquí por el mercado, entre los locatarios, la mayoría de los negocios están ahora en manos de los hijos de quienes yo conocí hace treinta y cuarenta años; sólo esta fonda, de doña Tere, es la excepción, porque doña Esther Méndez, su madre, todavía vive y mantiene su negocio, pero fuera de ahí, todos son hijos y nietos de los propietarios originales y eso que ni que, es la ley de la vida. Lo bueno es que la tradición y las costumbres perduran y de padres a hijos este estilo de vida permanece, nada cambia, y cada quien maneja el mismo giro comercial de la familia.

—¡Oye, compadre! —le dijiste tomándolo de la mano—, ¿sabes acaso a quién pertenece ahora la hacienda de Santa Cruz?

—¿De Santa Cruz? —te respondió de inmediato—. La verdad no sé a ciencia cierta, compadre, pero podemos preguntarle a Daniel Ávila, su amigo, el de la Cooperativa “La Esmeralda de la Sierra”. Él vive en Talixco, ahí juntito, y de seguro él sabe; el otro día que usted me pidió de favor que investigara si se podía entrar al panteón particular que está ahí, donde están enterrados todos los difuntos de las familias Gómez, Ríos, Guzmán y Pazos, creo, él me hizo el favor de acompañarme y fue la vez que le mandé las fotos de todas las tumbas que ahí se encuentran; si le preguntamos a Daniel él nos dirá con seguridad quién es el dueño ahora —te dijo con certeza y aplomo y agregó—: La ocasión aquella en que me acompañó y tomé las fotos me dijo que seguía siendo de los descendientes de aquel señor que se murió en México cuando tembló en 1985 y estaba hospedado en el Hotel Regis; creo que es de los hijos y nietos de ese

señor, si mal no recuerdo de apellido Domínguez; usted se ha de acordar que ya le había yo comentado eso —señaló.

—¿Y sabes si todavía existe o funciona esa cooperativa? Esa cooperativa se creó allá por el año 1981 y la fundaron todos los obreros que pertenecían al movimiento aquel en contra de la empresa “Creaciones Luhar”, si mal no recuerdo, y cuando yo fui presidente municipal tiro por viaje me tomaban el Palacio Municipal y hacían borlote, ¿te acuerdas? —le preguntaste.

—Bueno, de acordarme me acuerdo, compadre, aunque en esos tiempos yo andaba de soldado —te respondió—, y sí, eh, ahí sigue y la administradora es Amanda de la Merced, que usted conoce bien, y Daniel Ávila ahí trabaja, aunque también maquila por su cuenta. Pero si se trata de ir al panteón ese, vamos, Daniel nos lleva, él vive en Talixco y conoce a mucha gente ya ancianita, muy ancianita, que todavía recuerda que sus padres les contaban que esa hacienda era del general Francisco Javier Gómez, quien dicen era muy buena persona y se hizo sacerdote, por eso ahora la congregación se llama Francisco Javier Gómez —te dijo.

—Sí, eso lo sé bien yo y te lo he platicado, te has de acordar; pues sí, nada más me ayudas a desempacar mis cosas en la casa y vamos a echar una platicada con Daniel... —y te quedaste pensando.

—¿En qué piensa, compadre?, ¿se le olvidó algo?

—No, no, estaba yo pensando que nunca se me había ocurrido preguntarle a Daniel sobre mi amigo del que te he platicado, Julián Bello Gómez, ¿te acuerdas que una vez te platicué de él? Luego venía a verme cuando vivía en la casa de Juárez; a tu mamá sí le platicué de él, luego hasta me preguntaba: “¿Ahora no ha visto a mi tocayito? Luego viene cuando usted no está y pregunta que a dónde fue o dónde lo podría encontrar y yo la verdad le digo: Pues mire usted, él no tiene hora para llegar; luego sale casi de madrugada y regresa hasta ya bien noche, así que si lo veo le doy su recado; así le digo, oiga usted, pero el señor ese Julián es muy amable, muy decente, lo había de invitar usted un día de estos a almorcizar, no que siempre viene cuando usted no está”, me decía tu mamá seguido, al grado que creo que es la única persona, después de mí, que lo conoce o por quien se deja ver; porque mira que es especial este Julián; nada más tú mamá y yo lo hemos visto.

—Qué casualidad o coincidencia, ¿no? Pero pensándolo bien, tal vez Daniel me saque de dudas en torno a él, mi escurridizo y misterioso amigo, pues siendo originario de Talixco algo sabrá de él, aunque te voy a decir que yo el apellido Bello no lo ubico para nada en Santa Cruz; sé que hay apellido Bello en Champilico, en la sierra allá en Mecacalco, Las Truchas y Temimilco,

pero aquí, y menos en los alrededores de la hacienda, que yo sepa no; pero todo puede ser y como bien dices, Daniel conoce a mucha gente muy ancianita del lugar, tal vez hasta conozca a los descendientes del señor aquel que había sido “corneta” del coronel Gómez en la batalla de la Villa de Córdoba en mayo de 1821, aunque creo que ese soldado del que habla el señor Arroyo en sus memorias era de Texacaxco.

—Oiga, compadre, y pensándolo bien, usted realmente nunca me ha platicado a detalle lo de ese señor Julián Bello del que dice que mi mamá conoce —te dijo Martín, un poco sorprendido de que le dijeras que ya le habías platicado acerca de él.

—¿De verdad, compadre, no te he platicado de él? —le preguntaste—. Mira, no sé cómo explicártelo, se trata de una larga historia que comenzó hace como treinta años y, hasta ahorita, ya dudo si ese personaje existe o es una simple imaginación mía. Pero, ¿y tú mamá? Si ella lo conoce y dice que pasaba y preguntaba por mí entonces sí existe, ¡qué cosas! Un día, con más calma, te voy a contar toda la historia, no vaya a ser la de malas y ahorita se haga presente y me veas hablando como loco no sé con quién, porque tú, es lo más seguro, no lo vas a ver; creo que a tú mamá, después de a mí, es a la única persona que le ha permitido que lo vea, ¿por qué?, no me lo preguntes porque no tengo una respuesta coherente, compadre. Lo que sí sé es que doña Julia, tu santa madre, es eso, una santa, y creo que hasta dialoga y convive con todos los antepasados míos que deambulan por la casa de Juárez; a mí seguido me comentaba que veía a una linda señora joven, muy rubia, sentada en una de las poltronas de la sala arrullando a un bebé, que lo mismo saludaba a un señor muy alto vestido de traje negro y sombrero de copa que la saludaba de manera afable. Todo eso me decía, compadre, y mira que le creo a pie juntillas —le insististe a Martín, quien te escuchaba asombrado—, porque lo platica con una tranquilidad y certeza que no deja lugar a dudas, y le creo, eh, le creo. Ella sin aspavientos de ningún tipo convive con todas esas buenas personas y/o espíritus y me dice: “Ay, oiga usted, y son tan buenas personas todos estos espíritus que viven aquí”. Y cuando yo le pregunto si siente algún temor por ello, me responde con mucho aplomo: “Miedo hay que tenerle a los vivos”, y se ríe de buena gana, “por eso todos estos difuntos son amigos míos y oiga usted, cuidan la casa, de verdad la cuidan”. ¿Y por qué no habría de platicar con mi amigo misterioso que no fácil se deja ver? Sobre todo porque a él no le interesa que lo vean; pero tu santa madre tiene ese don. En una ocasión, estando yo leyendo —le comentaste a Martín—, se me acercó tu mamá y me dijo muy quitada de la pena: “¿A quién cree que me encontré ahorita en su recámara?” ¿A quién, doña Julia, a quién? —le pregunté—. “A don Emiliano, su abuelito, siempre tan elegante el señor y muy

amable y caballeroso; de jovencita siempre lo veía cuando iba a recorrer su huerta allá más abajo de ‘Los Perales’, pues todas esas tierras eran suyas, y nos regalaba fruta; iba a caballo y de traje, siempre de traje”. Todo eso me dijo en aquella ocasión y con una naturalidad inaudita; lo que es un alma pura como la de tu madre, que el Señor les permite ver lo que los simples y pecadores mortales no vemos. Pero no te preocupes, compadre, ahora que regrese de Xalapa y busquemos a Daniel Ávila, con suerte daremos con él y desenmarañemos todo este misterio pues ya no sé ni qué pensar.

Ya en casa, después de bajar y acomodar más o menos todo en su lugar, y luego de un reparador sueño, decidiste hacer una pequeña maleta, previendo no salir muy tarde rumbo a Xalapa, donde, además de celebrar tu cumpleaños, tenías previsto buscar y entrevistarte con Rubén, tu amigo reportero y camarógrafo, que hasta donde habías indagado trabajaba en el Diario de Xalapa y a la vez era locutor en una radiodifusora; a él sería fácil reencontrarlo, además de que tenían amigos comunes que los habían mantenido en contacto. A tu llegada a Xalapa, María Eugenia, tu hija, te sorprendió con un delicioso chilposo de res como cena y un exquisito pastel de manzana recién salido del horno como a ti te gusta, y en compañía de Luis Fernando y Gabriela, tus nietos, y Salvador Gabriel, tu yerno, celebraron tu cumpleaños, no sin antes elogiarle a tu hija ese chilposo de res que es su especialidad y le dijiste: “Mira que este es el segundo chilposo del día, pero ¡éstel!, no tiene ni punto de comparación con el de la plaza, mi hijita, el tuyo sí que está riquísimo y elaborado, como dicen, con todas las de la ley”, y en el acto le diste un beso. Cenaron rico y te dispusiste a dormir para al día siguiente comenzar las pesquisas y armar aquel rompecabezas que te traía obsesionado con el desenlace de tu novela y, más que eso, atar todos los cabos sueltos que, pareciendo estarlo, no lo estaban.

La Casona del Beaterio era una buena opción para comenzar el día en Xalapa y ahí habías quedado de verte con Nicolás Juárez Méndez, tu gran amigo de Altotonga, periodista, investigador y doctor en Historia, pues él era el contacto preciso para localizar a Rubén y en eso habías quedado. Con la puntualidad que lo caracteriza, Nicolás llegó a la cita y tras él, Rubén, a quien no habías visto en casi treinta años y a quien los años habían tratado bien, pues salvo por unas cuantas canas que asomaban en su abundante cabellera y unos kilos de más, no muchos, el hombre estaba igualito, sólo con la novedad de que ahora usaba bigote. Los saludaste a los dos y Nicolás te dijo: “¡He aquí al hombre!”. Y de inmediato le respondiste: “¡Y heme aquí a mí, treinta años después!”. Y luego de intercambiar fuertes abrazos se sentaron a degustar un rico desayuno.

—Treinta años se dicen fácil, pero no pasan así de rápido, Rubén, sabía de ti gracias a Nicolás, cuyas inquietudes periodísticas y literarias lo han mantenido cerca de los medios y te ubicaba y veía con cierta regularidad, según me ha contado, pero si no fuera por él, haz de cuenta que te tragó la tierra, ya que nunca volviste a Altotonga. ¿Tan mal te tratamos, amigo? Bueno, te diré que yo ya tengo también quince años fuera del terruño, incluso a Nicolás, a quien nunca le perdí la pista, como decimos, lo reencontré en 2005. ¿Verdad, amigo? —le dijiste a Nicolás—. Y fue entonces, ya no recuerdo si aquí en Xalapa o en la ciudad de México, cuando saliste en la conversación e incluso me mandaste saludos, pero bueno, lo importante es que nos hemos vuelto a encontrar y por algo se dan las cosas, casi te podría decir que yo mismo te invoqué al ponerme a escribir y tratar de hacer algunos escritos de cuando fui alcalde, ¿te acuerdas? De hecho yo te conocí al poco tiempo de haber tomado posesión como presidente municipal de Altotonga, gracias a los buenos oficios del inolvidable maestro Luis Melgarejo Vivanco, y nuestros encuentros fueron más que frecuentes durante mi estancia de tres años en el cargo, poco después nos vimos en Xalapa e incluso supe que estabas próximo a casarte y hasta ahí; después de eso, ya en el 87, nunca más tuve noticias tuyas y mírate ahora, hasta abuelo debes ser, me imagino —le dijiste.

—No, mi querido don Fernando, todavía no soy abuelo, aunque ya no tardando lo seré pues mi hija la mayor ya se casó —te dijo, sorprendido de que estuvieras ahí y de que lo hubieras convocado a desayunar a través de Nicolás Juárez, amigo común de ambos.

—Y ahora tú, ¿qué bicho raro te picó, Rubén, de cuando acá nos hablamos de usted tú y yo? ¿Qué te pasa, mi gran camarógrafo y comunicador?, acuérdate que desde que nos conocimos y te invité a comer a la fonda de doña Esther Méndez en el mercado de Altotonga quedamos que nos hablaríamos de tú, ¿o ya se te olvidó?

—No, amigo, discúlpame, es la costumbre; bueno y también la cantidad de años de no vernos, pero lo importante es que aquí estamos. Y a todo esto, platícame de ti, yo aquí sigo en Xalapa y días van y días vienen, gobiernos llegan y gobiernos se van y todo sigue igual, jajajaja; crisis, sobresaltos, declaraciones y este país sigue igual, ya ni pa'quejarnos, ¿no crees? —te cuestionó con una franca sonrisa y esa mirada inquisitiva y pizpireta que ya habías olvidado y que trataba de adivinarlo todo. Pero tú, tú sí que debes de tener nietos ya, la última vez que viajamos a la sierra de Mecacalco, siendo gobernador don Rafael Hernández Ochoa, te has de acordar, estaba por nacer un bebé, ¿o me equivoco? Sí, tú ya tenías una güerita güerita, con el pelo rizado, que parecía Ricitos de Oro, bien que me acuerdo; y estaba por llegar el segundo.

Tanto, que después que te dio aquel famoso cólico renal que te traía a raya, cuando hasta el gobernador te llevó en su helicóptero a Altotonga, al día siguiente, después de que desayunamos en tu casa, te fuiste a la ciudad de México, ¿te acuerdas, amigo? Para que veas que tengo buena memoria. ¡Ah, y hasta te desapareciste un ratol!, te has de acordar bien, porque fuiste a buscar a tu amigo, aquel compa que medio se te aparecía en todos lados y que también habías invitado a desayunar y nunca llegó el ingrato; para que veas que me acuerdo y mi retentiva está intacta. Sí, cómo me acuerdo de ese tipo que a todos lados te seguía, o se te aparecía o creías ver, y a la mera hora de presentárnoslo se escabullía como fantasma, jajajaja. Luego íbamos en la carretera y de repente daban unos frenones porque creías verlo, yo un día casi me estampo contra el parabrisas de tu *pickup* y hasta te molestaste conmigo porque te dije que estabas loco, que ahí no había nadie, sólo la niebla bajando en medio del ganado. ¡Ah, qué tiempos aquellos, mi querido Fernando! No, si me acuerdo de todo, amigo, de tu gran hospitalidad y de todas las andanzas donde juntos hicimos un reportaje por los caminos que se estaban construyendo hacia Mecacalco y Las Truchas, y desde luego, la inauguración de aquella famosa clínica IMSSS-COPLAMAR, ahí en el Plan, en mero Mecacalco, que fue cuando te dio el cólico ese renal tan horrible del que acabamos de hacer memoria y el gobernador te llevó en su helicóptero; ya merito e inauguras tú la clínica, jajajaja. Yo y todos los demás periodistas y funcionarios nos la echamos a pie hasta la memorable cuesta de Tatempa y de ahí en jeeps y camionetas por la ventilla hasta llegar a Altotonga. ¡Qué tiempos aquellos, verdad!, ¡qué tiempos!

—Vaya que tienes muy buena memoria, Rubén, eso veo, y fíjate, el bebé ese que iba a nacer, y que felizmente nació el sábado 31 de mayo de 1980, fue niña y se llama Esther, quien a su vez tiene ya dos niños: María Fernanda, de 12 años, y Guillermo de la Luz, de 8 años, ¿cómo ves? Y la güerita, que se llama María Eugenia y vive aquí precisamente en Xalapa, también tiene dos hijos: Luis Fernando y María Gabriela, de 16 y 12 años respectivamente, así que, efectivamente, ya soy abuelo.

—Oye, pero lo que me tiene sorprendido es que tienes una memoria casi fotográfica y ahorita que estamos haciendo recuento de historia antigua, me viene a la mente que tú y Nicolás se conocieron en aquella ocasión en el que el maestro Carlo Antonio Castro presentó en Altotonga su libro aquel de *Lupe la de Altotonga*, que en realidad el título del libro no es ese en especial, sino es el nombre de una de las dos historias que lo integran —comentaste.

—Claro, nuestra relación data de esos tiempos, jóvenes —dijo de manera coloquial Nicolás Juárez—. Yo en varias ocasiones contacté a Rubén por ser gente cercana al maestro

Melgarejo; contigo ya ni se diga, vecino de mis padres en Altotonga y además, de chavo venías a Altotonga a darnos charlas cuando cursábamos la preparatoria, te has de acordar —te dijo, mientras saboreaba una humeante taza de café.

—Pues mira que el destino ha sido benévolos con nosotros, reunirnos después de treinta años y poder seguir intercambiando impresiones; sobre todo el hecho de ligarnos a los tres, en especial a Nicolás y a mí el gusto por la escritura y a ti, mi querido Rubén, pues en cierta medida igual, dado que estás relacionado con los medios y todo lo que ello implica, incluyendo la escritura —les comentaste—. Por cierto, en tu caso, Rubén, ¿nunca has salido de Xalapa?, porque aquí nuestro buen amigo Nicolás hizo estudios en Francia y luego vivió en la ciudad de México, donde cursó el doctorado en Historia, pero curiosamente, en esa época también a ti te perdí la pista, mi querido Nicolás.

—Bueno, yo después de casarme probé fortuna en Cancún y permanecí por allá más de diez años, hasta que decidí regresarme y heme aquí, haciéndole al periodismo —interpeló Rubén—. Pero, ¿y tú? —dijo refiriéndose a ti—, ¿ya no incursionaste en política?

—La verdad no, ahora estoy dedicado a escribir y durante más de quince años he prestado mis servicios en cuestiones de tipo editorial y cultural, primero en el Correo y ahora en el Poder Judicial de la Federación, y ahí la voy campechaneando, como se dice, tratando de escribir y desentrañando enigmas y personajes de la región de Altotonga. Precisamente ahorita estoy enfrascado en terminar de escribir una novela sobre la vida de Francisco Javier Gómez, personaje por demás interesante, que ya me ha llevado más de seis años y no puedo acabar.

—Pero si mal no recuerdo, ya desde hace treinta años tú estabas empeñado en ese señor general o sacerdote o algo así, al grado de que ese fue el motivo de que nosotros nos conocieramos —te dijo Rubén, poniendo cara de asombro—. Me acuerdo que yo, en mi ignorancia, con unos compañeros del canal “4+” de ese entonces, a finales de 1979, hicimos ahí en Altotonga, precisamente en la hacienda de Santa Cruz, un programa sobre Guadalupe Victoria, creyendo que esa hacienda había sido suya y que ahí había vivido y ¡wow!, tú que ves el programa y le pláticas al maestro Melgarejo Vivanco y él que me manda llamar y me regaña y derechito me envió a que me entrevistara contigo, jajajaja. Parece que te estoy viendo ahí en el palacio municipal, muy circunspecto, y yo frente a ti explicándote y en cierta manera dándote una disculpa, ¡qué oso, eh! ¡Qué tiempos aquellos! Y ahora que lo recuerdo, nuestra relación sí que fue muy intensa; no nos conocíamos y acabamos siendo grandes amigos y en un abrir y cerrar de ojos nos contamos y dijimos todo uno acerca del otro y claro, por supuesto, aún me

acuerdo de ese personaje misterioso que rondaba tu vida y no te dejaba ni a sol ni a sombra. ¿Te acuerdas de la visita que hicimos a aquel tétrico camposanto privado o panteón particular, te acuerdas, amigo? —te comentó Rubén y mientras lo hacía, tú sorprendido ibas atando cabos y quedaste maravillado de su memoria.

—Claro que me acuerdo, Rubén, perfectamente —le dijiste—, y qué manera de poner el dedo en la llaga, amigo, pues precisamente, en parte el motivo de este desayuno, aunque no lo creas —le dijiste ante su cara de asombro—, es hacer planes para que vayamos a Altotonga y de ser posible, ahora sí, hacer un reportaje en la hacienda, y muy especialmente en ese cementerio particular, acerca de la vida del general y sacerdote Francisco Javier Gómez Bello, personaje de mi novela, de la cual, en cierta manera, ustedes también forman parte, son personajes de mi novela.

—Sólo porque nos lo estás diciendo lo creo —te dijo Rubén Fuentes ante la mirada de complicidad y risita burlona de Nicolás, que te veía fijamente a los ojos—. Tú aquí en persona, primero, después de casi treinta años de un suceso, nos estás pidiendo que retomemos esa aventura y en ese camposanto privado, que nomás de acordarme se me enchina el pellejo; pero te aclaro una cosa, eh, desde entonces quedó sellado el compromiso de que haríamos esa visita al camposanto, y en especial de noche. Claro que acepto, sólo pon la fecha y la hora y estamos puestos.

Se hizo un silencio en la mesa y tanto Nicolás como Rubén, lógico, esperaban tu respuesta, santo y seña. Se te quedaron mirando mientras tú, que la verdad no esperabas que se dieran las cosas así de rápido, titubeaste un poco hasta que les dijiste: —Pónganle fecha, los ocupados son ustedes, yo ahorita estoy cesante, no tendré trabajo en unos tres meses o más, así que ustedes decidan y yo, como ya se los expresé, soy materia dispuesta.

—Ah, pero eso sí, te vamos a pedir un favor muy especial tanto Nicolás como yo, y mira que yo me comprometo a hacer hasta un guion y todo, que obviamente tú supervisarás. Que nos pongas al tanto de todo y nos des una copia de lo que lleves escrito de tu novela para interiorizarnos en ella y hablar el mismo lenguaje; además, ahora con estas maravillas de la tecnología, con que nos mandes un archivo a nuestros correos toda queda solucionado, ¿qué opinas, amigo? ¿Te gusta mi idea? Bueno, nuestra idea —y diciéndote esto, volteó y le cerró el ojo a Nicolás—. Espero que tú no nos dejes solos en esta aventura —le dijo a Nicolás, quien de inmediato estuvo de acuerdo—. ¿Entonces cuándo? Démonos unos quince o veinte días para cuajar bien el proyecto y qué les parece, hoy es viernes 25 de febrero, ¿por qué no quedamos

ahora en cenar aquí mismo el próximo viernes 18 de marzo, a las ocho de la noche, y nos tomamos los días 19, 20 y 21, sábado, domingo y lunes, que es puente largo por el natalicio de Benito Juárez, para ir?, ¿qué les parece? —planteó Rubén y agregó—: Pero tú, Fernando, no te olvides de mandarnos ese archivo y dinos qué o cómo quieras ese guion, porque te voy a decir una cosa curiosa que está sucediendo en la región, o al menos en la zona de Perote.

—¡Vaya!, ¿algo nuevo está sucediendo en la zona? —cuestionaste un tanto sorprendido y Nicolás reaccionó también ante el comentario de Rubén—. Bueno, yo pregunto, porque decir que algo está sucediendo en la región es muy ambiguo, tal vez haya que precisar en torno a qué están sucediendo cosas, amigo.

—Claro, por supuesto que te entiendo y lo digo en el buen sentido de la palabra, sobre todo por lo que respecta a la famosa fortaleza de San Carlos, hasta hace poco cárcel o penitenciaría del estado; pues ya liberada de ese uso tan inapropiado está siendo restaurada y se le piensa devolver a la construcción toda la dignidad que tenía, primero como fuerte y baluarte de la defensa de la región, además de haber sido la primera sede del Heroico Colegio Militar que fundó el general José Joaquín Herrera, de acuerdo, obviamente, con el general Guadalupe Victoria. Todo eso puede abonar a que los encargados de la cultura en el estado se interesen por la creación de documentales históricos de este tipo que difundan lo acontecido en nuestros pueblos circunvecinos, ¿no creen? A la gente sí le interesa la cultura, la historia, el rescate de sus monumentos, ir al encuentro de personajes olvidados, redescubrir sus raíces, en fin, todo esto que, por ejemplo tú, estás haciendo al investigar sobre tu personaje —te decía Rubén convencido de que los tiempos eran propicios para llevar a cabo este tipo de investigaciones, de cortometrajes, y agregó—: Además, me debes dos dedicatorias con sus consabidas firmas.

—¿Dedicatorias, yo? ¿De cuándo o de qué me hablas, amigo? No te entiendo, la verdad —le dijiste.

—Pues de qué va a ser, de tus dos libros, el de *La Tierra Húmeda* y el de *La Casa de las Amazonas*, ambos presentados aquí en “El Ágora”, ya que por una u otra cosa no pude asistir. Aquí el buen Nicolás fue el que me hizo el favor de invitarme en las dos ocasiones y me hizo también el gran favor de apartarme los libros. Ah, y por cierto, mi hija mayor sí vino a la presentación de *La Casa de las Amazonas*, así que ¿cómo ves? Tú casi no vienes a Xalapa, no me buscas, yo te escribo a tus correos y no los contestas, eres una calamidad, amigo, por lo que veo la informática y la modernidad no es lo tuyo, eh; en tu página web y en tus libros pones correos, te escribe uno y jamás los contestas, ¿acaso no te ha dicho nada la persona que te ayuda con la

página web?, ¿revisas los correos que te enviamos? Yo creo que algo anda fallando por ahí, mi querido Fer; por eso, cuando Nicolás me convocó al desayuno lo puse en tela de juicio, no lo creía, te lo juro.

—No, amigo, tienes toda la razón, discúlpame, en eso de contestar correos soy todo un caso, eh, y más los relacionados con mi página web, no doy una, pero te aseguro que de hoy en adelante las cosas van a cambiar. Dame bien tus datos que los voy a anotar en una libreta, pues como decía mi santa madre: “Si tu memoria no te es fiel, fabrícate una de papel”, ¿cómo ves, mi querido Rubén? —le dijiste un tanto apenado, al tiempo que reflexionabas sobre cuántas personas más te escribían y tú nunca contestabas, o mejor dicho no sabías cómo responder, ¡qué cosas! Tendrías que anotar eso y poner hincapié para que no se repitiera, de lo contrario no tenía razón que siguieras poniendo en las subsecuentes ediciones de tus libros ni de tu página web algún correo, ¿para qué?

Acabado el desayuno, lo mejor de todo fue la caminata desde ahí hasta el parque de “Los Berros”, haciendo una parada obligada en la librería de la Editorial de la Universidad Veracruzana, donde después de comprar unos libros prosiguieron a pie hasta el parque sin dejar de echarle un ojito a la gran casona que en vida fuera propiedad del poeta xalapeño Salvador Díaz Mirón. El sol de invierno filtraba sus intensos rayos sobre los ahuehuertos, fresnos, jacarandas, araucarias y uno que otro sauce que engalanaban el parque y lo visten de verde, refrescando ese rincón tan especial de la ciudad de Xalapa, que en la quietud de un día entre semana dejaba escuchar el sonido del viento y el caer de las hojas que invitaba a quedarse ahí un buen rato sentado en una banca a meditar, a pensar, a hacer un recuento e inventario de hechos y situaciones pasadas que la memoria no había desecharido por algo. Y sin pensarlo dos veces, una vez que Nicolás se despidió camino a la universidad, Rubén y tú se sentaron y no pararon de hablar hasta bien entrado el mediodía. Esa mañana tú y él volvieron a descubrir lo amigos que habían sido, eran y serían, y cómo sus vidas, después de muchos años de no frecuentarse, al reencontrarse luego retomaban esa afinidad innata que los unía e identificaba.

Poco a poco las cosas se iban aclarando, dando, y sobre todo estabas reencontrando a personas que nunca debieron haber salido de tu vida; luego, esos lapsus de uno, dos, tres o más años en que dejas de frecuentar a personas, amigos y, ¿por qué no?, hasta parientes cercanos, se alargan a décadas y cuando volteas la cara hacia el pasado, si no estás al pendiente, ya se han ido para siempre; lo asombroso de todo esto es que la elaboración de un texto, la inquietud y obsesión por algo que en su momento pensaste que valdría la pena emprender, intentar, estaba

dando frutos, y una investigación te llevaba a otra y así sucesivamente. ¿Cuándo te ibas a imaginar que tu obsesión por un personaje casi desconocido para ti en un principio iba a rendir los frutos que ya estabas cosechando?

Para la comunidad en la que habitabas, para todo su entorno, para tu desempeño como presidente municipal, como estudioso de los usos y costumbres de tu pueblo, de sus historias, de las historias de familia que se quedaban en el tintero de las sobremesas, de aquello que habías escuchado en determinado momento y a fuerza de repetirlo lo hacías tuyo y poco a poco te ibas adentrando en su conocimiento, estaba funcionando. El nombre, sitio e historia de un personaje, como fue el caso de Francisco Javier Gómez en un principio, primero como nombre de Congregación, después como prócer de una etapa histórica importante no sólo de tu terruño, sino de tu patria, luego como tu ascendiente directo y, finalmente, como personaje central de tu novela, había adquirido para ti, a lo largo de treinta años, un significado especial.

Nunca pensaste, ni remotamente, cuando decidiste visitar a Sara Bello en Perote después de haber quedado con ella que le harías una visita al encontrártela en el velorio de tu tía Piedad Bello Domínguez, que ella te mostraría una fotografía de Manuelita Gómez de la Torre viuda de Guzmán y despejaría tus dudas sobre el innegable parentesco que tenías con Francisco Javier Gómez. Ella no sabía que tú estabas escribiendo algo acerca del general y presbítero Gómez Bello, sin embargo, sí tenía conocimiento de que era su pariente y primo hermano de don Rodrigo Bello Toscano, tu tatarabuelo, hombre de más de un metro noventa centímetros de estatura; en una fotografía con sus diez hijos, a todos les sacaba la cabeza entera; la que sí era bajita bajita era tu tatarabuela doña María Antonia Arcos, y para eso las fotografías no mentían en lo absoluto.

Tras días de espera, idas y venidas entre Xalapa y Altotonga, visitas a los archivos de las oficinas de la Mitra en Xalapa, a los de catedral, a los archivos del registro público de la propiedad en Jalacingo, a la biblioteca misma de la Universidad Veracruzana, se llegó la fecha que habían fijado y de nuevo se encontraron Nicolás, Rubén y tú en la famosa Casona del Beaterío o del Beaterio, porque eso sí, en el acento nunca se pusieron de acuerdo, con la singularidad de que ahí, en ese céntrico y conocido restaurante, lo que menos había era beatas. Se desayunaba, almorcaba, comía y cenaba delicioso, dependiendo la hora del día, de preferencia cocina vernácula, aunque también había cocina internacional; por la tarde-noche un conjunto musical realmente excelente amenizaba la velada y podías deleitarte con sones jarochos, boleros, música cubana o selecta música de jazz. En esta ocasión la reunión fue en la noche, unos buenos tragos

al compás del Son de la Loma los acompañaron mientras se pusieron de acuerdo; de hecho, esa misma noche Rubén se fue contigo a Altotonga y Nicolás los alcanzaría allá la tarde del domingo.

Ya en Altotonga, hospedaste a Rubén en tu casa en el Barrio de Santiago y después de algunos comentarios y hechos los arreglos de rigor le cediste tu recámara en la planta baja; después de haberle mostrado toda la casa y haber bebido una copa de vino tinto al calor de la chimenea para contrarrestar el frío de la noche, que un fuerte y húmedo norte se encargaba de acrecentar, se dispusieron a dormir, ya mañana sería otro día.

Ya en la cama percibiste el peculiar olor del humo; de inmediato pensaste que el aire había dado la vuelta, y de correr el norte había comenzado a soplar el sur y ése, de que comenzaba a bajar, podía no parar en dos días y alcanzar vientos huracanados que hacían volar por los aires techos de láminas de cartón, ramas de árboles, hojarasca y polvo café y arenoso que levantaba de los barbechos recién abiertos para las siembras; todo eso te espantó el sueño, te puso en alerta, sólo te tranquilizó el hecho de que como la recámara que ocupaba Rubén estaba en la planta baja, ahí el humo tardaba en asomarse pues primero ascendía a las partes altas de la casa.

De madrugada, el viento seco del sur, viento de aire caliente, comenzó a soplar con fuerza al grado de que se podía escuchar cómo zumbaba y estremecía ventanas, puertas y vidrios; los gatos comenzaron a aullar y los perros ladran bajo un cielo estrellado y una luna llena de color rojizo que parecía haberle robado al sol sus tonalidades; para colmo de males, y cosa extraña, los leños que aún ardían en la chimenea empezaron a despedir un humo tan denso al interior de la casa que los despertó e hizo toser de manera intensa. El ambiente era asfixiante y bajaste de inmediato a sacar los leños y tirarlos al jardín; ya Rubén, intrigado por lo que pasaba, había hecho acto de presencia en la sala y se acordó a ayudarte, pero al abrir la puerta de la sala hacia el jardín un torbellino gigantesco los envolvió a los dos y cogiéndose de las manos de manera instintiva para protegerse, ascendieron varios metros y desde arriba, a la distancia, el pueblo comenzó a hacerse chiquito.

En aquel vértigo indescriptible perdieron el conocimiento y la noción de todo; vagaban suspendidos en el espacio sin gravedad y asidero, sólo se sostenían el uno al otro cogidos fuertemente de manos y brazos y a la deriva permanecieron por varios segundos, minutos, en un tiempo irreal donde el horizonte se vistió de blanco. Cuando tocaron piso, la visibilidad era muy poca y a duras penas acertaban a dilucidar si eran ustedes mismos, si estaban vivos y qué hacían en ese estado.

—¿Eres tú, mi buen Fer? —te preguntó Rubén tocándose el rostro con sus manos—, este maldito humo no me deja ver y la sensación de vértigo me estremece. ¿Dónde estamos?, ¿qué pasó? Todo esto es inaudito, inverosímil, dirías tú como escritor.

—Yo difícilmente acierto a saber quién soy, amigo, mi certidumbre se remonta al instante en que el humo invadió la casa y fuera de ahí no sé ni quién soy ni dónde estamos —le contestaste, apenas distinguiendo sus facciones. ¿De verdad eres tú, mi querido Rubén? La verdad en este ambiente blanquecino lleno de humo, niebla o qué se yo, te veo diferente y más con esas vestimentas blancas como túnica o hábito de monje; yo, ya para dormirnos, te dejé de pijama azul y una bata roja de lana a cuadros y ahora hasta pareces monje, amigo, ¿por qué? —le dijiste y no podías entender qué había sucedido ni dónde estaban.

—Es que tú no te has visto, mi querido Fer, vistes igual que yo, igual, y aunque estamos de pie y supuestamente tocamos piso, me da la impresión de que flotamos o nos deslizamos sobre alguna superficie especial, ¿no crees? Me siento extraño, pero creo que estamos vivos, de lo contrario no tendría conciencia de quién soy y además te toqué, te veo y sé que ahí estás —agregó.

—A mí me pasa lo mismo, y otra cosa que advierto en esta inconciencia consciente es este estado de tranquilidad, casi de beatitud diría yo. Se me ocurre una cosa Rubén —le dijiste—, nos vamos a apoyar el uno en el otro, dame tu mano y antebrazo y así, entrelazados, intentemos deambular por este espacio inusual, tal vez averigüemos qué nos ha sucedido y qué hacemos en estas condiciones, ¿te parece, amigo? —le comentaste. y de inmediato advertiste una peculiaridad por la que tú ya habías pasado y que en ese preciso momento los dos estaban experimentando—. ¿Te has percatado, mi estimado Rubén, que al hablar, al dirigirte a mí, en realidad no has articulado tus labios en absoluto? Tal parece que sólo nuestros pensamientos fluyen y nuestras miradas se fijan la una en la otra. ¿Te has dado cuenta de este fenómeno? Si en realidad no hemos enloquecido y lo que estamos experimentando es real, estamos haciendo uso de la telepatía, amigo, ¿te das cuenta? Esto es desconcertante, muy desconcertante, ¿acaso estaremos soñando?

Al comenzar a desplazarse por aquel horizonte despoblado, la niebla se fue haciendo más densa y había momentos en que se percibía la presencia de aquel humo olor a ocote, a resina, a aire impregnado de bosque; de repente, al parar el humo, la niebla convertida en brisa comenzó a mojar sus rostros y éstos, empolvados por las cenizas, blanquecinos como talco, poco a poco se fueron limpiando y el color de su piel afloró de inmediato.

—¡Oye, te veo bien, ya no estás todo tiznado por el humo! —expresó sorprendido Rubén al ver cómo las gotas de agua lavaban tu piel—. Y yo que creí que ahora éramos blancos, talqueados como los payasos del circo —y echó a reír de buena gana—; pero las que siguen siendo blancas blancas son estas túnicas de fraile, de monje, de qué sé yo. ¿Pero de dónde salieron estas túnicas? ¿Quién nos las dio? Eso no acabo de entenderlo, y luego, ¿qué hacemos aquí en esta inmensidad de terreno o gran explanada blanca que no parece tener comienzo ni fin? Y entre más caminamos parece que el sendero se alarga.

Al terminar de hacerte esa pregunta, como si alguien poco a poco retirara ese piso blanquecino y nebuloso, de pronto se vieron caminando por un sendero transparente cuajado de estrellas; abajo centelleaban las luces de Altotonga y mientras avanzaban por lo que podría ser el camino de Santiago, nombre con el que también se conocía a aquella incommensurable Vía Láctea, cientos de individuos de caminar grácil y silencioso, que parecían peregrinar, comenzaron a desfilar frente a ustedes con el rostro cubierto por sendas máscaras transparentes a manera de malla pegada al cuerpo, a través de las cuales se podían adivinar, si es que te acercabas, sus facciones, su género, su edad, su estado de ánimo. Todos portaban en su mano derecha una vela encendida y en la izquierda, una especie de pequeño cartel con unas letras escritas a manera de consigna o mensaje; aquella gran procesión era increíble a la luz de las estrellas y ustedes, extasiados, suspendidos en el tiempo y en el espacio, absortos lo contemplaban todo.

—¿Será acaso esto el purgatorio o el limbo? —te dijiste a ti mismo, al tiempo que Rubén, encogiendo los hombros en señal de incredulidad, se te quedó mirando—. Es más, ¿será real o lo estamos soñando? Porque para pesadilla no me gusta; y mira que sacarnos de la cama a estas horas de la madrugada, traernos hasta acá, que quién sabe dónde sea, no me gusta —concluiste.

—Ni a mí tampoco, amigo, a mí tampoco. Y a todo esto, ¿de dónde sacas que estamos en el purgatorio o en el limbo?, ¿acaso entonces en verdad estamos muertos? ¿Qué se necesita para deambular por estos sitios, que más que un sitio son una mención en el catecismo católico?, ¿yo me equivoco, amigo? Yo sólo cuando iba a la doctrina escuché hablar de esas cosas y de las ánimas benditas del purgatorio —y agregó—: Dios quiera que realmente estos individuos que desfilan ante nuestros ojos sean eso, ánimas benditas del purgatorio y no demonios, ¿no crees?

—Pues qué quieres que te diga, estoy igual que tú; y al limbo y al purgatorio, de no ser en los cuadros de las iglesias, jamás los he visto, ni me los imagino. Sólo el inmortal Dante Alighieri en su Divina Comedia, que según un maestro que tuve en el bachillerato esa obra era la Suma Teológica de la Edad Media, los menciona.

—Jajajaja, sí, pero ahí son círculos que bajan hasta el infierno y al bajar te vas encontrando personajes célebres purgando sus penas, y nosotros no nos hemos encontrado a nadie conocido que yo sepa —terció Rubén.

—Ah, sí, ahora que me acuerdo, en la iglesia de San Bernardo, que está en la esquina de las calles 20 de Noviembre y Venustiano Carranza, hay unas imágenes de las ánimas del purgatorio horribles, amigo, y vaya que espantan de lo feas que están; y lo más increíble de todo es que hay personas que son devotas de las ánimas del purgatorio y les piden favores, les prenden veladoras —le comentaste al hacer toda una serie de reflexiones y compartirle tus puntos de vista sobre esos peregrinos etéreos que salían de una especie de nube y bajaban en círculos hasta que se perdían en la oscuridad; y salían y salían sin tener fin, tal parece que todas las generaciones de humanos que habían existido en este planeta desde sus inicios desfilaban ante sus ojos.

—¿Sabes una cosa, mi querido Fernando? —te dijo Rubén mirándote fijamente a los ojos—, todo esto que nos está sucediendo me intriga, no lo entiendo, pero no me da miedo, en lo absoluto; al contrario, estas pobres criaturas me inspiran ternura, lástima, pero miedo no. ¿Y ya te fijaste que realmente flotan en el aire? Sus túnicas son muy largas y parecen no tener pies, además susurran una especie de melodía que no alcanzo a identificar, aparte de que me intriga el que lleven esas mallas. ¿Por qué?, ¿acaso quieren ocultar su identidad? ¿Por qué y de quién?

—Tal vez esas mallas tengan algún significado —balbuceaste.

—Bueno, eso que ni que, mi amigo, de que deben tener algún significado y un por qué es más que obvio. Pero ¿qué cantan, qué dicen esas letras, su significado, y de dónde salen y adónde van? ¡Vaya misterio éste en que estamos enfrascados!

—Si te das cuenta, tanto ellos como nosotros estamos suspendidos o caminamos sobre varios haces de luces, y más que caminar nos desplazamos suspendidos en este intrincado laberinto; tal parece que ellos van de una nebulosa a otra, por llamarla de alguna manera, pero nada de esto, mi buen Rubén, tiene lógica. ¿O la tiene?, ¿tú se la encuentras? Yo, la verdad no.

—¿Y qué te parece si intentamos hablarles a estas personas o peregrinos?

—¿Hablarles?, ¿de qué o acerca de qué?

—Bueno, tan sencillo cómo preguntarles quiénes son, qué hacen aquí, cómo se llama este lugar o qué se supone que es. Huy, como preguntas quieras hay miles o se me ocurrirían miles, ¿no crees, amigo? Total, ¿qué puede pasar?, que no nos contesten.

—Claro, estoy de acuerdo contigo, todo puede suceder, y si nos contestan a mí la verdad me daría miedo; fíjate bien en sus ojos, tienen la mirada extraviada, no ven hacia ninguna parte

en especial y la flama de sus velas no zigzaguea con el viento, no oscila hacia ningún lado, es como si ellos mismos estuvieran atrapados, cada uno, en una especie de burbuja de aire. Eso mismo explicaría la sensación que nos dan de flotar, de estar suspendidos en el espacio.

—¿En el aire, dijiste?

—¿Pues dónde crees que estamos, amigo? Mira hacia abajo y dime qué ves, ¿acaso no es aire, el espacio o el vacío o qué se yo? La verdad ya no sé ni qué pensar y hasta cuándo pasará esta pesadilla; ¿será una pesadilla o un mal sueño? ¿Nos afectaría tanto respirar el humo de la chimenea que ya vemos visiones o nos hemos desplazado a otra dimensión? Lo único que me consuela, como te decía hace unos momentos, es esta sensación de paz, de tranquilidad que nos invade y nos lleva a pensar, a dialogar y hasta a filosofar. Tengo la corazonada, amigo, no me preguntes por qué porque no sabría qué responderte, que todo esto pasará pronto, muy pronto y que todo esto que hemos estado experimentando han sido sólo segundos, ¿me crees?

—Sí, estoy de acuerdo contigo, pero volviendo a lo que les vamos a preguntar a estos sujetos de vela y cartel en las manos, dime, ¿qué les vamos a preguntar? Porque hasta las letras del cartel las veo raras, lo que he alcanzado a ver al desfilar de cada uno, puesto que todos dicen lo mismo, no está en español, no, para nada, sabrá Dios en qué idioma esté escrito.

—¿Y qué dice? ¡Por Dios, léelo bien o deletréalo! Mejor yo lo leo, tú descuida —y en ese momento te acercaste lo más que pudiste a la fila de los peregrinos para leer con detenimiento; te diste cuenta de que el peregrino al que te aproximaste llevaba el rostro enfundado en una malla color negro; en eso no habían reparado, en el color de la malla, o de que tuvieran algún color y eso significara algo en especial.

—Acércate bien y lee con cuidado, de lo contrario memoriza lo que dice —te dijo Rubén, que al tratar de leer y no entender el significado del letrero se dio por vencido.

—“**Vera mors, oblivio est**”, es lo que dice, amigo.

—¿Y eso qué significa, mi Fer?, barájamelo más despacio y en cristiano, jajaja, porque ahora sí de verdad no te entiendo.

—Mira, como solía decir nuestro querido y ya fallecido laureado poeta Jaime Sabines, “yo no lo sé de cierto”, pero eso está escrito en latín, porque italiano no es y la declinación la tiene al final, o sea el verbo, para que me entiendas; es algo que tiene que ver con la muerte por eso de **mors** y ese **vera** puede estar relacionado con verdad o verdadero, o algo así pero nada más. Lo otro no sé, amigo, eso de **oblivio**, de plano no sé cuál es su significado y por supuesto, así me lo imagino, todas estas personas están muertas, ¿o no? —le comentaste a Rubén haciendo

memoria de tus rudimentarios conocimientos de latín cuando de niño, siendo acólito, te aprendías de memoria todos los diálogos del canon de la misa.

—Lo que sí te puedo decir, amigo, es que yo sé quién nos va a sacar de este atolladero y nos esclarecerá el significado de esa frase; lo importante ahora es salir de esta pesadilla que para nada me está gustando. Ya sea que llevemos aquí varios segundos o minutos esto ya se ha alargado demasiado; para sueño ya es mucho y peor tantito si alguien nos trajo hasta acá nada más para que viéramos a estas pobres ánimas.

—Oye, amigo, ahora que me dices de estas ánimas, caigo en la cuenta de que la palabra ánima viene de alma y el alma nunca muere, entonces ¿cómo puedes afirmar que están muertas?, ¿acaso no existe ahí una gran contradicción? Y no sólo sobre el uso de la lengua, el idioma; definitivamente estos peregrinos no están muertos, son ánimas en pena —te expuso Rubén con toda precisión y a una velocidad inaudita, puesto que sólo se veían el uno al otro con cara de asombro.

—Totalmente de acuerdo contigo, Rubén, si son ánimas no están muertas, serían algo así como almas en pena, acuérdate de que al purgatorio van aquellos seres humanos que al morir, aun estando en pecado y haber cometido ciertos pecadillos, dirían las beatitas de la iglesia, se les da la oportunidad de expiar esas penas, de que paguen por sus pecados y se arrepientan; medio los chamuscan un tiempo y, ya perdonados, pasan al cielo.

—¿Chamuscan, dijiste? —exclamó Rubén—, pues si no son pollos tatemados. amigo.

—No, realmente esto de las llamas o fuego del purgatorio no son más que “metáforas” para ejemplificar que de alguna manera purgan su pena, a diferencia del infierno donde las llamas son para toda la eternidad, por eso las pinturas de las ánimas del purgatorio son así, no porque yo quiera que los chamusquen, jajaja; y fíjate otra cosa, amigo, ve tú a saber si estas ánimas son del purgatorio o del limbo.

—¿Del limbo, amigo?, eso quedó atrás. Después del Concilio Vaticano II ya no existe, o por lo menos en la doctrina ya no lo enseñan; menos aquello del famoso “Seno de Abrahán”, ¿te acuerdas?

No sé qué tantas tonterías y leyendas nos enseñaban en la doctrina. Además, una cosa que me intriga es por qué estos letreros están en latín, qué tiene que ver eso, ¿a poco en vida estas ánimas hablaban latín? No lo creo, eh, son una de cosas raras que ya ni sé qué pensar, ¿no te parece?

—Ah, sí, claro, eso del Seno de Abrahán eran todas aquellas personas que al morir iban a ese lugar, una especie de cielo para todos aquellos nacidos antes de la venida del Mesías. ¡Qué

de inventos e imaginación! Y los que se iban al limbo eran todos aquellos niños que morían sin ser bautizados, ¡qué disparate, no!, lo mejor de todo es que no lo creímos. Pero bueno, lo nuestro ahorita es la encrucijada en que nos encontramos, qué es este lugar y quiénes son estas ánimas, personas, muertos vivientes, espectros, fantasmas, qué sé yo; aunque una cosa sí es cierta, de que son, son, amigo, míralos, ahí están marchando o desfilando, ¿hacia dónde?, lo ignoro, pero ahí están —concluiste.

—Bien, bien, amigo, estoy de acuerdo contigo —le respondiste, después de ahondar en todos aquellos supuestos lugares de donde, según el catecismo y las creencias quasi medievales de antaño, éstas ánimas podrían proceder—. Y ahora explícame el color de esas máscaras o mallas y por qué la mayoría viste mallas negras y azules y sólo muy pocos llevan las blancas —en ese momento, al pasar junto a ti un peregrino cuya malla era azul te diste cuenta de que la leyenda que traía escrita en su cartel era diferente a la que habías leído hacía un momento, ésta decía así y era obviamente más largo el texto: “***Ut non est ese recordatus est, in oblivionem est ultima mortis***”. ¡Vaya texto tan largo!, pensaste de inmediato, y sin tener papel y lápiz para apuntarlo memorizarlo te costaría trabajo.

—Pues ya son muchos porqués del porqué, ¿no te parece, mi querido Fer? —te comentó ya un poco exasperado Rubén, sin saber qué hacer—, dos leyendas diferentes en latín, tres colores de máscaras y cientos y cientos de peregrinos de dos en fondo hasta donde se nos pierde la vista y abajo; Altotonga duerme su sueño de madrugada mientras nosotros estamos acá encaramados, sin saber qué hacer. Alguna explicación debe tener esto, ¿no crees? No puedes caminar en el espacio así nomás porque sí, sobre todo desplazándonos como si nada, como si camináramos en algo firme, cuando estamos viendo que estamos flotando en el espacio donde no hay gravedad; sin embargo, aparentemente nosotros estamos de pie.

Ya preocupados, en parte por la circunstancia, y sin dejar de admirar la belleza de aquel cielo estrellado, teniendo de manera asequible el famoso Camino de Santiago, decidieron averiguar de alguna manera por dónde o cómo habían llegado hasta ahí. Dentro de todo lo inverosímil que era esa situación tendría que haber algo para salir de ahí, pero ¿cómo se sale de un sueño?, se preguntaban angustiados.

Al estar contemplando el paisaje, desplazándose de un lado a otro, notaron que el cielo se oscurecía y se llenaba de nubes; al voltear sobre el lado derecho, sobre lo que parecía ser un promontorio de nubes oscuras, sobresalía, para tu asombro, la parte alta de tu chimenea y, más

al fondo, el gran ventanal de tu casa. ¿Será posible?, pensaste, y de inmediato te preguntaste ¿cabremos por ahí? Después de darle vueltas al asunto, te decidiste.

—Tengo un presentimiento, amigo —le dijiste a Rubén—, cierra los ojos con fuerza y desea desde lo más profundo de tu ser regresar a donde estábamos hace un momento.

—¡Funcionó!, ¡funcionó! —gritaste sobresaltado al contemplarte en tu cama, tapado con las cobijas hasta la cabeza, mientras el “Gülerito”, tu gato, te ronroneaba al oído y los rayos del sol irrumpían de lleno por la ventana de la recámara. Al ver el reloj marcaba las nueve de la mañana y un agradable olor a canela campeaba por toda la casa; las velas aromáticas que habías dejado encendidas al acostarte se habían consumido por completo, lo mismo que los leños de la chimenea, donde sólo había un montón de ceniza todavía caliente, y sobre los ladrillos de ésta el “Micho”, tu otro gato, dormía plácidamente. En ese momento te acordaste: ¿y Rubén? Qué pena, ya era tarde y tal vez ya se hubiera levantado; el norte se había ido y un sol resplandeciente calentaba los techos mientras las campanas de la parroquia del Apóstol Santiago daban la última campanada para la misa de nueve.

—¡Rubén, amigo!, ¿cómo amaneciste? Disculpa que me quedé profundamente dormido gracias a los efectos del vino y dormí a rienda suelta, ¿cómo ves? ¿Y tú? —le preguntaste, sin reparar en la de pesadillas y sueños raros de la noche anterior.

—Bien, dormí muy bien, no pasé frío como era de esperarse y realmente descansé, aunque tengo la sensación de que tú y yo, mi querido Fer, no sabemos adónde fuimos anoche, a qué salimos o de cuál fumamos —y diciéndote esto no pudo resistir la tentación y saliendo a la sala comenzó a inspeccionar la chimenea, su tiro, los muebles y todo con cierta extrañeza, viéndote a los ojos con una mirada de complicidad.

—¿Te preocupa algo, Rubén? —le pregunté—, ¿tal vez olvidaste algo en la sala anoche y no lo encuentras? Te noto inquieto, como si buscaras algo, o no sé, simplemente inquieto.

—Pues mira, amigo, dormí de maravilla, sí descansé en realidad y ahorita que bajaste yo me acababa de despertar; cosa curiosa, ni siquiera me levanté al baño durante la noche ni nada, pero aun así, creo que tuve un sueño medio extraño, fuera de lo normal. Déjame que hile bien las cosas y lo platicamos, porque todavía no estoy seguro de que haya sido realidad, aunque los sueños, por descabellados que parezcan, suceden. Lo más curioso de éste es que los únicos personajes ahí éramos tú y yo en medio de miles y miles de ánimas del purgatorio —diciéndote esto, se sentó en un sillón de la sala a acariciar al Micho que se le había acercado y le ronroneaba, restregándose en su bata—. Anoche sopló duro el sur, ¿verdad? —te preguntó.

—Bueno, lo suficientemente duro para que se replegaran las nubes y amaneciéramos con este sol esplendoroso que ojalá y seque bien el pasto y el lodo que dejó el norte para poder salir a caminar, acuérdate que iremos a la hacienda de Santa Cruz y revisarás mis textos; por lo pronto, si te quieres dar un baño, hay agua caliente y pronto estará el desayuno.

—No huele a humo, ¿verdad? —te preguntó sorprendido—, pues juraría que anoche entró tanto humo que no podía ver nada; de ser así olería, pero no percibo más olor que el de tus agradables veladoras aromáticas, con ese rico olor a canela y rosas, ¡qué raro! —exclamó rascándose la cabeza en señal de incredulidad mientras se asomaba de manera detenida al tiro de la chimenea—. Qué negro está adentro del tiro, ¿verdad? —comentó.

—Claro —le respondiste—, como que por ahí sale todo el humo y está lleno de hollín, ese tizne negro aceitoso impregnado de resina.

—Por ese tiro no cabe una persona, ¿verdad? —preguntó, mirándolo de abajo hacia arriba.

—Obviamente no, amigo, de vez en cuando los gatos buscan refugio ahí cuando algún perro los persigue; en cierta ocasión, una gatita muy bonita que se vio perseguida por “Natasha”, aquí presente, permaneció ahí por espacio de día y medio; cuando salió estaba toda tiznada de negro, pobre animalito, pero nada más. Una persona no cabe ahí por más delgada que sea, además de que hace una especie de curvatura en zigzag para que funcione como sifón y succione el aire y de esa manera no se regrese el humo; claro, cuando el aire del sur es demasiado fuerte sí lo regresa y lo mete de lleno a la sala, lo mismo cuando se cierra desde la parte alta.

—Sí, me imagino —se quedó pensando y de nueva cuenta se asomó a aquella oquedad negra llena de hollín.

—Tú estás intrigado, ¿verdad, Rubén?, se te nota, y algo me quieras decir —le expresaste pensativo.

—Pues sí, amigo, no entiendo cómo anoche entramos a la casa por ese agujero sin rasparnos ni ensuciarnos; bueno, salvo por tu nariz y parte de la mejilla izquierda que está toda tiznada.

—¿Mi nariz y mi mejilla izquierda, dijiste? —y sin dudarlo, te fuiste directo al gran espejo de la entrada de la sala y pudiste comprobarlo, asombrado—. De verdad es cierto, amigo, ¡qué raro!, estoy sorprendido de qué manera me llené de tizne —en ese momento comenzaste a reírte con ganas y te dejaste caer sobre uno de los sillones de la sala—. ¡Pero mira, amigo, esto es inaudito!, que sin haber entrado en la chimenea estemos todos tiznados. ¿Acaso tú no te has

visto al espejo?, también tienes la nariz tiznada, sólo que tú tienes embadurnada de tizne la mejilla derecha—. Yendo los dos al espejo comprobaron que los dos tenían la cara tiznada y por un buen rato rieron de buena gana.

—¿Será posible? —exclamaste en voz alta y lo repetiste aún más fuerte—. ¿Será posible?

—¿Qué? —preguntó Rubén con una cara de extrañeza.

—¿Acaso me vas a decir que crees que tú y yo entramos a esta casa de madrugada por el tiro de la chimenea y por eso te asomas a cada rato? ¿Pues de cuál fumaste, amigo, a poco el humo te intoxicó?

—No, yo no estoy pensando eso, amigo, cómo crees, sólo me asalta una duda: ¿en qué momento nos tiznamos?

—¿Tú y yo entrar por ahí?, si me acabo de asomar y ni aunque estuviera flaquito como un palillo cabría yo ahí, menos con ese zigzag que hace el orificio. ¿Cómo crees?, ni loco.

—¿Pues qué otra cosa quieras que piense, amigo?

—No sé, no estoy muy seguro, pero me imagino, intuyo, que anoche los dos vivimos una experiencia increíble, inimaginable y aquí estamos, sanos y salvos, aunque no acierto a saber qué tan cuerdos estemos si ya hasta nos coordinamos para involucrarnos los dos en un mismo sueño. Y vaya sueño, amigo, ¿no crees?

—Algo hay de eso, amigo, aunque en mi sueño íbamos los dos, no sé si tú soñaste lo mismo.

—Mira, yo de lo único que me acuerdo es que tú hablabas del limbo, del purgatorio, del Seno de Abrahán y hasta me explicaste el asunto al detalle, tanto, que pensé: este Fer sí fue a la doctrina, no que yo, me mandaban pero me iba al parque a jugar. Ah, y también me acuerdo que querías que yo memorizara unas palabras que estaban en latín, ¡qué de cosas, no!

—¿Acaso tú no viste a los cientos de ánimas que desfilaban de dos en dos al lado de nosotros? Tan cerca que las hubiéramos podido tocar, amigo —le aseveraste a Rubén.

—No, yo sólo recuerdo que soñé que andábamos flotando en el espacio y que desde allá arriba Altotonga se veía chiquito, chiquito. Ah, sí, y también que tú me decías de unas ánimas, ¿qué locuras, no? Además yo siempre le he tenido pavor a las alturas, al grado que me da vértigo; así que imagínate, dormido, sonámbulo o en estado hipnótico, sabrá Dios, no sé, y ni me imagino cómo pudimos llegar a tan gran altura.

—Dices bien, locuras, amigo, locuras.

—Es que eso de los sueños está para pensarse, además yo nunca sueño, te lo juro —te dijo Rubén mirándote a los ojos—; jamás sueño ni tengo pesadillas. Es más, anoche, después del vinito tinto, el calor de la chimenea y lo sabroso de la cama, me quedé súbito, en cuanto puse la cabeza en la almohada me quedé profundamente dormido hasta que llegaste tú; cuando te paraste frente a mi puerta tendría minutos de haber despertado.

—Sí, a mí me sucedió algo parecido, el vino me arrulló y me dormí de una pieza, aunque antes de dormirme me preocupé un poco por aquello de que fuera a correr el sur muy duro y se metiera el humo, ya ves que hasta te lo comenté hace rato.

—Pero entonces, ¿qué nos sucedió?

—A ciencia cierta no lo sabemos y parece ser que tanto tú como yo sólo recordamos parte de esa fantástica aventura, donde tal parece que se nos quiere o quiso dar un mensaje, o tal vez, ¿por qué no?, hacer una advertencia.

—No, amigo, yo más bien creo lo primero —te confirmó Rubén—; lo importante es que haya sido lo que haya sido, estamos aquí, ¿no crees?

—Sí, vaya que lo creo —concluyó.

Durante largo rato, mientras se limpiaban el tizne de la cara y se disponían a bañarse, los dos, sentados en la sala, comenzaron a tratar de recordar aquel sueño que los había sacado de la casa en una madrugada airosa con el cielo lleno de estrellas. Aquello era inaudito y habría que consultarla con algún buen siquiatra o experto en cosas paranormales puesto que no era creíble por ningún concepto; sencillamente aquello era totalmente sobrenatural, inconcebible. Finalmente, después de mucho cavilar y darle vueltas al asunto, decidieron bañarse y ya después habría tiempo para hacer una y mil conjetas y repensar y repensar aquel suceso, tan especial que no dejaba de ser extraordinario como revelación, como premonición de que algo saldría a la luz.

Desde temprano, Margarita Justo Preza, amiga desde treinta y cinco años atrás, hija precisamente de la entrañable doña Julia y quien te mantenía la casa limpia, se había presentado, como ángel culinario, para auxiliarte en la cocina. De inmediato, como por arte de magia, hubo café recién hecho, que inundaba con su aroma toda la planta baja de la casa, pan, tortillas recién hechas como te gustaban, “xolotas de nixcome yahuit”, salsa con huevo, frijoles de la primera guisada, tlacoyos de frijoles y alverjón, salsa seca y otra serie de delicias gastronómicas de la región, como los tamalitos de mole de hoja de pimienta y los imprescindibles chilehuates, salidos de las manos prodigiosas de doña Carmen, tu vecina, además del sabroso y dulce jugo de naranja

elaborado con naranjas de la zona que la naturaleza proveía de las tierras bajas de Altotonga. Todo estaba listo, en su punto y disponible para consumirse y vaya que se antojaba, era todo un banquete después de haber andado trotando por el cielo.

Ya para sentarse a la mesa llegó Martín, tu compadre, en compañía de Daniel Ávila, tu amigo, costurero e integrante de la Cooperativa La Esmeralda de la Sierra, originario de Talixco, ahí pegado a Santa Cruz, justo la persona que le abriría las puertas a muchas incógnitas aún en el tintero y los acompañaría a la hacienda misma de Santa Cruz, entrando por el gran arco de cantera y la calzada flanqueada de grandes árboles de aguacate, donde a un costado se encontraba el cementerio particular de los Gómez Bello, Guzmán Gómez y Ríos Guzmán.

—¡Daniel, qué gusto, después de tanto tiempo, amigo! Y estás igualito, sólo que ahora tienes el pelo totalmente blanco —le dijiste al momento que saludabas a tu compadre Martín, quien nunca quitó el dedo del renglón de que era importante que platicaras con Daniel, oriundo de Talixco y vecino de Santa Cruz.

Hechas las presentaciones, los cuatro se sentaron a la mesa y en amena charla se fueron poniendo de acuerdo en cómo, cuándo y a qué hora se iban a ver para ir a la ex-hacienda de Santa Cruz; ya dentro de la plática, llena de recuerdos de cuando fuiste presidente municipal y otras vivencias en compañía de los cooperativistas de La Esmeralda de la Sierra, aprovechaste para indagar un poco acerca de Julián Bello Gómez, tu enigmático amigo.

—Oye, mi querido Daniel, ¿ahí en Talixco y Santa Cruz es común el apellido Bello, como el mío? —le preguntaste.

—Pues la mera verdad, que yo recuerde, personas o familias con ese apellido por ahí, sobre todo por lo que toca a los propiamente nativos de ahí de Talixco, no, y ahora, en lo concerniente a Santa Cruz, que nada más nos divide el río, pues tampoco. Hay muchos Ávila como yo, Baltazar, Aburto, Sánchez, López, pero Bello casi no oigo—. Te respondió con certeza y agregó—: Ahora bien, colindando con la hacienda del otro lado, ya rumbo a Atzalan, la verdad lo desconozco, ya ve que en Atzalan hay Cabañas, Pazos, Guzmán, Alarcón y otros más, pero como el suyo no.

—Es que yo tenía interés en preguntarte en especial por una persona que conozco y afirma ser de ahí, de Talixco. Se llama Julián Bello Gómez y dice ser descendiente o que está medio emparentado con los Gómez Bello, quienes fueron dueños de la hacienda de Santa Cruz allá a principios y mediados del siglo XIX —le comentaste un poco desconsolado—. ¡Híjole!, pues a la mejor este señor ni existe.

—Bueno, mi tatarabuelo, que nació en 1805 y falleció en 1910, al inicio de la revolución, criollito de aquí de Talixco, fue ayudante del general Francisco Javier Gómez y le tocó luchar en la famosa batalla por la defensa de la Villa de Córdoba en mayo de 1821; él era el que tocaba las distintas ordenanzas con su corneta y daba las órdenes que le instruía su jefe, este general, que por cierto era el dueño de aquí de la hacienda y luego fue sacerdote, y le platicaba a mi bisabuelo, que a ese sí lo conocí, porque también ya murió de casi ciento cinco años, ¿se imagina? —te comentó—. Pues él precisamente platicaba que la hacienda de Santa Cruz había sido de un español nombrado Pedro Gómez, nacido en una ciudad llamada Málaga, en España, casado con una señora de aquí de Altotonga de nombre doña Francisca Bello Bello. Todos decían que ella era muy buena, pero que su marido era un verdadero cabrón y por aquí casi nadie lo quería; bueno, eso contaban mi bisabuelo y mi abuelo y todavía algunos viejitos que viven ahí en Talixco le pueden contar a usted la misma historia, así que de ese señor general y cura su nombre completo era Francisco Javier Gómez Bello. Oiga ¿y no sería hasta pariente suyo? —te preguntó intrigado—. Pero fuera de esa familia, de la que ya no vive nadie, ahí en la zona, que yo sepa o conozca, no vive nadie de apellido Bello —reiteró.

—Mira, mira, mi querido Daniel, tú sí que eres un buen informante y estás empapado de la historia de tu congregación, de verdad te felicito y además tienes muy buena memoria. Por otro lado, me sorprendes porque me acabas de corroborar información que yo he obtenido por otros medios; esto es increíble, amigo, increíble, y también me das la certeza de que esta persona por la que te pregunto pues lo más probable es que no viva ahí ni sea de Talixco o Santa Cruz como yo creía, sabrá Dios de dónde sea —le respondiste, perplejo de toda la información que te había proporcionado y que de suyo tú ya sabías porque la habías recabado de tataranietos de Francisco Javier Gómez Bello, habías hurgado en los documentos y papeles del Archivo Histórico de la SDN y lo habías leído en *Los Apuntes para la Historia de mi Pueblo*.

—La verdad, ve tú a saber si este individuo —dijiste refiriéndote a Julián Bello Gómez— realmente sea de ahí, de Talixco y/o Santa Cruz, pero tengo la corazonada de que no tardando él hará acto de presencia, pues estoy más que cierto que ya sabe que estoy aquí y vendrá, tiene que venir o comenzará a hacerse presente en mis pensamientos; de hecho, en un sueño muy extraño que tuvimos anoche aquí mi buen amigo Rubén y yo, de seguro él algo tuvo que ver —afirmaste de manera contundente—. Pero tocando el tema de la intención que tenemos de visitar el casco de la hacienda, y muy especialmente hacer una visita al cementerio privado, cosa que ya

te debe de haber comentado aquí mi compadre Martín —le comentaste al buen Daniel—, ¿cuándo crees tú que podríamos ir?

—En el momento que usted me diga, yo soy materia dispuesta; además ya hablé con los dueños, incluso les comenté que se trataba de usted, que estaba escribiendo algo sobre la vida y andanzas del general Gómez, y estuvieron de acuerdo. Ya el encargado tiene instrucciones, es mi vecino de ahí de la congregación y no hay ningún impedimento, usted tiene la palabra, licenciado —te contestó sonriendo.

Entrada la mañana terminaron de almorzar y habiendo hecho planes para las cinco de la tarde, dando margen a que llegara Nicolás de Xalapa, decidieron hacer tiempo y quedaron de manera formal con Daniel Ávila de recogerlo en su casa de Talixco, pues en esta ocasión entrarían a la hacienda a través del majestuoso arco de cantera.

Tus predicciones y coronadas comenzaban a funcionar y para darle tiempo a Rubén a que preparara su equipo de filmación e hiciera algunas llamadas telefónicas a Xalapa, decidiste llevar a Daniel en tu automóvil hasta el centro del pueblo, él se dirigía al mercado a comprar unos encargos de su esposa y al dejarlo sobre la calle de Abasolo esquina con Juárez, diste vuelta a la derecha rumbo a la casa de tus abuelos, no sin antes hacer una breve escala en la casa de Maximino Rodríguez Acosta, tu gran amigo, que desde el quicio de su puerta te saludaba afablemente; de plano estacionaste tu carro y bajaste. En ese momento pensaste: mato dos pájaros de un solo tiro, lo saludo y le pido prestado el libro del padre Cortez, de Atzalan, pues querías corroborar algunos datos que ahí venían con parte de la información que Daniel te había proporcionado hacía unos minutos durante el desayuno.

—Mi querido Chimino, ¿cómo estás? —lo saludaste, sorprendido al verlo de pie pintando su puerta de entrada, sobre todo por el hecho, lo sabías, de que él no tenía ya sus piernas, se las habían amputado a causa de la diabetes que le aquejaba desde hacía tiempo—. Tú siempre tan activo y animoso, mira nomás, trabajando como siempre— y le diste un fuerte abrazo—. Don Chimino —le dijiste—, quiero pedirte un gran favor, ¿me podrías facilitar el libro del padre Cortez un momento?, te prometo que te lo devuelvo luego y quiero que me autorices para sacarle unas fotocopias a tres o cuatro páginas nada más —agregaste.

—Claro, ahorita se lo traigo, no faltaba más; y usted, ¿qué milagro que anda por estos lares?, ya hacía tiempo que no le veía —te respondió de manera cordial.

—Cómo no, nos vimos hace cosa de un mes, acuérdate que aquí estuve todo diciembre, amigo, y hasta me invitaste un café y unos panecitos que había hecho Dalila, tu esposa. ¿Qué pasó, don Chimino, ya te falla la memoria?

En eso apareció la maestra Dalila, su esposa, a quien saludaste con afecto, y ella de manera acomedida se ofreció a traer el libro.

—Y a todo esto, ¿cuándo vamos a poder leer el libro, su novela, eh? Esa novela está más prometida que nada —te comentó esbozando una leve sonrisa en el momento que Dalila ponía el libro solicitado en tus manos

—Pronto, muy pronto, amigo, ya verás, y gracias por el libro, al rato o mañana temprano lo regreso sin falta.

Te despediste de Chimino y su esposa y avanzaste justo hasta quedar enfrente, sin apagar tu automóvil, de la casa de Juárez, la enigmática “Casa de las Golondrinas”, donde habías vivido durante ocho años y medio. Te pusiste a hojear el libro hasta que lo abriste en la página en la que cronológicamente se hablara del párroco que había asumido la titularidad de la parroquia de Atzalan en 1850, nada menos que el padre Francisco Javier Gómez Bello, y su lectura te atrapó en segundos. Pudiste corroborar que, en términos generales, el padre Cortez, los famosos *Apuntes para la historia de mi pueblo*, de Ignacio Arroyo, y la reciente charla con Daniel Ávila durante el desayuno coincidían en un ochenta por ciento; el libro aportaba más datos y precisaba fechas, aunque el buscado dato del día, mes y año en que había fallecido no estaba. ¡Caray!, pensabas, moriría a fines de 1854 o a principios de 1855, pues la serie de curas interinos hacía pensar que en Atzalan seriamente esperaban su pronto restablecimiento.

—Y no fue así, mi querido Fernando, no fue así, nunca se recuperó de esa terrible embolia que lo mantuvo en agonía e inconsciente durante un buen lapso de tiempo y lo llevó a la muerte. Su hija Manuelita y el esposo de ésta, José Juan Guzmán Pazos, así como sus pequeños nietos, en compañía de su hermana Soledad, que se habían trasladado a Xalapa al enterarse de aquel colapso vascular, nunca perdieron la esperanza y la fe de que se recuperaría, pero no fue así. Finalmente falleció, como lo narraba su fiel ayudante en ordenanzas y toque de corneta, murió lejos de su tierra natal pero rodeado del cariño de sus seres queridos más cercanos —te dijo Julián, sonriéndote y recargado sobre la portezuela de tu vehículo; al instante, tú, ante la sorpresa, frenaste de golpe y se apagó el motor del coche que habías mantenido encendido, estacionado pero encendido, mientras leías el libro del padre Cortez, que se zafó de tus manos.

—¡Cabrón!, ¿de dónde saliste? —musitaste sin pensarlo dos veces, al tiempo que te pusiste pálido pálido y un sudor helado recorría tu espalda—. Perdón, perdón, amigo, fue una expresión que se me salió así nomás. ¡No me hagas eso!, ya mero me da un infarto, Julián, entiéndeme y ponte en mi pellejo. Años y años de no verte más que en sueños y recordarte sólo en mis pensamientos, siendo una anécdota inverosímil en mi memoria, y presentarte así, de golpe y sopetón, caray, ahora sí que me asustaste en verdad. Y nuevamente mil perdones por el “cabrón” ese. ¿Por qué me haces eso, amigo, por qué?

—Disculpa, nunca pensé que te espantarías conmigo, pero como de hecho ya tienes varios días invocándome en tus pensamientos, creí oportuno hacerme presente.

—¿Hacerte presente?, ¿qué significa hacerte presente, amigo?, ¿aparecer así nomás de repente? Y antes de hacerte presente, ¿dónde estabas?, ¿acaso en algún sitio en especial o nada más en mi imaginación? Hace treinta años, cuando nos veíamos y platicábamos seguido, me había acostumbrado a tus repentinhas apariciones y desapariciones, así como a tus telepatías y misterios, pero ahora, después de tanto tiempo, nunca creí encontrarte así tan de repente. Sí, quería verte, deseaba verte; incluso, y tú lo sabes bien, organicé este viaje con la finalidad de verte, de que platicáramos. Sobre todo quería darte las gracias por tus atinados consejos y sugerencias, contarte el desenlace final de aquellos papelitos con el famoso 2640 que, como tú bien sugeriste, resultó ser un número de expediente. Y muchas cosas, amigo.

—Lo sé, Fernando, lo sé, y créeme, te entiendo; ahora sí, el que tiene que pedir disculpas soy yo; lo de cabrón es sólo una palabra coloquial, chusca, que no ofende en lo absoluto; lo que sí duele, más que ofender, es el olvido, amigo. Cuando haces amistad con alguien, hay afinidad y te sientes bien con una persona, pues hay que frecuentar esa amistad; es como cuando riegas una planta, hay que hacerlo seguido para que florezca, ¿no crees? Y tú, por un buen tiempo, te olvidaste de mí, jamás me invocabas, ni siquiera pensabas en mí, ¿por qué? No lo sé y no quiero entenderlo; lo importante es que aquí estamos de nueva cuenta tú y yo, como en los viejos tiempos, y ansío que me cuentes, que me platicues qué, cómo y cuándo, pero que salga de tí, no que yo lo sepa porque lo intuyo, pues ¿sabes una cosa?, aunque no lo creas soy muy sensible y en eso del olvido tendremos que profundizar.

Lo tenías enfrente, estabas platicando con él como en los viejos tiempos y no dabas crédito; te bajaste del coche y lo invitaste a entrar en la casa, pero él prefirió platicar ahí afuera, entonces, de plano, decidiste que por qué mejor no se veían por la tarde en la entrada de la hacienda.

—O si quieres —le comentaste—, paso por ti, nada más dime adónde y yo voy. Ah, pero una cosa sí es muy importante, Julián —le advertiste—, si vas a comenzar con que no quieras que te vea nadie, o no te puede ver nadie más que yo, mejor ni vayas, porque de por sí Rubén, desde hace treinta años que le platicaba de ti, me dijo que estaba loco, amigo, imagínate si ahora le salgo con lo mismo, se va a reír de mí, ¿no crees? Y a todo esto, ¿por qué no quieras que te vean, Julián?, ¿por qué?, eso no lo entiendo. A ver, contéstame una cosa, ¿por qué cuando doña Julia trabajaba en esta casa sí pasabas y preguntabas por mí o me dejabas recado con ella? Pero fuera de ahí no quieras que nadie te vea, ¿por qué, amigo, por qué?

—¡Ay, amigo!, si yo te contara tantas cosas que jamás te he dicho, no las creerías, déjame pensarlo muy bien y te resuelvo. Mira, mi relación con doña Julia sólo se limitaba a saludarla y dejarte recados y ella me veía y me puede ver porque es un alma pura, cándida, sensible y su mansedumbre con el Señor es tal, que es privilegiada; ella me ve a mí, así como dialoga y convive con todos los seres y espíritus que habitan esa casa —dijo refiriéndose a la casa de tus tatarabuelos, abuelos, padres y ahora de tus hermanas—. ¿Me entiendes, amigo?, espero no haberte enredado las cosas y por lo pronto, si al llegar al arco de cantera te percatas de que estoy ahí, sientes mi presencia y adviertes que los demás también me ven, me verán todos; de lo contrario, tú y yo nos veremos otro día, ¿estás de acuerdo con mis razonamientos? No, ahorita no me respondas, después lo entenderás, sobre todo porque sé que tienes especial interés en que platicuemos largo y tendido acerca del sueño que tú y Rubén experimentaron anoche; ya ves que sé lo que te preocupa, que estoy al pendiente de ti, pero todo a su tiempo.

Y diciéndote eso apresuró el paso, te dijo adiós con la mano y se perdió por la calle con rumbo a la Cruz Verde.

—¡Oye!, ¿cómo que tú sabes lo de anoche, lo de nuestra aventura por el espacio? ¿Y te vas así nada más? Espérate, espérate Julián, no es creíble eso que me dices y mucho menos tiene explicación lógica. ¿Quién te has creído en verdad, amigo, quién te has creído?

—Yo nunca he sido un individuo creído, ni mucho menos envanecido de mí mismo, tú lo sabes bien —te contestó haciendo uso de su habitual telepatía cuando ya se había perdido en el horizonte—. Eso que te sucedió anoche tiene una explicación, ya lo veremos.

Y a partir de ahí se esfumaron sus pensamientos, no volviste a saber de él a pesar de tus esfuerzos por retenerlo.

Y a partir de ahí se esfumaron sus pensamientos, no volviste a saber de él a pesar de tus esfuerzos por retenerlo.

A la mitad de la calle, sin saber qué hacer o qué decir, te quedaste plantado, petrificado, con la mente en blanco, mientras una sensación de vértigo te embargaba, tanto, que por mero te atropella un coche de no ser por la providencial aparición de don Julio César Herrera, tu amigo, quien te jaló del brazo y te gritó: —¡Licenciado!, ¿en qué piensa, está usted enamorado? Por meritito lo pasa a usted a traer esa camioneta. ¿A poco no vio que venía ese cafre a todo lo que da en esa camioneta? —te preguntó sorprendido cuando ya los dos estaban en la acera, arriba de la banqueta—. Oiga, eso no está bien, se ausenta usted del pueblo por meses y años, quedamos en vernos y por más que le pregunto a Margarita o a su compadre Martín usted no aparece, y ahorita que caminaba yo precisamente rumbo al correo a recoger un envío, me dije: les voy a preguntar por el licenciado. Y ¡qué tal!, que me lo encuentro —y rio de buena gana.

—Don Julio, esta sí que ha sido una sorpresa y más que nada una sorpresa afortunada, pues de no ser por usted ya hubiera yo pasado a mejor vida —y sin dudarlo le diste un fuerte abrazo—; es que luego no sabe uno ni dónde trae la cabeza y me estaba despidiendo de un amigo cuando usted tuvo el tino de gritarme y jalarme. Por cierto —continuaste diciéndole—, ¿qué va a hacer al rato?, lo invito a la hacienda de Santa Cruz.

—¿A Santa Cruz?, ¿qué va a hacer usted allá? Deje en paz a los muertos, ¿a poco me va a decir que va a ir al panteón de los Guzmán Gómez y los Ríos Guzmán? Por lo que veo es usted muy tenaz y no quita el dedo del renglón; ya ve, desde 2009, en que vino el señor ingeniero don Alejandro Guzmán y su agradable y fina familia de Puebla y que usted me hizo el favor de invitarme a esa comida, desde entonces están con que van y van; por cierto, don Alejandro Guzmán, tataranieto en línea directa del general Francisco Javier Gómez Bello, ¿no es así? —te interpeló.

—¡Vaya!, ahora el sorprendido soy yo, veo que tiene usted una excelente memoria —le respondiste a aquel jovial hombre, simpático, menudito, de singular bigote, intuitivo, perspicaz, asiduo lector e investigador innato, pero por encima de todo, tu amigo.

—No, yo para esas cosas soy materia dispuesta, ya sabe usted, nada más déjeme recoger ese envío que tengo en el correo y dígame dónde lo alcanzo, si gusta yo llego a su casa; la verdad es que ahorita llevo cierta prisa. ¿A qué hora tiene planeado salir rumbo a Santa Cruz? —agregó.

—¿Le parece que lo recoja frente a su casa al cuarto para las cinco de la tarde?

—Me parece, no se diga más, y un gran favor, no camine usted por la calle que ya se inventaron las banquetas, ya ve lo que estuvo a punto de pasar —y diciéndote eso, se alejó a buen paso.

¡Vaya mañana aquella!, estaba resultando algo movida y pareciera que lo que no había pasado en treinta años estaba a punto de saberse o conocerse en horas, en segundos; total, ¿qué era el pensamiento, las ideas, los sueños, sino relámpagos efímeros en el tiempo?, ¿lo material, lo inmaterial, el espíritu, aquello que nos movía y ponía en acción?, ¿o acaso no era real todo aquello que te estaba sucediendo? De regreso a tu casa decidiste mover las citas y adelantar el tiempo y te planteaste la disyuntiva: ¿para qué esperar hasta las cinco de la tarde? Tal vez a esa hora haría frío y la niebla les entorpecería la visita, lo mejor era ir ya, en ese momento; cierto que tú no eras el dueño del tiempo de los demás, pero dadas las circunstancias, si Julián se hacía presente o no, no era decisión tuya sino de él y de nadie más y a final de cuentas, reflexionaste, ¿y qué que esté o no esté, que lo vean o no lo vean, qué va a aportar eso a la visita? Lograste comunicarte con todos, adelantaste la hora y no daban todavía ni las dos de la tarde; Nicolás no había llegado y don Julio se excusó por tener un compromiso ineludible, así que de pronto se vieron en tu carro rumbo a la hacienda de Santa Cruz, Rubén, Daniel, por quien pasaste a la cooperativa, Martín tu compadre y tú; de por sí, pensaste, cuatro ya eran multitud.

Al llegar, una vez dejado atrás el vado del río de Pancho Poza, te estacionaste justo mero enfrente del gran arco de cantera por el que hacía años nadie pasaba; incluso estaba cerrado el paso con varias cercas de alambre de púas, había que rodear por una vereda que serpenteaba cercana al arroyo para poder pasar sin problemas y luego transitar a pie por la amplia calzada de antaño por donde se deslizaban las carretas. Ya adentro, al empezar a caminar los cuatro, perfectamente vieron cómo un individuo de buena estatura venía a su encuentro desde adentro de la hacienda y a unos metros de ustedes se detuvo.

—¿Será posible? —murmuraste casi en silencio, de manera imperceptible—. ¿Tú aquí?, si hasta creí que era el encargado de la hacienda que venía a nuestro encuentro y ya le iba a preguntar a Daniel si lo conocía.

—Yo, amigo, yo, o en qué quedamos, tú sabes que yo soy hombre de palabra, así que preséntame con tus amistades, luego Rubén dice que ves fantasmas y para que vean que no hay tal, aquí estoy de carne y hueso.

Sin parpadear, volteaste hacia donde venían tus acompañantes, unos pasos atrás, y sin titubear les dijiste: —Amigos, aquí les presento a Julián Bello Gómez, mi amigo del que les he

platicado, oriundo de aquí de Talixco, él nos hará el favor de acompañarnos —y para tu sorpresa, todos contestaron y lo saludaron.

—Hola, mucho gusto —terció Rubén—, hasta ahora lo conozco, sólo había oído hablar de usted; lo conocía sólo de referencias, Fernando me ha hablado mucho de usted.

—Mucho gusto —contestó Julián guardando una distancia prudente, con su clásico atuendo de hippie trasnochado, pantalones de paño azul marino entallados a las piernas, faja o cinta gruesa de color rojo a la cintura, camisa amplia de algodón con mangas un poco medio bombachas, una especie de pequeña capa corta de lana color marrón sobre la espalda, el pelo largo con raya en medio recogido para atrás a manera de cola de caballo, y en la mano, un sombrero de ala ancha de fieltro con cinta plateada en la base de la copa, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Disculpen que no les dé la mano pero es que estaba aquí esquilmando unos borregos y traigo las manos algo sucias —les dijo de manera respetuosa a todos en general, pero en especial a Rubén que se había dirigido a él—. A Daniel ya lo conozco —dijo dirigiéndose a él también con una leve inclinación de cabeza.

—Hola, “Fuereño”, ¿qué haces aquí? Nunca creí encontrarte por aquí a estas horas —le dijo Daniel, con un aire de familiaridad cuando se conoce de años a alguien de la localidad.

—Yo siempre rondo por estas tierras, amigo, mi quehacer está aquí y como supe que venía nuestro buen amigo Fernando y en cierta forma habíamos quedado de vernos aquí, acudí a su llamado; lo extraño es que tú andes por estos lares, aunque eres nativo de aquí de Talixco siempre te la pasas en Altotonga y yendo y viniendo a la ciudad de México a llevar las maquilas de la cooperativa, por eso me sorprende verte por aquí —le respondió Julián a Daniel, para tu sorpresa.

—¿Cómo lo llamaste? —le preguntaste intrigado a Daniel.

—“Fuereño”, así lo conocemos aquí, licenciado, por eso cuando usted me preguntó si conocía a Julián Bello Gómez, yo la mera verdad le dije que no pues no sabía que ése era su nombre, y es que en realidad él vive arriba de Atzalan, en una ranchería que se llama “La Florida”, y desde allá viene acá a pastar unos rebaños que tiene porque le alquilan todas las laderas de la hacienda y los terrenos un poco quebrados y pegados al río; se puede decir que él rodea todo el rancho con sus animales y también lo contratan para que chapee y haga la limpieza del camposanto, en especial en los días cercanos a Todos Santos —te aclaró Daniel y agregó—: Hay

quienes dicen que es el eterno guardián del camposanto y que hasta vive ahí, porque como es tierra bendita y consagrada ahí el maligno no lo molesta.

—¿Acaso el maligno se mete o molesta al “Fuereño”? —le preguntaste intrigado a Daniel—. No, no lo creo porque él es un hombre bueno, muy bueno, jamás se mete con nadie y eso de que es el guardián del camposanto también es un decir nada más; luego la gente inventa cada cosa. ¿Y lo de “Fuereño” de dónde le viene? —insististe.

—Primero porque no es de aquí, aunque eso es un decir pues es de aquí al ladito, y en segundo lugar por la vestimenta que utiliza; nada más póngale cuidado a lo que viste o cómo se viste, parece de esos señores antigüitos, ¿no cree? —te dijo Daniel casi al oído para que no escuchara Julián—. Toda la vida, casi a diario, anda por aquí, llueva, truene o relampaguee, y cuando la niebla está hasta abajo se aparece con su capisayo por ahí, al grado de que ya algunos le conocen también como el “fantasma de los borregos”, jejeje. Espero que no me haya escuchado —te volvió a decir casi al oído.

—¿Y a él lo dejan andar por toda la hacienda, así nada más? —le preguntaste.

—Realmente eso lo ignoro yo, pero de que es muy conocido por aquí sí, ya es hasta parte del paisaje; jamás se mete con nadie, él a lo suyo y de lejos. Él sabe en realidad quién soy yo y hasta ha de conocer a mi familia, pero yo acerca de él no sé nada, mucho menos que se llama Julián Bello Gómez, como usted me había dicho; si me hubiera usted preguntado por el “Fuereño” yo le hubiera dado santo y seña y respondido que sí —te comentó Daniel—. Aquí, sobre todo las personas ya mayores, los abuelitos, platican, cuentan que es un ánima en pena que siempre anda esquilmando a sus borregos, desazolvando los caños de riego y corriendo de un lado para otro; siempre saluda haciendo una caravana con la cabeza y jamás le da la mano a nadie, saluda, sonríe y corre y cuando lo quieras volver a ver, él ya se fue. Los que lo conocen y han logrado charlar con él afirman que jamás envejece, su rostro es el mismo, jovial y animoso, tiene una edad indefinida, es de esas personas que lo mismo puede aparentar treinta y cinco o cuarenta años y no pasa de ahí; la mayoría de las gentes de la región que saben de su existencia dicen que es de unas familias que viven en “La Florida”, pero a ciencia cierta, nadie ubica bien su casa.

—¡Por Dios, mi querido Daniel! Todo eso que me pláticas para mí ha sido revelador y en algo casa con mis conjeturas, pero no me hagas caso, amigo —le dijiste—, ya nada más con todo lo que me has dicho valió la pena haber venido, ¿no creen, jóvenes? —les preguntaste a Rubén y a Martín, que al igual que tú escucharon con atención todo aquello que Daniel les había contado.

Julián, de frente a ustedes, a escasos metros se quedó parado, y haciendo pequeñas reverencias con su cabeza, iba saludando a cada uno guardando una distancia prudente. Sonreía y se veía contento, pero no cruzó palabra alguna, siempre se mantuvo a la expectativa.

—Ya ves todo lo que te está diciendo de mí Daniel —te comentó haciendo uso de sus habilidades de telepatía—. Por eso no me gusta que me vean, amigo, y sin embargo nadie sabe tanto acerca de estas tierras y sus antiguos moradores como yo. Y vine y he dejado que me vean para que no digas que te creen loco porque ves o pláticas con alguien a quien sólo tú ves; pero ahorita ya te diste cuenta que sí me ven y hasta toda una historia en torno al “Fuereño” te ha platicado el buen Daniel Ávila —terminó diciéndote y agregó—: ¿Vas a querer que te acompañe al cementerio y les platicue toda su historia? O por lo menos la de las tumbas más importantes, como aquella ocasión en que nadie me vio, te has de acordar bien.

—Pues este encuentro me ha dejado perplejo, amigo, ya no sé ni qué decir ni qué preguntarte; o dime tú, honestamente, ¿hay algo nuevo que tengas que platicarnos acerca de ese cementerio que quien legalizó realmente con el Municipio fue Manuelita Gómez de la Torre, la hija de Francisco Javier Gómez Bello? —le respondiste todo apenado y sin saber qué decir—. Porque creo que ya todo está dicho —y agregaste—: ¡Qué pena, amigo, no sabes, venir hasta acá para esto! Te ofrezco una atenta disculpa, mi estimado Julián, por haber desconfiado de ti y, según yo, ponerte a prueba al no avisarte ni compartir contigo mis intenciones al hacer esos cambios de horario, cuando tú, la verdad, todo lo intuyes —terminaste diciéndole.

—Tú sabes que cuentas conmigo siempre —te dijo haciéndote un guiño— y que todavía tenemos pendiente dilucidar lo de tus sueños; bueno, los sueños tuyos y de Rubén. Pero sabes bien que soy materia dispuesta, cuando tú estés preparado o me quieras ver, sabes que cuentas conmigo.

Julián, tras saludar a todos y caminar a su lado un buen tramo sobre la gran calzada, afable, saludador y solidario en aquella intempestiva visita al cementerio planeada para tres horas más tarde, al convertirse el sol esplendoroso de las dos de la tarde en un fuerte e inesperado aguacero que los hizo correr a todos en busca del refugio de una pequeña enramada cercana a donde estaban, se esfumó; de estar ahí donde ustedes, en medio de la tormenta desapareció, sólo alcanzaron a ver cómo se perdía entre los árboles iluminado por las luces de los rayos que encendían el cielo a intervalos. Aquel aguacero inesperado los obligó a ustedes cuatro a esperar que la lluvia desapareciera para terminar en casa de Daniel degustando unos ricos tamales de molito corriente, mejor conocidos como de mole de hojas de pimiento. Sin percibir el paso del

tiempo, pronto oscureció y salieron con la luz de la luna hacia Altotonga, no sin antes agradecerle a Daniel y a su familia todas sus atenciones. Al salir a la carretera y enfilar hacia Altotonga, Rubén se percató de que su teléfono celular tenía varias llamadas perdidas del teléfono de su esposa, que por la ubicación de Talixco y la poca recepción de la señal no entraron o no se escucharon; de inmediato se puso en contacto con su esposa y al terminar de hablar con ella Rubén te dijo: —Me voy, amigo, me tengo que ir; qué pena, pero la mamá de mi esposa se les puso muy mal y la tienen en el hospital, así que si me llevas por mis cosas y luego a la terminal de autobuses no me enojo, discúlpame por favor, pero así son estas cosas de imprevistas.

—No, cómo crees, yo te llevo, ahorita nos vamos a Xalapa.

—No, eso no lo acepto, mi querido Fer, ya es tarde, forzosamente debe haber algún autobús que vaya para Xalapa y asunto arreglado, tú quédate aquí, amigo, además todavía ni hemos visto si llegó Nicolás con todo esto que pasó: la lluvia, la aparición del famoso “Fuereño”, la agradable merienda en casa de Daniel Ávila. Tú quédate aquí en tu casa, tranquilo, sólo llévame a recoger mis cosas y después, si no es mucha molestia, a la terminal, por favor.

Una vez que dejaste a Rubén en la terminal, cansado y después de tanto trote para un día, ya en tu casa removiste las brasas en la chimenea, colocaste varios leños gruesos y avivaste el fuego, te sentaste en la sala, estiraste las piernas y al revisar los mensajes de tu teléfono te llamó la atención encontrar ahí, en el buzón de voz, un mensaje de Nicolás que te decía que no lo esperaras, había tenido que salir hacia México y toda la siguiente semana estaría por allá; cosas del CONACYT, reuniones y más reuniones.

¡Vaya día! Todo lo planeado y programado con tiempo en nuestras reuniones previas en Xalapa había quedado en el aire; la visita al cementerio se quedó a medias, el regresar al día siguiente no tenía caso, de hecho Rubén, Martín, tú y el mismo Daniel Ávila ya habían estado en el cementerio; el encuentro con Julián en su faceta del “Fuereño” había sido para ti y para todos una revelación, y por lo menos a Rubén le había quedado muy claro que Julián existía y no era una obsesión tuya como creía, pensaste; te acomodaste bien en un sillón cómodo, mero enfrente de la chimenea que caldeaba toda la sala, te cubriste con una pesada cobija de lana y te quedaste profundamente dormido.

Las campanas del pequeño templo de Santiago Apóstol, repicando y llamando a misa de ocho de la mañana de aquel domingo 20 de marzo, te sorprendieron todavía en aquel mullido sillón de la sala en el que, sin proponértelo, rodeado de almohadas y enfundado en un grueso pants de lana y algodón pasaste la noche sin contratiempo alguno y, sobre todo, sin sueños de

ninguna especie ni sobresaltos. La mañana pintaba bien, el sol bañaba toda tu casa y pronto caíste en la cuenta de que al día siguiente entraría la primavera y que ese día, recordaste perfectamente, Guadalupe Victoria cumpliría 167 años de fallecido, ahí cerquita, en la Fortaleza de San Carlos en Perote, pero nadie lo recordaba porque la fecha se empalma con el natalicio de Benito Juárez. ¡Qué cosas!, pensaste, cómo hasta después de muertos hay próceres de primera y de segunda, no cabe duda que el destino a todos nos marca a rajatabla; pero en fin, lo mejor de todo era que los nortes poco a poco se irían espaciando y el clima mejoraría sensiblemente, venían días propicios para salir a caminar al campo con la mente despejada y darle vueltas a las ideas que todavía quedaban por ahí, rezagadas en el tintero. Todo lo planeado con un mes de anticipación se había realizado a medias y algunas cuestiones habían tomado otro sesgo, pero todo estaba ahí, Julián permanecía en tus pensamientos y en dónde viviera, ¡qué más daba! Los días por venir serían propicios para ir al encuentro de tantas y tantas cosas de las que desconocíamos no sólo su significado, sino su existencia.

El día, templado y luminoso, después de haber desayunado unos ricos tamales recalentados y un buen café, te sacó de la casa sin rumbo preciso y comenzaste a caminar cuesta abajo, totalmente despreocupado, llevando contigo a Natasha, la perrita de raza Sharpei de tu hija María Eugenia, y pronto, sin habértelo propuesto, te viste caminando a campo traviesa, bordeando la carretera rumbo a Santa Cruz para introducirte a las márgenes del río de Pancho Poza y poder soltar a Natasha, que disfrutaba en grande poder correr grandes tramos en el campo sin el peligro de los coches ni nadie que se le atravesara. Habiendo salido de tu casa al filo de las diez de la mañana, las doce del día te sorprendieron sobre la margen izquierda del río, ya en Talixco, donde tuviste que sujetar de nueva cuenta a la perrita, que gozaba correteando guajolotes, gallinas y gansos, y decidiste hacer una escala para descansar a la sombra de un gran álamo y sentarte a contemplar el paisaje sobre un gran tronco que la corriente había arrastrado a la orilla desde las tierras altas.

Natasha, tu inseparable mascota, porque ella te adoptó a ti, jadeante, después de beber bastante agua se echó a tus pies, se quedó dormida y de inmediato comenzó, como era su costumbre en estos casos, a roncar de una manera como sólo ella sabía hacerlo. Coincidientemente, haciendo alusión a la perrita, te acordaste de cómo las fieles mascotas llegan a ser protagonistas importantes en la literatura universal y abriendo el morral de cuero que siempre te acompañaba en estas escapadas al campo, sacaste uno de tus libros favoritos: *Península*, *Península*, de tu gran amigo y reconocido escritor Hernán Lara Zavala, donde precisamente

“Pompeyo”, un perrito callejero, es el inseparable compañero del doctor Patrick O. Fitzpatrick, uno de los protagonistas principales de la novela, quien al tratar de salvar de las fauces de un gran caimán a su entrañable mascota sucumbe también. Te pusiste a leer mientras el tiempo corría y tú, entre página y página, urdías la manera de regresar a tu casa; habría que esperar a que la perrita se recuperara —pensaste—, de lo contrario, intentarías pedir un aventón a algún conocido que trajera alguna camioneta. Mientras la tarde corría despacio y el viento movía las ramas de los árboles y levantaba la hojarasca esparcida sobre el pasto, avanzaste en la relectura del libro; esa era la tercera ocasión que lo leías y como era tu costumbre, con un plumón amarillo ibas subrayando las frases que más te gustaban. Absorto en la lectura te olvidaste del entorno, hasta que los sonoros ladridos de Natasha te hicieron hacer un alto en el texto y mirar a tu alrededor.

—Natasha, ¿a quién le ladras y gruñas de esa manera? —reprendiste a la perrita, guardando tu libro y poniéndote de pie—. ¡Ya basta!, ¿qué es ese escándalo? —volviste a decirle.

Y la perrita, sin dejar de ladrar, te movía la cola e iba y venía a través de la ribera del río ladrando enfrente de un gran sauce llorón, lo mismo que frente a una gran roca que salía de la corriente del agua. Buscaste entre la tierra, las veredas aledañas y las oquedades alguna ardilla, mapache, tejón, tlacooche, armadillo o, por qué no, alguna víbora; ya durante tu trayecto te habías topado con dos coralillos y una víbora de cascabel; pero nada, no había nada en realidad. ¡Qué raro!, pensaste. Natasha no paraba de ladrar. ¡Qué curioso!, te cuestionaste; más que curioso, raro, cavilaste, ahora sí que le ladra a la nada. Y te rascabas la cabeza.

—Que yo sepa, yo no soy la nada, amigo —te reclamó Julián, quien aún no se dejaba ver, pero el animalito, intuitivo, sensible, presentía su presencia—. De verdad que el libro que leías te tenía absorto, eh, porque traté de entrar en tus pensamientos y me repelías. No lo acabo de entender, ¿tan interesante está que todo a tu alrededor pasó a segundo plano?

—¡Cómo! ¿Tú? ¿Acaso andabas por aquí y me viste? —le contestaste azorado, al mismo tiempo que le preguntaste—: ¿Y desde qué hora me estabas vigilando? Te percataste de mi presencia, ¿verdad?

—Tan te vi, amigo, que aquí estoy, pero este animalito que te acompaña sí que es perceptivo, eh, primero traté de pararme debajo del sauce y no me lo permitió, luego encima de aquella gran piedra y tampoco, vaya que es toda una guardiana y te protege y te cuida, pero por

caridad, amigo, cálmala por favor para que pueda yo hacer acto de presencia frente a ti, porque vaya que es brava.

—Fíjate que no, amigo, no es brava, aunque su raza Sharpei, según los entendidos, es de pelea, ella no, es muy mansita; ah, eso sí, es muy inteligente y perceptiva. Pero date cuenta de una cosa, cómo son las casualidades de la vida; en esta ocasión, para nada, Julián, para nada, había pensado en ti, ni en darmte siquiera una vuelta por la hacienda aprovechando lo bonito del tiempo, simplemente me dieron ganas de caminar y caminar y llegué hasta aquí; ya estaba de Dios que nos encontráramos y que Natasha te delatara, porque a lo mejor sólo querías observarme pasando inadvertido.

—¡No, cómo crees, mi estimado Fernando!, eso yo no acostumbro hacerlo —te respondió de inmediato, al tiempo que lo viste caminando hacia ti; ya para entonces Natasha, echada a tus pies, te miraba a la cara como preguntando ¿qué hacemos?, ¿quién es este individuo?, ¿acaso es tu amigo? Y tal vez más cuestionamientos se le ocurrirían —pensaste de inmediato y lo que sí te quedó claro desde ese momento es que los animales tienen un sentido de la percepción extraordinario, son muy sensibles, y lo que los humanos no percibimos ellos lo detectan.

—Realmente es un placer tenerte de visita en estas tierras, así, de manera casual y sin habértelo propuesto, y ya ves, llegaste hasta acá —te dijo Julián poniendo su mejor sonrisa—; tal vez hoy sea el día que el destino tenía señalado para vernos, amigo, ¿no crees?

—Yo, después de todo lo que he vivido estos últimos días, ya no sé ni qué pensar, Julián; hoy, con la mente en blanco y despejada, salí a respirar el aire de la mañana en compañía de mi fiel compañera y paso tras paso vinimos a dar hasta acá los dos y este lugar hermoso, lleno de tranquilidad y armonía, donde el murmullo del agua te arrulla o te hace divagar en tantas cosas, me pareció ideal para hacer un alto en el camino y salir de la monotonía. Y sobre todo, ¿sabes una cosa, amigo?, convivir con la naturaleza, perderme por esos senderos donde para mí todo es nuevo.

—¡Vaya!, te encuentro filosófico y meditabundo, amigo, perceptivo.

—Yo, si algo tengo, mi estimado Julián, es ser perceptivo, soy una mente abierta, siempre lo he sido y tú más que nadie lo sabe y me comprende, y si la providencia ya tenía planeado que se diera nuestro encuentro, enhorabuena, amigo, enhorabuena, yo soy materia dispuesta siempre y te sugiero una cosa —le dijiste adelantándote a sus pensamientos—, ¿por qué no me invitas a caminar por los alrededores de la hacienda, tal vez visitar el cementerio o, por qué no, hacerle

una visita al señor Pazos en Atzalan, donde hace ya más de treinta años me dejaste plantado cuando te invité a tomar un vino de nogal? ¿Te acuerdas? Total, de aquí no está lejos y todo es de bajada —agregaste, decidido a dedicarle toda la tarde a Julián, a quien ya no habías visto no obstante ser una presencia constante en tu vida.

—Me gusta más lo de caminar, amigo, incluso ir hasta el famoso cementerio; lo de ir hasta Atzalan mejor lo dejamos para otro día, no vaya a ser que ahí te vayan a sorprender con alguna otra leyenda acerca del “Fuereño”, ¿no crees? —te respondió de buen humor, sonriendo, al momento que te invitaba a que juntos prosiguieran el camino hacia el gran arco de piedra, antigua entrada de la hacienda, hoy cercada por un alambre de púas.

Ya dentro de la gran calzada rodeada de árboles, al abrigo del sol de mediodía, que ese día precisamente había decidido brillar con fuerza, decidieron detenerse justo antes del promontorio de rocas que alojaba el cementerio y sentarse en una curiosa banca de granito que el tiempo parecía haber olvidado ahí y dispuesto para ese momento. Ya sentados, uno en cada extremo de la banca y Natasha a tus pies, estiraste las piernas y suspiraste hondo, como si quisieras traer a tu mente todos los recuerdos y sensaciones que aquel lugar te traía.

—Sabes que mi padre estuvo a punto de comprar esta hacienda —le dijiste a Julián—. Sí, eso fue allá como por 1971, según recuerdo, y sólo pararon porque finalmente el vendedor se echó para atrás pues decidió no venderla en ese momento, sino tres años después; bueno, creo que eso fue lo que sucedió, pero desde entonces yo conocía bien este lugar y había venido en varias ocasiones y aunque tú no lo creas, esta banca ya estaba —le platicaste a Julián—; según el dueño la banca estaba destinada para el parque de Altotonga desde 1957, pero como pesaba tanto y servía también para sentarse cuando alguien salía a caminar, prefirieron dejarla aquí sobre esta pequeña plataforma de piedra —concluiste.

—Realmente eres único, Fernando, siempre tienes alguna anécdota o algo que contar, vaya que eres inquieto, intuitivo y observador y, sobre todo, tienes una memoria privilegiada, te acuerdas de todo en los lugares que has estado —te comentó Julián en un tono afable y distendido; se le veía tranquilo, animoso y con ganas de charlar largo y tendido—. Oye, por cierto, tu amigo Rubén, ¿dónde está? Si mal no recuerdo iba a venir otro de tus amigos, qué pasó con ellos.

—Pues nada, que Rubén se tuvo que regresar a Xalapa y Nicolás siempre no vino, ¿cómo ves? Así las cosas, mi buen Julián, pero aquí estoy yo y ahora sí quisiera pedirte que habláramos, que platicáramos de tantas cosas que me han sucedido, de anécdotas, vivencias, en especial de

ese sueño que te comenté. Tú me sorprendiste al decirme que sabías lo de mi sueño o algo así, situación que me inquieta porque ¿cómo tú vas a estar enterado de algo que nos sucedió a Rubén y a mí en sueños? Porque estamos de acuerdo que eso que nos sucedió fue un sueño, muy raro, pero sólo eso.

—Mira, no es precisamente que yo haya sabido de tu sueño con antelación ni nada por el estilo, sólo que ese día, 18 de marzo, luna llena por cierto, hubo una reunión de ánimas allá arriba, y ahí donde ahora está tu casa, por mucho tiempo, amigo, desde principios del siglo XVII, esos terrenos pertenecieron al camposanto de la capilla del Apóstol Santiago y varias de esas almas, no tan sólo ahí sepultadas sino atrapadas en el espacio y en el tiempo, digámoslo así, de ese recinto santificado, subieron a la reunión del equinoccio de primavera que se celebra en torno a todos los camposantos de esta latitud, obviamente con mayor razón ahí, pegado a la capilla, para hacer una minuciosa revisión o especie de censo de quienes han pasado del olvido al recuerdo y de quienes, definitivamente, permanecerán como olvidados hasta la terminación de los tiempos; esto ocurre cada cien años, precisamente durante la tercera luna llena; en esta ocasión cayó en 18 de marzo —te explicaba mientras tú, estupefacto, no dabas crédito a lo que te estaba diciendo.

—Esto que les sucedió a ustedes dos fue casi un milagro, un fenómeno que si queremos de manera deliberada que suceda no sucede y así, de manera fortuita, encontrándose sus almas en estado de reposo, inconscientes, fueron arrastradas por otras almas que provenían de ese espacio, donde moran de manera permanente; y como dijo algún poeta por ahí, existen sin ser y viven sin vivir, pero de que están ahí y a diario conviven con nosotros en otra dimensión, están ahí, ellas son el pasado que quedó atrapado en el tiempo y se convierten en un presente eterno.

—Y tú, ¿cómo sabes esas cosas?, ¿acaso eres parte de ese pasado atrapado en el tiempo? ¿O quién eres, mi enigmático amigo? La verdad no te entiendo y no sé qué pensar, lo único que me queda claro es que seas quien seas eres un espíritu bueno, noble, prudente y con mucha sapiencia —le preguntaste desconcertado—. Siempre he creído que eres un espíritu y eso tú lo sabes bien; lo que no sé es hasta dónde te es permitido entrar en las mentes de otras personas y, en mi caso, qué objetivo persigues, amigo, ¿por qué me buscas? — agregaste y cerrando tus ojos con fuerza decidiste soltar aquella verdad, tu verdad, que por más de treinta años habías guardado.

—Tú, eso yo lo sé y lo intuyo, como atinadamente dices, sabes perfectamente que yo sé quién eres, amigo —le dijiste sin cortapisas y con la tranquilidad de un espíritu que sabe que dice

la verdad porque le fue revelada—, y te sigo los pasos desde aquella tarde en que me ayudaste a salir de la cuneta en que había caído mi vehículo; posteriormente, al invitarte un vinito de nogal, misteriosamente desapareciste y los parroquianos que estaban a la entrada de la Casa Pazos aquel día claramente me dijeron que yo iba solo en mi automóvil. Comencé a atar cabos de todo cuando el señor Pazos, que hoy en paz descanse, me prestó aquel cartel de las Fiestas del Centenario de la Independencia donde claramente vi tus facciones dibujadas; era mucha la coincidencia para que un familiar lejano, ya de cuarta generación, fuera igual a ti, pero eso, todo eso que te estoy exponiendo ahorita, a nadie se lo dije, con nadie lo compartí, porque desde ese momento me consideré afortunado de que entraras en mi vida. A la única que se lo comenté cuando me obsequió una copia de tu retrato de aquel pequeño óleo enmarcado en marfil, fue a tu tataranieta Magdalena Cortez Guzmán, a quien de cariño llamo Malena y quiero mucho —le explicaste—; tu tatarabuelo se me revela seguido, lo sueño y me va guiando en el descubrimiento de los datos de su vida. Él quiere que resalte su historia, que cuente su vida, que indague todo sobre ella y la dé a conocer ahí, donde nació, donde vivió y donde tanto bien le hizo a todo mundo.

—Ah, y una cosa más, amigo —continuaste ya entrado en aclaraciones y verdades—, ¿sabes cuándo me cercioré de que tú, Julián Bello Gómez, eras Francisco Javier? Cuando en el camposanto, aquel día que lo visité por primera vez en compañía de todos los amigos que asistimos al banquete de bodas al que gentilmente Conrado nos invitó, tú te presentaste y sin que nadie te viera me fuiste explicando a detalle tu historia y mencionaste de corrido los nombres de tus nueve nietos; aunque claro, de sobra sé que realmente al único que conociste bien fue al primero, a Daniel, el abuelo de Malena y Alejandro, ¡entoncés comprendí quién eras tú!

—Ahora el sorprendido soy yo, Fernando, realmente eres prudente y eres además un acucioso investigador, historiador, amante de tus raíces, de tu pueblo, de tu familia, y me congratulo de todo corazón que hayas investigado que eres mi sobrino tataranieto por la vía de Rodrigo Bello Toscano, mi entrañable primo hermano. ¿Sabes una cosa?, yo bauticé a tu bisabuelo Luis Bello Arcos ya siendo un niño que iba a cumplir los dos años, pues él nació el 10 de octubre de 1840, en la festividad de San Luis Bertrán, y yo lo bauticé en la capilla de Santa María Magdalena en agosto de 1842. Desde entonces, tu tatarabuelo Rodrigo Bello Toscano ya había construido la casa que ahora todos ustedes conocen coloquialmente como “La Casa de Juárez”; imagínate, ahora esa calle lleva el nombre de un contemporáneo de tu tatarabuelo: Benito Juárez García, hombre de su tiempo, quien fuera también mi contemporáneo.

Tú, absorto en tus pensamientos, te sentiste liberado de algo que sabías, presentías y cargabas con ello: tu amigo Julián Bello Gómez era el mismo Francisco Javier Gómez Bello, que te seguía de cerca y deseaba que realmente escribieras y hablaras sobre él. Lo sentiste, como ya lo has expresado, desde que Malena te obsequió la fotografía del óleo original y luego Alejandro Guzmán, “Cato” de cariño, te obsequió la fotografía de Francisco Javier ya sacerdote. Lo sabías y te lo guardaste para ti nada más, pues haberlo externado habría acarreado comentarios desfavorables a tu persona.

—Sí, mi querido sobrino tataranieto, Julián Bello Gómez y Francisco Javier Gómez Bello somos la misma persona; yo, cuando vi tu entusiasmo y empeño por investigar todo acerca de mí, decidí hacerme presente a través de ese personaje al que, ya ves, Daniel Ávila había identificado como “El Fuereño”. Y ya todo lo demás tú lo sabes mejor que yo; ahora sólo tengo que explicarte algunas cosas, aclararte lo del sueño en que confieso, ahora sí, no tuve nada que ver ni lo propicié, y el por qué los vecinos de Santa Cruz y Talixco me conocen como “El Fuereño”, personaje por demás simpático y muy de los cuentos y leyendas de la región.

—Pues comienza, amigo mío, que la curiosidad me devora y, sobre todo, me intriga el hecho de que mi casa haya sido construida sobre lo que fuera un camposanto; cierto que esa capilla franciscana de Santiago Apóstol data de 1617 y fue bendecida y abrió sus puertas al culto un 4 de octubre de ese mismo año, pero se me hace demasiado terreno como para que hasta lo que ahora es mi casa haya llegado el cementerio, ¿no crees? —le preguntaste esperando una respuesta coherente a aquel sueño, que más que eso fue una verdadera aventura dentro de la lucidez que puede tener un sueño de esa naturaleza, sobre todo al pisar terrenos que jamás habías imaginado.

—Seguro, y vuelvo a aclarar, yo no tuve nada que ver en eso, pero quiero, si me lo permites y antes de seguir adelante, decirte que todo esto que estamos platicando y todo lo relacionado con mi persona se da, lo entiendes, primero porque se te ha permitido y segundo porque eres un creyente fervoroso, no eres agnóstico y el Señor así lo ha querido. Una vez aclarado esto, prosigo: todo sucedió porque ese viernes 18 de febrero coincidió con la revisión centenaria que todas las ánimas de ese espacio consagrado realizan en torno a la expiación de sus faltas y hurgan e investigan si alguien de quienes viven en las inmediaciones de ese espacio los recuerda; por ello es muy importante que se lleven a cabo a la hora de la Santa Misa las plegarias por el descanso eterno de las almas de los fieles difuntos, al igual que las celebraciones de Todos los Santos y Día de Muertos en los primeros días del mes de noviembre cada año —

comenzó a decirte y agregó—: ¿Qué quieren esas almas? Quieren consuelo, alivio y perdón para sus penas, y esas plegarias les ayudan como no tienes una idea, además de las que llevan a cabo sus familiares, que oran por ellos, los recuerdan y desean que gocen de la presencia de Dios, porque obtener la salvación es eso, llegar a la presencia de Dios.

—Ese día, dentro del fuerte viento que corrió de madrugada, las ánimas cercanas a donde estaban ustedes los arrastraron, de manera involuntaria, en su vertiginoso ascenso al espacio y convivieron con ellas en ese peregrinar constante; ahora bien, quienes lograron la expiación de sus penas ya no regresan, pasan a gozar de la presencia de Dios, y las que no, lo intentan de nuevo, acuérdate que la eternidad es para siempre.

—¿Qué debo entender con para siempre?, ¿que de ahí no hay regreso, no hay retorno? Y tú, entonces, ¿dónde estás? ¿Cómo es posible que estés ahorita aquí y seas quien eres? —le preguntaste todo confundido y agregaste—: La mera verdad, mi querido Julián, todo eso que me explicas es tan complicado y complejo a la vez, que no sé qué sentido tenga realmente; es como el dilema de Shakespeare: ser o no ser, ¿no crees? Y tú, en esa dualidad de personalidades que has asumido, primero como Julián Bello Gómez y luego como Francisco Javier Gómez Bello, ¿quién realmente eres? ¿Eres un solo individuo, una sola áima pero con dos personalidades diferentes? ¿Es como lo eras en vida, mi querido Julián? Y perdóname que te llame así, pero esa es la personalidad que tú escogiste para hacerte presente ante mí; en vida, el general Gómez Bello y el padre Francisco tenían personalidades y funciones diferentes, aunque eran el mismo individuo; ahora bien, eso sí, sus personalidades actuaron en tiempos distintos. ¡Vaya que esto se está convirtiendo en todo un galimatías!

Y ahora, ¿por qué esos letreros en latín, donde el verbo olvidar y la palabra coloquial olvido y el participio pasado olvidado que implica un estado del ser, una circunstancia del acontecer, tiene tanta relevancia? La mera verdad no me lo explico, por un lado expían sus culpas y por el otro reclaman el ser recordados, ¿por qué? De verdad no lo entiendo. Si alcanzan la eternidad con la gracia de Dios ¿para qué quieren ser recordados? Son muchas cosas: el olvido, el ser recordado, la expiación de las culpas, ese peregrinar, ¡vaya que todo esto es un laberinto sin salida! —y cerrando los ojos con fuerza te armaste de valor en aras de encontrarle sentido a algo que parecía tan sencillo y se estaba convirtiendo en un juego escatológico del que querías ya desembarazarte y pasar de lleno a lo lúdico del asunto.

—El ser, el estar, comienza con un soplo o aliento divino que crea nuestra alma y la hace poseedora de un cuerpo temporal. Nos hace, como lo dice la Biblia, a imagen y semejanza

de Él en cuanto a espíritu y cobramos vida en el momento mismo de la concepción para jamás sucumbir, porque es eterna y como tal transita dentro del ser humano, que está obligado a trascender porque para eso fuimos creados. ¿Entiendes lo que trato de decirte? —te decía con vehemencia mirándote a los ojos fijamente, como si quisiera trasmitirte todo de una sola vez— . La parábola de los talentos lo ejemplifica muy bien y al final tendremos que rendir cuentas de eso que nos fue entregado en custodia; lamentablemente casi nunca lo comprendemos. Yo ya he rendido cuentas al creador y estoy en paz, pero la trascendencia de mis actos, de mi historia, parece extraviarse, perderse en los comienzos de la segunda convulsa mitad del siglo XIX de nuestro país, porque ahí, a escasos metros de donde reposan mis restos, nadie sabe nada de mí, quién era, qué hacía, por qué luchaba; en fin, tantas cosas que al no ser conocidas o dadas a conocer caen en el olvido y al ser totalmente olvidado los recuerdos se mueren para siempre, como lo decía la segunda manta que vieron Rubén y tú allá en esa visión que tuvieron; el total olvido es la muerte definitiva, amigo, para siempre, y de ahí no hay regreso, y si algo es terrible para cualquier alma creada a imagen y semejanza de Dios es eso.

—Por eso decimos que el olvido es la muerte final de todo aquel que jamás será recordado, y aunque yo ya he rendido cuentas al creador, dentro de esa dualidad que poseemos de cuerpo y espíritu deseo que lo que hice en vida en beneficio de mis contemporáneos y las generaciones por venir se conozca, no quiero ser olvidado. ¿Me entiendes, entiendes lo que te digo? —te decía con angustia y agregó—: No sólo es el hecho de no ser recordado, es que los eslabones de la historia que se van engarzando uno con otro, de repente quedan truncos y la historia, que requiere testimonios escritos, comienza a tener lagunas, espacios vacíos. Dirás que soy vanidoso y no quiero que se olviden de mí; no, no es eso, quiero ser parte de esa memoria histórica colectiva que le da sentido a los pueblos, que les ayuda a caminar y de generación en generación van construyendo su historia, que es la que les da sentido, los saca adelante; no quiero ser un eslabón aislado, perdido, y deseo que lo mucho o poco que hice se sepa, que por lo menos los habitantes de estas tierras me lleven en su memoria y de padres a hijos cuenten mi historia; eso es lo que quiero, que el recuerdo perdure en las mentes de los hombres.

—Pero, ¿cómo es posible que ya habiendo trascendido, por lo que al espíritu se refiere, estés aquí frente a mí y tengas varias personalidades: la de Julián Bello Gómez, la del famoso y enigmático “Fuereño”, y seas al mismo tiempo Francisco Javier Gómez Bello, general y presbítero?

—El Creador es grande amigo, por eso es Dios, el que siempre ha sido y existido antes de todos los tiempos y Él, en su infinita misericordia, me ha permitido a mí, el último de sus siervos, la posibilidad de hacerme presente para rescatar mi historia que estaba fragmentada y recuperar las fechas correctas. Y no me vas a dejar mentir, porque una de las primeras cosas que tú, mi buen amigo, hiciste fue desechar esa falsa teoría de que yo había muerto un 11 de octubre de 1837, cosa que te agradezco infinitamente, puesto que yo realmente fallecí la madrugada del siete de enero de 1855; no quedó constancia de ello porque los libros de defunciones de esos años, que estaban en posesión de la oficina de la catedral de Xalapa, desaparecieron, se extraviaron. Por eso y por otras pequeñas encomiendas que tengo que cumplir, las cuales te he venido comentando —te explicaba con vehemencia—, me permite estas escaramuzas entre los vivos, como el hecho de haberme presentado ante ti como Julián Bello Gómez; eso por un lado, y por el otro, mi personalidad de “El Fuereño”, tan arrraigada en el ánimo de los vecinos de Talixco y Santa Cruz, es una faceta poco conocida de mi personalidad que tiene que ver con velar la memoria de mis descendientes y seres queridos que reposan en ese camposanto privado, aquí a escasos metros de donde estamos y que mi hija Manuelita, en su momento, oficializó ante la autoridad, de tal suerte que sea quien sea el dueño y propietario de estas tierras que lo circundan el camposanto es municipal. Pero volviendo a lo que te decía en relación con que resguardo el camposanto, sí, lo hago con especial cuidado y dedicación, sobre todo de las asechanzas del demonio con quien, de joven, tuve varios lances y desencuentros que, de no haber sido por la ayuda del Espíritu Santo, que siempre me ha asistido, no hubiera salido victorioso; pero gracias a Dios, todo está controlado y por eso la leyenda que generó este personaje dice, rememora, que soy el guardián del camposanto que vigila por toda la eternidad el sueño de quienes ahí reposan. De vez en vez, me hago visible para que sepan que ahí estoy, que no me he ido, situación que además es cierta pues una vez que fuimos creados, como te lo decía, jamás desaparecemos y nuestra presencia es permanente en diferentes espacios, dimensiones; acuérdate que para Dios nada es imposible, nada, mi querido sobrino tataranieto, y tampoco para la imaginación del hombre, eh, la imaginación no tiene más límites que el pensamiento y si lo dudas, dale una revisada a la historia de la humanidad desde que ésta tiene memoria de serlo.

—Pues mira, mi querido Francisco Javier Gómez Bello, me has dejado anonadado y sin saber qué decirte, aunque aún me quedan dudas respecto al increíble sueño lleno de enigmas, de preguntas sin respuesta que vivimos Rubén y yo, ¿cómo es posible que las ánimas que habitan

en otra dimensión, pero en el mismo espacio donde yo también habito, nos hayan llevado consigo en ese vertiginoso viaje a su propia dimensión?

—Es complicado explicártelo, amigo, muy complicado —te dijo sonriendo con cara de indulgencia—. Pero no te olvides que para el Señor nada es imposible, sólo Él es omnisciente y sólo Él, el Altísimo, sabe por qué permite tal o cual cosa, es como lo que te acabo de comentar sobre mi presencia en estos lares y mi relación contigo —te hizo hincapié—. Hoy en día, en tu época, en tu dimensión, en tu momento, eso que ustedes llaman ondas electromagnéticas, que si no estoy mal enterado en mi época no habían sido descubiertas o por lo menos conocidas, porque de que existían, existían, siempre han estado ahí, y se mueven en diferentes frecuencias y viajan por el espacio sin interferirse, algo así sucede con el viaje infinito de las almas, ¿estás de acuerdo conmigo? —te cuestionó—. Tú y Rubén, por azares del destino, y más que por eso por los designios del Señor, se vieron inmersos en esa peregrinación y fueron testigos de cómo esas miles de ánimas recorren los siglos en busca del recuerdo, de la memoria, porque cada una de ellas, en su momento, trascendió y no quiere el olvido; jamás se resignarán a ser olvidadas y por eso peregrinan una y otra vez donde el tiempo no existe, ¿me comprendes? Me temo que no —te dijo poniendo cara de resignación, esbozando una leve sonrisa.

Pasaban ya de las tres de la tarde cuando el equinoccio de primavera se hacía presente y los rayos de un sol encendido, ambarino, iluminaban el rostro de Francisco Javier, destacando sus facciones finas, la barba partida y el cabello ondulado, peinado de raya en medio y recogido hacia atrás en una singular coleta, que cuando lo viste por primera vez creíste que era hippie. Se veía de una edad indefinida, preponderantemente joven, y su apariencia rondaba entre los treinta y los cuarenta años, sonreía y te volteaba a ver con disimulo, como cohibido, pero no dejaba de mirarte; mientras tú, que parecías haber entrado en un estado de somnolencia o trance, guardabas en tu cerebro, en la memoria, todas las experiencias y vivencias que de su vida a Francisco Javier le interesaba que conocieras, y tú asentías con la cabeza en señal de aprobación; este proceso de aparente inconciencia duró sólo unos minutos y de inmediato recobraste la lucidez. Sin inmutarte, seguiste sentado, relajado, y con la mirada le sonreías a Francisco Javier, como de hoy en adelante deberías llamarle cuando te dirigieras a él; Julián salía de escena, desaparecía para siempre, sólo había sido una faceta de él mismo y había cumplido su cometido; aclaradas las cosas no tenía razón de ser y estuviste de acuerdo, aunque quedaría para siempre la nostalgia del personaje atrapado en las páginas de la novela.

De repente, después de haberte estado mirando por largo rato sin hablar, se puso de pie ya con intenciones de despedirse. Todo estaba dicho y al caminar hacia el río por en medio de la gran calzada, se le veía luminoso, radiante, y dirigiéndose a ti dijo, con voz pausada y de manera afable: *No me despido, Fernando de la Luz, por aquí estaré siempre, cuando quieras verme sólo piensa en mí y nos reuniremos.* Al decirte eso, los rayos fulgurantes que lo iluminaban se convirtieron en un vertiginoso y potente haz de luz que en segundos, junto con él, desapareció de tu vista y te dejó ahí, sentado en la misma banca donde habían estado juntos por espacio de dos horas. Tú, levantándote, exclamaste: “Habrá que terminar la novela, ya es tiempo de hacerlo”, y cogiendo a Natasha de su correa te enfilaste por una vereda que tras atravesar el río los sacó directo a la carretera, donde decidiste caminar despacio, sin prisa, hasta llegar a tu casa. El tramo era largo y de subida, pero también eran muchos los pensamientos e ideas que se agolpaban en tu cabeza; una larga caminata era una buena terapia para pensar, repensar y dilucidar lo que no tenía explicación.

FERNANDO DE LA LUZ

# ¿Quién vive?

